LA TIERRA LLORA

LA **AMARGA HISTORIA**
DE LAS **GUERRAS INDIAS**
POR LA **CONQUISTA DEL OESTE**

Peter Cozzens

Si hay un fenómeno de la historia de los Estados Unidos que se ha explotado hasta la saciedad en la cultura popular occidental, este ha sido la conquista del Oeste y el conflicto con las tribus de nativos que lo habitaban, denominado como las Guerras Indias. De una demonización del indio o nativo norteamericano, el péndulo basculó a partir de la década de 1970 a su santificación, y a menudo se echan en falta visiones más ecuánimes, capaces de superar ese maniqueísmo de buenos y malos. Y eso es algo que Peter Cozzens consigue con *La tierra llora. La amarga historia de las Guerras Indias por la conquista del Oeste*, una narración apasionante merecedora del prestigioso Gilder Lehrman Prize for Military History y que ha sido elogiado por Booklist como «un maravilloso trabajo de comprensión y compasión».

Comprensión, porque Peter Cozzens realiza un enorme esfuerzo en el análisis de las motivaciones que latían detrás del proceso de expansión hacia el Oeste del que nacerían los modernos Estados Unidos, pero también se pone en la piel de unos indios atrapados entre una mentalidad y modo de vida ancestrales y la modernidad. Pero compasión también, hacia hombres como Caballo Loco, Toro Sentado, Gerónimo y Nube Roja, que las más de las veces pelearon forzados, defendiendo a sus mujeres y niños, en un combate que sabían perdido de antemano. Empero, no hay sensiblería: no se hurtan ni las mezquindades ni el racismo latente en buena parte de la administración estadounidense, ni las continuas querellas intestinas y barbarie de apaches, sioux o comanches.

La tierra llora. La amarga historia de las Guerras Indias por la conquista del Oeste se devora página a página, tan rápidamente como veloz avanzó el tendido del ferrocarril por las llanuras del Oeste norteamericano, a lo largo de tres décadas que vieron la extinción de comunidades enteras, en una historia trágica del fin de un mundo pero que hace justicia a vencedores y vencidos.

Peter Cozzens

La tierra llora

La amarga historia de las Guerras Indias por la Conquista del Oeste

ePub r1.1
Watcher 24-07-2020

Título original: *The Earth is Weeping. The Epic Story of the Indian Wars for the American West*
Peter Cozzens, 2016
Traducción: Rocío Moriones Alonso

Editor digital: Watcher
ePub base r2.1

Para Antonia

Si al hombre blanco le arrebatan las tierras, la civilización justifica que este se resista al invasor. La civilización hace algo más: si se somete a la injusticia, lo llama cobarde y esclavo. Si el salvaje se resiste, la civilización, con los Diez Mandamientos en una mano y la espada en la otra, pide su exterminio inmediato.

Informe de los Comisionados de Paz Indios, 1868 **[1]**

Recuerdo que los blancos venían a luchar contra nosotros y nos quitaban nuestras tierras, y yo pensaba que eso no estaba bien. Nosotros también somos humanos y Dios nos ha creado a todos iguales, y yo iba a hacer todo lo que pudiera para defender a mi pueblo. Por lo que emprendí el sendero de la guerra cuando tenía dieciséis años.

Trueno de Fuego (Fire Thunder), guerrero cheyene **[2]**

Hemos oído hablar mucho acerca de la astucia del indio. En cuanto a astucia, promesas rotas por parte de los altos oficiales, mentiras, robos, matanzas de mujeres y niños indefensos, así como cualquier crimen dentro del catálogo de la crueldad del hombre contra el hombre, el indio no era más que un mero principiante comparado con el «noble hombre blanco».

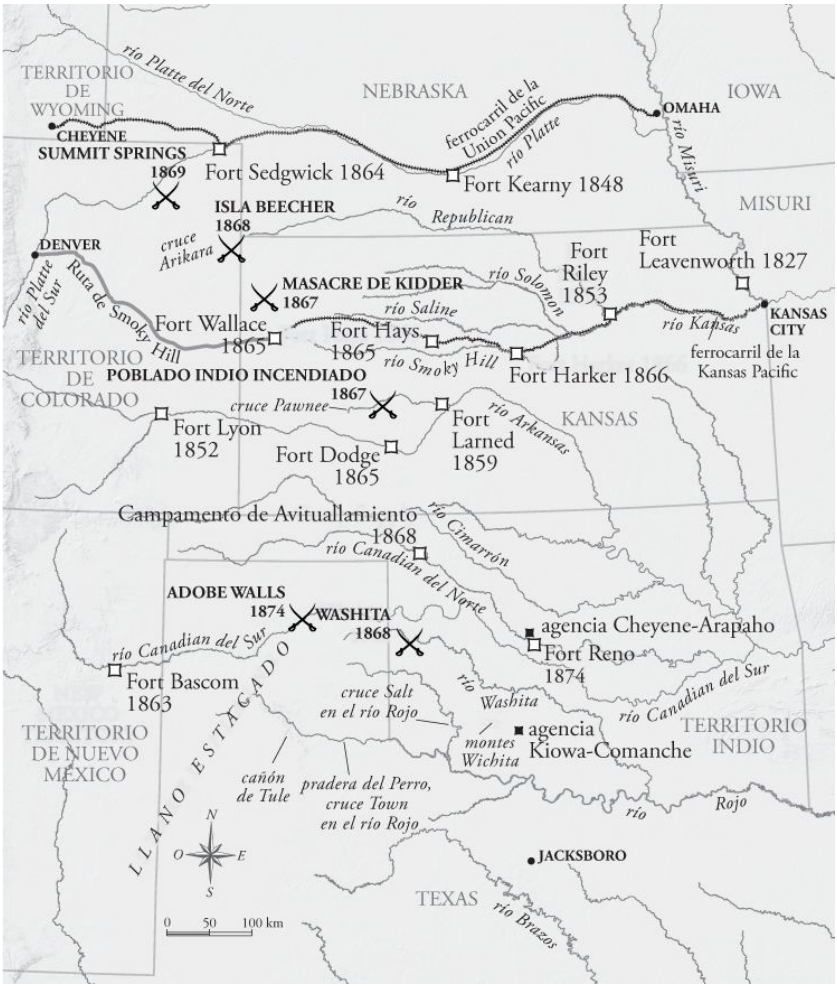
Teniente Britton Davis, Ejército de los Estados Unidos **[3]**

AGRADECIMIENTOS

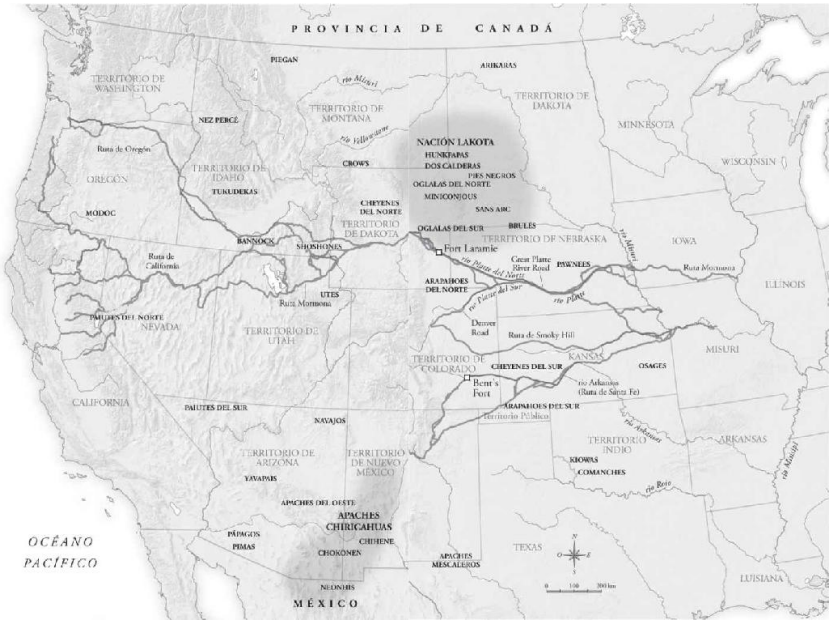
Me gustaría expresar mi más sincera gratitud a los historiadores S. C. Gwynne, James Donovan, Edwin R. Sweeney y Mark Bradley, así como al director de cine Daniel Ostroff, por su lectura cuidadosa del manuscrito y por las muchas y valiosas sugerencias que me hicieron para mejorarlo.

Quiero agradecer a Peter Brown, antiguo director de History America Tours, que organizara para mí una ruta personal de cinco días por los escenarios de las Guerras Indias en el norte de Texas y el sudoeste de Oklahoma. Fue una aventura que nunca olvidaré. Peter también me presentó a Ken y Cheri Graves, cuyo rancho Red Fork se encuentra situado en el lugar en el que sucedió la lucha de Cuchillo Romo (Dull Knife). Cheri compartió, con gran generosidad, todo el conocimiento que atesora sobre la batalla y me regaló un fantástico recorrido por el terreno. Asimismo, me gustaría dar las gracias a Keith Herrin, de la US Cavalry School, que me invitó a un viaje guiado al escenario del campo de batalla de Little Bighorn, que contribuyó a que comprendiera mucho mejor el combate.

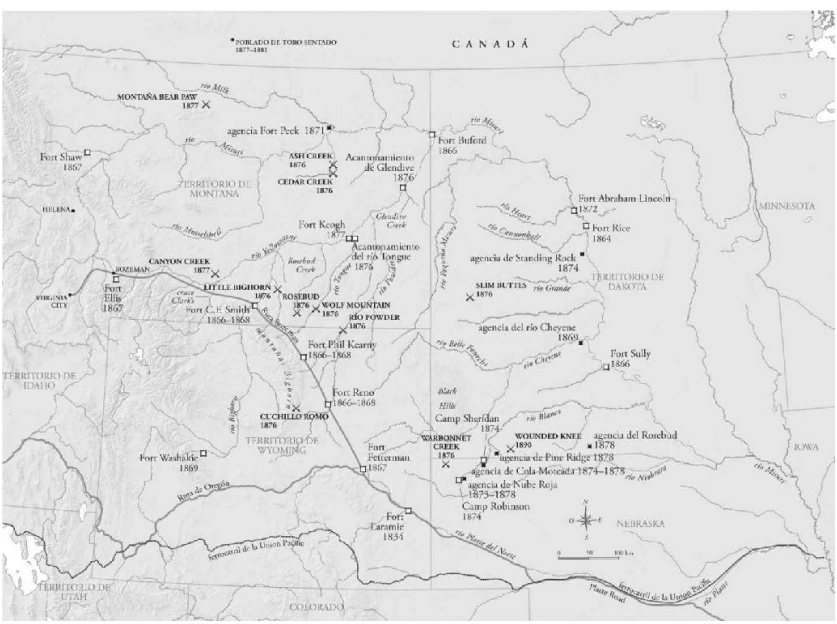
Estoy profundamente agradecido a mi agente literaria, Deborah Grosvenor, por apoyarme en este proyecto desde un principio y por las ideas y críticas que me ha ofrecido a lo largo del proceso. He aprendido mucho de ella. Mi editor de Knopf, Andrew J. Miller, me brindó una ayuda inestimable. Me mantuvo enfocado y concentrado en la escritura, lo cual ha hecho que este libro sea mucho mejor de lo que, de otro modo, habría sido. También le estoy muy agradecido a Ingrid Sterner, una fantástica correctora cuya diligencia me libró de muchos errores. La deuda más profunda la tengo con mi mujer, Antonia, que no dejó de confiar en mí cuando yo dudaba y que me apoyó de forma constante durante los cuatro años que dediqué a escribir este libro.



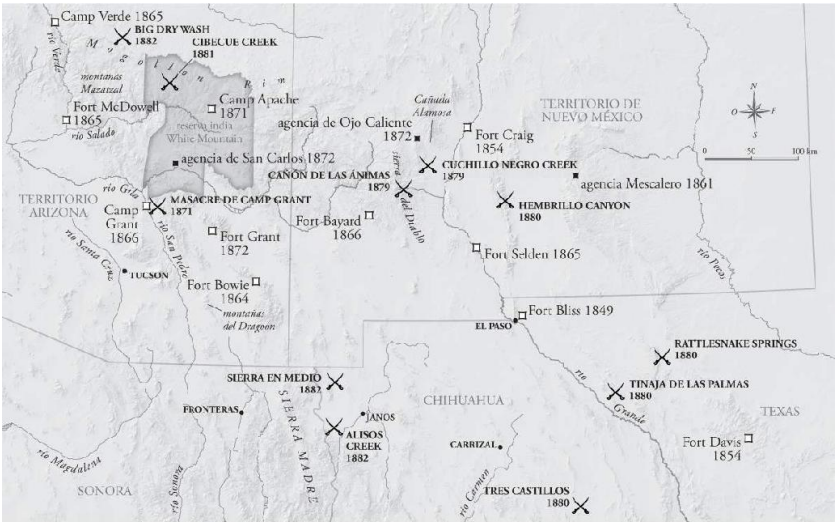
Las llanuras del sur



Tribus del Oeste americano, 1866



Las llanuras del norte


Camp Verde 1865
BIG DRY WASH
1882
CIBECUE CREEK
1881
Mogollon Rim
montañas Mazatzal
Fort McDowell
1865
río Salado
río Verde
Camp Apache
1871
reserva india
White Mountain
agencia de San Carlos 1872
río Gila
TERRITORIO ARIZONA
Camp Grant
1866
MASACRE DE CAMP GRANT
1871
Fort Grant
1872
río San Pedro
río Santa Cruz
TUCSON
Fort Bowie
1864
montañas del Dragoon
Cañada Alamosa
agencia de Ojo Calicnte
1872
Fort Craig
1854
TERRITORIO DE NUEVO MÉXICO
CUCHILLO NEGRO CREEK
1879
CAÑON DE LAS ÁNIMAS
1879
sierra del Diablo
agencia Mescalero 1861
HEMBRILLO CANYON
1880
Fort Bayard
1866
Fort Selden 1865
río Pecos
Fort Bliss 1849
EL PASO
RATTLESNAKE SPRINGS
1880
TINAJA DE LAS PALMAS
1880
río Grande
TEXAS
Fort Davis
1854
SIERRA EN MEDIO
1883
FRONTERAS
SIERRA MADRE
JANOS
ALISOS CREEK
1882
CHIHUAHUA
CARRIZAL
río Carmen
TRES CASTILLOS
1880
río Magdalena
río Sonora
SONORA
N
O
E
S
0
50
100 km

Apachería

CRONOLOGÍA

DE AGOSTO A DICIEMBRE DE 1862	Levantamiento Dakota (sioux), Minnesota.
29 DE NOVIEMBRE DE 1864	Masacre de Sand Creek, Colorado.
27 DE JUNIO DE 1865	El general Sherman asume el mando de la División Militar del Misuri.
OCTUBRE DE 1865	Tratados del río Little Arkansas negociados con las tribus de las llanuras del sur.
JULIO DE 1866	Comienza la Guerra de Nube Roja en la Ruta Bozeman, Territorio de Montana.
21 DE DICIEMBRE	Combate de Fetterman, Territorio de Montana.
19 DE ABRIL DE 1867	El general Hancock quema poblados del cruce Pawnee, en Kansas, iniciando la guerra de Hancock.
1 DE JULIO	Masacre de Kidder, Kansas.
1 DE AGOSTO	Combate de Hayfield, Territorio de Montana.
2 DE AGOSTO	Combate de Wagon Box, Territorio de Montana.
29 DE FEBRERO DE 1868	El general Sheridan asume el mando del Departamento del Misuri.
17-19 DE SEPTIEMBRE	Batalla de la isla Beecher, Colorado.
4 DE NOVIEMBRE	El jefe Nube Roja firma el Tratado de Fort Laramie, que pone punto final a la Guerra de

	Nube Roja.
27 DE NOVIEMBRE	Batalla del Washita, Territorio Indio.
11 DE JULIO DE 1869	Batalla de Summit Springs, Kansas.
VERANO	Toro Sentado es elegido jefe de los lakotas antirreserva.
23 DE ENERO DE 1870	Masacre de un poblado piegan en el río Marías, Territorio de Montana.
30 DE ABRIL DE 1871	Masacre de Camp Grant, Territorio de Arizona.
OCTUBRE	Primera campaña del coronel Mackenzie en el Llano Estacado, Texas.
28 DE SEPTIEMBRE DE 1872	Batalla del cruce norte del río Rojo, Texas.
29 DE NOVIEMBRE	Enfrentamiento de río Perdido, Oregón, inicio de la Guerra Modoc.
28 DE DICIEMBRE	Batalla del río Salado, Territorio de Arizona.
11 DE ABRIL DE 1873	Los modoc asesinan al general Canby.
4 Y 11 DE AGOSTO	Escaramuzas de Custer con la coalición lakota de Toro Sentado.
3 DE OCTUBRE	El modoc Capitán Jack es ahorcado.
8 DE JUNIO DE 1874	Muere el jefe apache Cochise.
27 DE JUNIO	Batalla de Adobe Walls, Territorio Indio.
JULIO-AGOSTO	Custer descubre oro en Black Hills.
28 DE SEPTIEMBRE	Batalla de Palo Duro, Texas.
8 DE NOVIEMBRE	Batalla de McClellan Creek, Texas.
23 DE ABRIL DE 1875	Matanza de cheyenes del sur en Sappa Creek, Kansas.
3 DE NOVIEMBRE	El presidente Grant convoca un encuentro secreto en la Casa

	Blanca para planear la estrategia para provocar la guerra con los lakotas.
17 DE MARZO DE 1876	Batalla del río Powder, Territorio de Montana.
PRINCIPIOS DE JUNIO	Los lakotas y los cheyenes del norte celebran una Danza del Sol conjunta en Deer Medicine Rocks, Territorio de Montana.
17 DE JUNIO	Batalla del Rosebud, Territorio de Montana.
25 DE JUNIO	Batalla de Little Bighorn, Territorio de Montana.
9 DE SEPTIEMBRE	Batalla de Slim Buttes, Territorio de Dakota.
SEPTIEMBRE	Los jefes de la reserva lakota renuncian al Territorio Indio No Cedido.
21 DE OCTUBRE	Batalla de Cedar Creek, Territorio de Montana.
25 DE NOVIEMBRE	Destrucción del poblado de los cheyenes del norte de Cuchillo Romo en el cruce Red del río Powder, Territorio de Wyoming.
8 DE ENERO DE 1877	Batalla de Wolf Mountain, Territorio de Montana.
6 DE MAYO	Caballo Loco se rinde en Fort Robinson, Nebraska.
7 DE MAYO	Toro Sentado entra en Canadá.
17 DE JUNIO	Batalla del cañón White Bird, Territorio de Idaho, primer enfrentamiento de la Guerra Nez Percé.
11-12 DE JULIO	Batalla de Clearwater, Territorio de Idaho.
9-10 DE AGOSTO	Batalla de Big Hole, Territorio de Montana.
5 DE SEPTIEMBRE	Asesinato de Caballo Loco en Fort Robinson.
30 DE SEPTIEMBRE-5 DE OCTUBRE	Batalla de las montañas Bear

	Paw, Territorio de Montana, y rendición del jefe nez percé José.
9 DE SEPTIEMBRE DE 1878	Comienza el éxodo de los cheyenes del norte.
9 DE ENERO DE 1879	Fuga de los cheyenes del norte de Fort Robinson.
25 DE MARZO	El jefe Pequeño Lobo (Little Wolf) se rinde, dando fin al éxodo de los cheyenes del norte.
29 DE SEPTIEMBRE-5 DE OCTUBRE	Batalla de Milk Creek, Colorado.
6 DE AGOSTO DE 1880	Batalla de Rattlesnake Springs, Texas.
15 DE OCTUBRE	El jefe apache Victorio es asesinado en Tres Castillos, Chihuahua, México.
20 DE JULIO DE 1881	Toro Sentado se rinde en Fort Buford, Territorio de Dakota.
30 DE AGOSTO	Batalla de Cibecue Creek, Territorio de Arizona.
17 DE JULIO DE 1882	Batalla de Big Dry Wash, Territorio de Arizona.
MAYO-JUNIO DE 1883	Campaña de la Sierra Madre de Crook, México.
10 DE MAYO	Toro Sentado se convierte en un «indio de agencia» en la Gran Reserva Sioux.
17 DE MAYO DE 1885	Gerónimo se escapa de la reserva White Mountain, Territorio de Arizona.
25-27 DE MARZO DE 1886	Crook y Gerónimo se encuentran en el cañón de los Embudos, Sonora, México.
3 DE SEPTIEMBRE	Gerónimo se rinde ante el general Miles en el cañón Esqueleto, Territorio de Arizona.
8 DE SEPTIEMBRE	Sacan a los apaches chiricahuas del Territorio de Arizona.
JUNIO DE 1889	La Comisión del Territorio Sioux fragmenta la Gran Reserva Sioux.
15 DE DICIEMBRE DE 1890	Asesinato de Toro Sentado en la

reserva de Standing Rock, Dakota del Norte.

29 DE DICIEMBRE

Tragedia en Wounded Knee Creek, reserva de Pine Ridge, Dakota del Sur.

15 DE ENERO DE 1891

Los lakotas brulés y oglalas se rinden en la agencia Pine Ridge, Dakota del Sur.

PRÓLOGO

A veces nuestros muchachos se portan mal

En 1863, los patrocinadores del Museo Americano de P. T. Barnum estaban de enhorabuena. Por veinticinco centavos tenían la ocasión de ver a once jefes indios de las llanuras recién llegados a Nueva York para visitar al Gran Padre, el presidente Abraham Lincoln. No se trataba de los «pieles rojas vagabundos y borrachos de las reservas del este, sacados del montón» que Barnum acostumbraba a presentar al público, aseguraba *The New York Times* a sus lectores. Eran cheyenes, arapahoes, kiowas y comanches; «nómadas de los más remotos valles de las Montañas Rocosas». Barnum prometía tres actuaciones diarias, pero por un periodo muy limitado. «Vengan ahora o será demasiado tarde —anunciaba el gran empresario—; están echando de menos sus verdes praderas y sus hogares en los bosques salvajes, de modo que o los ven ahora o no lo harán nunca». [1]

Barnum tentaba a los neoyorquinos con extravagantes avances. Iba con los indios por las calles de Manhattan en un gran carruaje precedido por una banda de música. El gran *showman* y los jefes hacían paradas en los colegios, donde los niños realizaban calistenias y entonaban canciones para ellos. A pesar de que los periódicos reaccionaron con divertidas chanzas, los indios cautivaron al público. Las multitudes acudían en masa al teatro de cuatro pisos de Barnum, situado en la galería de la calle Broadway, para ver representaciones de *pow-wow*, o asambleas indias. Los

jefes no decían apenas nada, pero sus rostros pintados, sus largas trenzas, sus camisas de ante y sus pantalones adornados con cuero cabelludo entusiasmaban al público. El último día de función, el 18 de abril, el jefe Oso Flaco (Lean Bear) de los cheyenes del sur se despidió de los neoyorquinos de parte de la delegación. [2]

Oso Flaco era miembro del Consejo de los Cuarenta y Cuatro, el órgano rector del pueblo cheyene. Los jefes del consejo eran pacificadores, estaban obligados por la tradición tribal a impedir en todo momento que la pasión se impusiera a la razón, y a actuar siempre en aras del máximo provecho de la tribu, lo que, en 1863, para los jefes cheyenes más ancianos, se traducía en mantener unas relaciones amistosas con la creciente población blanca del Territorio de Colorado, que invadía sus ya mermadas tierras de caza. No obstante, en Washington estaban preocupados. Se rumoreaba que los agentes confederados circulaban por las Llanuras Indias, para intentar incitarlos a la guerra. Para contrarrestar la amenaza (que, en realidad, era infundada por completo) y suavizar las diferencias con las tribus, la Oficina de Asuntos Indios había organizado la visita al Gran Padre de Oso Flaco y otros diez jefes. Los acompañaba el agente para los Asuntos Indios, Samuel G. Colley, y su intérprete blanco.

La mañana del 26 de marzo de 1863, dos semanas antes de la inauguración de su gran espectáculo en Nueva York, los indios, su agente y su intérprete habían entrado en fila en el ala este de la Casa Blanca tras pasar a través de una multitud cuchicheante de secretarios de gabinete, diplomáticos extranjeros y eminentes buscadores de curiosidades. «Con esa dignidad e indolencia característica de los estoicos de los bosques —relató un periodista de Washington a sus lectores—, se sentaron sobre la alfombra en semicírculo mientras guardaban silencio, con aire de ser conscientes de la imagen de grandeza que ofrecían, y de estar bastante satisfechos del esplendor de sus propios adornos y colorido». [3]

Tras quince minutos de espera, el presidente Lincoln entró en la habitación a grandes zancadas y preguntó a los jefes si tenían algo que decir. Oso Flaco se levantó. La multitud de dignatarios se apiñó a su alrededor y, por un momento, Oso Flaco perdió la compostura.

El jefe balbuceó que tenía mucho que decir, pero que estaba tan nervioso que necesitaba una silla. Trajeron dos asientos y Lincoln se sentó frente al jefe. Oso Flaco, sujetando su larga pipa, comenzó a hablar, titubeante en un principio, pero después, con creciente elocuencia. Dijo a Lincoln que su invitación había recorrido un largo camino hasta llegar a ellos, y que los jefes habían realizado un largo viaje para oír su consejo. A pesar de que no tenía bolsillos en los que guardar las palabras del Gran Padre, las atesoraría en su corazón y se las transmitiría fielmente a su pueblo.

El jefe indio se dirigió a Lincoln como un igual. El presidente —aseveró—, vivía con magnificencia en una tienda mucho más grande que la suya, sin embargo, Oso Flaco, al igual que el presidente, era en su tierra un gran jefe. El Gran Padre debía aconsejar a sus muchachos blancos que se abstuvieran de realizar actos violentos, para que tanto indios como blancos pudieran viajar por las llanuras con seguridad. Oso Flaco, además, condenó la guerra del hombre blanco que, en ese momento, estaba arrasando el este y rezó por que llegara a su fin. Al concluir recordó a Lincoln que, puesto que todos ellos eran jefes de sus respectivos pueblos, él y el resto de representantes indios debían regresar a casa; por tanto, pidió al presidente que acelerara su partida. [4]

A continuación, tomó la palabra Lincoln. Comenzó, con una jovial pero marcada condescendencia, hablando a los jefes de maravillas inimaginables para ellos, de las «gentes de rostro pálido» presentes en aquella sala que habían acudido desde lejanos países, de la tierra, que era una «pelota redonda y grande rebosante de blancos». Pidió un globo terráqueo e hizo que un profesor les mostrara el océano y los continentes, las numerosas naciones habitadas por blancos, y, al final, la amplia franja beis que representaba las Grandes Llanuras de los Estados Unidos.

Completada la lección de geografía, Lincoln adoptó un tono más grave. «Me habéis pedido consejo… Lo único que os puedo decir es que no veo modo alguno en que vuestra raza pueda llegar a ser tan numerosa y próspera como la raza blanca, excepto si vivís igual que ella, cultivando la tierra. El objetivo de este Gobierno —continuó Lincoln—, es vivir en paz con vosotros y con todos nuestros hermanos pieles rojas…, y si nuestros muchachos a veces se comportan mal y violan los tratados, es contra nuestra voluntad. Ya

sabéis —añadió—, un padre no siempre logra que sus hijos le obedezcan». El presidente dijo que un funcionario llamado el comisionado de Asuntos Indios se encargaría de su pronto regreso al oeste. Entregaron a los jefes medallas de la paz de cobre bañadas en bronce y documentos firmados por Lincoln que certificaban su amistad con el Gobierno, tras lo cual Oso Flaco dio las gracias al presidente y concluyó el consejo. [5]

No obstante, la estancia de los jefes en Washington no terminó con el encuentro en la Casa Blanca. Como si su viaje al este no hubiera sido suficiente para demostrar el poder del pueblo blanco, durante diez días el comisionado de Asuntos Indios no dejó de pasear a la delegación por los edificios gubernamentales y los fuertes militares. El agente Colley aceptó la invitación de P. T. Barnum a Nueva York. Para cuando los indios subieron al tren a Denver el 30 de abril de 1863, habían estado casi un mes en las ciudades blancas. [6]

El compromiso de paz del presidente Lincoln cayó en saco roto en el Territorio de Colorado, donde la idea de amistad interracial del gobernador John Evans consistía en confinar a los cheyenes en una reserva pequeña y árida. A pesar de que tres años antes habían firmado un tratado en el que aceptaban vivir en una reserva, Oso Flaco y los otros jefes pacificadores no podían obligar a su pueblo a renunciar a su libertad. Los grupos de cazadores cheyenes deambulaban por el este de Colorado y las despobladas llanuras del oeste de Kansas tal como habían hecho siempre. No causaban daño a ningún blanco; de hecho, los cheyenes se consideraban en paz con sus vecinos blancos, pero, a pesar de ello, a los habitantes de Colorado su presencia les resultaba intolerable. El gobernador Evans y el comandante del distrito militar, el coronel John Chivington, el cual tenía sus propias ambiciones políticas en Colorado, utilizaron, como excusa para declarar la guerra a la tribu, unos dudosos informes que denunciaban el robo de ganado por cheyenes hambrientos. A principios de abril de 1864, Chivington ordenó a la caballería que se dispersara por el oeste de Kansas y matara a los cheyenes «donde y cuando los encontrara».

Oso Flaco y su compañero jefe de paz Caldera Negra (Black

Kettle) habían pasado el invierno y el inicio de la primavera tranquilos cerca de Fort Larned, en Kansas, donde comerciaron con pieles de bisonte. En ese momento, los mensajeros de la tribu les anunciaron el inminente peligro. Los dos jefes indios hicieron, entonces, regresar a sus grupos de cazadores y pusieron a su pueblo en marcha hacia el norte, para estar más protegidos junto a los grupos cheyenes reunidos en el río Smoky Hill. Sin embargo, el ejército los encontró antes.

La noche del 15 de mayo de 1864, Oso Flaco y Caldera Negra acamparon a la vera de un arroyo embarrado flanqueado por álamos, cinco kilómetros al norte del Smoky Hill. Al amanecer, los cazadores se dispersaron por la llanura abierta en busca de búfalos. Al poco tiempo, regresaron azuzando a sus caballos en dirección a la tienda del voceador del campamento. Habían divisado en el horizonte cuatro columnas de soldados a caballo, y las tropas tenían cañones. Mientras el voceador despertaba al poblado, Oso Flaco se adelantó con una pequeña escolta para encontrarse con los soldados. Llevaba bien visible sobre el pecho la medalla del presidente Lincoln y, en la mano, los documentos de paz de Washington. Desde lo alto de un pequeño promontorio, Oso Flaco vio a los soldados de caballería al tiempo que ellos le vieron a él. El comandante ordenó a sus ochenta y cuatro hombres que se dispusieran en línea de combate con sus dos obuses de montaña. Detrás del jefe indio se agruparon con cautela cuatrocientos guerreros del poblado. [7]

Oso Flaco se adelantó a caballo y un sargento se acercó a medio galope hacia él. Al jefe no le debió parecer que hubiera peligro alguno. Al fin y al cabo, él y el Gran Padre habían acordado una paz mutua. Le habían recibido dignatarios de todo el mundo en la Casa Blanca. Los oficiales del ejército y de los fuertes de alrededor de Washington habían sido amables y respetuosos. La gente de Nueva York le había rendido honores. Tenía su medalla y los papeles de la paz para demostrar que era amigo del hombre blanco. Pero las Grandes Llanuras eran un mundo aparte.

Oso Flaco se encontraba a tan solo nueve metros de los soldados, cuando estos abrieron fuego. El jefe murió antes de caer al suelo. Al disiparse el humo, varios soldados rompieron filas y descargaron más balas sobre su cadáver. Tal como le había advertido Lincoln, a

veces sus muchachos se portaban mal. [8]

En cierta ocasión, un periodista preguntó a George Crook, uno de los grandes generales del Oeste, qué le parecía su trabajo. Respondió que resultaba difícil verse obligado a luchar contra los indios, quienes, en la mayoría de las ocasiones, tenían razón.

> No me extraña, y es probable que a usted tampoco, que cuando los indios ven a sus mujeres y a sus hijos morirse de hambre y cómo les arrebatan sus últimas fuentes de alimento, se dispongan a luchar. Y entonces nos envían a nosotros allí a matarlos. Es una atrocidad. Todas las tribus cuentan la misma historia. Están rodeados por todas partes, el juego consiste en eliminarlos o echarlos, se les deja que mueran de hambre, y solo les queda una cosa por hacer: luchar mientras puedan. El modo en que tratamos a los indios es un escándalo. [9]

El hecho de que un general hiciera una defensa pública de los indios tan sincera y contundente parece inverosímil, porque contradice el imperecedero mito de que el ejército regular era el enemigo implacable del indio.

En efecto, no hay ninguna otra época de la historia de los Estados Unidos que esté tan mitificada como la era de las Guerras Indias del Oeste americano. Durante ciento veinticinco años, buena parte de la historia popular y académica, del cine y de la literatura han descrito este periodo como una lucha palmaria entre el bien y el mal, invirtiendo los papeles de los héroes y los villanos según conviniera para acomodarse a una tornadiza conciencia nacional.

En los primeros ochenta años que siguieron a la tragedia de Wounded Knee, que marcó el final de la resistencia india, el país idealizó la imagen de aquellos que luchaban contra los indios y de los colonos blancos, y denigró o menospreció a los indios que se les opusieron. La imagen del ejército era la de un conjunto de fulgentes caballeros al servicio de un Gobierno iluminado dedicado a la tarea de conquistar la tierra salvaje, así como a «civilizar» el Oeste y a sus habitantes americanos nativos.

En 1970, la historia se invirtió, y el péndulo osciló hacia el extremo opuesto. Los norteamericanos comenzaron a desarrollar

una fuerte conciencia de los innumerables daños que habían causado a los indios. El libro de Dee Brown, *Bury My Heart at Wounded Knee* [ed. en esp.: *Enterrad mi corazón en Wounded Knee*], escrito con elegancia y forjado con pasión y, a continuación, ese mismo año, la película *Little Big Man* [en esp.: *Pequeño gran hombre*], conformaron una nueva saga que dio voz a los sentimientos de culpa del país. La opinión pública comenzó a ver al Gobierno y al ejército de las últimas décadas del siglo XIX como recalcitrantes exterminadores de los pueblos nativos del Oeste. (En realidad, la respuesta del Gobierno a lo que se solía denominar el «problema indio» no fue uniforme, y, a pesar de que hubo masacres y de que se incumplieron algunos tratados, el Gobierno federal nunca se planteó el exterminio. No obstante, se dio por hecho que puesto que los indios sobrevivirían, habría que erradicar la forma de vida india).

Bury My Heart at Wounded Knee aún tiene una profunda influencia en el modo en que los norteamericanos perciben las Guerras Indias, y todavía es el modelo de obra popular sobre esa época. Resulta, al tiempo, paradójico y extraordinario que un periodo tan crucial de nuestra historia se siga definiendo, en gran medida, por una obra que no buscaba el equilibrio histórico. Dee Brown estableció como objetivo expreso de su libro la presentación de la «conquista del Oeste americano tal como la experimentaron sus víctimas», de ahí el subtítulo del libro «Una historia india del Oeste americano». El concepto de Brown de víctimas era muy limitado. Algunas tribus, en especial los shoshones, los crows, y los pawnees, se aliaron con los blancos. *Bury My Heart at Wounded Knee* menospreció a esas tribus como «mercenarias», sin intentar comprenderlas o explicar sus motivos. Esos indios, al igual que el ejército y el Gobierno, se convirtieron en figuras de cartón, meros accesorios de las «víctimas» del relato.

El estudio de la historia con un enfoque tan parcial no resulta, en modo alguno, beneficioso, ya que resulta imposible juzgar con honradez la verdadera injusticia causada a los indios o el auténtico papel del ejército en esa época trágica sin tener un conocimiento completo y matizado tanto del punto de vista blanco como del de los indios. Por lo tanto, mi intención al escribir este libro ha sido ofrecer un equilibrio histórico a la crónica de las Guerras Indias. No

me decido a utilizar la palabra «restaurar» al hablar de equilibrio, ya que lo que ha caracterizado a la visión de esta cuestión por parte de la sociedad desde el cierre de la frontera militar en 1891 ha sido la oscilación del péndulo.

La gran cantidad de fuentes primarias indias que tenemos a nuestra disposición desde la publicación de *Bury My Heart at Wounded Knee* han resultado de inestimable ayuda para mi trabajo. Me han permitido contar la historia tanto a través de las palabras de los indios como de los participantes blancos, y, gracias a una comprensión más profunda de todas las partes implicadas en el conflicto, he podido enfrentarme mejor a los numerosos mitos, ideas erróneas y falsedades que rodean a las Guerras Indias.

Un mito tan persistente como el de un ejército hostil a los indios por naturaleza es el de una resistencia india unida frente a la intrusión blanca. Ninguna tribu famosa por luchar contra el Gobierno estuvo nunca unida, ni en la guerra ni en la paz. Reinó una gran división por bandos, que hacía que cada tribu tuviera sus facciones de guerra y de paz que luchaban y se enfrentaban entre sí por el dominio, en ocasiones, de forma violenta. Uno de los defensores más comprometidos de la reconciliación pacífica con los blancos pagó sus ideas con su vida, ya que un contrariado miembro de la facción de guerra de la tribu lo envenenó.

La unanimidad solo existió entre las tribus que aceptaron la invasión blanca. Algunos jefes influyentes, como Washakie, de los shoshones, vieron al Gobierno como garante de la supervivencia de su pueblo frente a otras tribus enemigas más poderosas. Los shoshones, los crows, y los pawnees resultaron ser inestimables aliados del ejército en la guerra, en consonancia con el dicho que afirma que el enemigo de mi enemigo es mi amigo.

Los indios no solo fueron incapaces de unirse para hacer frente a la expansión hacia el oeste de la «civilización», sino que también continuaron luchando entre sí. No hubo un sentido de «indianidad» hasta que ya fue demasiado tarde, y entonces llegó, pero de forma muy tenue, a través de una fe milenaria que solo provocó derramamiento de sangre, horror y esperanzas rotas.

El conflicto intertribal fue, en parte, consecuencia de un hecho que nunca se ha tenido en cuenta, pero que veremos a lo largo de este libro: las guerras entre los indios y el Gobierno por las llanuras

del norte, el territorio en el que tuvieron lugar las luchas más largas y sangrientas, supusieron, más que la destrucción de una forma de vida profundamente arraigada, el desplazamiento de un pueblo inmigrante por otro. Una década después del asesinato de Oso Flaco, un oficial del ejército preguntó a un jefe cheyene por qué su tribu robaba a los vecinos crows. Respondió: «Robamos las tierras de caza de los crows porque eran las mejores. Queríamos más espacio». [10] Este era un sentimiento que los habitantes de Colorado dispuestos a expulsar de aquel territorio a los cheyenes podían comprender a la perfección.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

Arden las llanuras

CUANDO EL presidente Lincoln dijo a Oso Flaco que a veces sus muchachos blancos se portaban mal, estaba restando mucha importancia a la cuestión. Durante los dos siglos y medio que transcurrieron entre el asentamiento de la colonia de Jamestown en Virginia y las palabras admonitorias de Lincoln al jefe cheyene, una colonización blanca con afán constante de expansión había desplazado a los indios hacia el oeste sin respetar los compromisos adquiridos en los tratados o, en ocasiones, ni siquiera la mera humanidad. El Gobierno de la joven república norteamericana no pretendió exterminar a los indios, ni tampoco era la tierra india lo único que codiciaban los padres fundadores. También pretendían «iluminar y refinar» al indio, conducirlo del «salvajismo» al cristianismo, y otorgarle las bendiciones de la agricultura y las artes domésticas. En otras palabras, destruir la forma de vida india, incompatible con la norteamericana, civilizando a los indios más que matándolos.

Los indios «civilizados» no vivirían en sus tierras nativas, ya que el Gobierno federal tenía la intención de comprárselas al mejor precio por medio de tratados negociados bajo la premisa legal de que las tribus eran las propietarias de la tierra y poseían la suficiente soberanía para transferir ese título de propiedad al verdadero soberano, es decir, a los Estados Unidos. El Gobierno federal también se comprometió a no privar nunca a los indios de su tierra sin su consentimiento o a no luchar contra ellos sin autorización del Congreso. Para impedir que los colonos o los estados individuales violaran los derechos de los indios, en 1790, el Congreso promulgó el primero de los seis estatutos conocidos en conjunto como el Nonintercourse Act, que prohibía la compra de

tierra india sin la aprobación federal, y establecía severos castigos por los crímenes cometidos contra los indios.

No es de extrañar que la estipulación de castigos en la ley muy pronto resultara ineficaz. El presidente George Washington intentó interceder en favor de los indios, a los cuales, insistió, había que proporcionar una completa protección legal, pero su advertencia no significaba nada para los blancos ávidos de tierras que vivían fuera del control del Gobierno. Con la intención de prevenir una matanza mutua, Washington envió tropas a la frontera del país. Una vez arrastrado a la brega, el pequeño ejército americano dedicó dos décadas y casi todos sus limitados recursos a luchar por el Viejo Noroeste contra las poderosas confederaciones indias en guerras no declaradas. Esto sentó un pésimo precedente; a partir de ese momento, los tratados serían una mera fachada para ocultar la toma de tierras a gran escala que el Congreso intentó paliar con rentas en efectivo y mercaderías.

Después de George Washington, a ningún otro presidente le quitaron el sueño los derechos de los indios. De hecho, la rama ejecutiva lideró el camino que conduciría a desposeerlos de sus tierras. En 1817, el presidente James Monroe dijo al general Andrew Jackson: «La vida salvaje requiere para su permanencia una mayor extensión de terreno de la que es compatible con el progreso y las justas demandas de la vida civilizada, y debe ceder ante esta». Como presidente, hacia 1830, Jackson llevó la orden de Monroe a su riguroso, pero lógico extremo. Con la autoridad que le confirió la Ley de Traslado de 1830, y empleando diversos grados de severidad, Jackson barrió a las tribus nómadas del Viejo Noroeste hasta más allá del río Misisipi. Cuando los sureños le presionaron para que liberara tierras indias en Alabama y Georgia, Jackson también sacó de sus tierras a las llamadas Cinco Tribus Civilizadas (los choctaw, chickasaw, creek, cheroquis y seminolas), y las reubicó al oeste del río Misisipi, en el Territorio Indio, un amplio terreno que se extendía a lo largo de diversos estados futuros y que, poco a poco, se redujo hasta comprender solo el actual Oklahoma. La mayoría de los indios «civilizados» se marcharon de forma pacífica, pero desalojar a los seminolas de sus bastiones en Florida le supuso al ejército demasiado tiempo y sangre, así que al final permitieron que se quedaran allí unos pocos. [1]

Jackson no dudó nunca de la justicia de sus acciones, y con sinceridad creyó que una vez estuvieran más allá del río Misisipi, los indios se verían libres para siempre de la usurpación blanca. Se permitiría a los tramperos, a los comerciantes y a los misioneros atravesar el nuevo hogar de los indios y aventurarse en las Grandes Llanuras o en las montañas que había más allá, pero, sin duda, allí no se producirían más levantamientos porque los exploradores del ejército habían informado de que las Grandes Llanuras no eran aptas para el asentamiento blanco, y la sociedad lo había aceptado.

Pero ya había presiones en la periferia. Un pujante comercio de pieles en el río Misuri aumentó el contacto blanco con las tribus del Oeste. Asimismo, los tratados de traslado obligaron al Gobierno a proteger a las tribus reubicadas no solo de los ávidos blancos sino también de los hostiles indios de las llanuras, que no deseaban compartir sus dominios con los recién llegados, ya fueran estos indios o blancos. Entretanto, los blancos de Misuri y de Arkansas solicitaron protección contra los indios a los que habían desposeído, ante la eventualidad de que la nueva tierra les pareciera de algún modo inferior al Edén que les habían prometido (como, en efecto, sucedió). La respuesta del Gobierno consistió en construir entre 1817 y 1842 una cadena de nueve fuertes desde Minnesota hacia el sur y hasta el noroeste de Luisiana, que creó una tentadora abstracción conocida como la Frontera India Permanente.

De los 275 000 indios cuyos hogares quedaban fuera del Territorio Indio y más allá de la recientemente constituida barrera militar, el Gobierno se preocupaba más bien poco y sabía aún menos.[2] Las ideas que tenían los blancos sobre los indios del Oeste americano eran simplistas y tendían a los extremos; los indios eran o bien nobles y heroicos o bien bárbaros y aborrecibles. Sin embargo, cuando la Frontera India Permanente se derrumbó menos de una década después de su creación, un repentino cataclismo de acontecimientos en cadena puso a los blancos y a los indios frente a frente al oeste del Misisipi.

La primera grieta en la Frontera Permanente se abrió en 1841. Atraídas por la promesa de tierra fértil en California y en el Territorio de Oregón, unas cuantas pesadas caravanas de

carromatos cubiertos de lona blanca se aventuraron, traqueteando, por las llanuras. Pronto, el goteo se convirtió en torrente, y el camino para carromatos así creado a lo largo de las arenas movedizas del monótono río Platte quedó impreso en la psique del país con el nombre de la Ruta de Oregón.

Con posterioridad, en 1845, tuvo lugar la anexión de Texas y, un año después, los Estados Unidos y Gran Bretaña resolvieron una polémica disputa sobre la frontera de Oregón. A principios de 1848, la guerra con México terminó con el Tratado de Guadalupe Hidalgo, por el cual México cedía California, la Gran Cuenca, y el sudoeste, y renunciaba a reclamar Texas, además de reconocer el Río Grande como la frontera internacional. En solo tres años, Estados Unidos había crecido más de un millón y medio de kilómetros cuadrados y se había convertido en una nación continental. Los oradores expansionistas exhortaron a los norteamericanos a que llevaran a cabo el Destino Manifiesto del país emigrando a Texas, California o el Noroeste del Pacífico. (Todavía nadie consideraba las Grandes Llanuras más que como un vasto y tedioso obstáculo). En agosto de 1848, se descubrió oro en el río de los Americanos de California. Al año siguiente, se produjo una migración en masa de dimensiones desconocidas hasta ese momento en la historia de la joven nación. Al cabo de una década había más blancos en California que indios en todo el Oeste. Los genocidas buscadores de oro diezmaron a las pequeñas tribus pacíficas de California, y el crecimiento de los asentamientos blancos en el recién organizado Territorio de Oregón alarmó a las tribus más fuertes del noroeste.

Aún no se había producido ningún conflicto con los indios en el Oeste, pero la paz era frágil, advirtió el comisionado de Asuntos Indios. Los indios —dijo— se han abstenido de atacar las caravanas de emigrantes a la espera de una compensación por parte del Gobierno, no por miedo, ya que no han experimentado «nuestro poder y desconocen por completo nuestra grandeza y nuestros recursos». [3]

Durante algún tiempo no experimentaron ese poder, ya que el Gobierno no contaba con nada parecido a una política india coherente, y el pequeño ejército regular necesitaba tiempo para construir fuertes en el Oeste. En cualquier caso, el comisionado de Asuntos Indios no tenía por qué haber temido ninguna resistencia

contundente y conjunta a la avalancha blanca por una sencilla razón: los indios no percibían el ataque blanco como la amenaza apocalíptica a su forma de vida que, en realidad, era. Y aunque lo hubieran hecho, las tribus del Oeste americano carecían de una identidad común, de un sentido de «indianidad», y estaban demasiado ocupadas peleándose entre sí como para prestar toda su atención a la nueva amenaza.

Y ese fue su talón de Aquiles. Los indios solo fueron capaces de unirse contra la repentina y vigorosa expansión blanca en el Noroeste del Pacífico. En el Oeste hubo pocas tribus capaces de mantener la unidad interna necesaria para hacer frente al avance blanco. Casi todas ellas se dividieron en dos facciones, una que defendía la convivencia pacífica con los blancos y la adopción de las costumbres blancas, y otra que se aferraba con firmeza a sus costumbres tradicionales, resistiendo las tentaciones del Gobierno que les incitaba a dirigirse de forma pacífica a las reservas. El Gobierno se habituó a explotar esas rivalidades, lo cual dio al ejército en sus batallas una poderosa quinta columna para domeñar a los indios «hostiles». Asimismo, obtuvo un beneficio inconmensurable de esos conflictos intertribales que yacían en la base misma de la cultura de los indios del Oeste. Que las tropas necesitaban aliados indios para imponerse, se convirtió en un axioma.

En las relaciones intertribales no había medias tintas; aquellos que no pertenecían a la tribu eran o bien aliados o bien enemigos. El conflicto intertribal más intenso tuvo lugar en las llanuras del norte, donde las luchas eran fluidas y continuas, ya que las tribus hacían todo lo posible para conquistar o proteger sus terrenos de caza. En todo el Oeste las tribus sobrevivieron y prosperaron por medio de alianzas; aquellas que actuaron solas padecieron un sufrimiento terrible. Las guerras abiertas no eran habituales; por lo general, tomaban la forma de pequeños ataques y contraataques continuos que socavaban los dominios del perdedor.

En las Grandes Llanuras, la base del modo de vida indio era el bisonte americano, al que conocemos como «búfalo». La carne de este animal era un elemento básico. Con el cuero los indios hacían ropa para abrigarse y para comerciar, recipientes para transporte y almacenamiento, y pieles para las características tiendas cónicas,

también conocidas como tipi. No se desperdiciaba ninguna parte del animal. El búfalo no solo reforzaba la economía, también conformaba la religión y la cultura de las Grandes Llanuras.

Mucho antes de que el primer americano se aventurara más allá del río Misisipi, los obsequios europeos de caballos, armas y enfermedades habían provocado una drástica alteración de las culturas de las llanuras y de las Montañas Rocosas. En el siglo XVI, los españoles introdujeron el caballo en el Nuevo Mundo. A medida que la frontera española se fue desplazando hacia el sudoeste del territorio actual de los Estados Unidos, los caballos fueron a parar a manos indias. Después, a través del robo y el trueque, la cultura equina se extendió con rapidez de una tribu a otra. En 1630, no había ninguna tribu que montara a caballo, sin embargo, hacia 1750, todas las tribus de las llanuras y la mayoría de los indios de las Montañas Rocosas lo hacían. El caballo no creó la cultura del búfalo, pero facilitó, en gran medida, la caza. Los caballos también incrementaron la frecuencia y la intensidad de los enfrentamientos intertribales, porque los guerreros eran capaces de moverse por distancias inimaginables a pie. El arma de fuego, que los tramperos y comerciantes franceses dieron a conocer a los indios, hizo que los choques fueran mucho más mortales. Y las enfermedades del hombre blanco fueron más letales aún, puesto que diezmaron a las tribus del oeste, al igual que habían devastado a las del este del Misisipi. Nadie sabe con precisión cuántos sucumbieron, pero, solo en 1849, el cólera había acabado con la mitad de la población india de las llanuras del sur. [4]

Una gran paradoja de las Grandes Llanuras es el hecho de que ninguna de las tribus a las que se iba a enfrentar el ejército era nativa de las tierras que reclamaban. Todas ellas se habían visto arrastradas a una gran migración provocada por los asentamientos blancos en el este. Ese éxodo indio comenzó a finales del siglo XVII, y, cuando en 1843 se abrió la Ruta de Oregón, aún estaba lejos de terminar. A medida que los desplazados indios se extendían por las llanuras, competían con las tribus nativas por los mejores terrenos de caza. De modo que, en realidad, sin riesgo de exagerar, las guerras que tendrían lugar entre los indios y el Gobierno por las Grandes Llanuras, el lugar donde se produjeron las más largas y sangrientas luchas, supondrían un enfrentamiento de pueblos

emigrantes. Se perdió una forma de vida, pero que no tenía demasiada antigüedad.

Antes de que los blancos se extendieran por las llanuras, los recién llegados más poderosos eran los sioux, antaño pueblos de los bosques del actual Medio Oeste superior. A medida que la nación sioux se desplazó hacia el oeste, se dividió en tres grupos: los dakotas, un pueblo semisedentario que se mantuvo cerca del río Minnesota; los nakotas, que se asentaron al este del río Misuri; y, los lakotas, que lucharon por su forma de vida en las llanuras del norte. Los lakotas eran los auténticos sioux de los caballos y los búfalos presentes en el imaginario popular, y constituían casi la mitad de la nación sioux. Estos, a su vez, se dividían en siete tribus: los oglalas, brulés, miniconjous, dos calderas, hunkpapas, pies negros, y sans arcs, de los cuales los oglalas y los brulés eran los más numerosos. De hecho, estas dos tribus superaban en número a todos los indios no lakotas de las llanuras del norte.

Los lakotas, en su marcha hacia el oeste a lo largo de las actuales Nebraska y las Dakotas a principios del siglo XIX, se aliaron poco a poco con los cheyenes y los arapahoes, que habían sido empujados a las llanuras del norte antes que ellos, y crearon un vínculo duradero, si bien, algo curioso. Sus lenguas eran mutuamente ininteligibles, impedimento que superaron con un sofisticado lenguaje de signos, y sus caracteres no podían haber sido más diferentes. Los arapahoes solían ser un pueblo amable y complaciente, mientras que los cheyenes se convirtieron en unos guerreros terribles. El primer contacto entre los lakotas y la entente cheyene-arapaho fue hostil, ya que competían por la región rica en caza de Black Hills. Un jefe cheyene contaba: «Hacíamos las paces. Nos ofrecían la pipa y decían: —Seamos buenos amigos—, pero una y otra vez rompían su promesa de forma traicionera». Hasta cerca de 1840, los lakotas no mantuvieron su pacto. Para entonces, muchos de los cheyenes y de los arapahoes, cansados de la hipocresía de los lakotas y atraídos por los comerciantes blancos, habían emigrado al sur, donde formaron las tribus cheyenes y arapahoes del sur, con lo que dejaron a los lakotas como dueños indiscutibles de las llanuras del norte.

Los lakotas, los cheyenes y los arapahoes que permanecieron en las llanuras del norte tenían los mismos enemigos tribales, los crows

de la actual Montana central y del norte de Wyoming, mucho menos numerosos, pero grandes luchadores, y los semiagricultores pawnees que vivían a lo largo del río Platte en Nebraska. La base de su rivalidad era tanto el constante impulso de la alianza lakota-cheyenes del norte-arapahoes del norte para expandir sus terrenos de caza como la cultura guerrera común a todas las tribus de las llanuras. Los crows y los pawnees, separados geográficamente, nunca se aliaron, pero, en cambio, dado que tenían una gran necesidad de amigos (o de enemigos de sus enemigos a los que consideraban entonces amigos), ambas tribus unieron su destino al de los blancos. [5]

En las llanuras del sur se habían producido rivalidades similares. Los kiowas, expulsados de las Black Hills por los lakotas, se habían retirado hacia el sur al territorio conocido como la Comanchería, donde lucharon por primera vez y concluyeron luego una alianza con los comanches. Estos eran los señores indiscutibles de las llanuras del sur y los más expertos jinetes del Oeste, además de un pueblo fiero y cruel que vagaba y saqueaba a su antojo desde el río Arkansas hasta el interior de Texas. De forma esporádica, luchaban contra México, pero con los norteamericanos se llevaron bastante bien hasta que los colonos amenazaron sus terrenos de caza. La República de Texas trató a los comanches aún peor de lo que lo había hecho el Gobierno mexicano, pues llevó a cabo una política de traición y crueldad que culminó con la masacre de una delegación de paz comanche. Tras ese suceso, los comanches vieron a los texanos como sus peores enemigos, y consideraron los ataques contra los colonos de Texas un castigo por el asesinato de sus jefes de paz y un buen deporte.

Los arapahoes y los cheyenes del sur se valieron de su proximidad a la Comanchería para saquear las yeguadas de los comanches y los kiowas hasta 1840, año en el que las cuatro tribus firmaron una paz permanente y formaron una potente alianza para enfrentarse a los blancos que continuaban avanzando. [6]

Hasta el más obtuso oficial federal comprendió que la tranquilidad a lo largo de las rutas terrestres, que tanto había sorprendido al comisionado de Asuntos Indios en 1849, era temporal. El hecho de

que los emigrantes agotaran la madera, la hierba y la caza a un ritmo alarmante, llevó a los indios que había a lo largo de las rutas de viaje casi a la hambruna. El Gobierno, reconociendo que los indios al final tendrían que alzarse y luchar, o aliarse con los blancos, o morir, aceptó tres responsabilidades: proporcionar protección militar para las rutas de los emigrantes y para los crecientes asentamientos blancos, anular los títulos sobre la tierra de los indios, y desarrollar una política humanitaria para mantener a los indios que habían sido desposeídos. Resultaba improbable que el Gobierno cumpliera con sus responsabilidades. El reducido ejército de la frontera casi no contaba con hombres suficientes para defender sus pequeños fuertes, de modo que mucho menos aún para proteger a los emigrantes. La negociación parecía la única estrategia viable a corto plazo y, para tratar con los indios, la Oficina de Asuntos Indios nombró a Tom Fitzpatrick, un antiguo trampero convertido en agente indio. Fitzpatrick, que disfrutaba de la confianza implícita de las tribus de las llanuras, había demostrado tener mucha mayor capacidad que ningún otro agente para realizar las hercúleas tareas de la oficina. Como representante del Gobierno federal para una o más tribus, un agente indio debía trabajar para prevenir el conflicto entre los colonos y los nativos, cooperar con las fuerzas armadas en lo necesario para mantener la paz y distribuir las rentas del Gobierno con honradez y diligencia.

En 1851, Fitzpatrick reunió en Fort Laramie a diez mil indios de las llanuras del norte para un consejo de magnitud sin igual. Los jefes firmaron un acuerdo llamado el Tratado del Fuerte Laramie (que, como casi siempre, los indios solo comprendieron de forma vaga, si es que llegaron a entender algo) y, a continuación, aceptaron con gran alborozo los regalos que enviaba el Gran Padre a sus pueblos. Dos años más tarde, Fitzpatrick cerró un acuerdo similar con las tribus de las llanuras del sur en Fort Atkinson. Los tratados bilaterales fueron modelos de concisión, y sus cláusulas, en apariencia inequívocas. Los indios debían abstenerse de luchar entre ellos o contra los americanos, aceptar las fronteras tribales oficiales, permitir que el Gobierno construyera carreteras y fuertes en sus tierras (ya lo había hecho), y no molestar a los pioneros que atravesaban su territorio. A cambio, el Gobierno prometió defender a los indios de los blancos que les arrebataban sus tierras (lo cual no

tenía ni la capacidad ni la voluntad de hacer) y pagar rentas a las tribus durante cincuenta años (periodo que el Senado redujo después a diez).

Fitzpatrick había hecho su trabajo, pero criticó los tratados como una mera forma de ganar tiempo. «Las medidas a utilizar deben ser o bien un ejército o una renta —argumentó con una visión de futuro desacostumbrada—. O se les ofrece un incentivo mayor que las ganancias que obtienen con los saqueos, o se tiene a disposición una fuerza capaz de controlarlos y detener sus estragos. Cualquier compromiso entre estas dos medidas solo conducirá a todas las desgracias que conlleva el fracaso». Fitzpatrick rechazó asimismo la costumbre de acabar con la titularidad india por la sencilla razón —dijo—, de que los indios de las llanuras no tenían otro título aparte del «derecho del vagabundo», que equivalía al privilegio de ocupación por conquista. Pocos indios le habrían discutido esto, y ninguno se planteó con seriedad detener los saqueos sobre los enemigos tribales por el mero hecho de que el Gobierno así lo deseara. Al igual que tampoco aceptarían las fronteras tribales. «Tú has dividido mi tierra y eso a mí no me gusta —declaró un jefe lakota—. Estas tierras antes pertenecieron a los kiowas y a los crows, pero nosotros expulsamos a esos pueblos fuera de ellas, y ahí actuamos igual que los blancos cuando quieren las tierras de los indios». [7]

A pesar de los tratados, a veces surgían conflictos entre el ejército y los indios, aunque por lo general no eran intencionados. En ocasiones, eran el resultado de una sola acción estúpida o impulsiva cometida por jóvenes guerreros de carácter fogoso o por torpes oficiales subalternos. Eso es lo que ocurrió en las llanuras del norte en agosto de 1854, cuando John L. Grattan, un bisoño y arrogante teniente de West Point que había alardeado de ser capaz de aplastar a todos los lakotas con un puñado de soldados de infantería y un obús, se enfrentó al pacífico jefe brulé Oso Conquistador (Conquering Bear) a propósito de una vaca perdida de un emigrante que un guerrero había matado. El jefe indio dijo estar dispuesto a ofrecer una compensación por este hecho, sin embargo Grattan prendió fuego a su poblado. Cuando el incendio se sofocó, Oso Conquistador yacía herido de muerte, y Grattan y sus veintinueve soldados estaban muertos.

El acto insensato de Grattan había supuesto una clara agresión. Sin duda, fue una provocación suficiente para que los brulés declararan una guerra abierta a los blancos, a pesar de lo cual se mostraron bastante comedidos. Un grupo guerrero atacó una diligencia y mató a tres pasajeros; por lo demás, las caravanas de emigrantes continuaron atravesando el territorio brulé sin impedimento alguno. No obstante, eso no satisfizo al Departamento de Guerra, que se negó a aceptar que las torpes acciones de Grattan hubieran provocado el enfrentamiento. Determinado a vengar lo que denominó la masacre de Grattan, el Departamento de Guerra ordenó al coronel William S. Harney que diera a los indios una buena «paliza». Así lo hizo dos años más tarde, en septiembre de 1856, cuando arrasó un campamento brulé cerca de Blue Water Creek, en el territorio de Nebraska, donde asesinó a la mitad de los guerreros y se llevó a la mayoría de las mujeres y los niños. Los humillados jefes brulés entregaron a los responsables del ataque a la diligencia, entre los cuales se encontraba un intrépido jefe de guerra llamado Cola Moteada (Spotted Tail). A este, tras permanecer encarcelado en Fort Leavenworth durante un año, el poder blanco le pareció tan impresionante que se volvió un defensor de la paz durante el resto de su vida, o, como dijeron los lakotas, regresó de su prisión, «gordo, fofo y amedrentado». Puede que estuviera fofo, pero no estaba en modo alguno amedrentado, y tuvo una ascensión meteórica a una posición de inigualable poder en la tribu brulé.

Durante una década, el espectro de Harney el Carnicero persiguió a toda la nación lakota. Era algo de lo que se hablaba mucho en las tiendas del consejo, pero no se hacía nada, solo reinaba un constante deseo de venganza. Harney comprendía a los indios. Sin regodearse en su victoria sobre los brulés, recordó a Washington que «los indios solo habían defendido sus derechos». **[8]**

En la atmósfera de injusticia que generó la masacre de Grattan, el Gobierno también decidió que los cheyenes, a pesar de que no habían causado ningún problema importante a los emigrantes y de que no tenían intención alguna de hacerlo, se merecían un castigo. El verano de 1857 un ataque por sorpresa del ejército sobre un poblado cheyene en el río Salomón del territorio de Kansas mató a unos pocos guerreros, pero produjo una victoria psicológica, al enseñarles, según el funcionario para los indios cheyenes, la

inutilidad de oponerse al hombre blanco.

Fue un mal momento para que los cheyenes admitieran la derrota. El año siguiente a la lucha del río Salomón, los buscadores de oro encontraron el preciado metal en lo que es hoy el este de Colorado. Casi de un día para otro surgió la ciudad de Denver. Los mineros y los agricultores se abrieron paso por los terrenos de caza de los cheyenes y los arapahoes y sobrepasaron la mayor parte de la inmensa franja prometida a las tribus en el Tratado de Fort Laramie que había negociado Tom Fitzpatrick una década antes. En febrero de 1861, diez jefes cheyenes y arapahoes, entre los que se encontraban Caldera Negra y Oso Flaco, firmaron el Tratado de Fort Wise que obligaba a sus tribus a vivir en una pequeña y miserable reserva situada en las áridas llanuras al sudeste del Territorio de Colorado. A pesar de que la mayoría de los cheyenes y los arapahoes rechazaron las promesas hechas por sus jefes y siguieron viviendo en sus terrenos de caza tradicionales, no cometieron actos de violencia. Ninguno de los indios podía prever las terribles consecuencias que pronto tendría su resistencia pasiva.

Mientras tanto, más al sur, los esfuerzos para someter a los kiowas y a los comanches resultaron inútiles por completo. Ninguna de las dos tribus causaba molestias en las rutas de los emigrantes, pero continuaron atacando los asentamientos de Texas. El hecho de que dicha República ahora formara parte de los Estados Unidos no significaba nada para ellos. Cuando la protección del ejército regular se demostró insuficiente, los Texas Rangers asumieron el mando y derrotaron en tres combates a los indios, los cuales, enfurecidos, no solo provocaron una destrucción sin precedentes en la frontera entre Texas y México sino que también atacaron a los viajeros que se dirigían hacia el oeste.

Las fuerzas armadas eran incapaces de detenerlos. Buena parte de los limitados recursos del ejército de frontera estaban dedicados a sofocar los levantamientos en el Noroeste del Pacífico que se sucedían desde hacía tres sangrientos años. En 1858, al final de la última guerra, los indios vencidos firmaron tratados que fijaban las fronteras de sus reservas. La reclusión de las tribus del Noroeste del Pacífico en extensiones bien delimitadas y el Tratado de Fort Wise firmado tres años después fueron los primeros pasos de lo que poco a poco se conoció como la política de concentración. Se sacaba a los

indios de la tierra que los blancos querían o de la que ya se habían apoderado y se les reasentaba lo más lejos posible de la influencia contaminante de los invasores. A continuación, comenzaría el noble experimento de convertir a los indios en granjeros cristianos. Es evidente que, dado que la mayoría de los indios no estaba interesada en las bendiciones que el hombre blanco deseaba otorgarle, los intentos de concentración del Gobierno significaban, por lo general, una guerra. [9]

En ese momento, para los indios, los blancos estaban llegando en cantidades inconcebibles. Asaltaban los territorios indios por todas partes. Los colonos llegaban por el este, mientras que los mineros hacían incursiones en la periferia del territorio indio por el oeste, el norte y el sur y, cuando se hicieron nuevos descubrimientos de minerales, simplemente la invadieron. Según decían en el Oeste, a los indios que resistieran los ataques violentos se les debía «concentrar», para convertirlos en inofensivos, en reservas de tierra demasiado pobres como para interesar a los blancos. Sería un gran acorralamiento y un lento estrangulamiento que requeriría tres décadas hasta asfixiar a los recalcitrantes indios.

Durante la tumultuosa década de los cincuenta solo el sudoeste estuvo tranquilo. La vasta región que abarcaba no solo la actual Arizona y Nuevo México sino también el norte de México, se llamó la Apachería debido a sus ocupantes mayoritarios, los apaches. Lejos de ser una tribu aparte, los apaches eran un conglomerado impreciso de bandas diferenciadas en dos grandes divisiones, la del este y la del oeste. [10] Los dos grupos de la División Oeste —los apaches del oeste y los chiricahuas, ninguno de los cuales apreciaba demasiado al otro— serían los que causarían al Gobierno la mayoría de las dificultades.

Cuando los primeros norteamericanos se aventuraron en la Apachería hacia 1820, los apaches del oeste y los apaches chiricahua habían estado en guerra durante casi dos siglos, primero con los españoles y después con los mexicanos y con sus aliados indios. Los apaches, a base de emboscar a las tropas, arruinar las haciendas y recaudar tributos en las ciudades, habían hecho que la presencia mexicana en la Apachería fuera muy tenue. Al principio,

recibieron de forma amistosa a los norteamericanos como enemigos de los mexicanos, pero pronto aumentó la tensión después de que Estados Unidos consiguiera la mayor parte de la Apachería con el Tratado de Gadsden Purchase de 1853, que obligaba a Washington a impedir las incursiones apaches en México. Los apaches no comprendieron eso. Si los mexicanos seguían siendo sus enemigos y habían sido enemigos de los americanos, ¿por qué tenían que dejar de atacar al sur de la frontera, mientras se comportaran bien al norte de ella?

Entonces, en 1860, los buscadores descubrieron oro en los límites montañosos del oeste del Territorio de Nuevo México, el corazón de la tierra chihene (los apaches chiricahua orientales). Cuando el jefe chihene Mangas Coloradas intentó negociar un acuerdo pacífico, los buscadores lo fustigaron a latigazos, tras lo cual él declaró la guerra a los norteamericanos. Más indignante aún fue el mal trato que se dio a Cochise, jefe de los chokonen (chiricahuas centrales), que estaba en buenos términos con los colonos en su desértica tierra natal, en lo que es hoy el sudeste de Arizona. En febrero de 1861, George N. Bascom, otro torpe teniente cortado por el mismo patrón de West Point que Grattan, desperdició la buena voluntad al arrestar a Cochise y a varios de sus guerreros bajo la errónea impresión de que el jefe había secuestrado a un muchacho de un rancho lejano. Cochise, entonces, se escapó y capturó a algunos hombres que utilizó como rehenes. Tras varios días de infructuosas conversaciones, Cochise mató a los prisioneros y Bascom ahorcó a varios chiricahuas, entre los que se hallaba el hermano de Cochise. Arizona estalló en una orgía de violencia.

Y, después, en la primavera de 1861, con el inicio de la Guerra Civil, el ejército regular desapareció de la frontera. Los indios estaban asombrados por la repentina partida de los soldados. Los chiricahuas, tras llegar a la conclusión de que los habían derrotado, incrementaron sus actos vandálicos. En cambio, los indios de las llanuras dudaron y, al hacerlo, perdieron una breve pero única oportunidad de retrasar la marea blanca.

La oportunidad de atacar de los indios de las llanuras pasó y, muy pronto, llegaron nuevos soldados, gentes del Oeste para las cuales disparar a un indio era lo mismo que disparar a un ciervo. Eran hombres más rudos que los regulares y mucho más numerosos.

Quince mil voluntarios, sacados de los cerca de tres millones de hombres reclutados por el Gobierno federal para combatir la rebelión del Sur, sirvieron en el Oeste durante la Guerra Civil, el doble del ejército regular de la frontera prebélica. La mayoría era de California, lo cual era previsible dado que la población del Estado era de casi medio millón y seguía en aumento. De hecho, la Guerra Civil no provocó ninguna disminución en la emigración al Oeste. Al contrario, a pesar de que absorbió las energías y los recursos del Norte y del Sur, los descubrimientos minerales por todo el Oeste atrajeron a los blancos en cantidades aún mayores a las otrora tranquilas tierras indias.

Es más, a pesar de la en apariencia constante necesidad de tropas para derrotar a la Confederación, la Administración Lincoln animó a la gente a partir hacia el Oeste. En 1862, el Congreso aprobó la Ley de Asentamientos Rurales. A partir del 1 de enero de 1863 cualquier ciudadano de los Estados Unidos o aquel que tuviera intención de serlo, incluidos los esclavos libres y las mujeres cabezas de familia, recibirían un título de propiedad de 0,65 km^2 de tierra federal —160 acres— al oeste del río Misisipi, siempre que el demandante hubiera hecho mejoras en la propiedad, hubiera residido en ella durante cinco años consecutivos, y no se hubiera alzado nunca en armas contra los Estados Unidos. Las familias que buscaban empezar de nuevo cultivando la pradera atestaron las rutas de emigrantes, rebosantes ya de buscadores de fortuna, y la presión sobre las tierras indias se intensificó.

El crecimiento de la población condujo a la creación de seis territorios entre 1861 y 1864: Nevada, Idaho, Arizona, Montana, Dakota y Colorado, que fue el que más creció. Se abrió una carretera directa desde Denver, llamada la Ruta de Smoky Hill, que atravesaba el terreno de caza original de los indios. Enseguida, las líneas del telégrafo y la diligencia atravesaron el Territorio Indio por todas partes, mientras que los estados de Nebraska y de Kansas extendieron sus fronteras más aún en las llanuras. A pesar de que su ira contra los intrusos blancos aumentó, las tribus de las llanuras del sur se mantuvieron en paz, incluso a medida que iba menguando el perímetro de su mundo.

Aunque reinaba la tranquilidad en las llanuras del sur, había suficiente violencia por todas partes para que dos generales

voluntarios, James H. Carleton y Patrick E. Connor, alcanzaran la fama en el Oeste durante la Guerra Civil. En julio de 1862, parte de la Columna California de Carleton expulsó a varios cientos de guerreros chiricahua al mando de Cochise y Mangas Coloradas del Paso Apache, un desfiladero estratégico en el corazón del territorio chokonen. Mangas Coloradas resultó herido en el enfrentamiento. Seis meses después, un subordinado de Carleton atrajo al jefe indio hacia el campamento con una bandera de tregua y allí lo asesinó. A pesar de estos dos ataques, los chiricahuas no se desmoralizaron; al contrario, una vez se hubo marchado Carleton, Cochise redobló su esfuerzo para despoblar el sudeste de Arizona.

Carleton continuó hacia el este y derrotó a la pequeña tribu apache mescalero del Territorio de Nuevo México. A continuación, en una campaña de tierra quemada liderada por su viejo amigo, el legendario pionero Kit Carson, abatió a la poderosa Nación Navajo, que había estado sumida en una larga guerra de ataques y venganzas con las gentes de Nuevo México. Mientras Carleton luchaba en el sudoeste, el general Connor limpió las rutas de viaje entre California y Utah, y después diezmó una banda shoshone renegada que había estado en guerra con los buscadores de oro de las Montañas Rocosas. [11]

Mientras que el sudoeste sangraba y las Montañas Rocosas temblaban, en las llanuras del norte reinó una relativa calma hasta 1863, año en el que estalló la guerra a una escala desconocida. La causa fue indirecta, un gran levantamiento de los sioux dakotas, cuya reserva de Minnesota, antes muy extensa, había disminuido hasta convertirse en una estrecha franja de tierra a lo largo del río Minnesota, mientras que la población blanca del Estado se había multiplicado. Comerciantes sin escrúpulos proporcionaban alcohol en abundancia a los dakotas, esquilmando su renta anual, y los misioneros los hostigaban. Mientras que los granjeros cercanos prosperaban, el hambre y la desesperanza acechaban la reserva. El 17 de agosto de 1862, unos jóvenes guerreros que volvían con las manos vacías de una expedición de caza mataron a seis colonos. No hubo premeditación, pero sí incapacidad para contener la rabia acumulada durante una década. Ante la perspectiva de una

represalia segura del Gobierno, los jefes optaron por luchar, y los grupos guerreros dakotas masacraron a cientos de colonos antes de que las tropas de la Unión los empujaran a las llanuras y a los brazos de sus paisanos nakotas. En 1863 y 1864, durante unas guerras sin cuartel, las tropas dejaron inermes a los dakotas y a los nakotas que, más tarde, excepto un puñado que escapó a Canadá o se unió a los lakotas, o se rindieron a la vida en la reserva.

El levantamiento de Minnesota también provocó una conmoción a lo largo de las relativamente tranquilas llanuras del sur. Los habitantes de Colorado, ya inquietos ante el hecho de tener que compartir el territorio con los cheyenes del sur y los arapahoes, estaban horrorizados. Interpretaban la más mínima ofensa india (había habido algunas antes, y las que ocurrieron consistieron en saqueos incruentos de caballos y de ganado) como el presagio de una masacre similar en su territorio. Para muchos habitantes de Colorado, incluido el comandante militar del distrito, el coronel John Chivington, los ataques preventivos contra las tribus estaban justificados. De hecho, fue la política de guerra preventiva del coronel la que costó la vida a Oso Flaco. Después de que lo asesinaran, el jefe Caldera Negra impidió a los guerreros que aniquilaran al pequeño destacamento militar responsable de la atrocidad. Pero ni él ni ningún otro jefe pudieron evitar durante mucho tiempo que los enfurecidos guerreros se vengaran en las rutas terrestres y en los ranchos aislados del sur de Nebraska y del oeste de Kansas. Estos ataques ya no eran meras incursiones para robar ganado, sino que se convirtieron en asuntos crueles y sangrientos, trufados de violaciones y carnicerías. Aunque, en el verano de 1864, la mayor parte de los ataques fue perpetrada por los guerreros perro (Dog Soldiers), un grupo cheyene indefectiblemente beligerante, los jóvenes del grupo de Caldera Negra también fueron culpables de algunas de las más infames atrocidades.

En agosto, el gobernador Evans y el coronel Chivington reclutaron un regimiento temporal, el 3.º de Caballería de Colorado, compuesto por rufianes, matones, y la peor escoria ávida de matar indios. Antes de que pudieran actuar, Caldera Negra pidió la paz. Evans había invitado a los indios amistosos a que se separaran de los hostiles y, en ese momento, el jefe indio estaba haciendo justo

eso, pero el público clamaba venganza. Evans trasladó el problema a Chivington, cuya principal preocupación era asegurar que su caballería de Colorado tuviera un poco de acción antes de que su alistamiento finalizara. Al amanecer del 29 de noviembre, Chivington atacó por sorpresa el poblado de Caldera Negra, en Sand Creek. Cuando Chivington estaba desplegándose para el ataque, el jefe indio izó sobre su tipi primero una bandera americana y, después, una bandera blanca. Pero Chivington no estaba interesado en demostraciones de patriotismo ni en treguas. No quería capturar prisioneros, y, en efecto, no capturó a nadie. Doscientos cheyenes, dos tercios de los cuales eran mujeres y niños, fueron masacrados de un modo similar al del levantamiento de Minnesota. Según declaró con posterioridad un intérprete del ejército: «Se les arrancó el cuero cabelludo y se les sacaron los sesos. [Los habitantes de Colorado] utilizaron sus cuchillos, destriparon a las mujeres, apalearon a los niños pequeños, les golpearon en la cabeza con sus fusiles, les sacaron el cerebro, y mutilaron sus cuerpos en todos los sentidos de la palabra». No obstante, Caldera Negra consiguió escapar con su mujer, que logró sobrevivir a nueve heridas. Con la única intención de impedir el inevitable ciclo de guerra y venganza, llevó a los supervivientes bastante al sur del río Arkansas. Mientras tanto, el coronel Chivington y el «Sangriento Tercero» cabalgaron hasta Denver donde fueron recibidos como héroes. [12]

Cuando la furia de los indios por la masacre de Sand Creek derritió las nevadas llanuras del sur, los jefes cheyenes del sur, arapahoes y lakotas acordaron «levantar el hacha de guerra hasta la muerte». Eso no significaba una lucha hasta el final, tal como las ominosas palabras sugerían, sino más bien una razia masiva seguida de una vuelta a sus ocupaciones tradicionales como la caza del búfalo y las escaramuzas con las tribus enemigas. En enero y febrero de 1865, los guerreros asaltaron la carretera del río Platte y Denver fue presa del pánico. Entonces las tribus aliadas se encaminaron al norte, a las Black Hills, para huir del castigo y contar sus hazañas a sus paisanos del norte, que, a su vez, hicieron su propia «guerra». Cerca de tres mil guerreros, que constituían la banda de guerra más grande jamás vista en las Grandes Llanuras, atacaron la Platte Bridge Station, un puesto militar estratégico pero que contaba con escasa protección, aplastó a un destacamento de

caballería y asaltó una caravana de carromatos. Con eso, los indios consideraron que los soldados habían sido bastante castigados, y se dispersaron para la caza del búfalo de otoño.

Sin embargo, para el ejército, el conflicto no había hecho más que empezar. En febrero, el Departamento de Guerra creó un nuevo y extenso mando geográfico llamado la División Militar del Misuri, que abarcaba las Grandes Llanuras, Texas, y las Montañas Rocosas. Sus oficinas centrales estaban en San Luis (Misuri). El jefe de la división, el ostentoso pero competente general John Pope, había elaborado unos planes para una ofensiva concertada a principios de la primavera de 1865, antes de que los caballos indios se recuperaran del duro invierno de las llanuras y recomenzaran los ataques contra las rutas de emigrantes. Tres expediciones debían atacar de forma simultánea a las recalcitrantes tribus de las llanuras. Pope anunció su estrategia basada en dos premisas: que los veteranos de la Guerra Civil estuvieran disponibles en gran número para servir en el Oeste, y que él tuviera autoridad para tratar con las tribus enemigas tal como considerara oportuno.

El plan de Pope era bueno, pero no se llevaría a cabo. Al finalizar la Guerra Civil en abril de 1865, los voluntarios de la Unión querían regresar a casa, y en cuanto llegaron al Oeste, desertaron. El segundo pilar del plan de Pope, el apoyo civil, se derrumbó antes incluso de que la campaña hubiera comenzado. Por explicarlo de forma sencilla, después de Sand Creek el Gobierno no estaba para luchas. Por el contrario, el Congreso autorizó al gobernador Newton Edmunds del Territorio de Dakota a que negociara un nuevo tratado con los lakotas y eligió una comisión para negociar una paz duradera en las llanuras del sur. El Departamento de Guerra también vaciló. Al final, solo una de las tres columnas de Pope salió al combate. La expedición, dirigida por el general Connor, marchó sobre las Black Hills en agosto de 1865, y fue un fracaso. Los soldados desertaron en masa, y dos de las columnas del general estuvieron a punto de ser aniquiladas en un par de torpes escaramuzas con los lakotas y los cheyenes. Eso puso fin, al menos por el momento, al esfuerzo militar para lograr la paz. **[13]**

Rara vez la política del Gobierno hacia los indios de las llanuras había sido homogénea o incluso coherente. Así ocurrió en otoño de 1865, cuando el gobernador Edmunds invitó a su conferencia de paz a los mismos indios que estaban luchando, en ese momento, contra Connor. Al gobernador no le importó que ninguno de ellos acudiera. Dado que la única razón para buscar la firma de un tratado era hacer que el Territorio de Dakota pareciera seguro a los potenciales colonos, en octubre recogió firmas de algunos jefes disolutos de esos grupos de indios que solían permanecer junto a los fuertes y proclamó la paz en las llanuras del norte. Por razones desconocidas, el comisionado para los Asuntos Indios respaldó esa farsa.

En octubre de 1865, en un gran consejo de paz con las tribus del sur en el río Little Arkansas se firmó algo más parecido a un auténtico tratado. Los comisionados, tras rechazar los «graves errores» de Chivington, convencieron a los indios de que sus intereses estarían mejor protegidos si aceptaban una reserva que abarcara buena parte del sudoeste de Kansas, casi todo el norte de Texas, y una gran parte del Territorio Indio; otro paso más en el camino a la concentración, otra reducción del círculo.

El tratado, que sobre el papel era generoso, demostró ser un gesto huero. Texas se negó a ceder ninguna porción de su franja norte de terreno, y Kansas se negó a autorizar una reserva dentro de sus límites. La única parte de la reserva propuesta que el Gobierno federal controlaba estaba dentro del Territorio Indio. El general Pope se burló, entonces, diciendo que el Tratado de Little Arkansas valía menos que el papel en el que estaba impreso. **[14]**

Pero eso ya no era algo que preocupara a Pope. A finales de junio de 1865, había cedido el mando de la División Militar del Misuri al general William T. Sherman. Este, que en el panteón de los héroes de guerra del Norte ocupa el segundo puesto tras Ulysses S. Grant, llevó a su cometido un profundo amor por el Oeste, donde, según escribió a un amigo, «siempre había estado su corazón». Era un sentimiento extraño, si se tiene en cuenta que el Oeste casi acaba con él. Sherman, un director de banco en San Francisco antes de la Guerra Civil, había sufrido de ansiedad y asma agudos producidos por el agresivo ambiente de negocios de la ciudad. No obstante, los locales habían apreciado su pasado en West Point, y en los

vindicativos días de 1856 lo eligieron durante un breve periodo como general de la milicia de California. Cuando nueve años después, con cuarenta y cinco años, Sherman asumió el mando de la División Militar del Misuri, su arrugado rostro, su barba de tres días con mechones grises, y su despeinado pelo casi al rape le conferían más la apariencia de un viejo buscador de oro que de un poderoso general en la plenitud de la vida.

Sherman tenía opiniones encontradas sobre los indios. Por una parte, sentía pena por «el pobre diablo que, como es lógico, intenta escapar de su destino», e ira hacia «los blancos que buscan oro y asesinan a los indios igual que matarían a los osos, haciendo caso omiso de los tratados». No obstante, no aprobaba la «indolencia» de los indios y creía que había que tratarlos como niños tercos que necesitaban «disciplina». Cuando la disciplina fallaba, se hacía necesaria la guerra total, con resultados que resultaba desagradable contemplar. Al dirigirse a una clase de estudiantes de West Point, Sherman solo les pudo aconsejar que trataran de alcanzar el «inevitable resultado» con la mayor humanidad posible. [15]

Puede que el resultado fuera inevitable, pero en 1866 Sherman no se podía permitir una guerra. Los voluntarios de la Unión se estaban licenciando con mucha mayor rapidez de aquella con la que las fuerzas regulares se podían reestablecer en la frontera. El Congreso estaba decidido a mantener un ejército permanente lo más reducido posible, y Sherman se encontró con menos de doce mil soldados, lo cual era insuficiente para patrullar las rutas de los emigrantes. Antes de renunciar a su puesto, el general Pope había anunciado reglas estrictas que obligaban a los civiles a no viajar más que por esas rutas principales y a hacerlo juntos en caravanas lo bastante grandes como para poder defenderse. Aunque era difícil hacer que cumplieran las órdenes, las gentes del Oeste aplaudieron su intento, y Sherman las renovó.

Así, en 1866, el ejército fronterizo se encontró con el doble papel de controlador y protector de la población de una nación liberada de manera repentina de una guerra interna y rebosante de energía, que se dirigía hacia el oeste. Durante un periodo de seis semanas, más de seis mil carromatos atravesaron Nebraska en esa dirección. Los emigrantes arrasaron la tierra como langostas a lo largo de los caminos del trayecto, hasta que no quedó ni una rama

con la que encender una hoguera. Hasta las bostas de búfalo escaseaban. A lo largo de la carretera del río Platte, los postes telegráficos se hicieron más abundantes que los árboles. Los ranchos aislados fueron blancos tentadores para los atacantes indios o, tal como indicó un oficial, para los saqueadores blancos disfrazados de indios. Sin dar gran importancia a los riesgos, el gobernador de Kansas organizó la Sociedad del Inmigrante patrocinada por el Estado para atraer a los colonos al oeste de Kansas y, gracias a la Ley de Asentamientos Rurales, no hubo escasez de demandantes. Durante la década siguiente a la Guerra Civil, la población de Kansas y Nebraska se triplicó.

Sherman basaba su esperanza de que hubiera una paz permanente no en el ejército sino más bien en una vía férrea transcontinental que estaba en construcción. El rápido avance hacia el oeste de la Union Pacific le asombraba. Hacia finales de 1866 la vía había alcanzado la orilla norte del Platte, frente a Fort Kearny, mientras tanto, más allá de su jurisdicción, la Central Pacific se aproximaba con lentitud hacia el este por la cordillera de Sierra Nevada. Sherman propuso ofrecer a la Union Pacific «toda la protección y el ánimo» que pudiera. No obstante, eso requería tropas que Sherman aún no tenía. Tal como le dijo a Grant en agosto: «Este año no estamos en condiciones de castigar a los indios, ya que nuestras tropas a duras penas son capaces de proteger las largas y delgadas filas que recorren en etapas diarias pequeños grupos de emigrantes […] Lo único que pido es una relativa tranquilidad este año, ya que el año […] que viene podremos contar con nueva caballería alistada, equipada, montada y preparada para ir a visitar a los indios a su terreno». **[16]**

Pero una política india ambivalente y un intransigente líder de guerra oglala llamado Nube Roja (Red Cloud) estaban a punto de negar a Sherman la tranquilidad que tanto anhelaba.

CAPÍTULO 2

La Guerra de Nube Roja

Nube Roja odiaba el alcohol, «el agua que enloquece a los hombres». El alcoholismo había matado a su padre brulé tres décadas antes de que el teniente Grattan disparara la imprudente descarga que desencadenó la guerra con los lakotas. Huérfano de padre a los cuatro años y mancillado su apellido, en 1825, Nube Roja se dirigió al territorio del río Platte a vivir con el clan de su madre, los oglalas del norte, cuyo jefe, el afable Humo Viejo (Old Smoke), era hermano de aquella. En un principio fue sometido al ostracismo, pero compensó su turbio linaje con una excelente habilidad para la guerra.

El valeroso y carismático Nube Roja consiguió tener muchos seguidores cuando aún rondaba los veinte años, pero era propenso a la ira y poseía una vena cruel que le costó el respeto de muchos lakotas. Algunos también lo consideraban un asesino por haber disparado a un jefe rival durante una trifulca. Cuando, cerca de 1850, murió Humo Viejo, su hijo le sucedió formalmente como jefe, pero, para entonces, Nube Roja ya había afianzado su posición como líder de guerra, y se convirtió en el jefe *de facto* en tiempos de adversidad. [1]

Entre 1861 y 1862, los oglalas del norte y los lakotas miniconjous junto a sus aliados cheyenes y arapahoes se enfrentaron a los crows en una gran guerra final por el control del territorio del río Powder. Según los términos del Tratado de Fort Laramie, la tierra pertenecía a los crows, pero esa extensión de doscientos cuarenta kilómetros situada entre las montañas Bighorn y Black Hills era un terreno de caza excelente y sus enemigos tenían la intención de apoderarse de él. El hecho de que lo consiguieran se debió, en gran parte, a Nube Roja. Con cuarenta y tres años había entrado en la segunda etapa de la vida de todo gran luchador, la de estratega. Nube Roja estableció los objetivos generales y organizó

grandes facciones de guerra, pero delegó su dirección en hombres más jóvenes con méritos suficientes, entre los que se encontraba un extraño y silencioso guerrero oglala de veintidós años llamado Caballo Loco (Crazy Horse).

Tras derrotar a los crows, las tribus aliadas pensaron que habían encontrado un hogar lejos de los avariciosos blancos, pero en 1862 se descubrió oro en el sudoeste del Territorio de Montana. Un año más tarde, el emprendedor fronterizo John Bozeman abrió a lo largo de la pendiente este de las montañas Bighorn una ruta hasta las explotaciones que atravesaba el centro de los recientemente ganados territorios de caza. Los viajeros blancos diezmaron de tal manera las manadas de búfalos y antílopes que durante el invierno de 1865 y 1866 los oglalas del norte casi mueren de inanición.

A medida que se aproximaba la primavera de 1866, la cuestión crucial para el Gobierno era si los indios reaccionarían contra la Ruta Bozeman. La mayoría de los altos oficiales, incluido el general Sherman, dio por hecho que el hambre pasada durante el invierno los habría sumido en un estado de indolencia, pero para asegurarse de que los indios estaban tranquilos, Sherman ordenó que se construyeran dos puestos en la Ruta Bozeman, que se llamarían Fort Phil Kearny y Fort C. F. Smith. Los fuertes pertenecerían al Departamento del Platte, dirigido por el general de brigada Philip St. George Cooke, un senil oficial del ejército regular apartado del servicio activo durante la Guerra Civil. **[2]**

Mientras Sherman organizaba la ocupación de la Ruta Bozeman, a principios de junio de 1866 la Oficina India convocó un consejo de paz en Fort Laramie para negociar que los indios permitieran a los blancos viajar por la ruta sin causarles ninguna molestia. Acudieron los principales jefes oglalas del norte y miniconjous, pero el que llevó la voz cantante fue Nube Roja. Su interlocutor en las conversaciones de Fort Laramie fue Edward B. Taylor. Este, que era un representante de la Oficina India para el cual el engaño era un arma de negociación del todo aceptable, aseguró a Nube Roja que el Gobierno prohibiría a los viajeros saquear el territorio de Bozeman, lo que un subordinado denominó una promesa «bien calculada para engañar a los indios». Asimismo, aseguró a los jefes que el Gran Padre no quería que hubiera una guarnición de soldados en la Ruta Bozeman.

La mentira se sostuvo hasta el 13 de junio, día en el que el 2.º Batallón del 18.º de Infantería de los Estados Unidos, al mando del coronel Henry B. Carrington, marchó a Fort Laramie de camino a la Ruta Bozeman, para construir y acuartelar los dos fuertes planeados. Cuando Nube Roja vio a los soldados montó en cólera, y acusó a la comisión de paz de «tratar a los jefes reunidos como niños», así como de querer negociar derechos en un territorio que pretendían conquistar. Culpó al Gobierno de mala fe y juró expulsar al ejército. «El Gran Padre nos envía regalos y quiere que le vendamos la carretera —declaró con rabia Nube Roja— pero, antes de que los indios contesten sí o no, el Jefe Blanco va con los soldados a robar la carretera». Él y sus partidarios se dirigieron al norte para impedir que los soldados blancos les robaran la tierra que ellos acababan de sustraer a los crows. Mientras tanto, Taylor se ocupó de conseguir el consentimiento de varios de esos jefes que solían permanecer junto a los fuertes y que no reclamaran el terreno y, a continuación, telegrafió a Washington con el anuncio de que se había logrado una paz cordial. Durante lo que quedaba de 1866, se dedicaría a enviar al Departamento del Interior una sarta de informaciones incorrectas y falacias que cegaron al Gobierno sobre los peligros de la Ruta Bozeman. **[3]**

El coronel Henry B. Carrington era un aguerrido luchador, sentado tras un escritorio. Había alcanzado su rango gracias a sus conexiones políticas, y pasó la Guerra Civil ocupado en tareas administrativas. No había demasiadas cosas en él que inspiraran confianza como líder de combate. Medía tan solo metro y medio, y era un elitista que en una ocasión llamó a un subordinado analfabeto porque había ido a un colegio público. Sin embargo, por muy útiles que le pudieran haber resultado en los salones de Washington su título de Derecho de Yale y su erudición, entre los veteranos de combate a los que dirigía carecían de valor alguno. No obstante, Sherman no se preocupó y animó a las mujeres de los oficiales a que se unieran al «Carrington's Overland Circus». A principios de julio, esta procesión de 700 soldados, 300 mujeres, niños y contratistas y 226 carromatos tirados por mulas partió de la región de Bighorn, llevando de todo excepto munición suficiente

para un combate prolongado. [4]

El 15 de julio, Carrington eligió como emplazamiento del futuro Fort Kearny un valle herboso situado justo al sur del cruce entre la Ruta Bozeman y el arroyo Big Piney Creek. Desde el campamento en construcción, hacia el oeste, veía en el horizonte el reflejo azulado de la nieve que cubría las montañas Bighorn, tan cerca que parecía que se podían tocar. Desde el punto de vista estratégico, era un lugar seguro; se hallaba en el corazón de las tierras de caza de los oglalas del norte. Pero, desde el punto de vista táctico, dejaba mucho que desear. Tres de sus lados estaban dominados por terreno elevado. Tres kilómetros al norte, la Ruta Bozeman pasaba bajo una larga elevación llamada el Lodge Trail Ridge. Al oeste del fuerte, una baja cordillera, que el coronel Carrington bautizó como las Sullivant Hills, en honor del nombre de soltera de su mujer, bloqueaban la vista a un pinar situado a ocho kilómetros de distancia que proporcionaba la madera que Carrington necesitaba para construir la empalizada. Solo eso ya debía haber hecho al coronel reconsiderar el emplazamiento, pero le resultaba inconcebible que una gran fuerza hostil de indios estuviera al acecho en medio de unos bosques y colinas «demasiado bellas para expresarlo con palabras, demasiado pintorescas para imitarlas». Sin embargo, allí estaban, tal como advirtió a Carrington el 16 de julio una delegación de jefes de paz cheyenes. Había miles al mando de Nube Roja. Ya fuera porque no creyó su advertencia, porque dudaba de sus motivos o porque estaba demasiado seguro de sí mismo, Carrington rechazó el ofrecimiento de cien guerreros que le hicieron los jefes, y les aseguró que ya tenía hombres suficientes.

A la mañana siguiente, Nube Roja atacó la Ruta Bozeman y, en lo que dura la trayectoria de una flecha, se convirtió en una ruta fantasma, vacía de viajeros blancos. A continuación, los indios dirigieron su atención al propio fuerte inacabado, y el pintoresco paisaje cobró un aspecto amenazador. Durante el día, los guerreros observaban a los soldados de Lodge Trail Ridge. Al caer la noche, las hogueras indias ardían tan cerca como para causar inquietud. Partidas de guerreros bajaban tonantes desde las laderas de las Sullivant Hills acosando a los leñadores de Carrington, manteniendo a las tropas en un estado de alarma constante. Todo aquel que se separaba de sus compañeros y se aventuraba a marchar solo era

hombre muerto. En ese momento, la inexperiencia de Carrington, algo en apariencia trivial en la esperanzadora atmósfera del inicio del verano, paralizó a sus tropas, ya de por sí poco imponentes. Carrington no tenía caballería y la mayoría de los hombres alistados acababan de ser reclutados y llevaban obsoletos mosquetes de avancarga Springfield de ánima rayada. Había pocos hombres que tuvieran buena puntería, ya que Carrington no había organizado ninguna práctica de tiro pues consideraba que levantar Fort Kearny antes del invierno era más importante que el entrenamiento básico. Carrington tenía, además, la responsabilidad añadida de construir Fort C. F. Smith, de modo que para ello envió el 9 de agosto, a través del poco firme cerco indio, a dos compañías al mando del capitán Nathaniel C. Kinney ciento cincuenta kilómetros más arriba en la Ruta Bozeman. Mientras los hombres trabajaban, el capitán Kinney se dedicó a emborracharse, dejando a merced de los lobos los cuerpos de los soldados asesinados más allá de las puertas.

El gran obstáculo de Carrington no era la falta de entrenamiento de los soldados o la embriaguez de los subordinados sino el hecho de que el alto mando no reconociera el peligro. El falso tratado de Taylor y las repetidas garantías de buena voluntad india llevaron al general Cooke a hacer caso omiso a las solicitudes de más hombres y munición que le hizo Carrington. Cooke no informó a sus superiores de ninguna de las preocupaciones del coronel y, a finales de agosto, mientras los guerreros acudían en masa a la llamada de Nube Roja, un Sherman de paisano aseguraba al general Grant que todo iba bien en la Ruta Bozeman. Entretanto, la buena estrella de Nube Roja seguía brillando; las facciones de guerra de los cheyenes del norte y de los arapahoes se unieron a él, mientras que los miniconjous, los sans arcs y los lakotas hunkpapas contribuyeron con nutridas bandas a la guerra. Incluso un puñado de crows cambiaron de bando. Hacia el 1 de septiembre de 1866, en el campamento del valle del río Tongue de Nube Roja se habían congregado al menos mil quinientos guerreros. A Carrington se le estaba agotando el tiempo. [5]

El 31 de octubre, Carrington inauguró Fort Kearny. Puede que el coronel fuera un desconocido como oficial de combate, pero no

había duda de que era un buen ingeniero. Había construido una maravilla de ingeniería fronteriza de siete hectáreas rodeada por un muro de troncos de pino de 1200 metros de largo y 2,5 metros de alto. Había plataformas para disparar, troneras para los rifles y dos blocaos. Causaba asombro a la vista, sin embargo, a un inspector del ejército que lo visitó, las defensas le parecieron excesivas, y censuró a Carrington por «[pensar] solo en construir este puesto».

El general Cooke también deseaba que Carrington mostrara algo de iniciativa de combate, y le instó a que atacara a Nube Roja cuando llegara el invierno. Carrington se resistió. En una carta tras otra dejó claro a Cooke los obstáculos a los que se enfrentaba. Sus trescientos ocho oficiales y sus hombres estaban muy repartidos, vigilaban la madera del puesto militar y los carromatos con heno, y escoltaban las carretas del ejército en la Ruta Bozeman. Las tropas tenían la moral baja y estaban mal equipadas. Hablar de una ofensiva era una estupidez. Los oficiales subordinados descontentos y ansiosos de acción agravaron los problemas de Carrington, en especial el capitán William Judd Fetterman, al cual le «afligía tener un oficial en jefe incompetente». Al parecer, Fetterman también alardeó de que bajo una dirección adecuada (refiriéndose a sí mismo) «una compañía de soldados regulares podría vapulear a mil guerreros, y un regimiento podría acabar con la totalidad de las tribus hostiles». [6]

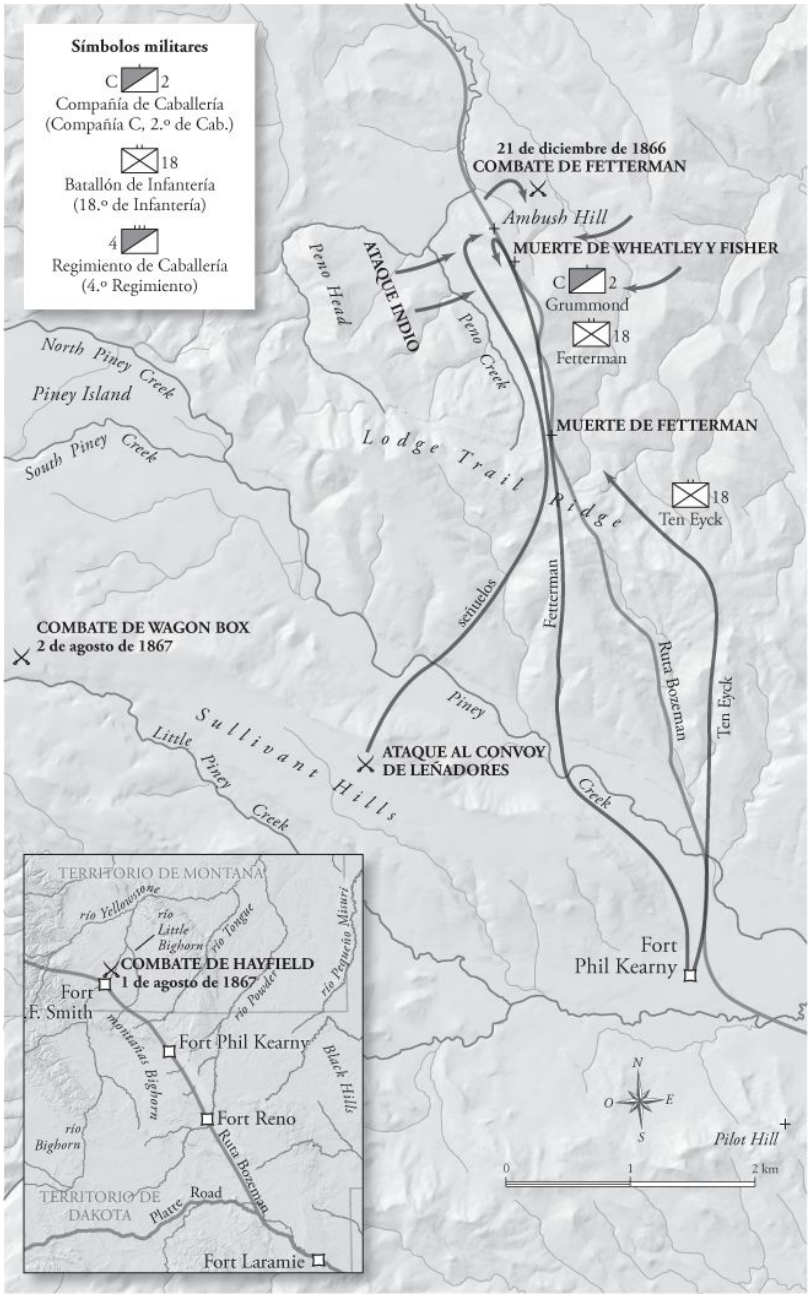
A principios de diciembre, Carrington, harto de un comandante de departamento pendenciero y de unos subordinados maliciosos, prometió que devolvería el golpe la siguiente vez que los indios atacaran el tren de leñadores diario. Al final recibió refuerzos (cincuenta reclutas de caballería que a duras penas podían montar sus caballos) y decidió ponerlos a prueba a ellos y a su comandante, el teniente Horatio S. Bingham. Aunque Carrington no lo sabía, los indios estaban preparando su propia sorpresa. Con la ayuda de algunos guerreros que actuaban como señuelo, querían atraer a los soldados del fuerte a una emboscada detrás de Lodge Trail Ridge. Era una manida táctica india, que Carrington y sus oficiales, no obstante, desconocían. Al amanecer del 6 de diciembre, cien guerreros, quizá al mando del joven Caballo Loco (la evidencia de su presencia no está clara), se reunieron a lo largo de la carretera del pinar. Nube Roja se instaló en una cordillera para dirigir a los

guerreros que hacían de reclamo con banderas y espejos.

La caravana de leñadores abandonó Fort Kearny a la hora señalada. Cuando los carromatos se habían alejado cinco kilómetros, los primeros guerreros señuelo atacaron. Carrington contraatacó con un movimiento de pinza que fracasó ya que el teniente Bingham desobedeció las órdenes y persiguió a los guerreros indios hasta la emboscada. La mayoría de sus jinetes escaparon, pero el aterrorizado Bingham se limitó a arrojar su pistola y esperar el final. Un grupo de búsqueda lo encontró más tarde tendido desnudo sobre un tocón, con cincuenta flechas clavadas en el cuerpo. El capitán Fetterman comentó, después, contrariado, que «el combate fue un fracaso y que Carrington no estaba capacitado para dirigirlo». Puede que el propio coronel hubiera estado de acuerdo; en cualquier caso, no planeó más ataques, sino que empezó a entrenar a sus hombres febrilmente. [7]

Cuando dos meses más tarde se produjo el gran ataque sobre Fort Kearny, no lo lideró Nube Roja sino los miniconjous, en honor a un jefe miniconjou recién fallecido que tenía una cuenta pendiente con los blancos. Muchos años antes, unos soldados borrachos habían saqueado y defecado en su tienda. Antes de morir, el jefe dijo a sus amigos que vengaran esa humillación atacando a los intrusos blancos.

Dado que la táctica de señuelo y emboscada estuvo a punto de tener éxito, el 6 de diciembre los miniconjous decidieron repetirla. Una vez más, un pequeño grupo atacaría la caravana de leñadores y, a continuación, cuando las tropas llegaran cabalgando para prestar ayuda, se retirarían de forma, en apariencia, desorganizada. Algunos guerreros a caballo harían de señuelo merodeando para atraer a los soldados que estaban en el Lodge Trail Ridge a una colina contigua más baja por la que pasaba la Ruta Bozeman hacia el norte, a Peno Creek. Allí, el grueso de las fuerzas tendería la trampa. [8]



La guerra de Nube Roja, 1866-1868.

El 21 de diciembre amaneció gris y frío. La tierra estaba desnuda, pero el aroma de las próximas nieves impregnaba el aire. Los cheyenes, los arapahoes y los oglalas, todos ellos bajo la supervisión general de Nube Roja, se escondieron en una hondonada ligeramente arbolada al oeste de la cordillera de la Ruta Bozeman. Los miniconjous se apostaron en un desfiladero pelado al este. A las diez de la mañana la caravana de leñadores salió de Fort Kearny. Una hora más tarde, fue atacada. [9]

A las once de la mañana, el capitán Fetterman salió del fuerte con cuarenta y nueve soldados de infantería. En ese momento, aparecieron los indios que hacían de señuelos. Todo el mundo estaba nervioso. Un guerrero gritó en inglés: «¡Hijos de perra, salid y luchad con nosotros!». Dos civiles bien armados con rencillas personales contra los lakotas iban a caballo junto con los soldados. Un capitán que estaba a punto de ser transferido también se unió al destacamento para «tener otra oportunidad de conseguir él mismo la cabellera de Nube Roja». Mientras tanto, Carrington ordenó al teniente George W. Grummond, un miembro alcohólico e impetuoso de la camarilla anti-Carrington, que cogiera veintisiete hombres a caballo «se presentara ante el capitán Fetterman, obedeciera sin reservas las órdenes, y nunca lo abandonara».

Los indios que actuaban de señuelos cabalgaron con tranquilidad sobre Lodge Trail Ridge mientras se burlaban de los soldados y les decían que se dieran prisa. Carrington había ordenado a Fetterman que no fuera más allá de la cordillera y, por un momento, las tropas se detuvieron en lo alto de esta; desde el fuerte parecían cagadas de mosca en el horizonte. Entonces, se desvanecieron descendiendo por la parte más lejana de Lodge Trail Ridge, más allá de la cual, seis kilómetros al norte de Fort Kearny, les esperaban expectantes entre mil quinientos y dos mil guerreros, la mayoría armados solo con arcos y flechas, lanzas y mazas. Lo que ocurrió a continuación solo es una suposición. Al parecer, Fetterman intentó contener a Grummond, pero el impulsivo teniente se lanzó tras la avanzadilla de indios, persiguiéndolos durante dos kilómetros hasta que la colina descendía y la Ruta Bozeman cruzaba Peno Creek. Allí surgieron de repente de los barrancos cientos de guerreros a caballo, que rodearon en cuestión de minutos a los soldados de Grummond y Fetterman. Grummond condujo a sus jinetes de

regreso hacia la pendiente, en un intento, condenado de antemano, de volver a unirse con Fetterman. Desesperados por la inutilidad de intentar escapar de los indios, los dos voluntarios civiles se apearon del caballo tras unas rocas y abrieron un fuego intenso con sus rifles de repetición. Morirían rodeados de un montón de casquillos y charcos de sangre. Entretanto, los soldados de infantería de Fetterman luchaban con sus rifles de avancarga contra los guerreros que les rodeaban. Tan intensa era la lluvia de flechas que caía sobre ese pequeño grupo azul que los indios corrían más riesgo de ser heridos por el fuego amigo que por las balas de los soldados. Un guerrero cheyene que vio volar una flecha sobre el risco y atravesar una cabeza lakota dijo que había en el suelo tantas flechas que no hacía falta utilizar las propias ya que se podían coger del terreno las que se quisiera.

Puede que la resistencia de la infantería fuera mínima; el joven jefe oglala Caballo Americano (American Horse) afirmó que muchos soldados parecían paralizados por el miedo. Pronto se convirtió en el tipo de combate en espacios cerrados que los indios llamaban «remover la salsa»[*]. A medida que los soldados de infantería caían heridos por las flechas, los guerreros desmontaban e iban hacia ellos, primero los tocaban con palos en señal de victoria «para contar golpe» y luego les machacaban el cráneo con sus mazos. Caballo Americano dio a Fetterman un golpe tal que lo dejó inerme, tras lo cual le degolló, mientras que el oficial que había estado fanfarroneando con coger la cabellera de Nube Roja, se disparó en la sien.

La infantería y la caballería lucharon y murieron separadas. Grummond cayó pronto, pero pudo decapitar a un guerrero con su sable antes de que lo derribara el golpe de un garrote. Los indios dijeron que los soldados de caballería se mantuvieron unidos hasta que resultó difícil seguir montado a caballo. El guerrero cheyene de dieciséis años Trueno de Fuego, que participaba en su primera lucha, intentó por unos momentos atrapar una montura, «pero después pensé —dijo él— que era un buen día para morir, de modo que seguí adelante luchando. No perseguía a los caballos, perseguía a los blancos». A medida que descendió la temperatura y las laderas se cubrieron de hielo «nos dijeron que fuéramos a rastras hasta los soldados —dijo Trueno de Fuego—. Una vez que estuvimos más

cerca de ellos, alguien gritó: “¡Vamos! Este es un buen día para morir. Nuestras mujeres están hambrientas en casa”. Entonces, nos levantamos todos y nos lanzamos a por ellos». [10]

Durante los cuarenta minutos de combate, los indios llevaron a cabo una concienzuda labor, ya que no sobrevivió ni un soldado. Más tarde, un grupo de socorro del fuerte contó ochenta y un cadáveres desnudos y mutilados. «Algunos tenían cortada la parte superior de la cabeza y les habían extraído el cerebro, otros tenían los brazos cortados por las articulaciones», dijo un miembro del grupo. De hecho, los hombres de Fetterman fueron como alfileteros para la furia de los indios. De un único cuerpo sobresalían 165 flechas. «Caminábamos sobre la hierba crecida, pisando sus vísceras, sin darnos cuenta —afirmó otro hombre—. Las recogimos, me refiero a las vísceras, pero no sabíamos a qué soldado pertenecían, de modo que el jinete terminaba con las tripas del soldado de infantería y el soldado de infantería con las del jinete».

El 21 de diciembre era el solsticio de invierno y la oscuridad nos sorprendió a las cuatro de la tarde. En el momento del crepúsculo, el grupo de socorro cargó todos los cuerpos que pudieron encontrar y los llevó al fuerte, como dijo el médico del puesto militar, como si fueran «cerdos camino del mercado». Treinta y un muertos quedaron congelados en el campo de batalla. Ante las objeciones de sus oficiales, Carrington, que no tenía ninguna intención de que los indios pensaran que era demasiado apocado como para recuperar a sus propios muertos, dirigió un destacamento a la noche siguiente para recoger los cuerpos que había dejado el grupo de socorro. En cualquier caso, no quedaban indios a los que impresionar. Satisfechos por haber logrado una gran victoria en la batalla de «Ciento en mano», los guerreros regresaron al valle del río Tongue para pasar el invierno. [11]

Las noticias de la masacre de Fetterman sacudieron al país y avergonzaron al ejército en extremo. Cooke destituyó a Carrington, Grant destituyó a Cooke y Sherman se encolerizó, diciendo a Grant: «Debemos vengarnos con saña de los sioux, incluso exterminarlos a todos, hombres, mujeres y niños». A continuación, ordenó al comandante del nuevo Departamento del Platte, el coronel

Christopher C. Augur, que preparara una ofensiva para el verano.

Sin embargo, los planes de Sherman chocaron con un gran plan de paz inspirado en las conclusiones de un grupo de investigación formado por el Congreso después de Sand Creek. El comité, bautizado con el nombre de su presidente, el senador James R. Doolittle, publicó su informe en enero de 1867. Tras casi dos años de investigación, el Comité Doolittle llegó a la conclusión de que la enfermedad, la bebida, las guerras intertribales, las «agresiones de blancos incontrolados», y la «continua y arrolladora emigración blanca en sus terrenos de caza» estaban poniendo en peligro la propia existencia de las tribus de las llanuras. Tras criticar a los agentes corruptos, a los comerciantes de *whisky* sin escrúpulos que caían como aves de rapiña sobre los afables indios, y a los emisarios de lenguaje ambiguo que confundían y airaban a los indios de disposición hostil o incierta, el comité pasó a recomendar que se trasladara a las tribus lejos de las rutas de viaje y de los asentamientos blancos y que después se concentraran en reservas aisladas, donde se podría convertir a los guerreros en granjeros cristianos autosuficientes. Aunque no era en absoluto una idea novedosa, el proyecto de Doolittle impulsaría la política india durante los quince años siguientes.

La prensa del Oeste criticó el «camino blandengue y afeminado que siempre sigue el Gobierno», pero el Congreso y el Departamento del Interior se pusieron de parte de Doolittle. En febrero de 1867, el presidente Andrew Johnson firmó una ley por la que se creaba una comisión para determinar cómo poner fin a la guerra con Nube Roja sin recurrir a las armas. Sherman suspendió de mala gana sus planes.

Al igual que el general Sherman, Nube Roja también aguantaba mucha presión. Las tribus aliadas habían sido incapaces de decidir un objetivo para el verano, y cuando Nube Roja no logró negociar un consenso, los indios se dividieron en dos grupos. En julio de 1867, entre quinientos y ochocientos cheyenes partieron para atacar Fort Smith, mientras que Nube Roja lideró a unos mil lakotas para reiniciar la batalla contra Fort Kearny.

Los indios no eran conscientes de ello, pero se enfrentaban a un enemigo mucho más fuerte que el que habían tenido en 1866. El coronel Augur había robustecido Fort Kearny y Fort Smith con

refuerzos, con rifles de retrocarga que aumentaron la velocidad de disparo y la confianza de los soldados, así como con nuevos oficiales. No obstante, en Fort Smith la confianza de la tropa no era total. El médico del fuerte expresó la opinión generalizada de los soldados y dijo sobre el nuevo comandante, el teniente coronel Luther P. Bradley, que era un «viejo solterón caprichoso y vanidoso que no gustaba a nadie, y que no tenía la menor idea de luchar contra los indios». En Fort Kearny tuvieron más suerte. Su nuevo oficial era el teniente coronel John E. Smith, un soldado responsable con un soberbio expediente de combate durante la Guerra Civil, al cual los hombres apreciaban. Por fin, en Fort Kearny había un luchador al mando. **[12]**

Los cheyenes fueron los primeros en derramar sangre ese verano. Si se tiene en cuenta que la guarnición se había triplicado (algo que los centinelas indios pudieron adivinar con facilidad), la idea de un ataque contra Fort Smith era impensable. No obstante, tres kilómetros al nordeste del fuerte había un lugar desprotegido en un campo de heno donde los trabajadores contratados habían improvisado un pequeño corral en el que refugiarse en el caso de ser atacados. La noche del 31 de julio, un crow amigo avisó a los segadores de heno que, a la mañana siguiente, «toda la tierra estaría cubierta de indios». Ellos hicieron caso omiso y continuaron trabajando. Mientras segaban el heno y lo embalaban, el destacamento militar de veintidós soldados pasaba el tiempo jugando a las cartas y a lanzar herraduras. A mediodía, un disparo de rifle desde un puesto de vigilancia anunció el peligro. Mientras cientos de cheyenes a caballo se dirigían hacia el campo de heno, los soldados y los trabajadores se refugiaron en el corral de madera. Todos se pusieron a cubierto excepto el teniente, que maldijo a los hombres por cobardes hasta que un francotirador indio le disparó en la sien. Al Colvin, un arriero y anteriormente oficial de la Unión, tomó el mando. Sus órdenes fueron sucintas y expresivas. «Permaneced agachados y escondidos. Ahorrad munición […] y reservad la última bala para vosotros». La potencia del disparo de los nuevos mosquetes de ánima rayada de retrocarga de los soldados y los rifles de repetición de los civiles dejaron asombrados

a los guerreros. Tras dos ataques fallidos, los indios prendieron fuego al heno y acto seguido avanzaron tras las llamas, que llegaron a seis metros del corral. Mientras disparaban a ciegas y a través del humo, los defensores crearon una cortina de fuego que frenó el ataque. Los indios hicieron una última intentona a pie por el sur. Colvin, anticipando esta acción, concentró a sus fuerzas y dijo a sus hombres que dispararan a quemarropa con sus armas. El propio Colvin mató a un jefe lakota, que cayó demasiado cerca del corral como para que los guerreros recogieran su cuerpo. Desde los altos desfiladeros que había al otro lado del arroyo, los indios lamentaron la muerte de su líder.

La enconada lucha se prolongó durante cuatro horas. Al comenzar los disparos, el teniente coronel Bradley cerró las puertas del fuerte y prohibió que saliera nadie. A medida que avanzaba la tarde, cambió de idea y envió refuerzos. Los rescatadores llevaron con ellos dos cañones. Los indios temían estas «armas medicina» y en cuanto oyeron los primeros disparos abandonaron el campo.

Al menos veinte indios murieron en el Combate de Hayfield (Combate del Campo de Heno). Entre los blancos hubo tres muertos y tres heridos. Para hacer que los indios se lo pensaran dos veces antes de atacarles, Bradley ordenó que pusieran en una estaca delante de la puerta principal de Fort Smith la cabeza del jefe lakota que había matado Colvin. **[13]**

Ciento cincuenta kilómetros al sur por la Ruta Bozeman, Nube Roja se dirigió a caballo hacia Fort Phil Kearny como jefe nominal de un conjunto variopinto de guerreros excitados por la ceremonia estival de la Danza del Sol. Su objetivo era el desprotegido puesto de avanzada de Fort Kearny, el antiguo pinar. Allí, un corral oblongo formado con catorce pequeños carromatos (los habituales del ejército a los que les habían quitado el atalaje para la marcha) de cuestionable valor defensivo era el punto de reunión de los leñadores y de la compañía de infantería que los protegía. Repitiendo el engaño que había hecho salir a Fetterman, en la clara y calurosa mañana del 2 de agosto un grupo de indios dispersó a los que estaban ocupados en el campamento del bosque. Sin embargo, los soldados se negaron a salir a campo abierto. Junto con cuatro civiles, los dos oficiales y veintiséis reclutas se tumbaron dentro de los carromatos para disparar a través de agujeros toscamente

perforados o agachados detrás de toneles, montañas de ropa o cualquier cosa que pudiera detener una bala. El capitán James Powell solo dio una orden: «Chicos, aquí vienen. Tomad posiciones y disparad a matar». No hizo falta nada más. Los hombres se percataron de la delicada situación en que se hallaban. Los veteranos se ataron los cordones de los zapatos a un pie y al gatillo del rifle. En el caso de que los indios sobrepasaran sus defensas, los viejos soldados se volarían los sesos.

Desde una colina situada a un kilómetro y medio de distancia, Nube Roja, los jefes de guerra más experimentados y los más ancianos contemplaban cómo la batalla empezaba mal para los indios. La recua de mulas del ejército resultó ser demasiado tentadora como para resistirse, y doscientos guerreros se precipitaron antes de tiempo a galope hacia el claro para capturarla. Cuando el grupo principal (quizá al mando de Caballo Loco) se dirigió al corral desde el sudoeste, encontraron una resistencia mayor de la esperada. «Después de que comenzáramos a disparar, un gran número de indios cabalgó unos 140 metros y, sentados en sus caballos, esperaron a que sacáramos la baqueta para recargar, ya que creían que seguíamos usando los rifles de avancarga —recordó un soldado raso—. En vez de sacar las baquetas y perder un tiempo precioso, nos limitamos a abrir la recámara de nuestros rifles para sacar los casquillos vacíos y cargar los nuevos. Esto desconcertó a los indios, que se alejaron, quedando fuera de nuestro alcance». Más tarde, Nube Roja llamaría a las armas de retrocarga «rifles que hablan mucho».

La resistencia india a sacar el máximo partido del ataque contra el fuego constante de los nuevos rifles estaba relacionada con su aversión a tener muchas bajas, pero les costó la batalla. Todos los defensores que luego escribieron una crónica coincidieron en que si los indios hubieran seguido acercándose, la acción habría terminado al cabo de diez minutos. En cambio, los guerreros rodearon el corral desde una distancia de seguridad, gritaban de forma amenazadora, mientras cabalgaban en círculo, ocultándose en el costado derecho de sus ponis, y disparaban flechas por detrás del cuello de los animales. Era un espectáculo aterrador pero inofensivo, ya que la mayoría de las flechas volaban sin control. En todo caso, la puntería de los soldados no era mucho mejor. Los indios que se movían a

gran velocidad resultaban un objetivo difícil, y a través del fuego nadie veía más allá de unos metros. Además, resultaba arriesgado levantar la cabeza por encima de los carromatos para disparar. El fuego más mortífero provenía de los francotiradores indios, uno de los cuales mató a un teniente que permaneció en pie durante el ataque. Cuando un soldado le suplicó que se agachara, el teniente vociferó: «Yo sé cómo luchar contra los indios», para, acto seguido, caer desplomado con una bala en la cabeza.

Los indios hicieron su segundo ataque a pie, serpenteaban veloces hacia los carromatos y se resguardaban tras los salientes del terreno entre los arbustos. No se acercaron más que en el primer ataque. El sobrino de Nube Roja lideró un tercer asalto, pero cayó en la primera descarga. Los guerreros a caballo al sur del corral mantuvieron una distancia prudencial hasta que el ataque amainó. Hicieron un tímido intento final y se marcharon. En las filas del capitán Powell hubo siete muertos y cuatro heridos. Entre los indios, hubo unos doce muertos y treinta heridos. Algunos guerreros declararon la victoria porque habían conseguido doscientas mulas, los más honestos prefirieron no hablar de aquel día.

A pesar de que los combates de Hayfield y de Wagon Box subieron la moral de los soldados, desde el punto de vista estratégico fueron insignificantes. El ejército aún carecía de los medios para tomar la ofensiva, y los indios continuaban atacando la Ruta Bozeman con impunidad. Dado que solo habían experimentado derrotas tácticas, por muy costosas que hubieran sido, Nube Roja y sus compañeros jefes se mantuvieron inflexibles en que se abandonaran los fuertes de Bozeman o no habría paz. **[14]**

El comandante de Fort Smith estaba bastante dispuesto a aceptar lo que decía Nube Roja. El coronel Bradley escribió a su prometida el 5 de septiembre de 1867:

> La única forma de que haya paz con los indios es abandonando este territorio. Es el mejor territorio de caza que tienen, y a mí no me parece que lo vayamos a necesitar hasta dentro de diez o veinte años al menos […] De modo que, si no en beneficio de la humanidad, al menos en beneficio de la economía, sería mejor que nos retiráramos

aun a expensas de nuestro orgullo.

El Gobierno también estaba dispuesto a capitular, ya que carecía de las fuerzas necesarias para ocupar el Sur en la época de la Reconstrucción, vigilar las vías de la Union Pacific, y defender la Ruta Bozeman de forma simultánea. No se podía esperar ayuda de un Congreso decidido a reducir costes tras los inmensos gastos que había supuesto la Guerra Civil. Los defensores de la paz que argumentaron que resultaba más barato, más fácil para la conciencia nacional y más efectivo alimentar a los indios que luchar contra ellos lograron un amplio apoyo en ambas cámaras. El rápido progreso de la Unión Pacific también hizo digerible la aceptación de las condiciones de Nube Roja. Hacia la primavera de 1868 se habían tendido las vías hasta Ogden, en Utah, que permitían realizar un viaje seguro hasta los yacimientos de oro de Montana. Grant ordenó, entonces, al general Sherman que abandonara los fuertes de la Ruta Bozeman. [15]

En abril, los comisionados de paz invitaron a Nube Roja a Fort Laramie para firmar un tratado. (Seis meses antes, los comisionados habían firmado un tratado con las tribus de las llanuras del sur en Medicine Lodge Creek, asegurando a los blancos que viajaban al oeste a Colorado un tránsito seguro). Este segundo tratado de increíble alcance, firmado en este fuerte y que no se debe confundir con el tratado de 1851, constituyó el plan del Gobierno para el futuro lakota. Plagado de jerga técnica, resultaba confuso incluso para los oficiales blancos, pero cumplía con las demandas de Nube Roja. El Gobierno no solo cerraría la Ruta Bozeman, sino que también garantizaría a los lakotas una gran extensión de terreno. La actual Dakota del Sur, al oeste del río Misuri, se convertiría en la Gran Reserva Sioux para «uso y ocupación total y sin molestias» de los lakotas. Allí, el Gobierno abriría escuelas y les proporcionaría vituallas y rentas durante treinta años; a cambio, se esperaba que los indios se convirtieran en cultivadores de la tierra, es decir, hombres «civilizados». El tratado propuesto también garantizaba a los lakotas derechos de caza en el río Platte del Norte (más o menos la mitad norte de Nebraska) y a lo largo del río Republican, al noroeste de Kansas, «mientras hubiera allí búfalos en número suficiente como para justificar la caza». Por último, el Tratado de

Fort Laramie de 1868 contenía una cláusula expresada de forma vaga que designaba la tierra al norte del río Platte del Norte desde el límite oeste de la reserva hasta las montañas Bighorn como Territorio Indio No Cedido. Aunque indefinido, el límite septentrional de esa extensión se vino a entender, al menos por el Gobierno, como el río Yellowstone. En su totalidad, el mencionado Territorio Indio No Cedido abarcaba, a grandes rasgos, el actual noroeste de Wyoming y el sudeste de Montana. En la disposición de que no se permitiría a ningún blanco asentarse en él sin permiso de los indios, se vio la poca claridad de la estipulación. No quedaba claro si podían vivir allí los lakotas que quisieran recurrir a la caza en vez de depender del subsidio del Gobierno. En cualquier caso, las tierras lakotas debían ser inviolables, y la paz, permanente.

Después de quemar Fort Kearny y Fort Smith, así como almacenar el suministro de carne para el invierno, el 4 de noviembre Nube Roja llegó a Fort Laramie, al frente de una procesión de ciento veinticinco jefes y caciques lakotas, amplia demostración del alto rango que ostentaba. Ya era jefe de los lakotas por unción gubernamental. Los distinguidos miembros de la Comisión de la Paz se habían marchado, y le correspondió al jefe del puesto concluir las cuestiones con los lakotas. No obstante, no estuvo a la altura de Nube Roja, el cual dominó las conversaciones. El jefe indio, haciendo hincapié en que su pueblo no tenía intención de convertirse en granjero, afirmó que había acudido a Fort Laramie no porque los representantes del Gran Padre lo hubieran llamado, sino porque quería munición con la que luchar contra los crows. Sin embargo, firmaría la paz. Con gran ceremonia, se limpió las manos con polvo del suelo, puso su marca en el tratado, estrechó la mano a los que estaban a su alrededor y después pronunció un largo discurso. Puede que tuviera problemas en controlar a sus guerreros jóvenes, pero prometía honrar el tratado mientras el hombre blanco lo hiciera.

Sin embargo, Nube Roja se marchó sin entender del todo sus términos. Creía que los oglalas se podrían asentar de forma permanente en el Territorio Indio No Cedido y continuar comerciando en Fort Laramie tal como habían hecho durante dos décadas. Tampoco sabía que el tratado regaba la semilla de la desposesión. Al aceptar unos límites fijos, el jefe de los lakotas

había accedido a renunciar a su libertad cuando al Gobierno le pareciera. [16]

Nube Roja había ganado su guerra. Solo el tiempo diría si se impondría en la paz.

CAPÍTULO 3

Guerrero y soldado

TRAS LA Guerra de Nube Roja, ningún oficial del ejército en su sano juicio volvería a jactarse, como hizo el capitán Fetterman, de que una compañía de soldados regulares podía derrotar a mil indios. De ser objeto de burla, los guerreros pasaron a ser enemigos dignos del mayor respeto. Los oficiales, al comparar a su propia soldadesca de segunda categoría con los combatientes indios, se quedaban asombrados. El coronel Richard I. Dodge, que pasó tres décadas estudiando a los indios, cuando no luchando contra ellos, llegó a la conclusión de que eran «los mejores soldados del mundo».

Los indios no se convirtieron en excelentes luchadores de la noche a la mañana con la aparición de los blancos en el Oeste; las tribus llevaban mucho tiempo enfrentándose por los terrenos de caza o por caballos. De hecho, luchar era un imperativo cultural y los hombres debían su estatus en la sociedad a su bravura como guerreros. A pesar de que cada tribu tenía sus propias costumbres o carácter (por ejemplo, los impetuosos comanches pensaban que sus aliados kiowas deliberaban en exceso antes de actuar, y los cheyenes consideraban a sus aliados arapahoes demasiado acomodaticios), los patrones de gobierno y de guerra entre las tribus de las Montañas Rocosas y las llanuras guardaban una sorprendente similitud. Los padres educaban a sus hijos varones para que aspiraran a las mayores hazañas marciales y el entrenamiento para la vida guerrera comenzaba pronto. A los cinco o seis años, los varones debían correr grandes distancias y atravesar arroyos a nado, y se les privaba con regularidad de comida, agua y sueño, todo ello con el objetivo de fortalecer sus cuerpos. Entre los siete y los diez años recibían su primer arco y flechas y se les enseñaba a disparar, primero para conseguir distancia y luego para

afinar la puntería. Cuando el niño llegaba a la adolescencia, su habilidad como jinete era inigualable; era —citando una vez más al coronel Dodge— no solo el mejor soldado, sino «el mejor jinete a pelo nato del mundo». [1]

A los catorce o quince años los varones participaban en su primera partida de incursores, donde desempeñaban el papel de mascotas o ayudantes. Una vez que el joven llegaba a los dieciocho años se esperaba que hubiera «contado algún golpe», robado un caballo y arrancado un cuero cabelludo. A los veinte años puede que ya hubiera demostrado tener suficiente habilidad como para liderar un pequeño grupo de guerra o de saqueo. A los veinticinco, quizá fuera un subjefe. Si había tenido éxito, podía esperar haber logrado numerosos honores y robado muchos caballos, y puede que, incluso, tener dos tiendas (tipis) con una esposa e hijos en cada una de ellas. (Lo habitual era que en una tienda vivieran entre seis y ocho personas). En la mayoría de las tribus, la carrera del guerrero terminaba entre los treinta y cinco y los cuarenta años, o después de que tuviera un hijo lo bastante mayor como para relevarlo. (Si un hombre alcanzaba la mediana edad sin haber tenido ningún hijo, adoptaba al de algún compañero guerrero que tuviera más de uno en edad de luchar). Este sistema de retiro temprano forzoso aseguraba que el contingente bélico fuera joven y vigoroso. El guerrero retirado se convertía en consejero de los más jóvenes, instructor de los muchachos, o, si su carrera había sido destacada y su medicina poderosa, en jefe del consejo o en experimentado líder de guerra, como Nube Roja, responsable de planear la estrategia a seguir y de dirigir los grandes combates. A pesar de que los guerreros a menudo alardeaban de querer morir en batalla, una larga vida no era algo vergonzante. Al contrario, los ancianos de la tribu compartían su sabiduría y contenían a los jóvenes guerreros cuando era necesario, y sus servicios se consideraban tan valiosos que se esperaba que se mantuvieran alejados del peligro excepto cuando atacaban el poblado. [2]

Los guerreros alcanzaban honores de acuerdo a una escala graduada que sufría ligeras variaciones de una tribu a otra. «Contar un golpe», que significaba tocar al enemigo, normalmente con una vara larga y adornada llamada «palo de golpe», era el primero de los honores de guerra. Si no había palo de golpe, se podía hacer con

cualquier objeto que se tuviera a mano; de hecho, cuanto menos letal fuera el objeto, mayor era el honor. Tocar a un enemigo vivo y armado sin intentar matarlo se valoraba más que tocar a un hombre muerto. El número de golpes que se podían contar sobre un cadáver variaba, pero el primer golpe era el más valioso. Los guerreros también contaban golpes en mujeres, niños, prisioneros y caballos robados. Entre otros honores de guerra menores se hallaban la captura de un escudo o de armas y la toma de un cuero cabelludo, que tenía diversos usos. El más importante era proporcionar al guerrero la prueba irrefutable de que había matado a alguien. Si se habían conseguido sin que se produjera ningún caído en su propio bando, los cueros cabelludos del enemigo se convertían en objetos de celebración en una bulliciosa ceremonia festejada en el poblado que se llamaba la danza de la victoria o del cuero cabelludo. Los guerreros adornaban sus camisas y pantalones de guerra con cabelleras o las ataban a las bridas del caballo antes de la batalla.

A pesar de que solían arrancar los cueros cabelludos a los muertos, el hecho no tenía en sí mismo la intención de matar. A menudo, los que lo sufrían, a menos que estuvieran heridos de gravedad, sobrevivían a la ordalía, en especial, si eran indios. Los varones llevaban el pelo largo, lo que hacía que resultara bastante rápido y fácil arrancar la cabellera a un enemigo indio. El guerrero sujetaba con una mano un mechón de pelo o una trenza, y con la otra hacía en la base de la cabeza un corte de cinco u ocho centímetros de ancho, con frecuencia con un cuchillo de carnicero. Con un tirón rápido se desgarraba la piel y el pelo, lo cual producía un «sonido como de pistola de juguete». Las víctimas blancas solían requerir más empeño y, a menudo, los guerreros tenían que arrancar todo el cuero cabelludo de la cabeza para tener suficiente pelo que justificara el esfuerzo. Las cabelleras de los indios valían más que las de los blancos, a los que la mayoría de los indios consideraban oponentes inferiores. Tras el combate de Fetterman, los guerreros arrojaron con desdén al suelo, junto con las víctimas, los cueros cabelludos de los soldados.

La mutilación del enemigo muerto era una práctica habitual en las llanuras indias en la que participaban ambos sexos. Los occidentales lo consideraban una prueba incuestionable de que los indios eran unos salvajes irredimibles; los indios, por su parte,

creían que desfigurar el cadáver del enemigo protegía al asesino del espíritu del muerto en el más allá.

Los honores de guerra eran un requisito para la admisión en las sociedades guerreras a las que los jóvenes combatientes aspiraban, y existía una ardua competencia entre esas fraternidades de luchadores. Cada una de ellas intentaba hacer el primer ataque en la temporada anual de saqueo. Las sociedades de guerreros Lumpwood y Fox de los crows ampliaban la competencia al frente doméstico, ya que, en ocasiones, se robaban los unos a los otros a las mujeres en sus propios poblados como si se tratara de caballos. (Por sorprendente que resulte, no parece que esta práctica desembocara en muerte alguna). No era necesario que las sociedades guerreras lucharan como una unidad, pero cuando lo hacían, las consecuencias podían ser catastróficas. Una serie de grandes reveses o una sola derrota aplastante podía aniquilar a todo el grupo. En la batalla, se esperaba que los jefes de la banda desdeñaran el peligro y, en ocasiones, lo buscaran, lo que significaba que las oportunidades de promoción eran frecuentes. [3]

Los honores de guerra estaban indisolublemente ligados al sexo. Eran la forma más segura de ganarse el corazón de una muchacha, y eso hacía que fueran un aliciente extraordinario para que los jóvenes lucharan con todo su empeño. Por ejemplo, un hombre crow no se podía casar hasta que no hubiera cumplido los veinticinco años o hubiera contado algún golpe, y a un hombre casado crow que no tuviera en su haber ningún golpe le estaba negado el importante privilegio de «pintar la cara de su mujer». Entre los cheyenes, los jóvenes ni siquiera podían cortejar a las muchachas hasta que hubieran demostrado su valor en la batalla o en las incursiones. Las madres preguntaban a los pretendientes de sus hijas por su historial de guerra y descartaban por cobarde a todo hombre que consideraran que carecía de suficientes méritos. Las mujeres cheyenes tenían una canción para los hombres que habían flaqueado en la batalla. Decía así: «Si tienes miedo al atacar, regresa. Las Mujeres del Desierto te comerán». Es decir, las mujeres los difamarían de un modo tan despiadado que era preferible la muerte. «Resultaba difícil ir a luchar y, a menudo, teníamos miedo —confesó el guerrero cheyene John de Pie en el Tronco (John Stands in Timber)—, pero peor era volver y hacer frente a las

mujeres». A pesar del miedo al ridículo, ningún guerrero se arriesgaría en la batalla sin la protección de su poder sagrado, lo que solía traducirse como «medicina», de cuya potencia se consideraba que dependían su bravura, aptitud y su propia supervivencia.

La búsqueda de la medicina comenzaba en la juventud con la búsqueda de la visión, también conocida como «sueño-medicina». El buscador de la visión se retiraba a un lugar solitario y peligroso durante un periodo determinado —alrededor de cuatro días y cuatro noches— sin comida ni agua, donde rezaba para que un ayudante del reino de la naturaleza, de las aves o de otros animales lo visitara. Las apariciones le llegaban al buscador de la visión en forma de parábolas que, o bien eran interpretadas por un consejero espiritual, por lo general un hombre-medicina, a cambio de unos honorarios, o bien el propio buscador reflexionaba sobre ellas a lo largo de su vida. La criatura o el elemento de la naturaleza revelado en una visión se convertía en la medicina del hombre. En el combate, el guerrero emulaba las cualidades de su ayudante sagrado (la rapidez del águila, la astucia del lobo), y llevaba en una pequeña bolsita al cuello objetos que simbolizaban su visión. Además, la pintaba de forma simbólica en el escudo, la ropa o el caballo que utilizaba y guardaba y controlaba su poder por medio de una colección única y sagrada de cosas reunidas en un gran hatillo-medicina. Los guerreros que no habían sido capaces de conseguir medicina en su búsqueda de la visión intentaban, en ocasiones, conseguir poder espiritual por medio de la autotortura. Como último recurso, el guerrero podía comprar medicina de un hombre-medicina, o compartir la de un amigo o la de un miembro de su familia. Sin embargo, los indios consideraban que la medicina obtenida a través de terceros era menos efectiva. Los guerreros acudían en masa a los hombres que tenían una medicina demostrada con la esperanza de compartir su poder o beneficiarse de los dones concedidos al posesor a través de la divinidad. **[4]**

Asimismo, consideraban sus armas sus posesiones más preciadas y hacían grandes esfuerzos para conseguir los más modernos rifles de repetición, de los que el legendario Winchester con mecanismo de palanca era uno de los favoritos. Sin embargo, pocos se los podían permitir. La mayoría se tenía que conformar con los viejos

mosquetes de avancarga de dudosa utilidad o con los rifles del ejército de un solo tiro que hubieran capturado. Además, era complicado adquirir munición para cualquier rifle. A veces, algunos soldados poco previsores vendían cartuchos a los indios, para que, después, cuando surgieran conflictos, dispararan esas mismas balas contra ellos. Los guerreros, salvo escasas excepciones, carecían del conocimiento necesario o de las herramientas para reparar las armas estropeadas y resultaba difícil encontrar armeros blancos que se prestaran a ayudarles.

En consecuencia, muchos de ellos tenían que confiar en el arco y la flecha. No es que las armas tradicionales indias fueran un impedimento; a los oficiales del ejército les sorprendía la impresionante potencia de las flechas, incluso cuando las empleaba una persona con relativa inexperiencia. Un joven teniente aprendió de sus exploradores indios a disparar una flecha a un búfalo con tal fuerza que la punta lo atravesara. «Quizá se entienda mejor la potencia del arco —explicó—, si digo que el revólver Colt más potente no puede atravesar un búfalo con la bala». Cuando lo utilizaban los indios entrenados para usar el arco desde la infancia, el efecto era incluso más asombroso. «Yo he visto un arco que lanzaba una flecha a quinientos metros —añadió el teniente— y, en una ocasión, encontré el cráneo de un hombre sujeto a un árbol por una flecha que había atravesado los huesos por completo y se había clavado tan hondo en la madera como para sostener el peso de la cabeza». Al coronel Dodge, uno de los estudiosos de las armas y de las tácticas indias más riguroso del ejército, la velocidad de disparo del arco y las flechas le parecía extraordinaria. Según observó el coronel, un guerrero «cogía de cinco a diez flechas con la mano izquierda y las lanzaba tan rápido que cuando la última estaba volando la anterior aún no había tocado el suelo». Los guerreros solían llevar veinte flechas en sus aljabas y al escapar recogían más del campo de batalla. Las mazas de guerra y las largas lanzas multicolores completaban el arsenal ofensivo del guerrero.

Para defenderse, los guerreros llevaban pequeños escudos de piel de búfalo que, según el coronel Dodge, eran «tan impenetrables como el hierro y […] casi una protección perfecta contra el mejor de los rifles». El guerrero, que pensaba que la mejor protección provenía de los escudos infundidos de poder sagrado, pintaba el

suyo con símbolos sacros, colgaba de él plumas y cabelleras de enemigos, y rezaba sobre él hasta que su medicina era perfecta. El escudo de probada valía se tenía en gran estima, se protegía con celo, y pasaba de generación en generación. [5]

Siempre que fuera posible, el guerrero acudía a la batalla fortificado por ejercicios devocionales. Algunos luchaban con sus mejores trajes de guerra, no porque creyeran que su indumentaria iba a aumentar su destreza, explicó un cheyene, sino para tener el mejor aspecto posible cuando se encontraran con el Gran Espíritu. No obstante, por lo general, siempre que el tiempo lo permitía, los guerreros luchaban solo con sus taparrabos; eso les permitía moverse más rápido y, según creían los indios, acrecentaba el poder de su medicina. Los guerreros se pintaban a sí mismos y a sus caballos con colores sagrados para protegerse o con símbolos que proclamaban sus hazañas pasadas. El efecto completo de un guerrero y su caballo pintado era aterrador no solo para los soldados, sino también para los guerreros enemigos. Cuando iba pintado de forma adecuada y estaba bendecido por su ritual sagrado personal, el guerrero se consideraba a sí mismo libre de peligro. Por otro lado, un guerrero sorprendido sin la preparación espiritual para la batalla se sentía tan vulnerable que, a menudo, escapaba a la menor oportunidad. La medicina estaba presente, aunque en un sentido opuesto. [6]

Puede que los indios del Oeste americano estuvieran entre los mejores soldados del mundo hombre a hombre, pero sus tácticas, desarrolladas a lo largo de décadas de luchas intertribales, no estaban adaptadas para el combate abierto contra una unidad militar disciplinada. Visto desde el punto de vista de un soldado, las formaciones indias a menudo parecían invencibles. Las masas de indios rodeaban a su líder de guerra, unidas en una desordenada pero fantástica línea que cargaba sin orden aparente, y que, a una señal, se dispersaba como hojas antes de la tormenta, para reagruparse y lanzarse contra los flancos hasta que, según el coronel Dodge, «la llanura hervía de veloces jinetes, que daban vueltas, cada uno de ellos tumbado sobre su caballo o colgando a un lado del animal para escapar de los disparos del enemigo o lanzándose contra este como una terrorífica masa moviente y ululante al ataque».

No obstante, el asalto casi siempre se quedaba corto. Los indios, reticentes a culminar un ataque a menos que estuvieran seguros de la victoria, preferían tender trampas y hacer caer al enemigo mediante el empleo de señuelos, una táctica que casi nunca funcionaba y en la que el combate de Fetterman fue una de las escasas excepciones. No solo suponía un ardid evidente hasta para el enemigo más inexperto, sino que también, con frecuencia, los guerreros aspirantes arruinaban el efecto sorpresa al cargar antes de tiempo para contar su primer golpe.

Los indios tenían un concepto peculiar de la victoria en el campo de batalla. Si muchos hombres habían ganado honores de guerra, consideraban un triunfo un encuentro que el ejército podía considerar un empate táctico. Con independencia del resultado, si un líder de guerra o un gran guerrero moría, la batalla se consideraba una calamidad, sobre todo si se pensaba que la medicina del fallecido era potente. La caída de uno de esos hombres podía ser suficiente para detener un ataque indio o para terminar la batalla. Los indios también temían a la artillería. Un par de disparos de cañón siempre los dispersaba.

A pesar de que eran muy estimados, los jefes guerreros tenían una influencia limitada. En líneas generales, se ponían de acuerdo entre ellos sobre lo que querían lograr en la batalla. A continuación, cada subjefe reunía a sus seguidores y resumía el plan y, a partir de ahí, actuaban. Una vez que empezaban los disparos, los jefes guerreros hacían señales a sus hombres de diferentes formas, con una bandera, una lanza, un arma de fuego o una prenda inclinada en determinada dirección, con el destello de los espejos desde lo alto, o con el sonido agudo de un silbato de guerra fabricado con hueso de águila. Lo habitual era que los guerreros atendieran sus consejos, pero la obediencia era opcional en casi todas las cuestiones excepto en recoger a los muertos y a los heridos, una obligación que provocaba que los recuentos de las bajas indias llevados a cabo por el ejército fueran solo aproximados. Los guerreros practicaban con frecuencia y con gran tesón cómo rescatar a un hombre caído mientras galopaba. «A esta costumbre —observaba el coronel Dodge—, se debe el hecho de que casi todo informe oficial de una lucha con indios tenga, por lo tanto, una afirmación como la siguiente: —Bajas indias desconocidas; se vio a

varios caer de los caballos—». [7]

Al parecer el ejército no era consciente de que algunos guerreros iban a la batalla con la intención de morir, ya fuera para alcanzar la gloria a cualquier precio o para poner fin al sufrimiento debido a una enfermedad terminal o a una tragedia personal. Los indios los denominaban «guerreros suicidas». Su forma preferida de morir era atacar al enemigo desarmados varias veces, hasta que los mataban. Aunque no hacían ninguna contribución a la lucha, morir como guerrero suicida se consideraba un gran honor, y nadie intentaba detener a un hombre empeñado en terminar su vida de ese modo. Por suerte para el contingente de guerra de la tribu, había pocos guerreros suicidas.

Este tipo de guerrero suicida era la manifestación extrema del axioma indio de que cuando luchaba y cuando montaba a caballo el guerrero seguía siendo un individuo. En cierto sentido, siempre era dueño de sí mismo. Rendía cuentas a sus ayudantes sobrenaturales y se comportaba de acuerdo con sus enseñanzas. Desarrollaba una estrecha lealtad hacia su sociedad guerrera y luchaba según sus reglas, que en el caso de algunas sociedades incluía combatir hasta la muerte, pasara lo que pasara. Sin embargo, por encima de esto se hallaba la responsabilidad de proteger a su gente, ya fuera de los enemigos tribales o del ejército. A finales de la década de los sesenta, para los indios, los soldados eran la menor de las dos amenazas. [8]

La Guerra de Nube Roja había puesto en evidencia a un ejército regular poco preparado, por desgracia, para su misión de luchar contra los indios. Sin embargo, a los habitantes del Oeste no les interesaban los problemas del ejército, ya que esperaban que el general Sherman castigara a los indios siempre y allí donde causaran problemas. La prensa del Oeste argumentaba que si Sherman no era capaz de realizar el trabajo, habría que llamar a filas a los voluntarios del propio Oeste, y que estos lo hicieran en su lugar. Quizá, especulaban los editores, en el fondo, Sherman no era más que otro pusilánime apaciguador.

El acoso sacó lo mejor del general. Dolido por la pérdida de los fuertes de la Ruta Bozeman, a finales de 1868 respondió a sus

críticos con un franco desafío:

> Durante los últimos dos años he hecho todo lo que un hombre razonable podría esperar, y si alguien no me cree, que se aliste, pronto descubrirá si no se gana el pan con su esfuerzo. Resulta imposible físicamente para el pequeño ejército que mantiene el Congreso vigilar los asentamientos desprotegidos más de lo que podemos controlar a los carteristas en nuestras ciudades. Las protestas a este respecto son una estupidez. Cumplimos con nuestro deber, de acuerdo con nuestros medios.

Esos medios no solo eran limitados en extremo, sino que también estaban menguando con rapidez. Incluso, a medida que se intensificaban las Guerras Indias, el Congreso (resuelto a aminorar la gran deuda nacional contraída durante la Guerra Civil) disminuyó varias veces las partidas para el ejército regular. De ser una fuerza oficial de 54 000 hombres en 1869, sus números caerían en picado hasta contar tan solo con 25 000 en 1874. Las tareas de reconstrucción se llevaron a un tercio del ejército y arrastró a la institución a una política partidista. A medida que los estados sureños fueron readmitidos en la Unión, sus representantes hicieron causa común con los que decidían el presupuesto para debilitar a sus anteriores opresores de casacas azules, y el ejército de la frontera se convirtió en una fuerza mínima.

El descenso en el número de reclutas no era el único problema del ejército. Atrás quedaron los sobrios y resueltos voluntarios que habían restablecido la Unión. En su lugar había un tipo de soldado a todas luces inferior. No todos eran «inútiles y holgazanes», tal como afirmaba el *Sun* de Nueva York. También había una cantidad muy elevada de indigentes, criminales, borrachos y depravados procedentes de las ciudades. Pocos soldados contaban con una buena educación y, de hecho, la mayoría eran analfabetos. A los centros de reclutamiento acudían en masa obreros no cualificados en busca de un trabajo permanente para desertar en cuanto encontraran otro mejor pagado. La tercera parte del ejército de frontera lo constituían inmigrantes recientes, la mayoría alemanes e irlandeses, algunos de los cuales habían prestado servicio en los ejércitos europeos, lo cual era un punto a su favor, y, dispersos entre los indeseables estadounidenses, también había una pizca de

hombres decentes que simplemente estaban padeciendo una mala racha. Sin embargo, tal como observó un general, si bien el ejército cuenta con un rifle mucho mejor, «creo que tenemos un soldado mucho menos inteligente para usarlo». [9]

Los incentivos para alistarse no eran muchos. Hacia la década de 1870, los soldados regulares solo ganaban diez dólares al mes, tres dólares menos de lo que habían ganado los voluntarios de la Guerra Civil una década antes. La promoción a los rangos oficiales de la milicia ofrecía un modesto aumento de salario y, después de treinta años, una pequeña pensión, pero solo el uno por ciento de los hombres alistados seguían ese camino. Resultaba paradójico, si se tiene en cuenta la necesidad que tenía el ejército de reclutas de calidad, que, además, tras la Guerra Civil, la edad mínima para alistarse se había subido de los dieciocho a los veintiún años, requisito que se cumplió estrictamente.

Un nuevo soldado recibía su iniciación a la vida del ejército en uno de los cuatro grandes puestos de reclutamiento, donde le hacían un somero reconocimiento médico, le daban un uniforme no muy bien entallado, mala comida, y ningún entrenamiento. Hasta que los asignaban a un regimiento, los reclutas pasaban el tiempo realizando trabajos no especializados. Lo habitual era que el alivio que pudiera haber sentido el recluta al abandonar el cuartel para servir en el Oeste desapareciera en el preciso instante en que veía el puesto de servicio que, con frecuencia, era un lugar ruinoso, aislado y a duras penas habitable, como Fort Garland en Colorado, lugar que, según un periodista que lo visitó, consistía en unos cuantos edificios de ladrillo y adobe de techo plano y bajo «tan horribles que resultaban de lo más desalentador». En Texas las cosas no eran mucho mejores. Cuando, tras la Guerra Civil, un regimiento de caballería regular volvió a ocupar Fort Duncan, las barracas estaban infestadas de murciélagos. Los soldados expulsaron a las criaturas con sus sables, pero el «olor nauseabundo» a excrementos permaneció durante meses. [10]

El general Sherman sabía que la mayoría de sus soldados vivían en la miseria. El informe de la inspección que realizó en 1866 de los puestos en la División Militar del Misuri parecen notas al margen de un libro de registro del propietario de un edificio. Según el general, Fort Laramie, en Wyoming, era «una mezcla de todos los tipos de

casa concebibles repartidos sin ton ni son, con los dos edificios principales tan arruinados y desvencijados que las noches de viento los soldados dormían en el patio». De Fort Sedgwick, en Colorado, un lugar construido en origen con barro, Sherman pensaba lo siguiente: «Seguro que si los plantadores sureños hubieran metido a sus negros en estos antros, se habría mostrado como ejemplo ilustrativo de la crueldad y falta de humanidad de sus amos». No obstante, poco podía hacer Sherman para aliviar la miseria que rodeaba al soldado de frontera. El presupuesto del ejército se había reducido en exceso y el número de puestos era demasiado elevado para llevar a cabo cualquier mejora, salvo las más básicas. **[11]**

Una vez que estaba ya en su cuartel, la vida del soldado adoptaba una rutina soporífera. El toque de corneta regulaba las actividades diarias, pocas de las cuales tenían algo que ver con las tareas propias de un soldado. Los hombres construían líneas de telégrafo y carreteras, despejaban el terreno, levantaban y reparaban los edificios del puesto, cortaban madera y quemaban rastrojos; todo, decía un oficial enfadado, «excepto aquello para lo cual se suponía que se habían alistado». Dada la escasez de presupuesto, solo unos cuantos afortunados recibían algo más que un puñado de balas para entrenar. Hasta principios de 1880 el ejército no incentivó las prácticas de tiro y, por lo general, los soldados de reemplazo entraban en campaña sin haber disparado nunca un rifle ni haber montado a caballo. En el combate, las consecuencias podían ser muy bochornosas. En su primer combate contra los indios, un nuevo teniente se avergonzó de la nefasta puntería de sus hombres, cuando dispararon varios cientos de veces para sacrificar a un caballo herido de gravedad que estaba a menos de dos metros sin conseguir acertarle.

Las tropas no solo estaban mal entrenadas, también estaban mal uniformadas. Los soldados, vestidos con unas casacas azul marino y unos pantalones azul claro de lana, se asaban en verano y, como llevaban unos capotes demasiado finos, se congelaban en invierno. El calzado era tan basto que con dificultad se distinguía el zapato derecho del izquierdo. Los sombreros reglamentarios se hacían pedazos con gran rapidez, lo que obligaba a muchos soldados a comprarse sombreros civiles con su exiguo salario. Las camisas eran azules, grises o a cuadros, a gusto del portador. Los jinetes llevaban

pañuelos anudados al cuello con holgura. La mayoría rellenaba los fondillos de los pantalones con tela o, para estar más cómodos, llevaban pantalones de lona o bombachos de pana, y algunos, en vez de las botas reglamentarias, calzaban mocasines indios. Un corresponsal de guerra inglés invitado opinaba que los soldados de la frontera iban vestidos de un modo tan informal que «guardaban un sospechoso parecido con los bandidos». [12]

Hasta 1874, el ejército empleó una mescolanza de armas. El pesado mosquete de avancarga Springfield de ánima rayada de la época de la Guerra Civil siguió siendo el arma habitual en la infantería justo el tiempo suficiente para asegurar la rápida masacre de las tropas del capitán Fetterman. A finales de 1867, la mayoría de los soldados de infantería llevaban mosquetes Springfield modificados para disparar un cartucho metálico de retrocarga; estas eran las armas que tanto asombraron a los lakotas en los combates de Wagon Box y Hayfield. En 1873, el ejército estableció el Springfield del calibre 45 como el arma estándar de la infantería, y reemplazó los revólveres Colt y Remington de pistón y bala, famosos durante la Guerra Civil, por el revólver Colt 45 de acción simple (el afamado *Peacemaker* o Pacificador). Los regimientos de caballería estaban armados con revólveres y, o bien con la carabina Sharps de un solo tiro o con la Spencer de siete tiros. También les proporcionaban sables que pocas veces llevaban a las campañas, ya que los oficiales se percataron de que antes de que un soldado se pudiera aproximar lo suficiente a un indio para utilizar el sable, estaría lleno de flechas. Los soldados se quejaban de que no estaban bien armados, pero en cualquier caso había pocos tiradores lo bastante buenos como para hacer justicia a las armas que les proporcionaban.

El aislamiento interminable y un trabajo manual aburrido hacían que los hombres alistados se sumieran en una «especie de existencia pesada y deprimente». Una buena comida podría haberles subido la moral, pero las raciones del ejército eran tan monótonas como el día a día del soldado. La base de los menús de la guarnición era un guiso de judías al horno, un estofado de carne aguado llamado *slumgullion*, pan basto y carne fibrosa de reses de las praderas. Los soldados complementaban la dieta con productos que cultivaban en los huertos del puesto y de la compañía. Sobre el terreno, las tropas

subsistían sobre todo a base de beicon y un excedente de galletas de la Guerra Civil.

Todos los soldados, excepto aquellos más rectos, tarde o temprano sucumbían a uno o más de los tres azotes morales de la milicia fronteriza: la bebida, las prostitutas y el juego. Hasta 1877, año en el que el presidente Rutherford B. Hayes cedió ante los defensores de la abstinencia y prohibió la venta de alcohol en los puestos militares, los soldados podían comprarlo al comerciante del puesto, cuyo establecimiento autorizado hacía las veces de tienda, bar y centro social, y donde, al menos, se podía ejercer un mínimo control sobre los hombres. Pero tan pronto como entró en vigor en los puestos militares la prohibición, los soldados se trasladaron a los *hog ranches*[*], sórdidos establecimientos fuera del puesto que ofrecían *whisky* de pésima calidad y prostitutas baratas. Los soldados que necesitaban tener relaciones sexuales también frecuentaban las tiendas de indias promiscuas, o visitaban los alojamientos de las lavanderas autorizadas del campamento que, en ocasiones, complementaban sus ganancias legítimas con la prostitución. Las consecuencias eran predecibles. Un futuro general dijo que en los puestos fronterizos las enfermedades venéreas eran tan comunes que «se decía que los médicos del puesto solo se dedicaban a controlar a las lavanderas y a tratar la gonorrea». [13]

Los suboficiales, cuyo deber era mantener a los hombres a raya, en vez de eso, a menudo, facilitaban el vicio. Se decía que hubo un sargento primero de caballería que organizó una orgía para sus tropas en un *hog ranch*. Para que pudieran servir a sus soldados con más facilidad, el sargento hizo que las mujeres se desnudaran y que después se colocaran sobre una mesa en la que los soldados estaban bebiendo. En Camp Grant, en Arizona, los sargentos dirigían una red de apuestas ilegal, gracias a la que obtenían grandes beneficios como banqueros en las partidas de póquer organizadas en los barracones en los días de paga. No obstante, a pesar de sus limitaciones, los suboficiales eran la columna vertebral del ejército de frontera. Con relativa frecuencia, los oficiales de la compañía daban carta blanca a sus sargentos primeros. Un buen suboficial era un don del cielo para los oficiales y, en su época, los sargentos primeros irlandeses o alemanes, severos pero paternalistas, se convirtieron en un estereotipo. Por el contrario, si no se le

supervisaba, un mal suboficial podía crear el caos en una compañía. Había sargentos despiadados que infligían castigos prohibidos por el reglamento. No era raro ver en los puestos fronterizos a soldados amarrados a un poste en el patio bajo el sol abrasador, atados con los brazos y piernas en cruz a los carromatos o colgados de los árboles por los pulgares. Un comandante del departamento, indignado por el sadismo desenfrenado, amenazó con controlar a los suboficiales tiranos, que «van a causar más descontento en las compañías del que el mejor oficial de compañía pueda aliviar».

Hoy en día, o, incluso, durante la mayor parte de la historia del Ejército de Estados Unidos, resultaría impensable que, durante su servicio, un general tuviera que reprender a sus tenientes y capitanes para recordarles sus deberes fundamentales. Pero el oficial fronterizo era una raza aparte. No faltaba el talento, muchos buenos generales de principios del siglo XX iniciaron sus carreras como oficiales subalternos en el Oeste. Pero incluso a los oficiales más comprometidos les resultaba difícil mantenerse motivados entre toda esa galería de granujas formada por hombres pendencieros, mediocres y desleales, borrachos, y dictadores con uniforme de los que estaba plagado el ejército. El cuerpo de oficiales era, en esencia, un grupo díscolo, compuesto por generales y coroneles resentidos unos con otros a causa de menosprecios supuestos o reales sufridos durante la Guerra Civil, y oficiales de bajo rango que se ponían en guardia según su edad y experiencia. **[14]**

Para los antiguos oficiales de la Guerra Civil de cualquier rango, la transición al pequeño ejército de posguerra fue dura. Durante la guerra, los oficiales regulares habían desempeñado cargos según su rango en un cuerpo de voluntarios o sus habilitaciones temporales (o *brevet*, comisiones honorarias que solían concederse por un servicio excepcional y transitorio) más que por su grado en el ejército, que era bastante inferior. Tras la guerra, retrocedieron a esos grados. Por ejemplo, George Armstrong Custer pasó de ser general de voluntarios a ser capitán de un ejército regular de servicio hasta que su mentor, el general Philip G. Sheridan, consiguió que le promocionaran a teniente coronel en el recién formado 7.º de Caballería. Durante los últimos meses de la guerra, George Crook había sido general de voluntarios al mando de un

cuerpo militar de ocho mil hombres. Después, volvió a ser teniente coronel en un regimiento de frontera que no llegaría a los quinientos. Para apaciguar su orgullo herido, los oficiales portaban el rango de su mayor graduación temporal, y en la correspondencia oficial se les nombraba con su grado de voluntarios hasta que, en 1870, el Congreso prohibió ambas prácticas.

Los que habían descendido de grado tenían un largo camino de vuelta. El tiempo de un oficial en un grado aumentaba, a medida que el tamaño del ejército se reducía, de modo que un nuevo alférez podía esperar servir durante veinticinco años antes de ser comandante y, si duraba ese tiempo, treinta y siete años antes de alcanzar el rango de coronel. En 1877, el *Army and Navy Journal* predijo que al cabo de una década «no habría en el ejército un cuarto de los actuales oficiales de campo que tuviera la capacidad física para soportar las dificultades de una campaña activa. Serían todos hombres viejos y agotados». [15]

Y, con frecuencia, disolutos. Un futuro general, al contemplar cómo las largas horas de ociosidad en la guarnición hacían mella en sus conmilitones escribió: «Había muchas horas de guardia, pero pocas de entrenamiento, y no se estilaba el estudio del arte de la guerra. Como es lógico, los naipes, el billar y el alcohol atraían a muchos; en especial, esto último, debido a la dureza de una campaña militar intermitente». Los oficiales se dedicaban al juego en serio. Cuando los amigos con los que un teniente jugaba al póquer lo descubrieron haciendo trampas a las cartas lo acusaron de conducta impropia de un oficial. Incapaz de convencer a sus compañeros de juego (que no eran más honrados que él) de que retiraran las acusaciones, el teniente, condenado al ostracismo, se suicidó.

El juego y el alcoholismo eran tan comunes entre los oficiales como entre los hombres alistados. Sin duda, el penoso espectáculo de oficiales borrachos que entraban o salían tambaleándose de los cuarteles minaba la moral de la unidad. No obstante, a pocos oficiales borrachos se castigó por descuidar su deber y por conducta improcedente, y algunos fueron ascendidos a pesar de beber en exceso. En octubre de 1866, al inicio de la Guerra de Nube Roja, un grupo de buscadores de oro de Montana que se detuvo en Fort C. F. Smith se quedó asombrado al encontrar al oficial en jefe, el capitán

Nathaniel C. Kinney, «borracho como una cuba». No es que lo hubieran sorprendido en un mal momento. «Los ciudadanos nos dijeron que llevaba semanas así. De lo que no hay duda es de que durante los cinco días que permanecimos allí no hubo un segundo en que estuviera sobrio». **[16]**

¿Qué podía hacer un soldado condenado a la miseria, el aburrimiento, el reducido salario, el maltrato y a cumplir su deber al mando de oficiales borrachos? Podía desertar, y miles de ellos lo hacían. Las bajas en el 1.º de Caballería eran habituales. De los 1288 reclutas que recibió el regimiento durante un periodo de tres años, 928 desertaron, algunos de forma individual y otros en grupo. Durante el invierno de 1867, el 7.º de Caballería perdió centenares de soldados debido a la deserción. No se podía confiar en que los suboficiales contuvieran ese flujo; al contrario, a veces eran los instigadores, y uno de los oficiales del 7.º de Caballería luego recordó a un sargento primero de la compañía que, tras pasar lista por la tarde, dijo a treinta hombres que ensillaran sus caballos para un servicio fuera del puesto. Cuando ya se habían alejado bastante, el sargento dio el alto al destacamento, comunicó a sus hombres que eran desertores, se despidió de ellos y acto seguido se marchó hacia las explotaciones mineras. Dos o tres regresaron para informar del engaño, pero el resto siguió al sargento primero a los yacimientos de oro.

A menudo, los hombres abandonaban por razones que poco tenían que ver con la vida militar. Algunos se habían alistado solo para viajar gratis a los yacimientos de oro. Otros eran «vagabundos viciosos» que iban de un regimiento a otro con nombres falsos. Un buen número desertaba para ganar más en el Oeste, donde había escasez de trabajadores y la paga solía ser mucho más elevada que en la Costa Este. La primavera era la estación preferida para escaparse, sobre todo justo después del día de paga, porque la construcción del ferrocarril se reiniciaba cuando el terreno se deshelaba y el viaje a las zonas mineras o a las nuevas ciudades se hacía más fácil. El riesgo de que capturaran a los desertores era muy reducido, y aquellos a los que atrapaban se enfrentaban a un castigo bastante leve. Durante la Guerra Civil, la deserción se castigaba con la muerte, pero en el Oeste de la posguerra al ejército no le preocupaba tanto perder hombres a causa de las evasiones

como perder las armas y el equipamiento que solían llevarse. [17]

Había un tipo de soldados que pocas veces desertaba, bebía en exceso o planteaba problemas de disciplina; se trataba de los hombres de los cuatro regimientos negros del ejército regular: el 9.º y el 10.º de Caballería y el 24.º y el 25.º de Infantería. Por lo general, los negros se alistaban por razones más nobles que los blancos. Para la mayor parte de los reclutas blancos, el ejército era un refugio temporal hasta que les surgiera algo mejor. Para los negros, en su mayoría antiguos esclavos analfabetos, el ejército suponía tanto la posibilidad de hacer una carrera como de demostrar el potencial de su raza. «La ambición de ser todo lo que los soldados deberían ser no se restringe a un puñado de hijos de esta raza desafortunada. Tienen la idea de que la gente de color de toda la nación se ve, en mayor o menor medida, afectada por su conducta en el ejército —observó el capellán blanco de un regimiento negro—. Ahí reside el profundo secreto de su esfuerzo paciente».

Los regimientos negros estaban liderados por oficiales blancos. A pesar del racismo de la época, a menudo los oficiales y sus hombres desarrollaban una profunda estima mutua. Los oficiales cuyas unidades blancas luchaban junto a tropas negras eran capaces de admirar su habilidad en la lucha y su conciencia de grupo, aún sin admitir la igualdad racial. Al observar al 10.º de Caballería en acción, el capitán de un regimiento blanco reconoció que «la raza de color es un valioso recurso para el ejército —y añadió con un cumplido malicioso—, pero tienen que estar dirigidos por blancos, de lo contrario, no valen para nada». Sin duda, los regimientos negros eran, con mucha mayor frecuencia, víctimas de la intolerancia que del elogio. A los blancos alistados les molestaba recibir órdenes de sargentos negros y los oficiales veteranos, a menudo no daban demasiado buen ejemplo, como el coronel que se negó a permitir que las «tropas de negros» del 10.º de Caballería formaran cerca de su regimiento blanco para desfilar.

Todo el sistema estaba confabulado contra los soldados negros. El Cuerpo de Intendencia militar timaba a los regimientos negros y les proporcionaba suministros, equipo y caballos de menor calidad y

en menor cantidad. El Departamento de Guerra relegaba a los regimientos negros a servir en las zonas de la frontera más desagradables, en especial en Texas, donde los civiles hostigaban, insultaban, amenazaban y a veces asesinaban a los soldados negros. Los asesinos siempre se libraban del castigo.

Los comanches y los cheyenes del sur llamaban a los soldados negros del 10.º de Caballería Buffalo Soldiers, ya fuera por respeto a la habilidad del regimiento en la lucha o porque los indios pensaban que el oscuro pelo rizado de los soldados se asemejaba al pelaje de los búfalos. Los jinetes negros aceptaron este apelativo con orgullo y, al final, pasó a convertirse en un nombre genérico para cualquier soldado negro. Un periodista con conocimiento de causa afirmó que los indios eran reacios a luchar contra los Buffalo Soldiers «por la afición que tienen los morenos a tomar sus cabelleras»; es decir, porque les pagaban con su misma moneda.

Los indios comprendieron el bajo estatus de los negros en el mundo del hombre blanco. Durante una batalla contra los Buffalo Soldiers, los guerreros ute se burlaban de sus oponentes con una rima improvisada:

> Soldados de rostro negro,
> vais a la batalla detrás de los soldados blancos;
> pero no os podéis quitar vuestros rostros negros,
> y los soldados de rostro pálido os hacen cabalgar tras ellos.
> **[18]**

Pero ya fuera solos, junto a las tropas blancas o tras ellas, por lo general los soldados negros luchaban contra los indios con valentía y habilidad, afirmación que pocas unidades blancas podían hacer.

Para el general Sherman y sus subordinados, el principal obstáculo era contar con un ejército pequeño y mediocre, pero, no era en absoluto el único. También se veían impedidos por una estructura de mando poco manejable y por su propia incapacidad para elaborar una estrategia de lucha contra un enemigo no convencional. En 1866, el Departamento de Guerra fraccionó el Oeste en dos divisiones militares separadas, aproximadamente, por

la divisoria continental; la División Militar del Pacífico y la creciente División Militar del Misuri, de Sherman, que abarcaba los actuales estados de Arkansas, Iowa, Texas, Kansas, Colorado, Oklahoma, Nebraska, Wyoming, Utah, Montana, Dakota del Norte y del Sur, y la mitad este de Idaho. Huelga decir que la mayor parte de la lucha se esperaba que ocurriera en la división de Sherman. Las divisiones militares se subdividieron en departamentos que comprendían dos o más estados o territorios. Para cuestiones administrativas era un buen arreglo, pero con los indios que luchaban donde querían, los conflictos pocas veces se reducían a un solo departamento. Frente a un enemigo escurridizo y en constante movimiento, a los comandantes de los departamentos les resultaba difícil coordinar sus esfuerzos, y las órdenes que se enviaban desde la división al cuartel general del departamento solían verse «superadas por los acontecimientos», antes de llegar a sus previstos receptores.

Según explicó un comisionado indio a Nube Roja, la estrategia básica del ejército consistía en que «el Gran Padre ponía casas de guerra por todo el territorio indio», planteamiento poco efectivo teniendo en cuenta el reducido tamaño del ejército fronterizo. Pocos jefes de las «casas de guerra» tenían los hombres suficientes para guarnecer sus puestos de forma adecuada, y mucho menos para perseguir a los indios enemigos. Casi todos los oficiales veteranos, incluido Sherman, consideraban más sensato concentrar las fuerzas en unos cuantos puestos bien localizados desde el punto de vista estratégico. Sin embargo, los colonos y los gobiernos locales esperaban contar con protección por todas partes y querían tener los soldados cerca, y en Washington sus voces ahogaron las protestas de los generales. La consecuencia fue una política de dispersión para la defensa y de concentración temporal para operaciones ofensivas, enfoque que peligraba no solo por el pequeño número de tropas disponible sino también por su relativa falta de movilidad en comparación con los indios. Los ponis indios crecían en las verdes praderas y podían sobrevivir a base de corteza de álamo, y los guerreros estaban criados para soportar las privaciones; un poco de carne seca de búfalo les podía durar varios días. Sin embargo, los caballos del ejército necesitaban forraje y los soldados raciones regulares. Un oficial veterano se lamentaba de

que «con demasiada frecuencia, las expediciones contra los indios habían sido como perros atados a una cadena: invencibles dentro del radio de la cadena, pero impotentes más allá de ella. La cadena eran las caravanas y sus suministros». [19]

Los oficiales veteranos estaban en total desacuerdo en la cuestión de cuál era la sección de las fuerzas armadas más adecuada para luchar contra los indios. Como es lógico, los jefes de caballería defendían que la sección montada era la más capaz de perseguir a guerreros al galope. El problema era que, sin forraje regular, los caballos se agotaban muy pronto. Además, afirmaban los críticos, los jinetes fronterizos en realidad no eran más que infantería montada; cabalgaban hasta el campo de batalla y allí desmontaban para luchar, con lo que perdían un cuarto de su fuerza antes de hacer ningún disparo, dado que uno de cada cuatro hombres debía permanecer detrás de la línea de tiro para controlar a los caballos. El coronel Nelson A. Miles defendió a la infantería ante el Congreso. «Yo creo que un cuerpo de tropas de infantería puede capturar a cualquier grupo de indios en cuatro meses. Los primeros treinta días la caballería cubriría una distancia mucho más larga, pero después los caballos empiezan a flaquear y a debilitarse y se agotan, mientras que la infantería se hace más fuerte. Cuanto más marchan, más fuerza cobran».

Ni la caballería ni la infantería tenían demasiadas oportunidades de encontrar a los indios sin exploradores nativos. Esto era algo que el coronel Carrington había comprendido. Antes de partir hacia la Ruta Bozeman, intentó reclutar indios winnebagos y crows para tener «unos cuantos soldados que conocieran las tácticas guerreras de los indios, y conocieran sus trucos». Los entusiastas jefes crows le ofrecieron doscientos cincuenta guerreros, pero el ejército le negó a Carrington el presupuesto necesario. La presencia en Fort Phil Kearny de indios crows que conocieran el modo de lucha de los lakotas podía haber evitado la debacle de Fetterman (al igual que los guerreros que los jefes de paz cheyenes habían ofrecido a Carrington).

Tras la Guerra de Nube Roja, el ejército incorporó en sus operaciones sobre el terreno a indios amistosos. Un batallón de pawnees, alistado de forma regular, uniformado y bien armado, ya había desafiado los ataques cheyenes y lakotas a la vía férrea de la

Union Pacific. Un comisionado de Asuntos Indios sugirió al ejército organizar una fuerza paramilitar de tres mil jóvenes guerreros con tribus amigas para «llegar con rapidez al escenario de los problemas reales o de las amenazas». Sin embargo, al Departamento de Guerra nunca le entusiasmó la idea, ya que había demasiados funcionarios en Washington que desconfiaban de los indios, de modo que el experimento pawnee no se volvió a repetir. En su lugar, el ejército confió en exploradores indios para que ayudaran a los soldados a encontrar y luchar contra un enemigo criado en una cultura guerrera. Los oficiales fronterizos más competentes eran conscientes de que sin ellos no tenían la más mínima posibilidad de vencer. **[20]**

CAPÍTULO 4

La guerra de Hancock

EL GENERAL Winfield Scott Hancock llegó al Oeste en otoño de 1866 con la reputación de haber sido uno de los principales generales de la Unión durante la Guerra Civil. El general Grant lo tenía por uno de los mejores oficiales del ejército, pero era el hombre equivocado para dirigir el Departamento del Misuri. Hancock no sabía nada acerca de los indios y no tenía el más mínimo interés por aprenderlo, grave defecto en un general cuyo departamento abarcaba las sendas de Smoky Hill y del río Arkansas, dos de las tres rutas de emigrantes que atravesaban las llanuras.

Un año antes, el general Pope afirmó que el Tratado de Little Arkansas, por el cual las tribus de las llanuras del sur aceptaron grandes reservas bien alejadas de las rutas de los emigrantes, valía menos que el papel en el que estaba impreso. En contra de las expectativas de Pope, Caldera Negra y otros jefes de paz del sur, cheyenes y arapahoes, habían respetado los términos del tratado. Pero el flujo continuo de colonos ponía en peligro la limitada influencia de los jefes sobre las sociedades guerreras. La poderosa banda de los guerreros perro de los cheyenes del sur era la que estaba más inquieta y con bastante razón. Tras la reapertura de la Ruta de Smoky Hill después de 1865, sus terrenos de caza al oeste de Kansas habían quedado sitiados. No solo estaban desgarrando su territorio una vez más las interminables caravanas, sino que, en ese momento, también se estaba abriendo camino una nueva línea de ferrocarril llamada la Union Pacific Eastern Division, que serpenteaba hacia el oeste a lo largo de la Ruta de Smoky Hill, y sus vías ya se deslizaban por el centro de Kansas. Para el modo de vida de los guerreros perro, más peligrosos que las vías del tren eran los montones de casuchas de barro, chozas de tablones, y tiendas de

planta rectangular que iban surgiendo a lo largo de la ruta. Pronto, las praderas de los búfalos estuvieron salpicadas por esos toscos precursores de ciudades y pueblos. Dado que no habían firmado el Tratado de Little Arkansas, los jefes de los guerreros perro no se sentían obligados a trasladarse al sur del río Arkansas. Incluso los jefes que habían firmado el tratado pensaron que otorgaba a sus pueblos derechos de caza a lo largo de Smoky Hill. Además, la reserva del oeste de Kansas que los comisionados de paz habían prometido a los indios no se había materializado. Durante el invierno de 1866 y 1867 los oglalas del norte y los cheyenes se dirigieron hacia el sur para alardear de sus victorias en la Ruta Bozeman. ¿Por qué, preguntaban los guerreros norteños a sus compañeros del sur, no se alzaban ellos también contra los intrusos blancos?

Con tantas fuentes de inestabilidad que amenazaban la paz, el cargo de Hancock exigía paciencia y contención, virtudes ambas que él no aplicó en la tarea. El general, justificándose en un puñado de pequeños ataques ocurridos en 1866, algunos de los cuales es probable que fueran obra de forajidos blancos, creyó las afirmaciones de dudoso fundamento de los habitantes del Oeste y de sus crédulos subordinados de que los indios estaban planeando llevar a cabo una guerra general en la primavera de 1867. Una de las principales fuentes de informaciones falsas fue el gobernador de Kansas, Samuel J. Crawford, que había organizado una compañía de inmigrantes para habitar el oeste de Kansas, escasamente poblado, y que, para atraer a los potenciales colonos, necesitaba la seguridad que proporcionaba una fuerte presencia militar; la forma más fácil de obtener un gran número de soldados era utilizar la figura del hombre del saco indio.

En marzo de 1867, Hancock propuso una gran expedición al oeste de Kansas. En público aseguró que solo lucharía si le provocaban, pero, en privado, dijo a Sherman que esperaba que los cheyenes rechazaran sus peticiones para provocar una guerra, «ya que era necesario algún tipo de castigo». El general Sherman no se dejaba engañar. El viaje que realizó en otoño de 1866 ya le había demostrado que las acusaciones sobre los estragos causados por los indios eran falsas. A pesar de ello, pudo más su ansia por vengar el desastre de Fetterman, y ofreció todo su apoyo a Hancock. Cuando

en la primavera de 1867 Nube Roja reinició la guerra en el norte, Sherman obtuvo una asignación especial del Congreso para costear la expedición de Hancock. Si no podía derrotar a Nube Roja, al menos podría hacer que otros indios sufrieran.

En este ambiente emponzoñado, Hancock llegó a Fort Larned, en Kansas, a principios de abril, en teoría, para deliberar con los jefes de los cheyenes del sur. Lo acompañaban mil cuatrocientos soldados, el contingente más grande reunido en las llanuras hasta la fecha, que incluía el 7.º de Caballería al completo. La primera orden que dio el general sobre el terreno contradijo las afirmaciones de paz que había hecho a los jefes. «Vamos preparados para la guerra, y si se presenta la ocasión, la haremos —anunció a sus oficiales—. No se tolerará ninguna insolencia de ningún indio al que nos encontremos. Queremos demostrarles que el Gobierno está preparado y es capaz de castigarlos si se muestran hostiles». Por supuesto, a Hancock nunca se le ocurrió investigar las causas del descontento indio. [1]

El general se encontró primero con los jefes de los guerreros perro y con sus aliados oglalas del sur, cuyos poblados se asentaban en el cruce Pawnee del río Arkansas, cincuenta y cinco kilómetros al oeste de Fort Larned. Para no faltar a su cita con Hancock, los jefes hicieron frente a una gran tormenta de nieve a principios de abril, y al anochecer del 12 de abril llegaron al campamento del general agotados y con los ponis hambrientos. Hancock ordenó que se celebrara una conferencia inmediata e hizo caso omiso de las objeciones del agente de los cheyenes, el comandante Edward W. Wynkoop, que había intentado hacerle comprender que esa tribu creía que solo el poder sagrado del sol podía garantizar la honradez y la sabiduría en el consejo, y nunca mantenían parlamentos nocturnos. Entonces, pronunció una arenga inconexa, que dejó perplejos tanto a los intérpretes como a los jefes. El hecho de que solo cinco jefes hubieran respondido a su llamada enfureció al general, pues tenía «muchas cosas que decir a los indios» y solo las quería decir una vez. «Mañana iré a vuestro campamento —les dijo Hancock—: He oído que muchos indios quieren luchar. Muy bien; pues aquí estamos, y estamos preparados para la guerra». Toro Alto

(Tall Bull), de los guerreros perro, habló en representación de los jefes: «Nos llamasteis y vinimos hasta aquí. Nunca hemos hecho daño al hombre blanco ni pretendemos hacerlo […] Dices que mañana irás al poblado. Si vas, allí no tendré nada más que decirte que lo que te digo aquí». En otras palabras, manteneos alejados del poblado. Hancock concluyó el consejo con un amargo *non sequitur*: solo con que una pezuña de un poni de algún grupo guerrero pisara la Union Pacific Eastern Division, exterminaría a toda la tribu cheyene. Al médico del 7.º de Caballería el comportamiento de Hancock le pareció reprobable. Fue el general el que fue «insolente», aseguró, no los indios. El general «se dirigió a esos indios guerreros y oradores como un maestro enfadado se dirigiría a sus alumnos desobedientes». Antes de marcharse, los jefes suplicaron al comandante Wynkoop que disuadiera a Hancock de marchar sobre el poblado, pero el general, que deseaba intimidar a los cheyenes con el poder atronador de su autoridad, hizo caso omiso de Wynkoop. **[2]**

El 13 de abril, al amanecer, Hancock se puso en camino hacia el poblado de la cruce Pawnee. Algunos centinelas de los guerreros perro merodeaban junto a los flancos de la columna y fueron informando a sus jefes de los avances de Hancock, mientras otros guerreros prendían fuego a las praderas para retrasar al general, aunque ninguno disparó ni una sola vez a los soldados. Más adelante, por la tarde, el jefe Asesino de Pawnees (Pawnee Killer) de los oglalas del sur surgió de la humareda para prometer que los jefes parlamentarían con el general a la mañana siguiente. Hancock le tomó la palabra y dio el alto para pasar la noche. La mañana del 14 de abril transcurrió sin ninguna señal de los jefes. La observación que hizo Wynkoop de que los indios no llevaban reloj y de que tenían una noción del tiempo más laxa que los blancos no causó efecto alguno en Hancock, que reanudó la marcha contrariado. Para entonces, las mujeres y los niños cheyene habían recogido sus enseres y se habían marchado. Los jefes también estaban alarmados, quizá había en perspectiva otro Sand Creek. El guerrero cheyene Nariz Romana (Roman Nose) ofreció una solución: se adelantaría a caballo y mataría a Hancock.

Nariz Romana no era alguien a quien se pudiera tomar a la ligera. Era fuerte e irascible, y uno de los guerreros más admirados

de las llanuras del sur, con tal reputación de valiente y audaz que el comandante Wynkoop creyó que era un jefe. No obstante, Nariz Romana, consciente de que su intemperancia podía poner en peligro a su gente, había rechazado en numerosas ocasiones la jefatura. El único hombre capaz de contenerse a sí mismo cuando estaba enfadado era el jefe Oso Toro (Bull Bear) de los guerreros perro. Oso Toro, un gigante de más de dos metros, era en el fondo un pacificador, pero en ese momento la situación requería estar preparados, de modo que él y los otros jefes cheyenes y oglalas cabalgaron acompañados de trescientos guerreros para encontrarse con Hancock.

Asombrado por un despliegue marcial que «no formaba parte del programa», Hancock se apresuró a desplegar a sus mil cuatrocientos soldados en línea de combate. Los soldados de la caballería se descolgaron las carabinas, y los soldados de artillería cargaron y prepararon los cañones. Cuando todos se preguntaban si ese despliegue mutuo de fuerza terminaría en derramamiento de sangre, Wynkoop se adelantó a caballo para calmar a los jefes y condujo a estos y a Nariz Romana a un parlamento improvisado con Hancock, a medio camino entre los frentes.

«Soplaba un fuerte viento», dijo Hancock y todo el mundo tenía que gritar para hacerse oír. El general, dirigiéndose a Nariz Romana, preguntó cuáles eran las intenciones de los indios. Aunque Nariz Romana era un gran guerrero no tenía permitido hablar en nombre de los jefes, pero a pesar de ello contestó. «No queremos la guerra —dijo—. Si la quisiéramos, no nos acercaríamos tanto a vuestras grandes armas. Mientras Nariz Romana hablaba, las mujeres y los niños huían hacia la pradera. Hancock insistió a los jefes en que detuvieran la fuga, momento en el que Nariz Romana sugirió a los jefes que volvieran al poblado mientras él se quedaba para matar a Hancock. Entonces, el guerrero indio propinó al general un ligero toque con un palo de golpe, paso previo para acabar con él con un mazo de guerra, que es lo que habría hecho si el jefe Oso Toro no hubiera cogido las bridas de su poni y lo hubiera alejado. Hancock, que desconocía lo cerca que había estado de la muerte, puso fin al consejo. Los jefes se marcharon y la fila de guerreros se disipó en el horizonte. Los buenos reflejos de Oso Toro evitaron una batalla que bien podía haber desembocado en un

segundo Sand Creek. Aquella noche, los hombres indios adoptaron la estrategia más sensata, escaparon con las mujeres y los niños que quedaban y se dirigieron al norte en pequeños grupos para hacer más difícil la persecución. Con la precipitación, dejaron las tiendas en pie.

Cuando el alba descubrió los poblados desiertos, Hancock, enfurecido, ordenó que quemaran las tiendas y todo lo que contuvieran, y que el 7.º de Caballería partiera para dar caza a los indios. Wynkoop y el segundo al mando de Hancock convencieron al general de que dejara los poblados hasta que volviera la caballería; la huida de los indios, dijeron, era algo perfectamente comprensible, teniendo en cuenta la masacre que se había producido en Sand Creek, que las autoridades del ejército habían condenado. Wynkoop le advirtió de que si destruía los poblados, «provocaría un estallido indio muy grave». [3]

Hancock había encomendado la persecución a un oficial igual de inexperto que él en las guerras en las llanuras, el teniente coronel George Armstrong Custer, comandante en funciones del 7.º de Caballería. Custer tenía veintisiete años y era un joven oficial audaz e impetuoso al que la suerte había favorecido con asombrosa regularidad. Era apuesto, poseía unos rasgos delicados, era delgado, musculoso, rubio y pecoso, y lucía un gran bigote y una melena rizada hasta los hombros que, en ocasiones, en campaña, se recortaba. Poseía un temperamento extremo, por lo general era un compañero muy jovial, aunque, de forma impredecible, a veces se sumergía en lo que su mujer llamaba «largos silencios», unos periodos de taciturna soledad durante los cuales rechazaba toda compañía. Custer era hijo de un granjero y herrero de Ohio, al que sus amigos y su familia llamaban Autie, pero que también utilizaba su segundo nombre. Pasó buena parte de su niñez con su hermanastra y el marido de esta en Monroe, Michigan. Como cadete de West Point, nunca permitió que sus estudios interfirieran en la diversión, y se graduó en 1861 el último de la clase. Tuvo suerte de poder graduarse ya que, justo antes de abandonar su gris de cadete por el azul del ejército, había sido juzgado ante un tribunal militar por arbitrar, en vez de impedir, una pelea entre dos cadetes

mientras era el oficial cadete del día. Esa falta solía castigarse con la expulsión, pero, dado que el país estaba en guerra, solo recibió una reprimenda. A partir de ese día, fue un joven con prisa. Al cabo de unos meses, era capitán y edecán del comandante del Ejército del Potomac, George B. McClellan, que llegó a sentir bastante afecto por «ese muchacho gallardo, inasequible al desaliento, que desconocía el miedo, pero que siempre tenía la cabeza despejada en el peligro». Un año después, Custer dirigió una brigada de caballería en Gettysburg y entonces conoció al general Philip H. Sheridan, con quien estableció unos lazos de lealtad y respeto mutuo que durarían toda su vida. A las órdenes de Sheridan, Custer dirigió la división de caballería en la campaña de 1864 del valle de Shenandoah a la que condujo de una asombrosa victoria a otra. Sabía de forma instintiva cuándo atacar, cuándo contenerse y cuándo retirarse. Después de Appomattox, Sheridan escribió a la mujer de Custer, Libbie, «Es difícil que haya otra persona, aparte de tu valiente marido, que haya contribuido tanto a lograr este resultado».

La guapa e inteligente Elizabeth «Libbie» Bacon, hija de un destacado juez de Monroe, en Michigan, también era una persona muy enérgica. En un principio su padre no aprobó su relación con Custer, ya que pensaba que su joven pretendiente no valía demasiado y tenía una dudosa moralidad (al parecer Custer se había acostado con cuatro de las más deseables muchachas de la ciudad antes de dirigir su atención hacia Libbie), por lo que prohibió a Libbie que viera a Custer hasta que este consiguiera una estrella de general. Custer consiguió su estrella y en febrero de 1864 se casaron, llegaron a ser tan inseparables como lo permitían las exigencias de la guerra, y cuando se alejaban su correspondencia ardía con insinuaciones sexuales. A pesar de que tenían una relación tempestuosa, Libbie profesaba hacia Autie una total devoción. En cierta ocasión, le dijo a una amiga: «Nunca me han gustado las esposas sumisas, pero deseo contemplar a mi marido como superior en criterio y experiencia, y que él me guíe en todo». [4]

Sin embargo, tras la Guerra Civil era Custer el que necesitaba un guía. Como otros oficiales que habían ostentado rangos en un cuerpo de voluntarios o habilitaciones temporales más elevadas que su puesto en el ejército, descendió de grado. En su caso, pasó de

general a capitán, y se planteó muy en serio renunciar a su cargo hasta que Sheridan consiguió que le concedieran el grado de teniente coronel en el recién creado 7.º de Caballería. A pesar de que Custer prefería la carrera militar a sus ocupaciones civiles, el ejército de frontera le resultaba frustrante y lo irritaba. Ya no se hallaba al mando de ardientes voluntarios; los soldados del 7.º de Caballería eran tan mediocres, indisciplinados y propensos a la deserción como los de cualquier otra unidad regular, y los oficiales no eran mucho mejores.

La primera misión de Custer con el 7.º de Caballería estuvo a punto de ser la última. Al segundo día de ir en busca de los fugitivos del cruce Pawnee, abandonó el regimiento para cazar un berrendo. Cuando, en cambio, se topó con su primer búfalo, Custer «gritó lleno de emoción y felicidad», al menos hasta que el búfalo abrió en canal a su montura. Al sacar el revólver para disparar al animal, mató sin querer al caballo. Custer no tenía la menor idea de dónde estaba ya que, con la excitación de la búsqueda, había «perdido por completo la orientación». Tras caminar ocho kilómetros sin rumbo, divisó una nube de polvo en el horizonte. «Tras un somero examen llegué enseguida a la conclusión de que el polvo lo producía una de estas tres causas: hombres blancos, indios o búfalos. En cualquier caso, dos a uno a mi favor». Custer se sentó y esperó hasta que se levantara el polvo, entonces vislumbró un guión de caballería. Al parecer, la famosa suerte de Custer lo había acompañado a las llanuras. [5]

Al avanzar con el 7.º de Caballería hacia Smoky Hill, Custer encontró la senda arrasada, con tres de cada cuatro puestos de etapa abandonados o quemados. Dos hombres aterrorizados que aún estaban de servicio le dijeron que los indios habían atacado un puesto cercano y habían matado a tres de sus ocupantes. Sin molestarse por confirmar sus testimonios, Custer envió un mensaje a Hancock en el que culpaba de los ataques a los grupos del cruce Pawnee. Esas eran las noticias que Hancock había estado esperando. El 19 de abril por la mañana, pasando por alto las serias objeciones de Wynkoop y de algunos de sus propios oficiales, quemó los poblados. Mientras tanto, Custer había meditado un poco al respecto. Los hombres que habían informado del ataque habían obtenido la noticia de segunda mano de un cochero de una

diligencia que había pasado por allí, el cual fue incapaz de decir qué indios eran los responsables ni tampoco pudo asegurar que los culpables hubieran sido indios. Después de ordenar con retraso que se hiciera un reconocimiento, que reveló que el rastro de los habitantes del cruce Pawnee había cruzado el río Smoky Hill, sesenta y cinco kilómetros al oeste del puesto destruido, y se dirigía hacia el norte, Custer escribió un segundo mensaje en el que les absolvía. Dicho mensaje dejó a Hancock indiferente, pues el general insistió en que los poblados en llamas al menos habían albergado «un nido de conspiradores».

El agente Wynkoop estaba desconsolado. «No me consta que los cheyenes hayan cometido ningún acto manifiesto que justifique tal castigo —escribió al Departamento Indio— Todo este asunto es terrible y, en realidad, los indios de mi agencia se han visto forzados a ir a la guerra». **[6]**

Desde los restos calcinados de los poblados del cruce Pawnee, Hancock partió en dirección este para encontrarse con los jefes kiowas en Fort Dodge, e intentar poner fin a sus ataques incesantes a la frontera de Texas. Una vez más, la ignorancia de Hancock acerca de los indios se mostró en todo su esplendor. Su torpeza en las conversaciones hizo que se viera envuelto sin querer en una lucha interna por el poder entre los kiowas. El jefe había muerto en invierno y había dos aspirantes a ocupar su puesto: Pájaro Pateador (Kicking Bird) y Satanta. El primero era joven para ser jefe. Tenía tan solo tenía treinta y dos años, y poseía una voz suave y una constitución menuda. Defendía una convivencia pacífica con los blancos, salvo con los texanos. Satanta tenía cerca de cincuenta años. Era un impetuoso charlatán que había dirigido la facción de guerra kiowa y tenía fama de asesino y secuestrador en la frontera de Texas. Cuando hablaba con los oficiales del ejército enmascaraba su animosidad tras una fachada de bonitas palabras y falsas promesas. Era ostentoso en extremo y, a menudo, se pintaba el cuerpo entero, así como a su caballo y su tienda con el sagrado color rojo.

Hancock se encontró primero con Pájaro Pateador. El comandante de Fort Dodge defendió la «fiabilidad» del pretendiente

más joven, y Hancock adoptó una actitud bastante conciliadora, y dijo al jefe que se mantendría la paz mientras los kiowas permanecieran al sur de la ruta de emigrantes del río Arkansas y no causaran ningún daño. El 29 de abril, seis días después de la visita de Pájaro Pateador, apareció Satanta pavoneándose por la oficina de Hancock con sus habituales alardes retóricos, mezclando el mensaje de tranquilidad con consejos amistosos, y haciendo hincapié en su superioridad sobre los jefes kiowas. Satanta advirtió a Hancock que no confiara en Pájaro Pateador cuyo «parloteo no vale nada». Los cheyenes, arapahoes, comanches, kiowas, apaches y algunos lakotas, dijo Satanta, «saben que soy el mejor hombre y han dicho que solo quieren la paz».

Hancock creyó sus palabras y concedió a Satanta un honor excepcional: le regaló una casaca azul de general, junto con unos tirantes dorados y las insignias de rango. Los indios comprendían la jerarquía del ejército y sabían que no había muchos generales en las llanuras. Por eso, Satanta aceptó la casaca como prueba irrefutable de que los blancos lo consideraban el jefe de los kiowas. Al regalarle el uniforme, Hankock había disminuido la influencia del pacífico Pájaro Pateador y había aumentado la del hostil Satanta. [7]

El 2 de marzo, una vez concluido su asunto con los kiowas, el general se dirigió a Fort Hays. Allí se encontró por sorpresa al 7.º de Caballería paralizado por la necesidad de forraje. Hancock ordenó a Custer que saliera al terreno tan pronto como llegaran los suministros y, a continuación, se dirigió a su centro de operaciones en Fort Leavenworth, convencido de que había logrado un acuerdo con los kiowas. Por otra parte, Satanta se alegró mucho de haber engañado al general. A principios de junio, tras la Danza del Sol kiowa, decidió divertirse un poco a costa del ejército. Vestido con su nuevo uniforme, condujo a un grupo de guerreros hasta Fort Dodge, disparó a un jinete un montón de flechas, tras lo cual se escapó con una manada de caballos del ejército. Después de cruzar el río Arkansas con los animales, Satanta se detuvo en la otra orilla, saludó con el sombrero a las tropas que le perseguían, dio media vuelta y desapareció. [8]

❋

Tal como había temido el comandante Wynkoop, la destrucción de

los poblados del cruce Pawnee llevada a cabo por Hancock no solo enfureció a los guerreros perro y a sus amigos oglalas del sur sino también a casi toda la tribu cheyene del sur. En cuanto Hancock dio por terminada la operación, los grupos guerreros atacaron la Ruta de Smoky Hill y la Platte River Road. Asaltaron diligencias, quemaron puestos de etapa y asesinaron, al menos, a cien colonos. Se podía ver a los cadáveres flotar a lo largo del río Platte y los guerreros tendían emboscadas a los grupos de trabajadores de la Union Pacific Eastern Division, lo cual ralentizaba mucho la construcción del ferrocarril. Los guerreros perro merodeaban incluso por los alrededores de la entrada de Fort Wallace, el puesto militar más oriental de la Smoky Hill. **[9]**

En Fort Hays, Custer se volvió taciturno e irascible. El hecho de no haber sido capaz de encontrar a los indios en abril lo irritaba y la naturaleza se lo reprochó con fuertes tormentas. Durante esas semanas de lluvia, el 7.º de Caballería permaneció ocioso mientras esperaba que llegaran los trenes de suministro. Las deserciones se dispararon. Las tristes cartas de Libbie que llegaban a Fort Riley perturbaban a Custer, el cual comenzó a infligir duros castigos a sus soldados por cometer nimias infracciones disciplinarias. En una ocasión, sorprendió a seis hombres que habían hecho una breve escapada para comprar frutas y verduras. El general ordenó que les raparan la cabeza y que marcharan por el campamento en señal de deshonra, castigo que un capitán consideró «atroz» si se tiene en cuenta que el escorbuto en el regimiento era galopante.

El 1 de junio, cuando escamparon las lluvias y llegaron los suministros, Custer comenzó una búsqueda poco entusiasta en el oeste de Kansas, sin duda, más interesado en ver a Libbie que en encontrar a los indios. Custer le propuso a su esposa que fuera a Fort Wallace, donde esperaba poner fin a la expedición. Le escribió lo siguiente: «Enviaré allí un escuadrón para que te recoja. Ahora estoy de servicio itinerante, y no tengo que ir a ningún sitio en particular sino donde quiera». No parece que apartar a un escuadrón en mitad de la campaña para que escoltara a su mujer a un puesto demasiado peligroso como para que acogiese a las familias de su guarnición le resultara una idea descabellada.

La preocupación de Custer por el bienestar de Libbie pronto precipitó en una tragedia innecesaria. El 17 de junio Custer se

encontró con el general Sherman, que se hallaba en aquella zona en otro viaje de inspección. Sherman le ordenó de forma expresa que explorara los afluentes del río Republican —situado en pleno terreno de los guerreros perro— y que después se dirigiera con el regimiento a Fort Sedgwick, en la Platte River Road, para recibir nuevas órdenes y suministros. Sin embargo, Custer envió al comandante Joel Elliott a Fort Sedgwick para que recibiera las nuevas órdenes y envió la caravana del regimiento a Fort Wallace para cargar los suministros, y para recoger a Libbie, donde suponía que debía estar. Un día después de que el comandante Elliott regresara al campamento de Custer, Sherman telegrafió a Fort Sedgwick ordenando al coronel que hiciera de Fort Wallace su nueva base de operaciones. El oficial al mando de Fort Sedgwick confió al teniente Lyman Kidder y a su escolta de diez hombres guiada por un explorador lakota la tarea de informar a Custer. **[10]**

Pero Kidder nunca llegó hasta Custer. El 1 de julio, una docena de cazadores oglalas divisaron a los soldados a un kilómetro y medio al norte del campamento de los guerreros perro y los oglalas, en Beaver Creek. Era un día sofocante y la mayoría de los guerreros perro estaban tumbados a la sombra dentro de sus tiendas cuando los oglalas llegaron galopando al poblado y empezaron a gritarles que cogieran los ponis. A medida que se acercaban los indios, Kidder condujo a sus hombres a una garganta poco profunda. Allí los soldados se bajaron de sus caballos, lo que selló su destino. Los guerreros perro a caballo los rodearon, mientras que los oglalas se arrastraron sin ser vistos por la hierba crecida hacia el desfiladero. La lucha duró menos de diez minutos. Los guerreros desnudaron y arrancaron el cuero cabelludo a los cadáveres, les machacaron el cráneo con piedras y mazas de guerra y les cortaron la nariz y los tendones de piernas y brazos para dejarlos lisiados en el más allá. Los oglalas también arrancaron la cabellera del explorador lakota de Kidder que había suplicado clemencia a los hombres de su tribu. En señal de desprecio dejaron su cabellera al lado de su cuerpo.

Once días después, el vuelo en círculo de los buitres y un terrible hedor condujo a Custer a lo que restaba del destacamento de Kidder. «Ni siquiera pudimos distinguir al oficial de sus hombres —informó—. Cada uno de los cadáveres estaba atravesado por de veinte a cincuenta flechas, y encontramos las flechas tal como esos

demonios salvajes las habían dejado, clavadas en los cuerpos». El ejército bautizó aquel suceso con el nombre de la masacre de Kidder. [11]

El 13 de julio, el 7.º de Caballería llegó, al fin, renqueante a Fort Wallace; transcurrirían varias semanas antes de que el regimiento estuviera listo para volver a salir de nuevo al campo.

Mientras el 7.º descansaba, Custer emprendió un viaje que desembocaría en un tribunal militar y en la deshonra. El 15 de julio partió con una pequeña escolta hacia Fort Harker, situado a doscientos veintiséis kilómetros al este de Fort Wallace para, en teoría, garantizar los suministros. Desde allí, tenía la intención de avanzar hasta Fort Riley para reunirse con Libbie. Lo que había provocado la salida repentina de Custer fue una carta anónima que le aconsejaba que «vigilara un poco más a su mujer». Libbie no solo no había hecho caso de su deseo de que acudiera a Fort Wallace sino que, además, había frecuentado al teniente Thomas B. Weir, un apuesto y encantador joven alcohólico. Es posible que fuera una relación sexual, al menos, ambos flirtearon sin tapujos. [12]

Custer condujo a sus soldados a lo largo de las llanuras de Kansas sin preocuparse por los hombres ni por los caballos. Los indios tendieron una emboscada a seis soldados a los que había enviado para recuperar a una yegua extraviada; al ver que no volvían, se negó a mandar un grupo de rescate. Uno de los hombres resultó muerto y otro herido. Más tarde, cuando los caballos ya estaban agotados, apiñó a los soldados en carromatos ambulancia. Sin detenerse siquiera para descansar o para comer, Custer llegó a Fort Harker al cabo de cincuenta y cinco horas. Despertó al comandante en jefe del distrito en mitad de la noche y dijo al adormilado coronel que él continuaría hasta Fort Riley en tren. A la mañana siguiente, al enterarse de la carrera desautorizada de Custer a través de Kansas, el oficial, ya despejado por completo, ordenó su arresto y, con el apoyo de Hancock, presentó cargos contra él.

Libbie no se sintió consternada por la situación de su marido, al contrario, disfrutó de su devoción hacia ella. «Cuando abandonó Fort Wallace a pesar del riesgo de que lo juzgaran ante un tribunal militar, lo hizo a sabiendas de las consecuencias —le dijo a una amiga—. Tenemos la intención bastante clara de no volver a separarnos, aunque tenga que dejar el ejército por el que tanto

aprecio tenemos». En efecto, dejó el ejército, pero no por propia voluntad. El 11 de octubre, un tribunal militar lo declaró culpable de «ausentarse sin permiso de su unidad» y de «obrar en contra del buen orden y la disciplina militar», así que lo condenó a un año de suspensión sin sueldo. De esta manera, terminó la primera campaña india de Custer. [13]

Las imprudentes peregrinaciones de Custer por el oeste de Kansas habían demostrado ser totalmente inútiles. La facilidad con la que los indios se escapaban del 7.º de Caballería los animó no solo a intensificar los ataques en la Ruta de Smoky Hill y la Union Pacific Eastern Division, sino también a atacar otras rutas de emigrantes. La prensa del Oeste cada vez presionaba más para que se buscara una solución y el general Sherman accedió, con cierta reticencia a la petición del gobernador de Kansas de que reuniera un regimiento de voluntarios de Kansas.

La única fuerza que se había mostrado capaz de superar a los oglalas y a los cheyenes era el Batallón Pawnee del comandante Frank North. El destacamento de North fue un experimento en el que se reclutó a indios leales como soldados, lo cual resultó muy beneficioso. Los doscientos guerreros del Batallón Pawnee, uniformados con el azul reglamentario y bien armados, protegieron a los equipos de trabajo de la Union Pacific con mucha más efectividad que el ejército. Marchaban y se ejercitaban como caballería, pero luchaban en las dispersas formaciones de los guerreros de las praderas. A principios de agosto, una compañía pawnee atacó a un gran grupo guerrero cheyene que estaba saqueando un tren de carga que había descarrilado, y mataron a unos diecisiete guerreros, según North. Aunque las fuentes cheyenes no estaban de acuerdo con las cifras dadas, lo cierto es que el golpe alejó a sus guerreros de las vías del tren.

Y, de repente, a finales de ese mes, terminaron los ataques de los indios. No fue la presión de los pawnees la que trajo la calma, sino la religión de los cheyenes. Un mensajero había recorrido los campamentos cheyenes para anunciar un llamamiento de Frente de Piedra (Stone Forehead), el guardián de las Flechas Sagradas. Los jefes debían llevar a sus grupos al río Cimarrón. Había llegado el

momento de renovar las Flechas Sagradas, una ceremonia que los cheyenes consideraban esencial para su propia supervivencia como pueblo. Cuando sus aliados cheyenes los abandonaron, los guerreros oglalas del sur se dispersaron para la caza del búfalo del otoño. Los cheyenes del norte fueron incapaces de atravesar toda la cadena de fuertes a lo largo del Platte, pero los del sur asistieron a la renovación de las Flechas Sagradas. No obstante, un asunto significativo precedió la ceremonia: qué hacer con una inesperada oferta de paz que había hecho el Gobierno. [14]

Puede que el consejo cheyene recibiera la oferta con asombro, pero, sin duda, lo interpretó como un signo de debilidad. A principios de primavera, el general Hancock había cabalgado con audacia, convencido de su capacidad para imponer su voluntad sobre la tribu. Destruyó el poblado de los guerreros perro y el de sus buenos amigos los oglalas del sur, tras lo cual los indios rodearon a los soldados con gran facilidad. Como no había conseguido lograr la paz, el Gran Padre estaba suplicando a los indios que se sentaran a dialogar.

CAPÍTULO 5

El último tratado

LA ÚLTIMA oferta de paz del Gobierno fue la quinta que había hecho a las tribus de las llanuras en dieciséis años, desde que el gran consejo con las tribus del norte diera como resultado el Tratado de Fort Laramie de 1851. Tanto ese acuerdo como el Tratado de Fort Atkinson con los indios de las llanuras del sur en 1853 tuvieron como objetivo hacer que los indios reconocieran los límites tribales y se apartaran de las rutas migratorias, preliminares necesarios para concentrar a los indios en las reservas. Los tratados fracasaron en su primer propósito, pero tuvieron bastante éxito en el segundo. También iniciaron los maliciosos procesos de dividir a las tribus en facciones de guerra y de paz. Ocho años después del Tratado de Fort Atkinson, el Gobierno había inducido a diez jefes cheyenes y arapahoes a firmar el Tratado de Fort Wise, por el que sus tribus se comprometían a vivir en una pequeña reserva miserable y desolada al sur de Colorado, un temprano intento de extrema concentración. La mayoría de los cheyenes del sur y de los arapahoes rechazaron el tratado, lo que agrandó la brecha entre las facciones tribales de guerra y de paz. En 1865, Newton Edmunds negoció una parodia de tratado con un puñado de lakotas, que no tuvo efecto alguno. Después, vino el Tratado de Little Arkansas ese mismo año, el cual pretendía remediar los errores de Sand Creek y persuadir una vez más a los indios de que se mantuvieran alejados de las rutas de viaje y se concentraran, poco a poco, en grandes reservas. El tratado no consiguió acercar a los indios más a las reservas, pero, al menos, logró la paz hasta que el general Hancock revolvió a los indios en las llanuras del sur.

Este quinto esfuerzo para lograr la paz fue idea de John B. Henderson, presidente del Comité del Senado para Asuntos Indios.

El Proyecto de Ley de Henderson autorizaba al presidente a elegir una comisión de paz para negociar un tratado «permanente» con las tribus indias de las llanuras «en guerra con los Estados Unidos». Contenía el acostumbrado léxico beatífico acerca de la idea de remodelar a los indios en un equivalente rojo del hombre blanco, pero su objetivo inmediato era el mismo que tras el Tratado de Little Arkansas: confinarlos en reservas bien apartadas de las rutas de viaje y de los asentamientos.

El Proyecto de Ley de Henderson apenas suscitó debate. La Guerra Civil había finalizado dos años antes, pero se habían hecho muy pocos progresos en lo que se refería a limpiar las llanuras para los blancos, que inundaban el Oeste con creciente intensidad. Lo último que quería el Gobierno era provocar otro conflicto indio o una repetición del Proceso Chivington. De modo que, el 20 de julio de 1867, el presidente Andrew Johnson aprobó este Proyecto de Ley. [1]

Sherman se burló de esa legislación. «Es obvio que no creo en esas cosas, ya que las comisiones no pueden estar en contacto con los guerreros indios, pues hablar con los ancianos es siempre un diálogo de besugos», dijo al general Grant. No obstante, Sherman admitió que estaba «moderadamente contento debido al retraso». Los contratos del ejército estaban sumidos en el caos, y era probable que las futuras expediciones costaran aún más que la de Hancock. «Quizá sea mejor que este año perdamos algo de tiempo —concluyó—, y que el año que viene aceleremos la construcción de la vía férrea e intentemos estar más preparados».

Una cosa era cooperar con civiles entrometidos, pero Sherman se sintió humillado al verse elegido presidente de la Comisión de Paz, y pronto delegó en el comisionado de Asuntos Indios, Nathaniel G. Taylor. Los otros miembros de la comisión eran Samuel F. Tappan, que había dirigido la investigación militar en la masacre de Sand Creek, el antiguo general de brigada John B. Sanborn, una especie de experto en asuntos indios; el general de brigada Alfred H. Terry, un hombre imparcial sin experiencia en cuestiones indias, y el aún vigoroso general William S. Harney, al cual se convocó a pesar de estar jubilado.

La Comisión de Paz arrancó de forma turbulenta. A principios de septiembre, los inspectores viajaron por el río Misuri con órdenes de

reunir a todas las tribus de las llanuras del norte para una conferencia. El estiaje les obligó a regresar, y tan solo pudieron encontrarse con una delegación de cheyenes del norte leales y con los lakotas brulé del jefe Cola Moteada, a los que advirtieron que no importunaran a la Union Pacific Railroad, la cual, en ese momento avanzaba por Nebraska hacia el oeste. Puede que Sherman hubiera cedido la dirección de la comisión, pero fue él quien más habló y lo hizo sin ambages. Advirtió a los indios allí reunidos que no podían detener la locomotora al igual que no podían impedir la salida y la puesta del sol, y les aseguró que los inspectores volverían en noviembre, momento en el que los jefes podían llegar a un acuerdo o ser «barridos» por el ejército, una amenaza bastante estúpida ya que ninguno de los indios con los que se había encontrado la comisión había causado ningún problema. Sherman evitó decir a los jefes reunidos la razón del aplazamiento, que era que Nube Roja, con el que más interés tenían en hablar, había rechazado encontrarse con ellos hasta que cerraran los fuertes de la Ruta Bozeman. Ahí concluyó la participación de Sherman en la Comisión de Paz. El presidente Andrew Johnson lo llamó a Washington para ofrecerle el cargo de secretario de Guerra. Sherman, que detestaba tanto la política como la capital de la nación, rechazó el puesto: era un soldado y solo serviría a las órdenes del general Grant. [2]

Los inspectores, excepto Sherman, continuaron en dirección a las llanuras del sur donde las perspectivas parecían encontradas. Sabían que estarían negociando con desventaja legal. El artículo II del Tratado de Little Arkansas de 1865, una de las pocas cláusulas que los indios entendían, les daba derecho a vivir en las «tierras sin colonizar» entre Arkansas y los ríos Platte (al sur de Nebraska y al oeste de Kansas). La clave del problema era que los indios esperaban que las tierras sin colonizar permanecieran así, y la gente de Nebraska y de Kansas, no. La parte positiva era que los kiowas, kiowas-apaches (una pequeña tribu que llevaba tiempo afiliada a los kiowas), los arapahoes del sur y una gran parte de los comanches acordaron celebrar en octubre un consejo en Medicine Lodge Creek, cerca de uno de los lugares favoritos de los kiowas para la Danza del Sol, a ciento diez kilómetros al sur de Fort Larned. No obstante, los cheyenes del sur no acababan de confirmar su asistencia. Entre ellos, Nariz Romana pidió que tuvieran

paciencia con la tribu: los comisionados debían «tener un corazón fuerte» y esperar a que el jefe Frente de Piedra y el consejo cheyene del sur consideraran la invitación.

Por otra parte, el jefe Satanta de los kiowas esperaba con ansia que llegara el consejo de paz, que veía como un gran foro donde podría exhibir su pretensión al liderazgo tribal. Pero antes, buscó conseguir un poco de publicidad. A principios de octubre, Satanta, vestido con su uniforme de general, cabalgó hasta Fort Larned con una atrevida oferta para proteger a los comisionados de los cheyenes, tras lo cual él y los corresponsales de prensa se agarraron una buena borrachera. Entre ese jubiloso grupo se hallaba el futuro explorador y aventurero Henry Morton Stanley, por aquel entonces un desconocido plumilla de un periódico de San Luis. A pesar del alcohol gratis y de la adulación, Satanta tenía ganas de alejarse de Fort Larned ya que, como dijo en un deficiente inglés tras unos cuantos vasos, el lugar «apesta demasiado a hombre blanco».

Al menos dos mil quinientos indios dieron la bienvenida a la Comisión de Paz y su escolta de cuatro compañías del 7.º de Caballería (sin Custer) cuando llegaron el 14 de octubre a Medicine Lodge Creek. Caldera Negra y sus sesenta tiendas representaban a los cheyenes. Frente de Piedra le había ordenado que actuara como intermediario de su tribu, pues había amenazado con matar a sus ponis si el atribulado jefe se negaba. [3]

Cuando el consejo de Medicine Lodge Creek al fin se reunió el 19 de octubre, el senador Henderson utilizó un tono conciliador con el que se comprometía a compensar a los indios por Sand Creek, así como a concederles «confortables casas en nuestra rica tierra de cultivo». Esto no impresionó a Satanta, que afirmó: «Para nosotros, la construcción de casas es una tontería. No queremos que nos construyáis ninguna. Nos moriríamos. Mi país ya es bastante pequeño. Si nos construís casas, la tierra será más pequeña. ¿Por qué insistís?».

Según observó Henry Morton Stanley: «El discurso de Satanta produjo bastante perplejidad a los comisionados de paz. Satanta tiene la habilidad de expresar con claridad lo que necesita, sin importarle lo que nadie piense». Y Satanta proporcionó buenos titulares. La opinión pública pasó a conocerlo como el Orador de las Llanuras.

Pájaro Pateador, irritado por la atención dedicada a Satanta, se quedó mirando fijamente el sombrero del inspector Taylor sin pronunciar palabra. Cuando el consejo se aplazó hasta el día siguiente, Taylor se lo regaló. Esa tarde, el jefe kiowa estuvo caminando de un lado a otro frente a la tienda del consejo con el sombrero puesto, diciendo a los hombres de su tribu que estaba «andando como los blancos». Cuando se cansó de la broma, pisoteó el sombrero hasta deformarlo. Mientras Pájaro Pateador caminaba fuera, un Taylor sin sombrero esbozaba un tratado que presentar a los jefes kiowas, comanches y arapahoes a la mañana siguiente. Partía de una sencilla premisa: al final el búfalo se extinguirá, lo cual no dejará a los indios otra alternativa que asentarse y dedicarse a la agricultura. [4]

El segundo día del consejo, el 20 de octubre, casi termina en el caos. Unos indios osage «civilizados» habían entrado por la noche en el campamento y habían vendido *whisky* a algunos jóvenes guerreros kiowas y comanches, que ahora se tambaleaban sobre sus caballos con el ceño fruncido, mientras sus jefes rechazaban de forma unánime los términos de la paz. El jefe comanche Diez Osos no quería nada que tuviera que ver con la vida en la reserva. «Nací en las praderas, donde el viento soplaba libre, y no había nada que obstruyera la luz del sol. Vivo tal como vivieron mis padres antes que yo, y, al igual que ellos, soy feliz». Antes de que el senador Henderson pudiera responder, Satanta y Diez Osos empezaron a discutir. Este último reprendió a los kiowas por su femenina manera de discutir cualquier tema sin fin; Satanta respondió que los comanches eran criaturas impulsivas que llevaban a cabo ataques sin sentido. Sus guerreros empezaron a pelearse, y los intérpretes consiguieron a duras penas reestablecer el orden antes de que nadie resultara herido.

Henderson imploró a los indios que reconsideraran su posición. El búfalo se extinguiría antes de que llegara la avalancha de colonos, y el Gran Padre quería ofrecerles buenas tierras a ellos ahora que todavía quedaban. En su desesperación, Henderson concedió a los indios derechos de caza al sur del río Arkansas, en el territorio situado más allá de los límites de la reserva propuesta, una concesión no autorizada. Al anochecer, Taylor aplazó el consejo, diciendo a los jefes que estuvieran preparados para firmar

el tratado a la mañana siguiente.

El documento que Henderson entregó a los jefes el 21 de octubre era una grandilocuente promesa de armonía eterna entre los indios y los blancos que ofrecía a los primeros casas, aperos de labranza y escuelas; todo aquello que habían rechazado durante el consejo. Y los encajonaba. Los comanches y los kiowas tenían que compartir una franja de 11 700 km2 en el Territorio Indio, que abarcaba la mitad sudoeste de la actual Oklahoma. Era una buena tierra en el territorio tradicional comanche, pero representaba solo una fracción del que había constituido la Comanchería en su momento cumbre. A cambio de aceptar aquello que detestaban, los indios tenían que «eliminar toda oposición» a la construcción de fuertes y vías férreas en su territorio, y abstenerse de causar problemas a los viajeros. Al final, no fueron las palabras de Henderson las que persuadieron a los indios sino la atracción de los regalos, colocados en grandes montones en carromatos, dispuestos a la vista en el terreno del consejo. Ya habían hablado demasiado, dijo Pájaro Pateador, ya era hora de que los comisionados entregaran los regalos; los blancos podían tener su papel. Él, Satanta, Diez Osos y otros dieciséis jefes comanches y kiowas firmaron el documento con una cruz.

Resulta imposible determinar qué proporción del documento entendieron los indios. Según Henry Morton Stanley, no tenían ni idea de lo que habían firmado. El tratado empezaba así: «De hoy en adelante», lo cual en opinión de Stanley en realidad significaba «hasta que el hombre blanco necesite más tierras». Sin duda, ninguna persona que conociera a los indios de las llanuras podía esperar que abandonaran su forma de vida con tanta facilidad. **[5]**

Por la tarde, se concentraron unos nubarrones negros sobre el terreno del consejo. Un fuerte viento azotó las llanuras y una fría lluvia fustigó las tiendas y los tipis. En medio de la tormenta, aparecieron Caldera Negra y tres jefes cheyenes. Hablando en nombre del consejo tribal, el pacífico jefe Ropaje Pequeño (Little Robe) dijo que su pueblo necesitaba cuatro o cinco noches más para completar la ceremonia de las Flechas Sagradas. Taylor aceptó esperar cuatro días, no más.

La fecha límite pasó, pero la comisión permaneció allí. Algunos comanches y kiowas se marcharon, pero las sociedades de guerreros se quedaron para ayudar al 7.º de Caballería a proteger a la

comisión de los cheyenes, en caso de que estos aparecieran. El jefe arapaho, Pequeño Cuervo (Little Raven), exasperado por el hecho de que estos no llegaran, no hizo más que protestar por lo traicionera que era la tribu, hasta que los comisionados se cansaron de él. Quería una reserva cerca de Fort Lyon, algo que pusiera tierra de por medio entre su pueblo y los cheyenes, los cuales, según dijo, siempre arrastraban a los arapahoes a la guerra. El inspector Taylor alabó a Pequeño Cuervo diciendo que era la «criatura más noble de Dios; un hombre honrado», pero, aparte de eso, no le hizo el menor caso. El cerco se estaba cerrando y las alianzas indias se estaban desmoronando.

La mañana del 27 de octubre, los voceadores indios anunciaron que los cheyenes estaban llegando. Caldera Negra dijo a los inspectores que los guerreros llegarían disparando flechas, pero que no debían preocuparse ya que era la forma tradicional cheyene de celebrar la amistad. No obstante, nadie quiso arriesgarse. Los soldados se dispusieron frente a sus tiendas con las armas preparadas. Un grupo de guerreros comanches armados con lanzas vigilaba la tienda del consejo. Pequeño Cuervo y Satanta también reunieron a sus guerreros para ayudar a los soldados a defender a los inspectores. Sin confiar demasiado en sus propias garantías, Caldera Negra salió del campamento a caballo para encontrarse con sus guerreros. El general Harney caminó hasta la orilla cercana de Medicine Lodge Creek vestido de uniforme y allí esperó. Los otros comisionados se apiñaron tras él.

A mediodía, aparecieron los cheyenes, cabalgaban en paralelo al arroyo en una larga y elegante columna de cuatro filas. Justo frente al campamento de la comisión de la paz, los guerreros dieron media vuelta y formaron cuatro líneas. Sonó una corneta y la primera línea azuzó a sus ponis. Cruzaron el arroyo chapoteando y galoparon hacia los inspectores, mientras gritaban y lanzaban tiros al aire. A unos cuantos metros, frente al general Harney, los guerreros jalaron las riendas con fuerza. Los ponis derraparon hasta casi sentarse, y los jinetes desmontaron. Rodeando a los inspectores, los guerreros se rieron y dieron la mano a todo el mundo. Las siguientes filas hicieron lo mismo. [6]

El consejo de paz del 28 de octubre de 1867 fue breve. El senador Henderson pidió perdón por el «lamentable error» cometido

por el ejército al destruir los poblados del cruce Pawnee. Ofreció a los cheyenes derechos de caza compartidos con los kiowas y los comanches, y repitió lo que había dicho a los comanches y a los kiowas: que los blancos eran muchos, y los indios pocos, y que el búfalo estaba desapareciendo y los colonos estaban invadiendo las llanuras. Los cheyenes debían escoger pronto una reserva, dijo Henderson, la agricultura era su única esperanza. El senador de Misuri recibió de los cheyenes la misma respuesta que le dieron al principio los comanches y los kiowas: no querían la generosidad del hombre blanco.

Un jefe de consejo alto y apuesto llamado Bosta de Búfalo (Buffalo Chip) habló en nombre de los cheyenes. Una vez reiterada su reclamación del oeste de Kansas, dijo: «Creéis que nos estáis haciendo un gran favor al darnos esos regalos, pero aunque nos dierais todas las cosas que pudierais, seguiríamos prefiriendo nuestra vida. Vosotros nos dais regalos y después nos arrebatáis nuestras tierras; eso conduce a la guerra. Ya he dicho todo lo que tenía que decir». [7]

Henderson se encontró de frente con el fracaso. Sus colegas le sugirieron que aplazara el consejo para sopesar las palabras de Bosta de Búfalo, pero el senador quería seguir adelante. Llamó aparte a Bosta de Búfalo y a un intérprete, para que no pudieran oírles los periodistas y otros inspectores. Cuando regresaron al consejo, Henderson anunció que él y Bosta de Búfalo habían llegado a un acuerdo. Se permitiría a los cheyenes cazar entre los ríos Arkansas y Platte, tal como se había dispuesto en el Tratado de Little Arkansas, mientras se mantuvieran a quince kilómetros de distancia de las vías férreas y los asentamientos. A cambio, se esperaba que los cheyenes y los arapahoes se asentaran de forma permanente una vez que desaparecieran los búfalos, lo cual, repitió Henderson, ocurriría pronto. La reserva Cheyene-Arapaho sería una franja de terreno de 17 000 km^2 en el Territorio Indio; ignoraron la solicitud de Pequeño Cuervo, que demandaba un hogar separado para los arapahoes. Los otros términos eran los mismos que los ofrecidos a los kiowas y a los comanches.

La solución de compromiso de Henderson no resolvió nada. El rápido asentamiento al oeste de Kansas hacía casi imposible que los cheyenes pudieran mantenerse a quince kilómetros de distancia de

los blancos y seguir teniendo espacio suficiente para cazar. Incapaces de concebir un futuro sin búfalos, los jefes cheyenes aceptaron el tratado, igual que lo hizo Pequeño Cuervo, para evitar un conflicto.

Henderson ocultó el texto final tanto a los cheyenes como a los arapahoes y a la prensa. No realizó los cambios prometidos en el tratado, lo cual significaba que la garantía de derechos de caza fuera de la reserva no figuraría en el documento enviado al Senado para su ratificación. No obstante, Henderson no contaba con el monopolio del engaño. Los cheyenes tampoco eran del todo transparentes. Nariz Romana, el único hombre capaz de controlar a los jóvenes guerreros, se había disculpado por no poder asistir al consejo con la excusa de una leve indisposición, y, lo que era más importante aún, Frente de Piedra también había rechazado la invitación, ya que no quería tener nada que ver con las vacuas palabras del hombre blanco. Sin la bendición del guardián de las Flechas Sagradas, el tratado no tenía valor entre los cheyenes.

Los comisionados de paz, que desconocían las costumbres cheyenes, eran, aunque cautos, optimistas por haber sentado las bases de una paz duradera. Pero un avispado capitán de caballería fue más lúcido. «Los cheyenes no tienen ni idea de a qué están renunciando. El tratado no tiene ningún valor, y, sin duda, tarde o temprano volveremos a tener otra guerra con los cheyenes y, lo que es probable, con otros indios, a causa de malentendidos en los términos». Un intérprete mestizo tuvo una visión a más largo plazo y lo que vio no presagiaba nada bueno para el pueblo de su madre. «En cierto modo, este fue el tratado más importante que firmaron los cheyenes», escribió más tarde, «y señaló el comienzo del fin del cheyene como guerrero y cazador libre e independiente». [8]

Los días en Medicine Lodge Creek supusieron una catástrofe para los indios en todos los sentidos. El consejo de paz demostró tanto su división como su incapacidad de percatarse de la amenaza creciente que los blancos representaban para su forma de vida. Los comanches y los kiowas se pelearon, los cheyenes discutieron entre sí, y su alianza crucial con los arapahoes se resquebrajó. Al observar la discordia, el senador Henderson había trocado sus buenas intenciones en una cínica manipulación de los indios. Pero todavía quedaba por ver si el tratado ayudaría a conseguir el objetivo del

Gobierno de concentrar a los indios en reservas sin recurrir a la coerción del ejército.

Al leer las actas del Tratado de Medicine Lodge, el general Sherman no pudo sino perder la esperanza en una paz solo alcanzada sobre el papel. Mientras los tratados permitieran a los cheyenes y los arapahoes moverse por el norte del río Arkansas, consideraba inevitable la guerra. En su imaginación vio con claridad cómo se estrechaba la soga al cuello de los indios. El avance hacia el oeste de las exploraciones de tierra, los asentamientos, las vías férreas y las rutas de correos ya se habían hecho con grandes porciones de los terrenos de caza de los indios al oeste de Kansas, de manera que no les dejaban más que pequeñas zonas desperdigadas en las que las presas iban disminuyendo con rapidez. Las comunidades mineras se extendían hacia el este, más allá de las Montañas Rocosas. No había duda de que el búfalo desaparecería y de que los indios se tendrían que adaptar a las costumbres del hombre blanco o morir, pero entretanto, Sherman reconocía que con las escasas tropas disponibles, el ejército poco podía hacer para prevenir los enfrentamientos entre los indios y los colonos o para perseguir y castigar a los veloces guerreros si comenzaba un conflicto. Mientras los firmantes indios del Tratado de Medicine Lodge se portaran bien, Sherman tenía la intención de jugar a esperar. Su prioridad seguía siendo defender las vías férreas.

La tarea sería más sencilla con la llegada a Fort Leavenworth, en Kansas, del recién nombrado comandante en jefe del Departamento del Misuri, el general Philip H. Sheridan. El presidente Johnson pretendía que el trabajo fronterizo fuera un castigo para Sheridan, que como gobernador militar de Texas y Luisiana había impuesto las leyes de la Reconstrucción aprobadas por el Congreso de forma demasiado rigurosa para el gusto del tolerante presidente. Lo que para el Sur fue una bendición, para los indios sería una maldición. Con Sherman y Sheridan trabajando juntos en el Oeste bajo la supervisión de Grant, las tribus de las llanuras se enfrentaban ahora con el triunvirato que había ganado la Guerra Civil.

La solución de Sheridan al problema indio, forjada mientras luchaba como un joven oficial contra los indios en el Noroeste del

Pacífico en 1850, era sencilla e inmutable. La mejor manera de sacar a los indios de la «barbarie» era por medio de la «supervisión práctica acompañada de un control firme y una disciplina moderada». Pero Sheridan tenía una noción un tanto particular de lo que constituía una disciplina moderada, ya que durante el levantamiento indio de Oregón ahorcó a algunos guerreros al azar por el «efecto beneficioso» que esto tendría sobre sus compañeros de tribu. El hecho de que tuviera una amante india no impidió a Sheridan librar una guerra contra su pueblo. Al igual que Sherman, era defensor de la guerra total, que, a menudo, también libraba contra sus propios compañeros cuando percibía algún desaire. **[9]**

En la primavera de 1868, el general Sherman mantuvo a Sheridan bajo un férreo control. Pese a que las tribus de las llanuras del sur tenían razones justificadas para quejarse cuando las rentas, las armas y la munición prometidas en Medicine Lodge Creek no se materializaron, se mantuvieron en paz. Sin embargo, se estaba gestando un gran problema. El *whisky* que compraban con pieles de búfalo enardecía a los jóvenes guerreros. A menudo, toda la población adulta masculina de algunos poblados cheyenes y arapahoes cogía unas borracheras descomunales. Y, ya estuvieran ebrios o sobrios, los jóvenes tenían que seguir el imperativo cultural de luchar. Cuando llegó la primavera, reiniciaron sus habituales razias contra los pawnees de Nebraska y los kaws del este de Kansas. Los guerreros perro también se habían preparado para la batalla, pero su objetivo iba más allá de conseguir honores o caballos. Pretendían quedarse en sus terrenos de caza en el territorio del río Smoky Hill y del río Republican, en la parte más occidental de Kansas, si era posible de forma pacífica, pero si los blancos aparecían, con la guerra. En mayo consiguieron eventuales refuerzos cuando los grupos cheyenes y arapahoes del sur del río Arkansas se aventuraron hacia el norte para unirse a los guerreros perro en la montería de verano. Estaban en su derecho mientras permaneciesen al oeste de los asentamientos de Kansas, tal como les había dicho el senador Henderson. Para Sheridan, que quizá no estuviera informado del doble juego de Henderson, esa gran concentración de indios auguraba la guerra. En el flanco sur de Sheridan, esta era ya una realidad: los kiowas y los comanches habían vuelto a matar texanos, como si el episodio de Medicine

Lodge no hubiera sido más que un pequeño descanso entre las incursiones estacionales.

Sheridan no movió un dedo para ganarse la confianza de los indios. Al contrario, hizo todo lo posible para enfrentarse a ellos. Cuando los jefes de paz cheyenes y arapahoes se quejaron de las muchas promesas incumplidas del Tratado de Medicine Lodge (no les habían entregado las armas ni las rentas, y aquellos que aceptaban seguir el camino del hombre blanco no tenían ni idea de por dónde estaba, dado que el Congreso todavía no había abierto las reservas) el pugnaz general interpretó sus justas reclamaciones como una «insolencia». Cuando finalizó la reunión, el agente indio pidió permiso a Sheridan para entregar las armas a los indios cuando llegaran. «Muy bien —dijo Sheridan—, dales armas, así, si van a la guerra, los soldados los matarán como hombres», a lo que un jefe cheyene respondió: «Permite que tus soldados se dejen el pelo largo, para que haya algo de honor en matarlos». **[10]**

Poco después del encuentro, Sheridan contrató como espías a tres hábiles «hombres squaw», como se denominaba a los colonos casados con indias, al mando del teniente Frederick H. Beecher, un educado y valiente joven oficial que bebía en exceso.

Los agentes de Beecher no encontraron signos de inquietud entre los indios, y los primeros informes que remitió a Sheridan eran esperanzadores. Absolvió a los indios de la responsabilidad de los pequeños estragos que habían ocurrido y en su lugar culpó a forajidos blancos. A Sheridan le complacía la perspectiva de «evitar los problemas hasta que la estación preferida de guerra para los indios hubiera terminado». En otras palabras, estaba convencido de que se produciría una guerra con los cheyenes y los arapahoes del sur; lo único que deseaban Sherman y él es que tuviera lugar en el momento y el lugar de su elección. **[11]**

Sin embargo, una inocua escaramuza de los cheyenes con los kaws del este de Kansas desbarató sus cálculos. El Gobierno de Kansas quiso dejar pasar el incidente, pero sus electores inundaron Washington con afirmaciones infundadas de incursiones inminentes sobre los asentamientos fronterizos. Eso provocó que la Oficina India suspendiera el envío de armas y municiones a los indios. Ni los cheyenes del sur ni los guerreros perro necesitaban armas; los espías del teniente Beecher los habían encontrado ya armados hasta

los dientes. No obstante, el retraso los irritó por una cuestión de principios. Las circunstancias eran las propicias para un estallido de violencia.

Este se produjo en agosto, cuando un grupo de los guerreros perro, derrotados en una escaramuza contra los pawnees y ebrios por el *whisky* comprado a los rancheros del río Solomon, se topó con una patrulla que abrió fuego contra ellos. Nadie resultó herido, pero los indios borrachos explotaron al instante debido a toda la rabia reprimida, por lo que mataron a catorce hombres blancos, violaron a varias mujeres y raptaron a dos niños en ataques relámpago. A medida que se propagó la noticia de la violencia entre los poblados cheyenes, la disciplina tribal se desintegró. Los jefes de los guerreros perro perdieron el control sobre sus guerreros, y estos atacaron granjas y ranchos aislados, abordaron caravanas y diligencias, y robaron el ganado, desde el centro de Kansas hasta el este de Colorado. Casi doscientos guerreros merodearon por las afueras de Denver. En Kansas, los aterrorizados colonos huyeron en masa hacia el este desde los asentamientos periféricos, algunos solo con lo puesto.

La devastación provocó que los generales Sherman y Sheridan entraran en acción. El primero ordenó a su agresivo subordinado que expulsara a los cheyenes de Kansas, perspectiva muy grata para Sheridan, que también quería colgar a las bandas culpables, matar a sus ponis y destruir sus poblados. [12]

El país respondió a los estallidos de la forma habitual. La prensa del Oeste pidió el exterminio de todos los indios que pudieran ser considerados hostiles, siquiera remotamente, y los filántropos del este pidieron moderación para proteger a los inocentes. El *Army and Navy Journal* calificó los últimos ataques solo como «un capítulo más de un viejo libro», el resultado de alimentar y luchar alternativamente con las tribus. «Nos acercamos a ellos con el rostro de Jano. En una mano llevamos el rifle y en la otra la pipa de la paz, y encendemos ambos al mismo tiempo. Como resultado principal, una gran humareda; y ahí, se acaba todo». [13]

No habría pipa de la paz mientras Sheridan estuviera al mando.

Puede que los indios fueran imbatibles durante el verano y el otoño, épocas durante las que los ponis estaban fuertes, pero al menos se les podía mantener a la defensiva y, con los hombres adecuados, quizá hacer algo de daño. En vista de la necesidad de utilizar sus tropas para proteger el ferrocarril, por no mencionar su conspicuo historial de incompetencia en el rastreo de los indios, Sheridan envió a su inspector general, el comandante George A. Forsyth, al que llamaban *Sandy*, a reclutar una fuerza de cincuenta hombres formado por «hombres de frontera de primera clase» para dar caza a las bandas hostiles. Forsyth recibió con alegría el encargo. Había pasado casi toda la Guerra Civil con Sheridan en tareas administrativas y ansiaba ver algo de acción.

Encontrar a reclutas cualificados era una labor fácil. Miles de veteranos de la Guerra Civil habían acudido en masa a la frontera para iniciar una nueva vida, y para aquellos a los que la fortuna había sido esquiva resultaba tentadora la posibilidad de embolsarse una paga fija a punta de rifle. Los habitantes de Kansas que habían perdido a sus seres queridos en los ataques indios se alistaron con gran entusiasmo y se autodenominaron los Solomon Avengers. Forsyth aceptó al teniente Beecher como su segundo al mando con la condición de que se mantuviera sobrio.

El 29 de agosto de 1868, Forsyth partió hacia el río Solomon, animado por su «mando sobre el terreno y su misión itinerante». Sus exploradores viajaban ligeros pero bien pertrechados, con sus rifles de repetición Spencer, revólveres Colt y poco más. Tras varios días de calmado vagabundeo por las llanuras, el 11 de septiembre los hombres de Forsyth encontraron el rastro reciente de una partida de guerra que conducía hacia el cruce Arikara, afluente del río Republican, en el Territorio de Colorado. Entusiasmado por el descubrimiento, el capitán dirigió su compañía con el brío del que solo tiene un objetivo en mente, y recorrió las llanuras a un ritmo de cincuenta o setenta kilómetros al día. Lo que había comenzado como un sendero apenas visible, al poco tiempo se convirtió en un ancho y bien hollado camino, claramente marcado por un gran poblado indio en marcha. El 16 de septiembre por la tarde, Forsyth acampó a lo largo del cruce Arikara. Los caballos estaban agotados y a los hombres les quedaban muy pocas raciones de comida. Esa tarde, el guía de Forsyth, un experimentado hombre de las llanuras,

advirtió al comandante que quizá se estaban dirigiendo a una trampa. Forsyth, con gesto arrogante, no solo desoyó el consejo del guía sino que también eligió un lugar nefasto para vivaquear. La única posición que acaso podía defenderse era un pequeño banco de arena situado a pocos metros detrás de los hombres, que se elevaba menos de un metro sobre estrechos regatos de aguas turbias y estancadas. Matorrales bajos y algunos sauces y álamos raquíticos eran la única cobertura en aquella isla fluvial.

La noche estuvo plagada de extraños presagios. Flechas señalizadoras cruzaban el horizonte y en las lejanas colinas titilaban las hogueras. Coyotes, o indios que se hacían pasar por coyotes, aullaban en la oscuridad, invisibles. La confianza abandonó a Forsyth. «Inquieto, ansioso, y desvelado», se levantó varias veces para visitar a sus centinelas o para deliberar con sus subordinados. El comandante estaba dispuesto a escuchar. **[14]**

Durante todo el verano, las Flechas de la Medicina Sagrada habían derramado sus bendiciones sobre el campamento de los guerreros perro. Grandes manadas de búfalos poblaban el nacimiento del río Republican. Normalmente dispersos en verano para la caza estival, en este momento estaban concentrados en un solo poblado bajo el liderazgo de Toro Alto (Tall Bull) y de Oso Toro (Bull Bear). Nariz Romana estaba allí, al igual que Asesino de Pawnees y sus oglalas del sur. Veinte kilómetros al nordeste del poblado, al comandante Forsyth le consumían los nervios.

El 17 de septiembre, al amanecer, los indios atacaron desde una colina situada al norte del campamento de Forsyth, pero no como habían planeado los jefes de guerra. Para mantener el elemento sorpresa, Toro Alto había exhortado a sus guerreros a que lucharan en una sola unidad y ordenó a los *akicitas* (la policía tribal) de los guerreros perro que azotaran a todo aquel que desobedeciera. Como de costumbre, la fogosidad de los jóvenes alteró los planes. Antes del amanecer, ocho guerreros se abalanzaron contra los caballos de los exploradores y despertaron al campamento. Cuando apareció Toro Alto con el cuerpo principal, los exploradores estaban armados y dispuestos. No lo estaba, en cambio, su oficial al mando. La imagen de varios cientos de indios al ataque paralizó al comandante

Forsyth, que solo reaccionó cuando alguien le sugirió que se retirara a la isla. Sin embargo, pocos hombres esperaron a que les diera la orden y se dispersaron por la isla huyendo como perdices asustadas. [15]

Tras atar los caballos a los arbustos, los exploradores cavaron una trinchera con cuchillos, tazas de metal y, sobre todo, con sus manos desnudas. Pusieron a trabajar sus carabinas Spencer con frenesí y rapidez, algunos tendidos bocabajo y otros saltando y agachándose a cada disparo. El polvo y el humo les impedían ver. Los exploradores no consiguieron herir a ningún indio, pero sus rápidas descargas abortaron el ataque y los indios se retiraron. En su lugar, los tiradores cheyenes reptaron hasta llegar a pocos metros de la isla. Ocultos entre la hierba alta que servía de pasto a los búfalos, derribaron a unos doce hombres, entre ellos, al comandante Forsyth. Una bala le desgarró el muslo derecho y se alojó bajo la piel. Un segundo disparo le destrozó la pierna izquierda debajo de la rodilla. El oficial médico militar de la expedición también resultó herido. Pero, para Forsyth, el peor golpe fue la muerte del teniente Beecher. «Se acercó hasta donde yo estaba, medio tambaleándose medio arrastrándose —escribió Forsyth—, se tumbó despacio y me dijo en voz baja: —Me han herido de muerte, me han dado en el costado y me estoy muriendo—». Al lado, en un hoyo, se desplomó el médico, inconsciente, y sus sesos iban dejando un rastro espantoso sobre su camisa. Los heridos no podían esperar pues demasiada ayuda. Además de haber herido de muerte al cirujano, los indios habían matado a todos los caballos de la compañía y habían cogido las mulas de carga con todo el equipo médico.

A las dos de la madrugada, los indios volvieron a la carga. En el ataque destacó una viuda cheyene de mediana edad. Todavía estaba de luto y buscaba la muerte en la batalla como guerrera suicida. Cargó contra la isla en cuatro ocasiones, mientras entonaba su canto fúnebre. Al final, desanimada, volvió a la colina donde se habían congregado cientos de mujeres y niños para contemplar la batalla. Cuando terminó el cuarto asalto, un jefe de guerra exasperado mencionó las hazañas de la viuda para arengar a sus guerreros, gritando: «¿Qué hacéis? ¿Vais a dejar que una mujer os gane?». Los avergonzados guerreros atacaron la isla dos veces más, pero los rifles Spencer de los exploradores quebraron cada asalto.

Nariz Romana no había participado en los ataques, y no salió del poblado hasta media tarde. El gran guerrero estaba desconsolado porque la medicina en la que confiaba para lograr la victoria había quedado inservible por un acto prohibido en sus prescripciones. «El otro día en el campamento lakota se hizo algo que me dijeron que no se debe hacer —dijo a Toro Alto—. El pan que me comí lo sacaron de la sartén con un instrumento hecho de hierro. Por eso no puedo cargar. Si participo en la lucha, me matarán seguro». Mientras Nariz Romana estaba hablando de su medicina echada a perder, un jefe de guerra cabalgó hasta él, airado. «Muy bien, aquí está Nariz Romana, el hombre del que dependemos, sentado tras la colina. ¿No ves que tus hombres están cayendo allí afuera? Todos los que están allí luchando sienten que te pertenecen, y tú estás aquí, detrás de la colina». Renuente, Nariz Romana se preparó para la batalla. Desempaquetó su bolsa de guerra, se pintó la cara, ofreció su penacho a los espíritus sagrados y a la madre tierra y, acto seguido, ocupando su puesto frente a la formación india, cargó con el arrojo temerario de aquellos cuyo destino está escrito. Barrió la orilla del río y casi aplastó a dos o tres exploradores antes de que una bala le entrara en los riñones. Nariz Romana volvió a la colina, se apeó del caballo y se tumbó en el suelo, herido de muerte. Después de que le alcanzaran, no hubo más cargas.

Por la noche cayó una lluvia fría. Dos exploradores consiguieron colarse entre las líneas indias e iniciaron una caminata de setenta y dos kilómetros hacia Fort Wallace para pedir ayuda. La situación en la isla era descorazonadora. Veintiuno de los cincuenta y dos defensores estaban muertos o heridos. Todos estaban hambrientos, ya que las raciones de comida estaban guardadas en las mulas robadas. Los supervivientes cortaron tajadas de carne de los caballos muertos y reforzaron sus pozos de tirador. Durante cuatro días, los indios acosaron a los exploradores, pero no llevaron a cabo ataques serios. El 22 de septiembre se marcharon. Atormentados por el hambre y el calor abrasador, con la carga de los heridos y sin caballos para transportarlos, los exploradores de Forsyth esperaron, confiando en que una fuerza de rescate los encontrara, y sobrevivieron a base de carne de caballo putrefacta. Un explorador garabateó en su diario: «Dios mío, ¿acaso nos has abandonado?».

Eso parecía. El 25 de septiembre por la mañana, un explorador que escudriñaba la pradera en busca de serpientes, perros de la pradera o cualquier cosa comestible, se quedó paralizado y, a continuación, gritó: «¡Indios!». Los hombres volvieron a los pozos y cogieron sus rifles dispuestos a una última batalla. Los jinetes desconocidos se fueron acercando, pero entonces pudieron distinguir los rostros oscuros y los uniformes azules. Era la compañía H del 10.º de Caballería de los Estados Unidos, una unidad de los Buffalo Soldiers al mando del capitán Louis H. Carpenter.

«¡Oh, qué alegría inenarrable! —recordó un explorador—. Se produjo una algarabía de gritos de gozo y lágrimas de felicidad». Carpenter se quedó impresionado al ver «los semblantes demacrados y hambrientos» de los exploradores, pero más le preocupaba su amigo, el comandante Forsyth, que estaba consciente pero moribundo. Tenía una septicemia y el médico de Carpenter dijo que el comandante no habría vivido un día más sin atención médica. Este también tuvo que contener a los Buffalo Soldiers, que, con su mejor intención, habían dado a los hombres hambrientos sus raciones de comida. Según dijo uno de los soldados negros: «Si el médico no hubiera llegado a tiempo, los habríamos matado atiborrándolos a comida». En la compañía de Forsyth había habido seis muertos y quince heridos. Los indios, que dijeron que habían perdido a nueve guerreros, reanudaron sus incursiones. Bautizaron el suceso como «El lugar donde mataron a Nariz Romana». El ejército lo bautizó como la batalla de la isla Beecher. **[17]**

Aunque el episodio de isla Beecher fue insignificante desde el punto de vista militar, el encuentro al menos terminó bien para los exploradores. Por otra parte, el ejército estaba a punto de cometer una grave equivocación. La capacidad de los exploradores de Forsyth para defenderse frente a una gran fuerza de indios despertó en el general Sheridan la esperanza de que el ejército pudiera ser capaz de contribuir en la pacificación del oeste de Kansas. Un ataque bien preparado contra los poblados conocidos de los cheyenes y los arapahoes del sur en el río Cimarrón podía obligar a las partidas de guerra a retirarse para proteger a sus familias. Sin

embargo, Sheridan actuó bajo una premisa falsa. Los poblados del río Cimarrón pertenecían a Caldera Negra, Pequeño Cuervo y otros jefes de paz. Algunos de sus jóvenes se habían unido a las bandas guerreras, formadas sobre todo por guerreros perro, pero los jefes de paz habían logrado contener a la mayor parte de sus guerreros.

Sheridan asignó la misión al teniente coronel Alfred Sully, comandante del Distrito de Upper Arkansas. Aunque Sully carecía del instinto asesino que Sheridan esperaba que tuvieran sus subordinados, había conseguido un respetable expediente luchando contra los indios en el Territorio de Dakota durante la Guerra Civil. Pero Sully se había vuelto extrañamente pasivo sobre el terreno. El 7 de septiembre, se dirigió al sur desde Fort Dodge con nueve compañías del 7.º de Caballería al mando del comandante Joel Elliott y tres compañías de infantería; en total más de quinientos hombres. La incursión rozó lo cómico. Sully iba, sin ocultar su pavor, en un carro ambulancia de dos ruedas. El 10 de septiembre la expedición llegó al río Cimarrón y descubrieron que los poblados cheyenes y arapahoes ya no estaban. A la mañana siguiente, una partida de guerreros secuestró a dos soldados de la retaguardia de Sully. Cuando el comandante de la retaguardia salió en su persecución, Sully hizo que lo arrestaran; no quería tener en su expediente una segunda masacre de Fetterman.

El absurdo se prolongó durante cinco días más. Los carromatos del ejército se hundieron en arenas movedizas. Las raciones de comida se agotaron. Los indios se dejaban ver en los flancos de Sully. Cansado de las «interminables montañas de arena», el desanimado coronel regresó. Los guerreros cabalgaban junto a la columna, justo fuera de su alcance, burlándose de ellos. El comandante Elliott le resumió la experiencia a un amigo: «Tuve el honor de dirigir la caballería en esa expedición, y si luchar era eso, entonces las Guerras Indias deben ser un gran chiste». **[18]**

Al general Sherman y a Sheridan no les parecía divertido. Los ataques sobre Smoky Hill continuaron en octubre. Ya habían muerto setenta y nueve civiles, habían violado a trece mujeres, robado cerca de mil cabezas de ganado, destruido innumerables granjas, puestos de etapa y material rodante, y se habían interrumpido los viajes. Era hora de que el ejército se vengara a una escala desconocida, con una «guerra depredadora» tal como dijo

Sherman, para obligar a los cheyenes y a los arapahoes a rendirse o a morir de hambre. El sangriento verano había producido en él una metamorfosis brutal. Ya no se compadecía por los indios a punto de morirse de hambre, debido a la lentitud del Congreso. «Cuanto más veo a estos indios, más me convenzo de que hay que matarlos a todos o mantenerlos como indigentes —dijo a su hermano, el senador John Sherman—. Los intentos de civilizarlos son ridículos». [19]

Pero el general Sherman seguía siendo oficialmente un inspector de paz. Como tal, estaba obligado por su cargo a proteger a las bandas no beligerantes. La solución de Sherman, con el apoyo de la Oficina India, consistía en trasladar la agencia cheyene-arapaho a Fort Cobb, un puesto militar abandonado en el río Washita del Territorio Indio, y asignar a su subordinado favorito, el coronel William B. Hazen —que resultó ser a su vez un gran enemigo de Sheridan—, el trabajo de segregar a los indios pacíficos de los «hostiles». Sherman, excusando tácitamente y por razones solo por él conocidas los sanguinarios deslices de los kiowas y los comanches en Texas, indicó a Hazen que les entregara las rentas que les correspondían por el Tratado de Medicine Lodge, y que mantuviera a las tribus lejos de la guerra que se estaba gestando. En cuanto a los cheyenes y los arapahoes, Sherman le dijo a Hazen que «se proponía luchar contra ellos hasta que se quedaran contentos». [20]

Sheridan se encargaría de blandir la estaca, atacando sus poblados en mitad del invierno, una época en la que los ponis estaban flacos y los guerreros no sospechaban nada. Caldera Negra no necesitaba estar al tanto de los planes de Sherman para saber qué peligro podía traer el invierno. Se dice que cuando se enteró de los ataques estivales a los asentamientos del río Saline, el dolor le hizo desgarrarse la ropa y arrancarse mechones de pelo. La experiencia había demostrado al sufrido jefe de paz que, a menudo, la venganza de los blancos era ciega e implacable. [21]

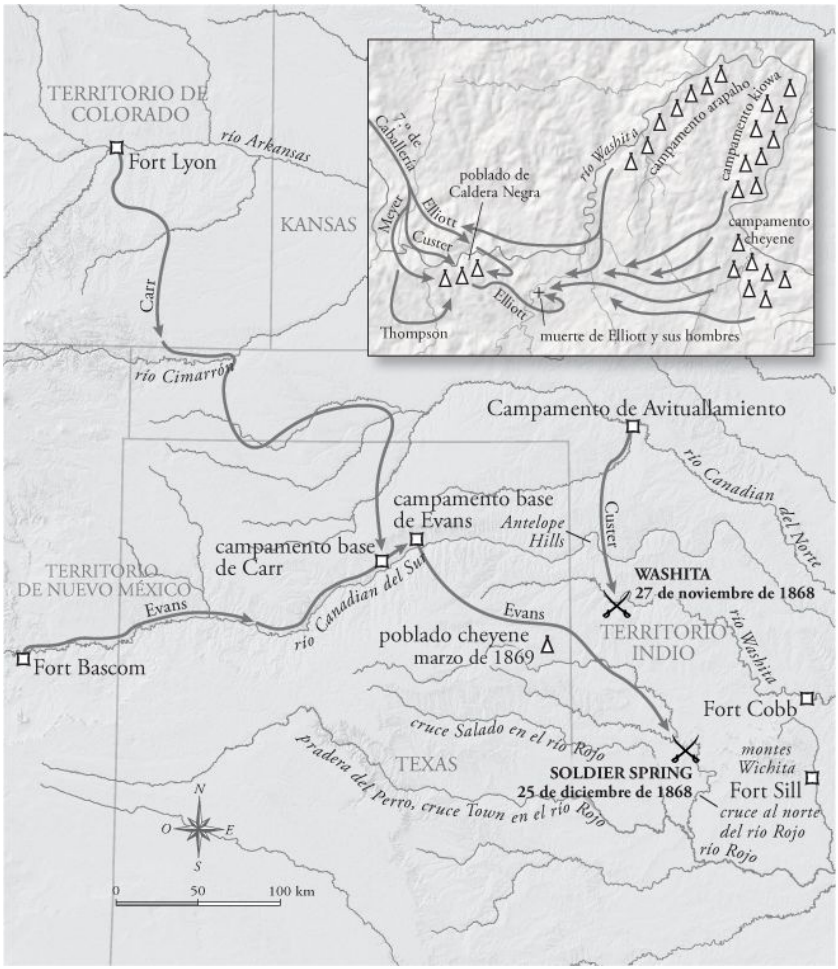
CAPÍTULO 6

El glorioso Garryowen

PARA GEORGE Armstrong Custer, los tristes sucesos de 1868 en las llanuras del sur, donde el Tratado de Medicine Lodge había demostrado ser inútil, y el ejército, impotente, no fueron más que meros titulares en los periódicos. El hecho de que lo separaran de su cargo en octubre de 1867 no supuso ningún pesar para el incontenible joven teniente coronel. Mientras el 7.º de Caballería iba dando tumbos bajo la zozobrante dirección del coronel Sully, Custer pasó en Monroe, Michigan, un otoño «muy agradable» juntó a Libbie. La posibilidad de un indulto parecía remota. En junio, Grant había denegado una petición de Sheridan de que fuera readmitido. Por eso, Custer se sorprendió mucho cuando, a finales de septiembre, recibió un telegrama de Sheridan ordenándole que se reincorporara a su puesto; la situación militar había cobrado la suficiente gravedad como para que Grant cediera. Mientras Custer viajaba a Kansas en tren con «infinita gratitud», Sheridan disfrutaba en calma de un buen puro, consciente de que, como dijo a su personal, «Custer nunca le había fallado». Y, al parecer, tampoco lo haría Sherman, que prometió apoyar de forma incondicional cualquier acción que Sheridan pudiera llevar a cabo en su guerra invernal contra los cheyenes y los arapahoes del sur, «aunque terminara con su total exterminio».

Sheridan no pensaba que le fuera a costar encontrar a los indios, lo que le preocupaba era un invierno cuasi polar. Tradicionalmente los cheyenes y los arapahoes del sur plantaban sus campamentos de invierno al este del «Mango» de Texas, en una zona de caza abundante y protectores ríos que Sheridan denominaba un «paraíso indio». Y lo mismo les parecía a estos, los cuales estaban convencidos de que ese mismo tiempo implacable que les mantenía

a ellos junto a sus tipis mantendría a los soldados en sus fuertes. No conocían al hombre al que el general Sheridan llamaba su «perseverante perrito terrier», ni su intención de hacer todo lo posible para luchar contra ellos y contra la naturaleza.



Campaña de Sheridan, 1868-1869.

En el plan de Sheridan no había espacio para la sutileza. Empezaría a mediados de noviembre, cuando tres columnas convergerían sobre los indios. El comandante Eugene Carr marcharía hacia el sudeste desde el Territorio de Colorado y el comandante Andrew W. Evans marcharía hacia el este desde el

Territorio de Nuevo México, cada uno con varios cientos de hombres. Ellos actuarían como «batidores», pues llevarían a cualquier «grupo rezagado» al camino de la fuerza principal de ataque dirigida por Sully, que debería marchar hacia el sur desde Fort Dodge, en Kansas, en dirección a los principales poblados indios. Sheridan dio a Sully once compañías del 7.º de Caballería al mando de Custer, cinco compañías de infantería, y una generosa dotación de arrieros, lo que hacía un total de mil setecientos hombres. Sheridan también esperaba que el recién reclutado y federalizado 19.º de Caballería de Kansas se uniera a Sully sobre la marcha. Eso haría que aumentara el contingente hasta sumar cerca de dos mil setecientos hombres. Reclutó como exploradores a un pequeño contingente de guerreros osages, enemigos acérrimos de los cheyenes. Dado su rango superior, Sully dirigiría la expedición, pero Sheridan contaba con Custer para lograr la victoria. Mientras Custer preparaba al 7.º de Caballería, Sully construyó un lugar temporal, al que denominó Campamento de Avituallamiento, en lo que Sheridan reconoció que era un «lugar muy adecuado», a medio camino entre Fort Dodge y la probable localización de los poblados indios. [1]

Ese fue el último elogio que Sheridan haría a Sully. Tras haber elegido a este último a regañadientes para dirigir la expedición, Sheridan viajó al Campamento de Avituallamiento para supervisar las operaciones. Resultó ser una buena idea porque Sully y Custer apenas se hablaban. Seis días antes, cuando el 7.º de Caballería encontró por casualidad la huella reciente de un gran grupo de guerreros cheyenes que se dirigía a los asentamientos de Kansas, Sully enfureció a Custer al vetar su propuesta de rastrear las huellas del grupo guerrero hasta sus poblados por ser demasiado arriesgada. Sheridan apoyó a Custer y envió a Sully de regreso a Kansas para que se encargara del papeleo.

Una vez que se hubo marchado Sully, Sheridan escribió a un amigo: «Aquí todo el mundo está feliz como los pájaros al inicio de la primavera». Nadie tenía noticias del 19.º de Caballería de Kansas que, aunque Sheridan no lo sabía, se había extraviado en una tormenta de nieve. No obstante, al general no le preocupaba la ausencia de los de Kansas. El 22 de noviembre envió a Custer y al 7.º de Caballería para que encontraran y destruyeran los poblados

indios «hostiles», que se suponían sitos en el río Washita. Eso era algo que se ajustaba al carácter de Custer. Ni siquiera la ventisca, que esa noche había depositado treinta centímetros de nieve en el Campamento de Avituallamiento, pudo apagar su entusiasmo por la caza. Consideraba la nieve, que cuando se despedía de Sheridan seguía cayendo con rapidez e intensidad, su mejor aliada, ya que él se podía desplazar a través de ella, mientras que los poblados indios cargados de enseres, no. Si las borrascas continuaban otra semana más, prometía volver «con pruebas fehacientes de que mi contingente ha encontrado a los indios». [2]

Los cheyenes y los arapahoes del sur celebraron el muro de nieve como un claro obstáculo para el ejército y se sintieron asimismo seguros por sus números. Casi todas las tribus arapahoes y cheyenes del sur habían acampado juntas (excepto los guerreros perro que preferían permanecer en el oeste de Kansas). Río abajo también había varios campamentos kiowas, kiowas-apaches y comanches. En total, había cerca de seis mil indios pasando el invierno en Washita.

Tres kilómetros río arriba de donde se hallaban sus compañeros de tribu, el poblado de cincuenta y tres tiendas de Caldera Negra se hallaba en un triste aislamiento. Ya fuera por elección propia o porque quizá el consejo de los jefes, tras la masacre de Sand Creek, había vetado a Caldera Negra, él y sus trescientos seguidores siempre invernaban solos. Su actual campamento, situado tras un meandro de ocho kilómetros del río Washita, era bueno, a pesar de hallarse en un lugar remoto. Una densa franja de árboles a lo largo de las pronunciadas orillas hacía de cortavientos y los proveía de abundante madera que empleaban para los postes de las tiendas y como combustible para las hogueras. Había hierba abundante para los ponis. Paralela al río, a un kilómetro y medio del poblado, se elevaba una cadena de colinas y desfiladeros de pizarra roja.

Sin embargo, Caldera Negra no estaba relajado. Él y un amigo arapaho viajaron ciento treinta kilómetros hasta Fort Cobb, en lo que supuso un trayecto agotador, soportando la tormenta de nieve, para pedirle al coronel Hazen que los protegiera. Caldera Negra fue muy sincero. Confesó que había sido incapaz de contener a sus guerreros, pero creía que si Hazen permitía a su grupo acampar en Fort Cobb, podría mantener a los jóvenes alejados de la guerra. Sin

embargo, el coronel no tenía nada que ofrecer a los cheyenes ni a los arapahoes. El Gran Padre había nombrado a Hazen emisario de paz solo para los comanches y los kiowas, no tenía control sobre el «gran jefe de guerra», el general Sheridan. Era con él con quien debían llegar a un acuerdo. Y, además, debían mantenerse alejados de Fort Cobb. Con los corazones helados por las frías palabras de Hazen, Caldera Negra y su amigo regresaron. [3]

Mientras el jefe indio suplicaba la paz, los 844 oficiales y hombres del 7.º de Caballería avanzaban hacia el río Washita. El 25 de noviembre llegaron al río Canadian del Sur, donde Custer planeó encontrar la ruta de los indios que Sully le había prohibido seguir dos semanas antes. A la mañana siguiente, envió al comandante Joel Elliott (que se había burlado de la conducta de Sully en la campaña de otoño) hacia el este por la orilla norte del río con tres compañías, mientras él se preparaba para explorar la orilla sur con el cuerpo principal. Poco después de marcharse Elliott, Custer recibió la noticia de que el comandante había encontrado un rastro reciente de una gran partida de guerra que se dirigía hacia el sudeste y la estaba siguiendo. Empezaba el juego.

Custer viajó ligero a través de la espesa nieve virgen. Los soldados solo llevaban las armas, cien cartuchos, una pequeña ración de café y de pan duro, y un poco de forraje. Cuatro ambulancias y dos carromatos ligeros con munición y comida extra también se abrían camino con dificultad detrás de la columna. A las nueve de la noche, Custer se encontró con Elliott, y el 7.º de Caballería reunido entró en el valle del Washita. Era una noche fría y despejada. Los delatores sonidos de los cascos de los caballos que crujían sobre la nieve congelada llegaban lejos. Apenas pasada la medianoche, Custer se arrastró hasta la cima de una colina que daba al río Washita, apenas visible a un kilómetro. La oscuridad envolvía la orilla lejana, pero el ladrido distante de los perros y el llanto de los niños delataban a su presa. Por un momento, le remordió la conciencia. «A pesar de que eran salvajes y proscritos merecidamente, no pude evitar arrepentirme de que una guerra como aquella en la que estábamos ocupados […] sin duda nos impediría discriminar». [4]

No obstante, Custer esbozó con premura un plan de batalla. Dijo a sus oficiales que no había tiempo para hacer un reconocimiento, y

para conservar el elemento sorpresa debían golpear al amanecer. Custer pretendía cercar el poblado con cuatro columnas muy separadas. El comandante Elliott atacaría el poblado por el norte. El capitán William Thompson cruzaría el Washita hasta la cumbre de una montaña situada al sur del campamento. El capitán Edward Myers debería atacar por el este. Custer, con la columna más nutrida, atacaría directamente el poblado por el noroeste. Los cuatro contingentes debían ponerse en marcha cuando oyeran que la banda del regimiento empezaba a tocar *Garryowen*, el himno marcial del 7.º de Caballería. Era esencial actuar con rapidez; las columnas, recalcó Custer, debían «entrar a por todas». El capitán Thomson preguntó: «Y, ¿en el caso de que nos encontremos con más indios de los que podamos lidiar?». A lo que Custer respondió: «Lo único que temo es que no encontremos a los suficientes. No hay bastantes indios en el país como para poder con el 7.º de Caballería». [5]

El 26 de noviembre al atardecer Caldera Negra cabalgaba despacio hasta su poblado, con su poni agotado por el viaje de seis días desde Fort Cobb. Poco después, esa misma tarde, unos guerreros de su banda abandonaron la partida de guerra a la cual seguía el comandante Elliott, y se escabulleron hasta llegar a sus tiendas, dejando tras ellos un rastro delator.

Una extraña quietud atenazaba el poblado de Caldera Negra. Un guerrero cheyene que se había quedado rezagado del grupo cuando su poni empezó a cojear creyó haber visto soldados en el horizonte. Un amigo le dijo que debieron ser búfalos, sugiriendo que quizá la conciencia le estaba jugando una mala pasada por haber desobedecido a Caldera Negra y haber seguido el sendero de la guerra. El humillado guerrero no comentó a nadie más lo que había visto. Más tarde, unos kiowas que pasaban por allí advirtieron a los cheyenes que habían visto un amplio rastro en dirección al Washita, pero estos se burlaron de ellos. Al anochecer, Caldera Negra reunió a los ancianos de la aldea para tomar café y celebrar un consejo, diciéndoles que Sheridan ya estaba en campaña y que Hazen no podía ayudar a los cheyenes. La mujer de Caldera Negra les rogó que levantaran el campamento enseguida, pero los hombres

decidieron esperar hasta el amanecer. Inexplicablemente, Caldera Negra no envió lobos (exploradores) para vigilar si había soldados. Tras el consejo, la mujer del jefe indio se desahogó con una amiga diciéndole: «No me gusta que nos retrasemos tanto. Hace mucho que nos podíamos haber puesto en marcha. Parece como si estuviéramos locos y sordos y no oyéramos nada».

Faltaban cuatro largas horas hasta el amanecer. Los soldados tiritaban de frío en sus monturas a temperaturas bajo cero y estaban de mal humor. Casi al alba, los oficiales de Custer vieron una luz que cruzaba el horizonte hacia el este lo que, en su estado somnoliento, confundieron con un cohete. La luz se cernió sobre el poblado indio. Era la estrella de la mañana, en la religión india de las llanuras, el dios del fuego y la luz. **[6]**

El 27 de noviembre, Caldera Negra se levantó temprano, mientras en su poblado todos dormían aún. Una mujer salió de su tipi. Al vadear el helado Washita para coger los ponis de su marido, vio a la caballería cargar sobre la manada de ponis; volvió a cruzar el río chapoteando, y corrió hacia el campamento dando la voz de alarma. Caldera Negra lanzó un disparo de aviso. Dijo a las mujeres y a los niños que se pusieran a salvo, montó a su mujer en su poni, se subió detrás de ella, y galopó en busca de la protección de los árboles y las empinadas orillas del Washita. Los soldados le bloquearon el camino y dispararon. Una bala le dio en la espalda y cayó muerto del poni, bocabajo contra el agua helada. Junto a él yacía su mujer, a la que también habían matado de un disparo.

Tal como había planeado, Custer golpeó primero el poblado. Junto a él cabalgaba su fiel jefe de exploradores, Ben Clark, de veintiséis años, casado con una muchacha cheyene, y el capitán Louis M. Hamilton, el famoso y competente nieto de Alexander Hamilton, al que un solitario disparo dio en el pecho, matándolo al instante. Custer siguió cabalgando y disparó a un indio a bocajarro. A continuación, él y Clark se apartaron de la columna y subieron una loma situada a trescientos metros al sur del poblado para ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. **[7]**

El poblado estaba sumido en el caos. Disparos, gritos de mujeres y niños, aullidos de perros, y el sonido de los cascos de los caballos desgarraban la quebradiza helada matinal. Los cheyenes empezaron a salir de sus tiendas, algunos de ellos envueltos solo en mantas.

Una muchacha india ayudó a las madres a guiar a los niños descalzos más allá de las empinadas orillas del Washita. El hielo afilado como un cuchillo les hería los pies, y el agua discurría roja de sangre. Pero el río no ofrecía refugio alguno. Los tiradores ocultos entre los arbustos de la orilla norte y los soldados que surgían desde el poblado sometían a los indios a un fuego cruzado asesino. Y en medio del estruendo resonaban los cantos fúnebres de las mujeres cheyenes.

Ben Clark, mientras cabalgaba desde la loma al río, divisó a veinte guerreros, mujeres y niños amontonados tras una depresión de la orilla norte. Una lluvia de balas proveniente de los tiradores acabó con ellos en un instante. Y, a continuación, Clark fue testigo de «un terrible ejemplo de la desesperación de una madre cheyene». La última mujer superviviente salió al descubierto con un bebe al que agarraba con un brazo, mientras empuñaba un largo cuchillo con la mano libre. Un tirador confundió al niño de tez clara con un cautivo blanco y gritó: «¡Asesinad a esa *squaw*! ¡Está matando a un niño blanco!». Antes de que pudieran disparar, afirmó Clark, «la mujer destripó al niño de una cuchillada y, acto seguido, se hundió el cuchillo hasta la empuñadura en el pecho y murió. Un soldado alzó su carabina sobre la orilla y le disparó a la cabeza, pero fue una crueldad innecesaria». **[8]**

La crueldad estaba a la orden del día en el destacamento de Custer. La mayoría de las atrocidades las cometieron los exploradores osages («desgraciados sedientos de sangre», tal como los llamaba Clark). Durante la carga se habían contenido por miedo a que los soldados los confundieran con cheyenes, pero una vez despejado el campamento (lo cual solo llevó diez minutos), cayeron sobre los muertos, degollándolos y rebanando los pechos a las mujeres. El jefe osage había perdido a su mujer el año anterior en un ataque cheyene, así que como al primer cadáver que encontró ya le habían arrancado el cuero cabelludo, le cortó la cabeza y la machacó contra el suelo helado. Los soldados también cometieron atrocidades. Dos mujeres cheyenes fueron testigos de cómo un soldado disparó a una mujer embarazada para después rajarle el estómago y sacarle el feto. Al menos un soldado arrancó un cuero cabelludo. Los hombres del capitán Myers dispararon contra las mujeres y los niños que estaban huyendo hasta que Custer, al cual

Ben Clark había informado de cómo estaban infringiendo las órdenes, hizo que pararan.

Los capitanes Myers y Thompson habían hecho muy mal su trabajo. No habían conseguido cerrar el cerco al este del poblado de Caldera Negra, y muchos no combatientes se habían escabullido por el espacio entre sus destacamentos. En los desfiladeros o tras los árboles había guerreros agachados que cubrían la huida de esas mujeres, niños y ancianos. Entonces, el comandante Elliott divisó otro grupo de indios desmontados que huía hacia el este, así que gritó para pedir voluntarios que fueran tras ellos. Diecisiete hombres, incluido el sargento mayor Walter Kennedy, respondieron a su llamada. Cuando partió su destacamento, Elliott despidió al oficial con la mano diciendo: «Allá vamos, en busca de un ascenso o de un ataúd».

Elliott consiguió un ataúd. Atrapó al grupo después de matar a dos guerreros que intentaban cubrir su huida. Dijo a Kennedy que llevara a los prisioneros al poblado y después comenzó a perseguir a otro grupo. El sargento mayor no llegó muy lejos. Cuatro arapahoes lo mataron cuando se detuvo para dejar que una mujer vendara los pies heridos de un niño. Entretanto, a un kilómetro y medio al este del poblado de Caldera Negra, Elliott se topó con un gran grupo de guerreros que se dirigían a caballo al poblado desde río abajo. Los soldados soltaron a sus monturas y se tumbaron formando un pequeño círculo con los pies en el centro. Durante una hora, quizá más, Elliott mantuvo a los indios a raya. Los guerreros, incapaces de vencer a los soldados mientras fueran a caballo, desmontaron y reptaron hacia ellos. A medida que se acercaban, los soldados levantaron las carabinas sobre la hierba alta que asomaba sobre la nieve y dispararon a ciegas. Un guerrero arapaho a caballo penetró en el círculo de los soldados, contando un golpe antes de que una bala lo derribara. Su hazaña espoleó a muchos guerreros a seguirlo y pronto arrollaron al destacamento de Elliott. Cuando los guerreros se marcharon, las vengativas mujeres cheyenes cortaron los cuerpos a hachazos.

El teniente Edward S. Godfrey, a la cabeza de una sección que perseguía a los cheyenes que huían por la orilla norte del Washita, estuvo a punto de compartir el destino de Elliott. Al llegar a un alto promontorio y verse obligado a detenerse, trepó hasta la cima para

descubrir que, en ese momento, era a él a quien perseguían; no solo estaba el valle más allá cubierto de tipis, sino que también se dirigían hacia él cientos de guerreros a caballo. Godfrey se apresuró a informar de su descubrimiento a Custer. «¿Un gran poblado? —balbuceó Custer— ¿Qué es eso?». Godfrey también había oído disparos repentinos desde la orilla sur. ¿Sería Elliott? Custer rechazó la idea; sin embargo, el capitán Myers dijo: «Lleva toda la mañana luchando allí y lo más probable es que nos hubiera informado». [9]

Cuestiones en apariencia más urgentes que el paradero de Elliott demandaban la atención de Custer. Los prisioneros confirmaron la información de Godfrey de que río abajo había grandes campamentos indios. A medida que avanzaba la tarde, un número creciente de guerreros cheyenes, arapahoes e incluso kiowas de los poblados río abajo se concentraron en la zona alta que bordeaba el valle. «Las colinas parecían vivas», dijo un asombrado Ben Clark.

Los indios habían vuelto las tornas. Como confesó Custer más tarde: «De ser el grupo que asediaba, descubrimos que ahora éramos nosotros los asediados y los que defendían el poblado». A pesar de que Custer aún contaba con superioridad numérica, la munición estaba disminuyendo peligrosamente y, en ese momento, los indios estaban entre los carromatos de munición y el poblado de Caldera Negra.

De repente, los carromatos aparecieron, bajaron traqueteando por las colinas situadas al norte del río con los guerreros pisándoles los talones y entraron tambaleándose en el campamento, «justo a tiempo», dijo un oficial. Con las cartucheras repletas, el 7.º de Caballería se dispuso a cumplir las macabras órdenes de Custer: debían incendiar el poblado y matar a los ochocientos ponis que habían capturado. La triste tarea de sacrificar a la manada de ponis se alargó durante dos caóticas horas. Los animales heridos se escapaban y salían corriendo, sangrando, hasta que se derrumbaban. El río discurría teñido de rojo, lo que llevó a los cheyenes a bautizar este trágico día como el de la batalla de la Luna Roja.

Un humo denso ascendía desde el valle donde se había alzado el poblado de Caldera Negra. Casi al atardecer, la banda del 7.º de Caballería empezó a tocar *Ain't I Glad to Get out of the Wilderness*

y cabalgó sobre las nevadas ondulaciones al norte del río Washita, marchando en orden cerrado. A continuación, se dirigieron río abajo, como si fueran a atacar otros poblados. Era una estratagema y funcionó. Los guerreros se retiraron para proteger a sus familias, que ya estaban recogiendo sus enseres a toda prisa. Tras avanzar valle abajo durante varios kilómetros, de repente Custer ordenó al regimiento desandar el camino, y se dirigieron al Campamento de Avituallamiento.

El número de fallecidos indios en la batalla del Washita sigue siendo una incógnita. Custer capturó a 53 mujeres y niños cheyenes, de los cuales 8 estaban heridos. Afirmaba haber matado a 103 guerreros, algunos más de los que un poblado del tamaño del de Caldera Negra podía haber tenido, pero nunca ofreció la fuente de sus engrosados números. Más adelante, los cautivos dijeron que en el Washita habían muerto 18 guerreros, 16 mujeres y 9 niños. En defensa de Custer hay que decir que, al parecer, algunas mujeres utilizaron armas. Es posible que los cheyenes heridos fueran más del doble que los muertos, de un probable total de 125 bajas. Fuera cual fuera la cifra real, Custer estaba satisfecho. En un mensaje privado a Sheridan, se jactó diciendo: «Hemos eliminado a Caldera Negra y a su grupo de forma tan definitiva que ya no podrán luchar, vestirse, dormir, comer o montar a caballo sin hacerlo a costa de sus amigos». **[10]**

Dado que Custer contaba con la ventaja de la sorpresa y, al menos, una superioridad numérica de ocho a uno sobre los guerreros de Caldera Negra, sus propias pérdidas de veintidós muertos (incluidos Elliott y sus diecisiete hombres, cuyo sino Custer desconocía) y trece heridos no es que fueran precisamente motivo de celebración. Del mismo modo, la bien coreografiada entrada triunfal en el Campamento de Avituallamiento, mientras la banda tocaba *Garryowen* y la cabellera de Caldera Negra colgaba de una lanza osage, tampoco podía ocultar la rabia que muchos oficiales del 7.º de Caballería sentían por la decisión de Custer de no buscar al comandante Elliott. Custer sugirió una teoría esperanzadora: Elliott solo estaba perdido y sabría volver al Campamento de Avituallamiento. A Sheridan eso le pareció «una visión del asunto poco satisfactoria», pero ponderó la débil hipótesis frente al golpe invernal que su protegido había infligido a los tan pagados de sí

mismos cheyenes.

La decisión de Custer de no ir en busca de Elliott y sus hombres sentó las bases de una amarga y duradera división interna entre los cuerpos de oficiales del 7.º de Caballería. El capitán Frederick W. Benteen, un competente pero colérico oficial que odiaba a Custer con toda su alma, utilizó la muerte de Elliott para atizar las llamas de la discordia. Tras la batalla, Benteen pidió a Ben Clark que declarara que Custer había «dejado morir a propósito a Elliott sin intentar salvarlo». Cuando Clark se negó, Benteen escribió una florida carta a un amigo en la que acusaba a Custer de haber abandonado a Elliott. Se publicó en *The New York Times* de forma anónima y Custer amenazó con azotar al autor. Pero cuando Benteen confesó la autoría, dejó pasar el asunto. **[11]**

A pesar de que los oficiales del 7.º de Caballería estaban divididos por el modo en que Custer había manejado la desaparición de Elliott, había algo en lo que coincidían: lo deseables que eran sus cautivas cheyenes. Cuando la noche después de la batalla, los osages celebraron una bulliciosa danza de la cabellera ante las aterrorizadas mujeres, las supervivientes cheyenes contaron que Custer y sus oficiales se presentaron ante ellas para escoger compañeras de cama. Custer, dijeron las cautivas, eligió a la bella Monahsetah de diecinueve años, hija del jefe Pequeña Roca (Little Rock), muerto junto a su amigo Caldera Negra. A medida que iban rindiéndose más cheyenes, los oficiales del 7.º de Caballería escogieron más compañeras sexuales. Los relatos de las cheyenes son verosímiles. El desatado apetito sexual de Custer era bien conocido y un comandante de una compañía alardeó en una carta a su hermano de que los oficiales tenían diecinueve mujeres cheyenes para escoger, añadiendo que «algunas de ellas son muy guapas». En cuanto a él, aclaró: «Yo tengo una que es bastante inteligente. Lo habitual es que los oficiales tengan dos o tres siempre alrededor». **[12]**

❋

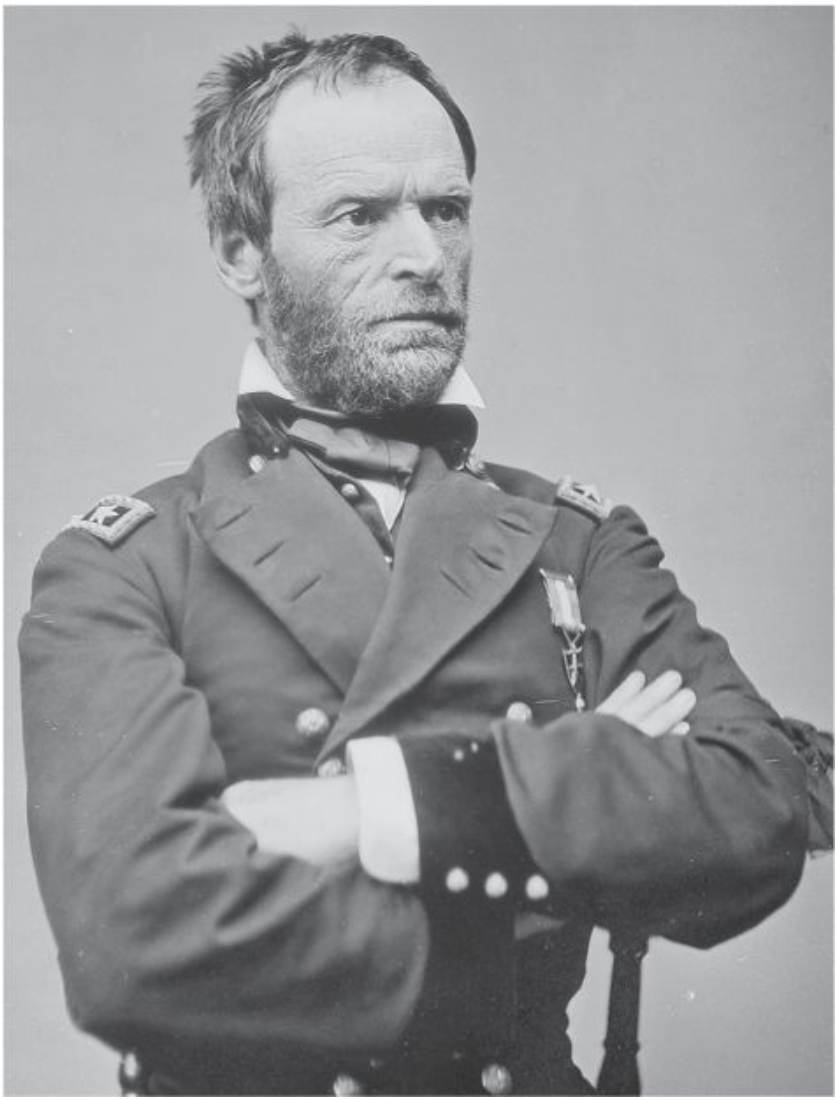
Mientras que los oficiales del 7.º de Caballería querellaban y fornicaban en el relativo aislamiento del Campamento de Avituallamiento, gran parte del público americano alimentaba una creciente indignación por las acciones del Washita. Desde las altas

instancias, llegaron peticiones de que se pusiera «fin inmediato e incondicional a la política de guerra». Los filántropos del Este no eran los únicos que protestaron por la destrucción del poblado de Caldera Negra. El severo y veterano general Harney llamó al difunto jefe indio «tan buen amigo de los Estado Unidos como yo», y acusó al ejército de haber provocado una guerra india. Edward W. Wynkoop, que en el momento de la batalla del Washita estaba de permiso, dimitió como agente cheyene-arapaho en protesta por el «desacertado e ignominioso» ataque de Custer, que equiparó al de Sand Creek.

Antes de que comenzara la campaña del Washita, el general Sherman había prometido defender a Sheridan de las críticas de la opinión pública y de los políticos, promesa que entonces cumplió con un vigoroso contraataque verbal que, por desgracia, se sustentaba en una mentira. Tras la instantánea repercusión del asunto, Custer informó de que había recuperado dos niños blancos del campamento de Caldera Negra. Eso, aseguró Sherman al general Grant, era una prueba fehaciente de que en dicho poblado había habido enemigos. Pero los niños solo existieron en la imaginación de Custer. Aunque Sheridan conocía la verdad, repitió la mentira en su propio informe a Sherman, que, de ese modo, la perpetuó de forma involuntaria. [13]

La legitimidad del ataque de Custer al poblado de Caldera Negra estaba abierta a debate, pero las alegaciones de que el general había perpetrado una masacre eran injustas. Su ataque por sorpresa estaba en consonancia con la estrategia de Sherman y Sheridan de una guerra total. Sin duda, Caldera Negra fue un hombre de paz (hasta Sherman reconocía al menos eso), pero su poblado albergaba guerreros culpables de realizar ataques en Kansas. Al contrario que en Sand Creek, donde se animó a los soldados a matar a las mujeres y a los niños, Custer hizo grandes esfuerzos por salvar a los no combatientes. Se perdieron vidas inocentes y se cometieron actos de crueldad, pero una masacre se define como la matanza indiscriminada de un gran número de personas indefensas que no oponen resistencia, y esa no fue ni la intención ni el resultado de la desequilibrada batalla del Washita.

No es de extrañar que la batalla del Washita provocara la confusión entre las tribus de las llanuras del sur. Casi todas las tribus de cheyenes y arapahoes del sur huyeron al oeste. El ataque de Custer también aterrorizó a los kiowas, la mitad de los cuales, en su mayoría seguidores de Satanta, abandonó Fort Cobb y se reunió con los cheyenes y los arapahoes cerca de Sweetwater Creek, al norte de Texas. A pesar de que se hablaba mucho de guerra, los familiares de las mujeres cheyenes cautivas persuadieron a los jefes de que no se vengaran. Por el momento, los cheyenes y los arapahoes permanecerían en su campamento de Sweetwater Creek. Satanta y sus kiowas reconsideraron la decisión de escapar y optaron por volver a Fort Cobb y a la protección de Hazen. **[14]**

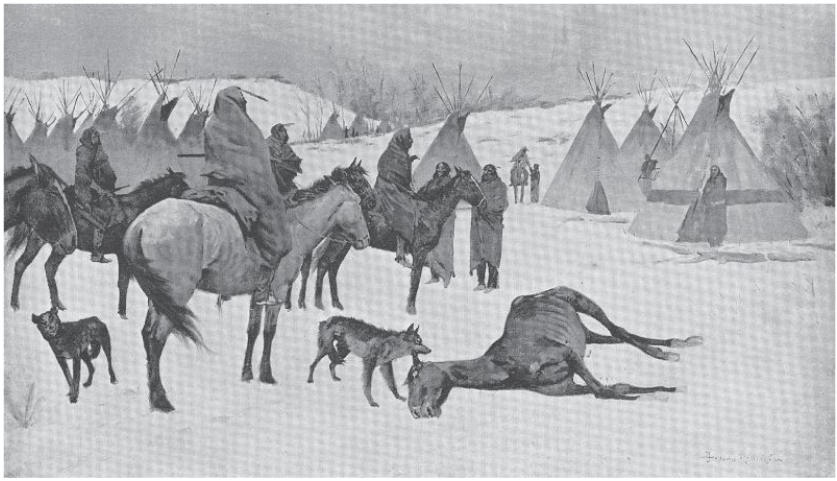


William T. Sherman, general al mando del Ejército de los Estados Unidos desde 1869 hasta 1883. En 1867 afirmó: «Debemos vengarnos con saña de los sioux, incluso exterminarlos a todos, hombres, mujeres y niños».

Nube Roja de los lakotas oglala posa en el estudio de un fotógrafo en Washington, en 1880. Su habilidad para la lucha lo convirtió en un líder lakota; el Gobierno de los Estados Unidos lo hizo jefe.

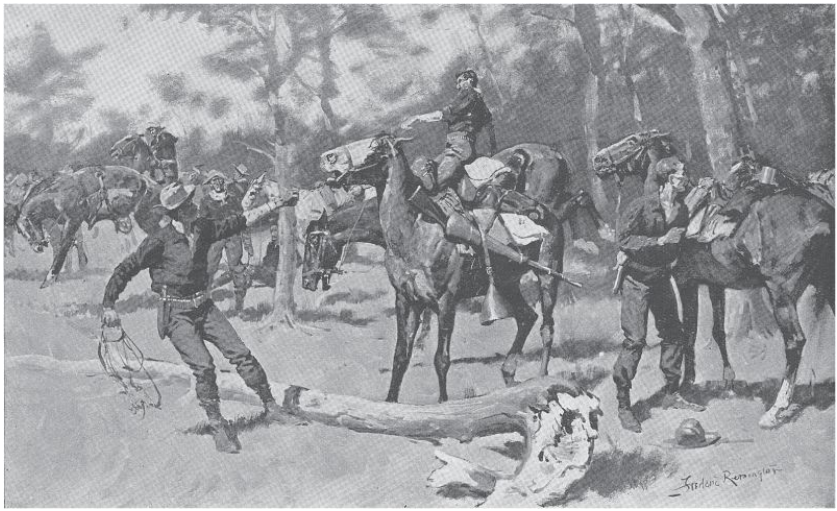
El capitán William J. Fetterman en apariencia alardeó de que bajo un adecuado liderazgo «una compañía de soldados regulares podría vapulear a mil guerreros, y un regimiento podría acabar con la totalidad de las tribus hostiles». El 21 de diciembre de 1886 los indios demostraron que se equivocaba.

Soldados del 10.º de Caballería de los Estados Unidos, uno de los cuatro regimientos negros conocidos como Buffalo Soldiers. Aunque los soldados negros eran excelentes luchadores y, al contrario que los soldados blancos, era raro que desertaran, el Departamento de Guerra, a veces, los relegaba a prestar servicio en zonas fronterizas bastante desagradables.



Un poblado de las llanuras indias en invierno, la estación en la que los indios eran más vulnerables al ataque. Sin embargo, los ataques del ejército en campamentos de invierno casi siempre tenían éxito.

En una campaña militar de invierno, a menudo, las temperaturas polares y las virulentas tormentas de nieve resultaban ser un enemigo más peligroso que los enemigos indios.



La pérdida de una manada de ponis paralizaba a un poblado indio y a sus guerreros. Capturar la manada era misión de la caballería o de los exploradores indios.

Custer descubre los cuerpos del destacamento del teniente Lyman Kidder, el 12 de julio de 1868. Según dijo Custer: «Cada cuerpo estaba atravesado por unas veinte o cincuenta flechas».

Winfield S. Hankcock. Su ignorancia de las costumbres indias y una arrogancia ciega condujo al primer conflicto con las tribus de las llanuras del sur tras la Guerra Civil.

El jefe kiowa Satanta, el Orador de las Llanuras del sur, era un violento charlatán, y un terror constante para los colonos de Texas.

George Armstrong Custer y su mujer, Elizabeth Bacon «Libbie» Custer, poco después de su boda en 1864. Cuando se casaron, él tenía veinticuatro años y ella veintiuno. Tuvieron una relación apasionada pero tumultuosa.

Philip H. Sheridan como general durante la Guerra Civil. Se dice que un jefe comanche le dijo a Sheridan: «Yo ser buen indio», a lo que, al parecer, Sheridan respondió: «Los únicos indios buenos que he visto en mi vida estaban muertos».

La batalla de la isla Beecher, el 17 de septiembre de 1868, uno de los combates más duros de las Guerras Indias.

Custer dirige el ataque contra el poblado de Caldera Negra en la batalla del Washita, el 27 de noviembre de 1868.

El cáustico y crítico Ranald S. Mackenzie era el mejor comandante de caballería del ejército. En la Guerra Civil, un fragmento de metralla le amputó dos dedos de la mano derecha. Los soldados del 4.º de Caballería lo llamaban Jack Tres Dedos. Los indios lo llamaban Mano Mala.

El regreso de Satanta lo puso frente a frente a una nueva

expedición del general Sheridan. El tenaz general veía la batalla del Washita solo como una primera fase de su campaña de invierno. El 7 de diciembre de 1868 se dirigió hacia el sur desde Campamento de Avituallamiento con mil quinientos soldados sacados del 7.º de Caballería y del lento 19.º de Caballería de Kansas. Aunque Custer seguía teniendo el mando nominal, en realidad, el que dirigía las operaciones era Sheridan y tenía la intención de encontrar primero al comandante Elliott y después luchar contra cualquier indio hostil que apareciese. Lo acompañaba como exploradora la hermana de Caldera Negra, que, por extraño que parezca, estaba dispuesta a cooperar. [15]

Sheridan avanzó hacia el campo de batalla del Washita en medio de una fuerte tormenta de nieve y un frío polar. Allí, los centinelas encontraron los cuerpos de Elliott y sus hombres, blancos como la tiza y completamente congelados. Río abajo, en un poblado cheyene abandonado, Sheridan y Custer hicieron un descubrimiento escalofriante: junto a los restos de una fogata yacía el cuerpo de una joven blanca, con dos agujeros de bala y el cuero cabelludo arrancado. Desplomado junto a ella había un niño muerto, al que, claramente, habían estampado contra un árbol. Los enfurecidos cheyenes habían matado a ambos. Un voluntario de Kansas los identificó como Clara Blinn, de veintiún años, y su hijo de dos, que habían sido capturados por unos guerreros arapahoes el verano anterior. Sheridan había sabido en noviembre que Clara Blinn estaba cautiva, y su padre le había pedido que salvara a su hija y a su nieto, pero ahora no sabía a quién culpar de su muerte. La hermana de Caldera Negra se encargó de darle un culpable. Para proteger a su gente, achacó el crimen a Satanta. Sheridan no solo creyó la historia sino que la embelleció, así que escribió a Sherman diciéndole que «aquella pobre mujer había sido reservada para satisfacer el deseo brutal del jefe, Satanta». Sheridan había encontrado ya una cuenta a saldar con los kiowas. [16]

Durante seis días terribles en medio de la nieve y el granizo, Sheridan siguió un ancho rastro indio que iba desde el río Washita hacia Fort Cobb. Cuando Satanta supo que Sheridan se estaba acercando, convenció al coronel Hazen de que interviniera. El 17 de diciembre, una delegación kiowa con una bandera blanca entregó a Sheridan un mensaje de Hazen en el que le pedía al general que

detuviera el ataque. Todos los indios que había junto a Fort Cobb eran amistosos, insistió Hazen, y no habían «participado en ninguna guerra en esa estación». Hazen sugirió a Sheridan que pidiera a Satanta información sobre el paradero de los cheyenes y arapahoes hostiles.

Sheridan, incrédulo, consideró la carta de Hazen como «un chiste bastante bueno». Creía que los jefes kiowas habían engañado a este por medio de «ardides y doble juego» y habían conseguido que escribiera esa misiva. A pesar de todo, por mucho que quisiera luchar contra los kiowas, Sheridan se sintió obligado a respetar la promesa del protegido de Sherman. Mantuvo un encuentro con Satanta y Lobo Solitario (Lone Wolf), otro influyente jefe kiowa, e insistió en que la gente de Satanta demostrara sus intenciones pacíficas acompañando a las tropas a Fort Cobb. Los jefes estuvieron de acuerdo y enviaron mensajeros para buscarlos. Cuando pasaron dos días sin señales de su gente, Sheridan les «apretó las tuercas». Arrestó a Satanta y a Lobo Solitario, y prometió ahorcarlos si los kiowas no se rendían al cabo de cuarenta y ocho horas.

Hazen se apresuró a defender a los jefes. Satanta y Lobo Solitario no podían haber participado en el episodio del Washita, aseguró a Sherman, porque habían pasado la noche anterior a la batalla en su tienda en Fort Cobb. Desmontaron el campamento, porque el ataque de Custer los había asustado, insistió Hazen, y cuando estaban volviendo al fuerte oyeron la noticia de que Sheridan se acercaba, y eso hizo que los kiowas se volvieran «tan incontrolables como una manada de búfalos asustados». [17]

En el enfrentamiento, Sheridan y Hazen solo se jugaban su reputación, pero, en cambio, las vidas de Lobo Solitario y de Satanta pendían de un hilo. Este último, confinado en una tienda bien vigilada, era la viva imagen de la desesperación. Un oficial de caballería lo vigilaba mientras estaba «envuelto en su manta, balanceándose hacia delante y hacia atrás, y salmodiando la más triste y monótona canción de muerte. A veces se agachaba, cogía un poco de tierra y polvo y se la metía en la boca. Después daba una vuelta y […] haciéndose sombra sobre los ojos con la mano, escudriñaba el horizonte para ver si por casualidad se acercaba su gente».

Satanta se salvó. El 20 de diciembre por la tarde, una gran partida de guerreros entró cabalgando en Fort Cobb y, antes del amanecer del día 21, había llegado casi toda la tribu. Sheridan liberó a Satanta y a Lobo Solitario de mala gana. Siempre se arrepintió de que «salvaran el cuello así esos dos desgraciados con los grilletes puestos», máxime teniendo en cuenta que «después, durante años, sus inclinaciones malignas los llevaron a Texas, donde ambos ejecutaron las más terribles carnicerías». **[18]**

En cuanto se salvaron de la soga los jefes kiowas, Sheridan se enteró de que la expedición invernal del comandante Carr había regresado a Fort Lyon tras un mes de soportar las tormentas de nieve en el norte de Texas sin ver a un solo indio. En cambio, el comandante Evans tenía mejores noticias que darle. El día de Navidad diezmó un poblado comanche de sesenta tiendas en Soldier Spring, cerca de las montañas de Wichita. A pesar de que muy pocos comanches de ese desafortunado grupo habían sido culpables de cometer ataques (ni siquiera en Texas), Sheridan se jactó ante Sherman de que la victoria de Evans había dado el golpe definitivo a la columna vertebral de la rebelión india. Era una exageración típica de Sheridan y, aunque en eso era inexacta, su campaña de invierno había alcanzado un considerable éxito. Puede que los cheyenes se le hubieran escapado, pero tenía a los kiowas bajo control, así como a la tercera parte de los comanches. De hecho, de repente Sheridan se encontró a sí mismo con más indios en Fort Cobb de los que podía alimentar. Para prevenir una estampida de indios famélicos, Sheridan comenzó a trabajar en una nueva agencia y puesto kiowa-comanche llamado Fort Sill, construido en tierra salubre más al sur. **[19]**

A continuación, dirigió su atención a los cheyenes y los arapahoes. Primero intentó, en cierto modo, la diplomacia, así que pidió a los jefes que se rindieran sin condiciones o hicieran frente a una guerra implacable. Sheridan pensó que los cautivos del Washita eran su mejor carta, pero su ultimátum cayó en oídos sordos. Los jefes cheyenes y los arapahoes, hablando por última vez con cierta unanimidad, declararon que sus ponis estaban demasiado débiles y Fort Cobb demasiado lejos para hacer un viaje invernal. Sheridan dio tiempo a los indios para reconsiderar su decisión (y el jefe de paz arapaho Pequeño Cuervo aprovechó el intervalo para rendirse),

pero los cheyenes permanecieron inamovibles. La paciencia de Sheridan se agotó. Se acercaba la primavera. Los ponis de guerra engordarían con la nueva hierba, y volverían a empezar los ataques a los asentamientos de Kansas. El 2 de marzo de 1869, envió a Custer con el 7.º de Caballería y con el 19.º de Caballería de Kansas para dar a los enemigos «un tratamiento como el que su pasada conducta y las circunstancias actuales exigían». **[20]**

Sheridan no estaría cerca cuando volviera Custer. El 4 de marzo, Ulysses S. Grant se convirtió en el decimoctavo presidente de los Estados Unidos. Sherman le sucedió como general en jefe del ejército, y Sheridan, a su vez, consiguió una tercera estrella y el mando de la División Militar del Misuri, cuyo centro de operaciones estaba en Chicago. No obstante, su ascenso no era de excesivo interés para los soldados que intentaban sobrevivir al invierno. La expedición de Custer partió mal abastecida, ya que el oficial de intendencia no les había entregado las reses que Custer pretendía llevar con él. Los soldados agotaron sus raciones en dos semanas. Era inútil intentar cazar, puesto que el camino hacia el Llano Estacado transcurría por un páramo arenoso, carente de presas. Lo único que salvó a los hombres de morir de inanición fue el rápido agotamiento de sus monturas, que pasaron a convertirse en alimento.

Los soldados del 7.º de Caballería, al contrario que los voluntarios de Kansas, estaban acostumbrados a las duras marchas de Custer, y a ellos no les sorprendía que siguiera adelante. En consonancia con la proverbial «Suerte de Custer», el 15 de marzo por la tarde, cuando iba a caballo con su ordenanza y sus exploradores osages, muchos kilómetros por delante de los soldados, Custer encontró el poblado de Frente de Piedra en Sweetwater Creek. Preparado para cualquier contingencia, el jefe Medicina Dulce (Sweet Medicine) fue al encuentro del verdugo de Caldera Negra acompañado de una gran escolta, y con las manos y la cara pintadas de rojo, el color ceremonial tanto para la guerra como para la paz. Frente de Piedra invitó a Custer a la tienda de las Flechas Sagradas, diciendo al coronel que lo hacía para que su gente se tranquilizara y vieran que los soldados no pretendían hacer ningún daño. La razón tácita para que Frente de Piedra mantuviera un consejo con Custer era invocar el poder de las medicinas

sagradas para adivinar la verdadera intención del coronel de cabello rubio.

Acompañado solo por su asistente y confiando en su conocimiento del lenguaje de signos, Custer siguió a Frente de Piedra al poblado cheyene. Las intenciones del general eran decididamente beligerantes. Al encontrarse a Frente de Piedra, un miembro de la escolta del jefe había dejado caer que había varios grandes campamentos cheyenes cerca. Custer pensó, erróneo, que pertenecían a los «malvados y sedientos de sangre» guerreros perro. Ahí «estaba la oportunidad que habíamos estado buscando». Custer planeó «dar un castigo bien merecido a los peores de todos los indios». Tenía la intención de hablar hasta que aparecieran sus soldados, tras lo cual atacaría los poblados cheyenes, pero mientras se acercaba a la tienda de las Flechas Sagradas se enteró de que en el poblado había dos jóvenes cautivas blancas, que habían sido capturadas en Kansas ese otoño. «Por supuesto, quedaba descartado adoptar una actitud hostil [porque] el inicio del ataque habría sido la señal para su asesinato». **[21]**

En el consejo, las ceremonias que a continuación se desarrollaron desconcertaron a Custer, que no logró comprender el significado que tenía que su asiento se emplazase detrás de las Flechas Sagradas. Tampoco comprendió el sentido de la «petición u oración al Gran Espíritu» que hizo un hombre-medicina cheyene, que, en realidad, era una invocación para pedir ayuda divina para matar a Custer, en el caso de que se demostrara que sus palabras eran falsas. Para recalcar la cuestión, después de que el coronel fumara la pipa sagrada, Frente de Piedra vació las cenizas en sus botas, una maldición para acelerar su muerte en caso de que volviera a luchar contra los cheyenes. Custer solo fue consciente de que había logrado la promesa de Frente de Piedra de liberar a las mujeres blancas.

Al salir de la tienda, vio la llanura tapizada por cientos de guerreros ululantes, armados y pintados, para el combate. Más allá de ellos, desmontados en línea de batalla se encontraban el 7.º de Caballería y el 19.º de Caballería Voluntario de Kansas. Los de Kansas eran una sombra demacrada, con el rostro tiznado por las hogueras de campaña y los ojos hundidos. Solo el deseo ardiente de vengar a sus amigos y familiares asesinados los había empujado

hacia delante. Cuando el asistente de Custer les ordenó que regresasen al campamento, los soldados quedaron estupefactos. Ignorantes de que había dos cautivas en el poblado, los de Kansas se dispersaron creyendo que los cheyenes le habían tomado el pelo al general. [22]

Dos días más tarde, este se redimió a sus ojos. Los jefes todavía tenían que cumplir la promesa de entregar a las mujeres. En el campamento de Custer había un grupo de jóvenes guerreros, cuya intención en apariencia era entretener a los soldados con filigranas de equitación, pero en realidad cumplían las órdenes de Frente de Piedra de distraer a Custer, mientras el poblado se escabullía. Cuando un oficial le advirtió de la añagaza, Custer actuó enseguida y ordenó a sus hombres que desarmaran y atraparan a los indios. La mayoría de los guerreros escaparon, pero Custer atrapó a cuatro, tras lo cual dio un ultimátum a los jefes cheyenes: o nos entregáis a las mujeres blancas o veréis a vuestros hombres ahorcados.

Al cabo de tres días de discusiones, los cheyenes capitularon y las dos mujeres cruzaron las líneas de Custer aterrorizadas, demacradas y casi desnudas. Para los habitantes de Kansas, su historia era tristemente familiar. Habían sido violadas por varios guerreros, golpeadas sin provocación previa por las mujeres cheyenes, y habían pasado de mano en mano, compradas como objetos u ofrecidas como pago en las apuestas. Como venganza, Custer, faltó a su palabra y se negó a liberar a los hombres cautivos, hasta que los cheyenes se rindieran. Su mala fe asombró a los jefes, uno de los cuales afirmó: «A veces (Custer) les hablaba bien y otras veces mal; no eran capaces de entenderlo. Les dijo que deseaba que le siguieran al Campamento de Avituallamiento, pero les habló de forma tan extraña que no confiaron en él».

A finales de marzo de 1869, Custer se puso en camino hacia su casa, muy pagado de sí mismo. En un entusiasta informe a Sheridan, enumeró sus logros: «Hemos llegado a todos los lugares que frecuentaban las cinco tribus más hostiles. Ahora conocemos sus rutas y escondites habituales. Hemos demostrado a los indios que no están a salvo de nosotros en ningún lugar ni en ninguna estación, y que el hombre blanco puede soportar las inclemencias del invierno mejor que ellos». [23]

No obstante, la llegada de la primavera dejó en agua de borrajas

las fanfarronadas de Custer, ya que con la mejora del tiempo la ventaja táctica pasó a los indios. Unos cuantos grupos de arapahoes se rindieron, pero la mayoría de los cheyenes del sur seguían libres, intentando mantenerse tan lejos como fuera posible del hombre blanco.

En una carta privada escrita desde Fort Sill, el comandante en jefe del puesto, el coronel Benjamin H. Grierson, nada amigo de Sheridan, ofreció un sombrío balance de la campaña invernal, que definió como un «gran fuego de artificio» que había costado la vida a más soldados que indios (sin contar las mujeres y los niños inocentes) y había servido sobre todo para que Sheridan ascendió a general de tres estrellas. Pese a que en el vitriolo de Grierson había parte de verdad, la campaña de Sheridan quebró para siempre los débiles lazos de la unidad tribal cheyene.

A principios de mayo de 1869, a petición de Frente de Piedra, los cheyenes del sur y los guerreros perro se reunieron para decidir qué harían en el futuro. En vez de la búsqueda tradicional de consenso, el encuentro enfrentó al jefe Ropaje Pequeño, que había acudido desde la agencia de Fort Sill para la ocasión, y al jefe de los guerreros perro, Toro Alto. Como portavoz de la facción de paz, Ropaje Pequeño, que había sido un respetado guerrero de los guerreros perro, dio a Toro Alto un alarmante ultimátum que ningún jefe tenía la autoridad de formular: o aceptaba la vida en la reserva del Territorio Indio o se marchaba. Los guerreros perro eligieron lo impensable. No solo abandonarían el Territorio Indio, sino que también abandonarían su amado valle del río Republican.

No sabemos por qué los guerreros perro aceptaron abandonar su territorio sin luchar. Es probable que consideraran el creciente número de colonos que se dirigía hacia su frontera, la vía férrea que avanzaba veloz, y un ejército de pronto muy competente; demasiado para resistir sin sufrir el destino de Caldera Negra. Fuese cual fuese la razón, no se planteaban la vida en la reserva. Los guerreros perro siempre habían sido libres, pronunció Toro Alto, y seguirían siéndolo o, de lo contrario, morirían luchando. Su destino estaría en las Black Hills, donde unirían fuerzas con los oglalas. Con eso finalizó el tumultuoso encuentro del consejo tribal. Doscientos

guerreros de los guerreros perro y sus familias acudieron al río Republican para llevar a cabo la cacería primaveral del búfalo y, según un oficial del ejército bien informado, «dar un último gran golpe» antes de abandonar su tierra. Ropaje Pequeño, por su parte, volvió a la reserva. Frente de Piedra optó por una vía intermedia: permanecería en el norte de Texas con sus doscientas tiendas y esperaría a ver qué ocurría con Toro Alto y Ropaje Pequeño. [24]

La espera fue corta. En cuanto los guerreros perro llegaron al río Republican, se toparon con el 5.º de Caballería del comandante Carr. Este, consternado por su pésima actuación en invierno, buscaba una nueva oportunidad en el Departamento del Platte a las órdenes de un nuevo comandante en jefe, el discreto y competente coronel Christopher C. Augur. El 13 de mayo, a lo largo de las orillas de Beaver Creek, Carr atacó el poblado de los guerreros perro, mató a veinticinco guerreros con el coste de tres muertos y cuatro heridos. Persiguió brevemente a los indios hasta Nebraska, antes de que se dispersaran y les perdiera el rastro. [25]

Los guerreros perro se vengaron con un mes de sangrientas incursiones. Una vez más, Augur desató a Carr, con instrucciones de que se enfrentara en el territorio del río Republican a cualquier guerrero perro que no se rindiera sin condiciones. Cabalgando bajo el mando de Carr estaban el 5.º de Caballería, el Batallón Pawnee del comandante Frank North, y, como jefe guía, un apuesto y locuaz joven de veintitrés años, cazador de búfalos y explorador del ejército, llamado Wiliam F. Cody, conocido como Buffalo Bill. Durante un mes, los guerreros perro esquivaron a Carr, trasladando sus campamentos constantemente y viajando en pequeños grupos. El 10 de julio llegaron a Summit Springs, cerca del río Platte del Sur, al este de Colorado. La mayoría quería cruzar en ese momento el río hasta el territorio lakota. Sin embargo, Toro Alto consideró que el agua estaba demasiado alta y decidió esperar dos días hasta que bajara.

El jefe indio cometió un error fatal. Al día siguiente Buffalo Bill y los pawnees descubrieron el poblado de los guerreros perro, dispuesto en un valle pelado. Era una tarde calurosa y nublada, y los guerreros habían estado toda la mañana fuera quemando hierba para borrar su rastro. En ese momento, estaban ociosos en torno a sus tiendas. Cinco kilómetros más allá, Carr reunió a sus fuerzas

para la carga. Los pawnees tuvieron el honor de liderar el asalto sobre sus acérrimos enemigos. Al cabo de veinticinco minutos, el poblado era suyo. Los pawnees cabalgaron tras los cheyenes que huían, disparando y aullando, mientras la caballería se diseminaba entre las tiendas abandonadas. Era imposible una resistencia organizada. Los guerreros perro lucharon en solitario o en pequeños grupos para dar tiempo a que sus mujeres e hijos escaparan. En medio de la algarabía se oyó la voz de Toro Alto: «Todos los que vais a pie y no podéis escapar, seguidme». Con dos de sus tres mujeres, su hija pequeña, y un puñado de ancianos, Toro Alto se dirigió a un barranco, pero no sin disparar antes a dos mujeres blancas cautivas. Al borde de la quebrada, mató a su caballo y plantó su «cuerda de perro»[*]; defendería su posición hasta la muerte. Una bala en la cabeza acabó con su resistencia. Los únicos cheyenes que salieron vivos del barranco fueron la primera mujer de Toro Alto y su hija, que fueron lo bastante afortunadas como para rendirse al propio North antes de que los exploradores pawnees las atraparan.

Los pawnees perpetraron el grueso de la matanza en Summit Springs, matando sin piedad. Los cheyenes no esperaban otra cosa. «No desprecio a los pawnees por matar a las mujeres o a los niños, ya que, hasta donde yo recuerdo, los cheyenes y los sioux siempre han matado a todos los hombres, mujeres y niños de la tribu pawnee que se han encontrado», dijo un guerrero perro superviviente. «Cada tribu odiaba a la otra con una pasión letal y un corazón salvaje que solo conocían la guerra total». La noción de Sherman y Sheridan de la guerra total palidecía al lado de la de los indios de las llanuras.

Carr logró una victoria absoluta en Summit Springs. Informó de que había 52 cheyenes muertos (sin especificar sexo ni edades), un número incierto de heridos y 17 mujeres y niños capturados. No murió ningún soldado y tan solo uno resultó herido, rozado ligeramente por una flecha. Carr quemó 86 tiendas y capturó 450 ponis. Algunas personas del poblado de Toro Alto llegaron a los campamentos lakotas de Black Hills, pero los guerreros perro dejaron de existir como grupo. En aquellos veinte terribles minutos de Summit Springs, su mundo feneció. Pese a toda su brutalidad, los guerreros perro no habían buscado la guerra con los blancos.

Cuando en 1867, Toro Alto dijo al general Hancock que los guerreros perro solo querían vivir en paz en su hogar en el río Republican fue sincero. Cuando las vías de la Union Pacific comenzaron el camino inexorable hacia su territorio, llevando miles de colonos y espantando a los búfalos, los guerreros perro lucharon para salvar su tierra y su forma de vida de la única forma que sabían, con terribles incursiones concebidas para aterrorizar a los blancos y mantenerles alejados. Pocos blancos comprendieron el comportamiento de los guerreros perro, y muchos menos aún excusaron sus atrocidades. De igual modo, los guerreros perro fueron incapaces de comprender las fuerzas sociales y económicas que empujaban a los blancos a arrebatarles su territorio. No obstante, un destino cruel selló la aniquilación de esta tribu después de que hubieran abandonado la lucha.

Tampoco parece que al comandante Carr se le pasara por la cabeza la posibilidad de que los guerreros perro hubieran actuado como consecuencia de la desesperación y el terror. Entre los restos del poblado abandonado, encontró cartas de los oficiales del Gobierno que, como dijo bromeando a un compañero oficial, «certifican el elevado carácter de ciertos indios, que debe haber degenerado mucho desde que fueron escritas». Una de las cartas era del anterior inspector indio, el ecuánime Edward W. Wynkoop, y en ella hacía hincapié en que Toro Alto tenía un carácter pacífico y no era propenso a la lucha «a menos que los imprudentes actos de los blancos le forzaran a ello». **[26]**

Las palabras admonitorias de Wynkoop se las llevó el viento.

CAPÍTULO 7

La sangrienta Política de Paz

Con los cuestionables triunfos de Custer y las indiscutibles victorias de Carr en el río Republican, la campaña de 1868 y 1869 de Sheridan logró sus objetivos: el oeste de Kansas y el sur de Nebraska quedaron libres de indios hostiles, se garantizó la seguridad en las rutas de viaje y se castigó a los culpables de los ataques de Kansas de 1868, así como a los inocentes del pueblo de Caldera Negra. Las tribus de las llanuras del sur aprendieron que el invierno ya no era su aliado, y que los soldados, cuando actuaban junto a sus auxiliares pawnees y osages, eran un enemigo temible, sobre todo en ese momento en el que el escudo indio se había hecho añicos: los arapahoes habían abandonado su alianza con los cheyenes del sur, que estaban divididos sin remedio; los guerreros perro habían sido eliminados, y los kiowas y comanches siguieron su propio camino, recogiendo raciones en su reserva y causando estragos en Texas.

Resulta paradójico que las victorias de Sheridan tuvieran lugar en un momento en el que el Gobierno federal no estaba lo bastante preparado como para encargarse de las tribus derrotadas. Preocupados como estaban por las amargas medidas de la Reconstrucción, ni el presidente saliente, Andrew Johnson, ni el Congreso fueron capaces de elaborar una política india, «dejando el asunto —tal como dijo el general Sherman—, al albur del azar».

Tanto el ejército como la burocracia de Washington y el Congreso daban palos de ciego. Los líderes del ejército defendían que la Oficina de Asuntos Indios volviera a pertenecer al

Departamento de Guerra (su sede antes de la creación del Departamento del Interior), lo cual, en su opinión, pondría fin a la disputa interdepartamental de la que se aprovechaban los indios. Un perspicaz coronel hizo un símil adecuado: el ejército era «un padre severo pero calzonazos», la Oficina India era la «madre permisiva», y los indios eran los «niños malcriados» que se aprovechaban de las peleas entre los padres. La opinión pública del Oeste, el Congreso y todos los comisionados de paz, excepto el comisionado de Asuntos Indios, Nathaniel G. Taylor, estaban a favor de que la Oficina India volviera al Departamento de Guerra, y en diciembre de 1868 el Congreso aprobó un proyecto de ley de traspaso. [1]

La Oficina de Asuntos Indios protestó de forma estentórea. El comisionado Taylor denominó la medida del Congreso un «equivalente a una guerra perpetua», y advirtió que la administración por parte del ejército provocaría entre los indios «desmoralización y malestar». Sin embargo, cuando Taylor defendía la superioridad moral sobre el ejército estaba pisando arenas movedizas ya que en la Oficina India reinaba la corrupción. Una conocida historia contaba cómo un jefe describía a su representante ante el general Sherman así: «Nuestro agente es un gran hombre. Al llegar trae todas sus pertenencias en una bolsa pequeña y cuando se marcha necesita dos barcos de vapor para llevárselas». Con frecuencia, los agentes se confabulaban con los contratistas y con los comerciantes indios para engañar a los indios con los bienes que les correspondían por sus rentas, revendiéndolos y presentando recibos falsos para evitar ser descubiertos. No es extraño que la Oficina India no tuviera muchos defensores. La opinión pública y la prensa denominaban al nebuloso consorcio de estafadores civiles, políticos fraudulentos y oficiales infractores, el «Indian Ring» y despreciaban sus operaciones ilícitas.

Asimismo, navegando por las procelosas aguas de los asuntos indios estaban los filántropos del este, con su visión idealista de una política india conciliadora. Criticaban con dureza el incumplimiento del Gobierno de las obligaciones de su tratado y exigían que este designara a agentes honestos capaces de controlar la rapacidad en la frontera. La Sociedad Religiosa de los Amigos (los cuáqueros) reclamaba lo mismo al Congreso, aunque con más suavidad. [2]

La elección de Ulysses S. Grant como presidente en noviembre de 1868 parecía un buen augurio para el ejército. Al fin y al cabo, cuando fue general al mando defendió el severo enfoque de la cuestión india de Sherman y Sheridan y condenó la intromisión civil. Pero el presidente electo Grant no era el general Grant y, para sorpresa de los generales, aceptó las ideas de los reformistas, en especial de los cuáqueros. Grant adoptó, además, su sugerencia de sustituir a los agentes corruptos por hombres religiosos, lo que dio a los cuáqueros el control sobre el campo de operaciones más importante (y más complicado) de la Oficina India: la Superintendencia India del Norte, que comprendía seis agencias en Nebraska, y la Superintendencia Central, que abarcaba Kansas y la porción «sin civilizar» del Territorio Indio (es decir, las agencias de los cheyenes del sur y de los arapahoes del sur, y las de los kiowas y los comanches). La atribución de estas superintendencias a la Sociedad Religiosa de los Amigos se conoció como la Política Cuáquera de Grant. Para dirigir las superintendencias y agencias restantes en el Oeste, el presidente seleccionó a oficiales del ejército, honrados y dignos de confianza.

Grant también quería establecer una supervisión independiente de la Oficina India. Para lograrlo, convenció al Congreso de que creara el Consejo de Comisionados Indios. A este consejo, compuesto por ricos filántropos, se le concedió una amplia autoridad para examinar las operaciones de la Oficina India en Washington y sobre el terreno. Y, a continuación, Grant hizo algo aún más importante: eligió a un indio como comisionado de Asuntos Indios.

El nuevo comisionado era Ely S. Parker, un jefe iroqués seneca de pura cepa del norte del estado de Nueva York, además de ingeniero civil, que durante la Guerra Civil ascendió en el estado mayor de Grant hasta alcanzar el rango de general de brigada provisional. Parker era un hombre cuya integridad estaba demostrada. A pesar de que estaba de acuerdo con la visión predominante de que el futuro de los indios se hallaba en la aculturación, se podía contar con él para hacerla lo menos dolorosa posible. En junio de 1869, informó a su personal de los deberes que les correspondían en la Administración de Grant: los agentes indios y sus superintendentes tenían que reunir a los indios de su

jurisdicción en reservas permanentes, iniciarlos en la senda a la civilización y, sobre todo, tratarlos con amabilidad y paciencia. No obstante, los indios que se negaran a asentarse en las reservas serían encomendados al control militar y tratados como «amigos o enemigos en función de las circunstancias».

Grant no veía otra alternativa humana al conjunto de principios de palo y zanahoria de su administración que la prensa había calificado como «Política de Paz», y sus medidas concomitantes consistentes en concentrar a los indios en reservas lejos de los blancos y en unir las pequeñas reservas a otras más grandes pobladas por dos o más tribus, lo cual significaba que aquellas tribus a las que habían prometido territorios exclusivos para ellas iban a perderlos, con independencia de las promesas que les hubieran hecho en los tratados. 129

Pese a que la Política de Paz no tuvo la orientación exclusivamente militar que los generales habían esperado, al menos concedió al ejército un papel influyente y muy bien definido en los asuntos indios. Phil Sheridan interpretó las instrucciones de Parker de modo que se acomodaran a sus propósitos, así que dijo a sus comandantes que debían considerar hostiles a todos aquellos indios que estuvieran fuera de las reservas. [3]

La Política de la Paz comenzó de forma prometedora, al menos desde la perspectiva del Gobierno. Nadie, ni siquiera Parker, se preocupó de lo que pensaban las tribus del Oeste sobre el plan de la Administración de enclaustrarlos y demoler sus culturas. Los agentes indios y los oficiales del ejército trabajaron con relativa armonía. En el otoño de 1869, se produjeron enfrentamientos con indios de forma esporádica, pero ninguno de ellos alcanzó el nivel de guerra abierta, y parecía posible alcanzar una paz general. Al menos hasta que un comandante borracho en el Territorio de Montana desbarató de una forma brutal los meticulosos cálculos de la Administración.

En los lejanos territorios del norte de Montana, hogar de los indios piegan, una pequeña tribu que pertenecía a la Confederación de los Pies Negros, la Política de Paz no tenía mucho sentido. Los límites de las reservas no estaban trazados con precisión, no había una

distinción clara entre indios amigos y enemigos, y apenas existía la deseada cooperación entre el ejército y los agentes indios. Todo era confuso y ambiguo. Los blancos estaban divididos. Los colonos y los mineros que inundaban el territorio piegan exageraban la amenaza india y querían que fueran exterminados, pero los comerciantes de *whisky* y armas querían que se protegiera a sus clientes indios. Los piegan también estaban divididos. El grupo del jefe Corredor Pesado (Heavy Runner) estaba a favor de la paz, pero el de Jefe Montaña (Mountain Chief) hablaba de guerra, si bien se limitaba a robar caballos y a vengar a los miembros de la tribu que habían sido asesinados por los malvados blancos.

El ejército no sabía muy bien qué hacer ante tal situación. El comandante en jefe del distrito militar, el coronel Philippe Régis de Trobriand, tenía una idea exagerada de la amenaza piegan, y quería castigar a Jefe Montaña sin medias tintas. Sus informes provocaron una respuesta poco firme por parte de Sherman y Sheridan. Ambos temían que un paso en falso pudiera provocar otra tormenta pública como la que se produjo tras el episodio del Washita, y Sheridan advirtió a De Trobriand que debía renunciar a llevar a cabo operaciones militares preventivas contra Jefe Montaña, si estas entrañaban algún daño a indios amistosos. El riesgo era real, pues los grupos de Corredor Pesado y Jefe Montaña habían acampado uno cerca del otro en el río Marías, a unos ciento sesenta kilómetros al sudeste del actual Parque Nacional Los Glaciares, pero De Trobriand estaba convencido de que con buenos exploradores podría aislar el campamento de Jefe Montaña y destruirlo. Sheridan le tomó la palabra y le dio permiso para que atacara. Le recomendó para ello al que consideraba el hombre adecuado para dirigir el ataque, el comandante Eugene M. Baker, que había servido bien bajo sus órdenes durante la Guerra Civil y había sido promocionado con un ascenso provisional por su «celo en las acciones contra los indios». Por desgracia, Baker también sentía un gran celo por la botella.

El 19 de enero de 1870, el comandante Baker, en apariencia ebrio, partió con seis compañías de caballería y órdenes explícitas de dejar tranquilos a los hombres de Corredor Pesado. Para asegurarse de que apuntaba al objetivo correcto, le acompañaban dos exploradores: Joe Kipp, un buen amigo de Corredor Pesado, y

Joe Cobell, el marido de la hermana de Jefe Montaña. Sin embargo, Cobell resultó estar más dispuesto a proteger a su cuñado que a cumplir con el deber que le habían asignado.

El 23 de enero, al amanecer, Baker encontró un poblado piegan de treinta y siete tiendas situado en un extremo arbolado del valle del río Marías. Desplegó entonces a sus hombres a pie, en un semicírculo a lo largo de unos riscos que daban al poblado. Hacía un frío intenso y reinaba un silencio mortal. La varicela había atacado el campamento y los piegan, enfermos e indolentes, no habían apostado a ningún centinela. El único piegan que había en pie era un guerrero de diecisiete años llamado Cabeza de Oso (Bear Head), que se había levantado temprano para recoger su caballo, al que había dejado en los riscos. Cuando subía fatigosamente se encontró frente a los soldados. El comandante Baker cogió a Cabeza de Oso y le hizo señas para que guardara silencio. En ese momento, Joe Kipp se dirigió a Baker dando traspiés sobre la nieve y gritando que ese poblado era el de Corredor Pesado, no el de Jefe Montaña. Baker, furioso porque los gritos de Kipp habían alertado a todo el poblado, ordenó que arrestaran al explorador, y dijo a Kipp que daba igual qué campamento fuera, un piegan era un piegan, y él tenía la intención de atacar. Corredor Pesado, que había oído las voces de Kipp, corrió hacia los soldados llevando un salvoconducto de la Oficina India. Joe Cobell disparó al jefe y lo mató, tras lo cual Baker dio la siguiente orden: «Abrid fuego, continuad mientras haya resistencia».

A pesar de que no hubo resistencia alguna, los soldados dispararon igual, y Baker no hizo el menor esfuerzo por detenerlos. Durante treinta minutos de locura, las mujeres y los niños fueron acribillados o quemados vivos en sus tiendas. Cabeza de Oso dijo que Baker reía mientras caminaba entre las ruinas abrasadas y contemplaba los cuerpos calcinados. Casi con la puesta del sol, una endiablada tormenta de viento sopló desde las montañas y recorrió el valle. Las temperaturas rondaban los treinta grados bajo cero. Las fogatas crepitaban en el bosque y, poco después del anochecer, se produjo una estampida de la manada de ponis. A medida que avanzaba la noche, los nervios se iban crispando. Dos muchachos piegan salieron corriendo entonces, con la intención de escapar, pero los capturaron de nuevo y los llevaron ante un vengativo

teniente, que ordenó su asesinato. Cuando los soldados estaban preparando las carabinas, el oficial rugió: «No, no uséis las armas. Coged hachas y matadlos uno tras otro». Los soldados, obedientes, arrastraron a los prisioneros a un lado y les dieron hachazos hasta matarlos.

Baker informó de que habían muerto 173 piegan y habían capturado a 140, con el coste de un hombre muerto, y afirmaba que casi todas las bajas indias eran guerreros, cuando en realidad había matado a 90 mujeres y 50 niños. Sheridan aceptó el informe de Baker al pie de la letra y lo elogió profusamente ante Sheridan por infligir un «castigo bien merecido». Sherman, que tenía sus dudas sobre el recuento de cadáveres, le dijo a Sheridan que se preparara para oír «los gritos de aquellos que dicen que los indios son tan inofensivos».

Esos gritos se oyeron alto y rápido. Los supervivientes piegan dijeron a un investigador de la Oficina India que todos los muertos, excepto quince, eran mujeres, niños y ancianos. El agente tuvo la precaución de calificar esa información como la versión india de los sucesos, pero Vincent Colyer, el secretario del Consejo de Comisionados Indios, lo publicó como un hecho fehaciente. La repulsa del ejército resonó en ambas cámaras del Congreso y en la prensa del Este, que pidió que todos los implicados en esta «estremecedora masacre» fueran sometidos a un tribunal militar. **[4]**

Estas críticas desestabilizaron a Sheridan, que balbuceó las antiguas atrocidades indias, recreándose en los detalles más escabrosos, las mujeres violadas, los hombres castrados y los niños a los que habían machacado la cabeza. El hecho de que los piegan fueran o no culpables de tales crímenes carecía de importancia para él. En un rocambolesco silogismo, afirmó que dado que Colyer había defendido a los piegan, y puesto que los piegan eran indios, no había duda de que Colyer quería que continuaran los crímenes contra los colonos. En cuanto a las mujeres que habían matado, el general afirmó que era probable que lo merecieran porque todo el mundo sabía que las mujeres indias luchaban con más tesón que los hombres. Los arrebatos irracionales de Sheridan, y su defensa de una conducta moralmente reprobable hicieron de él un héroe en la frontera, pero mancillaron enormemente su reputación al este del río Misuri. La masacre de Marías (ya que eso es lo que fue, puesto

que en el río Marías se disparó a sangre fría a más indios inocentes que en Sand Creek) también masacró las esperanzas del Gobierno de obtener el control de los Asuntos Indios. La Ley de Presupuestos del ejército de 1870 puso fin a la práctica de llenar las agencias indias de oficiales del ejército al destituir del cargo a todo oficial que tuviera un puesto civil. La masacre de Marías fue la excusa, pero los votos a favor provinieron sobre todo de congresistas más preocupados por volver a conseguir puestos de patronazgo que por prevenir la muerte de los indios.

Respecto al patronazgo, el presidente Grant fue más hábil que ellos. «Señores —dijo a aquellos que apoyaban la ley—, ustedes han hecho fracasar mi plan para la organización de los Asuntos Indios, pero no se van a salir con la suya porque voy a repartir esos cargos entre las confesiones religiosas, con las que no pueden competir». El presidente venció por jaque mate al Congreso, y la Política de Paz, aunque manchada de sangre, sobrevivió sin ningún cambio sustancial. [5]

Sin embargo, una transformación mucho más profunda flotaba en el ambiente. Poco después de que la masacre de Marías agitara la conciencia de la nación, el comisionado Parker se concentró en lo que él consideraba uno de los aspectos más perniciosos de la política india, el sistema de tratados, la base de las relaciones entre los indios y el Gobierno desde el nacimiento de la República. Él, que había hecho grandes esfuerzos para proteger los derechos de los senecas, sabía de lo que hablaba. Parker argumentó de la siguiente manera: los tratados implicaban acuerdos entre los poderes soberanos con autoridad para obligar al cumplimiento, y las tribus indias no eran naciones soberanas, puesto que sus líderes carecían de dicha autoridad. Parker sostenía que los indios eran tutelados del Gobierno con un «mero título de posesión» sobre las tierras que reclamaban y argumentaba que los tratados daban a las tribus una falsa noción de independencia. «Es hora —dijo Parker— de que se desvanezca esta idea y el Gobierno ponga fin a esta cruel farsa ocupándose de sus desamparados e ignorantes protegidos». El presidente Grant y el Consejo de Comisionados Indios estuvieron de acuerdo. [6]

El efecto práctico del fin del sistema de tratados consistió en conceder mayor libertad al brazo ejecutivo para negociar con los

indios. Los acuerdos alcanzados con los protegidos del Gobierno no requerían una ratificación del Senado como la habían requerido los tratados. Por lo tanto, los comisionados de paz solo deberían responder de sus acciones ante el presidente, su gabinete y la opinión pública.

El jefe Nube Roja no se consideraba a sí mismo «desamparado e ignorante». Al fin y al cabo, fue él quien expulsó al ejército del territorio de las montañas Bighorn, y «su» guerra había sido lo más parecido a una victoria india en las llanuras. Es de suponer la sorpresa e indignación que sintió cuando en primavera de 1869 él y sus guerreros llegaron a Fort Leavenworth para comerciar, tal como siempre habían hecho, y se enteraron de que el tratado que Nube Roja había firmado obligaba a su pueblo a irse con sus negocios a una reserva que designarían para ellos en el río Misuri. Nube Roja también había pensado que el ejército abandonaría Fort Fetterman, construido en el río Platte del Norte en 1867 como base para las operaciones en la Ruta Bozeman, pero el fuerte seguía en pie.

Fue un momento muy delicado que supuso un punto de inflexión en las relaciones de Nube Roja con el hombre blanco. Es evidente que se habían tergiversado los términos del Tratado de Fort Laramie de 1868. Tenía buenas razones para renovar su lucha y contaba a su lado con mil guerreros furiosos. Pero el fuego en Nube Roja se había apagado. La vida en el Territorio Indio No Cedido estaba resultando difícil. La caza era escasa y el invierno había sido duro. Más que luchar, él quería ir a Washington y presentar sus quejas ante el Gran Padre. Aunque, en ese momento, solo hablaba por los oglalas (y, además, solo por una parte de la tribu), la fatídica decisión de Nube Roja representaba el primer paso para una capitulación india en las llanuras del norte. Al no consultar con las otras tribus lakotas, subrayó su falta de unidad. La contención de Nube Roja frente a las argucias del Gobierno puso en marcha la maquinaria para la conquista blanca de las llanuras del norte. Aunque momentáneamente pudieran frenar o revertir su sangriento rumbo, no había quien lo pudiera detener. El general Sherman instó al presidente Grant a que no recibiera a Nube Roja, pero este rechazó el consejo de su viejo amigo y prefirió deslumbrar al jefe

con una visita a Washington cuidadosamente orquestada antes que arriesgarse a tener otra guerra con él.

El 1 de junio Nube Roja y quince subjefes oglalas llegaron a Washington. Allí, en el para ellos ajeno ajetreo de la capital de la nación, se encontraron con el rival de Nube Roja, Cola Moteada y sus jefes. Los brulés estaban furiosos con el Gran Padre. Se habían trasladado por propia voluntad al río Misuri, por lo que el Gobierno se apresuró a reconocer a Cola Moteada como el jefe de los lakotas «amigos». Sin embargo, Cola Moteada odiaba la nueva agencia, ya que en el territorio no había caza, y quería volver a sus antiguos terrenos de caza en Nebraska. Por casualidad, la Administración Grant había llevado a Cola Moteada a Washington para convencerle de que no abandonara su agencia en el río Misuri, al mismo tiempo que pretendía embaucar a Nube Roja para que aceptara ir a otra. El comisionado Parker pensó que habría problemas entre los dos jefes, pero estos dejaron a un lado sus antiguas diferencias para formar un frente unido ante el Gran Padre.

Nube Roja demostró ser un enemigo tan formidable en las oficinas de los burócratas de Washington como lo había sido en el campo de batalla. Primero se reunió con el secretario del interior Jacob D. Cox, cuya vaga promesa de «intentar hacer todo lo correcto» si los lakotas mantenían la paz lo dejó impasible. «Puede que el Gran Padre sea bueno y amable, pero a mí no me lo parece —dijo Nube Roja a Cox—. Lo único que me ha dejado es una isla. Nuestra nación se está deshaciendo como la nieve en la solana de la montaña, mientras que vuestra gente son como las briznas de hierba en primavera cuando va a llegar el verano». Las condiciones de Nube Roja eran firmes. Incluían la eliminación de Fort Fetterman, la prohibición de la entrada a los blancos a las Black Hills y a las montañas Bighorn, privilegios comerciales para los oglalas en Fort Laramie, y ninguna reserva en el río Misuri. A la prensa del Este le encantaron las palabras «sencillas y bravas» de Nube Roja, y las calificó como la expresión elocuente de la «deslealtad y trapacería del Gobierno» que había provocado las Guerras Indias. [7]

El esperado gran consejo con el Gran Padre resultó un fracaso, dado que Grant se negó en redondo a desmantelar Fort Fetterman. A partir de ahí, las negociaciones fueron cuesta abajo. Y, entonces,

Nube Roja sacó su as de la manga. Cuando Cox le leyó a Nube Roja las condiciones del tratado, el jefe dijo que nunca había firmado tal documento y que no tenía intención de cumplirlo. Cox, disgustado, le aseguró a Nube Roja que los comisionados de paz habían sido hombres honrados. «Yo no estoy diciendo que los comisionados mintieran —argumentó el jefe—, sino que los intérpretes se equivocaron. El objetivo de los blancos era reducir a los indios hasta convertirlos en nada. No pienso llevarme este papel. No es más que un montón de mentiras». El consejo se aplazó. Esa noche, varios de los oglalas y brulés ponderaron la idea de suicidarse al pensar que el Gran Padre les había vuelto a engañar. Con grandes reticencias, Nube Roja aceptó otra reunión.

Mientras los lakotas hablaban de quitarse la vida, Cox y Parker estaban reunidos con Grant. En pro de la paz, decidieron ceder. A la mañana siguiente, Cox comunicó a Nube Roja que su pueblo podía vivir cerca de Fort Laramie. A pesar de que solo fue una retirada táctica, por segunda vez en dos años el Gobierno había escuchado a Nube Roja. El Gobierno también permitió a Cola Moteada que reasentara a los brulés en el noroeste de Nebraska.

Si bien tuvo que hacer uso de un gran poder de persuasión, Nube Roja consiguió, al final, reunir a la mayoría de los oglalas (y a un considerable número de cheyenes del norte y arapahoes del norte) en la nueva agencia Nube Roja. Sin embargo, había cinco tribus lakotas fuera de su alcance: los hunkpapas, los sans arcs, los pies negros, los dos calderas y los miniconjous. El espíritu que guiaba a los lakotas antirreserva era un reverenciado jefe de guerra y santón hunkpapa llamado Toro Sentado (Sitting Bull). A sus seguidores se unieron oglalas descontentos que habían frecuentado a un guerrero discreto y enigmático de habilidad sin igual y fama creciente llamado Caballo Loco. Estos lakotas no tenían interés en la Política de Paz ni en ninguna otra oferta del Gobierno; pretendían vivir de acuerdo a su forma de vida nómada tradicional o morir en el intento.

Ely Parker no se tendría que preocupar por esos lakotas que deambulaban en libertad. En enero de 1871, un antiguo presidente del Consejo de Comisionados Indios lanzó una acusación falsa

contra él por defraudar al Gobierno en la compra de suministros indios. Se trataba de una venganza personal y un comité del Congreso absolvió a Parker de los cargos. Sin embargo, ofendido, en agosto de 1871 dimitió.

Al menos, Parker tuvo la satisfacción de ser testigo de la abolición del sistema de tratados mientras estuvo en el cargo. Este sistema murió sin hacer ruido, enterrado en una sola frase de una recóndita cláusula de la Ley de Presupuestos Indios: «A partir de este momento, ninguna nación o tribu india de los Estados Unidos será aceptada o reconocida como nación, tribu o poder independiente con el que los Estados Unidos pueda firmar un tratado». Los indios pasaban a estar bajo la tutela del Gobierno.

El país no prestó excesiva atención a esta cuestión. Sin embargo, lo que aún era polémico de verdad fue la propia Política de Paz. Grant no dejó lugar a dudas sobre cuál era su posición. «Cuando digo "Tengamos paz", lo digo de verdad —anunció en junio de 1871—. No me gusta atacar ni disparar a esos pobres salvajes. Quiero aplacarlos y conseguir que sean ciudadanos pacíficos. No se puede atormentar a la gente para obtener su aprecio. Aunque sean indios, a los enemigos se los convierte en amigos por medio de la bondad». **[8]**

La prensa del Este ensalzó la Política de Paz. «En su discurso inaugural el general Grant proclamó "Tengamos paz", y TUVIMOS PAZ», declaró un periódico de Maine. La Política de Paz ha obrado «maravillas», dijo con entusiasmo *The Philadelphia Post*. «Ya no hay guerreros armados que se vean inducidos a cometer asesinatos y atrocidades por los robos de políticos sin principios que actúan como agentes. Las tribus nómadas se están asentando en reservas, cambiando el cuchillo de arrancar cabelleras por el arado, y gracias a los [cuáqueros] están olvidando la barbarie». El *New York Tribune* predijo el inminente «fin de nuestras Guerras Indias y que se enterraría el hacha de guerra desde Oregón hasta Texas». Parecía que, por fin, había llegado en el Oeste la aurora de un nuevo día. **[9]**

Excepto si uno era un texano de la frontera. Los comanches y los kiowas llevaron a cabo razias en el interior del Estado de la Estrella Solitaria, con lo que volvieron a desplazar 240 kilómetros la delgada línea de los asentamientos fronterizos. Robaban miles de caballos y cabezas de ganado, pedían rescate por las mujeres y los

niños cautivos, y torturaban y mataban siempre que les venía en gana. Puede que los periódicos del Este hablaran con gran convicción de que los indios estaban enterrando metafóricas hachas de guerra, pero las únicas hachas de guerra que conocían los texanos eran reales, y donde las estaban enterrando los indios con una frecuencia pasmosa era en los cráneos de los colonos.

En primavera de 1868 se produjo un atisbo de esperanza cuando los kiowas y los comanches acudieron a Fort Cobb, en el Territorio Indio, su agencia asignada en el Tratado de Medicine Lodge, para recibir las raciones y los regalos prometidos. Los kiowas y los comanches no estaban demasiado contentos de que Fort Cobb estuviera en el territorio de los indios wichitas en vez de en el suyo, pero querían dar una oportunidad al Gran Padre; al menos esa fue su intención hasta que los recibió un empleado con los almacenes vacíos y la noticia de que el agente indio había dimitido. Los indios, furiosos y hambrientos, saquearon la agencia y volvieron a iniciar sus incursiones contra los asentamientos de Texas con mayor frecuencia y ferocidad.

Los texanos culparon del aumento de los ataques a la Política de la Paz de Grant con razón. La Política de la Paz prohibía a los soldados entrar en la reserva Kiowa-Comanche si no lo solicitaba el agente, lo cual significaba que los indios solo tenían que esquivar a los soldados que los persiguieran y entrar en los límites de la reserva, algo bastante sencillo. Un editor de Dallas, al ver cómo saqueaban con impunidad, dijo enfurecido que solo en Texas era tan insignificante para el Gobierno federal la vida de los americanos y tan apreciados los «privilegios de unos bárbaros salvajes».

Una vez a salvo en la reserva, los indios no esperaban que les fuera a molestar el nuevo agente, Lawrie Tatum, un calvo y fornido granjero cuáquero de Iowa, de mediana edad, al que recibieron con desdén. Tal como dijo Satanta a Tatum, la única parte del sendero del hombre blanco que le interesaba eran los rifles de retrocarga y la munición. Otro jefe explicó el *modus operandi* de los kiowas: van por el sendero de la guerra, matan a unos cuantos y roban tantos caballos como pueden, hacen que los soldados los persigan durante un buen rato y, a continuación, esperan a que el Gobierno los

soborne con suministros y rentas para que dejen de saquear. Tatum llegó a la conclusión de que los kiowas, «parecían tan sanguinarios que no se les podía controlar». [10]

A pesar de todo, iba a intentarlo. Encontró un alma gemela en el coronel Benjamin H. Grierson, el comandante de Fort Sill. Grierson prometió ayudar a Tatum con el espíritu «de los filántropos y las buenas personas de la tierra» y aseguró al agente que no se mataría a los indios para satisfacer a los texanos «genocidas», mientras él se hallara al mando. Lo cual quizá no iba a ser por mucho tiempo. Las simpatías reformistas de Grierson le hicieron odioso para Sheridan. Lo único que se interponía entre el compasivo coronel y su destitución era su amistad con Sherman y Grant, los cuales lo apreciaban por su soberbio expediente de guerra.

Las dudas de Sheridan sobre la idoneidad de Grierson estaban justificadas. Los comanches y los kiowas interpretaron la contención de Grierson como debilidad y, en consecuencia, se envalentonaron. Los comanches de la reserva inauguraron la temporada de incursiones de 1870 robando veinte caballos de la agencia y arrancándole la cabellera a un hombre cerca de la oficina de Tatum. Para no ser menos, un grupo de guerreros kiowas robó una manada de mulas y mató a tres soldados. El joven líder de guerra Gran Árbol (Big Tree) intentó capturar las monturas del 10.º de Caballería, cosa que habría conseguido si un guerrero no hubiera disparado de forma prematura alertando así a los Buffalo Soldiers. Hasta el mismo Pájaro Pateador siguió el sendero de la guerra. Satanta se había burlado de él diciendo que era débil y cobarde por elegir la senda del hombre blanco. Para recuperar su honor, Pájaro Pateador hizo algo a lo que Satanta no se habría atrevido nunca. Dirigió a unos guerreros kiowas contra el destacamento de caballería en una guerra abierta, mató a tres soldados e hirió a doce sin perder a ningún hombre; incluso atravesó a un soldado con su lanza. Esta sería, sin embargo, su última pelea. Con esta intrépida acción, Pájaro Pateador había demostrado a su pueblo que deseaba la paz por convicción, no porque temiera luchar contra los soldados blancos. Al parecer, Sherman comprendió su estrategia; en todo caso, no lo castigó.

En cambio, lo que Sherman no podía tolerar era que los texanos acusaran a Tatum y a Grierson de suministrar a los guerreros armas

y munición destinada a los indios pacíficos; una diferencia muy vaga, sin duda. Sherman pensó que formaba parte de un plan para distraer al ejército de sus tareas de Reconstrucción en el estado exagerando la amenaza india, y se puso en camino para ver si era verdad, viajando con una escolta armada desde San Antonio a Fort Richardson. Al no encontrarse con ningún indio hostil, Sherman llegó a la conclusión de que los texanos debían preocuparse de su propia defensa, al menos hasta que llegó a Fort Richardson el 18 de mayo de 1871. Un arriero moribundo acababa de entrar en el fuerte tambaleándose con una desgarradora historia: allí fuera, cerca de Jacksboro, un gran grupo de guerreros había asaltado la caravana de un tal Henry Warren, asesinando a siete de sus compañeros. Sherman se quedó estupefacto. Tan solo unas horas antes, había atravesado ese mismo lugar. Tras ordenar al comandante de Fort Richardson, el coronel Ranald S. Mackenzie, que localizara a los culpables, Sherman se apresuró a ir a Fort Sill para que Tatum y Grierson le informaran de si los guerreros eran indios de la reserva. **[11]**

Ranald S. Mackenzie era un tipo curioso. Había nacido en una familia próspera, e ingresó en West Point a los dieciocho años, en 1858, un año después que George Armstrong Custer. Las similitudes entre los dos eran tan asombrosas como las diferencias. Al igual que Custer, Mackenzie era gregario y amante de la diversión. Al contrario que él, era modesto, caballeroso y mucho mejor estudiante. Custer se graduó el último de la clase de 1861; Mackenzie se graduó el primero un año más tarde. Ambos eran jóvenes comandantes de campaña audaces y dotados, pero Custer tenía mejor suerte. Salió de la Guerra Civil indemne, mientras que Mackenzie sufrió seis heridas, entre las que se incluían la pérdida de los dedos pulgar e índice de la mano derecha. Los soldados del 4.º de Caballería lo llamaban Jack Tres Dedos. Los indios lo llamaban Mano Mala. Cuando se ponía nervioso, Mackenzie chasqueaba los muñones de los dedos con vigor. Si con sus subordinados era cáustico y crítico, y tenía entre ellos una bien merecida fama de estricto, con las mujeres era curiosamente tímido. Custer tenía a la bella y tempestuosa Libbie para controlarlo; Mackenzie era un

soltero empedernido.

Mackenzie y Custer ascendieron al mando de una división durante la Guerra Civil. Puede que el elegante Custer fuera el preferido de la opinión pública, un joven general que adornaba la portada del *Harper's Weekly*, pero Mackenzie gozó de un mayor prestigio en el servicio. Al final de la guerra, el general Grant lo consideraba «el joven oficial más prometedor del ejército». Tras tres años al servicio de la Reconstrucción como coronel de un regimiento negro, en 1870, Mackenzie fue nombrado comandante del 4.º de Caballería. A pesar de que el regimiento no sentía especial cariño por su comandante, se plegaron a su voluntad, y al final se convirtieron en una experta unidad, superior en disciplina y efectividad en el combate al 7.º de Caballería de Custer. **[12]**

El ayudante del 4.º de Caballería estaba con la patrulla que había descubierto los restos de la caravana de Warren. El espectáculo se le quedó grabado a fuego en la memoria, e informó de cada espantoso detalle. En el lugar había cadáveres desperdigados, desnudos, decapitados, sin caballera, acribillados con flechas. Les habían sacado los sesos y les habían cortado el pene, que después habían introducido en la boca de las víctimas. La evidencia de tortura era indiscutible. Habían destripado a las víctimas, mientras estaban aún con vida y les habían introducido ascuas dentro. Atado entre dos carromatos, había un cadáver quemado, desplomado sobre un fuego aún humeante.

El hecho de que Sherman no hubiera sufrido un destino parecido fue consecuencia de un sueño que había tenido un kiowa. La noche anterior al ataque de la caravana de Warren, un ancestro muerto bastante tiempo atrás había comunicado a Maman-ti, el jefe de un grupo guerrero, que debía evitar atacar al primer grupo que pasara por el lugar en el que había planeado la emboscada. La medicina de Maman-ti era potente y nadie se atrevió a desafiarlo ni a él ni a su visión. Pocos blancos conocían a Maman-ti, ya que trabajaba a la sombra, instigando casi cada incursión kiowa producidos a principios de la década de 1870. **[13]**

Satanta, que participó en el ataque como subordinado, ahorró a

Sherman la molestia de tener que investigar el asunto. Cuando los jefes kiowas (menos Maman-ti, que se mantenía alejado de los blancos excepto para matarlos) llegaron a la agencia el 28 de mayo para recoger sus raciones semanales, Satanta alardeó ante Tatum de que él había dirigido el ataque. También implicó a su primo Gran Árbol y al anciano jefe Satank. Acto seguido, y por si eso fuera poco, pidió armas y munición para asesinar a más texanos. Eso era mucho más de lo que incluso un cuáquero podía soportar. Tatum se libró de Satanta aconsejándole que fuera a ver al gran soldado-jefe que, en ese momento, estaba de visita en Fort Sill. En cuanto Satanta salió de la oficina del agente, bastante satisfecho consigo mismo, Tatum se apresuró a escribir a Grierson, para pedirle que reuniera a los jefes kiowas con el pretexto de mantener un encuentro con el general Sherman y así arrestar a Satanta, Satank y Gran Árbol.

Cuando Satanta llegó, encontró a Sherman paseando por el porche frontal de Grierson. Poco a poco, fueron llegando los otros jefes. Los kiowas, curiosos, se amontonaron a su alrededor. Envanecido por la presencia de una audiencia, Satanta repitió su versión del ataque. Muy bien, respondió Sherman; Satanta, Satank y Gran Árbol estaban ahora arrestados y se les enviaría a Jacksboro para que los juzgaran por asesinato. Por un momento, Satanta, asombrado, no supo qué hacer, ya que nunca lo había amenazado ningún hombre blanco. A continuación, retiró a un lado su manta, cogió el revólver, y gritó que prefería morir antes que enfrentarse a un tribunal de Texas. Sherman hizo la señal que había acordado, las ventanas se abrieron de golpe, y Satanta se vio frente a los cañones de los rifles de un escuadrón del 10.º de Caballería, los Buffalo Soldiers. El gran fanfarrón kiowa se encogió y, acobardado, dijo a Sherman que él no había sido más que un reticente miembro de una partida de guerra.

La tensión se relajó un momento, pero pronto apareció otro destacamento del 10.º de Caballería que llevaba a un desaliñado Gran Árbol, el cual había intentado escapar. Con la deshonrosa aparición de Gran Árbol, se caldearon los ánimos. Mientras Pájaro Pateador hablaba con Sherman, otro jefe apuntó con su arco al general, pero un sensato guerrero kiowa le dio un golpe en el brazo y la flecha erró el blanco. Entonces, el jefe Lobo Solitario (Lone

Wolf), que se había unido a la reunión tras la insistencia de Pájaro Pateador, levantó su rifle. Grierson se abalanzó sobre él, tirando al suelo sin querer a Pájaro Pateador, y los tres hombres se cayeron en el porche. Sherman se mantuvo sereno y ordenó a los soldados que no dispararan. El coronel y sus jefes se desenredaron y los kiowas se tranquilizaron. Por segunda vez en Texas, Sherman se había librado de la muerte. Durante la conmoción, Satank se sentó con calma a fumar su pipa y le dijo a Satanta: «Si quieres salir de este asunto contando historias lastimeras, allá tú. Yo me voy a quedar aquí sentado sin decir nada». [14]

Satank había sido miembro del grupo de guerreros de Maman-ti, pero solo se había unido para vengar la muerte de su hijo favorito, al que habían matado el verano anterior en una incursión. El viejo jefe casi había enloquecido de dolor. Desde que encontró en la pradera de Texas los restos de su hijo devorado por los buitres, había vagado desconsolado, dispuesto a todo, por los poblados kiowas llevando un caballo con los huesos de su hijo.

Sherman ordenó que esposaran a Satanta, a Satank y a Gran Árbol y que los metieran en el calabozo. El 8 de junio los soldados los subieron a unos carromatos para llevarlos a Jacksboro. Era un viaje que Satank no tenía la intención de completar. Pertenecía a una sociedad que comprendía a diez de los kiowas más valientes, fieles a la muerte antes que al deshonor. A medida que los carromatos rechinaban por la pradera, Satank se cubrió con una manta y entonó el canto fúnebre de su pueblo. Mientras cantaba, se liberó de las esposas rasgándose la piel en el forcejeo. Sacó un cuchillo que llevaba oculto en los calzones, apuñaló a un guarda y cogió la carabina del otro. Antes de que Satank pudiera usarla, un cabo que iba en el otro carromato le disparó dos balas al pecho. El coronel Mackenzie arrojó su cuerpo a un lado del camino. [15]

Para Satanta y Gran Árbol, la justicia vaquera de Jacksboro fue rápida y predecible. Los declararon culpables de asesinato y los sentenciaron a la horca. Pero tanto el juez como Lawrie Tatum, convencidos de que un confinamiento permanente sería un castigo mucho más severo que una muerte rápida en la horca, persuadieron al gobernador de Texas de que conmutara la sentencia por cadena perpetua en la penitenciaría de Texas. La decisión del Gobierno enfureció no solo a los texanos sino al general Sherman, que dijo

que si volvía a oír a esos indios alardear de sus asesinatos, «no se preocuparía por juzgarlos, sino que haría que les cavaran una tumba de inmediato». [16]

Pero primero tenía que encontrar a los kiowas que habían escapado de la agencia en cuanto arrestaron a los jefes. Grierson y Tatum pensaron que estarían en algún lugar entre Fort Sill y el Llano Estacado; sin embargo, lo que nadie adivinó fue en qué estado de ánimo se hallarían. A Mackenzie se le ocurrió una solución: encontrar, desmontar, desarmar, y después obligar a los comanches y a los kiowas a convertirse en campesinos.

Sherman encargó la tarea a Mackenzie. Durante cinco semanas, el 4.º de Caballería peinó la pradera de Texas abrasada por el sol en busca de bandas errantes de comanches y kiowas. Fue la introducción de Mackenzie a una campaña en territorio comanche-kiowa, y la experiencia resultó atroz. El agua era muy escasa, estaba caliente y apestaba a yeso. Los excrementos de búfalo flotaban sobre la superficie manchada de orina. Los hombres y los animales cayeron enfermos. No había ni hierba ni ningún kiowa a la vista, debido, en gran medida, al miedo de Satanta a la soga. En efecto, antes de abandonar Fort Sill, Satanta había dicho a su pueblo que se comportase. La mayoría hizo caso a su consejo y volvió a la reserva.

A pesar de que el arresto de los tres jefes kiowas inclinó la balanza tribal del poder hacia Lobo Solitario y la facción guerrera, Pájaro Pateador siguió esforzándose por lograr la paz. Reunió cuarenta y una mulas robadas y se las dio a Tatum para indemnizar a Henry Warren de acuerdo con las condiciones de paz de Sherman. El general al mando cumplió su promesa y dio la orden a Mackenzie de que regresara. La decepción de este fue tan grande que sus ayudantes dijeron que «parecía haber poseído su alma y haberle arrebatado la paz de espíritu». [17]

Por fortuna para el joven coronel de enfermizas intenciones, quedaba otro enemigo contra el que luchar, los místicos y terribles comanches quahadis.

La Política de Paz impedía a Mackenzie entrar en la reserva Kiowa-Comanche, pero le daba vía libre en Texas, e iba a aprovecharlo al máximo. El 3 de octubre de 1871 partió con sus seiscientos soldados

y oficiales y con veinticuatro exploradores tónkawas en una expedición contra los comanches quahadis, los señores indiscutibles del Llano Estacado. Los quahadis, fieros e independientes, y por lo general hostiles, nunca habían saboreado la derrota. Vivían en un territorio de altas llanuras más grande que Nueva Inglaterra, una vastedad semiárida que, en realidad, estaba plagada de vida animal y de buenas aguas, siempre que uno supiera dónde buscar. La grandeza del lugar era indiscutible. Visto desde el este, el Llano Estacado parecía una fortaleza inexpugnable. Sita en el centro del «Mango» de Texas, la parte alta del Llano Estacado descendía hacia las llanuras bajas de Texas en una caída escarpada de asombrosa magnitud llamada Caprock Escarpment, una sucesión, con aspecto de dentadura, de colinas, crestas, desfiladeros y hendiduras interrumpidas por el cañón de Palo Duro, el segundo cañón más grande de Norteamérica y el lugar de acampada favorito de los quahadis. Estos también frecuentaban el ancho, pero menos empinado, cañón Blanco y el nacimiento del McClellan Creek, uno de los muchos afluentes de Texas que nacían en Caprock.

Su compatriotas comanches estaban de acuerdo en que los quahadis eran los guerreros más hábiles (y más despiadados) de la tribu. Algunos comanches incluso los temían. Todos los indios de las Llanuras del Sur envidiaban su riqueza, que se medía en caballos. Se decía que tenían una manada de quince mil cabalgaduras, cuando los quahadis no eran más de 1200). Este pueblo solo tenía contacto con los blancos para matarlos, secuestrarlos o robarlos. Trocaban sus inmensas existencias de ganado texano robado, junto con las mujeres y los niños cautivos, con los comerciantes renegados de Nuevo México, llamados comancheros, a cambio de armas, munición y *whisky*.

La ruta de Mackenzie conducía hacia el poblado del brillante joven jefe de guerra comanche Quanah. Este, de tan solo veintitrés años, era el hijo de un famoso jefe de guerra comanche y de Cynthia Parker, la hija de un antiguo colono de Texas. A ella la capturaron a los nueve años y creció como una comanche. Quanah perdió a sus padres a los doce años a manos de los Texas Rangers que mataron a su padre y «liberaron» a su madre contra su voluntad. Ni que decir tiene que Quanah albergó un odio terrible contra los blancos. Entre su propio pueblo, Quanah era sociable y

optimista, moreno, apuesto, grande, y de miembros largos, y su sangre anglosajona se reflejaba en su nariz aquilina y sus ojos grises. Su destreza en la guerra hizo que se ganara la lealtad de casi la mitad de los quahadis. **[18]**

Mackenzie llegó a la base del Llano Estacado en un punto situado a menos de veinte kilómetros del poblado de Quanah, donde sorprendió al joven líder guerrero extrañamente desprevenido. Por fortuna para Quanah, Mackenzie no tenía ni idea de que estaba tan cerca del enemigo, y el 9 de octubre por la noche acampó cerca de la boca del cañón Blanco, tomando solo algunas precauciones rudimentarias contra un ataque.

Quanah golpeó a medianoche. Chillando, haciendo sonar cascabeles y agitando mantas de búfalo, los quahadis sobrepasaron al galope el perímetro de los guardas de Mackenzie y provocaron la estampida de la manada de caballos, lo que aterrorizó a los soldados. Fogonazos cegadores iluminaron la noche. Los caballos bufaban y coceaban y las piquetas de hierro que los sujetaban silbaban por los aires como fragmentos de metralla. Los soldados que intentaron contenerlos se vieron arrastrados y al soltar las cuerdas que los sujetaban se les quemaron y laceraron las manos. Los quahadis se escabulleron con sesenta y tres caballos, incluido el de Mackenzie.

Quanah pensaba que los soldados darían medio vuelta, pero Mackenzie siguió avanzando, lo que obligó el 10 de octubre a que este a llevara a cabo una acción de retaguardia para cubrir a las mujeres y niños de su tribu mientras escapaban. Quanah disparó a bocajarro en la cabeza a un soldado aterrorizado, la única baja en lo que el ejército denominó la batalla del Cañón Blanco. A continuación, intentó varias estratagemas para esquivar a los rastreadores tónkawas de Mackenzie (enemigos mortales de los comanches). Dividió al poblado, escaló y descendió varias veces el Caprock, borró sus huellas y volvió sobre sus pasos en dirección a los perseguidores. Sin embargo, estos trucos tradicionales le fallaron y el 12 de octubre los tónkawas encontraron al poblado quahadi reunido en el Llano Estacado. Siguiendo a sus exploradores, Mackenzie y sus soldados escalaron el Caprock Escarpment bajo el negro cielo. En el Llano Estacado, la temperatura se desplomó. Un viento helador azotó sus filas. Los guerreros comanches hostigaron

los flancos de Mackenzie «como abejas enfadadas», intentando alejar a los soldados de sus mujeres y niños. Cuando, al fin, divisaron el poblado a un kilómetro y medio de distancia, comenzó a nevar y granizar. Los soldados esperaron expectantes la orden para atacar, la mayoría pensando que capturarían el poblado, pero Mackenzie dio el alto, y los indios desaparecieron en la tormenta.

Mackenzie nunca explicó sus razones para no atacar, pero fue una decisión prudente. Sus caballos estaban escuálidos y flojos, y los soldados se aguantaban solo por pura adrenalina. Además, sus provisiones eran demasiado escasas como para que Mackenzie asumiera el lastre de tener que viajar con mujeres y niños cautivos, cuando además los guerreros de Quanah les acosarían en cada palmo del camino. A pesar de eso, la campaña no fue inútil. Mackenzie aprendió lecciones muy valiosas en la lucha contra los indios. Y, lo que es más importante, demostró que podía atrapar a los quahadis en su propio terreno. **[19]**

Y, ¿qué era de los kiowas? Llevaban diez meses en calma, aunque estaban preocupados por sus jefes cautivos, pero en abril de 1872 el aburrimiento pudo con los jóvenes guerreros de la tribu y las bandas de guerra barrieron Texas. En junio, Lawrie Tatum autorizó que el ejército atacara a los kiowas hostiles allí donde los encontrara, incluida la reserva. Las tropas recibieron con alegría la noticia, pero Tatum fue desautorizado por su superior cuáquero, el superintendente de Kansas y del Territorio Indio, el cual le amonestó y subestimó sus informes acerca de las atrocidades indias. Convencido de que la persuasión moral tendría éxito porque esa era la voluntad de Dios, el superintendente convocó un consejo general de las tribus del Territorio Indio que solo sirvió como escenario para que los kiowas alardearan de los últimos estragos que habían cometido y, en buena medida, para pedir que se eliminara Fort Sill.

A continuación, el secretario del interior hizo un intento. Llevó a una delegación de los jefes kiowas y comanches a Washington con el habitual propósito de intimidar a los indios con el poderío del hombre blanco. Tuvo éxito y consiguió amedrentar a los jefes, los cuales regresaron desanimados y privados de buena parte de su espíritu de lucha. Sin embargo, los hombres de la tribu se burlaron

de las historias que les contaban sobre enormes tipis de piedra, tan grandes como para contener a todos los kiowas, y de masas de hombres blancos más numerosos que búfalos, que consideraban ilusiones provocadas por la medicina del hombre blanco. Los jefes al menos volvieron con una buena nueva: el comisionado de Asuntos Indios había prometido liberar a Satanta y a Gran Árbol si los kiowas se portaban bien.

Pero el comisionado se había excedido en sus atribuciones. Los prisioneros pertenecían a Texas y solo los podía perdonar el gobernador. Los superiores cuáqueros de Tatum celebraron la inútil promesa del comisionado. No así Tatum, que, cansado de trabajar con objetivos contradictorios con sus idealistas correligionarios, presentó su dimisión. Si algún otro creía que se podía domesticar a los kiowas por medio de la bondad, concluyó Tatum, «debería tener la oportunidad de hacerlo». **[20]**

El año 1872 trató a Ranald Mackenzie mejor que a Tatum y nuevos y audaces oficiales asumieron sus cargos. Christopher C. Augur, que había expulsado a los guerreros perro del oeste de Kansas, asumió el mando del Departamento de Texas. El general Sherman, para entonces tristemente consciente de las realidades de la frontera de Texas, dirigió la transferencia del Departamento de Texas a la División Militar del Misuri de Sheridan, y cambió la misión del ejército en el Estado de la Estrella Solitaria de reformar a exconfederados por la de contener a indios hostiles.

Además de contar con la agresividad de sus nuevos superiores, Mackenzie se apuntó un tanto de espionaje cuando una patrulla de caballería capturó a un comanchero dispuesto a intercambiar el secreto para viajar por la Llanura Estacada a cambio de que le perdonaran la vida. Este les dijo que en la Llanura había un buen camino de caravanas con abundantes fuentes de agua por el cual los comancheros llevaban al Territorio de Nuevo México el ganado conseguido a través del trueque, así como un camino de regreso igualmente bueno más al norte. Obedeciendo las órdenes de Augur de interrumpir el comercio comanchero, Mackenzie recorrió la Llanura Estacada durante la mayor parte del verano arrastrando con él al informador. Aunque le esquivaron tanto los comancheros como

los comanches, aprendió a operar (y a sobrevivir) en su terreno. [21]

En septiembre, Mackenzie se equipó de nuevo y regresó al Llano Estacado. Al cabo de ocho días, sus exploradores tónkawa descubrieron una nueva ruta que conducía al campamento del jefe comanche kotsoteka Mow-way, un famoso saqueador y un gran aliado de los quanah que en una ocasión dijo a los negociadores del Gobierno que «cuando traten a los indios allí dentro (en la reserva) mejor de lo que estamos fuera, será el momento de entrar». Quizá Mow-way pensó que el momento se aproximaba, puesto que se ausentó del poblado para hablar con los «hombres de paz» blancos justo antes de que atacara Mackenzie.

El 4.º de Caballería destruyó el poblado de Mow-way, asesinó a 52 indios y capturó a 130, la mayoría mujeres y niños, además de a toda la manada de ponis de los kotsotekas. Los tónkawas, que habían encontrado el poblado, demostraron ser mejores rastreadores que guardas de ganado. Esa noche, los guerreros kotsotekas no solo recuperaron sus ponis sino que también despojaron a los tónkawas de los suyos. A la mañana siguiente, los exploradores entraron en el campamento, «pesarosos, avergonzados y abatidos», llevando un pequeño burro que cargaba con sus sillas. Mackenzie se enfureció. Según las palabras de un sargento: «Después de aquello no se volvió a hacer ningún esfuerzo por guardar una manada de ponis indios salvajes capturados. Los mataban a todos a tiros». [22]

A pesar de la pérdida de los ponis que habían capturado, la batalla de North Fork sobre el río Rojo supuso una victoria especial para el ejército. Nunca antes habían tenido los comanches tantas bajas de guerreros ni tantos cautivos, ni se habían visto tan impotentes a la hora de vengar una derrota. Cientos de comanches antirreserva, asombrados y contritos, acudieron en masa a la agencia. Incluso llegaron también algunos quahadis, que entregaron a los rehenes blancos y prometieron enviar a sus hijos a la escuela y dedicarse a la agricultura. Sin embargo, no era más que una trampa para inducir al Gobierno a devolver a las mujeres y niños kotsotekas, y funcionó. En junio de 1873, el superintendente cuáquero (el anterior jefe de Tatum), que era un ingenuo, liberó a los cautivos. Al cabo de tan solo unos días, los guerreros comanches ya estaban otra vez en el sendero de la guerra en Texas. Sin

embargo, Mackenzie ya no estaba allí para detenerlos. Sheridan lo había enviado a Río Grande para que pusiera fin a las incursiones de los indios kikapú de México. Los planes para la derrota final de la resistencia comanche tendrían que esperar a su regreso. [23]

La Política de Paz, aunque herida y maltrecha en las llanuras del sur, seguía proyectando una larga y, en general, benévola sombra. En octubre de 1873 alcanzó a los kiowas, que, tras haber renunciado a la guerra ese año, fueron recompensados con el regreso de Satanta y Gran Árbol, a los que el gobernador de Texas concedió la libertad con la condición de que los kiowas mantuvieran la paz. Mas solo la facción de Pájaro Pateador cumplió el acuerdo. En cuanto liberaron a los jefes cautivos, los saqueadores kiowas se pusieron en camino hacia el sur, en dirección a México. El general Sherman criticó con severidad al gobernador por liberar a los jefes. «Con una pequeña escolta corro el riesgo de jugarme la vida, y […] déjame que te diga lo siguiente: que no tengo la intención de volver a asumir de forma voluntaria ese riesgo por el bien de tu frontera, que creo que Satanta y Gran Árbol querrán venganza… y que si tienen la intención de arrancar alguna cabellera, la primera que deberían coger sería la tuya». [24]

Sherman se equivocaba en lo concerniente a Satanta. El jefe comprendió las condiciones de su libertad. Quizá por primera y única vez los saqueadores kiowas no partieron a caballo con la bendición del taimado jefe. Durante las negociaciones para su liberación, Satanta había prometido «abrazar a mi padre de Texas y tenerlo junto a mi pecho», y lo decía en serio. En cambio, Lobo Solitario estaba furioso y albergaba una rabia asesina. Su hijo había sido uno de los primeros en volver a la guerra, y los soldados lo habían abatido cerca de Río Grande. Cuando el grupo guerrero llevó a su casa el cuerpo del joven, Lobo Solitario se cortó él mismo el pelo, mató a sus caballos, quemó sus tiendas, y juró vengarse.

En medio de este interminable torbellino de odio, Pájaro Pateador predijo un fin apocalíptico para todos: «Me temo que va a correr la sangre, y mi corazón está triste —dijo a un amigo cuáquero—. El hombre blanco es fuerte, pero no puede destruirnos del todo en un año. Le llevará dos o tres, quizá cuatro años. Y

entonces el mundo se volverá agua o arderá. Es nuestra madre, y no puede vivir si todos los indios están muertos». [25]

El círculo en torno a las tribus de las llanuras del sur se fue estrechando. Los cheyenes y los arapahoes del sur llevaban siendo indios de las reservas desde 1869. Los comanches estaban mutilados. Solo quedaba en completa libertad el grupo quahadi. A los saqueadores comanches y kiowas sus incursiones en Texas cada vez les resultaban más costosas, como podía confirmar Lobo Solitario. Así estaban las cosas dentro de los límites del mundo de Pájaro Pateador. Más allá de su horizonte, los lakotas y los cheyenes del norte seguían dominando en las llanuras del norte. Los blancos todavía no habían amenazado el Territorio Indio No Cedido, pero aumentaba la presión en el límite este del territorio lakota, y desde la Guerra de Nube Roja había habido pequeños enfrentamientos esporádicos entre los lakotas y el ejército. A pesar de eso, más de la mitad de los lakotas y de los cheyenes del norte y casi todos los arapahoes, se habían dirigido de forma voluntaria a las agencias de la Gran Reserva Sioux. No obstante, había pocos que vivieran en la reserva todo el año. Seguían apegados a la vida de la caza, siguiendo a los búfalos durante el buen tiempo, y acudiendo a las agencias solo durante los duros inviernos de las llanuras. A pesar de que el proceso de convertir a los indios en granjeros cristianos estaba lejos de haberse logrado, al menos se podía decir que (a excepción de Texas) las llanuras estaban bastante tranquilas. En ese sentido, al menos, la Política de Paz parecía estar teniendo éxito.

Pero, entonces, en el lejano límite de la frontera entre Oregón y California, una tribu diminuta se alzó para resistir el proceso de inclusión en las reservas con una revuelta repentina que asombró al país, avergonzó al Gobierno y sacudió las bases de la Política de Paz de tal modo que casi se derrumba.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 8

Tragedia en Lava Beds

La noche del 10 de abril de 1873, Capitán Jack y su grupo de cincuenta y seis guerreros modoc sopesaron las ventajas del asesinato. Apiñados en las cuevas de Lava Beds, al norte de California, ellos y sus familias, unos ciento cincuenta en total, estaban rodeados casi por completo por quinientos soldados norteamericanos reunidos para intimidar a los guerreros y persuadirlos de que volvieran a su reserva de forma pacífica. En un último intento de alcanzar una solución amistosa, el principal jefe modoc iba a entrevistarse a la mañana siguiente con el general de brigada Edward R. S. Canby y una pequeña comisión de paz. Los guerreros debatían sus opciones. ¿Debía Capitán Jack parlamentar con los comisionados de buena fe o sería mejor tenderles una emboscada y matarlos, con lo que así enviaba una advertencia al Gobierno de que dejara de saquear las tierras y el modo de vida indio?

Junto a las llamas de una fogata de artemisa, Jack escuchaba las duras palabras de sus rivales de la tribu. Las emociones estaban a flor de piel. El hombre-medicina del grupo, Doctor Rizos (Curly-Headed Doctor), defendió el asesinato de los comisionados. Si los elimináis, predijo, los soldados que han amenazado nuestro bastión se marcharán. Los sucesos recientes habían reforzado la posición de Doctor Rizos. Cuatro meses antes, cuando comenzaron los problemas, pronunció unos conjuros que, al parecer, habían protegido a los modoc. Los guerreros todavía no habían perdido a ningún hombre, y en las escaramuzas con los soldados blancos habían herido casi a tantos soldados como miembros tenía su grupo. La mayoría de la tribu estaba deseando aceptar la última promesa del hombre-medicina.

El jefe Schonchin John se hizo eco de la invitación a matar de Doctor Rizos. Ya habían hablado demasiado. Cada día había más soldados. Argumentó que cuando cuatro meses antes el jefe Hooker Jim y su banda habían matado a catorce colonos como venganza por un ataque gratuito a la tribu, ya se habían ganado la venganza del Gobierno, probablemente con la horca. Ahora la paz era imposible.

Al final, Capitán Jack se levantó para hablar y dijo que intentaría persuadir al comisionado de paz, Canby, para que perdonara a los hombres de Hooker Jim y permitiera a los modoc vivir en su tierra. Los hombres respondieron con maldiciones e insultos. Uno de ellos gritó: «Jack, no vas a salvar nunca a tu pueblo. No puedes hacerlo». El ejército tenía artillería y estaba a punto de utilizarla, añadió. Los comisionados pretendían hacer la paz volándole la cabeza a Capitán Jack.

«Eres como una vieja *squaw*; no has luchado nunca. No vales para ser jefe —añadió Hooker Jim—. O matas a Canby o te mataremos a ti».

Matar a Canby sería un «acto cobarde», dijo Capitán Jack. Entonces los guerreros lo agarraron, le echaron por encima un chal y un sombrero de mujer y lo arrojaron al suelo. Lo llamaron *squaw* de rostro pálido al que los blancos habían robado el corazón.

Capitán Jack, dolido, se quitó las ropas y se rindió ante la mayoría: «Soy modoc. Soy vuestro jefe. Lo haré. Sé que es un acto cobarde, pero lo haré. Mataré a Canby, aunque soy consciente de que me costará la vida y la de todo mi pueblo». [1]

El pueblo de Capitán Jack pertenecía a una tribu pequeña pero orgullosamente independiente. Durante trescientos años, los modoc habían ocupado una extensión de 8000 km2 a lo largo de la actual frontera entre Oregón y California. Entre el resto de los indios tenían fama de ser unos saqueadores despiadados, que intercambiaban hombres por caballos y trocaban con las tribus poderosas las mujeres cautivas que habían secuestrado de otras tribus más débiles. Cuando, en 1840, entraron por primera vez en contacto con los norteamericanos, la tribu solo contaba con

ochocientos miembros. Los colonos los llamaron «Digger Indians» («indios excavadores»), un apelativo peyorativo aplicado a los que comían raíces (la base de la dieta modoc consistía en raíces de nenúfares), a los que los blancos consideraban un tipo inferior de indio. Los modoc les devolvieron el cumplido con violencia.

El problema comenzó en 1846, cuando un par de colonos, Lindsay y Jesse Applegate, siguieron un atajo hasta Willamette Valley a través del territorio modoc, entre los lagos Klamath y Goose. Durante dos años, las caravanas de inmigrantes traquetearon sin problemas por la ruta Applegate, pero los colonos dejaron a su paso el azote de la viruela y la enfermedad arrasó los poblados modoc. Solo sobrevivieron cuatrocientos. Como venganza, los guerreros atacaron con saña la Ruta Applegate hasta el otoño de 1852, momento en el que una banda procedente de Yreka, en California, atacó un poblado modoc, matando y arrancando las cabelleras a 41 de los 46 hombres modoc que encontraron. La matanza dejó a los modoc tan paralizados que firmaron la paz, de la cual se podría decir que sacaron provecho. Los hombres hacían pequeñas tareas en Yreka o en los grandes ranchos, y los muchachos encontraron trabajo como criados en las casas. Se cortaron el pelo, vistieron las ropas de los blancos, y aceptaron los, en ocasiones, poco halagadores nombres que los californianos les dieron. Muchos de ellos aprendieron inglés. Aquellos menos inclinados al trabajo prostituyeron a sus mujeres con los buscadores de oro. Kintpuash, nacido en 1837 del viejo jefe de los modoc de río Perdido, poseía grandes dotes como proxeneta. Medía un metro con setenta centímetros, la altura media de un hombre modoc. Era delgado, pero de constitución fuerte, tenía la mandíbula cuadrada y era bien parecido. Lucía una melena negra como el jade hasta debajo de las orejas e iba peinado con raya en medio.

Kintpuash hablaba poco inglés pero afirmaba «conocer el corazón del hombre blanco», que, en su opinión, era en esencia bueno. Su mejor amigo blanco era el abogado de Yreka, Elijah Steele, que supuestamente bautizó a Kintpuash como Capitán Jack porque se parecía a un minero de Yreka y por su afición a las insignias militares. La hermana de Capitán Jack compartía la belleza de su hermano y hacía buen uso de ella, ya que consiguió atesorar una pequeña fortuna como amante de cinco mineros, pues

los desvalijó a todos. [2]

No todas las relaciones entre los mineros y las mujeres modoc eran informales o basadas en el dinero. En el territorio áureo de California (al igual que en otras partes del Oeste donde las mujeres casaderas eran escasas) hubo algunas relaciones que florecieron hasta convertirse en matrimonios por amor. Estos enlaces mixtos superaron las barreras de la lengua, la cultura y los prejuicios raciales y ayudaron a aminorar la desconfianza entre los indios y los hombres fronterizos.

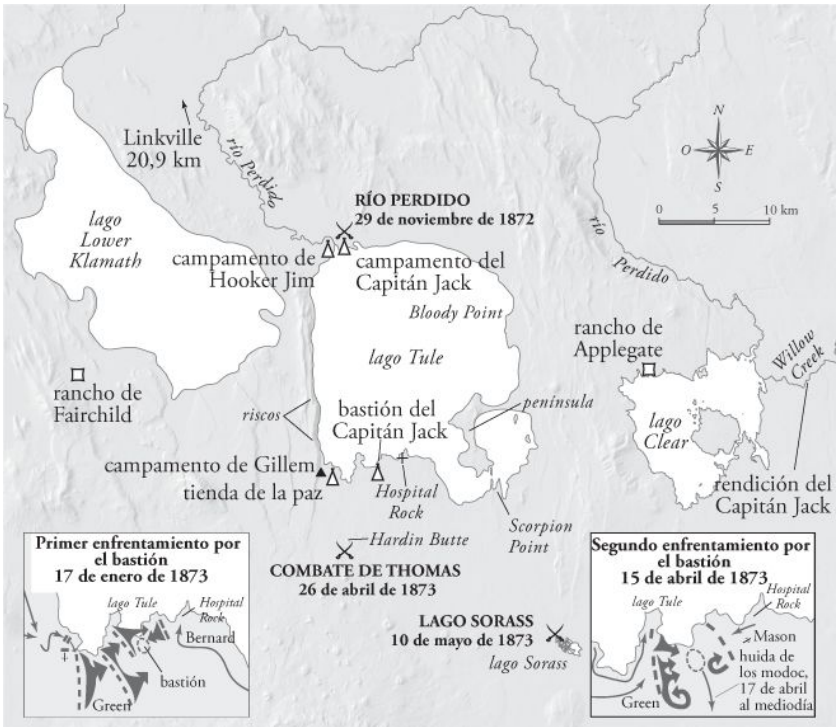
Una de esas relaciones duraderas fue la de Frank y Toby Riddle. Frank Riddle nació en Kentucky en 1832, y con dieciocho años se unió a la andrajosa procesión de jóvenes inquietos que se dirigían al Oeste, a las minas de oro de California. Aunque entre sus compañeros mineros se ganó la reputación de ser un compañero amable y templado, como minero no tuvo éxito. Sin embargo, era un buen cazador, y nadie discutía su afirmación de haber matado 132 osos.

Toby Riddle era la prima de Capitán Jack. Se decía que su gente le puso el nombre de Nan-ook-to-wa, «la niña extraña», porque era solitaria y sentía asimismo una rara curiosidad por la cultura del hombre blanco. En 1862, su padre llevó a Nan-ook-to-wa, atractiva y, al parecer, bien desarrollada para sus escasos doce años, a la cabaña de Frank Riddle, que en ese momento tenía treinta años, y le preguntó por señas si «quería comprar una *squaw*». Como era india, a nadie le habría importado la diferencia de edad, pero Riddle rehusó la oferta. El padre y la hija visitaron a Frank Riddle una segunda vez. En esa ocasión, Nan-ook-to-wa le hizo saber por medio del lenguaje de signos que deseaba ser de su «propiedad». Una vez más este rechazó la propuesta. Diez días más tarde, volvió ella sola con sus pertenencias y se instaló en la cabaña. Riddle transigió. Le dio al padre dos caballos y sellaron el trato. Al cabo de un año, la pareja tenía un hijo. [3]

Nan-ook-to-wa adoptó el nombre de Toby y se adaptó con facilidad a las costumbres de los blancos. Los Riddle se ganaron el afecto y la confianza tanto de los blancos como de los modoc. Cada

uno se preocupaba por el bienestar del pueblo del otro. Aceptaron trabajar como intérpretes del Gobierno con el superintendente de Asuntos Indios de Oregón, Alfred. B. Meacham, un importante hombre en la política del Estado que sentía auténtica empatía por los indios. Pero eran tiempos difíciles para el superintendente. Los ataques esporádicos de los modoc a las caravanas continuaron hasta 1860, cuando disminuyó la inmigración. A continuación, la Guerra Civil condujo hasta allí a una avalancha de familias que se habían acogido a la Ley de Asentamientos Rurales o que tan solo pretendían alejarse del conflicto. Para evitar que se produjera un derramamiento de sangre entre los colonos y los indios, el Gobierno negoció un tratado con los modoc y sus vecinos klamath, según el cual ambas tribus cedían todo su terreno excepto una extensión de 3000 km^2 (768 000 acres) al norte del valle del río Perdido que se convertiría en la reserva india Klamath.

Era una tierra buena y debería haber sido más que suficiente para cubrir las necesidades de los klamath y los modoc, que hablaban la misma lengua y que antaño habían sido buenos aliados. Pero la reserva se hallaba en territorio klamath, de modo que estos se sentían con derecho a pedir un tributo a los modoc. En abril de 1870, Jack y sus seguidores se cansaron y abandonaron la reserva para volver a río Perdido, pero se encontraron con un número creciente de colonos. Molestos por esta invasión de lo que consideraban su territorio, empezaron a importunar a los colonos, entraban en sus casas sin permiso y se marchaban solo después de que les hubieran dado de comer, asustaban (pero sin hacer nunca daño) a las mujeres y a los niños, y, en general, fastidiaban. Aunque las ofensas de los indios eran menores, los colonos, nerviosos, los demonizaron como «malhechores, una banda inmunda de salvajes miserables», que puso al país «al borde de una desoladora guerra india». [4]



La Guerra Modoc, 1872-1873.

Las tensiones en el territorio del río Perdido aumentaron. A principios de febrero de 1872, los colonos, frustrados, solicitaron al general Canby que obligara a los modoc de Capitán Jack a volver a la reserva Klamath. El general revisó las pruebas desde su centro de operaciones en Portland, y aconsejó que no se llevara a cabo ninguna acción hasta que el Departamento del Interior resolviera la cuestión de encontrar un lugar permanente para ellos.

Canby tenía más experiencia con los indios que la mayoría de sus colegas generales. Antes de la Guerra Civil, había luchado contra los seminolas en Florida y contra los navajos en el Territorio de Nuevo México, y había negociado una rendición incondicional de veinticuatro jefes navajos enemigos. Durante sus treinta y tres años de carrera militar, había reunido un expediente que, si bien no era espectacular, sí era sólido. La mayoría de sus colegas oficiales lo describían como «prudente». Canby, que tenía poca ambición y que era conciliador por naturaleza, era el único oficial general del

ejército regular sin enemigos conocidos. Hacía lo que le decían e iba donde le decían.

O, al menos, así fue hasta 1870. Cuatro años de servicio sobre el terreno durante la Guerra Civil, seguidos de cinco años dedicado a la Reconstrucción en un sur hostil, habían hecho mella en el general de cincuenta y dos años. En una de las pocas acciones egoístas de su carrera, solicitó el mando del Departamento de Columbia a fin de reposar un poco. El general Sherman le complació, y se despidió del general Canby y de su mujer cuando se marcharon a Oregón, «deseándoles un buen viaje». [5]

La esperanza de Canby de tener un buen viaje se desvaneció con la misma velocidad que aumentó la agitación contra los modoc. A principios de abril de 1872, el Departamento del Interior reemplazó a Meacham por Thomas B. Odeneal, un juez del condado de Oregón con poca paciencia y una comprensión menor de los indios, al que ordenó que «si era posible», trasladara a los modoc a otro lugar.

El verano de 1872 trascurrió con relativa tranquilidad. Capitán Jack prometió controlar a su pueblo, pero a cambio solicitó que los colonos se mantuvieran alejados de la desembocadura del río Perdido, donde su tribu pasaba el invierno. Sin embargo, Odeneal no quería negociar y lo que hizo fue darles un ultimátum: marchaos o haremos que os marchéis. Como era de esperar, Capitán Jack hizo caso omiso de la orden. Cuando empeoró el tiempo, Odeneal actuó de manera rápida y temeraria. El 26 de noviembre, envió al intérprete de la agencia Ivan Applegate (que pertenecía a la familia de los pioneros que había dado apellido a la ruta) para que convocara a Capitán Jack a una conferencia en Linkville. Jack se negó. Estaba «cansado de que le soltaran discursos, y ya no quería más peroratas». Lo mismo le ocurría a Odeneal que, sin consultar ni a Canby ni al comandante en jefe del distrito, el coronel Frank Wheaton, mandó a Applegate al oficial al mando de Fort Klamath, el comandante John Green, con órdenes de que expulsara a los modoc. [6]

Al amanecer del 28 de noviembre, Applegate comunicó al teniente Frazier A. Boutelle, el jefe de día en Fort Klamath, las instrucciones que le habían dado. Al enterarse por Applegate de las maquinaciones extraoficiales de Odeneal y dudando de la capacidad de la guarnición de Fort Klamath, que carecía de efectivos

suficientes para capturar a los modoc, Boutelle se quedó «asombrado» de que su comandante de compañía, el capitán James Jackson, le ordenara que a mediodía treinta y cinco soldados ensillaran y que cabalgaran hasta el río Perdido.

El minúsculo contingente de Jackson avanzó con dificultad por caminos embarrados y espesos matorrales de artemisa bajo un frío y martilleante granizo. El 29 de noviembre al alba hicieron un alto a un kilómetro y medio al oeste del campamento de Capitán Jack. Los hombres se aperaron de los caballos, tambaleándose del agotamiento, y, siguiendo el ejemplo de Boutelle, ataron con una correa sus abrigos helados a las sillas. «Si va a haber pelea —dijo Boutelle a Jackson—, quiero estar listo para la acción».

Los soldados se dirigieron al galope al campamento de Capitán Jack, situado al oeste de río Perdido, y después desmontaron y se desplegaron en línea. No todos los modoc estaban con Capitán Jack. Hooker Jim había acampado con catorce guerreros y sus familias en la orilla este. Justo cuando llegaron los soldados, Caracortada Charley (Scarfaced Charley), el guerrero más respetado de la banda del río Perdido, que solía ser un hombre pacífico, regresaba de pasar la noche jugando en el campamento de Hooker Jim. Es posible que estuviera borracho, ya que se resbaló en la orilla del río y se le disparó el rifle. Nadie se asustó, pero los modoc estaban nerviosos. Las mujeres y los niños se esfumaron y los hombres salieron de las tiendas pintados para la guerra. Caracortada Charley les repartió rifles y gritó a los soldados que se marcharan.

El granizo caía con más violencia. «Señor Boutelle, ¿qué opina de la situación? —preguntó Jackson. El teniente le advirtió—: «Va a haber un enfrentamiento, y cuanto antes lo inicies, mejor». Jackson dijo a Boutelle que arrestara a Caracortada Charley. Boutelle apuntó la pistola y gritó: «¡Tú, hijo de perra!». Charley contestó: «Mi no perro. Mi no ‘sustado de ti». Ambos dispararon, pero erraron el tiro. Entonces, todo el mundo empezó a disparar. Cayeron ocho soldados y el resto huyó. Los guerreros modoc (excepto uno que había muerto) se dispersaron en canoas y se alejaron remando. Entre ellos se encontraba Capitán Jack, el cual al comenzar el tiroteo se hallaba en la tienda vistiéndose.

Hooker Jim y su grupo mantuvieron también un breve enfrentamiento. Cuando llegaron a sus oídos los planes de Jackson,

al amanecer, una docena de colonos se deslizó hasta el campamento de Hooker Jim para exigirle que se rindieran. Los guerreros de Hooker Jim los ahuyentaron a la primera descarga, pero no antes de que uno de los de Oregón disparara una carga de perdigones que destrozó a un niño pequeño e hirió a su madre. [7]

Esa misma tarde, el grupo de Capitán Jack y las mujeres y los niños del grupo de Hooker Jim cruzaron a remo el lago Tule hasta Lava Beds. Este lugar, que marcaba la linde meridional del territorio modoc y se extendía diez kilómetros de este a oeste y dieciséis de norte a sur, contenía setecientas cuevas, treinta ríos de lava, e incontables cráteres de rocas y cenizas. A tan solo veinticinco metros de la orilla del lago había una masa de formaciones rocosas y cuevas unidas por caminos laberínticos. Los modoc lo llamaban su «casa de piedra», un lugar al que retirarse en época de peligro. El ejercitó llamó a esta fortaleza el Bastión de Capitán Jack.

Una vez a salvo en su bastión, Jack no quería más problemas con los blancos, pero Hooker Jim estaba furioso y tenía ganas de pelea. Durante el trayecto de dos días a caballo hasta Lava Beds, él, Doctor Rizos y otros doce hombres habían arrasado los asentamientos blancos que había a lo largo de la orilla del lago Tule. Como los colonos los habían atacado sin causa alguna, se creían con derecho de matarlos a medida que se los encontraban. Odeneal no había avisado a los colonos de su plan de arrestar a los modoc, lo que provocó que murieran catorce hombres a los que todo esto cogió desprevenidos. El grupo de Hooker Jim perdonó la vida a las mujeres y a los niños. «Somos modoc, no matamos a mujeres ni a niños», tranquilizó Hooker Jim a una mujer que se acababa de quedar viuda.

El grupo de Shacknasty Jim, en Hot Creek, quería mantenerse al margen de la pelea, así que Jim fue a pedirle consejo al ranchero John Fairchild, un hombre juicioso y amigo de los modoc. Fairchild lo convenció a él y a sus cuarenta y cinco seguidores de que fueran a la reserva Klamath, y aceptó escoltarlos. La noticia de su llegada se filtró, y unos borrachos vocingleros se agruparon con la intención de «colgar a unos cuantos modoc». Fairchild logró convencer a la chusma linchadora, ya algo despejada por el aire fresco de diciembre, de que se dispersasen. No obstante, la perspectiva de la soga atemorizó a los modoc, que se escaparon a Lava Beds para

unirse a Capitán Jack, el cual celebró su llegada. En cambio, cuando llegaron los hombres de Hooker Jim a caballo alardeando de sus matanzas, se quedó horrorizado. Capitán Jack sabía que su presencia haría imposible que Shacknasty Jim o él se rindieran, pero, como tenía insuficientes seguidores para poder echar a Hooker Jim, optó por retirarse con su familia a la cueva más grande, y las tres bandas modoc se asentaron con inquietud en el bastión a esperar la llegada de los soldados. [8]

Los modoc tuvieron que esperar bastante. Una confusión en las órdenes y las tormentas invernales impidieron las operaciones del ejército. El primer indicio que tuvo Canby del enfrentamiento del río Perdido fue el 2 de diciembre, cuando recibió una solicitud del gobernador de Oregón en la que le pedía tropas para proteger los asentamientos. Canby, decidido a impedir un segundo desastre, reunió de forma ordenada a los soldados de todos sus departamentos. El coronel Wheaton, que el 21 de diciembre sustituyó al comandante Green como comandante de campaña, también actuó con precaución. Mientras sus ociosas tropas dormían en la nieve de la meseta batida por el viento y sobrevivían a base de galletas saladas y beicon, Wheaton esperó dos semanas a que llegaran cuatro obuses de montaña desde Fort Vancouver. Hasta el 15 de enero no estuvo listo para atacar. Tenía 214 soldados regulares (tres tropas de caballería y dos compañías de infantería), 60 ciudadanos de Oregón al mando del general de brigada John E. Ross de la milicia estatal, 24 californianos al mando del reacio John Fairchild, 30 exploradores klamath de dudosa lealtad, y 15 exploradores snakes, lo que hacía una fuerza total de 343 individuos. Wheaton cometió el error de pensar que para enfrentarse a ellos habría, al menos, 150 guerreros modoc. [9]

El plan de Wheaton era simple. El 17 de enero, al rayar el alba, dos tropas de caballería al mando del capitán Reuben F. Bernard atacarían desde una elevación en la orilla del lago situada a tres kilómetros al este del bastión de Capitán Jack. A esa misma hora, el cuerpo principal al mando de Green, que incluía a los voluntarios de Oregón, avanzaría desde una elevación situada a tres kilómetros al oeste del bastión llamado Gillem Bluff. El terreno a ambos lados del bastión era una llanura plana, cubierta de forma tan tupida de hierba y artemisa que no se veían las rocas de lava. Todos los

soldados tendrían que luchar desmontados de sus cabalgaduras. Wheaton planeó que el flanco derecho de Green se uniera al flanco izquierdo de Bernard para impedir que los modoc se escaparan por el río de lava al sur del bastión de Capitán Jack. El fuego de artillería cubriría el avance desde el oeste. Wheaton no pensaba que fueran a oponer una gran resistencia, pero juró que si los modoc intentaban «llevar a cabo su alarde de aniquilar a mil soldados, recibirían lo suyo». Los soldados fueron más expresivos, pero algo burdos. Uno de ellos comentó que cuando acabara la lucha pensaban «comer filete de modoc», y otro dijo que iba a coger una mujer modoc para que le hiciera un buen servicio.

En el bastión, los indios estaban sumidos en la duda. El Capitán Jack defendía la rendición. Por su parte, Doctor Rizos, que quería luchar, juraba que su medicina los protegería a todos. Los hombres sometieron la cuestión a votación. Catorce estaban a favor de capitular, pero el resto estuvo de acuerdo en darle una oportunidad a la medicina de Doctor Rizos, y Capitán Jack se sometió al dictado de la mayoría.

El hombre-medicina se puso manos a la obra. Tendió una cuerda de fibra de tule de cerca de cien metros de largo por todo el perímetro del bastión, a través de la cual, según dijo, no pasaría ningún soldado. Esa noche erigió una pértiga medicinal hecha de piel de perro y exigió a su gente que bailara alrededor del fuego del consejo. Mientras bailaban, lanzaban ofrendas de carne y raíces al fuego. Doctor Rizos inhaló el humo y se derrumbó en el suelo entre sacudidas y convulsiones. Era un buen augurio. **[10]**

El 17 de enero de 1873, el día amaneció húmedo y nublado en Lava Beds. A las seis y media, los obuses de Wheaton dispararon tres veces como señal, y las tropas del comandante Green se dispersaron en una línea de escaramuza. Antes de avanzar, algunos fogonazos atravesaron la niebla y cayó uno de los voluntarios de Oregón. Los soldados avanzaban con lentitud por la lava que, afilada como una cuchilla, rajaba sus botas, trastabillaban y lanzaban maldiciones. No se veía nada. Las balas rebotaban en las rocas y, en ocasiones daban en el blanco. Tan pronto como los soldados se aproximaron a una protuberante lengua de rocas de lava, los defensores modoc,

camuflados con artemisa, se retiraron sin ser vistos. A los soldados les irritaba luchar contra un enemigo fantasma que se burlaba de ellos en inglés. Cuando hirieron a un capitán en el codo, los modoc se mofaron de su grito de «¡Ay, me han dado!». En medio de la niebla, se oyó una voz de mujer que decía: «¡Tú venir aquí a luchar con indios y tú hacer gritos así! ¡Tú no hombre, tú *squaw*!». [11]

A Green le llevó dos horas recorrer tres kilómetros, aunque llegó más lejos que Bernard, el cual, tras perder a un teniente y a cuatro hombres, se apiñó con su fuerza entre las rocas heladas al este del bastión. Los exploradores klamath siguieron avanzando, no para luchar contra los modoc sino para entregarles munición. Al no poder unir la pinza al sur del bastión, Green deslizó a la mayor parte de sus hombres alrededor de su extremo norte y se unió con el flanco derecho mandado por Bernard. La batalla había terminado. Hubo ocho soldados muertos y dieciocho heridos. Los voluntarios también sufrieron cuatro muertos y ocho heridos. Esa noche, Green y Bernard retrocedieron torpemente hasta un rancho situado a cincuenta kilómetros al este del bastión. Al día siguiente, Wheaton se retiró al vado de río Perdido, poniendo tierra de por medio con los modoc.

La victoria fortaleció la línea dura de Schonchin John y del fanático Doctor Rizos entre los modoc. La batalla había salido tal como había predicho el hombre-medicina. Los modoc no habían padecido ninguna baja y ningún soldado había penetrado en el círculo mágico de cuerda de tule. Los seguidores de Capitán Jack se redujeron, entonces, a una docena. [12]

El Gobierno, que desconocía la debilitada posición de Capitán Jack, intentó negociar con él. Meacham convenció al secretario del Interior de que resultaría más fácil que la comisión de paz se entrevistara con Capitán Jack fuera del bastión que hacer que saliera por la fuerza. Dado que la revuelta modoc amenazaba con socavar la Política de Paz, el presidente Grant aceptó de inmediato y nombró a Meacham comisionado jefe. Ordenaron a Canby que suspendiera las operaciones militares ofensivas y que cooperara con Meacham. En Lava Beds, el conciliador general encontró una moral pésima bajo el nuevo mando, el del coronel Alvan Gillem. Wheaton había ascendido a general de una estrella durante la Guerra Civil por su constante valentía bajo el fuego; Gillem, un hombre

incompetente y violento, había visto poca acción, y debía su estrella al apoyo del anterior presidente Andrew Johnson.

Unas mujeres modoc que fueron al campamento del ejército dijeron a los comisionados que la paz no llegaría con facilidad y que Capitán Jack quería llegar a un acuerdo, pero, por desgracia, eran muchos más los guerreros que preferían luchar que ser ahorcados por asesinato. Ni siquiera el viejo amigo de Capitán Jack, Elijah Steele, que hacía gala de su imparcialidad y de ser uno de los pocos hombres en Yreka que nunca se había acostado con ninguna de las mujeres modoc que se prostituían, halló una solución. Tras visitar el bastión, lo cual casi le cuesta la vida, Steele advirtió a Canby que los modoc no tenían interés en parlamentar. A pesar de eso, Canby siguió adelante con las negociaciones, trabajando junto a Meacham y los otros dos comisionados, el agente klamath Leroy S. Dyar y el reverendo Eleazer Thomas, que había sido elegido para contentar a los filántropos del Este.

Entretanto, llegaron otras seis compañías regulares, con lo que Canby tenía ya más de quinientos hombres, repartidos de forma equitativa entre Gillem y el comandante E. C. Mason, el cual había asumido el mando de las unidades del capitán Bernard. Canby esperaba que la mera visión de esa masa de soldados intimidara a los modoc y los persuadiera para firmar la paz. El 1 de abril trasladó su centro de operaciones, así como las tropas de Gillem hacia el lado este del Gillem Bluff, cinco kilómetros al oeste del bastión. Seis días después, el comandante Mason avanzó desde el este hasta llegar a tres kilómetros del bastión. Una compañía de caballería, en una clara violación de la tregua, se llevó treinta y cuatro ponis modoc. [13]

Mientras inspeccionaba el bastión desde la cima del Gillem Bluff, Canby se topó por primera vez con Capitán Jack, que también había salido a hacer un reconocimiento. En el consejo que tuvo lugar acto seguido, preparado con bastante precipitación, Canby, que llamó a Jack «el indio más ramplón», se dedicó sobre todo a escuchar, y se limitó a decir que había trasladado al ejército más cerca para hacer que las comunicaciones fueran más fáciles. Capitán Jack, con Doctor Rizos rondando de forma inquietante a su lado, pidió que devolvieran los ponis modoc, y dijo que deseaba que se marcharan los soldados. Según escribió Canby a su mujer en una

carta, Capitán Jack interpretó el papel del hombre coaccionado, «hosco y reticente».

Impertérrito, Canby y los otros comisionados mantuvieron una conversación de cuatro horas con Capitán Jack el 2 de abril, y el 7 de abril Canby envió a Toby Riddle al bastión para decir al jefe modoc que el ejército protegería a todo el que se rindiera. Cada una de las sesiones terminó con los hombres de Hooker Jim y Shacknasty Jim no solo negándose a abandonar el bastión sino también amenazando con matar a todo modoc que intentara rendirse.

Aunque Meacham y Dyar pensaban que no se conseguiría nada con otro consejo, Canby decidió hacer un último intento. Aceptó la petición de Capitán Jack de que el 11 de abril se encontrara con él y cinco hombres modoc desarmados en la tienda del consejo, a medio camino entre las dos líneas. Mientras tanto, Capitán Jack había arrancado una concesión de sus compañeros de tribu más sanguinarios. Él mataría a Canby, les dijo, pero solo en caso de que el general se negara a conceder a los modoc un hogar en su territorio. «Se lo pediré muchas veces —dijo Jack—. Si acepta, no lo mataré». Las vidas del general Canby, de los comisionados de paz y, en último término, de todos los indios modoc dependían de la capacidad de persuasión de Capitán Jack. **[14]**

El 11 de abril de 1873, Viernes Santo, amaneció despejado y fresco. Cada comisionado se preparó para la conferencia a su modo. El reverendo Eleazer Thomas llevó a sus «mascotas» modoc, Bogus Charley y Boston Charley, al economato del ejército y les compró ropa nueva. Los dos habían pasado la noche en el campamento militar. Aunque tenían rifles, no parecían demasiado peligrosos (Boston Charley solo medía un metro y medio), y Thomas parecía inclinado a aceptar su palabra de que todo saldría bien. Por otra parte, Meacham, estaba resignado a lo peor. Dyar también estaba en contra del consejo, pero al igual que Meacham, aceptó asistir por una cuestión de honor. Antes de salir, corrió a su tienda y se guardó el revólver en el bolsillo.

El general Canby, vestido con su mejor uniforme y portando una cajetilla de cigarros, se detuvo en la tienda de Gillem el tiempo

suficiente para oír a Frank Riddle decir a Gillem que si ocurría algo, él no se sentiría culpable. Un primo había avisado a Toby de que se había impuesto la facción de guerra de los modoc y estaba presionando al Capitán Jack para que asesinara a los comisionados en el siguiente encuentro. Frank dijo que Toby nunca le había mentido y que por tanto, no tenía motivos para dudar de ella en esa ocasión. Tan pronto como Canby se alejó de la tienda, Toby cogió al general del brazo y le pidió una vez más que no fuera, pero Thomas intervino tranquilizándola: «Hermana Toby, los modoc no nos van a hacer daño. Dios no lo permitirá».

Toby, tras ser rechazada por Canby y por Thomas, se agarró a las bridas del caballo de Meacham y se echó al suelo llorando. Meacham le rogó con amabilidad que se fuera y se puso en marcha tras Canby y Boston Charley, que encabezaban la marcha a pie. Toby les siguió a caballo, a su lado iba Frank. Detrás iban Bogus Charley, Dyar y Thomas. En la tienda del consejo, los comisionados encontraron a seis modoc, no cinco, tal como habían prometido. Todos ellos llevaban revólveres. Bogus Charley y Boston Charley merodeaban por los alrededores, con los rifles en la mano. Capitán Jack, vestido con un sombrero de fieltro y un mugriento chaquetón gris, se sentó junto al fuego, con aspecto apesadumbrado y nervioso. Canby se sentó frente a él y, muy sereno, ofreció cigarros a los modoc y habló de sus sentimientos de amistad hacia los indios. Meacham no sabía si Canby sospechaba que podía haber peligro. En cuanto Canby empezó a hablar, Hooker Jim se acercó fanfarroneando al caballo de Meacham, cogió el abrigo de este, que estaba colgado de las bridas, y anunció: «Yo ahora Viejo Hombre Meacham. Bogus, ¿tú creer yo parecer Viejo Hombre Meacham?». Meacham hizo lo posible por comportarse ante el potencial peligro como si se tratara de una broma. «Hooker Jim, mejor coge también mi sombrero». «Ya lo haré», respondió Hooker Jim. «No tengas prisa, Viejo Hombre».

Dyar y Frank Riddle palidecieron y Meacham sintió que le invadía un frío mortal. Entonces le llegó el turno de palabra a Jack. Este se acercó a Canby y le suplicó que se llevara a los soldados y que dejara tranquilos a los modoc. Los modoc solo se plantearían abandonar el bastión una vez que se hubieran marchado los soldados. Meacham lanzó una mirada de esperanza a Canby. «Todos

parecían sentir que si aceptábamos retirar el ejército, el problema pasaría». Sin embargo, Canby no podía mentir para salvar su vida. El ejército se quedaría, dijo, y los modoc tendrían que rendirse sin condiciones. Capitán Jack se alejó un poco, diciendo que tenía que orinar. Schonchin John empezó a arengar a los comisionados. Un poco después, dos jóvenes modoc saltaron desde detrás de una serie de rocas bajas de lava que había a unos diez metros y se abalanzaron hacia el consejo cargados de rifles. Canby y Meacham se levantaron de repente. «Capitán Jack, ¿qué significa esto?», preguntó Meacham. Capitán Jack se dio la vuelta, sacó el revólver y chilló: «Todo listo». Eran las doce y doce minutos del mediodía.

Capitán Jack disparó a Canby a la cara, pero el casquillo estalló sin causar daño alguno. Mientras Canby se quedaba paralizado, Capitán Jack amartilló la pistola una vez más y le disparó al ojo izquierdo. Para asombro de todos, el general herido de muerte se puso de pie y corrió unos treinta y cinco o cuarenta y cinco metros hasta que Capitán Jack y el guerrero Ellen's Man lo alcanzaron. Ellen's Man le apuntó con un rifle en la cabeza y disparó, y Capitán Jack le apuñaló en la garganta por si acaso. Entre los dos le quitaron el uniforme y salieron corriendo hacia el bastión.

Al primer disparo, Dyar y Frank Riddle escaparon hacia el campamento. Ni Frank ni Toby corrían realmente peligro. Caracortada Charley había amenazado con matar a cualquier modoc que les hiciera daño y, en ese momento, se encontraba agazapado tras unas rocas a varias decenas de metros, preparado, si era necesario, para tender una emboscada a los que la habían tendido primero. Boston Charley disparó el segundo tiro y el reverendo Thomas cayó con una bala en el corazón. Schonchin John y Shacknasty Jim apuntaron a Meacham. Toby trató de detenerlos, pero una bala de cada uno de ellos dejó a Meacham inconsciente. Boston Charley tiró a Toby al suelo, sacó el cuchillo y le hizo a Meacham un corte en la frente, al intentar arrancarle el cuero cabelludo a un calvo, hasta que la astuta Toby gritó: «¡Que vienen los soldados!». No era verdad, pero Boston Charley no se quedó esperando para comprobarlo. Cuando por fin los soldados bajaron de Gillem Bluff, ya era demasiado tarde para atrapar a los culpables. Solo encontraron los cuerpos desnudos de Canby y Thomas, y a Toby aferrada al cuerpo de Meacham. Aunque parezca

increíble, Meacham se recuperó. [15]

El asesinato de Canby horrorizó a la nación. La prensa lo calificó como un duro golpe a la Política de Paz de Grant y así fue. En casi todas partes se exigía venganza; incluso los periódicos que más defendían la Política de Paz pidieron que los modoc culpables fueran ahorcados por «un crimen tan inhumano, tan premeditado y tan gratuito y rastrero». [16]

Desde el desastre de Fetterman ocurrido seis años antes, el Departamento de Guerra no había tenido un apoyo popular tan fuerte en la lucha debido a la conciencia de la nación sobre la situación de los indios. El general Sherman dedujo que la repulsa de la opinión pública significaba que tenía carta blanca para apoyar «cualquier medida severa contra los salvajes». Reemplazó a Canby por un hombre muy adecuado para el trabajo, el coronel Jefferson C. Davis (que no guardaba relación alguna con el anterior presidente confederado). Davis, que era inflexible y brutal, había asesinado en la Guerra Civil a un general de su bando por un insulto y se había librado del castigo.

El coronel necesitaba al menos dos semanas para llegar a Lava Beds. Mientras tanto, la guerra estaba en manos de Gillem. El 15 de abril, este ordenó a Green y a Mason que atacaran el bastión, pero, incluso bajo un despejado cielo primaveral, los soldados no se acercaron más al bastión que durante la niebla de enero. No obstante, mataron a un guerrero modoc, y defendieron su campo construyendo parapetos de piedra tras los que pasaron la noche resguardados. Los modoc no esperaban que los soldados se quedaran, ni tampoco estaban preparados para los pequeños morteros que lanzaban proyectiles a su santuario, lo que provocó la muerte de otro hombre. A la mañana siguiente, Gillem reanudó el ataque. Incapaz de unir los flancos en el sur, Green y Mason se unieron en el norte del bastión y avanzaron despacio hacia sus defensas exteriores antes de que oscureciera. Una vez más las tropas se atrincheraron para pasar la noche.

Ese día marcó un punto de inflexión para los modoc. Los soldados cruzaron la línea de cuerda de tule de Doctor Rizos y murieron dos indios. La medicina del hombre-medicina había

fallado y los modoc, desanimados, buscaron el liderazgo de Capitán Jack.

Este llevó a cabo la única iniciativa sensata. Dejó detrás a aquellos demasiado ancianos o enfermos para moverse y se llevó al resto de los indios fuera del bastión por un camino oculto. Al despuntar el alba del 17 de abril, estaban en el extremo sur de Lava Beds. Gillem, en vez de perseguir a los modoc, hizo que sus hombres fortificaran el bastión para prevenir un contraataque, como si hubiera alguna posibilidad de que cincuenta y cinco guerreros fueran a asaltar a quinientos soldados. Por el momento, los indios estaban a salvo. Según dijo un oficial: «La apatía se ha apoderado del coronel Gillem y parece perseguirle como una pesadilla». Resistió la presión de los comandantes Green y Mason para atacar, cediendo solo en lo concerniente a enviar una patrulla de sesenta y cuatro hombres el 26 de abril al mando del capitán Evan Thomas, que no tomó ni las más rudimentarias precauciones.

Los modoc masacraron al destacamento sin perder un solo hombre. Caracortada Charley puso fin a la batalla después de dos horas, gritando: «¡Todos los que no estáis muertos, mejor idos a casa! ¡No os queremos matar a todos en un solo día!». Azotados por la tormenta de nieve durante el día y paralizados por el miedo durante la noche, un grupo de socorro necesitó treinta y seis horas para recuperar a los heridos. Los oficiales del ejército culparon del desastre no a Thomas sino a Gillem, por haber dado la orden de partir a la patrulla. [17]

El coronel Davis llegó una semana después y no le gustó lo que se encontró. En una carta dirigida al cuartel general decía: «La mayoría de los hombres alistados aquí son unos completos inútiles para este tipo de lucha contra los indios, y no son más que cobardes comedores de búfalo». El alto mando le envió más «comedores de búfalo», elevando su dudosa fuerza a cerca de mil hombres. Según dijo un teniente que lo admiraba, Davis, haciendo todo lo que podía con los medios que contaba, «infundió nueva vida en un contingente desmoralizado por una mala dirección».

De especial valor para Davis fueron los setenta indios warm springs que se ofrecieron como exploradores la primera semana de mayo. Al contrario que los klamath, estos indios no tenían escrúpulos a la hora de matar a los modoc. A través de ellos, supo

Davis que los modoc se dirigían hacia el sudeste. Acto seguido envió a los indios warm springs y a tres compañías montadas al mando del capitán Henry C. Hasbrouck para buscarlos. La noche del 9 de mayo, Hasbrouck acampó junto a una charca fangosa que los soldados llamaron lago Sorass. Los soldados durmieron donde quisieron, a distancia de tiro de un peñasco que estaba a unos trescientas sesenta metros. El escenario parecía dispuesto para otro desastre como el de Thomas.

Al amanecer del 10 de mayo, Caracortada Charley y treinta y dos guerreros abrieron fuego desde el peñasco. Ocho soldados cayeron y los caballos huyeron en estampida. Pero Hasbrouck mantuvo la serenidad. Envió a los exploradores a caballo a los dos flancos de los modoc. Un sargento de caballería gritó: «¡Maldita sea! ¡Vamos a atacar!», y corrió a toda velocidad hacia los indios con unos cuantos soldados. Tomados por el frente y por ambos flancos, los modoc huyeron por los ríos de lava. La derrota puso nerviosos a los indios y tras una acalorada discusión, se dividieron. El subjefe Black Jim con Doctor Rizos, Hooker Jim, Shacknasty Jim, así como trece guerreros y sus familias se encaminaron hacia el oeste. Por otro lado, Capitán Jack y Schonchin John repentinos aliados, se dirigieron hacia el este. **[18]**

Varias patrullas de caballería peinaron el territorio sin dar tregua a los modoc. Cerca del rancho de Fairchild, Hasbrouck alcanzó al grupo de Black Jim y mató a cinco de ellos. El 22 de mayo, Fairchild subió la montaña que había cerca de su rancho y regresó con sesenta y tres modoc hambrientos vestidos con harapos, que iban en unos ponis famélicos que «apenas eran capaces de llevar a las mujeres y a los niños, los cuales iban literalmente apilados sobre ellos». Hooker Jim, ante la perspectiva de la horca, ofreció su ayuda para atrapar a Capitán Jack. El coronel Davis definió a Hooker Jim como un «asesino redomado que había reunido sobrados méritos para que le ahorcaran». Sin embargo, al estimar que la traición de un líder modoc a otro tendría un efecto beneficioso sobre las tribus que pudieran estar pensando en luchar, aceptó su oferta. Bogus Charley y Shacknasty Jim también traicionaron a su tribu.

El 28 de mayo, Hooker Jim y los otros sabuesos modoc, acorralaron a Capitán Jack en Willow Creek, al este del lago Clear.

Capitán Jack despachó a Hooker Jim con desprecio. Al día siguiente, la caballería y los exploradores warm springs sorprendieron al campamento de Jack, y dispersaron a los ocupantes. Durante cuatro días, la caballería persiguió a Capitán Jack en lo que Davis llamó «más una montería que una guerra». Al final, el 1 de junio, Hooker Jim y sus compatriotas modoc ayudaron a una patrulla de la caballería a rodear una cueva en la que se escondían Jack y su familia. Capitán Jack salió desarmado, se acercó al oficial al mando y le dio la mano, diciéndole que había dejado de huir porque «ya no le respondían las piernas». **[19]**

El coronel Davis quería que los asesinos de Canby y Thomas murieran en cuanto pudieran levantar los cadalsos. Según dijo a un periodista, un «escarmiento» inmediato de los modoc culpables «tranquilizaría a las tribus inquietas que se habían envalentonado por el prestigio que habían cobrado los modoc». Sin embargo, desde Washington intervinieron para detener el linchamiento. El fiscal general dictaminó que la resistencia modoc «constituía una guerra en el sentido técnico de que los crímenes así cometidos contra las leyes de guerra deben ser juzgados y castigados por comisiones militares».

El 1 de julio, un jurado de oficiales tomó declaración. Capitán Jack, Schonchin John, Boston Charley, el guerrero Black Jim (que solo había disparado unos cuantos tiros a Frank Riddle sin demasiado entusiasmo) y los dos muchachos que les habían llevado rifles fueron acusados de «asesinato en violación a las leyes de guerra» y «asalto con intención de matar, en violación a las leyes de guerra». No recibieron asistencia legal.

Puede que los modoc no entendieran la legislación militar, pero sí eran capaces de reconocer una injusticia. Jack, al reflexionar sobre el asesinato de una mujer modoc y su hijo a manos de los habitantes de Oregón en río Perdido, dijo:

> Si el hombre blanco que mató a nuestras mujeres y niños hubiera sido juzgado y castigado, no me habría preocupado tanto por mí y por mis compañeros. ¿Acaso nosotros, indios, tenemos la oportunidad de ganar en cualquier demostración de justicia frente a vosotros los blancos y con vuestras propias leyes? Yo digo que no. Lo sé. Vosotros podéis matar a cualquier indio siempre que os plazca, ya estemos en guerra o en paz. Yo declaro culpables a todos los blancos de asesinato

indiscriminado. **[20]**

Algunos blancos estaban de acuerdo. El hijo del reverendo Eleazer Thomas declaró que era la «crueldad del hombre blanco la que había causado la muerte de mi padre». Un congresista de California exigió que se llevara a cabo una completa investigación sobre la guerra diciendo: «Desde que se organizó nuestro Gobierno, no ha habido nunca un momento en el que haya habido tanta corrupción y engaños como los que se practican hoy en día en las reservas indias de esta costa». Pero la única investigación que se llevó a cabo fue sobre lo que había costado la guerra al tesoro público.

El precio había sido considerable, cerca de medio millón de dólares. Lo que los modoc habían pedido por los 8 km^2 (200 acres) en río Perdido era menos de diez mil dólares.

Nadie salió vencedor de la Guerra Modoc. El coste humano había sido elevado para el ejército y sus aliados indios warm springs, 68 muertos y 75 heridos, lo que representaba casi un cuarto de aquellos que realmente entraron en acción durante el conflicto. No destacó ningún héroe. Por el contrario, para la opinión pública, el ejército quedó como un incompetente, gracias, en gran medida, a la torpe actuación de Gillem.

Durante los cinco meses de guerra, los modoc perdieron a cinco hombres y tuvieron tres heridos. El Departamento del Interior ordenó a los 155 supervivientes que se exiliaran a un pedazo de terreno de 2,5 km^2 en el Territorio Indio, donde la enfermedad mató a docenas de ellos en los años siguientes.

Después de su recuperación, Meacham creó una compañía para dar conferencias, y durante casi dos años viajó desde Sacramento a Nueva York con un pequeño grupo que incluía a Frank y a Toby Riddle, Caracortada Charley y Shacknasty Jim. A medida que transcurrieron los meses, la audiencia fue disminuyendo. Ya a pocos les interesaba oír los sucesos de Lava Beds. Al cabo de cuatro meses, Tobby, que echaba de menos su casa y estaba deprimida, empezó a abrigar tendencias suicidas, y Frank, en cuanto pudo reunir el dinero, se apresuró a llevarla de regreso a Oregón. Cuando al fin terminó la gira, Caracortada Charley volvió al Territorio Indio para asumir el papel de jefe de la agencia Modoc.

El 3 de octubre de 1873 a las diez menos cuarto de la mañana, Capitán Jack, Boston Charley y Black Jim subieron al cadalso. Cuando les ajustaron las sogas, un colono de Oregón gritó: «Jack, ¿qué me darías para que ocupara tu lugar?». «Quinientos ponis y mis dos esposas», contestó Jack. Con ese macabro chiste terminó su vida.

El ejército no se quedó satisfecho con matar a Capitán Jack. Después de que lo bajaran del cadalso, lo decapitaron. Enviaron la cabeza al Army Medical Museum, donde la añadieron a su colección de cráneos indios. [21]

La Política de Paz, aunque con dificultad, superó la crisis modoc. No obstante, la perfidia de Capitán Jack logró que el Gobierno estuviera mucho menos dispuesto a hablar con indios recalcitrantes. A la siguiente revuelta, ya fuera provocada o no, lo más seguro es que se enfrentaran a ellos primero con la fuerza. Y mientras la soga blanca se iba apretando alrededor del cuello de los indios, algunos «pobres diablos», para utilizar la expresión del general Sherman, iban a hacer todo lo posible para «huir de su destino».

CAPÍTULO 9

La guerra del búfalo

JOSIAH WRIGHT Mooar, un joven de diecinueve años de Nueva Inglaterra, llegó en 1870 a las llanuras del sur sin la menor intención de matar indios, y, menos aún, de poner en peligro su forma de vida. A Mooar lo impulsaban los mismos vagos sueños de «gloria y aventura» que tentaron a decenas de miles de jóvenes inquietos a ir al Oeste tras la Guerra Civil, y, al igual que la mayoría de ellos, lo único que encontró fue decepción. Mooar, sin una moneda en el bolsillo, consiguió trabajo en Fort Hays, en Kansas, como leñador, cortando y transportando madera para el ejército. Pronto se percató de que podía ganar mucho más de una forma más fácil, como hacían los cazadores del búfalo que suministraban carne al economato del fuerte.

Mooar quería dedicarse a eso, pues había ideado cómo hacer mucho dinero con los búfalos. Los cazadores solo cogían las piezas de carne que les interesaban y dejaban el resto del cuerpo. Mooar vio el potencial de convertir las pieles en cuero con el que comerciar. Una compañía británica con un interés similar había contratado a un cazador de Fort Hays llamado Charlie Rath para que consiguiera quinientas pieles con las que probar el mercado, y Rath le pidió a su buen amigo Mooar que le ayudara a completar el pedido. Era una gran oportunidad. Mooar tenía una excelente puntería, así que entre Rath y él superaron esa cantidad. Mooar embarcó la parte que le correspondía del excedente de pieles hacia el este, dirigidas a su hermano, que las ofreció a las curtidurías de Nueva York. John Mooar encontró un comprador y se reunió con Josiah en Kansas con un contrato para conseguir dos mil pieles a cincuenta céntimos cada una. Hubo más firmas que invirtieron en el éxito de los hermanos Mooar, y el mercado de las pieles floreció.

Con el aumento de la demanda de cazadores, prácticamente se contrató a todo aquel capaz de manejar el mortífero y certero rifle para búfalos del calibre 50 y con visor telescópico y, siguiendo la estela de los hermanos Mooar, llegaron numerosos inadaptados, facinerosos, criminales y fugitivos, atraídos por las manadas de Kansas como las moscas a los despojos putrefactos de los búfalos.

Fort Dodge, en el sudoeste de Kansas, se convirtió en el epicentro de este comercio. En solo tres años, los vagones de tren llevaron la asombrosa cifra de 4 373 730 pieles a los mercados del este. Las tribus de las llanuras del sur detestaban esa masacre gratuita, pero mientras los cazadores permanecieran al norte del río Arkansas, no les quedaba otra opción, aparte de la guerra. Al sur del río la cuestión era diferente, porque el Tratado de Medicine Lodge había garantizado a los indios derechos exclusivos de caza desde el río Arkansas a la frontera sur del Territorio Indio.

Sin embargo, los tratados no significaban nada para los cazadores de pieles. En 1872, tras diezmar las manadas de Kansas, los cazadores traspasaron el «límite» y continuaron la matanza en tierras cheyenes y arapahoes. A finales de 1873, el territorio entre los ríos Arkansas y Cimarrón se había convertido en un inmenso matadero. Las tribus se tambaleaban frente a los destructores e intentaban no perder el equilibrio, mientras que en 1874 los cazadores planearon cruzar el río Canadian hasta los terrenos de caza de los kiowas y los comanches.

Los indios suplicaron al Gobierno que expulsara a los cazadores de su territorio. El jefe de paz kiowa, Pájaro Pateador, intentó explicar lo que significaba el búfalo para los indios en términos que pudieran comprender los blancos. «El búfalo es nuestro dinero —explicó—. Es nuestro único recurso para comprar lo que no recibimos del Gobierno. Igual que se siente un hombre cuando le roban el dinero, así nos sentimos nosotros al ver a otros matar y robarnos nuestros búfalos». Pájaro Pateador restó importancia al temor de los indios, que era como una amenaza apocalíptica. Para los indios de las llanuras, el exterminio del búfalo significaba la muerte, tanto física como espiritual.

A pocas personas les importaba, aparte de a los indios. El secretario del interior dijo al Congreso que «no lamentaría demasiado la total desaparición del búfalo como medio para

precipitar su sentido de dependencia hacia los productos de la tierra». Phil Sheridan disfrutaba de la matanza y dijo a los legisladores de Texas que estaban planteándose la posibilidad de redactar una ley para la conservación del búfalo que los cazadores de pieles «han hecho más para zanjar el problema indio en dos años que lo que ha hecho el ejército en treinta. En aras de una paz duradera, dejemos que cacen y despellejen a los búfalos hasta que los exterminen».

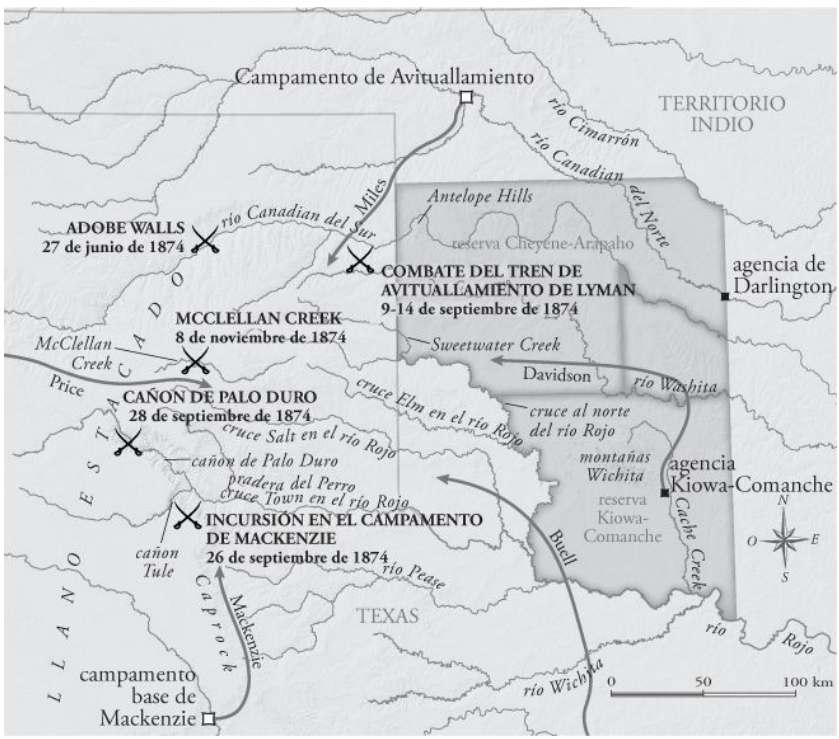
La opinión de Sheridan se fue extendiendo hasta los rangos más bajos del escalafón. En invierno de 1873, los cazadores del búfalo de Kansas planearon cruzar el río Canadian al llegar el verano. Una delegación de cazadores visitó al coronel Richard I. Dodge, responsable de que se mantuvieran fuera de las tierras indias, para asegurarse de las posibles consecuencias legales. Josiah Wright Mooar le preguntó: «Coronel, si cruzamos a Texas, ¿cuál será la actitud del Gobierno hacia nosotros?». Dodge les respondió: «Chicos, si yo fuera cazador de búfalos, los cazaría allí donde hubiera».

Con eso se zanjó la cuestión. En la primavera de 1874 el ya próspero Charlie Rath y su principal rival A. C. «Charlie» Myers, trasladaron sus negocios de pieles de Dodge City a la orilla sur del río Canadian. Les acompañó el dueño de una cantina y un herrero. Estos emprendedores de la frontera levantaron cuatro chabolas de barro y madera cerca de las ruinas de un puesto comercial abandonado llamado Adobe Walls y se instalaron a la espera de los beneficios de la caza estival. El hecho de que su entrada en el interior de la tierra india pudiera provocar finalmente una guerra con las tribus del sur era un riesgo que los cazadores y los comerciantes de pieles estaban dispuestos a correr. **[1]**

Phil Sheridan vapuleó de tal modo a los cheyenes del sur en la campaña de 1868-1869 que la tribu permaneció tranquila durante cuatro años. Pero en la reserva Cheyene-Arapaho no se habían hecho realidad las bellas promesas de la Política de Paz. Por el contrario, la paz había tenido como consecuencia una lenta agonía que los ancianos tribales contemplaban con horror. La degradación moral y el inmisericorde tedio de la vida de la reserva en el

Territorio Indio corroyeron la cultura cheyene. En cuanto a los arapahoes, su naturaleza acomodaticia solo aceleró su decadencia.

El responsable de la ruina fue el alcohol. Los cheyenes y los arapahoes fueron presas fáciles para los contrabandistas de Kansas, que les esquilmaron una fortuna en pieles de búfalo y ponis a cambio de matarratas que hacían pasar por *whisky*. Los cuatreros se llevaron lo poco que dejaron los vendedores de licor robando a los indios de las reservas miles de ponis. Hasta el fiel jefe de paz Ropaje Pequeño perdió su manada. Los arapahoes se habían vuelto dependientes en exceso de los productos del hombre blanco y demasiado pacíficos para dar marcha atrás. Los cheyenes, en cambio, todavía tenían suficiente espíritu guerrero como para continuar siendo peligrosos, algo que su pragmático agente cuáquero comprendió muy bien.



La Guerra de río Rojo, 1874-1875.

Más al sur, en la reserva de Fort Sill había muchas tensiones. Los

kiowas y los comanches eran menos propensos al alcoholismo, pero los cuatreros blancos asediaban sus manadas tanto como las de los cheyenes y los arapahoes. A los kiowas también les preocupaba la presencia de agrimensores del Gobierno. Pájaro Pateador dijo en una ocasión a un amigo: «Este territorio se lo concedió Washington a sus hijos pieles rojas. Era un territorio de paz. Mira ahora esos hombres blancos en él, trazando líneas y colocando palos y piedras marcados. No sabemos qué significan, pero nos tememos que no será para nuestro bien». [2]

Por difíciles que resultaran de sobrellevar, esas injusticias acumuladas no provocaron un estallido. Lo que al final llevó a los indios al límite fue el fantasma del hambre durante el largo y duro invierno de 1873 y 1874. Las tormentas de nieve interrumpieron la entrega de las raciones del Gobierno a las reservas. Los indios habían confiado en las promesas hechas por sus agentes de que ellos los alimentarían. Cuando no llego nada de comida y se acabaron las escasas provisiones de carne de búfalo, los hombres mataron a sus ponis para alimentarse. La nieve se derritió a finales de abril, pero siguieron sin llegar las raciones. Los conductores de los vehículos de transporte de mercancías discutieron con el Gobierno por cuestiones técnicas y se negaron a entregar la comida hasta que les pagaran. Mientras tanto, el agente cheyene-arapaho no dejaba de pedir a la Oficina de Asuntos Indios que actuara: «Es de suma importancia que se dé de comer a esta gente YA». No hubo respuesta alguna.

Lo único que faltaba para que estallara una guerra era un líder aglutinador. [3]

Apareció a principios de 1874 en la figura de Isa-tai, un joven hombremedicina quahadi y buen amigo de Quanah. A pesar de tener un nombre bastante desafortunado, ya que Isa-tai significa «vagina de coyote» o «vulva de loba», poseía una medicina fuerte. Aseguraba haber resucitado a los muertos y se jactaba de su inmunidad frente a las balas del hombre blanco; además, contaba con «testigos» crédulos de estas proezas. Había hombres que aseguraban haberlo visto escupir un montón de cartuchos y después volvérselos a tragar. Otros juraban haberlo visto ascender sobre las nubes al más allá, donde, a decir de Isa-tai, el Gran Espíritu le había

concedido el poder de aniquilar al hombre blanco y volver a restituir al pueblo comanche su antigua gloria. Al parecer, dos de las profecías de Isa-tai, ya habían tenido lugar. En 1873, había adivinado el día en que un brillante cometa atravesaría el cielo estival; también había predicho el agónico invierno que sucedió a este hecho. A cada ráfaga de frío polar, su medicina se hacía más poderosa y empezaron a disminuir los que se burlaban de él.

En mayo de 1874, Isa-tai convocó la primera Danza del Sol de la historia comanche. Era un toque de generala que llamaba a la guerra bajo el manto protector de su medicina. Casi todos los comanches acudieron, pero solo la mitad accedió a secundarlo, lo cual supuso lo más parecido a una acción unificada en la historia comanche. Isa-tai, acompañado de Quanah, también hizo proselitismo fuera de la tribu y prometió compartir su poder divino con todos los creyentes. Los resultados de su evangelización fueron variados. El consejo kiowa de jefes se negó a plantearse la guerra hasta después de su propia Danza del Sol en julio. Solo seis kiowas accedieron en ese mismo momento a luchar; no obstante, esos seis incluían a Satanta y Gran Árbol. Menos de dos docenas de guerreros arapahoes respondieron a la llamada de Isa-tai y solo fueron como observadores. Los cheyenes, en cambio, se alistaron en masa. A pesar de no contar con la participación kiowa y arapaho, Isa-tai y Quanah reunieron la mayor partida de guerra jamás vista en las llanuras del sur.

El 25 de junio de 1874, comenzó la guerra de la redención. El curtido líder de guerra Quanah, el agitador místico Isa-tai, los infractores de la libertad condicional Satanta y Gran Árbol, así como quinientos guerreros cruzaron serpenteando con sus resopladores ponis entre los restos putrefactos de decenas de miles de búfalos despellejados hacia el lugar de encuentro de los despreciables cazadores de búfalos, en Adobe Walls, donde solo había veintinueve blancos. Los guerreros cabalgaban vestidos solo con sus taparrabos y con el cuerpo pintado con el ocre dorado y sagrado que según Isa-tai les protegería de las balas. Estaban muy seguros de sí mismos. «Isa-tai hablar grandes cosas en ese momento —recordó Quanah—. Decir: —Dios decirme nosotros vamos a matar muchos hombres blancos. Yo parar las balas de los rifles. Nosotros matar a todos como viejas—». Pero Isa-tai no había contado con los

poderosos rifles Sharps para búfalos del calibre 50, un arma tan poderosa que podía matar a un animal a novecientos metros. En manos de cazadores expertos que usaban visores telescópicos, la capacidad de acierto de esos rifles era increíble. [4]

En el amanecer plomizo como el sílex del 27 de junio de 1874, la banda de guerra se desplegó en una alta colina situada ochenta metros al este de Adobe Walls. Un desertor de los Buffalo Soldiers esperaba para dar la señal de ataque con un toque de corneta, pero los impetuosos jóvenes guerreros se arrojaron ladera abajo antes de que Quanah diera la orden. Los «jóvenes ir demasiado rápido. Muy pronto [yo] gritar: —¡De acuerdo! ¡Adelante!—, y cargamos sobre [las] casas violentamente, levantando mucho polvo».

Las puertas de las cuatro cabañas de adobe se cerraron de un golpe y los indios empezaron a dar vueltas en torno a ellas en la clásica maniobra de guerra de las llanuras. Los guerreros se acercaban, poco a poco, colgados del costado exterior de sus ponis, mientras galopaban a toda velocidad y disparaban agazapados tras el cuello de los animales. Quanah rompió el círculo y cargó contra una cabaña para «matar a algún blanco y hacer que mi corazón se sintiera bien». Atravesó con la lanza a un muchacho tembloroso que había tardado demasiado tiempo en entrar en la casa y, a continuación, hizo caracolear al poni y arremetió con él contra la puerta de la cabaña. Esta aguantó. Dentro, el estrépito de los rifles y los gritos de los indios ensordecían a los defensores. La nube de pólvora los cegaba. El miedo aumentó la puntería de los cazadores, que lucharon electrizados con rabiosa adrenalina. Los guerreros retrocedían una y otra vez, para luego reagruparse y volver a cargar. Sin embargo, nada salió tal como había prometido Isa-tai. Las balas de los cazadores encontraban a sus víctimas desde distancias incomprensibles para los guerreros. «A veces estábamos de pie en un lugar apartado, descansando y sin pensar en la lucha —contó un atónito y maravillado comanche— y mataban a nuestros caballos». [5]

Una bala de un Sharps dio al poni de Quanah y el jefe guerrero sufrió una dura caída. Cuando se arrastraba para protegerse tras una carcasa de búfalo y así recuperar el aliento, otra bala rebotada le rozó el cuello, lo que paralizó su brazo izquierdo durante un rato. Con Quanah herido, al quedarse sin jefe, el grupo guerrero se

desintegró. Desde un peñasco que había a ochenta metros de distancia, Isa-tai y un grupo de jefes de guerra contemplaron cómo la lucha adoptaba un oscuro cariz. Isa-tai estaba desnudo por completo, con el cuerpo cubierto por una sólida capa de pintura de guerra. Cualquier resto de fe que los jefes pudieran seguir teniendo en la medicina de Isa-tai se desvaneció en el momento en que una bala le abrió la frente a su poni. Un cheyene enfurecido se inclinó ante él y lo abofeteó con la fusta. «Tu medicina no buena. Tuya medicina de mofeta». Isa-tai tenía una coartada preparada: alguien había matado una mofeta y eso había quebrado su poder. **[6]**

Durante los tres días siguientes, los indios se burlaron de los blancos desde una distancia de seguridad. El 30 de junio por la noche, un cazador logró atravesar las líneas indias y cabalgó hasta Fort Dodge, en Kansas, para pedir ayuda. En el fuerte nadie tenía autoridad para enviar tropas, de modo que el gobernador medió con el oficial militar más veterano de la región, el general de brigada John Pope, comandante en jefe del Departamento del Misuri.

El gobernador acudió a la persona equivocada. Pope contempló la situación con realismo. «Los indios, al igual que los blancos —afirmó—, no aceptan morirse de hambre de forma pacífica». Pope rechazó la petición del gobernador. «Los cazadores de búfalos se han ganado a pulso todo lo que les pueda suceder. Si fuera a enviar tropas a la zona donde están esos establecimientos ilegales, sería para destruirlos, no para protegerlos».

Pero al final los cazadores no necesitaron la ayuda del ejército. Habían matado o herido casi a cien indios y solo habían perdido a dos hombres. Después de Adobe Walls, la partida de guerreros se separó. Encolerizados, se extendieron desde Texas hasta el este de Colorado donde mataron, al menos, a cien blancos, en un enloquecido combate final por preservar su forma de vida. Los kiowas, en cambio, no se unieron a ellos. Adobe Walls fortaleció a Pájaro Pateador y, tras la Danza del Sol, tres cuartos de la tribu volvió con él a la reserva. Satanta, desesperado, abandonó su jefatura, y a Gran Árbol lo invadió la desazón. Solo Lobo Solitario y Maman-ti mantuvieron su rebeldía. A mediados de julio, se adentraron en Texas y mataron a siete hombres, incluido uno de los odiados Texas Ranger. Lobo Solitario le troceó la cabeza y le sacó las entrañas. A continuación, rezó en alto: «Gracias, oh, gracias por

lo que ha ocurrido hoy. Mi pobre hijo ha sido vengado. Su espíritu ya está satisfecho». [7]

Adobe Walls puso fin a la Política de Paz en las llanuras del sur. Cuando el general Sherman pidió permiso para lanzar una ofensiva total, no restringida por los límites de las reservas, nadie se opuso. Hasta los cuáqueros estaban hartos. Y, lo que era más importante, el presidente Grant creía que ya había dado a los indios muchas oportunidades de convertir sus cuchillos de arrancar cabelleras en rejas de arado. Mientras procuraran no atacar a indios «inocentes y amistosos», Sherman podía hacer la guerra tal como quisiera. El 20 de julio Sherman desató a Sheridan.

Sería una nueva guerra total como la de 1868-1869. No obstante, en esta ocasión, no se esperaría a que llegara el invierno. Sheridan ordenó a múltiples columnas del Departamento del Misuri y Texas que se reunieran con la mayor premura posible en los territorios preferidos por las bandas hostiles del norte de Texas. Eliminó las barreras entre los departamentos para facilitar la persecución. Tenían que mantener a los indios en fuga, sin darles un respiro para cazar. Se verían constreñidos a optar por la vida en la reserva, de acuerdo con los términos del Gobierno, o por la muerte, fuese debido a las balas o por el hambre. Sheridan pretendía que fuera la última campaña en las llanuras del sur. [8]

Los detalles se los dejó a los generales Augur y Pope, que adoptaron planes similares, independientes el uno del otro. Augur organizó tres expediciones: la primera, al mando del coronel John W. Davidson, marcharía hacia el oeste desde Fort Sill con seis compañías del 10.º de Caballería y tres compañías de infantería. Por otro lado, el coronel George P. Buell presionaría hacia el norte desde el sur con una fuerza semejante. Y, por último, el coronel Mackenzie, de quien más esperaba Augur, barrería hacia el nordeste desde Fort Concho con el 4.º de Caballería y cinco compañías de infantería. El general Pope, por su parte, organizó dos expediciones. Dio instrucciones al comandante William R. Price de que atacara en el este con el 8.º de Caballería desde Fort Bascom en el Territorio de Nuevo México hasta el extremo este del Llano Estacado, y ordenó al coronel Nelson A. Miles, comandante del 5.º de Infantería, que

procediera hacia Fort Dodge y asumiera el mando de ocho compañías de caballería y cuatro de infantería. Al ordenar a los intendentes militares y los departamentos de subsistencia que «cumplieran sin demora con todos los requisitos de suministros» que Miles pudiera pedir, Pope invistió al coronel con una amplia autoridad discrecional para llevar a cabo operaciones como mejor le pareciera.

Miles no habría aceptado menos. De hecho, esperaba que Pope le diera también el mando de la fuerza de Price. Era absurdo, dijo a su mujer, que Pope pensara que podía dirigir el movimiento de las fuerzas que estaban a diez días de las líneas telegráficas más cercanas y a ochocientos kilómetros del cuartel general. Su objeción tenía sentido desde el punto de vista militar, pero su queja tenía otra motivación. Quería evitar estar al mando de Pope. De hecho, quería estar lejos de cualquiera que considerara que podía impedir su rápido ascenso en el escalafón. A Miles, su firme ambición lo convertía en el oficial veterano más impopular de la frontera, pero nadie podía negar su competencia.

Miles había ascendido por la vía difícil. Nació en una familia demasiado pobre como para poder enviarlo a la escuela secundaria y a los dieciséis años emigró a Boston. Trabajó como dependiente en una tienda de vajillas de loza, asistió a clases nocturnas y, como le apasionaba todo lo castrense, estudió instrucción y tácticas militares con un viejo veterano francés. No perdió el tiempo, y ascendió de teniente a general provisional de una división de voluntarios durante la Guerra Civil. Al contrario que Custer, que había vuelto al grado de capitán en el ejército regular, Miles salió de la guerra con el grado de coronel del ejército regular y con una gruesa astilla en el hombro. A pesar de su rango, estaba convencido de que los mejores destinos iban para los de West Point. Sus detractores lo acusaron de casarse con la sobrina del general Sherman en 1868 solo para hacer carrera, pero se equivocaban. Miles amaba a su mujer. Y fue una suerte que así fuera ya que su tío detestaba el favoritismo. Mientras Sherman estuvo al mando del ejército, el éxito en el campo de batalla fue el único camino para el ascenso. [9]

Para Miles, eso significaba encontrar y derrotar a indios antes que Mackenzie. A mediados de agosto, partió hacia Fort Dodge

soportando un calor abrasador y una prolongada sequía que los cheyenes denominaron la Época de la Gran Sequía. Las temperaturas se dispararon hasta alcanzar más de 43°, los arroyos se evaporaron, el caudal de los ríos menguó, y los manantiales se secaron. Miles empujó a sus soldados a un ritmo de cuarenta kilómetros al día y aceleraron el paso el 27 de agosto, después de que sus exploradores descubrieran el rastro del principal poblado cheyene en la falda del Caprock. Tres días después, alcanzó a los cheyenes, y dio caza a quinientos guerreros durante diecinueve kilómetros en lo que el coronel denominó como «el terreno más difícil sobre el que hasta el momento he visto a los hombres luchar». En el lecho cubierto de arena del Prairie Dog Town Fork, afluente del río Rojo, cerca del cañón Tule, Miles abandonó la persecución. Un capitán le dio un toque de humor negro a esa acelerada e infructuosa persecución, exhortando a sus agotados hombres de peñasco en peñasco con la promesa: «Si algún hombre muere, lo nombraré cabo». **[10]**

No obstante, era mucho más probable que los hombres murieran deshidratados que por el fuego indio. Tenían las cantimploras vacías y el Prairie Dog Town Fork lo único que tenía de cauce de agua era el nombre. Los soldados, al borde del delirio, se hacían cortes en los brazos y se humedecían los labios con su propia sangre, a pesar de lo cual Miles seguía empujándolos. A la mañana siguiente al descanso junto al vado, sus tropas escalaron el cañón Tule para llegar al Llano Estacado. Desde el punto de vista táctico, fue un esfuerzo inútil porque los cheyenes ya estaban lejos, de camino al cañón de Palo Duro, pero los soldados encontraron un arroyo. Como les quedaban pocas raciones de comida y las posibilidades de encontrar otra fuente de agua eran nulas, Miles ordenó que acamparan mientras su caravana volvía al Campamento de Avituallamiento por comida y forraje. **[11]**

Mackenzie tenía vía libre.

En su premura por dejar atrás a Mackenzie, Miles, sin advertirlo, había permitido que una banda de guerreros cheyenes al mando del jefe Agua Medicinal (Medicine Water) se colara tras él y causara estragos al oeste de Kansas. Las primeras víctimas de los

saqueadores fueron un grupo de agrimensores del Gobierno; la segunda, una familia de colonos pobres que viajaban desde la Georgia rural a Colorado.

Se trataba de John German, su mujer y sus siete hijos, los cuales no se hallaban a más de un día de distancia de Fort Wallace cuando la partida de guerreros de Agua Medicinal se abalanzó sobre ellos para vengarse por el episodio de Adobe Walls. Los guerreros dispararon a John German y a su hijo, y la mujer de Agua Medicinal le abrió el cráneo a la de German, que estaba embarazada. La hija mayor, Rebecca, resultó herida mientras se defendía con un hacha, y después la violaron en grupo, la envolvieron en mantas y la arrojaron al fuego. Los cheyenes escaparon a caballo con las cinco hermanas de Rebecca: la menuda de ojos azules Catherine German, de diecisiete años; Joanna de quince años, rubia y con el pelo largo; Sophia, una guapa morena que aparentaba más de doce años; Julia que tenía siete años; y, Adelaide que tenía cinco. Tras cabalgar durante quince kilómetros, hicieron un alto en el camino para evaluar a las muchachas.

A Joanna la condenó su larga melena. La violaron, la mataron y le arrancaron la cabellera, con la que hicieron cinco trofeos, cada uno de los cuales representaba a uno de los miembros muertos de la familia German. Cuando la banda de guerreros regresó a su hogar, Agua Medicinal entregó al resto de las hermanas a las mujeres del poblado. Estas desnudaron a Catherine y la ataron a un caballo que soltaron por la pradera para que lo cazaran los hombres; ella se convirtió en propiedad del guerrero que lo atrapó.

Algunos días más tarde, una patrulla de Fort Wallace, encontró por casualidad el lugar de la masacre de los German. Junto a los restos de la caravana quemada yacían cuatro cuerpos y entre los efectos dispersos estaba la biblia familiar sobre cuyas guardas había escritos nueve nombres. La búsqueda de las cinco muchachas restantes se convirtió en un caso célebre, sin paralelo en los anales del ejército que luchaba contra los indios. **[12]**

Mientras tanto, en las reservas del Territorio Indio, la tarea de separar a los indios amigos de los potencialmente hostiles estaba resultando difícil. En la agencia Darlington, el asunto fue muy

sencillo: la mayoría de los arapahoes se presentaron para ser inscritos y casi todos los cheyenes estaban ausentes en la guerra. Pero, en Fort Sill, los límites eran más difusos. El grupo de Pájaro Pateador se dirigió de forma pacífica a un campo de confinamiento cerca del fuerte, pero el resto de los kiowas y algunos comanches se enfrentaron con el ejército antes de escapar al Llano Estacado. A finales de agosto, ochocientos cheyenes, dos mil comanches y mil kiowas, se habían escapado, entre los que estaban Lobo Solitario, Maman-ti, Satanta y Gran Árbol, todos ellos llevaban papeles de inscripción incriminatorios.

El 9 de septiembre, los renegados atacaron una caravana del coronel Miles repleta de suministros que regresaba del Campamento de Avituallamiento. Lobo Solitario y Maman-ti encabezaron el asalto, que resultó ser un fracaso abyecto. El jefe al mando de la caravana, el capitán Wyllys Lyman, reunió los carromatos en una pequeña elevación al norte del río Washita. Su destacamento de cincuenta y seis soldados y cocheros repelió varios ataques. Al ocaso, ambos bandos cavaron pequeñas trincheras. Durante los siguientes cinco días, los indios y los soldados dispararon sin causarse ningún daño. [13]

Como era habitual, había jóvenes guerreros incontenibles en busca de honores de guerra. Botalye, un kiowa mestizo de diecisiete años, alcanzó bastante fama el último día de la batalla. Era su primer encuentro con soldados y tenía una razón de peso para demostrar su valía. Durante su niñez, en una competición de lucha con dos hijos de Satanta, dio sin querer una patada a unas ascuas que fueron a parar a un lateral de la sagrada tienda roja del jefe, y la incendió. Satanta prometió hacerlo pedazos si alguna vez se mostraba cobarde en el combate. Con la amenaza de Satanta acechándole en su mente, Botalye le dijo a un hombre-medicina que tenía la intención de pasar a caballo a través de los carromatos agrupados hasta llegar a un estero para búfalos, la única fuente de agua que los soldados tenían disponible, para ver cuánta quedaba. Inténtalo una vez, pero solo una, le dijo el hombre-medicina. Botalye se marchó. «Atravesé las trincheras y los carromatos a toda velocidad. Los soldados no me dispararon por miedo a herir a sus propios hombres. Seguí avanzando a toda velocidad y subí la cresta que había más allá… e intenté gritar. Quería que sonara como el

grito de un pato salvaje, pero lo que conseguí hacer fue un graznido asustado». Botalye repitió su proeza otras dos veces antes de que Maman-ti le dijera que parara. «Pero yo me sentía muy bien y dije que haría una cuarta carrera». Y así lo hizo. Cuando Botalye volvió, Satanta, le comentó, riéndose: «Si no lo hubieras hecho, te habría azotado», y abrazó al muchacho. «No, no iba a fustigar a alguien tan valiente como tú. Yo mismo habría sido incapaz de hacer una cuarta carrera. A la cuarta no vuelve nadie».

«¡Oídme todos! —exclamó un jefe—. Le voy a dar a Botalye un nuevo nombre […] Lo llamaré No Hace Caso (Eadle-tau-hain)». [14]

Es probable que fuera la última vez que Satanta rio. De repente, apareció en las proximidades la columna del comandante Price y los guerreros se retiraron. A primera hora de la tarde, el horizonte se cubrió de negros nubarrones. Un viento frío sopló desde el norte. Los truenos resonaron por toda la pradera y cayeron cegadoras cortinas de agua. Los guerreros se envolvieron en sus mantas y se dirigieron hacia el oeste. La Época de la Gran Sequía de calor y estiaje había finalizado y el liderazgo kiowa estaba sumido en el caos. La columna del ejército del coronel Davidson que había perseguido a los indios impidió que cazaran búfalos, dejando a las mujeres y a los niños con frío, humedad y hambre. Lobo Solitario y Maman-ti dirigieron a la mayoría de los kiowas en una marcha desesperada y miserable hasta el cañón de Palo Duro, en la que soportaron la lluvia, el granizo y el hielo. Confiando en la clemencia del Gobierno, Satanta, Gran Árbol y sus seguidores se rindieron en la agencia Darlington. Satanta dijo que ya no iba a luchar e insistió en que desde que había abandonado Fort Sill, no había disparado ni una sola vez por odio; solo quería cultivar la tierra. Nadie lo creyó, así que lo enviaron de inmediato de vuelta a la penitenciaría de Texas. Sherman no volvió a darle otra oportunidad a Satanta, pero Sheridan pensó que Gran Árbol se podía redimir. Lo encarceló en Fort Sill, bajo cierta vigilancia, con la intención de liberarlo en cuanto se rindieran los kiowas.

El agente indio Lawrie Tatum tenía razón cuando predijo que para Satanta la pérdida de la libertad resultaría ser un destino más terrible que la muerte. El 9 de octubre de 1878, después de que el Estado de Texas rechazara una vez más sus constantes peticiones de perdón, Satanta, desesperado, saltó de cabeza desde una ventana

del segundo piso del hospital de la prisión; su cuerpo se aplastó contra un muro de ladrillos. Murió al cabo de dos días. Por otra parte, Gran Árbol, optó por integrarse. Tal como esperaba el general Sheridan, el jefe kiowa se convirtió en un defensor del camino del hombre blanco. En 1897, fue ordenado diácono en la Iglesia bautista y, en 1929, murió en paz en su casa de Anadarko.

Pero todavía faltaban cuatro años para el suicidio de Satanta. Mientras que el otrora arrogante jefe rogaba la clemencia del Gobierno, a principios del otoño de 1874, Lobo Solitario y Mamanti avanzaban con dificultad hacia el cañón de Palo Duro en medio de las intensas lluvias. El temporal era su único enemigo. Miles y Price se encontraban en el Campamento de Avituallamiento para reequipar a sus destacamentos. Tras una estéril exploración del Caprock, Davidson había regresado a Fort Sill. El coronel Buell, que no se puso en marcha hasta finales de septiembre, se detuvo al cabo de tan solo cuatro días para construir un campamento base. Pero Mackenzie estaba en marcha, y eso significaba que los peores temores de Miles estaban a punto de hacerse realidad. **[15]**

El coronel Mackenzie no dejó casi nada al azar. Mientras que Miles estaba en el cañón Tule, inquieto por el retraso de su caravana, Mackenzie acumuló provisiones en el cañón Blanco, al tiempo que planeaba con minuciosidad su campaña, en estrecho contacto con el general Augur. Una semana después de que Miles se retirase, Mackenzie se adentró en el Llano Estacado, en medio de una lluvia gélida y torrencial, ocupando el mismo campo que había abandonado Miles. Tres años antes, unas fuertes tormentas y la escasez de suministros habían obligado a Mackenzie a abandonar el Llano Estacado, pero aprendió bien la lección de su campaña frustrada contra Quanah. Mackenzie soportó ahora con resignación las tormentas, con el consuelo de saber que el 4.º de Caballería llevaría suficientes raciones y que el reabastecimiento esperaba a tan solo un día de marcha. Cuando el cielo se despejó, envió grupos de exploración al Llano Estacado en busca de los poblados hostiles.

Los indios probaron las tácticas de Quanah para desbaratar la penetración de Mackenzie. La noche del 26 de septiembre, una gran partida de guerreros comanches atacó el campamento del 4.º de Caballería para provocar la estampida de sus caballos, pero Mackenzie estaba preparado para su llegada. Habían trabado las patas de cada uno de los animales, grupos de soldados rodeaban a la manada y había plantado en el perímetro del campamento un centinela cada cinco metros. Los indios retrocedieron ante un fuego avasallador. Mientras consideraban sus opciones, al alba, Mackenzie contraatacó.

Los guerreros cedieron, se reagruparon fuera del alcance de Mackenzie y volvieron sin prisa hacia el este, una trampa que al coronel le resultó evidente. Al llegar a la conclusión de que la marcha de los guerreros hacia el este quería decir que sus poblados estaban hacia el norte, Mackenzie tendió su propia trampa. Siguió a la partida de guerra hasta la caída del sol y después acampó a plena vista. Al anochecer, mandó de pronto ensillar a sus tropas y se dirigieron a toda prisa hacia el norte, al borde del cañón de Palo Duro, a donde llegaron a primera hora de la mañana del 28 de septiembre. La maniobra de Mackenzie tuvo éxito. Extendiéndose en el fondo del cañón había unas cuatrocientas tiendas con cerca de tres mil indios, divididos casi a partes iguales entre los poblados kiowas de Lobo Solitario y Maman-ti y dos grandes campamentos cheyenes y comanches.

La penumbra que precedió al ocaso del alba reveló a los soldados una imagen fantasmal. Anchas franjas de almagre sangraban por las paredes hasta desembocar, 450 metros más abajo, en un denso conjunto de cedros. Los tipis parecían diminutas monedas y los ponis que estaban pastando parecían una bandada de ocas. No había centinelas. Maman-ti, en cuya medicina confiaban de forma incondicional los grupos allí reunidos, les había asegurado que estaban a salvo; suposición razonable, si se tiene en cuenta que las abruptas paredes del cañón parecían infranqueables por los hombres o los animales. Sin embargo, Mackenzie había encontrado una ruta a su gusto, «tan estrecha, vertiginosa [y] serpenteante, que con dificultad la podría recorrer una cabra», tal como dijo un oficial. Por ella fueron bajando los hombres a caballo, en fila, tropezando y resbalándose. Por unos instantes, pareció que los

soldados iban a perder el elemento sorpresa. Un madrugador subjefe kiowa cuyo campamento estaba cerca del final de la ruta vio a las tropas, pero, en vez de avisar al poblado, disparó dos veces y a continuación se zambulló en su tienda para ponerse la pintura de guerra. Los indios se despertaron con los disparos, pero pensaron que los había lanzado un grupo de cazadores y continuaron durmiendo. Una vez a salvo en el fondo del cañón, Mackenzie desplegó a sus tropas en una larga línea de escaramuza y, después, cargó.

Los poblados cayeron sin oponer resistencia. Las tiendas y las reservas de comida para el invierno fueron pasto de las llamas. Algunas mujeres y niños consiguieron escapar trepando por el cañón, arrastrando tras de sí sus posesiones atadas con cuerdas. Otros daban vueltas aturdidos. Un guerrero kiowa vio cómo su hermana, desconcertada, corría hacia los soldados en vez de escapar de ellos. «Llevaba un bebé a la espalda. Le pedí que me diera al niño. Me respondió que no, que lo arrojáramos. Yo le dije que antes la abandonaría a ella que al niño». El guerrero los subió a su poni y huyeron a uña de caballo.

Entretanto, una banda de guerreros que acababa de regresar se agrupó en el borde del cañón, por donde habría de volver Mackenzie. Los guerreros de los poblados se reagruparon detrás de rocas y árboles a lo largo de las laderas del cañón y comenzaron a disparar a los soldados. Un atemorizado jinete, al ver de repente la victoria en entredicho, preguntó a Mackenzie cómo pensaba sacarlos de aquella. «Yo fui el que os metió en esto —respondió el coronel—, y también os sacaré de aquí», y lo hizo; pero no solo sacó a su destacamento por la boca del cañón con tan solo un hombre herido, sino que también se llevó a toda la manada de ponis de los indios. En la batalla de Palo Duro murieron cinco guerreros, así como el subjefe que no dio la voz de alarma. No obstante, las pérdidas humanas no eran nada frente a la pérdida de los ponis. En esa ocasión, los indios no tendrían la oportunidad de recuperarlos. Una vez que los exploradores tónkawas eligieron para ellos los mejores ponis, Mackenzie hizo que mataran a los 1046 restantes a tiros. **[16]**

La batalla de Palo Duro quebró la resistencia india. Sin sus ponis, los indios no podían librar la guerra ni cazar búfalos y las tribus, invalidadas, se dispersaron por el Llano Estacado, donde les aguardaban distintos destinos. Miles y Price se echaban encima desde el norte. Al este, el coronel Buell quemó quinientas cincuenta tiendas de dos poblados abandonados. Los indios llamaron a las semanas de lluvia y huidas constantes la Persecución de la Mano Arrugada. [17]

La batalla de Palo Duro también puso a Mackenzie un paso más cerca de conseguir la estrella de general, pero una racha de buena suerte mantuvo a Miles en la liza. El 8 de noviembre, mientras conducía de regreso una caravana vacía cerca del nacimiento del McClellan Creek, el subordinado de mayor confianza de Miles, el agresivo teniente Frank D. Baldwin, se encontró por casualidad con el poblado del jefe de guerra cheyene Barba Gris (Gray Beard). Baldwin no contaba más que con una compañía de infantería, dos de caballería y un obús; en total, quizá unos ochenta hombres. Eran insuficientes para realizar un ataque convencional contra un enemigo que el teniente había calculado con acierto que contaría con alrededor de doscientos guerreros, de modo que tuvo que improvisar sobre la marcha. Dispuso los treinta y tres carromatos en dos columnas y situó a uno o dos soldados de infantería en cada carromato, así como una compañía de caballería en cada flanco. Disparó seis proyectiles contra el desprevenido poblado y después hizo avanzar los carromatos por una larga y estrecha meseta. Los guerreros apenas ofrecieron resistencia, ya que la mayoría no tenía munición. Baldwin atrapó su manada de ponis y prendió fuego a las tiendas. En el poblado abandonado, Baldwin encontró algo mucho más valioso que los ponis. Los cheyenes había dejado allí a las jóvenes Adelaide y Julia German, demacradas y medio desnudas. Por su aspecto famélico, Baldwin dedujo que los indios no las habían tratado bien, aunque es probable que se equivocara. En realidad, los propios cheyenes no estaban en mejor estado que las muchachas.

El coronel Miles envió a las huérfanas con su mujer a Fort Leavenworth. El destino de las hermanas mayores le pesaba demasiado en la conciencia y había prometido a su mujer que seguiría buscándolas mientras pudiera. Pero, en el cuartel general,

le privaron de todas las compañías excepto de tres, un contingente con el que solo podía llevar a cabo limitadas tareas de reconocimiento.

La decisión de Sheridan de retirarle las tropas no tenía nada de personal. Los suministros escaseaban y el tiempo era demasiado tempestuoso para plantearse una repetición de la campaña de invierno de 1868. Las tormentas de hielo azotaron durante días sin parar. Las temperaturas bajaron bastantes grados bajo cero. Durante una tormenta, murieron congelados noventa caballos del coronel Davidson, y veintiséis hombres quedaron incapacitados por congelación.

Dado que las condiciones en la llanura abierta eran insoportables, los indigentes indios se dirigieron en masa a las agencias para rendirse. En febrero de 1875, Pequeño Pájaro (Little Bird) convenció a Lobo Solitario y a Maman-ti de que depusieran las armas. El 6 de marzo, el jefe de paz Becerro de Piedra (Stone Calf) consiguió que fueran el resto de los cheyenes. Con él estaban las hermanas German más mayores. Becerro de Piedra había comprado a las muchachas a su captores, pero el empobrecido jefe no había podido ofrecerles nada más que bondad. **[18]**

En vez de capitular, algunos cheyenes del sur huyeron al norte. Frente de Piedra, el guardián de las Flechas Sagradas, alcanzó a los cheyenes del norte con los objetos sagrados y un puñado de guerreros. En cambio, el grupo de setenta cheyenes del sur de Pequeño Toro (Little Bull) fue masacrado durante la huida. En la nevada mañana del 23 de abril de 1875, el teniente Austin Henely atacó su campamento en Sappa Creek, al noroeste de Kansas. La mitad de los indios escaparon a caballo y el resto intentó resguardarse tras la orilla del río o en agujeros que habían cavado la noche anterior como posiciones defensivas. La protección era ilusoria. Henely rodeó la zona con cuarenta soldados y disparó sobre los indios que había allí abajo apiñados, mató a diecinueve guerreros y a siete mujeres y niños. El teniente no hizo ningún prisionero. Más tarde, un sargento acusaría a Henely de haber ordenado la matanza a sangre fría de una mujer y un niño cheyenes, cuyos cuerpos, afirmó, fueron arrojados a una tienda en llamas para destruir cualquier prueba. **[19]**

El episodio de Sappa Creek fue el último enfrentamiento de lo

que el ejército denominó la Guerra de Río Rojo. Sin embargo, a las tribus sometidas les esperaban aún más desgracias. El general Sheridan quería que se juzgara a los cabecillas ante una improvisada comisión militar. La Oficina de Asuntos Indios protestó frente al fiscal general, el cual dictaminó que el ejército carecía de autoridad para juzgar a personas protegidas por el Gobierno, ya fueran enemigos o no. El presidente Grant intervino, ordenó que se apartara a los instigadores y a los «criminales» de sus familias y que se les encarcelara sin juicio previo en Fort Marion, en Florida. En función de la información obtenida de los confidentes indios, el Gobierno estableció un cupo de setenta y cinco cabecillas.

La ejecución de la orden de Grant fue una farsa cruel. En la agencia Darlington, colocaron a los guerreros cheyenes en una rueda de reconocimiento para que Sophia German identificara a los violadores y a los asesinos. Cuando las muchachas solo fueron capaces de señalar a tres con seguridad, intervino el comandante en jefe del puesto. Demasiado borracho para distinguir a un guerrero de otro, eligió a otros treinta y tres al azar para cumplir con el cupo cheyene.

Pájaro Pateador protestó porque el cupo kiowa de veintisiete guerreros era injusto e indicó que a los comanches, los cuales habían empezado la guerra, solo se les pedía que ofrecieran a siete. Es muy probable que detrás de este trato diferente se hallara el antiguo resentimiento de Sherman contra los kiowas. Para mayor aflicción de Pájaro Pateador, el ejército le obligó a que fuera él quien seleccionara a los kiowas que serían encarcelados. Eligió a Lobo Solitario, Maman-ti, tres jefes menores, y después —para aligerar el peso sobre la tribu— completó la lista con mexicanos cautivos y delincuentes tribales.

La reacia complicidad de Pájaro Pateador le costó sus amigos y endureció a sus enemigos. Cuando el jefe kiowa estaba despidiéndose de los prisioneros con palabras amables y con la promesa de que su encarcelamiento sería breve, Maman-ti le lanzó un maleficio. «Crees que has hecho bien. Crees que eres libre, que eres un gran hombre entre los blancos. Pero no vivirás mucho, y yo seré testigo». Al día siguiente, murió Pájaro Pateador después de tomar una taza de café. El médico del puesto dijo que había sido envenenado con estricnina. «He adoptado el camino del hombre

blanco y no me arrepiento —susurró al médico el moribundo Pájaro Pateador—. Dile a mi pueblo que escoja el buen camino». [20]

A principios de 1875, Quanah también estaba defendiendo el camino del hombre blanco. Aquel invierno había tenido una visión en la que surgía un lobo de una neblina misteriosa. El animal se le acercaba, aullaba, y se dirigía a Fort Sill. A partir de entonces, Quanah defendió que la única alternativa a la lucha perpetua era la rendición. Un ultimátum de Mackenzie, que en ese momento era comandante en jefe de Fort Sill con autoridad sobre el Territorio Indio y las agencias, reforzó su convicción. Mano Mala prometió que los quahadis no sufrirían daño alguno si acudían por su propia voluntad, pero que si tenían que ir a buscarlos, sus tropas harían con ellos lo que habían hecho a Maman-ti en el cañón de Palo Duro. Los quahadis sabían que Mackenzie era capaz de cumplir su amenaza. El 6 de junio, Quanah e Isa-tai condujeron a los últimos comanches libres a Fort Sill.

Mackenzie fue fiel a su palabra cuando le dijo a Sheridan: «Este es el grupo de la reserva que más aprecio. Procuraré causarles el menor daño posible». Se ocupó de que no encarcelaran ni exiliaran a ningún guerrero y protegió sus manadas de ponis contra los cuatreros blancos, ordenando a sus tropas que dispararan contra cualquiera que intentara robar los ponis de los indios. Asimismo, entabló una amistad con Quanah basada en el respeto mutuo. Pasaron largas horas en el cuartel de Mackenzie, donde el joven coronel empeñó toda su paciencia para enseñar al joven jefe cómo desenvolverse en el mundo del hombre blanco.

Puede que el resultado de la Guerra del río Rojo sacara lo mejor de Mackenzie, pero desencadenó lo peor de Miles, que planeó privar a este de la mitad del 4.º de Caballería y del mando del Territorio Indio. El joven coronel se tomó con calma las maquinaciones de Miles. «No tengo nada que decir en contra del coronel Miles —comentó Mackenzie a Sherman—. Al contrario, lo considero un gran oficial. Pero no tengo en absoluto celos de él. No creo que sea superior a mí en nada y, en algunas cuestiones, estoy seguro de que no está a mi altura». Mackenzie se impuso. Al menos por el momento, Miles se había topado con un par. [21]

El resultado de la Guerra del río Rojo superó incluso las grandes expectativas de Phil Sheridan. La victoria no se podía medir según el número de indios muertos que, dejando aparte el asunto de Sappa Creek, era insignificante. Esta guerra fue decisiva porque privó a los indios de medios para luchar. El Gobierno les confiscó las armas y vendió sus ponis de guerra en una subasta pública. Un jefe insistió a sus captores en que aceptaran el arco y las flechas de juguete de su hijo, afirmando que el niño ya no las necesitaría en la senda del hombre blanco. Por aquel territorio, antaño hogar de grandes poblados comanches, se extendieron enormes ranchos ganaderos. La tierra, antes cubierta de búfalos, se cercó de forma minuciosa. Desde Río Grande hasta el este de Colorado, los colonos durmieron tranquilos pues sabían que sus cabelleras estaban a salvo.

El círculo se había cerrado. Una forma de vida había tocado a su fin. Las tribus salvajes de las llanuras del sur habían sido conquistadas, y eran conscientes de ello. Antes de encaminarse a Florida, los jefes cheyenes Barba Gris y Minimic pidieron al oficial al mando de la escolta militar que escribiera una carta en su lugar para su agente indio. Contenía el siguiente mensaje para su pueblo:

> Vuestros Barba Gris y Minimic quieren que os escriba para decir a su pueblo que se establezca en su agencia y hagan todo lo que el Gobierno les pida. Me dicen: Diles que planten maíz y que lleven a sus hijos a la escuela, y que procuren no meterse en ningún problema; que queremos que vayan por el camino del hombre blanco. Los hombres blancos son tan numerosos como las hojas de los árboles y nosotros solo somos unos pocos. **[22]**

En diez años habían cambiado muchas cosas. En 1865, el Tratado de Little Arkansas había prometido paz indefinida entre el Gobierno y los indios de las llanuras del sur, y se había atrevido a poner en marcha el proceso de las reservas. Los comisionados de paz y los jefes habían firmado el tratado como iguales, si no de hecho, al menos desde el punto de vista legal. En 1875, los indios habían sido subyugados por el Gobierno y apenas tenían capacidad de decisión sobre su futuro.

A lo largo de esa década en la que se determinó el destino de las llanuras del sur, el desierto sudoeste había sufrido su parte de tumultos. Se habían producido duras luchas y conquistas brutales. Allí también se había puesto a prueba la Política de Paz con resultados todavía inciertos. A medida que las llanuras del sur se domesticaban y se apaciguaban las llanuras del norte, la opinión pública se sentía cada vez más atraída hacia el desconocido territorio de la Apachería.

CAPÍTULO 10

Sin descanso ni paz

EN ABRIL de 1871, Aravaipa Creek era un oasis de paz en el ensangrentado desierto del sur del Territorio de Arizona. A lo largo de sus riberas flanqueadas por álamos acampaban quinientos apaches, agradecidos de vivir bajo la protección del teniente Royal E. Whitman, comandante al mando del cercano Camp Grant. Los primeros apaches en acudir allí fueron el jefe Eskiminzin y sus ciento cincuenta famélicos seguidores, que vivían bajo el temor constante de ser atacados por el ejército y los voluntarios de la zona. A la súplica de Eskiminzin de que se permitiera a su pueblo firmar la paz y «criar ganado, cultivar maíz y vivir como vuestro pueblo», Whitman solo le pudo ofrecer raciones de comida y refugio temporal hasta que recibiera instrucciones del cuartel general del departamento. Los aravaipas, satisfechos con esas condiciones, depusieron las armas. Whitman contrató indios para que segaran el heno y talaran madera para el puesto militar y los rancheros que vivían en las inmediaciones los emplearon para cosechar la cebada. A medida que la noticia de la bondad de Whitman se extendía, fueron llegando a su informal reserva otros trescientos cincuenta apaches. [1]

A ciento doce kilómetros al sudoeste de Camp Grant, los residentes de Tucson hervían de rabia. Desde que el teniente había emprendido su experimento de paz, las incursiones apaches en la zona habían dejado seis muertos. No existía prueba alguna de que los culpables fueran los indios de Whitman, pero estos eran el objetivo más a mano para los habitantes de Arizona, que exigieron saber si el ejército iba a seguir mimando a sus «protegidos asesinos». Una delegación del autoproclamado Comité para la Seguridad Pública de Tucson transmitió las demandas de los

lugareños al comandante en jefe del departamento, el coronel George Stoneman. Este les respondió que se ocuparan ellos mismos del problema.

Así lo hicieron. Abandonados por el ejército, un grupo compuesto por mexicano-americanos, blancos e indios pápagos se agrupó para impartir justicia a los «demonios» de Camp Grant. Al amanecer del 30 de abril, los justicieros rodearon con sigilo el campamento de Eskiminzin. A la señal acordada, los pápagos apalearon, machetearon y lapidaron a los habitantes mientras dormían, al tiempo que los blancos y los mexicanos descargaban sus rifles sobre los que conseguían escapar de los mazos de guerra y de los cuchillos pápagos. Murieron más de 144 apaches, casi todos mujeres y niños. Eskiminzin sobrevivió, pero perdió cuatro mujeres y cuatro hijos. Ninguno de los atacantes falleció, básicamente, porque no hubo resistencia alguna.

La mayoría de los habitantes de Arizona se alegraron de la matanza de Camp Grant y la prensa local la calificó como «una justa venganza digna de imitar siempre que hubiera oportunidad». Los filántropos del Este, sin embargo, la denunciaron y el presidente Grant amenazó con poner el territorio bajo la ley marcial si no se procesaba a los culpables.

Eskiminzin no tenía demasiada esperanza en que se hiciera justicia. Ningún tribunal de Arizona, aseguró a Whitman, castigaría a un hombre blanco por matar apaches. Tenía razón. Los habitantes de Tucson quemaron una efigie del fiscal y el jurado absolvió a los asesinos arguyendo que actuaron en defensa propia. [2]

No había indios que provocaran menos simpatía que los apaches entre los habitantes de la frontera. Sus incesantes razias mantenían a los habitantes de Arizona en un continuo desasosiego. El sufrimiento que causaban a sus cautivos, a los que torturaban con una crueldad exquisita, repugnaba a la gente del territorio, e infundía en ellos una ardiente sed de venganza sobre todos y cada uno de los apaches, sin distinción, tal como demostró la masacre de Camp Grant. Hasta que el ejército fue capaz de frenar las atrocidades apaches, la inquina de las gentes de Arizona hacia ellos se mantuvo al rojo vivo.

Iba a resultar difícil someter a los elementos beligerantes que había entre los apaches y los yavapais, un pueblo nativo de Arizona central a los que, a veces, se confundía con los apaches. Como guerrilleros, los apaches no tenían igual, y los yavapais, estaban casi a su mismo nivel. Los apaches no apreciaban la bravuconería individual que, a menudo, animaba a los guerreros de las llanuras indias. Según dijo un capitán que luchó contra ellos, los apaches «preferían merodear como un coyote durante horas y después matar al enemigo, antes que, por exponerse de un modo insensato, recibir una herida, fuese esta fatal o no. Las precauciones que toman demuestran que son soldados excepcionales».

Hacia principios de 1870, los apaches estaban mucho mejor armados que cualquier otro indio del Oeste. Casi todos los guerreros tenían un rifle de repetición, y los arcos y las flechas los usaban, si acaso, para cazar. Creían que el poder sobrenatural era fundamental para el éxito en las incursiones o en la guerra, y se atenían a sus requerimientos y tabúes con la misma diligencia con que lo hacían los indios de las llanuras. Los guerreros apaches eran jinetes mediocres, limitación que compensaban con creces con su gran resistencia a pie. Al contrario que los indios de las llanuras, que se enorgullecían de sus elaborados tipis, los apaches vivían en unos sencillos habitáculos circulares y abovedados llamados vikiupas, confeccionados con ramas y pimpollos, doblados y cubiertos con lonas, mantas o maleza. La facilidad con que se montaban proporcionaba a los chiricahuas —y en menor grado a los apaches orientales— una movilidad mucho mayor a lo largo del año de la que tenían los indios de las llanuras. [3]

❋

La actitud displicente del coronel Stoneman hacia los ataques de los apaches y los yavapais reflejaba el lamentable estado en el que se hallaban los asuntos militares en el Territorio de Arizona, donde había dos mil soldados dispersos a lo largo de una docena de puestos. La moral de las tropas era baja y era común la deserción. E incluso más común habría sido de haber habido algún lugar a donde ir, pero los asentamientos eran escasos, alejados entre sí y sus ocupantes, a menudo, eran «vagabundos miserables y fugitivos de la justicia», más proclives a robar y matar a un desertor que a

ayudarlo.

Las condiciones de vida en el ejército en Arizona eran execrables; tan malas que un joven médico del ejército temió volarse los sesos antes de que terminara su servicio. En Fort McDowell, el Pueblo Potemkin de los puestos militares de Arizona, la gravilla del patio de instrucción resplandecía durante el día con un blanco cegador, absorbiendo el calor suficiente como para mantener el aire nocturno casi tan sofocante como la temperatura diurna, que, según un oficial, en ocasiones superaba los 46° a la sombra —«si es que hubiera habido alguna sombra a la vista». Los oficiales y los soldados vivían en unas toscas estructuras de adobe infestadas de venenosas hormigas rojas, que, cuando se humedecía el estiércol de vaca utilizado para rellenar las vigas, apestaban. No había verduras ni frutas, y la disentería era incontrolable. Indios hostiles merodeaban por la noche por los alrededores, extraían las balas de las dianas y rebuscaban para ver si encontraban botellas de cristal o latas con las que fabricar puntas de flecha, que, junto con las balas recicladas, utilizaban contra los soldados.

Por infinidad de razones, las guarniciones carecían, a menudo, de los medios para responder a los ataques. El transporte era limitado y poco fiable. Bajo el calor intenso del desierto, los carromatos del ejército se resquebrajaban y la falta de remontas con frecuencia paralizaba a la caballería. Las reservas de munición eran siempre escasas. La reorganización general del ejército que se hizo en julio de 1866 desembocó en una terrible ruptura de la cohesión del mando en la Apachería: el Territorio de Nuevo México se convirtió en un distrito del Departamento del Misuri; el Territorio de Arizona se dividió en cuatro distritos separados del Departamento de California. Dado que no había ninguna línea de diligencias que operara en Arizona, los mensajes tardaban semanas en llegar al cuartel general del Departamento en San Francisco. El sistema militar, que hacía hincapié en el combate convencional, resultaba inútil para los oficiales que luchaban una guerra de contraguerrilla en el desierto. A pesar de esas desventajas, entre 1866 y 1870 el ejército mató más indios en Arizona que soldados perdió. No obstante, las razias continuaron. Los residentes de aquel territorio valoraban la actuación del ejército de acuerdo al número de estas, y no les parecía lo bastante buena. Pero los indios tenían

otra percepción: las bajas de guerreros comenzaban a ser insostenibles.

Ningún líder apache comprendió la terrible lógica de una guerra de desgaste mejor que Cochise, cuya pugna contra los norteamericanos acababa de entrar en su décimo año en 1870. Desde su baluarte de las Montañas Dragoon, en el sudeste de Arizona, Cochise seguía dirigiendo la lucha, hasta que en agosto hizo lo que nadie esperaba: propuso al oficial al mando de Camp Apache, el comandante John Green, iniciar conversaciones de paz. «Estaba cansado y quería dormir —informó Green—. Las tropas habían matado a casi todo su grupo y eso le causaba una preocupación mortal». Tras calcular que «estábamos más o menos empatados», Cochise pidió una tregua, pero Green carecía de la autoridad para negociar con él. Sin cejar en su empeño, Cochise se dirigió a la reserva de Cañada Alamosa (el cañón de los Álamos) donde vivía el grupo chihene de los chiricahuas. Allí se encontró con un comerciante que antiguamente trataba con los indios, Thomas Jeffords, con el cual entabló una íntima amistad. En Cañada Alamosa, Cochise también habló con un agente especial de la Oficina de Asuntos Indios, al cual reiteró su deseo de paz y pidió permiso para asentarse entre los chihenes. De regreso a sus guaridas en las montañas para esperar una decisión del Gobierno, Cochise intentó controlar a sus guerreros, pero los enfrentamientos con las bandas de civiles y las patrullas del ejército eran inevitables. Tal como él mismo dijo, no encontraba «ni el descanso, ni la paz».

Cochise necesitaba paz no solo para su pueblo, ya reducido por la guerra a menos de cuatrocientas personas, sino también para prolongar su propia vida. El jefe guerrero que había derrotado al Ejército norteamericano durante una década estaba perdiendo una lenta batalla contra un cáncer de estómago. [4]

Las propuestas de paz de Cochise coincidieron con una reforma radical de la administración militar del Territorio de Arizona. A principios de 1870 el gobernador Anson P. K. Safford había convencido al Departamento de Guerra de que uniera los inútiles distritos militares del territorio en el Departamento de Arizona. Por desgracia para los habitantes de Arizona, el mando recayó en el

coronel Stoneman. Este, apático y ajeno a la realidad, se negó a trasladar su cuartel general desde San Francisco a la «tórrida e insalubre ciudad de Tucson», y mostró poco interés por los interminables ataques de los apaches y los yavapais que paralizaban los viajes y forzaban a los rancheros y granjeros a permanecer dentro de casa durante el día. En diciembre de 1870, Stoneman intentó apaciguar a los habitantes de Arizona con una orden general en la que prometía llevar a cabo «una implacable campaña de invierno», compromiso que no era más que una concesión de cara a la galería. En realidad, Stoneman no estaba centrado en su trabajo; dijo al general Sherman que esperaba que los comisionados de paz le resolvieran el problema apache-yavapai mediante un «ejercicio de influencia moral y religiosa». Tan ajeno era Stoneman al deterioro de las condiciones en su departamento que solo dos semanas antes de la masacre de Camp Grant propuso que se cerraran cinco puestos y se enviara a las tropas a otros departamentos. Safford, incrédulo, pidió la dimisión de Stoneman. [5]

El gobernador sabía cuál era el hombre que debía reemplazarlo: el teniente coronel George Crook, el cual se encontraba entonces en San Francisco en una Benzine Board («Comité de la Bencina») [*], creada para deshacerse de los oficiales que no estaban a la altura. Sin embargo, Crook no quería nada que tuviera que ver con el Territorio de Arizona. Ya le habían ofrecido el mando un año antes, y lo había rechazado aduciendo que «luchar contra los indios implicaba un duro trabajo, sin ninguna recompensa». Además, añadió que el calor abrasador de Arizona arruinaría su salud. Haciendo caso omiso de las objeciones de Crook, el gobernador presionó a Washington para que le concediera el mando. A pesar de que tanto el secretario general de guerra como el general Sherman aconsejaron que no se hiciera el nombramiento, arguyendo que, como teniente coronel, Crook era demasiado inexperto para el puesto, el presidente Grant accedió a las súplicas de Safford. El 17 de mayo de 1871 le asignaron a Crook el mando del Departamento de Arizona hasta que encontraran un general más adecuado. Crook estaba desesperado. No solo le parecía ofensiva la noción de un «mando temporal», en especial en Arizona, sino que también le preocupaba que su ascenso por encima de coroneles más veteranos

provocara la ira del cuerpo de oficiales, como, en efecto, ocurrió. [6]

A tenor de su expediente de guerra contra los indios, nadie podía poner objeción alguna a la designación de Crook. Antes de ir a Arizona, había servido en el ejército tras la Guerra Civil durante más tiempo y en misiones más arduas que cualquier otro oficial de alto rango del ejército regular. En diciembre de 1866, asumió el mando del distrito de Boise, el peor puesto de mando del ejército en el Oeste. Durante dos años, los paiutes del norte llevaron a cabo una feroz guerra de guerrillas contra los colonos del este de Oregón y de Idaho. El ejército se había mostrado completamente inútil y el alcoholismo y la apatía se propagaban por doquier entre los oficiales. Crook revirtió la situación. Al poco de llegar, los guerreros paiutes atacaron los asentamientos próximos a su cuartel general. El teniente coronel cogió a la compañía de caballería, un cepillo de dientes y una muda, y salió a darles caza. Su intención era estar fuera tan solo una semana. «Pero —recordó él mismo—, le cogí el gusto a perseguir indios y no volví hasta dos años después». Crook pacificó el territorio y, a continuación, trató a los indios derrotados sabiamente. Alistó a los guerreros más valientes como exploradores y, tal como dijo un ayudante, a las antiguas bandas hostiles les «hizo algunas promesas, ninguna que no pudiera cumplir, y la paz que se consiguió en ese momento duró diez años. Cuando se rompió […] no estoy tan seguro de que no fuera por culpa del hombre blanco». [7]

Pese a que alabaron el cambio de mandos en el departamento, a los habitantes de Arizona les pareció que Crook, de cuarenta años, era un don nadie. Independiente, testarudo y a veces hermético, parecía disfrutar del hecho de discutir con oficiales más veteranos que él. Le encantaba vivir en zonas aisladas, y era, según un oficial del Estado Mayor, «más indio que los propios indios». Sin duda, su apariencia tenía poco de militar. Lucía unas enormes patillas rubias que se juntaban en una perilla rala. Durante las campañas se trenzaba los bigotes y se los metía en la blusa. En campaña, pocas veces llevaba el uniforme.

En West Point no había despuntado como una gran promesa, ya que se graduó casi el último de la clase, pero durante la Guerra Civil demostró su valía, pues ascendió de capitán a general de voluntarios. Durante la campaña de Shenandoah de 1864 dirigió un

cuerpo que estaba al mando de su amigo y compañero de habitación de West Point, Phil Sheridan, el cual, anteponiendo la ambición a la amistad, se atribuyó el mérito de una victoria de la Unión especialmente asombrosa que, en realidad, correspondía a Crook. Este nunca se lo perdonó. **[8]**

Cuando llegó a Arizona, en junio de 1871, estableció su centro de operaciones en Whipple Barracks, en Prescott, y eligió al teniente John G. Bourke del 3.º de Caballería como edecán. En cuanto a su imagen, no podía haber hecho mejor elección. Hábil, valiente, muy elocuente y con una desarrollada curiosidad intelectual, el joven teniente se convirtió en el relaciones públicas informal del comandante. Durante los siguientes quince años, sus destinos estuvieron inextricablemente unidos. **[9]**

El primer objetivo de Crook fue Cochise, al que calificó como un «inflexible enemigo de toda civilización», a pesar de sus propuestas de paz, que el general desdeñó como falsas. En julio, Crook partió con cinco compañías de caballería hacia su baluarte de las Montañas Dragoon. En realidad, las oportunidades de sorprender al jefe indio, que tenía centinelas apostados por todas partes, eran, en el mejor de los casos, mínimas, y se desvanecieron por completo cuando un inepto capitán condujo su compañía por medio de un valle, a plena vista de todos los apaches que hubiera en kilómetros a la redonda. Como es lógico, Crook enfureció y canceló las operaciones. A pesar de eso, el resultado fue positivo: cualquier cosa que no hubiera sido la destrucción de Cochise es probable que hubiera conducido al enfermo jefe de su tentativo camino de paz a una guerra a gran escala. Asimismo, la incursión de Crook contra los apaches le había proporcionado un conocimiento de primera mano del campo de operaciones, y había persuadido a los apaches White Mountains (que no sentían ningún aprecio por los chiricahuas) a enrolarse como exploradores, logro que Crook juzgó con acierto como «la brecha que permitiría resolver el problema apache». **[10]**

No obstante, esa brecha no se ensancharía, al menos de inmediato, por medio de la fuerza. De repente, cuando estaba planeando una segunda campaña contra Cochise, Crook recibió órdenes de abandonar su puesto. Un comisionado especial estaba de camino desde Washington para, tal como dijo Crook, «hacer la paz

con los apaches por la gracia de Dios».

A pesar de que Crook se enojó por la intromisión, tenía parte de culpa. Al asumir el mando se había comprometido a constreñir a los apaches a la sumisión, tal como había hecho con los paiutes del norte. Los bienintencionados filántropos del Consejo de Comisionados Indios pusieron el grito en el cielo, pues afirmaban que la belicosidad de Crook iba en contra de los principios de la recién inaugurada Política de Paz, que contemplaba, siempre que fuera posible, la conducción pacífica de los indios a las reservas, donde se les «civilizaría». El problema era que las intenciones de Cochise todavía eran inciertas y, en cualquier caso, no había ninguna reserva en Arizona a la que pudiera acudir su pueblo. La tarea del comisionado especial, el secretario del Consejo de comisionados, Vincent Colyer, consistía tanto en negociar la paz como en elegir reservas adecuadas. Crook, disgustado y convencido de que Colyer era un títere de la sección de Arizona del consorcio de oficiales estafadores y trapaceros conocidos a nivel nacional como el Indian Ring, cuestionó sus motivos y su competencia. Bourke superó a su jefe en injurias, al llamar a Colyer «engendro del infierno». Los periódicos de la zona anudaron retóricas sogas al cuello del comisionado. [11]

Mientras viajaba por el Territorio de Arizona, Colyer creó la vasta reserva india White Mountain para acomodar a los miles de indios que él daba por hecho que se plegarían ante sus suplicas. [12] Por lo demás, no consiguió nada. Las incursiones indias se reanudaron en cuanto se marchó. El 5 de noviembre de 1871, una partida de guerreros yavapais emboscó a una diligencia cerca de Wickenburg y mató a siete de los ocho pasajeros. Esta matanza, denominada masacre de Wickenburg, indignó a la nación y provocó el descrédito de Colyer. Encantado de oír que «Juan el Bueno» había sido «decapitado», Crook preparó sus tropas para entrar en acción antes de que aparecieran otros pusilánimes emisarios de paz. En diciembre, Crook anunció que consideraría «hostiles» a todos los indios que no estuvieran en una reserva. Aseguró a su oficial superior, el general John M. Schofield, que lograría la paz en primavera; lo único que necesitaba «eran unos cuantos caballos más y que lo dejaran tranquilo». [13]

Pero, una vez más, los partidarios de la paz en el Este

desbarataron los cálculos de Crook. A menos de una semana del comienzo de su ofensiva, Schofield le ordenó que pospusiera las operaciones para dar a otro comisionado especial la oportunidad de continuar el trabajo de Colyer y, lo que era aún más importante, para encontrar a Cochise y firmar una paz con él. El nuevo comisionado era el general de brigada Oliver O. Howard.

No era de extrañar que Grant eligiera a un soldado para intentar sellar una paz sin derramamiento de sangre. Motejado por sus colegas oficiales, a veces con sorna, como el General Cristiano, este oriundo de Nueva Inglaterra de cuarenta y un años, era un hombre profundamente compasivo, humanitario y con una auténtica fe. Howard había perdido un brazo en batalla y, tras la Guerra Civil, fue uno de los pocos privilegiados que obtuvo el puesto de general de brigada en el ejército regular. En mayo de 1865, el presidente Andrew Johnson lo nombró comisionado de la recién creada Oficina de los Refugiados, los Libertos y las Tierras Abandonadas, para ayudar a que los esclavos emancipados se abrieran paso en una sociedad libre. A pesar de que en la Oficina de los Libertos dominaban las políticas partidistas y apestaba a corrupción, Howard, que era muy inocente, salió de ella impoluto.

Howard y Crook no se conocían y, tras la invitación de cortesía que hizo Howard al cuartel general del departamento, ninguno quedó impresionado por el otro. Al primero, Crook le pareció «peculiar y difícil de clasificar», además de que sus ojos «no eran precisamente ventanas abiertas y transparentes a su alma». A Crook, por su parte, Howard le pareció un chiflado. «Me dijo que pensaba que el creador le había puesto en la tierra para ser el Moisés de los negros, y que tras haber cumplido esa misión, se sentía dichoso de que su nuevo cometido fuera con los indios. No fui capaz de dilucidar si su arrogancia era fruto de la vanidad o de la desfachatez». [14]

El fervor religioso de Howard casi sabotea su misión. El 30 de abril de 1872 (justo un año después de la masacre de Camp Grant) invitó a los jefes de los apaches occidentales y a sus enemigos hereditarios, los pimas y los pápagos, a una conferencia de paz en Camp Grant. Cuando se dirigía a la asamblea india, de modo inesperado, Howard se arrodilló y empezó a rezar en voz alta, ante lo cual los jefes salieron corriendo como perdices. Tan solo

regresaron cuando el teniente Whitman les aseguró que el extraño comportamiento del general manco no había sido un acto de magia negra. Tras innumerables discursos, todos acordaron firmar una paz permanente, promesa que mantendrían. Para gran alivio de Crook, al que la labor de Howard en Camp Grant no había impresionado, este se marchó al poco, sin haber sido capaz de contactar con Cochise.

Sin embargo, no sería la última vez que Crook oiría hablar de Howard. Cuatro meses después, el General Cristiano volvió a la Apachería resuelto a encontrarse con Cochise aunque le costara la vida. Se dirigió directamente a Fort Tularosa, hogar de una nueva reserva Chihene-Apache. Se sabía que había miembros del grupo chokonen de Cochise que frecuentaban el lugar. También estaba allí su buen amigo Tom Jeffords, levantando un puesto comercial. Howard le pidió a Jeffords que encontrara a Cochise y que lo llevara al fuerte para hablar con él. Jeffords no sabía muy bien cuáles eran las intenciones de Howard, pero sin duda tampoco tenía ni el tiempo ni las ganas de hacer de mensajero suyo, sobre todo porque pensaba que lo más probable era que este fuera incapaz de tratar con los fieros chokonen «teniendo en cuenta sus bien conocidas ideas humanitarias, y en mi opinión, por su pose de soldado cristiano».

Jeffords pensó que tenía una excusa fácil, de modo que le dijo: «General Howard, Cochise no va a venir. El hombre que quiera hablar con él deberá ir allí donde está […] Le diré lo que voy a hacer. Le llevaré hasta Cochise. ¿Está dispuesto a ir allí conmigo sin soldados?». Para sorpresa de Jeffords, el general no solo aceptó sino que lo nombró agente de la reserva Cochise que tenía intención de establecer en Cañada Alamosa, en el caso de que el jefe estuviera de acuerdo con las condiciones.

Howard había cazado a Jeffords. El 19 de septiembre de 1872 emprendieron un viaje a caballo de 480 kilómetros hasta el bastión de Cochise en las Montañas Dragoon, acompañados del edecán de Howard y de dos familiares del jefe indio. Aquel insólito grupo cabalgó entre cincuenta y setenta kilómetros al día bajo el sol abrasador del desierto, una prueba despiadada de supervivencia para un hombre al que le faltaba un brazo. El 1 de octubre, Howard y Cochise se encontraron y debatieron con sinceridad. Howard, que

dijo que había ido a instancias del Gran Padre para firmar la paz, propuso unir a los chokonen y a los chihenes en Cañada Alamosa. Cochise estaba encantado; «nadie desea la paz más que yo», aseguró a Howard, pero temía que esta maniobra desintegrara a su grupo. En lugar de eso sugirió una reserva en el territorio de los chokonen, una proposición que los subjefes estaban de acuerdo en que «borraría antiguos resquemores». Howard aceptó en beneficio de la paz. Nadie puso el acuerdo por escrito, pero Howard informó de los términos tal como sigue: se concederá a los chokonen una reserva de ochenta kilómetros de extensión entre las Montañas Dragoon y Chiricahua a la que se prohibirá entrar al ejército; Thomas Jeffords será su agente, y el Gobierno proporcionará a los chokonen comida y ropa. A cambio, Cochise se compromete a dejar de luchar contra los habitantes de Arizona.

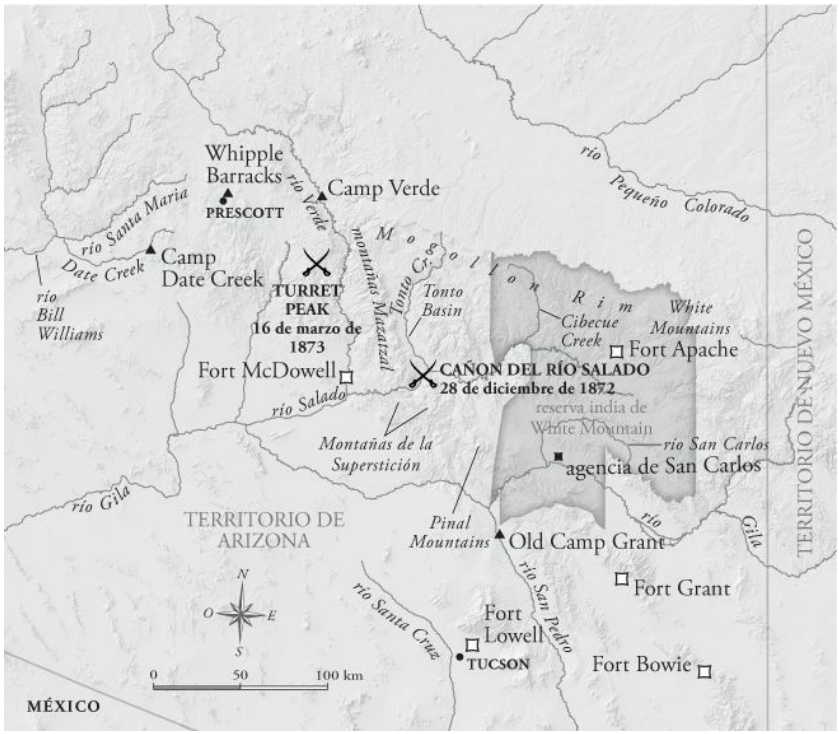
Jeffords confesó que la primera impresión que le causó Howard fue equivocada y afirmó: «Creo que no se podría haber enviado a ninguna otra persona que hubiera realizado la misión tan bien como él. Y, sin duda, no hay nadie que la hubiera hecho mejor». El gobernador Safford, que visitó a Cochise un mes más tarde y se marchó admirando al antiguo azote del territorio, agradeció sinceramente al general Howard que «hubiera cumplido su deber con nobleza». Por otra parte, Crook se abstuvo de unirse al coro de elogios y afirmó que lo único que sabía era que Howard había llegado a algún tipo de acuerdo con los apaches «por la gracia de Dios y la oración». [15]

La mezquindad de Crook no hablaba a su favor. Debería haber dado las gracias a Howard. A pesar de su insistencia en usar la diplomacia con Cochise, Howard reconoció que solo la fuerza persuadiría a los hostiles yavapais y a los apaches del oeste. En Washington también estaban de acuerdo. Cochise estaba vedado, pero al fin Crook tenía libertad para lanzar una ofensiva contra el resto de tribus conflictivas.

La tropa de Crook iba a ser, por decirlo de algún modo, poco ortodoxa. Para aprovechar la querencia innata que sentían los apaches por la lucha, ofreció una paga completa del ejército a aquellos guerreros que quisieran volverse contra su propio pueblo

(y, de hecho, tuvo numerosos voluntarios). A pesar de que violaba el reglamento del ejército, Crook contrató a muleros civiles experimentados para organizar una recua capaz de sortear el terreno más escabroso de Arizona, y demostró su fe en esas hoscas bestias de carga, montando él mismo una mula sobre el terreno.

Su plan de acción era simple. Enviaría columnas de avanzadilla contra los yavapais al oeste del río Verde, para que combatieran a las bandas que no abandonasen el territorio y empujasen al resto a las montañas Mazatzal y a Tonto Basin, una extensión semiárida de chaparral y pino ponderosa que era el hogar no solo de los yavapais sino también de muchos grupos hostiles de apaches occidentales. Entonces, Crook cerraría el círculo con columnas convergentes de exploradores indios y soldados con un fin, matar a los indios de hambre, de frío o hasta hacer que se rindieran. Los jefes al mando de las columnas no debían escatimar esfuerzos en la protección de las mujeres y los niños, debían tratar a los prisioneros de ambos sexos con humanidad, así como animar a los prisioneros varones a alistarse como exploradores. No se toleraría ninguna excusa para abandonar el campo; si los caballos se reventaban, los soldados deberían continuar a pie. Crook esperaba que la campaña fuera «breve, intensa y decisiva». **[16]**



La campaña de Crook de Tonto Basin, 1872-1873.

Las columnas se pusieron en marcha el 15 de noviembre de 1872. El nuevo edecán de Crook, el teniente Bourke, decidió acompañar al contingente de doscientos veinte hombres del comandante William H. Brown con dos compañías de caballería desmontada y un destacamento de exploradores pimas y apaches, lo cual resultó ser una buena elección para un oficial subalterno en busca de acción. Tras cinco semanas sobre el terreno, los exploradores de Brown hallaron un rastro reciente en las escabrosas montañas Mazatzal que conducía a una estrecha meseta que desembocaba en un bastión yavapai. La dificultad estribaba en llegar allí, ya que la ruta era una pendiente estrecha, rocosa y plagada de cactus, que por un lado se precipitaba en picado al turbulento río Salado. Un viento punzante, que parecía concebido para despistara los incautos, azotaba las montañas. Brown dejó descansar a sus hombres un día y, después, en la fría y nublada tarde del 28 de diciembre, se pusieron en marcha en busca del

bastión. Para amortiguar su aproximación, los soldados caminaban con mocasines. La noche era fría y luna, pero esa negrura de alquitrán no impidió que encontraran a los yavapais. Una viva hoguera señalaba, cual bengala, su bastión, una pequeña y elíptica oquedad excavada en una pared rocosa y protegida por una rampa de arenisca de tres metros de altura. Junto a ella, danzaban los guerreros celebrando las recientes incursiones, mientras que los niños miraban y las mujeres cocinaban. Los yavapais no habían apostado centinela alguno. Ningún forastero había penetrado jamás en su refugio de montaña, y nada les hacía pensar que esa noche fuera a ser diferente.

Los hombres de Brown reptaron hasta estar a unos treinta metros de los yavapais y entonces lanzaron una descarga estruendosa que reverberó en las negras cumbres. Las mujeres y los niños, aterrorizados, entraron a trompicones en la cueva. Los guerreros, confundidos, se amontonaron tras la rampa y comenzaron a disparar a ciegas. El comandante Brown les dijo que se rindieran, y los yavapais respondieron ululando en señal de burla, al menos hasta que les empezaron a caer rocas encima, arrojadas por los soldados que habían trepado por el escarpe hasta el peñasco que daba a la cueva. Del interior, surgía una siniestra salmodia fúnebre. El comandante Brown, decidido a acabar con premura con el asunto, ordenó a sus hombres que hicieran rebotar las balas contra el techo de la cueva, sobre la invisible masa de indios. Al cabo de tres minutos, se hizo el silencio. El teniente Bourke entró en la caverna. «Frente a él se revelaba un terrible espectáculo. En un rincón había once cadáveres amontonados, en otro cuatro. Y a lo largo de toda la cueva había cuerpos apilados en los distintos recovecos». En la batalla del río Salado (también llamada la batalla de la Cueva Calavera o la Cueva Esqueleto), murieron 57 guerreros y 19 mujeres y niños. Brown había arrasado al grupo yavapai del jefe al que Vincent Colyer había colmado de regalos el año interior, y que se había jactado ante este de que «ningún soldado había encontrado su refugio y nunca lo encontrarían». [17]

Durante el invierno de 1872-1873, las columnas de Crook se enfrentaron diecinueve veces a los yavapais y a los apaches occidentales en Tonto Basin y mataron a un número estimado de

ciento cincuenta indios. Pero los supervivientes se colaron entre el cordón militar y como desafío atacaron ranchos aislados y tendieron emboscadas a los viajeros incautos. Crook se vengó con más expediciones punitivas. La tarde del 27 de marzo de 1873, una de sus columnas atacó una ranchería yavapai situada en lo alto de Turret Peak, en la orilla oeste del río Verde. La matanza excedió las expectativas de Crook, que informó: «Tan seguros se sentían [los indios] en esa posición casi inexpugnable que perdieron la capacidad de actuar. Algunos saltaron por el precipicio y quedaron convertidos en una masa informe. Todos los hombres fueron muertos y la mayoría de las mujeres y los niños fueron capturadas».

El episodio de Turret Peak acabó con la resistencia yavapai. Los indios fueron llegando a los campamentos del ejército demacrados y harapientos. «Nos rendimos no porque os queramos sino porque habéis enfrentado a algunos de los nuestros contra nosotros», le dijo el jefe yavapai a Crook al entregar a sus dos mil trescientos seguidores. «Has dividido a nuestra tribu en dos […] De modo que quiero hacer las paces y haré todo lo que me digas». El que había ganado había sido Crook el guerrero. En ese momento, entró en acción Crook el humanitario. Le dijo al jefe que «si le prometía vivir en paz y dejar de matar, sería el mejor amigo que habría tenido en su vida». Crook cumplió su promesa y ayudó a los yavapais a establecer granjas en la reserva Camp Verde. Exhortó a sus oficiales a que no juzgaran a los indios con dureza por pequeños crímenes contra las leyes del hombres blanco, y que tuvieran cuidado en tratarlos como «niños en cuanto a su ignorancia, no en cuanto a su inocencia». **[18]**

La Administración Grant premió a Crook con creces por su éxito y lo ascendió de un salto de teniente coronel a general de brigada, haciendo permanente su nombramiento como comandante en jefe del departamento. Pero, tal como Crook había temido, su ascenso enfureció al cuerpo de oficiales del ejército. Ninguno de ellos incubó mayor rencor que el coronel Nelson Miles, el cual, a partir de ese día, odió a Crook. Los derrotados yavapais, en cambio, no guardaron animadversión contra su conquistador. Respetaron a un hombre blanco cuyas acciones se hacían eco de sus palabras, aunque fueran a expensas de los indios. Además, les intimidaba la habilidad de Crook para penetrar en sus más recónditos santuarios.

Convencidos de que un depredador sagrado lo debía haber favorecido con el poder del sigilo lo llamaron Nantan Lupan, el «jefe Lobo Gris».

Nantan Lupan tampoco escatimaba elogios para sí y para sus hombres. Proclamó que su campaña de Tonto Basin «no era inferior a ninguna en todos los anales de las Guerras Indias», y cometió la imprudencia de alardear de que «había finalizado una guerra contra los indios que llevaba luchándose desde los días de Cortés».

Seis meses después, la violencia estalló en las reservas.

El problema comenzó en la reserva White Mountain, donde un retorcido agente indio alimentó la discordia entre los apaches orientales, al utilizar a una facción turbulenta para que intimidara a los empleados honestos de la agencia que cuestionaban sus contratos fraudulentos. La mezcla explosiva de intimidación y consentimiento atizada por este canalla prendió el día del reparto de las raciones en mayo de 1873, cuando sus matones indios asesinaron a un joven teniente durante un altercado. Dado que al hacerlo habían firmado su sentencia de muerte, empezaron a saquear los asentamientos. Crook, furioso, avisó de que no aceptaría ninguna rendición hasta que presentaran a los líderes, vivos o muertos, preferiblemente lo segundo. En cuanto empezó a agitarse la reserva White Mountain, el jefe yavapai Delshay, que se había rendido un mes antes suplicando misericordia entre lágrimas, abandonó la reserva Camp Verde y escogió el sendero de la guerra. **[19]**

Antes de desatar a sus tropas y a los exploradores apache, Crook ofreció a los renegados una salida: si le llevaban las cabezas de los líderes en busca y captura, les perdonaría sus pecados. Al no materializarse cabeza alguna, Crook comenzó las operaciones, vapuleando sin piedad a las bandas hostiles. Cayeron docenas de guerreros, pero los líderes siempre conseguían escapar. Para su menguante número de seguidores, las condiciones de Crook empezaron a resultar cada vez más atractivas, y comenzaron a competir con los exploradores apaches por decapitar a los jefes. En un año le llevaron las cabezas de todos excepto la de Delshay, y las testas se expusieron de forma ordenada en el patio de

entrenamiento del Camp Apache. Cuando al fin rodó la cabeza de Delshay, la reclamaron diversos rivales. Tres apaches de la tribu de los tontos de Camp Verde juraron que lo habían matado ellos, y para demostrarlo llevaron una cabellera y una oreja. Un guerrero de la reserva White Mountain reclamó para sí el honor y mostró como evidencia una cabeza cortada. Esa horripilante competición divirtió a Crook. «Satisfecho de que ambas partes defendieran sus ideas con ardor, y de que no faltara, ni siquiera, la aportación de una cabeza extra, decidí pagar a ambos bandos». **[20]**

Había una cabeza apache, en sentido metafórico, que aún estaba fuera del alcance de Crook, la de Cochise. El general, que menospreciaba el trabajo de Howard, estaba intentando encontrar un pretexto para pelear con él. Cuando los guerreros de Cochise reiniciaron sus tradicionales incursiones en México justo unas semanas después de la partida de Howard, Crook pensó que tenía una razón legítima. No obstante, dada la importancia que tenía la facción de la paz en Washington, necesitaba estar seguro, de modo que, a finales de enero de 1873, envió al comandante Brown, el cual acababa de lograr la victoria de río Salado, para preguntarle a Cochise qué era lo que habían acordado él y Howard a propósito de México. «En esta cuestión los mexicanos están de un lado y los americanos de otro —le dijo Cochise a Brown. Hay muchos jóvenes, cuyos padres y familiares fueron asesinados por los mexicanos, así que, de vez en cuando, estos jóvenes bajan a hacer un poco de daño a los mexicanos. No quiero mentir acerca de esto; ellos van, pero yo no los envío». Eso no era lo que Crook había querido oír, pero era evidente que Cochise consideraba que estaba cumpliendo el tratado de Howard. Por tanto, aunque a regañadientes, el general abandonó los planes de luchar contra los chokonen. **[21]**

En realidad, no importaba. Cochise no causaría problemas a Crook durante mucho más tiempo. Se estaba muriendo debido a un cáncer de estómago, y para aliviar su incesante dolor, bebía mucho. Cada vez estaba más débil y más delgado. Las pesadillas plagaban su sueño, y aseguraba que se trataba de los espíritus de los hombres blancos que había matado, los cuales habían vuelto para atormentarlo. Intentaba hallar augurios en las llamas danzantes de

las hogueras. Le dijo a sus guerreros que una mujer chihene que estaba de visita le había embrujado. Casi queman a la mujer hasta matarla antes de que se impusieran las mentes más serenas. A pesar de su agonía, Cochise seguía estando lo bastante lúcido como para recordar la promesa que había hecho al general Howard. Sus últimas instrucciones a su pueblo fueron: «Vivid por siempre en paz» con los blancos, además de que hicieran lo que su agente Tom Jeffords les indicara. Cochise nombró sucesor a su hijo mayor, Taza, un joven de naturaleza pacífica.

El 7 de junio de 1874 al atardecer, Jeffords y Cochise hablaron por última vez. Cochise le preguntó a Jeffords si pensaba que se volverían a ver en el más allá. Jeffords no tenía la respuesta. «Mientras he permanecido aquí enfermo, he pensado mucho al respecto, y creo que sí nos veremos —dijo Cochise señalando al cielo—. Los buenos amigos se encontrarán de nuevo; ahí arriba». Cochise murió a la mañana siguiente, en el refugio de su bastión en las Montañas Dragoon. Nueve meses después, el general Crook partió para asumir el mando del lejano Departamento del Platte. Lo reemplazó el coronel August V. Kautz, conocido como Dutch, un mediocre oficial que carecía de cualquier credencial en la lucha contra los indios. En la recepción de despedida, Crook aseguró a las gentes de Arizona, aunque puede que no fuera sincero, que podían confiar en que Kautz era un «hombre de acción y de hechos». **[22]**

No le iba a quedar otro remedio que serlo. En la paz general imperante en el Territorio de Arizona, la Oficina de Asuntos Indios plantó una bomba de relojería. A finales de 1874 los burócratas de Washington habían decidido que Arizona estaba preparada para la política de concentración, por la que se trasladaría a los indios que ya estaban asentados en pequeñas reservas a grandes reservas —si era necesario a la fuerza—, para alejarlos, al menos, en teoría, de la maligna influencia de los rufianes de la frontera. Nadie parecía contar con la posibilidad de que estos delincuentes que asediaban las pequeñas reservas no tendrían más que trasladarse a las reservas grandes, que suponían un objetivo mayor y más lucrativo. En cualquier caso, se concentraría a los yavapais, los apaches occidentales y los chiricahuas en la reserva india White Mountain de 8500 km2, situada al este de Arizona, creada por Colyer y ampliada por el general Howard durante sus misiones de paz. La

agencia San Carlos, en la confluencia de los ríos Gila y San Carlos, en el páramo que constituía el extremo sur de la reserva, se encargaría de administrar la creciente preocupación. El puesto del ejército Camp Apache servía como agencia informal para aquellos indios que vivían en el pintoresco y lleno de caza territorio de la mitad norte de la reserva.

Al respaldar la política de concentración, el Consejo de Comisionados Indios había instado al Gobierno a que mantuviera separados a las tribus tradicionalmente enemistadas. En el Territorio de Arizona, la Oficina de Asuntos Indios hizo caso omiso de su propio consejo. Dado que se soltó en White Mountain a tribus y bandas enemigas para que vivieran juntas, comenzó la cuenta atrás hacia los problemas.

El primer agente indio en la reserva White Mountain fue John P. Clum. Este, un arrogante y ambicioso joven de veintidós años que «acababa de salir de la cuna», tal como dijo un apache con desprecio, aceleró la cuenta atrás. Polémico por naturaleza, intentó por todos los medios oponerse al ejército. Estaba resentido sobre todo por la influencia que el liderazgo militar de Camp Apache ejercía sobre las bandas del norte. La única forma en que Clum podía responder era congregando a todos los indios que pudiera en el deshabitado desierto de la agencia San Carlos. Y eso fue lo que hizo.

En primer lugar, Clum expulsó a los yavapais de las tierras altas de las granjas y los campos que habían cultivado con esmero en la reserva Camp Verde bajo la benevolente Administración de Crook. A continuación, quemó la agencia Camp Apache de la reserva White Mountain y transportó sus suministros en carromatos hasta San Carlos para obligar a los apaches de White Mountain a marcharse. Le siguieron setecientos norteños, pero mil cien se negaron a reasentarse, incluidos los exploradores indios de Camp Apache y sus familias. Clum fue lo bastante inteligente como para no presionarles.

En junio de 1876, les llegó el turno a los chiricahuas. Para entonces, la tranquila Administración de Tom Jeffords había atraído a casi tantos apaches de otras bandas como chokonen había en la reserva chiricahua. Mientras tanto, el hijo de Cochise, Taza, había resultado ser un líder débil. Solo contaba con la lealtad de un tercio

de los indios, quizás 325 en total. Para honrar el rechazo a la violencia contra los blancos de su difunto padre, Taza y sus seguidores se dirigieron de forma pacífica a San Carlos.

«¡San Carlos! Ese era el peor sitio de todo el extenso territorio arrebatado a los apaches», recordaba un guerrero chiricahua. «Hacía un calor horrible. Había unos insectos horribles. El agua era horrible. A veces el calor era tan intenso que estoy seguro de que el termómetro marcaba más de 48°». A pesar de eso, dijo otro guerrero, «se consideró que era un buen lugar para los apaches; en todo caso, un buen lugar para morir». Los colonos y los rancheros acudieron en masa a la anterior reserva, prácticamente pisando los talones a los chiricahuas que se acababan de marchar, y de forma casi inmediata desapareció la patria de los chokonen.

No obstante, no todos los chiricahuas aceptaron el éxodo. Casi cuatrocientos que rechazaron la autoridad de Taza huyeron a Sonora, donde se dispersaron por sus antiguos enclaves favoritos de la Sierra Madre y se dedicaron a su pasatiempo preferido: saquear a los mexicanos. Entre los cabecillas, había un voluble hombre-medicina llamado Gerónimo. **[23]**

CAPÍTULO 11

Toro Sentado y Caballo Loco

«Veo. Sé. Comencé a ver cuando todavía no había nacido; cuando aún no estaba en los brazos de mi madre, sino dentro de su vientre. Ahí fue donde empecé a estudiar a mi pueblo», dijo en una ocasión Toro Sentado a un periodista. «Dios me concedió el poder de ver a través de la matriz. Allí, en el vientre, estudié muchas cosas. Estudié la viruela que estaba matando a mi pueblo, la gran enfermedad que estaba matando a mujeres y niños. Estaba tan interesado que me di la vuelta y me puse de lado». [1]

Toro Sentado no cesó nunca de estudiar a su pueblo, los lakotas hunkpapas. Su bienestar le obsesionaba. No había amenazas, soborno, ofertas de dinero, regalos ni propuestas de paz que pudieran apartarlo de su firme propósito de luchar por su pueblo, por su tierra y por su forma tradicional de vida. Él hablaba y la gente escuchaba.

Toro Sentado nació en 1831 más abajo de la desembocadura del río Yellowstone. Su madre lo llamó Tejón Saltarín (Jumping Badger). A los catorce años contó su primer golpe, tras el cual, como era costumbre, su padre, Toro Búfalo se Sienta (Buffalo Bull Sits Down), dio su nombre a su hijo, que los blancos tradujeron por error como Toro Sentado. Durante la década siguiente, el joven Toro Sentado contó al menos dos docenas de golpes más y fue herido tres veces en las luchas contra los crows y los pawnees, incluyendo una herida de bala en un pie que le produjo una cojera permanente. Toro Sentado llegó a dirigir cuatro sociedades de hombres, un logro bastante importante, si se tiene en cuenta que la mayoría de los guerreros podían considerarse afortunados si conseguían ser miembros de, al menos, una sociedad. A mediados de 1860 solo el tío de Toro Sentado, Cuatro Cuernos (Four Horns),

ostentaba una posición más alta que él en la jerarquía guerrera hunkpapa. Toro Sentado también disfrutaba de una creciente reputación como *Wichasha Wakan*, santón con el don de profetizar a través de sueños, visiones y comunicaciones directas con Wakan Tanka, el Gran Misterio, la fuente de todo lo visible y lo invisible.

Toro Sentado, el líder de guerra y el santón personificaba las cuatro virtudes cardinales lakotas: la bravura, la fortaleza, la generosidad y la sabiduría. Pero, a pesar de ello, era humilde, incluso tímido, según contaban algunos. Vestía con sencillez, había renunciado al tocado de guerra en favor de una sola pluma blanca de águila, que representaba su primer golpe, o, en ocasiones, una segunda pluma de águila pintada de rojo, que simbolizaba su primera herida. Sabía escuchar y no interrumpía a los demás. No reivindicaba su superioridad ni tampoco se ofendía cuando alguien rechazaba su consejo o menospreciaba sus visiones. Tenía un gran sentido del humor y era un gran comediante e imitador. También sufría profundas rachas de depresión. Las dos constantes de su carácter eran la desconfianza en el hombre blanco y la convicción, que no imponía a nadie, de que Dios lo había elegido «para ser el juez de todos los demás indios». Pronto, la fama de Toro Sentado se extendió entre las tribus lakotas. «Sin embargo, pareció asumirlo con cierta indolencia —dijo un misionero—. Fue necesaria una ocasión (una crisis) para sacarlo de la complacencia introvertida y contemplativa a la acción extrovertida». **[2]**

La crisis que incitó por primera vez a Toro Sentado a asumir el liderazgo contra los blancos tuvo lugar a raíz de la construcción, en 1866, de Fort Buford en la confluencia de los ríos Yellowstone y Misuri. Al igual que Fort C. F. Smith y Fort Phil Kearny —también levantados en 1866— habían amenazado los terrenos de caza de los oglalas de Nube Roja, Fort Buford presagiaba una intolerable intrusión blanca en el territorio hunkpapa. No obstante, Toro Sentado no pudo igualar las hazañas de Nube Roja. En dos años y medio de guerra intermitente fue incapaz de aplastar a una guarnición que, a menudo, no reunía más de cincuenta hombres. Pero la resistencia de Fort Buford no hizo menguar su determinación de hacerles frente. Toro Sentado expresó con

claridad su credo a un miserable grupo de assiniboines que vivían en una reserva. Es mejor adentrarse en el territorio del búfalo y valerse por uno mismo que depender de los regalos del hombre blanco para sobrevivir. «Miradme a mí —desafió a sus oyentes—. Fijaos en si soy pobre o si lo es mi pueblo. Puede que al final los blancos me atrapen, pero hasta entonces disfrutaré de buenos momentos. Sois tontos por dejaros esclavizar por un pedazo de beicon, unas cuantas galletas y un poco de azúcar y café». [3]

De acuerdo con las ideas de Toro Sentado, la mayoría de los lakotas quedaron como tontos cuando Nube Roja y sus jefes firmaron el Tratado de Fort Laramie en 1868. Al cabo de cuatro años, los «tontos» constituían el noventa por ciento de una población lakota estimada en 15 000 individuos. Solo la mitad de los 2000 hunkpapa apoyaron a Toro Sentado. Apenas uno de cada cuatro de los 4000 oglalas rechazó el tratado; el resto, junto con unos 1500 cheyenes y 1000 arapahoes del norte, gravitaban en torno a la agencia de Nube Roja. Casi toda la población brulé, estimada en 4050 individuos, vivía en la agencia de Cola Moteada. Toro Sentado y el resto de los indios que habían rechazado el Tratado de Fort Laramie en 1868 fueron conocidos como las bandas antitratado o, cuando convenía a los propósitos del Gobierno, como «hostiles». [4]

Clasificar a los lakotas como de la reserva o antitratado era, como mínimo, un problema. Los lakotas antitratado con frecuencia visitaban a sus compañeros en la reserva e incluso se asociaban a las agencias para conseguir raciones de comida, en especial, durante los meses de invierno. Y, viceversa, el Territorio Indio No Cedido ofrecía refugio a los indios de la reserva incómodos con las normas administrativas o que, en ocasiones, deseaban disfrutar de su antigua libertad. Cada primavera, los lakotas abandonaban las reservas para unirse a sus familiares que deambulaban con libertad y volvían a las agencias tras la época de la caza del búfalo de otoño. De ese modo, la marea lakota en el Territorio Indio No Cedido crecía en verano y bajaba en invierno.

Toro Sentado no dirigía ninguna marea más que la de su perpetua fidelidad a su antiguo modo de vida. Nube Roja y los oglalas podían hacer lo que quisieran. Pero, por lo que a él se refería, no vendería ninguna parte del territorio de su pueblo.

Tampoco repudiaría la consagrada práctica lakota de expandir sus dominios desplazando a otras tribus a la fuerza. Durante cerca de dos décadas, los lakotas habían pugnado por arrebatar a los crows el territorio rico en búfalos del río Powder, objetivo que lograron a principios de la década de 1860. Sin embargo, a lo largo de esa década, las manadas más grandes habían emigrado y se habían adentrado aún más en lo que restaba del territorio crow. Durante los seis años siguientes, Toro Sentado dedicaría sus esfuerzos a expulsar por completo a los crows de las llanuras y empujarlos a las montañas. Los blancos, que por el momento solo rozaban el linde oriental de su mundo, constituían un peligro menor. [5]

Las acciones de Toro Sentado tenían ahora más peso. Ya no era un mero jefe de guerra hunkpapa. En el verano de 1869, en un gran consejo de lakotas antitratado, su tío Cuatro Cuernos se las ingenió para conseguir que su sobrino ascendiera a jefe supremo de los lakotas, o más bien, de los lakotas que rechazaban la vida en la reserva. Fue una maniobra audaz y, a pesar de que muchos se negaron a aceptar la promoción de Toro Sentado a una posición ajena a la cultura política de los lakotas, cientos de hunkpapas, pies negros, sans arcs, oglalas, miniconjous e incluso cheyenes del norte, para los cuales Toro Sentado era un desconocido, apoyaron la propuesta de Cuatro Cuernos. Al final de la ceremonia, el tío se dirigió a su sobrino y le dijo: «Por tu valentía en el campo de batalla y por ser el mejor guerrero de nuestras partidas, te hemos elegido como nuestro jefe de guerra, líder de toda la nación sioux. Cuando nos digas que luchemos, lucharemos, cuando nos digas que hagamos la paz, la haremos». [6]

Toro Sentado no era el único lakota destacado que abrazaba las antiguas costumbres. Había un extraño joven, jefe de guerra oglala, al que todavía no conocía, que estaba apasionadamente comprometido con la misma causa. Su nombre era Caballo Loco.

La gente consideraba que Caballo Loco era peculiar, un solitario que solo valía para la guerra. A menudo, vagaba en soledad por las praderas mientras buscaba visiones, cazaba o robaba caballos a las tribus enemigas. Cuando estaba en el campamento, rara vez hablaba, y parecía distraído, distante, como si el contacto humano

fuera más de lo que podía soportar. Rehuía los consejos y las negociaciones de paz, así como todo lo que tuviera pinta de estrategia, confabulación o intriga, no solo contra los blancos sino contra sus compañeros lakotas. No le interesaba la Danza del Sol anual, que era la ceremonia religiosa lakota más importante, ni tampoco los rituales sagrados. Además, nunca posó para una fotografía, por miedo a que la cámara le robara el alma. Se vestía de forma sencilla, vivía en la pobreza y daba sus mejores caballos y los frutos de la caza a los pobres. Caballo Loco nunca tuvo un tocado de guerra y luchaba vestido tan solo con un taparrabos. Su fisionomía desconcertaba tanto a los indios como a los blancos. Según un guerrero que lo conoció, dentro de lo posible, mejor que nadie, «no era ni muy alto ni muy bajo, ni muy grueso ni muy delgado. Tenía el pelo de color muy claro y una complexión clara, mucho más clara que la de otros indios. Su rostro no era ancho y tenía una nariz grande y afilada». Aunque acostumbraba a mirar de soslayo, Caballo Loco «no se perdía casi ningún detalle de lo que ocurría». Su perpetua apariencia juvenil, su piel pálida, y su fino cabello, largo hasta la cadera, le conferían un carácter andrógino. Un agente indio lo describió a la edad de treinta y seis años como «un chico con aspecto de muchacha tímida».

Todo el mundo estaba de acuerdo en una cosa: Caballo Loco era un excelente guerrero, quizá el mejor de su generación en las llanuras del norte. Los oglalas lo comprendían y lo aceptaban tal como era. «Entre los indios, a Caballo Loco no se le consideraba bueno para nada excepto para luchar», afirmó su hombre-medicina personal. Sin embargo, a él no le importaban los honores ni los trofeos. Nunca arrancó cabelleras y, a menudo, permitía a los guerreros aspirantes que contaran golpes que, en realidad, le correspondían a él. Caballo Loco seguía a pies juntillas la máxima militar que dice que hay que infligir el mayor número de bajas al menor coste. Un amigo suyo admiraba su reticencia a luchar «a menos que lo hubiera planeado todo y supiera que iba a ganar. Siempre utilizaba un criterio sensato e iba sobre seguro».

Excepto cuando se trataba de amor. Aún soltero a los treinta años, deseaba a una mujer casada con otro hombre. No solo estaba casada sino que Black Buffalo Woman (Mujer de Búfalo Negro) era también la sobrina de Nube Roja. Por si eso fuera poco, su marido

era rival de Caballo Loco como líder de guerra. A pesar lo cual, el deseo de Caballo Loco por Mujer de Búfalo Negro, pudo con él y, en una ocasión en que su marido estaba fuera luchando con los crows, se la llevó. Cuando regresó, el cornudo averiguó el paradero de la pareja y disparó a Caballo Loco con un revólver en la cabeza, a bocajarro. Por sorprendente que parezca, tras una larga convalecencia, este se recuperó, pero el incidente traumatizó a toda la tribu oglala. Caballo Loco había cometido adulterio mientras era «portador de camisa». En cada tribu lakota, había cuatro portadores de camisa, elegidos por el consejo tribal de ancianos para hacer cumplir sus edictos y establecer el canon de rectitud moral. Huelga decir que Caballo Loco incumplió esto último de forma ostensible, por lo que se le desposeyó del cargo. No lo reemplazó nadie y, poco después, la posición de portador de camisa dejó de tener sentido. A pesar de la transgresión que había cometido, el talento marcial de Caballo Loco y su influjo sobre los jóvenes eran demasiado poderosos como para dejarlo arrinconado. Puede que su vida personal fuera un desastre, pero todavía estaban por llegar los mejores días de Caballo Loco como líder de guerra. [7]

Tras la investidura de Toro Sentado como jefe de los lakotas antitratado, su tío Cuatro Cuernos le aconsejó «que, en general, rehusara luchar, pero que, si alguien le disparaba, estuviera dispuesto a luchar contra él».

No obstante, el consejo de Cuatro Cuernos se refería solo a los blancos. Los crows aún eran una pieza a batir. A principios de la década de 1870, Toro Sentado y Caballo Loco lideraron el impulso para despojar a los crows de los terrenos de caza que aún poseían, y muchas de las bandas del tratado lucharon con ellos, como los cheyenes del norte, y, en menor medida, sus aliados, los arapahoes del norte. Los artífices del Tratado de Fort Laramie de 1868 habían incluido la tierra de los crows en el Territorio Indio No Cedido, lo cual hacía legal la agresión lakota, pero esta amenazaba a los habitantes del sur de Montana, que habían contado con los crows como un colchón entre ellos y los lakotas, y el gobernador solicitó una intervención federal. Los generales Sherman y Sheridan convirtieron el hecho de proporcionar armas a los crows en una

cuestión de política no-oficial. Cada bando salía beneficiado: los colonos se sentían más seguros, y el ejército hacía la vista gorda a los ataques de represalia de los crows contra los lakotas. [8]

Los crows lo tuvieron difícil, pero nadie sufrió más por su fidelidad al Gran Padre que los pawnees. La agencia de los Oglalas y los guerreros brulés atacaron los poblados pawnees en Nebraska central con el apoyo implícito de Nube Roja y Cola Moteada, los cuales no vieron nada malo en que los jóvenes guerreros satisficieran su deseo de honores de guerra a expensas de los enemigos tribales. Sin duda, era preferible a librar guerras imposibles de ganar contra los blancos. En agosto de 1873, al menos ochocientos guerreros lakota, quizá bajo el mando del propio Cola Moteada, cayeron sobre una partida de caza pawnee al sur de Nebraska y mataron a un centenar, de los cuales casi la mitad eran mujeres y niños. Solo la oportuna aparición de un destacamento de caballería evitó que se produjera una matanza mayor.

La masacre acabó con el ánimo de los pawnees. Los ciudadanos de Nebraska, que recordaron la protección que los pawnees habían ofrecido a las cuadrillas de trabajadores de la Union Pacific en el Estado, estaban indignados y exigieron al Gobierno que les diera las mejores armas disponibles para enfrentarse a los lakotas en igualdad de condiciones. En lugar de eso, la Oficina de Asuntos Indios prohibió que los pawnees entraran en el Territorio Indio. En su decidida ambición de convertir a las tribus *hostiles* en hombres blancos, los filántropos del Este no movieron un dedo para impedir ese imperdonable acto de mala fe. [9]

❋

Mientras que los cheyenes del norte y los lakotas antitratado empujaban a los crows hacia el oeste, a espaldas de las tribus aliadas se estaba gestando una amenaza, por cortesía del financiero Jay Cooke. Dios había puesto a Cooke en la tierra para llevar a cabo su misión; al menos, eso era lo que él creía. Durante la Guerra Civil, se había convertido en multimillonario con la venta de letras del tesoro para el Gobierno. En 1869, encontró una nueva tarea digna del instrumento de Dios: financiar la moribunda Northern Pacific Railway. Cuatro años antes, el Congreso había promulgado una ley

que concedía cesiones de terreno para ayudar a construir una línea férrea desde el lago Superior hasta el estrecho de Puget. Quizá por el hecho de que una ruta hacia el norte a través de un territorio virgen, deshabitado y desconocido ofrecía pocas perspectivas de un beneficio económico a corto plazo, el Congreso no ofreció préstamos por kilometraje para financiar las obras, a pesar de que sí los había concedido a las líneas férreas de la Union Pacific y la Central Pacific.

En 1869, pocos cuestionaban la importancia de las líneas transcontinentales para zanjar la «cuestión india». El secretario del interior, Jacob D. Cox, se quedó asombrado ante la recién completada Union Pacific. Había «cambiado por completo las condiciones en que las poblaciones civilizadas del país entraban en contacto con las tribus salvajes. En vez de un lento avance de la marea de la inmigración, con incursiones que iban estrechando el círculo sobre la tierra salvaje interior, había atravesado el mismo centro del desierto». **[10]**

Del mismo modo, cada estación de tren, ya fuera pequeña y destartalada o grande y esplendorosa, se había convertido, allí donde la tierra lo permitía, en el núcleo de un asentamiento agrícola y en la base para las prospecciones mineras. Una población que crecía a pasos agigantados también eliminaba la necesidad de mantener un enorme cordón de tropas para proteger una frontera blanca que antes se desplazaba con lentitud. Para el ejército regular de la posguerra, que contaba con escasa financiación y pocos hombres, el beneficio era incalculable. Durante los primeros años, tras la Guerra Civil, el general Sherman había dado máxima prioridad a la protección de las cuadrillas de trabajadores que estaban construyendo la Union Pacific en la frontera. Ahora estaba dispuesto a ofrecer el mismo escudo a la Northern Pacific. Sherman consideraba que si ayudaba a cerrar el cerco sobre las recalcitrantes bandas de las llanuras del norte, el esfuerzo valdría la pena.

Hasta que Jay Cooke & Company, el mayor banco del país, entró en acción para financiar la operación, la Northern Pacific había existido, en gran medida, en los proyectos y la imaginación de un consejo de directores corruptos. Se habían completado las tareas de reconocimiento desde Duluth, en Minnesota, hasta el oeste del río Misuri, y desde Tacoma, en Washington, en dirección este, hasta

Bozeman, en el Territorio de Montana. No obstante, la perspectiva de perder el cuero cabelludo a manos de lakotas antitratado había hecho que los agrimensores no intervinieran en el valle del río Yellowstone.

En el otoño de 1871, la Northern Pacific, financiada por Cooke, envió dos equipos de cartógrafos con una fuerte escolta militar a la región aún sin cartografiar. Los lakotas no interfirieron. Toro Sentado, que seguía el consejo de Cuatro Cuernos de mantenerse en una posición defensiva en sentido estricto contra los blancos, envió emisarios para preguntar si tenían la intención de conducir el caballo de hierro por la región de Yellowstone.

Caballo Loco también apoyaba una postura defensiva. Toro Sentado y él solo se habían visto aquel verano durante el encuentro anual de mediados de año en el que los lakotas antitratado se reunían en el territorio del río Powder, y sintieron una afinidad natural recíproca. A partir de entonces, los errantes oglalas y los hunkpapas estarían unidos por un destino común. **[11]**

Los emisarios de Toro Sentado regresaron sin haber obtenido una respuesta clara. No obstante, las intenciones del Gobierno quedaron patentes la primavera siguiente, cuando un segundo par de equipos de cartógrafos con una escolta militar incluso mayor inspeccionaron el territorio lakota en dos direcciones. Su objetivo era completar los trescientos sesenta kilómetros finales de la topografía de la Northern Pacific, a través del valle Yellowstone, desde Glendive Creek hasta el actual Billings. Los jefes al mando de la expedición eran el comandante Eugene M. Baker, el que llevó a cabo la masacre Piegan, y el coronel David S. Stanley. Baker se dirigiría hacia el este desde Bozeman y Stanley hacia el oeste desde Fort Rice, cerca del futuro emplazamiento de Bismarck, en Dakota del Norte. Ninguno de los dos inspiraba excesiva confianza. Baker aún era un bebedor empedernido y el coronel Stanley había reunido un estimable expediente durante la Guerra Civil, pero los años de la posguerra habían sido difíciles para aquel hombre de Ohio de cuarenta y tres años, que también se dio a la bebida hasta el punto de que, en la época de la expedición, estaba al borde del alcoholismo. Era, en particular, el prolongado estrés lo que le empujaba a emborracharse. Dando por hecho que estos dos oficiales permanecieran sobrios y todo transcurriera de acuerdo con el plan

establecido, las expediciones se encontrarían en la confluencia de los ríos Yellowstone y Powder. [12]

Stanley tuvo ocasión de comprobar aquello a lo que se podía enfrentar cuando el jefe de guerra sans arc, Águila Moteada (Spotted Eagle) lo emplazó a Fort Sully en abril de 1872 para advertirle de que «lucharía contra los hombres de las vías ferroviarias tanto tiempo como viviera, arrancaría la vía y asesinaría a sus constructores». A la objeción de Stanley de que tal acción no solo sería fútil sino que también condenaría a su pueblo, Águila Moteada le respondió que, en cualquier caso, las vías férreas provocaban las estampidas de los búfalos, lo cual significaba una muerte segura.

Antes de que Stanley comenzara, el secretario asistente del Interior viajó a Fort Peck, en el Territorio de Montana, para celebrar un consejo con los jefes antitratado. El cuñado de Toro Sentado, que acudió en su lugar, comentó que el jefe no quería problemas con los blancos. Tenía la intención de luchar contra los crows y «cuando volara la nieve» regresaría y hablaría de paz.

Pero la expedición de Baker trastocó sus planes. Toro Sentado y Caballo Loco se dirigían hacia el oeste con mil guerreros para matar a crows cuando los lobos les dijeron que el campamento de Baker estaba al alcance de la mano. Los jefes estaban furiosos; ¿acaso Águila Moteada no había dejado bien claras sus objeciones a las expediciones cartográficas en Yellowstone? En la tarde del 13 de agosto, la partida de guerreros hizo un alto en la ribera sur del Powder sin que la detectaran, frente al campamento de Baker, que estaba enclavado en una alameda en la orilla norte, cerca de la confluencia del río Powder y un estrecho y sinuoso arroyo llamado Arrow Creek, o Pryor Creek.

Los jefes se reunieron para debatir cuáles serían los pasos a seguir. Durante la noche, sus jóvenes guerreros se cansaron de esperar. Comenzó primero con un goteo, pero enseguida un torrente de jóvenes (incluido el sobrino de Toro Sentado, Toro Blanco [White Bull], que consiguió atravesar un cordón de *akicitas* [policía del poblado] con la excusa de que necesitaba «hacer pis») cruzó el Yellowstone y se dirigió hacia los soldados, que estaban durmiendo. La mayoría del campamento militar estaba en la cama, incluido Baker, que estaba borracho, tumbado en su tienda. La acción

comenzó cuando un guerrero excesivamente fogoso despertó a un civil que estaba durmiendo, a lo cual siguió un intercambio ciego de disparos. Un capitán veterano corrió a toda velocidad a la tienda de Baker para recibir órdenes, pero el comandante estaba demasiado «aturdido por la bebida» para ser consciente del peligro. El capitán asumió el mando y repelió el ataque de los guerreros. [13]

Cuando Toro Sentado llegó al lugar al amanecer, encontró a los guerreros desplegados en una larga y baja colina al norte del campamento de Baker. Un intenso fuego por parte de los indios mantenía a los soldados acorralados en el bosque. Ningún bando parecía inclinado a poner fin al impás; o, al menos, hasta que cuatro soldados lanzaron a una hoguera el cuerpo de un hunkpapa al que habían matado en los primeros combates. Eso incitó a un arrogante guerrero llamado Muy Santo (Long Holy) a hacer una temeraria demostración de valentía. Había tenido una visión, el típico sueño de «mi poder os hará a prueba de balas». Muy Santo convenció a Toro Blanco y a otros seis hombres de que descendieran con él la montaña. Al cabo de unos minutos, cuatro de sus siete seguidores estaban heridos. Toro Sentado galopó hacia la llanura para detener ese alarde inútil. Toro Blanco estuvo de acuerdo en parar, pero Muy Santo no, así que empezó a refunfuñar en la colina, mientras culpaba del contratiempo a uno de sus seguidores porque llevaba un color que había roto su medicina y protestaba, además, por la intromisión de Toro Sentado. «A lo mejor el gran guerrero Tatanka Ioytake (Toro Sentado) ha olvidado lo que hace falta para ser valiente», le retó Muy Santo. «¡Dicen que, con la edad, la sangre estorba en el estómago del hombre!». Ese joven engreído estaba acusando al jefe supremo de cobardía.

Toro Sentado cogió el estuche de la pipa y el tabaco, y descendió la colina. Cuando llegó a un lugar a medio camino entre los dos frentes se sentó y con parsimonia comenzó la ceremonia de fumar la pipa. Se volvió a mirar, y gritó: «¡Todos los indios que quieran fumar conmigo, que vengan!». Muy Santo se escabulló rezongando, pero Toro Blanco y otros tres guerreros, dos de ellos cheyenes, aceptaron el reto. Dejaron sus caballos y se unieron a Toro Sentado, sentándose en cuclillas frente a él. Este, tras disfrutar con calma del tabaco, pasó la pipa a los guerreros. «Nosotros no nos entretuvimos demasiado —comentó Toro Blanco—. El corazón nos latía con

celeridad, de modo que fumamos lo más rápido que pudimos. A nuestro alrededor las balas levantaban el polvo, pero, Toro Sentado, lejos de estar asustado, estaba sentado tranquilo, mirando a su alrededor como si estuviera en casa, en su tienda, y fumando con toda serenidad». Toro Blanco, en cambio, cerró los ojos, agachó la cabeza y se preparó para morir. Una vez que se hubo acabado la pipa, Toro Sentado limpió la cazoleta, recogió toda la parafernalia, y volvió cojeando al risco. Toro Blanco y los demás lo adelantaron raudos, y uno de los guerreros estaba tan nervioso que se olvidó el arco y las flechas. La demostración de valentía de Toro Sentado acalló a sus críticos, de modo que cuando dijo: «Ya está bien, tenemos que marcharnos», todo el mundo le obedeció.

Los indios se retiraron. Su primer desafío a la Northern Pacific se había quedado bastante lejos respecto a la amenaza de Águila Moteada de matar a todos los trabajadores, pero la lucha en Pryor Creek perturbó al comandante Baker, el cual se negó a escoltar a los agrimensores más lejos. Estos no querían ir solos, lo cual es comprensible, y el 20 de agosto, bastante antes de la cita planeada con Stanley, regresó la expedición.

Este también suspendió el examen de sobriedad sobre el terreno. Se había emborrachado al menos en tres ocasiones, y solo se mantuvo sereno lo bastante como para acompañar al equipo de agrimensores con seguridad hasta su objetivo, donde, en vez de encontrar a Baker, tal como habían planeado, Stanley se encontró con el jefe hunkpapa Agalla (Gall), un buen amigo y un hábil aliado de Toro Sentado, que le amenazó con «llevar a todas las bandas y pelear con saña».

La amenaza de Agalla se quedó en nada. No obstante, el desafío lakota había provocado serias dudas sobre la viabilidad de la construcción de la Northern Pacific Railway a través del territorio del río Yellowstone. Los aliados crows del ejército creyeron que habían vencido a los soldados. Un jefe crow señaló: «Decís que va a llegar la línea férrea, que es como el relámpago y que no se puede dar marcha atrás. Yo no creo que llegue. Los sioux están de camino, y vosotros les tenéis miedo; ellos son los que detendrán el relámpago». [14]

Los generales Sherman y Sheridan no se desanimaban con tanta facilidad. «Esa Northern Pacific Railroad os va a causar muchos

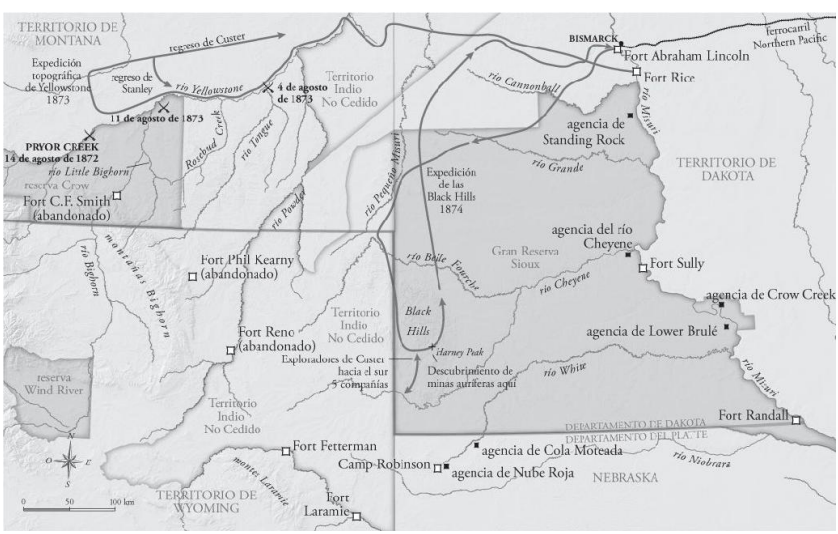
problemas», escribió Sherman a Sheridan de forma confidencial a finales de 1872. «A pesar de todo, creo que interesa apoyar el proyecto, ya que ayudará a llevar el problema indio a una solución final». Él y Sheridan, recordando al cicatero Gobierno que «la vía férrea era una empresa nacional que exigía la protección del ejército», solicitaron un mayor número de soldados de caballería para proteger a los equipos de agrimensores y a las cuadrillas de trabajadores. Además, el hombre perfecto para ese trabajo no solo se encontraba disponible sino que también estaba ansioso por volver a tener una misión en la frontera. Ese hombre era George Armstrong Custer. [15]

El regreso triunfante de Custer de sus anteriores campañas contra los cheyenes del sur a principios de 1869 marcó el comienzo de cuatro tumultuosos años llenos de angustia y exaltación personal, suerte esquiva y brillante fama, aburrimiento y emoción. Ya fuera como consecuencia de su probable devaneo con la muchacha cheyene Monahsetah o por su fama de mujeriego, el matrimonio idílico de Custer zozobró durante un breve periodo. Justo cuando su vida personal había vuelto a su cauce, volvieron a asignar al 7.º de Caballería una misión de Reconstrucción. Custer se detuvo a considerar su futuro. En el menguante ejército regular las perspectivas de ascenso parecían muy vagas. Así que consiguió un permiso de siete meses y fue a Nueva York para explorar posibilidades de negocios y Libbie volvió a Monroe. Custer, el torbellino humano, ofreció un proyecto de minería en Colorado a ricos financieros, cultos demócratas conservadores y editores periodísticos contrarios a la Administración Grant, alternó con la alta sociedad, asistió a carreras de caballos en Saratoga y frecuentó los casinos. Sin embargo, no hizo ningún progreso para conseguir una carrera civil. Al menos, en el futuro más próximo seguiría estando unido al ejército.

En febrero de 1873, Custer, que contaba entonces treinta y tres años, regresó a las llanuras. El general Sheridan había vuelto a asignar al 7.º de Caballería un puesto militar en construcción llamado Fort Abraham Lincoln, en la orilla oeste del Misuri, frente a Bismarck, en el Territorio de Dakota. Ese verano, la Northern

Pacific Railway llegó a Bismark.

El fuerte se convirtió en el hogar del cuadro de oficiales de regimiento más deficiente que se podía encontrar en todo el ejército regular. Una terrible indignación sobre lo que se percibió como el abandono de Custer del comandante Elliott en el Washita, así como su tendencia a rodearse de una camarilla absolutamente leal (su «familia real», como la denominaban fuera del círculo de Custer) reavivó las viejas desavenencias e hizo que aumentaran las divisiones internas. Sin embargo, durante las semanas siguientes, los cuerpos de oficiales del 7.º de Caballería estarían preocupados por cuestiones más apremiantes que por alimentar envidias y confabulaciones. El general Sheridan había encargado al nuevo jefe del Departamento de Dakota, el general de brigada Alfred H. Terry, que reuniera una fuerza militar lo bastante grande como para impedir una agresión lakota contra el tercer equipo de agrimensores de la Northern Pacific, el cual partiría de Fort Rice hacia el río Yellowstone en junio de 1873. El resultado fue la mayor presencia militar en las Grandes Llanuras desde que el general Hancock echara a perder la campaña de 1867. El coronel Stanley dirigió la expedición de 1500 hombres, que incluía diez compañías del 7.º de Caballería. Terry aconsejó a Stanley que tuviera muy controlado a Custer, cuya tendencia a actuar por libre era bien conocida.



Las expediciones de Yellowstone y Black Hills, 1873-1874.

La expedición comenzó de forma poco propicia. Una semana de intensas lluvias y granizadas había encharcado toda la pradera. Los caballos y los hombres se fueron agotando y los nervios comenzaron a crisparse. Muy pronto, Stanley y Custer, comenzaron a discutir; Stanley estaba bebiendo demasiado y a Custer le molestaba que lo controlara un borracho. Su relación tocó fondo cuando Stanley, mientras estaba muy ebrio, arrestó a Custer por utilizar un horno para cocinar antirreglamentario y lo envió al final de la columna. Cuando se despejó, Stanley, contrito, volvió a entregar el mando a Custer. A partir de entonces, Stanley le permitió hacer prácticamente lo que le vino en gana. **[16]**

Y, ¿qué era de Toro Sentado? Por decirlo en pocas palabras, el poco avenido equipo de Stanley y Custer estaba a punto de pillarlo desprevenido. En su poblado de cuatrocientos tipis entre hunkpapas y miniconjous en el río Yellowstone nadie tenía la menor idea de que los soldados estaban cerca. A Toro Sentado le fallaron sus lobos, y solo se enteró del peligro por un grupo de caza oglala que pasaba por allí. El jefe indio ordenó levantar el campamento y envió a varias docenas de hombres bajo el mando de los líderes de guerra Agalla y Lluvia en la Cara (Rain in the Face) para que hostigaran a los soldados mientras la gente huía del poblado. **[17]**

El 4 de agosto de 1873 fue un día realmente caluroso en la región del Yellowstone. A las dos de la tarde, el termómetro alcanzó los 43° y Stanley dio el alto. La infantería se arrastró bajo los carromatos y la caballería descansó a la sombra de sus extenuados caballos. Incluso Custer había llegado al límite de sus fuerzas. Esa mañana Stanley le había enviado de avanzadilla con dos compañías para hacer un reconocimiento y localizar un buen lugar para pernoctar, que encontró en una alameda cerca de la orilla del Yellowstone. Envió un correo de vuelta a Stanley y, una vez cumplido su deber, Armstrong y su hermano Tom condujeron a los hombres al bosque, ordenaron que desensillaran los caballos para que pastaran, apostó media docena de guardias y después se echaron a dormir en la alta hierba, sin saber que una partida de guerreros los espiaba desde otra alameda situada tres kilómetros más allá río abajo. Cuando el campamento se quedó en silencio

Agalla y Lluvia en la Cara llevaron a cabo su maniobra, enviaron a seis guerreros al galope hacia las monturas de la caballería. Despertados por los disparos de los centinelas, los hermanos Custer cogieron a veinte hombres para dar caza a los indios. El resto del pequeño contingente los siguió en su apoyo.

Los indios se retiraron, aunque con la velocidad justa para mantener una distancia constante entre ellos y los soldados. Armstrong Custer se dio cuenta de la trampa pero decidió seguirles el juego. Acompañado solo por su ordenanza, siguió adelante hasta llegar a otra alameda. Entonces se detuvo. Mandó a su ordenanza con órdenes para su hermano Tom de que formara una línea de escaramuza desmontada y, a continuación, sin perder de vista la línea de árboles, cabalgó en círculo, lo cual significaba que deseaba parlamentar.

Entre los indios que esperaban para tenderles la trampa, se hallaban varios supervivientes cheyenes del episodio del Washita que reconocieron a Custer como el jefe de largo cabello que había destruido su poblado. La rabia los impulsó a salir del bosque, lo que arruinó la emboscada. Agalla y Lluvia en la Cara hicieron avanzar a su banda, que con los refuerzos del poblado se había incrementado hasta tener unos doscientos cincuenta hombres. Custer, a caballo, dio media vuelta y regresó atravesando la línea de escaramuzadores de su hermano. Los veinte soldados se alzaron del suelo e hicieron dos rápidas descargas que sorprendieron a los indios y los obligaron a detenerse. Los setenta soldados restantes llegaron, entonces, y los indios cedieron algo de terreno. Dado que estaban en campo abierto y que les superaban en número en una proporción de tres a uno, Custer se vio en el peligro de compartir el mismo destino que el capitán Fetterman. No obstante, mantuvo el temple y, volviendo muy despacio hasta la primera alameda dispuso a sus hombres en un semicírculo de doscientos treinta metros con los flancos anclados en el río Yellowstone. **[18]**

En ese momento, los indios se dispersaron. De entre los árboles surgían fogonazos intermitentes. Tres cheyenes cayeron de sus ponis. A lo largo de tres horas, los indios atacaron a pesar del calor sofocante con una persistencia desconocida para Custer. De repente, cincuenta guerreros se apartaron del cuerpo principal y desaparecieron. Unos minutos más tarde, surgieron tras la línea de

Custer, se arrastraban en fila india a lo largo de la orilla hacia los caballos, pero algo los asustó y salieron corriendo. Tras fallar su estratagema, intentaron prender fuego a la hierba de la llanura, pero los tallos estaban demasiado verdes para arder.

A las tres de la tarde, Custer se dio cuenta de que se había producido «una extraña conmoción» entre los atacantes. «Al mirar a la derecha —recordó—, pudimos ver una inmensa columna de polvo que se acercaba veloz». Eran ocho compañías del 7.º de Caballería enviadas por Stanley. Como Custer nunca había sido de los que esperaban ayuda, siguió a los indios con sus exhaustos soldados, hasta que los guerreros los dejaron atrás. Según él mismo dijo: «La única satisfacción que tuvimos fue cabalgar a toda velocidad durante varios kilómetros». Custer había flirteado con el desastre, pero una vez más la célebre «suerte de Custer» le había librado de su propia impetuosidad.

Con el permiso de Stanley, siguió perseverando en el intento de alcanzar al pueblo de Toro Sentado. Seis días de constante búsqueda lo condujeron a la orilla norte del turbulento río Yellowstone, cerca de su confluencia con el río Bighorn, no más cerca de Toro Sentado de lo que había estado la primera vez que le dio caza. Dos días antes, los lakotas habían logrado atravesar el Yellowstone con facilidad, algo que hacían cada estación de caza cuando seguían a los búfalos. Pero, para Custer, el intento casi se torna en desastre. Fabricó unas balsas improvisadas que se hundieron. Los soldados llevaron sus monturas al cauce, pero la rápida corriente casi los arrastra río abajo, y fue un milagro que no se ahogaran ni los hombres ni los caballos. Esa noche, Custer acampó en un largo banco de arena junto a la orilla norte, con la intención de intentarlo de nuevo a la mañana siguiente, antes de que los lakotas estuvieran demasiado lejos para alcanzarlos.

Lo que Custer no sabía era que Toro Sentado había dejado de correr. Tras haber convocado a los guerreros de todos los poblados lakotas y cheyenes situados a un día de camino a caballo, Toro Sentado volvió al río a primeras horas del 11 de agosto con al menos quinientos hombres. Cuando los guerreros entraron en el bosque que había frente al vivac de Custer, Toro Sentado y las familias indias escalaron un gran peñasco de granito que daba al Yellowstone para observar cómo se desarrollaba la acción.

Los guerreros no fueron demasiado hábiles a la hora de ocultar su llegada. El teniente Charles Braden, al mando de los centinelas nocturnos, estaba seguro de haber oído el galope de caballos en la oscuridad. Braden pensó que algunas bestias de la caballería habían corrido en estampida, pero un explorador crow le dijo que esos sonidos eran de ponis indios y que atacarían al amanecer. Braden advirtió a Custer, el cual subestimó sus palabras con aire de superioridad. «Su forma de comportarse indicaba que estaba molesto por que le hubieran despertado. Yo también estaba molesto por el modo en que me habían recibido en esa temprana recepción y volví a la guardia», recordó Braden.

El alba dio la razón a Braden. «Cuando el sol disipó las brumas del río, abrieron fuego contra nosotros. Los cocineros, que preparaban el café, eran los únicos en pie y excepto para el guía y para mí mismo, fue una sorpresa absoluta». No obstante, Custer reaccionó con tino, envió dos compañías río abajo y dos ríos arriba para impedir que los indios cruzaran más allá de sus flancos. Mientras tanto, Braden ascendió con veinte hombres hasta una cresta para vigilarlos. Abajo, en el banco de arena, un periodista anotó una sarta de insultos que lanzaron los lakotas desde el otro lado del río, que los crows le tradujeron al inglés. «Allá vamos, preparaos para el infierno. Vais a ver más indios que nunca en vuestra vida», era uno de los típicos comentarios burlescos de los lakotas, a lo que un crow respondió: «¡Dispara, hijo de perra!».

Los lakotas, en efecto, fueron allí, atravesaron el Yellowstone nadando con sus ponis para sorprender a Custer en ambas orillas. Mientras tanto, Braden se vio en problemas en cuanto subió a la cresta, porque ante él apareció lo que al asombrado teniente le pareció toda la población guerrera lakota que presionaba a su sección para que bajara. Sus soldados pusieron en acción sus carabinas instantes antes de que los guerreros sobrepasaran sus líneas. Los indios cedieron, solo para ser reemplazados por otra oleada de guerreros. Una bala disparada a bocajarro le atravesó a Braden la pierna izquierda, haciendo añicos el hueso y dejándolo lisiado de por vida. Custer envió un escuadrón para dispersar a los indios, que escaparon hacia el río.

En el banco de arena, el 7.º de Caballería repelió un ataque proveniente del sur justo cuando resonó en el valle un cañonazo

que anunciaba la llegada de Stanley. Custer ordenó a la banda del regimiento que tocara *Garryowen*, y galopó hacia la partida de guerreros. Un disparo afortunado derribó el poni de Agalla y los indios se retiraron. El 7.º de Caballería los persiguió durante trece kilómetros, en la pradera abierta, a través de barrancos y alrededor de quebradas hasta que, tal como informó Custer, los indios «se dispersaron por completo». Entretanto, el cañonazo de Stanley hizo huir a Toro Sentado y a las familias que se habían congregado en la cresta a la otra orilla del Yellowstone.

Custer había salido victorioso. Con un coste de cuatro muertos y tres heridos, había repelido dos cargas indias y había causado cuarenta bajas. Un observador civil se maravilló de su osadía y de su suerte legendaria. «Custer se acercó cabalgando hacia nosotros con su banda y un abanderado que ondeaba la enseña americana. Iba en su caballo blanco y llevaba una camisa roja, un objetivo fácil, pero los indios todavía no habían logrado darle, a pesar de que siempre cabalgaba al frente, dirigiendo a sus soldados». **[19]**

Después, una pequeña banda volvió para disparar unos cuantos tiros inocuos a un grupo de soldados de caballería que se estaban bañando en el Yellowstone. Aparte de hacer que los soldados salieran corriendo del agua desnudos, no causaron daño alguno. Esa fue la última vez que alguien vio a los indios hostiles. Una vez que hubieron demostrado su oposición a la incursión de Stanley —sin arriesgar las vidas que habrían necesitado para expulsarlos de la región del Yellowstone— los lakotas y los cheyenes volvieron a su actividad principal: guerrear con los crows.

El resto de la expedición del Yellowstone fue rutinario. Los agrimensores lograron su objetivo, al completar el trabajo que el comandante Baker había abandonado. El veredicto oficial de la expedición fue confuso. El comisionado de Asuntos Indios, convencido de que la mayoría de los indios que combatía había desertado de forma temporal de las agencias, temía que la incapacidad del ejército para lograr una victoria los envalentonara. Sherman también lamentó que no se hubiera producido un golpe decisivo, pero por el momento no se pudo hacer nada más. En el Departamento de Dakota había muy pocos soldados para plantearse siquiera una campaña de invierno. Le dijo a Sheridan: «Me imagino que es mejor que dejemos que las cosas sigan su curso natural hasta

que el conjunto de indios cometa algún acto que justifique una guerra final». [20] Custer volvió a Fort Abraham Lincoln el 22 de septiembre de 1873. La abundante prensa que dio cobertura a sus dos enfrentamientos en el Yellowstone lo mostró ante los norteamericanos de forma más favorable que nunca antes desde el episodio del Washita. Al contrario que en dicho conflicto, con su saldo de mujeres y niños muertos, las escaramuzas de Custer en el río Yellowstone fueron luchas limpias e inequívocas entre soldados y guerreros. Custer escribió un periódico, era una vez más el «Glorioso muchacho» de la nación. El coronel Stanley, por otro lado, cayó en el olvido. Escribió un breve informe en el que alababa a Custer y ensalzaba la «noble» conducta de sus soldados, y después volvió a Fort Sully y a la botella. [21]

Resulta irónico que la expedición del Yellowstone, no solo no lograra nada con una importancia duradera sino que también acelerara el fin de la empresa de la Northern Pacific Railway, y con ella el de los millones de Jay Cooke. Por decirlo en pocas palabras, la resistencia lakota espantó a los inversores y les hizo abandonar sus lazos con la Northern Pacific. El diario *The New York Times*, haciéndose eco de sus miedos, publicó un editorial en el que decía: «Si varios miles de nuestros mejores soldados […] solo son capaces de mantener su terreno en su estrecha línea de marcha durante 250 o 300 kilómetros al oeste del Alto Misuri, ¿qué pueden hacer las pacíficas cuadrillas de trabajadores de las líneas ferroviarias, o qué podrían conseguir los emigrantes en una región tan peligrosa?». [22]

Al parecer, por el momento, nada. Jay Cooke & Company, en bancarrota, cerró sus puertas, lo que precipitó el pánico de 1873 y el inicio de seis largos años de depresión. Al menos en un futuro próximo, la Northern Pacific Railway no iría más hacia el oeste del río Misuri. Toro Sentado y su pueblo no tenían la menor idea de economía, lo único que sabían era que la marea blanca se había esfumado.

CAPÍTULO 12

La Ruta de los Ladrones

AL IGUAL que la expedición Yellowstone había devuelto el lustre a la imagen pública de Custer, también realzó la posición de Toro Sentado entre los lakotas antitratado y sus aliados cheyenes. Su firme proceder también impresionó a los oglalas de la reserva, lo cual se traducía en problemas para Nube Roja. Puede que el viaje de este último a Washington en 1870 reforzara la idea que el Gobierno tenía de su autoridad, pero hizo que mucha de su gente se preguntara si se había vendido al hombre blanco. El comportamiento de Nube Roja se hizo errático. Al darse cuenta de que si capitulaba a todas las demandas del Gran Padre, perdería el respeto de sus guerreros, incumplió el acuerdo alcanzado para reubicar la agencia en el río White, un lugar más alejado de las rutas de los blancos. Solo accedió a trasladarse después de que la mayoría de los oglalas de las reservas comenzaran a aceptar la idea. No obstante, el compromiso personal de Nube Roja con la paz era sincero, y nada podía hacerle volver al sendero de la guerra. Para los lakotas antitratado, eso indicaba que el que antiguo líder guerrero se había ablandado. En un claro desafío, a finales de 1873, cientos de guerreros del Territorio Indio No Cedido bajaron a la agencia de Nube Roja para exigir raciones. Algunos, además de a esta agencia, fueron también a la agencia de Cola Moteada, con lo que consiguieron raciones en ambos lugares. Estos alteraron de tal manera a los, por lo general, dóciles brulés que la gente de Cola Moteada se hizo con el rebaño de reses de la agencia para mantenerlo fuera de su alcance. [1]

La paciencia del general Sherman con los lakotas nómadas había disminuido de forma considerable. «Tarde o temprano —le comentó a Phil Sheridan—, habrá que aniquilar a los sioux o hacer que se

queden allí donde los coloquemos». Ninguno de los dos generales habría puesto ninguna objeción a una confrontación inmediata, pero, para convencer a la Administración de Grant de que había llegado el momento de la guerra, los lakotas todavía tenían que infligir alguna provocación mayor. De hecho, como tuvo que confesar Sheridan en su informe anual, a excepción de los problemas en las agencias, la situación era «notablemente tranquila».

Si Sheridan no podía matar lakotas, al menos podía intentar que se estuvieran quietos. Para controlar a los indios de la reserva, había establecido Camp Robinson cerca de la agencia de Nube Roja y Camp Sheridan cerca de la de Cola Moteada. Más complicado resultaba proteger a los habitantes de Nebraska de las bandas antitratado. Para eso necesitaría construir un fuerte en algún lugar del Territorio Indio No Cedido. El emplazamiento que sugirió Sheridan, y que aprobaron los Departamentos de Guerra y del Interior, fue Black Hills, una fortaleza natural de hondos barrancos y profundos desfiladeros que se extendía a lo largo de la parte occidental de la Gran Reserva Sioux. A pesar de que abundaban los rumores de que había oro, pocos hombres blancos se habían atrevido a adentrarse en las colinas.

Esto se debía a que las llamadas Paha Sapa, las «Colinas que son Negras» (en inglés, Black Hills), pertenecían a los lakotas tanto por tratado como por derecho de conquista, y estos no tenían ninguna intención de separarse de ellas. No obstante, no vivían allí, excepto en contadas ocasiones y por breves periodos. Intensas tormentas eléctricas, con imponentes rayos culebreantes, por las que todos los indios de las llanuras sentían un temor reverencial, sacudían con frecuencia la región. Asimismo, un cierto poder espiritual impregnaba las colinas. Los lakotas hablaban de un «hueco de espíritus» enclavado en algún lugar de sus profundos recovecos —una cueva en la que vivía un anciano con una larga barba blanca, «sin principio de los días ni final de los años»—, a pesar de lo cual, los lakotas apreciaban Paha Sapa sobre todo por su riqueza material, no, como algunos han deducido, por su aura mística. Las colinas constituían su «ración de carne», para decirlo a la manera de Toro Sentado, pues era una reserva de caza a la que recurrir en época de hambruna. Sus resguardadas praderas ofrecían buenos

lugares para acampar y los envolventes pinos eran ideales para levantar sus tipis. Cada año, en primavera, los lakotas se aventuraban en Paha Sapa para reponer sus reservas. [2]

En un principio, Sheridan tenía la intención de preparar una expedición a Black Hills desde Fort Laramie. Pero, dado que la ruta desde el fuerte hasta Black Hills atravesaba la agencia de Nube Roja, la situación inestable de esta y el mal humor de los indios de la agencia le llevó a reconsiderar esta idea. A Sheridan le pareció que la opción menos mala era acercarse desde el norte, a pesar de que corría el riesgo de tropezar con las bandas antitratado. De modo que recurrió a Custer y al 7.º de Caballería, que se encontraban en Fort Abraham Lincoln. Si bien Custer no esperaba que los indios les «alfombraran el camino con flores», tampoco estaba preocupado en demasía. Con el 7.º de Caballería, alardeó ante un periodista, podía «barrer a todos los indios del noroeste». A pesar de eso, ordenó a sus tropas que no les provocaran. El soldado raso Theodore Ewert, un antiguo y perspicaz capitán de los voluntarios de la Unión, interpretó esta operación como un mero subterfugio para encubrir un gran atropello. En su opinión «el Gobierno de los Estados Unidos olvidó su honor, olvidó el tratado sagrado, olvidó su integridad, y ordenó que se realizara una expedición para invadir Black Hills».

La expedición parecía lo bastante grande como para poder defenderse en caso de que los lakotas optaran por luchar. Cuando llegaron los destacamentos de ingeniería y los científicos civiles Custer ya había reunido una fuerza de 951 soldados y arrieros, al que se sumaron 61 exploradores arikaras (enemigos mortales de los lakotas), dos «mineros con conocimientos prácticos», supuestamente equipados a expensas del propio Custer, y tres periodistas. Custer también invitó para que los acompañara a Fred, el hijo del presidente Grant, que se acababa de graduar en West Point.

Los filántropos del Este, al considerar la misión de Custer, pusieron el grito en el cielo. La expedición, decían, violaba la cláusula del Tratado de Fort Laramie de 1868 que prohibía al hombre blanco entrar en la Gran Reserva Sioux sin permiso de los lakotas. No exactamente, respondieron el general Sherman y Terry, los cuales argumentaron que el personal militar en el cumplimiento de su deber estaba exento de dicha prohibición. Si la expedición se

hubiera organizado solo para explorar posibles enclaves en los que establecer un nuevo fuerte, su interpretación del tratado habría sido legítima, pero su propósito secundario tácito (la búsqueda de oro) violaba a todas luces las condiciones del tratado. [3]

El 2 de julio de 1874 la expedición de Custer partió de Fort Abraham Lincoln hacia la extrema aridez de las Badlands de Dakota. Ardientes oleadas de blanco polvo alcalino cegaban a los hombres y la sangre de los ijares de los caballos desgarrados por los cactus, salpicaba el camino, único episodio sangriento del viaje. De forma ocasional, alguna partida de guerreros observaban el lento progresar de los blancos desde una distancia prudencial; no obstante, ninguno de ellos intentó impedir el avance de Custer. La época de tala de pinos había terminado, lo cual significaba que Black Hills estaba vacío, o casi vacío. Los indios de la reserva querían creer que la presencia de los soldados en la Gran Reserva Sioux era bienintencionada, y Nube Roja estaba demasiado ocupado enzarzándose con su agente indio por la escasez de las raciones y por cuestiones varias como para preocuparse demasiado por eso.

No hubo señal alguna de los lakotas antitratado. Toro Sentado y sus seguidores deambulaban mucho más al norte de la ruta de Custer, cazando búfalos o luchando contra los crows, y la banda de Caballo Loco estaba lejos, en dirección oeste, en el Territorio Indio No Cedido, ocupada en asuntos similares. El propio Caballo Loco estaba sumido en el duelo. Tras remitir por fin su pasión por Mujer de Búfalo Negro, y apenas recuperado de una grave herida en el rostro, se casó con una joven con la que tuvo una hija. Justo cuando Custer partía para invadir Black Hills la niña murió de cólera y, al tiempo que el oficial avanzaba con lentitud hacia el Paha Sapa, Caballo Loco plañía al pie del túmulo funerario [armazón de madera vestido de paños fúnebres, que se erigía para celebrar las honras de un difunto] de su hija. Sus amigos comentaron que no volvió a ser el mismo. [4]

Cuando los soldados entraron en Black Hills con sus polvorientas y sucias casacas azules, la temperatura refrescó, el aire se hizo más limpio y la expedición cobró el aspecto de una excursión armada. La marcha avanzó por praderas de una belleza inigualable. A Custer, que nunca había visto tal profusión de flores, le sorprendió «al volver la vista hacia las columnas de caballería que marchaban,

contemplar a los hombres portando maravillosos ramos de flores, y los jaeces de los caballos adornados con guirnaldas de flores dignas de la reina de mayo».

El 27 de julio, los dos mineros de Custer se pusieron manos a la obra. Cinco días después hallaron una veta. No era muy grande, dijeron a Custer, lo suficiente quizá para producir entre cincuenta o setenta dólares en oro al día en una mina organizada, pero no merecía el esfuerzo de buscadores individuales. No obstante, la fiebre del oro atacó al campamento. Un explorador indio contempló perplejo cómo los soldados reían, lloraban, gritaban, lanzaban los sombreros al aire y corrían en círculos. Quizá, le dijo al soldado raso Ewert, los espíritus de la montaña los han enloquecido a todos. No, contestó Ewert, no se trata de ningún arrebato espiritual, solo de la visión de riqueza material. Durante dos días, los soldados estuvieron bateando en busca de oro antes de que Custer pusiera fin a esa actividad. El máximo hallazgo fueron unas cuantas pequeñas pepitas relucientes, que no valían más de dos o tres centavos de oro por batea. [5]

Mientras tanto, los norteamericanos esperaban ansiosos noticias de Black Hills. El país, sumido en la depresión que produjo el pánico de 1873, anhelaba que el oro fuera una fuente de bonanza. El 7 de agosto, uno de los exploradores blancos de Custer llevó al general Sheridan un informe, en el que Custer elogiaba el potencial de Black Hills en el terreno forestal y en la cría de ganado. En cuanto al oro, Custer fue muy prudente, pero el explorador ofreció algo más que la cautelosa valoración de Custer de la riqueza aurífera de las colinas, ya que los periodistas le habían convencido para que entregara sus mensajes por ellos. La mayoría fue comedida en su información, pero unas cuantas notas fantasiosas y precipitadas de un corresponsal de Chicago en las que anunciaba a bombo y platillo «excavaciones de diez dólares» y «yacimientos a ras de suelo», causaron furor. Pronto se organizaron expediciones de prospección a lo largo y ancho de la frontera. Algunos escritores oportunistas, con más imaginación que experiencia, empezaron a producir en masa guías al «Nuevo El Dorado», y los comerciantes de frontera, siempre ojo avizor, hicieron acopio de material de prospección.

El 31 de agosto, tras una marcha de 1645 kilómetros, Custer

volvió a Fort Abraham Lincoln. Antes de abandonar Black Hills llevó a cabo una somera búsqueda de un lugar para construir el fuerte de Sheridan, pero no encontró nada. A nadie le importó en exceso.

Los lakotas tenían un nombre para la ruta que Custer había marcado sobre Black Hills. La llamaron la Ruta de los Ladrones. Y también tenían un nombre para Custer. Lo llamaron Pehin Hanska «Cabello Largo». Sus exploradores crows lo llamaban el Hijo de la Estrella de la Mañana. [6]

Tras regresar a Fort Abraham Lincoln, Custer cayó presa de la fiebre del oro. Comenzó a anunciar no solo que los informes sobre la bonanza en Black Hills eran ciertos sino que las perspectivas eran «incluso mejores de lo que se había dicho». Mientras Custer avivaba los enfebrecidos sueños de los desempleados, el general Sheridan trataba de calmar la histeria. «El color del oro se puede encontrar en casi cualquier parte de los actuales territorios del Oeste —recordó a una nación imprudente—, pero, con frecuencia, su cantidad se reduce a unas cuantas partículas que son las que dan el color». Sheridan seguía obsesionado con la idea de construir un fuerte dentro o cerca de Black Hills, y cuanto antes, mejor.

No todo el mundo creyó la nueva historia de Custer. El geólogo de la expedición, un eminente profesor, no había visto oro. Sospechaba y así lo expuso de forma pública que los mineros escogidos por Custer lo habían puesto ahí. Se podía subestimar o acusar de estar trastornado a un profesor y, en consecuencia, recelar de su opinión, pero no de la del hijo del presidente, Fred Grant, que estaba totalmente de acuerdo con él. Los periódicos de la Costa Este aprovecharon la oportunidad para ridiculizar la oromanía como un engaño inventado por los especuladores con la intención de resucitar la Northern Pacific Railway. No obstante, el debate no era más que teórico porque los esperanzados mineros ya estaban llegando a montones a Black Hills. El general Sheridan hizo serios esfuerzos para expulsarlos, pues carecía de autoridad para impedir su entrada. En cuanto las patrullas de la caballería escoltaban a los mineros hasta más allá de las colinas, se volvían a colar a hurtadillas.

Hacia la primavera de 1875 el ejército estaba harto de su misión. «Es siempre lo mismo —reflexionaba el general Sherman—, la historia de Adán y Eva y el fruto prohibido». Pero, ¿de verdad existía el fruto? El Gobierno necesitaba una respuesta acreditada, no solo para zanjar el debate, sino también, en el caso de que Black Hills escondiera una gran riqueza, para comenzar el proceso de «derogar el título de propiedad indio» sobre Paha Sapa; en otras palabras, para arrebatar a los lakotas parte de la reserva que se les había prometido a perpetuidad. Y, por eso, el geólogo Walter P. Jenney entró en Black Hills para investigar, lo cual enfureció a Sheridan. Todo ese empeño socavaba sus esfuerzos por mantener alejados a los buscadores de oro.

Sheridan se preocupaba en vano. Black Hills ya estaba lleno de buscadores; casi unos mil, según los cálculos de Jenney. A su expedición se habían unido cientos más, que prestaban una «gran ayuda para examinar el terreno». La colaboración soterrada del Gobierno con los intrusos blancos para decidir el destino del territorio lakota duró cinco meses. El 8 de noviembre de 1875, Jenney envió los resultados al secretario de Asuntos Indios. En esencia, reiteraba lo que habían dicho los mineros de Custer el año anterior: no había suficiente oro como para que los buscadores batearan el lecho del río, pero se podría obtener un buen beneficio a través de acequias y con una inversión moderada de capital. Aunque Jenney hubiera afirmado que las colinas eran yermas, no habría cambiado nada. Cinco días antes de recibir el informe de Jenney, la Administración Grant decidió en secreto el destino de Paha Sapa. [7]

En realidad, el Gobierno había dado los primeros pasos para desposeer a los lakotas de Black Hills incluso antes de que el profesor Jenney hubiera puesto el pie allí. Durante varios meses, Nube Roja había estado intentando conseguir mantener un encuentro con el Gran Padre para pedirle un nuevo agente, alegando que el titular engañaba a los oglalas con las raciones y los productos acordados. En mayo de 1875, la Oficina India accedió a la petición de Nube Roja, pero no para el propósito que pretendía el jefe oglala. El hecho de que no todo era como parecía se hizo evidente cuando la delegación lakota que viajaba a Washington se cruzó por el camino con el grupo de Jenney que se dirigía a Black

Hills.

En Washington, nada resultó tal como Nube Roja deseaba. El Gran Padre no quería escuchar las quejas de los lakotas. En cambio, el presidente Grant aconsejó a los jefes, sin rodeos, que sopesaran una serie de verdades poco agradables. En primer lugar, la obligación del Gobierno por el tratado de proporcionarles raciones había finalizado y podía ser revocada de forma unilateral; continuaban proveyéndoles solo por la amabilidad de Washington hacia los lakotas. En segundo lugar, él, el Gran Padre, no podía impedir que los mineros invadieran Black Hills, de modo que los lakotas debían o bien ceder ante ellos o arriesgarse a perder sus raciones. Grant incluso les sugirió que dejaran su reserva y se mudaran al Territorio Indio.

Nube Roja y los otros jefes lakotas abandonaron la Casa Blanca perplejos. Durante tres semanas, alternaron entre acerbos encuentros con burócratas que les intimidaban y reuniones entre ellos en hoteluchos deprimentes. Al final, los jefes decidieron suspender las charlas y volvieron a la reserva «enojados e insatisfechos». **[8]**

Entretanto, el general Sheridan no había estado ocioso. Había reconsiderado la cuestión de establecer un fuerte en Black Hills, y decidió que sería insuficiente en caso de guerra. Quería que los fuertes estuvieran más próximos a algún río, de modo que envió a su ayudante militar en un barco de vapor a través del Yellowstone, río arriba, para que buscara un emplazamiento adecuado.

Durante todo el estío llegaron buscadores de oro a Black Hills. La poco agradecida tarea de expulsar a los intrusos le correspondió al general Crook, que acababa de llegar a Arizona para dirigir el Departamento del Platte. Crook no sabía apenas nada de los lakotas, ni de los cheyenes ni de sus reclamaciones, ni tampoco tenía el más mínimo deseo de aprender, ya que sus simpatías estaban claramente con los buscadores. En julio, publicó una orden por la que los desalojaba, pero antes de que desmontaran sus tipis, Crook les sugirió que pusieran por escrito las fincas que consideraban suyas para asegurarlas antes de que el territorio se abriera. En medio de una carcajada general, los buscadores hicieron tal como Crook les había aconsejado y después se dispersaron para esperar que anularan el título de propiedad lakota.

No es que los lakotas hubieran dado al Gobierno ninguna excusa para la mano dura. A principios de agosto, un periodista le preguntó a Crook:

«—¿Cómo se portan ahora las bandas que merodean en las llanuras, alrededor de las agencias?

—Bueno —confesó—, están tranquilas.

—¿Le parece que hay algún peligro inmediato de una guerra india? —insistió el periodista.

—Ahora mismo no —contestó Crook—. Sin duda, todavía habrá alguna gran guerra. El Gobierno tiene que barrer a los sioux. Cuanto antes lo haga, mejor». [9]

Toro Sentado estaba decidido a no luchar él solo contra los blancos. Mientras el ayudante de Sheridan husmeaba por la región de Yellowstone, el profesor Jenney horadaba Black Hills y el general Crook daba su seudoultimátum a los mineros, el jefe hunkpapa se dedicaba a forjar un frente unido. En junio, las bandas de lakotas y cheyenes del norte, convocadas por él, se habían reunido para celebrar una Danza del Sol intertribal sin precedentes, la sangrienta culminación de una ceremonia religiosa que se extendía durante doce días y era central para la fe lakota y para la mayoría de los demás indios de las llanuras. En Rosebud Creek se formaron cinco círculos tribales. Estaban los hunkpapas de Toro Sentado, los oglalas de Caballo Loco, los sans arcs al mando del comedor de fuego Águila Moteada que dos años antes había amenazado a Stanley con la aniquilación, una banda de miniconjous sin liderazgo claro, y los cheyenes del norte al mando del relativamente conciliador jefe Pequeño Lobo (Little Wolf), que representaba el espíritu de la mayoría de la tribu.

Los cheyenes del norte habían estado en paz con los blancos desde el final de la Guerra de Nube Roja siete años atrás. Muchos se habían asentado en la agencia de Nube Roja, y otros habían establecido su hogar en el territorio del río Powder. Todavía había guerreros temibles, como podían certificar los crows y los pawnees, pero hasta ese momento habían aceptado la presencia del hombre blanco, aunque de forma limitada, y su temperamento afable permitió que los recursos militares estuvieran disponibles para

ocuparse de sus atribulados parientes meridionales. Todo eso, sin embargo, iba a cambiar. Para los cheyenes del norte el Paha Sapa representaba más que la simple reserva de caza (o «ración de carne», por usar la definición de Toro Sentado) que era para los lakotas. Para ellos, en realidad, era un terreno sagrado, la morada de Noahvose, la «Montaña Sagrada». La tradición cheyene sostenía que, en un pasado lejano, en una cueva en el interior de Noahvose, el propio creador había entregado a los cheyenes las reverenciadas Flechas Sagradas. El hecho de que los cheyenes no hubieran respondido a la invasión blanca de Black Hills se debía a la falta de dirección espiritual en la tribu. Dos años antes, una mujer cheyene medio loca había arrancado un cuerno del Sombrero Sagrado de Búfalo, objeto solo superado en poder sagrado por las Flechas Sagradas. La tragedia enervó al consejo de jefes y empañó la reputación de los cheyenes del norte. Para que la tribu despertara, fue necesario que padecieran el riguroso invierno de 1874 y 1875, en el que los cheyenes de la agencia, al borde de la inanición, se vieron obligados a comerse sus ponis. El remedio de la Oficina de Asuntos Indios consistió en presionar a los cheyenes del norte para que se trasladaran al Territorio Indio. Fue una mala idea que solo cebó su ira. Los jóvenes acudieron en masa a los campamentos de las bandas antitratado, y los jefes cheyenes se inclinaron a establecer una alianza más estrecha con esos lakotas amantes de la libertad.

No ocurrió lo mismo con los arapahoes del norte que eran, por naturaleza, acomodaticios y habían perdido por completo el deseo de resistir. De hecho, estos pronto permitirían al Gobierno que los reasentara en la lejana reserva de Wind River, hogar de los shoshones, sus enemigos tradicionales. Esta ausencia supuso un duro golpe para la naciente alianza de Toro Sentado, y la sentencia de muerte de la confederación Cheyene-Arapaho.

Con los arapahoes neutralizados, Toro Sentado, que presidió la unificadora Danza del Sol, era consciente de la importancia de mantener a los cheyenes cerca. Su actuación estaba calculada para ganarse a los que vacilaban, no solo entre los cheyenes, sino también entre las bandas lakotas antitratado. Vestido solo con un taparrabos, con el cuerpo pintado de amarillo y un tocado de guerra —un atavío poco frecuente en él— Toro Sentado entró en la tienda

de la Danza del Sol montado en un buen poni de guerra prieto, un regalo de un hombre santo cheyene. En primer lugar, danzó con el animal a su lado. A continuación, se detuvo para pedir a los jefes cheyenes y hunkpapas que llenaran las pipas y fumaran como una sola persona. Mientras lo hacían, reanudó la danza, hacia delante y hacia atrás, al tiempo que hacía signos con los que representaba a un enemigo que se aproximaba. Interpretó tres veces una emboscada, diciendo: «Casi los cojo». La cuarta vez juntó las manos y declaró: «Los tenemos. El Gran Espíritu ha puesto al enemigo bajo nuestro poder». El tipi estalló en un canto triunfal. Toro Sentado mandó callar a los congregados y advirtió que no hicieran suposiciones precipitadas, recordándoles que todavía no había finalizado la guerra con los crows y que el conflicto con los blancos acababa de empezar. «El Gran Espíritu nos ha ofrecido a nuestros enemigos —añadió Toro Sentado—. Debemos destruirlos. No sabemos quiénes son. Puede que sean soldados». **[10]**

O puede que fueran agentes del Gran Padre. Cuando Nube Roja abandonó la capital, el presidente dio orden al Departamento del Interior de que nombrara una comisión para llevar a cabo un «gran consejo» con los jefes en el lugar que eligieran los lakotas en la Gran Reserva Sioux. El objetivo: comprar los derechos de explotación de las minas de Black Hills, así como «otros derechos que se pudieran obtener y que se consideraran deseables para el Gobierno». Los comisionados tenían que intentar lograr un acuerdo, pero también se les indicó que recordaran a los jefes que el Gobierno ya no estaba obligado a alimentar a su pueblo, lo cual significaba que si los lakotas se negaban a llegar a un acuerdo, dejarían de darles raciones.

El grupo que el Gobierno envió para negociar una cuestión tan crucial dejaba bastante que desear. La comisión de nueve miembros estaba presidida por el senador William B. Allison, de Iowa, cuya única cualificación era la lealtad a la Administración de Grant. Siete de los ocho restantes comisionados eran también ignorantes en asuntos indios. Tan solo el general Terry conocía a los lakotas y no tenía agallas para coaccionarlos para que cedieran Black Hills. ¿Por qué no, sugirió, les animamos a que cultiven y críen ganado en las colinas?

Terry era un soldado atípico. Este hombre de cuarenta y siete

años, ojeroso, de hablar suave, amable, educado, atento y afable, era soltero y vivía con su madre y con su hermana en St. Paul, Minnesota, el cuartel general del Departamento de Dakota. Nació en la opulencia y se había licenciado en Derecho en la Universidad de Yale. Durante la Guerra Civil, Grant le cogió simpatía y su actuación fue tal que recibió un codiciado puesto de general de brigada en el ejército regular. Eso hizo que se decidiera a hacer la carrera militar. No obstante, no albergaba ningún deseo de luchar contra los indios. Resolver papeleo en la comodidad de su cuartel en la ciudad se acomodaba más a su carácter que una misión en campaña en la frontera. En el caso de que hubiera hostilidades, era probable que delegara el mando de las operaciones en su principal subordinado, Custer. A pesar de que tenían poco en común, Terry y Custer se llevaban bien.

El 4 de septiembre de 1875 la comisión de Allison llegó a la agencia de Nube Roja, pero allí los jefes no se mostraron más flexibles que en Washington. Allison envió a unos mensajeros para invitar a los lakotas antitratado al gran consejo, un gesto tan poco diplomático, pues los jefes de la reserva y sus homólogos nómadas no se tenían en gran estima, como ingenuo. Caballo Loco respondió que él, antes que firmar un tratado, lucharía. Toro Sentado, cogiendo un puñado de tierra, respondió: «Yo no quiero vender ni arrendar ninguna tierra al Gobierno; ni tan solo esto». Los subjefes y los guerreros de los poblados de Toro Sentado y de Caballo Loco asistieron al consejo, no para negociar, sino, más bien, para amenazar de muerte a cualquier jefe de la agencia que cediera. **[11]**

No parecía que los jefes fueran a llegar a ningún acuerdo. Nube Roja y Cola Moteada discutieron durante casi dos semanas acerca del lugar en que se celebraría el consejo, ya que cada uno de ellos quería que se celebrara en su propia agencia o cerca de ella. Al final, los comisionados eligieron un lugar que no contentó a ninguno. Mientras tanto, los blancos aguafiestas, algunos bienintencionados y otros con dudosas intenciones, advirtieron a los jefes de que Black Hills valía decenas de millones de dólares, una suma muchísimo más elevada que la que la comisión estaba dispuesta a ofrecerles.

El consejo dio comienzo en medio de discusiones y pendencias. Cinco mil lakotas de la agencia asistieron como observadores. Algunos guerreros bien armados de las bandas antitratado merodeaban entre la multitud con actitud desafiante. Resulta obvio que estaban dispuestos a cumplir sus amenazas. El moderador Allison dio al traste con las negociaciones desde el principio. Alegó la imposibilidad de mantener a los blancos fuera de Black Hills y afirmó que el Gobierno solo quería que los lakotas permitieran que se llevaran a cabo explotaciones mineras hasta que se agotaran los filones de oro y metales preciosos, tras lo cual el territorio volvería a pasar a los indios. (El senador no explicó cómo pensaba el Gobierno desalojar a los blancos). Allison, en una maniobra absurda y, al parecer, olvidando la sangre que habían derramado los lakotas para que se cerraran los fuertes de la Ruta Bozeman, también les pidió a estos que vendieran el territorio de las montañas Bighorn.

Los jefes respondieron con inusual unanimidad. El territorio de Bighorn ni se vendía ni se arrendaba. En cuanto a Black Hills, venderían con la condición de que el Gobierno pagara lo suficiente como para mantener a su pueblo durante las siguientes siete generaciones. Cola Moteada pensó que sesenta millones de dólares era un buen precio (la comisión estaba autorizada para ofrecer menos de una décima parte de esa cantidad). Las conversaciones echaron chispas y quedaron en punto muerto, y los comisionados partieron, indignados por que una oferta que ellos consideraban «amplia y generosa» se hubiera topado con «el sarcasmo de los indios que la consideraban inadecuada». Solo quedaba una opción. Con los indios, opinaba Allison, no se podía llegar a buen término «salvo si se ejercía un uso moderado, al menos al principio, de la fuerza». El Congreso debía poner precio a Black Hills e insistir en que los indios lo aceptaran. Si se negaban, concluyó el senador, se les debía dejar morir de inanición hasta que se plegasen.

El presidente Grant tenía en mente una solución aún más radical: la guerra. No había excusa que la justificara. A pesar de todas sus amenazas y alardes en el consejo, los indios habían demostrado una notable contención con los buscadores de oro de Black Hills. El ejército no había informado de que se hubiera producido ningún encuentro hostil en las llanuras del norte durante 1875. La prensa del Oeste no tenía ninguna truculenta historia

sobre estragos causados por los indios. Y a los viajeros blancos que fueron a Black Hills les sorprendió la docilidad de los lakotas. Pero Grant se enfrentaba a un problema irresoluble. Por una parte, había un clamor creciente que pedía la anexión de Black Hills, y no solo en los estados del Oeste. El país, atrapado en la agonía de una crisis económica, exigía que se abriera el territorio de las colinas. Las preparaciones para invadir Black Hills habían alcanzado su punto culminante y cientos de buscadores de oro esperanzados estaban ya en marcha, enfrentando las nevadas. Por otra parte, las obligaciones adquiridas por el tratado y la pura ética obligaban a la Administración a defender los derechos lakotas. En realidad, Grant se veía obligado a elegir entre el electorado o los indios. A pesar de que sabía que sus días en el cargo estaban contados, en beneficio de su partido y de la prosperidad del país, eligió al primero.

El 3 de noviembre Grant mantuvo en la Casa Blanca un encuentro secreto con un grupo selecto de generales y oficiales civiles afines para esbozar un plan de guerra. Ese día la Política de Paz exhaló su último suspiro. Allí se encontraban los generales Sheridan y Crook; no así el general Sherman, que se había enemistado con el secretario de Guerra William W. Belknap y había trasladado su cuartel general de Washington a San Luis. Lo más probable es que nadie lamentara su ausencia, ya que Sherman, que era más escrupuloso que Sheridan, podía haber planteado objeciones a un plan que consideraba ilegal o poco ético. Tampoco estaba el partidario de la paz, el general Terry, en cuyo departamento pasaban el invierno las bandas antitratado. Sí asistió el secretario Belknap, militarista y amoral, así como el secretario del Interior antiindio Zachariah Chandler. El hecho de que el primer ejemplo de cooperación real entre el Departamento de Guerra y la Oficina de Asuntos Indios supusiera la más terrible traición cometida por el Gobierno contra los indios de las llanuras supone un triste reflejo del albañal ético en el que se hallaba sumida la Administración de Grant.

Los reunidos acordaron un plan de dos fases. El edicto del presidente que reafirmaba la propiedad lakota de Black Hills seguiría vigente, pero el ejército ya no obligaría a su cumplimiento. Si los lakotas tomaban represalias contra los invasores blancos, mucho mejor. Las hostilidades ayudarían a legitimar la segunda fase

secreta de la operación. A saber: se daría a los lakotas antitratado una fecha límite breve en extremo para que se presentaran en sus agencias; la Oficina de Asuntos Indios tenía que inventarse quejas contra ellos; y, el general Sheridan empezaría a preparar su forma favorita de guerra: una campaña de invierno por sorpresa contra los poblados indios.

Los conspiradores creían que la intimidación llevada a cabo por las bandas antitratado era lo que había disuadido a los jefes de la agencia de llegar a un acuerdo con la comisión de Allison. Su razonamiento era el siguiente: aplasta a las bandas antitratado y los jefes de la agencia cederán. Seis días después de la conferencia, Sheridan envió a Terry órdenes confidenciales para que se movilizara de forma silenciosa. Crook volvió al Departamento del Platte y comenzó sus propios preparativos. **[12]**

Con la intención de disponer al público para la guerra, el Gobierno filtró un informe incendiario del viaje rutinario de un inspector de la Oficina India a las agencias indias de Dakota y Montana, fechado nueve días *después* de la conferencia secreta de la Casa Blanca. Este informe era un tejemaneje fabricado para servir al propósito secreto de la Administración. «Las salvajes y hostiles bandas de los indios sioux —clamaba en él, el encolerizado inspector— merecen sobradamente un castigo por su guerra incesante y los numerosos asesinatos de los colonos y de sus familias, o de los blancos, allí donde los encuentran desarmados». Lo que había que hacer, concluía esta marioneta del Gobierno, era luchar contra ellos hasta someterlos, cuanto antes, mejor.

El 3 de diciembre, el secretario Chandler puso en marcha la primera fase del plan. Ordenó a la Oficina India que informara a Toro Sentado y a los otros jefes «hostiles» de que tenían hasta el 31 de enero de 1876 para presentarse en las agencias; de lo contrario, el ejército marcharía contra ellos. Sheridan estaba encantado. «Lo más probable es que los indios piensen que es una broma», escribió a Sherman.

Todo parecía estar a punto para desatar una desvergonzada agresión. **[13]**

CAPÍTULO 13

Líbranos de todos los males

EN DICIEMBRE de 1875, el coronel John Gibbon, el jefe del Distrito de Montana, no tenía nada que hacer. Al igual que su oficial al mando, el general Terry, el coronel no estaba al tanto de la decisión de la Casa Blanca de culpar a los lakotas antitratado de las hostilidades que el presidente Grant esperaba provocar. Aprovechando el estado de semiletargo de la guarnición durante el invierno, Gibbon escribió un larga e inequívoca misiva antimilitarista a los editores del *Army and Navy Journal*. Quería que el ejército, el público y Washington supieran con exactitud cuál era su posición sobre la cuestión de las Guerras Indias. Gibbon, que se había graduado en West Point y era un héroe de la Guerra Civil, cuya división había hecho frente al ataque de Pickett en Gettysburg, no era ni indulgente ni sentimental, pero sí un hombre honrado con un elevado sentido de la justicia, de modo que pidió a sus lectores que consideraran el punto de vista de los indios:

> Pónganse en su lugar y dejen que el hombre blanco se pregunte a sí mismo esto: ¿Qué haría yo si estuviera tan amenazado como lo ha estado y está el indio? Imaginemos que una raza superior a la mía fuera a aterrizar en la costa de este gran continente para comerciar y estafarnos con nuestra tierra palmo a palmo, invadiendo poco a poco nuestro terreno hasta convertirnos en un grupo degradado y desmoralizado, confinarnos en un pequeño rincón del continente, donde, para poder vivir, hiciera falta robar, o incluso algo peor. Imaginemos que en un alarde de justicia esta raza superior reconociera que estaba obligada a darnos de comer y a proporcionarnos mantas como abrigo, ¿qué es lo que haríamos en ese supuesto caso? He conocido a una persona que odia a los indios tanto como a las serpientes, y cree que el único indio bueno es el indio

> muerto, y al proponerle que se ponga en su lugar, aprieta los dientes de rabia y exclama: «Le arrancaría el corazón a todo aquel que atrapara»; y seguro que lo haría; y lo haríamos todos. **[1]**

Cuatrocientos ochenta kilómetros al sudeste de Fort Shaw, los lakotas antitratado estaban hibernando en poblados dispersos a lo largo de los ríos Powder y Yellowstone. A estos tradicionalistas acérrimos, que no estaban ni degradados ni desmoralizados, tal como Gibbon los había descrito, ni tampoco eran ladrones (excepto de caballos crows y shoshones), los llamaban a veces «nómadas de invierno», para diferenciarlos de los llamados nómadas de verano, los indios de las reservas que engrosaban sus filas durante los meses más cálidos para cazar con ellos, renovar los lazos familiares y de amistad, y respirar, aunque fuera por poco tiempo, el embriagador perfume de la libertad. Cuando comenzó el nuevo año, la actitud de los lakotas antitratado seguía igual; es decir, no querían problema alguno con los blancos mientras estos se mantuvieran fuera del Territorio Indio No cedido, pues sus jefes habían dejado muy claro que no tenían ninguna intención de entregarlo. Por lo tanto, les sorprendió la exigencia del Gobierno de que se presentaran en las agencias indias antes del 31 de enero de 1876. Su respuesta no fue nada amenazante y, desde la perspectiva india, fue bastante práctica: agradecían la invitación que les hacían para parlamentar, pero ya se habían establecido para pasar el invierno. Cuando llegara la primavera y sus ponis se hubieran fortalecido, sería un buen momento para celebrar un consejo para hablar de su futuro. Entretanto, no tenían intención de causar ningún daño a nadie.

El comisionado de Asuntos Indios archivó la respuesta lakota y siguió actuando de acuerdo con la línea oficial dictada en noviembre. Afirmó que los lakotas eran «desafiantes y hostiles», tanto que no veía razón para esperar hasta la fecha límite del 31 de enero de 1876 para permitir que el ejército emprendiera una acción militar contra ellos. El secretario Chandler, como estaba previsto, apoyó la farsa. «Toro Sentado sigue negándose a cumplir las indicaciones de los comisionados», dijo al secretario de Guerra, bajo cuya autoridad dejó a los lakotas antitratado y a los cheyenes que invernaban en el Territorio Indio No Cedido, para cualquier acción que el ejército considerara apropiada.

Sheridan tenía luz verde. El 8 de febrero ordenó a Terry que

marchara al oeste desde Fort Abraham Lincoln con Custer y el 7.º de Caballería, hacia el territorio del río Powder, y a Crook, que se dirigiera hacia el norte desde Fort Fetterman en el Territorio de Wyoming. Si eran capaces de coordinar sus movimientos, mucho mejor. La expedición de Terry, sin embargo, nunca partió. Copiosas nevadas bloquearon la Northern Pacific Railway e impidieron que llegaran los suministros a Fort Abraham Lincoln. Con la esperanza de que Gibbon pudiera hacer algo en lugar de Custer, Terry dijo al coronel que fuera hacia el este desde Fort Ellis a lo largo del río Yellowstone para cortar el paso a cualquier indio que Crook pudiera empujar hacia el norte. Pero Gibbon también se encontraba aislado por la nieve y necesitaría todo el mes de marzo para reunir a sus tropas. [2]

En el departamento de Crook las cosas parecían más prometedoras. A pesar del mal tiempo, consiguió reunir suficientes suministros, y el 1 de marzo de 1876 se puso en marcha desde Fort Fetterman con 692 oficiales y hombres, una considerable caravana de mulas de carga para llevar comida y munición, y una nutrida y torpe caravana de carromatos. Oficialmente, lideraba la expedición el coronel de cincuenta y cuatro años Joseph J. Reynolds, al mando del 3.º de Caballería, y Crook iba como observador. A pesar de que durante la Guerra Civil Reynolds había sido un mando bastante competente, en la frontera había demostrado ser un inepto. La expedición del río Powder era la forma de Crook de dar a Reynolds una oportunidad de redimirse.

Sin embargo, este último no albergaba demasiadas esperanzas. «Aquí estoy, en una expedición contra el famoso Toro Sentado del Norte —confesó a su buen amigo y confidente, el futuro presidente Rutherford B. Hayes—. No albergo demasiadas esperanzas de tener éxito, ya que tienen demasiada ventaja sobre nosotros». E iban a tener mucha más. En cuanto Crook dejó Fort Fetterman, el invierno se ensañó con la expedición. Las nevadas intensas cegaban a los cazadores y escondían a la presa. La primera noche de la expedición, una pequeña banda robó un rebaño de vacas al que Reynolds no se había ocupado de poner guardias. Cuatro noches más tarde, un segundo grupo de asaltantes casi hacen escapar en estampida a los caballos de los soldados. Los guerreros siguieron a la columna, pegados a sus flancos, sin molestarse en ocultarse.

Crook, exasperado, echó a un lado a Reynolds y tomó el mando. Envió de forma conspicua a la infantería y a los carromatos de regreso a Fort Fetterman para confundir a los indios, y el 7 de marzo, en una noche con un frío glacial y sin nubes, partió con la caballería hacía el supuesto lugar en el que se encontraba el poblado de Caballo Loco en el río Powder, enfrentando una de las peores tormentas de invierno de la historia de las llanuras. Nevó de forma ininterrumpida. La temperatura bajó hasta cuarenta bajo cero. En esos momentos, la batalla que libraba Crook era contra la naturaleza. «Los hombres solo podían comer beicon sacando astillas con el hacha; las pocas barras de pan blando que teníamos estaban congeladas como piedras —garabateó un tembloroso periodista en su diario—. Las armas y los cuchillos se pegaban a los dedos como si los acabaran de cubrir con cola adhesiva, y el hielo del río [Tongue] pasó de veinte centímetros a un metro de grosor». [3]

Por suerte para Crook, el 16 de marzo dos cazadores indios casi tropiezan con su campamento antes de desaparecer en medio de la borrasca. Crook envió, entonces, a Reynolds con tres batallones —15 oficiales y 359 hombres— guiados por el hábil explorador Frank Grouard durante una noche de marcha para que encontraran a Caballo Loco, de cuyo campamento se suponía que habrían llegado los cazadores. Pegados a ellos como lapas iban el periodista Robert Strahorn y el edecán, el teniente John G. Bourke.

Crook permaneció en el campamento con la recua de mulas. «Sus órdenes fueron muy estrictas —recordó Grouard—. Debíamos asaltar el poblado y capturar los caballos, coger toda la carne seca que pudiéramos conseguir, quemar el poblado, y permanecer allí hasta que le pudiéramos enviar un mensajero. Teníamos que capturar a los indios si podíamos. Ese era el significado de las órdenes verbales que el general Crook había dado a Reynolds».

La columna de Reynolds partió al anochecer. Era la noche más fría que había conocido Grouard. Un viento helador azotaba a los soldados. Nevaba de forma intermitente, y unos pesados nubarrones cubrían la luna. La oscura ruta estaba atravesada por barrancos negros como el azabache y precipicios invisibles. Strahorn estaba asombrado con Grouard que «tan pronto estaba a cuatro patas en medio de la densa nieve examinando las tenues huellas como perdía la ruta por un instante, e iba rápidamente de un lado a otro hasta

que la volvía a encontrar». Al amanecer las nubes se dispersaron. Dejó de nevar y la temperatura descendió aún más; según algunos hasta quince grados bajo cero. En ese momento, se encontraban cerca del río Powder, y a las dos y media de la madrugada, la caballería se reunió en un profundo barranco mientras Grouard siguió solo. Varios soldados cayeron desplomados de la silla hambrientos, agotados y helados, y sin duda habrían muerto de congelación si los oficiales no los hubieran golpeado y zarandeado hasta despertarlos. Por fortuna, Grouard regresó al amanecer; había encontrado el poblado de Caballo Loco. O eso es lo que pensaba el veterano explorador. En realidad, el campamento consistía en sesenta y cinco tipis cheyenes al mando de dos jefes de paz que tenían la intención de presentarse en la agencia de Nube Roja en primavera. [4]

La batalla del Washita había demostrado que el alba era el momento invernal ideal para un ataque sorpresa. Sin embargo, Reynolds y sus oficiales no llegaron hasta bastante después del amanecer a un risco alto y quebrado que miraba al campamento cheyene, enclavado en una alameda en la orilla oeste del río Powder, a tres kilómetros de distancia. Entre el pie del risco y el río, la superficie era llana y no había nieve; un buen lugar para una carga de caballería. En esa zona de pasto natural al sur del poblado, pacían mil ponis en pequeños grupos a ambos lados del helado río Powder. Cuando vieron a los jóvenes guerreros caminando entre los tipis, Reynold y sus temblorosos subordinados pensaron que habían perdido el factor sorpresa.

En realidad, nunca lo tuvieron del todo. Los cheyenes sabían que había soldados por la zona, pero, dado que eran pacíficos, dieron por hecho que Crook los dejaría tranquilos. Cuando Reynolds comenzó su marcha por la noche, los jefes estaban celebrando un consejo. Nadie sugirió trasladar el poblado. Sin embargo, la prudencia exigía estar alerta, de modo que los jefes enviaron a diez lobos en medio de la tormenta para encontrar a los soldados y espiarlos. Una línea externa de centinelas permanecía de pie en guardia en las diseminadas colinas al noroeste del poblado. El destino quiso que no hubiera ninguno en la colina en la que Reynolds había reunido a sus tropas para el asalto. En cuanto a los lobos cheyenes, se habían perdido en la tormenta de nieve, y,

cuando encontraron las huellas de la caballería, sus ponis ya estaban demasiado agotados para llegar al campamento antes que los soldados.

El plan de Reynolds era sencillo. Ordenaría al batallón del capitán Henry E. Noyes que descendiera desde el risco, mientras que el capitán Alexander Moore lo cubría desde su cresta. Lo que debía haber sido un ataque directo se convirtió en un desastre táctico de primer orden. Los barrancos helados que cruzaban la cresta desorientaban a Noyes, y su batallón llegó al valle a un kilómetro y medio al sur del campamento, con los caballos al borde del colapso. La compañía de James Egan, armada con revólveres, se puso en cabeza. Cuando consiguieron abrirse camino entre la manada de ponis, Egan y sus cuarenta y siete soldados solo pudieron cargar con un trote lento. Un denso matorral de sotobosque de ciruelo salvaje ralentizó aún más su marcha. Sin embargo, el asalto tuvo el efecto deseado. «Las mujeres gritaban, [y] los niños lloraban llamando a sus madres —recordó un guerrero cheyene—. Los ancianos tropezaban para ponerse a salvo de las balas que silbaban entre los tipis».

El caos en el poblado apenas duró. Los jefes arengaron a sus guerreros para que «lucharan como hombres, y estos corrieron al norte del campamento y su fuego de respuesta fue fulminante. Seis monturas cayeron y cuatro hombres se derrumbaron muertos o heridos de sus sillas. Mientras la resistencia india se endurecía, Egan ordenó a sus hombres que desmontaran entre los tipis y esperó fuego de apoyo desde la cresta».

No lo hubo. Moore tardó mucho en formar a sus hombres, y cuando el batallón por fin abrió fuego, sus disparos cayeron sobre todo entre los hombres de Egan. Mientras tanto, el capitán Noyes, con la segunda compañía, estaba bastante retrasado, por lo que se llevó a la manada de ponis de los cheyenes. Reynolds, por su parte, era un cero a la izquierda. Se había olvidado incluso de asignar cometido al comandante de su tercer batallón, Anson Mills, de modo que este decidió por sí mismo reforzar a Egan. Empujó a los guerreros varios cientos de metros más allá del poblado y acto seguido incendió los tipis, que guardaban bastante munición. La explosión de las cajas de cartuchos rasgó los tipis e hizo volar por los aires sus mástiles; las sillas de montar se partían con un

estallido. Todo sucumbió a las llamas: pieles de búfalo, baúles de piel de alce con finos adornos, elegantes tocados de guerra hechos con plumas de águila, mantas, campanas, lazos de seda, cubiertos, cacerolas, y calderos. Reynolds ordenó que prendieran fuego a todo, incluso unos 450 kilos de carne fresca de búfalo y de venado. La destrucción gratuita de la carne que tanto necesitaban sorprendió al teniente Bourke, que consideró que Reynolds era «incapaz de aprender los principios más elementales de la guerra contra los indios» que incluían recuperar a sus caídos. Al retirarse con demasiada precipitación, abandonó a dos soldados muertos y a un hombre herido, incapaz de andar. Reynolds se hizo con setecientos ponis indios pero no puso guardas que cuidaran de ellos y, esa misma noche, un grupo de asalto de diez guerreros volvió para recuperarlos.

El 27 de marzo de 1876, la descorazonada columna del general Crook entró fatigosamente en Fort Fetterman. La campaña de invierno solo había servido para avisar a las tribus antitratado de que corrían un peligro mortal. Para evitar que le culparan de la debacle, Crook se apresuró a presentar cargos frente a un tribunal militar contra Reynolds por lo que Bourke calificó como la «imbecilidad e incapacidad» del coronel.

Durante las cinco horas que duró el combate al que el ejército bautizó como la batalla del río Powder murieron dos guerreros. A favor de Egan y Mills hay que decir que no se disparó a ninguna mujer ni a ningún niño. Un recuento de los indios reveló que solo faltaba una persona, una anciana ciega demasiado débil para huir. Al volver a las ardientes ruinas de su campamento, algunos guerreros cheyenes encontraron el tipi de la mujer todavía en pie, y a ella ilesa. «Fue algo que comentamos —señaló uno— y todos estuvimos de acuerdo en que eso demostraba que los soldados tenían buen corazón». [5]

Puede que así fuera, pero a pesar de ello habían dejado tullidos a los cheyenes. Sin hogar, los indios marcharon durante tres días, hambrientos y congelados, a temperaturas bajo cero y en medio de intensas nevadas, hasta que llegaron junto a Caballo Loco. Los oglalas hicieron lo que pudieron para ayudar a los refugiados, pero el poblado de Caballo Loco tenía menos de cuatrocientas personas, demasiado pocos para atender todas las necesidades de los

cheyenes. Al darse cuenta de que él también era vulnerable a un ataque, Caballo Loco ordenó desmontar el campamento. Los oglalas y los cheyenes viajaron cerca de cien kilómetros hasta el gran poblado hunkpapa y miniconjou de Toro Sentado, situado en la confluencia de los ríos Powder y Pequeño Misuri, donde fueron recibidos con un derroche de benevolencia y abundancia de comida, mantas y tipis. Mientras los cheyenes se acogían a la generosidad de los hunkpapas, los jefes de ambas tribus celebraron un consejo en el que acordaron permanecer juntos.

«Supusimos que la unión de los dos campamentos amedrentaría a los soldados —explicó el guerrero cheyene Pata de Palo (Wooden Leg)—. Confiábamos en que así no nos molestarían y podríamos retomar nuestro tranquilo vagar y nuestras cacerías». Las tribus reunidas escogieron como líder a Toro Sentado. «Había llegado a ser admirado por todos los indios como un hombre cuya medicina era buena; es decir, un hombre con un buen corazón y que sabía discernir cuáles eran los pasos a seguir más adecuados», explicó Pata de Palo. De acuerdo con la política de guerra defensiva de Toro Sentado y Caballo Loco, el consejo acordó que los indios lucharían solo en caso de ser amenazados. Pero estaban enojados. En otras ocasiones los soldados habían traspasado el territorio para escoltar a los constructores de la vía férrea o para explorar. Ahora venían para matar. [6]

La campaña de invierno de Sheridan fue un fracaso total. El ejército no conquistó ni un solo centímetro de terreno del Territorio Indio No Cedido y la Administración Grant tampoco estaba ni un paso más cerca de conseguir sus ocultos objetivos. Los indios antitratado habían salido incólumes. En vez de dar un gran golpe a Caballo Loco, Crook había atacado un pacífico poblado cheyene. Para lo único que sirvió todo eso fue para alertar a un enemigo que, con la llegada de la primavera, volvería a tener plena movilidad. Y lo que es peor aún, la torpe actuación del ejército no había impresionado tanto a Nube Roja y los jefes del tratado como para que sintieran que era necesario ceder Black Hills. Al contrario, los indios de la reserva, que comenzaban en ese momento su migración anual al Territorio Indio No Cedido para la caza del búfalo, se prepararon

para unirse a sus hermanos antitratado en la lucha por la escasa libertad que les quedaba.

Sheridan no tuvo más remedio que organizar una campaña estival. No obstante, no sentía demasiado entusiasmo por la empresa, así que delegó por entero su dirección a los jefes al mando de su departamento, cuyos planes no fueron especialmente originales. Crook pretendía marchar una vez más hacia el norte desde Fort Fetterman en busca de Caballo Loco. Terry ordenó de nuevo a Gibbon que se dirigiera hacia el este a lo largo del río Yellowstone mientras él construía una base de abastecimiento en el río desde la cual pudiera operar el 7.º de Caballería.

Cuando sus subordinados estaban preparando sus expediciones, Sheridan se enteró de que los indios estaban saliendo de la reserva en un número sin precedentes. A pesar de que era una noticia alarmante, le preocupaba más el hecho de que el enemigo se dispersara antes de que sus generales los pudieran obligar a dar batalla. «Teniendo en cuenta que los contingentes numerosos de indios hostiles no son capaces de mantenerse unidos más de una semana o diez días —comentó al general Sherman—, creo, y también lo creen Terry y Crook, que cada columna será capaz de cuidar de sí misma y de castigar a los indios en caso de que se presente la ocasión».

A pesar de ello, Sheridan no esperaba darles un golpe mortal. Si bien tenía la esperanza de que sus generales podrían, al menos, conducir de forma provisional a los indios hostiles a las reservas, sabía que en cuanto las tropas abandonaran el campo, los indios antitratado escaparían y habría que repetir otra vez todo el proceso. Sheridan pensaba que solo se podría conseguir una paz duradera si se ponía a las agencias indias bajo la autoridad del ejército y se construían los dos puestos militares que quería en el río Yellowstone. Solo eran castillos en el aire, al menos por el momento. La opinión pública al este del Misisipi desestimó el control militar de las agencias, la mezquindad del Congreso descartó la construcción de nuevos puestos y el general Sherman tenía otras preocupaciones aparte de acorralar a indios alborotadores, incluida la creciente violencia en el sur de la Reconstrucción. «No obstante, en lo que a ti se refiere —dijo a Sheridan—, es evidente que todos admitimos que eres el hombre

adecuado para ocuparte de los indios, pero puede que el sur vuelva a ser escenario de problemas, y allí también haces falta». Concluyó añadiendo que era mejor que dejara que fueran Crook y Terry «quienes terminen con este asunto sioux que es, en definitiva, el de la supervivencia de los indios». [7]

Sherman y Sheridan también tenían que ocuparse de otra cuestión preocupante que requería su atención: qué hacer con Custer.

Lo único que sabía Custer de las maquinaciones que estaban a punto de provocar una guerra india era lo que había leído en los periódicos. Mientras Sheridan y Crook habían estado planeando la campaña de invierno, Armstrong y Libbie disfrutaron de unas largas vacaciones en Nueva York, donde la alta sociedad aduló al famoso hombre que había luchado contra los indios y a su encantadora mujer.

Si Custer se hubiera conformado con disfrutar de una activa agenda social, habría sido mejor para él. Pero el lenguaraz demócrata no pudo evitar jugar a la política, un juego para el que estaba poco dotado. Frecuentó a su buen amigo James Gordon Bennett, editor del declarado periódico antirrepublicano *New York Herald*. La Administración Grant, enfangada como estaba en múltiples escándalos, era un blanco fácil para el editor. En febrero de 1876, publicó una acusación mordaz de actividades ilícitas en el Departamento de Guerra, según la cual acusaba al secretario de Guerra Belknap de vender licencias para puestos comerciales fronterizos con la intención de obtener un beneficio personal. Un comité especial de la cámara controlada por los demócratas utilizó la historia del *Herald* como una maza con la que golpear al presidente y reunió pruebas de sobornos pagados a Belknap por el comerciante del economato de Fort Sill. Presionado por Grant, el secretario de Guerra dimitió para evitar que lo destituyeran.

Custer había sospechado de la existencia de actividades ilícitas similares en los puestos del Alto Misuri, incluido en Fort Abraham Lincoln. En el verano de 1875, Bennett, con la complicidad de Custer, envió un corresponsal a Bismarck para investigar el fraude.

El informante descubrió un sumidero de corrupción relacionado con permisos tanto para las agencias indias como para los economatos de los puestos militares que implicaban no solo a Belknap sino también al hermano del presidente Grant, Orvil.

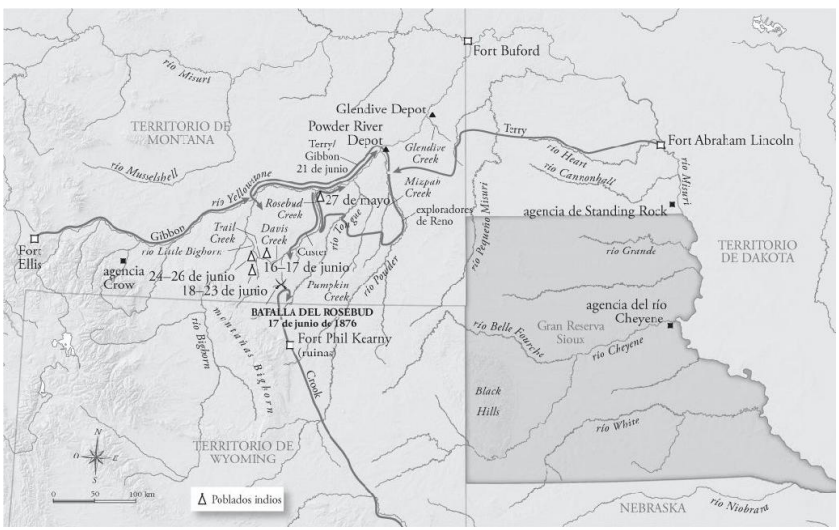
Nueve meses más tarde el comité de la cámara citó a Custer para testificar sobre los cargos. Terry, al presagiar el problema, le sugirió que respondiera por telegrama. Sin embargo, Custer, ya fuera por un sentido del deber o quizá porque esperaba añadir más leña al fuego sobre el cadáver político de Belknap, respondió a la citación.

Fue el peor error de cálculo de su vida. La gran admiración de Custer por el presidente del comité —salían juntos por la capital y cenaban juntos— le hizo perder amigos en la Administración. En realidad, el testimonio de Custer consistía en información de segunda mano aderezada por sus propias sospechas; lo cual era insuficiente para condenar a alguien en un juicio, pero suficiente para airar al presidente Grant, que ordenó apartar a Custer de la siguiente campaña.

Custer estaba destrozado. «Con los ojos llorosos —contó el general Terry más tarde a sus amigos—, [Custer] me rogó que le ayudara. ¿Cómo me iba a negar?». Terry le dictó un telegrama a Custer para que se lo enviara al presidente, donde le pedía como compañero soldado que le evitara la «humillación de ver a mi regimiento partir para luchar contra el enemigo y no poder compartir sus peligros». Terry tenía motivos ocultos para ayudar a Custer: temía entrar en campaña sin él; de hecho, no quería ir a la guerra él solo. Grant transigió, pero hasta cierto punto. Dio permiso a Custer para que estuviera al mando del 7.º de Caballería, pero no de la expedición; Terry tendría que mojarse, después de todo. Custer le dio la noticia al ingeniero jefe de Terry y añadió indiscretamente que se «libraría» del general en cuanto tuviera la mínima oportunidad, ya se había «zafado de Stanley, y conseguiría escabullirse de Terry». Al parecer, la gratitud de Custer al jefe al mando de su departamento quedaba en segundo plano frente a su ambición. **[8]**

El general Crook no era menos ambicioso que Custer. Tampoco era alguien que tropezara dos veces con la misma piedra. No volvería a

delegar las operaciones en sus subordinados, sobre todo no en alguien que necesitara restaurar su mancillada reputación. Por el contrario, dirigiría él mismo la Columna Wyoming. El 29 de mayo de 1876 partió desde Fort Fetterman hacia el norte con un contingente de 1051 soldados, una fuerza en principio suficiente para intimidar a cualquier indio con el que se pudieran encontrar. La nueva expedición de Crook no solo era mayor que la expedición del río Powder, sino que también contaba con mejores oficiales. El teniente coronel William B. Royall, un hombre digno de confianza, comandaba los cuatro batallones de caballería, todos ellos dirigidos por sólidos oficiales. El comandante Alexander Chambers, compañero de Crook de West Point, estaba al mando de la infantería.



La Campaña de Little Bighorn, mayo-junio de 1876.

El destino inmediato de Crook fueron las ruinas del viejo Fort Reno, ciento veintiocho kilómetros al norte de Fort Fetterman, donde esperaba encontrar al menos a doscientos aliados crows y shoshones que tenían que reunirse con su fuerza. Desde allí la expedición continuaría al Territorio de Montana a lo largo de la ribera del río Tongue o de Rosebud Creek, dependiendo de a dónde condujeran los rastros enemigos, y darían un gran golpe con un contingente abrumador. Al menos, ese era el plan de Crook. **[9]**

El general no tenía la menor idea de a qué se enfrentaba. Las informaciones que Sheridan había recibido eran ciertas. Los lakotas de las reservas estaban acudiendo en masa a Toro Sentado. El 1 de abril, su poblado tenía 250 tipis. A principios de junio, el número de tipis había ascendido a 461. Eso representaba una población de tres mil personas, de las cuales ochocientas eran guerreros. Una tercera parte de los tipis pertenecían a los hunkpapa, pero había miembros de toda la tribu lakota. Gracias al errado ataque de Crook en el río Powder, cien tipis cheyenes también se habían puesto bajo la protección de Toro Sentado. Durante la primavera anterior, el poblado siguió a las manadas de búfalos hacia el oeste a través del curso alto del río Powder. La cantidad disponible de forraje y de leña determinaba el tiempo que permanecía un poblado en un lugar; cuando esos recursos se agotaban, por lo general al cabo de tres días, el poblado se levantaba y se dirigían hacia la dirección indicada por los exploradores que vigilaban a las manadas de búfalos. Otros lobos rastreaban los alrededores en busca de alguna señal de los soldados.

El consejo de jefes apoyó la política defensiva de Toro Sentado y Caballo Loco y les recordaban a sus guerreros que mejor utilizaran su energía en cazar búfalos que en luchar contra los soldados. Pero las advertencias de los ancianos cayeron en oídos sordos. Como de costumbre, los aspirantes guerreros, siempre en busca de honor y prestigio, iban a otro ritmo, el ritmo de la guerra. Contenerlos suponía un reto constante para los jefes. **[10]**

A finales de mayo, el itinerante poblado indio acampó cerca de la desembocadura de Rosebud Creek. Para un *Wichasha Wakan* de la sensibilidad de Toro Sentado era un lugar de extraordinario poder espiritual. Una fuerza invisible e irresistible atrajo al santón hunkpapa para que ascendiera a una colina cercana y conversara con Wakan Tanka. Sobre la colina, rezó, meditó y después se quedó dormido. Soñó que unos vientos de fuerza huracanada le azotaban el rostro. Al mirar hacia el este, Toro Sentado divisó en el horizonte una enorme nube de polvo que se aproximaba como un torbellino hacia él. Simultáneamente, una nube blanca en forma de poblado indio que estaba bajo unas montañas cubiertas de nieve navegaba con suavidad hacia el huracán desde una dirección opuesta. Cuando el vendaval se cernió sobre el poblado, Toro Sentado vio

innumerables soldados con brillantes armas de fuego que cabalgaban tras la nube de polvo. Las dos masas de aire chocaron, y se produjo tal colisión como nunca había oído Toro Sentado, y el cielo estalló con truenos y centellas. La lluvia borró la nube de polvo. Cuando fue amainando, la nube blanca se desplazó con serenidad hacia el este. Toro Sentado se despertó profundamente impactado. Contó su sueño a los jefes del consejo, y les dijo que el vendaval y la nube de polvo representaban el ejército que se acercaba para eliminar a los lakotas, y la nube blanca era el poblado lakota y cheyene. El significado estaba claro. Los indios aniquilarían a los soldados en una gran batalla.

Pocos días después de tener esa visión, Toro Sentado convocó a su sobrino Toro Blanco y a otros tres hombres para que lo acompañaran a lo alto de la colina y le escucharan rezar por los lakotas. Toro Sentado se vistió de forma humilde, el rostro sin pintar y el pelo, que le llegaba hasta la cadera, suelto. Tras llevar a cabo una larga ceremonia de la pipa, el jefe indio se alzó de cara al ocaso, e imploró a Wakan Tanka que proveyera a su pueblo de mucho alimento y que mantuviera la unidad entre las tribus lakotas. A cambio, Toro Sentado le prometía llevar a cabo una Danza del Sol Ritual durante dos días y dos noches, y después ofrecer a Wakan Tanka un búfalo.

Toro Sentado organizó la Danza del Sol a la sombra de Deer Medicine Rocks, un lugar sagrado tanto para los lakotas como para los cheyenes.

Asistieron todos los indios antitratado. El 6 de julio, Toro Sentado cumplió la primera de sus promesas. En primer lugar se purificó en una cabaña sauna. A continuación, en la tienda de la danza llevó a cabo la ceremonia de la pipa. Acto seguido, se sentó junto a la vara de la danza con las piernas separadas y las manos en la cintura. Con un punzón le sacaron de cada brazo cincuenta pedazos de carne del tamaño de una cabeza de cerilla. Mientras fluía la sangre, Toro Sentado rezó a Wakan Tanka, bailaba alrededor de la vara, mientras miraba fijamente al sol. Al cabo de un rato se detuvo y perdió el conocimiento, sin llegar a caerse. Los asistentes lo tendieron con cuidado en el suelo y le humedecieron la cara con agua. Al despertar, Toro Sentado les habló de una nueva visión. Justo bajo el sol había visto muchos soldados y caballos

cayendo boca abajo del cielo como un montón de langostas sobre un poblado indio; había también algunos indios que caían de cabeza. «Estos soldados no tienen orejas —le dijo una voz a Toro Sentado—. Van a morir, pero no debes coger sus trofeos». Después, Toro Sentado cumplió la promesa que le faltaba, ofreció el cuerpo de un búfalo a Wakan Tanka.

La segunda visión de Toro Sentado exaltó al poblado. El significado estaba claro: los lakotas y los cheyenes pronto lograrían una espectacular victoria. Pero, para obtener sus beneficios, repitió Toro Sentado, no debían desvalijar a los soldados muertos. [11]

Unos trescientos kilómetros hacia el sudoeste, Crook se encontraba en un brete. El 2 de junio, cuando llegó a las ruinas de Fort Reno, no había señal ni de los crows ni de los shoshones con los que se tenía que haber encontrado allí. Crook envió a sus únicos exploradores, dirigidos por el indispensable Frank Grouard, para que fueran a buscarlos a sus agencias más allá de las montañas Bighorn. Tres días más tarde, la columna en un penoso avance a ciegas, atravesó los restos de Fort Phil Kearny, lo cual no fue una experiencia demasiado inspiradora. Un teniente de la caballería que hacía las veces de periodista utilizó el aciago fuerte como metáfora de la indiferencia pública hacia el soldado fronterizo. «Los cuerpos de [el capitán William Judd] Fetterman y su grupo yacían enterrados en una trinchera en el cementerio, como otro triste recordatorio sobre la gratitud (o la absoluta ausencia de ella) de esta república modélica nuestra —escribió—. Entre las ruinas del antiguo recinto, que antes rodeaban al cementerio, vi huesos humanos desenterrados y blanqueándose al sol que, sin duda, habían sido exhumados por los coyotes».

Dejando atrás esa desoladora escena, Crook cruzó la frontera de Montana e inmediatamente se perdió. El 7 de junio por la noche una pequeña partida de guerreros se enfrentó en una escaramuza con los vigías de Crook. No causaron daño alguno, pero, una vez perdido el factor sorpresa, el general se retiró hacia las montañas Bighorn. Y entonces, anotó el teniente Bourke en su diario, el contingente «se acomodó en la somnolienta apatía de una vida de campaña permanente en busca de nuestros amigos». El propio

Crook tan solo simulaba estar apático. Estaba profundamente preocupado, pero enmascaraba sus sentimientos con interminables partidas de cartas y cacerías en las colinas.

Una semana después volvió Grouard con 176 guerreros crows. Ese día, algo más tarde, entraron trotando en el campamento en perfecto orden militar ochenta y seis shoshones bien armados y vivamente adornados, que ondeaban dos banderas americanas a la cabeza de la columna. Al frente de la colorida procesión iba el jefe de setenta y ocho años Washakie, una leyenda de la frontera. Hablaba francés e inglés, y animaba a los misioneros a que evangelizaran a su pueblo. Como muestra de aprecio por la benevolencia del jefe, el ejército bautizó el puesto militar que había cerca de su reserva como Fort Washakie, el único fuerte en toda la historia que tuvo el nombre de un indio. Por muy leales que fueran, los crows estaban del lado del ejército, en esencia, porque querían ajustar cuentas con los lakotas; los shoshones, en cambio, lucharon con los soldados por un auténtico afecto hacia ellos. **[12]**

Grouard no solo llevó a los aliados indios sino también datos erróneos. Calculó en dos mil quinientos guerreros (el número correcto se acercaba a los mil) la fuerza lakota y cheyene de un poblado situado en el Rosebud, a 72 kilómetros de distancia, aunque el poblado en realidad se situaba entre los ríos Rosebud y Little Bighorn. La supuesta superioridad numérica del enemigo no preocupó a Crook, que dudaba que los indios fueran capaces de concentrar sus fuerzas, o desearan arriesgarse a librar una batalla campal.

El 16 de junio, al amanecer, las tropas de Crook partieron muy confiadas hacia el nacimiento de Rosebud Creek. Tras una marcha de 56 kilómetros, Crook vivaqueó, tomando la precaución de reunir a sus caballos y mulas dentro de una hondonada para protegerlos de los posibles asaltos. Pocos dudaban de que el enemigo se hallara cerca. Durante la marcha, algunos búfalos dispersos habían cruzado la ruta de la columna y los crows decían que huían de los cazadores lakotas. Más tarde, ese mismo día, los exploradores crows encontraron un fuego para cocinar sobre el que todavía había carne de búfalo. Esa noche, los crows y los shoshones se prepararon para la batalla, cantando y bailando hasta el amanecer. «Nos hallamos ahora justo entre los enemigos, y pueden atacar o ser atacados en

cualquier momento», escribió en su diario un Bourke insomne. No tendría que esperar mucho. [13]

Los exploradores crows habían interrumpido la comida apresurada de una banda de cheyenes que habían salido a buscar caballos perdidos de los soldados. Hacía tiempo que los guerreros se habían ido, y habían galopado los 64 kilómetros de regreso al poblado para informar de que habían descubierto la nutrida columna de Crook. Los voceadores dieron la voz de alarma. Las mujeres empaquetaron veloces todas las pertenencias familiares y desmantelaron los tipis. Los jóvenes se pintaron para la guerra. Los jefes les instaron a que se contuvieran, pero la visión de la victoria de Toro Sentado debilitaba sus palabras que pedían prudencia; los guerreros, embargados por una sensación de invencibilidad, actuaron por su cuenta. «En cuanto oscureció nos escabullimos —explicó el guerrero cheyene Pata de Palo—. Llegaron guerreros de todos los grupos del campamento. Teníamos nuestras armas, la ropa de guerra, las pinturas y la medicina. Yo tenía mi rifle de seis disparos. Viajamos durante toda la noche». Los jefes, incapaces de detenerlos, se unieron a la procesión. El 17 de junio de 1876, en cuanto amaneció sobre el gran meandro del Rosebud, Toro Sentado, con los brazos hinchados e inutilizados por el ritual de ofrenda de carne, Caballo Loco, Agalla, y una serie de jefes de guerra menores cabalgaron a la cabeza de casi mil guerreros lakotas y cheyenes extremadamente seguros de sí mismos hacia un enemigo desprevenido. [14]

Crook no tenía la menor idea de que se estaban acercando. Desde que se había encontrado al grupo de ataque cheyene, los crows y los shoshones se habían vuelto muy timoratos. Permanecían junto a los soldados sin aventurarse más de lo necesario para cazar unos cuantos búfalos. Solo Frank Grouard había demostrado tener ciertas agallas. De los insultos intercambiados con los lobos lakotas dedujo que el poblado hostil se hallaba a unos treinta kilómetros río arriba en el valle del Rosebud. El 17 de junio al alba, armado solo con la incierta conjetura de Grouard, Crook avanzó, vacilante, unos cinco kilómetros río abajo, tras lo cual hizo un alto con la intención de atacar por sorpresa esa noche. El emplazamiento del vivac era bastante agradable, pero de difícil defensa en caso de que surgiera la necesidad. Por el sur, lo bordeaba una empinada pendiente, y al

norte se extendían interminables crestas de montaña. Algunos de los exploradores crows, tras recuperar su valentía, se encaminaron hacia la cima de las colinas.

Hacía una mañana calurosa y tranquila, los grandes cielos de Montana eran de un cristalino azul. Una pesada languidez se apoderó del campamento. Crook pasó el tiempo jugando a las cartas, mientras los soldados dormitaban a la sombra de sus sudaderas. Un periodista, anotando unas cuantas líneas para un artículo, observó que «nada sugería que pudiera haber un enemigo cerca».

Nada, hasta que los crows, de repente descendieron al galope la colina más cercana, se dirigieron directamente a la mesa de juego de Crook, y anunciaron que estaban llegando los lakotas. Por incomprensible que parezca, Crook no les hizo caso. Los crows y los shoshones, dejando al general por imposible, se pintaron para la batalla y se encaminaron hacia el frente por iniciativa propia. Pocos minutos después, estaban de vuelta, aullando y diciendo que los lakotas estaban cargando contra ellos. Las balas les pisaban los talones, levantando el polvo y evidenciando con furia la pura verdad: habían pillado a Crook durmiendo la siesta.

Lo único que lo salvó fue el hecho de que el enemigo estuviera exhausto. «Encontramos a los soldados hacia las ocho de la mañana —dijo Pata de Palo—. Solo habíamos dormido un poco, los caballos estaban muy cansados, de modo que nos apresuramos a atacar. Pero, en esos casos, siempre hay algunos más ansiosos o más estúpidos que se precipitan». Un teniente de caballería contempló estupefacto cómo llegaban al galope justo en medio de sus desorganizadas filas varios jóvenes impulsivos y azotaban a los soldados con fustas hasta que los dispararon y los derribaron de sus ponis.

Entre esos guerreros con exceso de celo se encontraba Jack Nube Roja (Jack Red Cloud), de dieciocho años, hijo del gran jefe oglala. Se había escapado de la reserva con el penacho de plumas de su padre y con un rifle de repetición con una decoración muy elaborada, sin que ninguna de las dos cosas le resultase de gran ayuda. Cuando la bala de un soldado derribó al poni de guerra de Jack Nube Roja, Pata de Palo observó cómo el joven oglala hacía algo imperdonable. «De acuerdo con la costumbre india —explicó

más tarde Pata de Palo—, un guerrero está obligado a parar y quitarle las bridas al caballo muerto para demostrar con qué temple es capaz de actuar». Ese no fue el caso del hijo de Nube Roja. En cuanto su poni cayó al suelo, salió corriendo seguido de cerca por tres crows a caballo. Jack Nube Roja, llorando histérico, imploró que tuvieran misericordia. Los crows, que solo pretendían divertirse, lo fustigaron con los látigos de sus ponis y le quitaron su penacho de plumas. A Pata de Palo le divertía la broma. «No intentaron matarlo. Solo se burlaron un poco de él, diciéndole que era un niño y que no debía llevar el penacho de guerra». [15]

En marcado contraste con la cobardía de Jack Nube Roja, estuvo el heroísmo de una muchacha cheyene cuyo hermano también había perdido su poni cerca del campamento de Crook. Mientras sus compañeros retrocedían, ella galopó a toda velocidad desde las filas cheyenes. Tascó el freno junto a su hermano, le ayudó a montar, y después galoparon hasta ponerse a salvo. En su honor, los cheyenes bautizaron el encuentro como «La Lucha en la que la muchacha salvó a su hermano». [16]

La batalla se desarrolló durante tres horas a lo largo de un frente de cinco kilómetros, sin resultado alguno. Muchos de los oficiales, incluido Crook, desconocían las tácticas de los indios de las llanuras y su respuesta —una serie de contraataques descoordinados— resultó poco efectiva. A medida que los soldados avanzaban, los indios se limitaban a retirarse de una cresta para ir a otra hasta que encontraban una buena posición defensiva, desmontaban y rechazaban a los atacantes, mientras sus bien entrenados ponis de guerra pastaban tranquilamente tras ellos. Al capitán Anson Mills las tácticas indias le parecieron completamente frustrantes. Cuando los indios decidían atacar «no venían en fila como los soldados sino en manadas, colgados del caballo agarrándose con una mano al cuello del animal y con un pie sobre el lomo, y disparando y alanceando desde la base del cuello de la montura, de modo que no había ninguna parte de su cuerpo a la que apuntar». Y, además, estaba su aspecto «abominable» —Mills utilizó la palabra «abominable» tres veces en un mismo párrafo—, que aterrorizaba a los caballos del ejército. Puede que Mills hubiera sentido repulsión hacia sus plumas, sus cuernos, y todo ese montón de colores en indescifrables diseños sobre los hombres y los caballos, pero tuvo

que admitir que «los indios demostraron ser los mejores soldados de caballería del mundo».

Crook intentó aparentar que controlaba una situación demasiado dinámica y confusa como para ser comprendida. Durante todos los años en los que había estado persiguiendo a pequeños grupos de snakes, paiutes y apaches, todos los cuales preferían rápidas emboscadas y retiradas veloces a enfrentarse a una batalla, no había nada que le hubiera preparado para ese momento. Nunca había visto a tantos indios hostiles ni se había enfrentado con un enemigo indio que se negara a huir. De hecho, al que le gustaría haber huido habría sido al propio Crook. Durante un momento de calma, un capitán se atrevió a preguntarle:

—General, muchas personas dicen que se llegan a curtir tanto con este tipo de experiencias que ya no les afectan, y, a menudo, me pregunto ¿usted se siente como me siento yo en estas situaciones?

—Y, ¿cómo te sientes tú? —le preguntó Crook.

—Pues, siento que, si usted no estuviera aquí, saldría corriendo lo más rápido que pudiera.

—Bueno, pues yo me siento exactamente igual. [17]

A las once de la mañana, Crook tomó una decisión que casi le cuesta la batalla. Con la esperanza de recuperar la iniciativa, ordenó al capitán Mills que se retirara y cabalgara hacia el norte descendiendo el cañón del valle del Rosebud con dos batallones, para atacar al poblado enemigo. La partida de Mills dejó a Crook la responsabilidad de defender una larga cresta con solo la infantería de Chambers, los exploradores indios y una sección de arrieros.

En una cresta paralela, situada a poco más de un kilómetro hacia el oeste, con un amplio valle y un pequeño arroyo llamado Kollmar Creek separándoles, el coronel Royall y doscientos veinticinco soldados soportaron el embate de, al menos, el doble de indios. Crook no había querido nunca que Royall se alejara tanto del cuerpo principal, pero en los confusos momentos iniciales de la batalla este había actuado por iniciativa propia, aunque esta decisión le iba a costar muy cara. Sus hombres lucharon de pie o de rodillas en una línea de escaramuza desigual contra un enemigo que estaba a cubierto detrás de matorrales de artemisa, rocas, desfiladeros y montículos del terreno. A pesar de las poco prometedoras probabilidades de éxito, los hombres de Royall

estaban aguantando cuando llegó a caballo un oficial del estado mayor de Crook con órdenes del coronel de que se retiraran. Royall obedeció y sacó al batallón de Guy Henry del frente. Fue entonces cuando la matanza comenzó. Una bala del calibre 44 atravesó el rostro de Henry, le destrozó el ojo izquierdo, le reventó el puente de la nariz y salió por el derecho. El capitán se tambaleó en la silla ahogándose en su propia sangre. Los exploradores crows y shoshones se adelantaron raudos y le salvaron antes de que lo cercaran los guerreros lakotas. Cuando se deshizo la línea de escaramuza, media docena de soldados se vio rodeada y los mataron a disparos. Solo un agresivo contraataque de los exploradores crows y shoshones, así como varias descargas certeras de la infantería de Chambers permitieron que Royall pudiera zafarse sin mayores pérdidas. **[18]**

Mientras sus líneas flaqueaban, Crook ordenó la retirada de Mills. Aunque no fue consciente de ello, lo hizo en un momento excelente. Mills había galopado seis kilómetros por el estrecho valle del Rosebud sin encontrar el poblado. Ahora ascendió por el cañón y se topó con el flanco izquierdo de los indios, justo cuando se estaban reagrupando para un nuevo asalto. Estos se dispersaron, abandonando el campo de batalla en nubes arremolinadas alrededor de sus jefes de guerra. A pesar de que las atribuladas tropas de Crook, recibieron con regocijo la noticia, la causa principal de la retirada india no fue la oportuna reaparición del capitán Mills. Los guerreros habían cabalgado durante toda la noche y llevaban seis horas luchando. Estaban hambrientos y exhaustos. Había muchos ponis muertos por disparos o demasiado agotados para continuar. Además, el objetivo de los indios no era aniquilar a los soldados sino asustarlos. Los jefes lakotas y cheyenes, convencidos de que lo habían conseguido, estaban exultantes con el resultado de la batalla. Con la excepción de un cheyene herido de muerte y de veinte lakotas muertos —trece de los cuales perdieron sus cabelleras a manos de los crows o los shoshones— y quizá otros sesenta heridos, también había sido un buen día para los guerreros, en especial para el sobrino de Toro Sentado, Toro Blanco, que había contado cinco golpes. Un jefe de guerra cheyene pensó que el enfrentamiento fue «una gran lucha [con] mucho humo y polvo». **[19]**

Demasiado, sin duda, para gusto de Crook. El capitán Mills se encontró con el general una hora después de que los indios se hubieran ido, y parecía el hombre «más abatido» que había visto nunca. Mills le preguntó a Crook por qué le había ordenado que regresase y este le respondió: «Bueno, me pareció que era un combate más serio de lo que pensaba. Hemos tenido unos cincuenta muertos y heridos, y los médicos se negaron a permanecer con los heridos a menos que dejara a la infantería y a uno de los escuadrones con ellos. Sabía que no podía mantener la promesa de apoyarte con el resto de las fuerzas».

Crook había perdido menos hombres de los que suponía. Solo habían matado a nueve soldados, un crow, un shoshone y un oficial, y habían resultado heridos diecinueve soldados, cuatro crows y dos shoshones; las pocas bajas se debieron tanto a la poca puntería india como a su aversión al combate cuerpo a cuerpo. No obstante, Crook había perdido algo mucho más valioso para su campaña que las vidas: la confianza de sus aliados crows y shoshones. Ahora lo llamaban el Jefe *Squaw*, el epítome de la cobardía. El capitán Mills solo fue un poco menos crítico hacia su comandante, y menospreció toda la expedición como un desastre tragicómico. «No creo que el general Crook supiera dónde estaban los [enemigos] —escribió más tarde—, ni creo que lo supieran nuestros amigos indios, así como nadie se imaginaba que nos íbamos a encontrar con un grupo tan numeroso». **[20]**

Sin duda, Crook tenía mucho que aprender sobre la guerra en las llanuras indias. No obstante, no tenía prisa por instruirse. Privado de los crows y los shoshones, que habían partido hacia sus agencias con la vaga promesa de volver a tiempo para la siguiente campaña, Crook se apresuró a llevar a sus tropas de regreso a la base de las montañas Bighorn. Estableció el campamento al pie de Cloud Peak, el pico más alto de la cordillera.

La primera medida que tomó fue escribir a Sheridan para contarle su desgracia. Haciendo uso de la dudosa máxima que dice que aquel que aguanta hasta el final es el vencedor, justificó su reciente retirada diciendo que los hombres tenían poca comida y que sus heridos necesitaban cuidados adecuados. Reponer víveres era cuestión de un día, pero Crook dejó claro que tenía la intención de que fuera una estancia prolongada. «Creo que me voy a

encontrar siempre a los indios en terrenos difíciles —informó a Sheridan el 19 de junio—, de modo que he pedido cinco compañías de infantería, y lo más probable es que no haga ningún gran movimiento hasta que lleguen». Lo que no dijo Crook es lo que pretendía conseguir con unos cuantos soldados de infantería adicionales frente a los raudos jinetes indios.

Mientras Crook ponía excusas al cuartel general, sus hombres disfrutaban de algo semejante a unas vacaciones en medio de un paraje tan bello que quitaba el aliento. Todo el mundo, desde el general al soldado raso, se entregó a la caza y a la pesca. El general también encontró tiempo para coleccionar pájaros y, por supuesto, para interminables partidas de naipes. El 4 de julio recibió la respuesta de Sheridan a su breve informe sobre la batalla de Rosebud. Tenía que atacar de nuevo al enemigo y hacerlo de forma contundente.

Crook hizo caso omiso de las palabras de Sheridan. Lo único que pretendía atacar de forma contundente eran los récords deportivos. Arrugó el papel de la orden y se alejó para cumplir su bravata de capturar cien truchas en un día. Mientras tanto, el teniente Bourke dedicó innumerables horas a su diario, que el 6 de julio incluía una delirante entrada en la que calificaba la vergonzosa escaramuza del Rosebud como una victoria del comandante que reverenciaba. «La ausencia de manifestaciones hostiles desde nuestro enfrentamiento del 17 de junio demuestra con claridad el severo golpe que recibieron los sioux aquel día —recogió Bourke—. Si hubieran vencido o si la victoria no hubiera sido clara, hace mucho que sus tiradores habrían atacado nuestro campamento». Como es natural, a Bourke no se le pasó por la cabeza que quizá los indios solo lucharon para proteger su poblado. [21]

El hecho de retirarse del combate ya fue algo bastante negativo, pero Crook no solo había perdido el coraje para luchar sino que tampoco había informado a Terry de la batalla del Rosebud, de la inmensidad de la fuerza india, ni de su localización en ese momento. Su incomprensible negligencia hizo que Terry operara a ciegas, con consecuencias que resultarían más trágicas de lo que nadie podía haber imaginado.

Toro Sentado no tenía la menor duda de que se producirían más luchas y de que tendrían lugar más cerca de su poblado. Su visión

no se había cumplido. Por el momento, sobre el campamento lakota no había caído ningún soldado bocabajo.

Desde que Crook comenzase su infausta campaña el 2 de junio habían ocurrido muchas cosas en las tropas de Terry. Custer había vuelto a Fort Abraham Lincoln, y no parecía que le afectara el olvido oficial. «Vestido con un elegante traje de ante, —comentaba entusiasta un periodista que le admiraba—, destaca allí donde va, revoloteando de un lado a otro con viveza y entusiasmo […] siempre dispuesto a pelear con los demonios rojos enemigos, y, ¡pobre de la banda de arrancamelenas que ose acercarse a él y a sus valientes compañeros de armas!». Sin duda, con el regreso de Custer, la Columna Dakota parecía, como dijo Sheridan, «ser completamente equiparable a todos los sioux que se le pudieran enfrentar». Por primera vez, lucharían juntas las doce compañías del 7.º de Caballería. Estaba por ver cuál sería la contribución del propio Terry a la campaña, pero con las tres compañías de infantería, una sección de ametralladoras Gatling, y, además, cuarenta exploradores arikaras al mando de Custer, tenía un total de 925 hombres a su disposición.

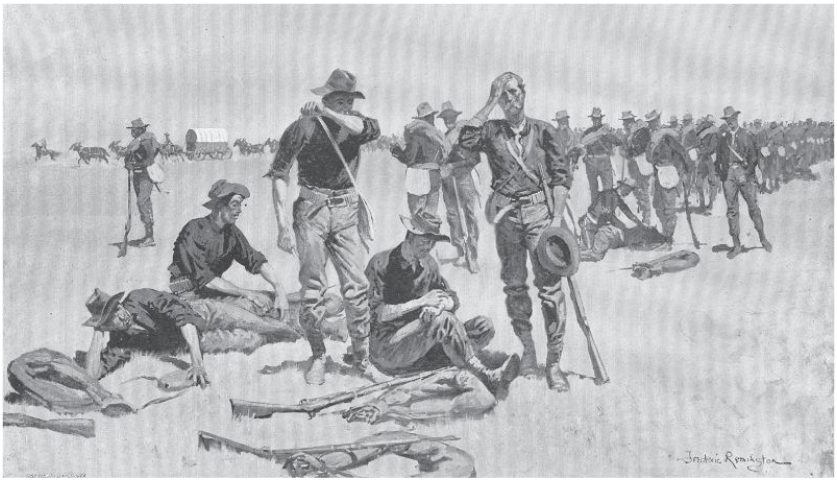
Era un contingente impresionante; al menos, sobre el papel. El Combativo Séptimo hacía tres años que no disparaba un solo tiro. El único contacto del regimiento con los indios desde la batalla de Washita ocho años antes fueron las escaramuzas en Yellowstone en 1873, que sirvieron sobre todo para recuperar la imagen de Custer ante la opinión pública y que aumentara más aún la estima de los grupos antitratado hacia Toro Sentado. En las filas del 7.º de Caballería quedaban pocos veteranos del Washita. Casi un cuarto de los setecientos hombres alistados eran reclutas bisoños. Solo estaban presentes 28 de los 43 oficiales autorizados para el regimiento y, de ellos, solo la mitad tenía experiencia en la lucha contra los indios. La cadena de mando era díscola, por expresarlo de un modo suave. Se podría decir que las relaciones de Custer con sus dos jefes de sección —el capitán Frederick Benteen y el comandante Marcus A. Reno— eran peores que entre cualquier otro comandante de regimiento y sus principales subordinados a lo largo de la frontera. El capitán Benteen odiaba a Custer. El capitán, que era cinco años

mayor que su coronel, valiente y competente pero irascible, no solo culpaba a Custer de la muerte del comandante Elliott en el Washita sino que también se creía mucho mejor cualificado que Custer para dirigir un regimiento.

Jefe Quanah de los comanches quahadis, hijo de un jefe de guerra y de Cynthia Parker, la hija de uno de los primeros colonos de Texas. Su sangre inglesa se reflejaba en su nariz aquilina y en sus ojos grises.

Pájaro Pateador, jefe de paz de los kiowas. Antes de morir dijo al médico militar: «He adoptado el camino del hombre blanco y no me arrepiento. Dile a mi pueblo que escoja el buen camino».

Lobo Solitario fue un fiero jefe de guerra kiowa que descuartizó a un Texas Ranger para vengar la muerte de su hijo y murió en un ataque para robar caballos en Texas.

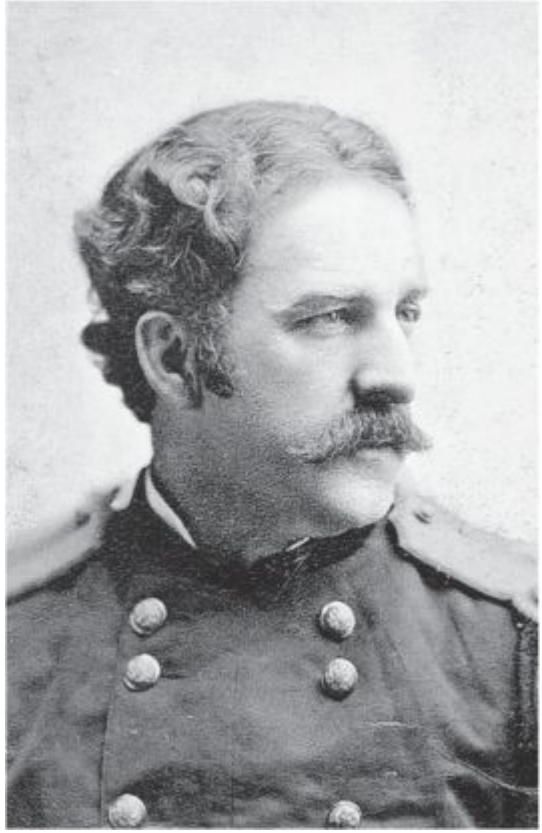


La Guerra del río Rojo. En primer plano, un soldado se humedece los labios con su propia sangre para aliviar su sed, un extremo al que muchos se vieron obligados.

Cañón de Palo Duro, escenario de la batalla decisiva de la Guerra del río Rojo. La mañana del 28 de septiembre de 1874, el 4.º de Caballería comandado por Mackenzie descendió la pared del cañón para atacar un poblado conjunto de comanches, kiowas y cheyenes en la base del cañón.

Edward R. S. Canby, un alma «honorable y cándida» cuya limitada ambición hizo de él el único general en el ejército regular que no tuvo enemigos.

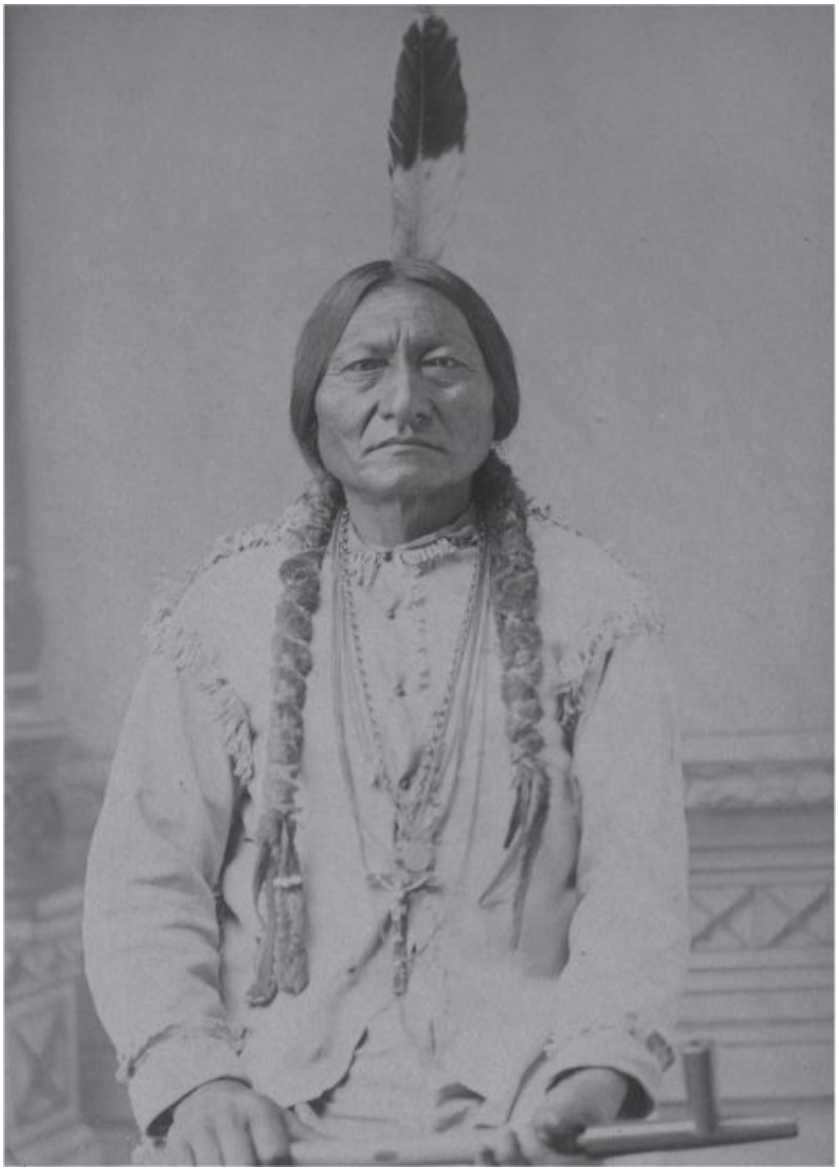
Capitán Jack, reacio jefe de la resistencia modoc. Afirmaba «conocer el corazón del hombre blanco», y le parecía que era, en esencia, bueno.



La firme ambición de Nelson A. Miles y su implacable búsqueda de ascenso hicieron que no fuera muy popular entre sus compañeros oficiales, pero en el trato con los indios derrotados era justo y humanitario.

Toby Riddle, la abnegada mujer modoc de un buscador de oro. Actuó como intermediaria entre Capitán Jack y el general Canby.

George Crook hacia el final de su carrera. Un oficial del Estado Mayor comentó a Crook que «era más indio que los propios indios».



Toro Sentado, jefe lakota hunkpapa y, también, hombre-medicina. En una ocasión, afirmó: «No ha habido nunca un hombre blanco que no odiara a los indios, y no ha habido nunca un verdadero indio que no odiara al hombre blanco».

Expedición de Custer a Black Hills. Custer aparece en primer plano a la izquierda vestido con ropa clara. Detrás de él están los ciento diez carromatos cubiertos Studebaker.

El septuagenario jefe Washakie de los shoshones del este (de pie justo en el centro, con un sombrero en la mano y llevando la medalla de la paz presidencial) y sus subjefes y líderes. Washakie y 86 shoshones

lucharon contra el general Crook en la batalla del Rosebud.

Alfred Terry, cosmopolita y con una fortuna propia, prefería la comodidad de su cuartel general en St. Paul, en Minessota, a los rigores de la campaña militar.

John Gibbon sentía empatía hacia los lakotas antirreserva. Decía que si él fuera un indio cuya forma de vida estuviera amenazada «le arrancaría el corazón a todo el que pudiera atrapar».

La lucha de Custer, por el afamado artista del oeste Charles Marion Russell. La destrucción de Custer y los restos de su batallón en Last Stand Hills desde el punto de vista indio.

El asesinato del líder de guerra oglala, Caballo Loco, tal como lo describió Amos Toro de Mal Corazón (Amos Bad Heart Bull), un famoso artista lakota que pintó al estilo Ledger Art. No existe ninguna fotografía conocida de Caballo Loco.

Pequeño Lobo (de pie) y Cuchillo Romo (sentado), jefes de los cheyenes del norte.

Matanza del grupo del jefe Cuchillo Romo el 22 de enero de 1879.

El comandante Reno parecía odiar no solo a Custer sino también la vida misma. Taciturno por naturaleza y socialmente inepto, Reno había visto derrumbarse su mundo dos años antes tras la muerte de su vivaz y políticamente bien conectada esposa. Lo único que le quedaba ya era el ejército, y él mismo estaba saboteando su carrera debido a su gran afición a la bebida. Los oficiales del 7.º de Caballería, incluido Custer, respetaban a Benteen y confiaban en su criterio en combate. Sin embargo, había pocos oficiales que apreciasen a Reno o que confiaran en él. Aunque Custer sabía que Benteen y Reno lo odiaban, un subordinado imparcial juró que «era considerado con ellos y siempre estaba dispuesto a hacer [a sus hombres] favores». **[22]**

La voluntad admirable de Custer de redimir a los subordinados conflictivos estaba a punto de ser sometida a la prueba implacable de una campaña. En las horas previas al alba del 17 de mayo de 1876, las notas en *staccato* de la corneta que tocaba *Boots and Saddles* perforaron la negra quietud de Fort Abraham Lincoln. Daba comienzo el examen sobre el terreno. El regimiento montó en sus caballos, la banda comenzó a tocar *Garryowen* y el 7.º de

Caballería desfiló en la evanescente oscuridad. El general Terry permitió una pequeña pausa para que los oficiales y los hombres casados dieran un abrazo de despedida a sus familias. La banda cambió de melodía y tocó *The Girl I left Behind Me*, y la larga columna serpenteó hacia el oeste en la pradera. Una luz furtiva atravesó la niebla mostrando un extraordinario espejismo: mientras marchaba, la caballería parecía hallarse suspendida entre el cielo y la tierra. Libbie Custer sintió un escalofrío al presentir una tragedia. «Era como si se hubiera revelado el futuro de aquel grupo heroico, y cuando sus formas se reflejaron en la neblina opaca de la primera aurora, parecía ya la premonición de su traslación sobrenatural». **[23]**

La campaña militar de Terry para humillar a los lakotas se desarrollaba de forma vacilante y, por el momento, no corría demasiado peligro. La Columna Dakota llegó a la parte baja del río Powder el 9 de junio sin haber visto a un solo indio y sin haber oído una palabra de Crook, que había abandonado Fort Fetterman nueve días antes. Gibbon que avanzaba con lentitud por el Yellowstone río abajo hacia un punto en el que se encontraría con Terry, solo le había enviado un vago despacho fechado el 27 de mayo, en el que daba a entender que en algún lugar cerca del río había visto indios. Estaba claro que eso no era suficiente. Terry, que había esperado más energía y una información más precisa por parte de Gibbon, lo emplazó a bordo del barco de vapor Far West, que el general había fletado para llevar los suministros por el Yellowstone. Gibbon dejó a su contingente y, al menos, no llegó con retraso al barco de vapor.

El informe oral de Gibbon fue una triste retahíla de dejadez y oportunidades perdidas. El 1 de abril salió de Fort Ellis con 424 hombres, hacia el norte del río Yellowstone tal como le había ordenado Terry. Después se supo que los indios habían estado, en todo momento, al tanto de su posición. Gracias a su vigoroso jefe de exploradores, el teniente James H. Bradley, Gibbon conocía a su vez, aunque con vaguedad, la de estos. El 16 de mayo, el gran oteador Bradley divisó el poblado lakota en el valle inferior del río Tongue. Gibbon tuvo la intención de atacarlo, pero no consiguió cruzar el Yellowstone. Por inexplicable que parezca, tampoco informó a Terry del descubrimiento que había hecho Bradley de lo que, sin duda, era el poblado principal de los nómadas de invierno

ni de su propio intento fallido de atacarlo. De la misma manera, es incomprensible su subsiguiente negligencia a la hora de mantener el poblado en constante vigilancia.

El 26 de mayo, Bradley volvió a localizar el poblado de Toro Sentado, esta vez en el valle de Rosebud, a veintiocho kilómetros del campamento de Gibbon. Era evidente que los indios estaban alejándose de Terry, o bien hacia el Rosebud, río arriba, o bien hacia el territorio de Bighorn. Era una información esencial, pero, para asombro de Bradley, Gibbon se limitó a guardarse en el bolsillo el informe del teniente y a reiniciar sin prisa su marcha por el Yellowstone, río abajo, dejando a los indios tras él. «Todo el mundo se preguntaba por qué no dio la orden de que atacáramos el poblado —cavilaba Bradley asombrado—. Estábamos en clara desventaja numérica, pero creo que la mayoría de nuestros oficiales no habría dudado en intentarlo». **[24]**

Terry podía perdonar la resistencia a atacar a un enemigo que los superaba en una proporción de dos por uno, en especial cuando ni él ni Gibbon sabían dónde se encontraba Crook. Sin embargo, el silencio de Gibbon en cuanto al redescubrimiento de Bradley del poblado indio desafiaba toda comprensión. Se desconoce qué palabras intercambiaron Terry y Gibbon durante su encuentro del 9 de junio en el Far West. Sin embargo, el resultado fue que Terry dijo a Gibbon que volviera a toda prisa a su posición previa frente al Rosebud para preparar la ofensiva junto con la Columna Dakota que, en ese momento, estaba acampada en la desembocadura del río Powder. Con un poco de suerte, podrían atrapar a los indios con una maniobra de pinza.

No obstante, antes de que Terry pudiera avanzar más hacia el oeste, tenía que asegurarse de que no había ningún indio suelto al este del Rosebud. Para eso, ordenó al comandante Reno que hiciera un reconocimiento del terreno con seis compañías del 7.º de Caballería. Custer estaba en contra de este reconocimiento y en una carta anónima al *New York Herald* se aseguró de que el país lo supiera. Las reservas de Custer eran lógicas, si bien dejó constancia de ellas de forma poco adecuada. La exploración de Reno llevaría al menos una semana y eso, observó Custer, «implica que todo el resto de la expedición se quede sin hacer nada a dos marchas del lugar donde se cree que se encuentran los poblados enemigos en el

Rosebud, con el peligro de que los indios, siempre alerta, descubran la presencia de las tropas y aprovechen la oportunidad para escapar». [25]

Reno permaneció fuera nueve días. Cuando regresó el 20 de junio, le dijo a Terry que se había excedido en su cometido y había explorado el propio Rosebud, donde había encontrado cuatro campamentos sucesivos de indios, cada uno abandonado en fecha más reciente que el anterior, y rastros amplios de mástiles de tipis en dirección sudeste, en apariencia hacia el río Little Bighorn. El hábil explorador Mitch Boyer, que conocía muy bien el territorio, calculó que el poblado enemigo contaba con cuatrocientos tipis que contenían a ochocientos guerreros.

La iniciativa personal de Reno enfureció a Terry, así que descargó su ira en una quisquillosa carta privada dirigida a sus hermanas; Custer, por otra parte, volvió a utilizar su pluma anónima para fustigar al comandante en público. «Reno ha dirigido a su contingente con tal falta de destreza que ha llegado a poner en peligro, si no arruinar de forma permanente, toda esperanza de éxito futuro», pudieron leer los lectores del *New York Herald*. «Se sugiere encarecidamente que se convoque un tribunal militar, y si no se hace, no será porque no lo merezca con creces». [26]

La desmedida acusación de Custer es indefendible. Terry, al menos, reconoció que la insubordinación de Reno le había librado de la vergüenza de atacar un campamento vacío e hizo planes en consonancia con la información que tenía. Debido a la necesidad, fueron más optimistas que precisos. El 21 de junio, por la mañana, Terry telegrafió a Sheridan y le comunicó sus intenciones, a saber: la Columna de Montana de Gibbon (acompañada por Terry) saldría ese mismo día, un poco más tarde, y volvería a desandar su camino a lo largo de la orilla norte del Yellowstone, cruzaría el río en la desembocadura del río Bighorn, y después se encaminaría hacia la desembocadura del Little Bighorn. Mientras tanto, el 22 de junio, por la mañana, Custer se dirigiría hacia el Rosebud con el 7.º de Caballería al completo. En el caso de que no encontrara allí a ningún indio, debía continuar hacia el sudoeste, al nacimiento de Little Bighorn, y después hacia el norte río abajo. Terry dijo a Sheridan que «solo podía esperar que una de las dos columnas encontrara a los indios». [27]

Esa misma tarde, el 21 de junio, Terry emplazó a Gibbon y a Custer a bordo del Far West para revisar el plan y calcular todos los detalles que permitían las vagas informaciones sobre el paradero de Toro Sentado. El día anterior, los exploradores de Gibbon habían informado de que había grandes hogueras hacia el Little Bighorn. Parece ser que eso confirmaba la presencia de Toro Sentado, o bien en el nacimiento del Rosebud o veinticuatro kilómetros más al oeste, o bien en la parte superior del Little Bighorn, tal como había sugerido la expedición de reconocimiento de Reno. Terry y Gibbon aceptaron el cálculo de Mitch Boyer de ochocientos guerreros. Solo Custer parecía tener en cuenta la posibilidad de que los nómadas de verano pudieran haber hecho que ese número aumentara hasta cerca de mil quinientos. No es que importara demasiado. Nadie pensaba que los indios tuvieran intención de luchar. Ni tampoco les preocupaba a los allí reunidos la falta de noticias de Crook. Gibbon recordó que «lo que nos preocupaba a todos era impedir que los indios escaparan». Y eso era algo que solo se podía lograr con un ataque rápido.

Todos coincidieron en que lo mejor era dejar partir a Custer y esperar no solo que encontrara a los indios, sino también que los golpease de tal modo que empujase al poblado ante el «contingente de bloqueo» de Gibbon. Una vez dicho esto, los allí reunidos también acordaron que todos los movimientos «debían estar condicionados por las circunstancias, según se fueran desarrollando estas». Las órdenes escritas que Terry dio a Custer estaban planteadas como sugerencias y el primero esperaba que el segundo las acatara a menos que viera «razones suficientes para apartarse de ellas». Preocupado por la posibilidad de que los indios consiguieran salvarse y escaparan hacia el sur, le pidió a Custer que «estuviera siempre pendiente» de su flanco izquierdo.

El coronel derrochaba confianza. Rechazó la sección de ametralladoras Gatling que le ofrecieron porque le pareció que ralentizaría la marcha y también cuatro compañías de caballería adicionales por considerarlas superfluas, pues alardeaba de que el Séptimo «podía arrasar con todo lo que se encontrara». No obstante, dado que no conocía el terreno, aceptó gustoso los servicios de Mitch Boyer y de los mejores exploradores crows de Bradley. Cuando terminó la reunión, Gibbon le pidió a Custer que diera a la

Columna Montana alguna oportunidad de participar en la lucha. Custer se limitó a reírse. [28]

No es que Gibbon esperara una respuesta afirmativa. «Aunque el general Terry confía en que lleguemos a las inmediaciones del poblado sioux más o menos a la vez y que nos apoyemos en el ataque, se sobreentiende que si Custer llega antes, tiene la libertad de atacar de inmediato si lo considera prudente —escribió el teniente Bradley en su diario esa noche—. Tenemos poca esperanza de estar allí al final, ya que no hay duda de que Custer hará todo lo posible por llegar el primero y conseguir todos los laureles para sí mismo y para su regimiento». [29]

Y, ¿por qué no? Terry no esperaba menos. Custer, sabedor de que a su mujer le encantaban las muestras de confianza en su «dear Bo», el 22 de junio, antes de partir, envió a Libbie una última carta con este revelador extracto de la orden oficial que le había enviado Terry: «Es obvio que es imposible darle instrucciones definitivas sobre esta maniobra y, aunque no lo fuera, el jefe del departamento tiene mucha confianza en su entusiasmo, energía y habilidad como para imponerle órdenes precisas que puedan obstaculizar su acción cuando esté casi en contacto con el enemigo». En definitiva, que Custer tenía la bendición de Terry para hacer lo que considerara más apropiado.

Por otro lado, en Fort Abraham Lincoln, Libbie estaba obsesionada por la visión mística que había tenido el mes anterior. ¿Auguraba un desastre? Ese mismo 22 de junio escribió a su marido «Ay, Autie, estoy muy afectada por tu marcha y porque no vayamos a tener noticias el uno del otro durante mucho tiempo […] No hago más que pensar en tu seguridad. En mi pensamiento, mis sueños y mis oraciones solo hay lugar para ti. Que Dios te bendiga y te proteja, querido. Siempre tuya, Libbie». Quizá también pensara en los otros miembros de la familia que estaban en peligro. Además de Armstrong y el capitán Tom Custer, acompañaba la expedición el hermano pequeño de estos, Boston. También iba con ellos en la aventura el único hijo de su hermanastra, Harry Armstrong «Autie» Reed, de dieciocho años.

A mediodía, Custer se despidió de Terry y de Gibbon. Cuando dio media vuelta para partir, Gibbon le dijo bromeando: «Bueno, Custer, no sea avaricioso y espérenos». Custer, saludando con la

mano y con una risotada respondió: «No, ni hablar». [30]

Custer partió con 31 oficiales, 578 soldados, 45 exploradores y guías, y varios civiles, lo que hacía un total de unos 660 hombres. Iba vestido con chaqueta y pantalones de ante con flecos, una camisa de cuello ancho azul marino, un sombrero de ala ancha gris claro y una bufanda roja. Llevaba un rifle deportivo Remington, un cuchillo de caza y dos revólveres de factura británica. Mientras estaba en Fort Abraham Lincoln, se había rapado su cabello rubio con reflejos rojizos. Muchos oficiales habían hecho lo mismo; otros muchos, iban también vestidos de ante. Los soldados eran un conjunto anodino. La mayoría llevaba camisas de franela color azul mal teñidas y pantalones azul claro reforzados en las perneras y en las culeras con lona blancuzca. Llevaban una gran variedad de sombreros, desde los oficiales de campaña de lana negra a ligeros sombreros de paja. Predominaban las barbas y el pelo desgreñado. Iban armados con carabinas Springfield 1873 monotiro y de retrocarga (un arma de la cual se elogiaba su excelente poder de parada, pero que tendía a encasquillarse), y revólveres Colt del 45. [31]

A las cuatro de la tarde del 22 de junio, tras veinte kilómetros de marcha, Custer hizo una parada. Su humor se había tornado más sombrío sin razón aparente y sus oficiales eran incapaces de adivinar sus intenciones. Al teniente Edward S. Godfrey le pareció que la reunión de oficiales aquella tarde había tenido un carácter lúgubre. «Todo el mundo tenía aspecto serio y lo poco que se habló antes de que llegaran todos fue entre bisbiseos». Custer habló de modo inconexo, incluso reservado. No había rastro de su habitual brusquedad. Se esforzó por recalcar a sus oficiales que confiaba en su buen criterio, discreción y lealtad. Les dijo que a lo mejor tenían que enfrentarse hasta a cerca de mil quinientos guerreros, pero que había rechazado las cuatro compañías adicionales que le había ofrecido Terry, ya que si los indios eran capaces de vencer al 7.º de Caballería, serían capaces de derrotar a una fuerza mucho mayor; de lo que se deducía que los refuerzos no podían salvar al Séptimo de la derrota. Custer pidió a sus oficiales que hicieran «entonces o en cualquier momento, cualquier sugerencia que les pareciera

oportuna».

Godfrey abandonó la asamblea sorprendido. A Custer nunca le habían interesado las opiniones de los subordinados. ¿Acaso estaba deprimido? ¿Sentía que la «Suerte de Custer» estaba a punto de agotarse? El teniente George Wallace le ofreció una respuesta:

«—Godfrey, creo que van a matar al general Custer.

—¿Por qué, Wallace? —respondió—: ¿Qué te hace pensar eso?

—Porque nunca le he oído hablar así». [32]

Los lakotas y los cheyenes no tenían interés en matar a más soldados. Con la retirada de Crook consideraban que había terminado la guerra. El joven guerrero cheyene Pata de Palo «no había pensado que fuera a haber ninguna guerra en el futuro». Estaba más interesado en cortejar a las jóvenes. Otro cheyene comentó que cuando el poblado entró en el valle del Little Bighorn tras la batalla del Rosebud hubo una sensación general de alivio. «Todo el mundo pensó: —Ahora estamos fuera del territorio del hombre blanco. Él puede vivir allí y nosotros aquí—».

El tamaño creciente del poblado era un buen motivo para estar tranquilos. En ese momento, contaba con 960 tipis. Había siete mil indios acampados de los cuales ochocientos eran guerreros. Es posible que la manada de ponis superara los veinticinco mil ejemplares. A pesar de que no había muchas personas de las agencias de Nube Roja y de Cola Moteada, todas las tribus lakotas estaban representadas en el poblado. Era la mayor reunión india en las llanuras del norte desde el consejo de Fort Laramie de 1851.

El 24 de junio por la tarde, los indios levantaron sus tipis en la vega que flanqueaba la orilla occidental del sinuoso río Greasy Grass, el nombre lakota del Little Bighorn. Era un lugar maravilloso. Las aguas del Greasy Grass eran frías y cristalinas y las alimentaba el deshielo de las nieves de las montañas Bighorn. Las riberas estaban flanqueadas por álamos y sauces. En la orilla este se alzaba una sucesión de peñascos, más allá de los cuales se extendía una pradera salpicada una especie de ágave, la *yucca glauca*, que el sol abrasador del verano había vuelto de color parduzco. Los barrancos plegaban el terreno, que descendía hasta un horizonte de una inmensidad abrumadora. Justo al oeste del poblado había un bancal

cubierto de grama rala, pero nutritiva para la manada de ponis. Quince kilómetros al sudoeste se elevaban azules sobre el horizonte las montañas Bighorn.

El poblado tenía un kilómetro y medio de largo y estaba dividido en círculos tribales. El círculo cheyene se alzaba en el extremo inferior (al norte) del poblado. Y en el extremo superior (al sur), dos sinuosos meandros del río acogían el gran círculo hunkpapa. El tipi de Toro Sentado estaba en el extremo sur y albergaba a trece personas, incluidas las dos mujeres del jefe. Los oglalas de Caballo Loco acampaban a medio camino entre los círculos cheyenes y hunkpapas.

Durante seis días, tras el episodio del Rosebud, los lakotas y los cheyenes celebraron danzas de la victoria, festejaron y recitaron sus hazañas marciales sin parar. El 24 de junio, la celebración adoptó un carácter más ligero. Hubo danzas sociales para los jóvenes de ambos sexos y juegos para los niños. A Pata de Palo, imbuido por esa atmósfera animada, le pareció «que la paz y la felicidad prevalecía en todo el mundo; que no había en ninguna parte ningún hombre que estuviera planeando alzar la mano contra su prójimo».

Toro Sentado era más sensato. Al sentir que estaba a punto de cumplirse la visión de su Danza del Sol, ascendió a una loma situada en la orilla oriental del Greasy Grass. Allí, el día 24, al ocaso, realizó una ceremonia sagrada como ofrenda. En lo alto de la colina, colocó una piel de búfalo, una pipa ceremonial y un poco de tabaco envuelto en un pedazo de ante atado a una rama de cerezo tallada. Eran ofrendas para el Gran Misterio Wakan Tanka. A continuación, rezó así:

> Wakan Tanka, ten piedad de mí. En nombre de la tribu te ofrezco esta pipa de la paz. Allí donde están el sol, la luna, la tierra y los cuatro puntos del viento, allí estás siempre tú. Padre, salva a la tribu, te lo suplico. Ten piedad de mí. Queremos vivir. Líbranos de todos los males y las calamidades. Ten piedad de mí. **[33]**

CAPÍTULO 14

Hasta el último cartucho

MIENTRAS TORO Sentado realizaba su ceremonia de súplica, cuarenta kilómetros más al este, en un meandro del Rosebud Creek, el 7.º de Caballería se disponía a pasar la noche. El 24 de junio había sido un día difícil para Custer. El regimiento había marchado cuarenta y cinco kilómetros de forma intermitente, mientras que los exploradores examinaban los campamentos abandonados, todos ellos grandes y cada uno más reciente que el anterior. Había hecho un calor intenso y el camino estaba seco y polvoriento. El rastro de los miles de mástiles de los tipis arrastrados tras los ponis indios arañaba el valle del Rosebud. Otros rastros más anchos y más marcados, revelaban inmensas manadas de ponis. Además, había habido presagios ominosos. Una cabellera de un hombre blanco colgada de la estructura de un tipi abandonado de la Danza del Sol indicó a los exploradores arikaras la presencia de una fuerte medicina lakota. Cuando Custer y sus oficiales se reunieron para inspeccionar la zona, se levantó una fuerte ráfaga de viento que derribó la bandera del cuartel, de modo que la punta del asta quedó apuntando hacia atrás. El teniente Godfrey recogió la bandera y clavó el asta en el suelo. De nuevo, volvió a caer hacia atrás. Al final cavó un agujero y, ahora sí, la bandera se mantuvo en pie apuntalada con ramas de artemisa. Godfrey no le dio mayor importancia, pero un compañero oficial le dijo que la caída de la bandera tenía un significado oculto: el 7.º de Caballería sería derrotado.

Mientras tanto, los exploradores de Custer habían presagiado la derrota en las huellas de los mástiles de los tipis, que no eran divergentes, tal como había dado por hecho Custer, sino convergentes, causadas por los nómadas estivales que se dirigían en

masa desde las agencias al poblado de Toro Sentado. Esa tarde, Cuchillo Sangriento (Bloody Knife), un jefe de los exploradores medio arikara medio lakota, que era el favorito de Custer, advirtió a sus compañeros indios que se encaminaban hacia un gran combate. «Sé lo que me va a ocurrir —expresó—. No voy a ver el sol».

El soldado William O. Taylor reposaba cerca de la única tienda en forma de «A» que constituía el cuartel general del regimiento. En su interior, estaba sentado Custer solo, con aspecto de hallarse sumido en sus pensamientos. «Yo estaba tendido sobre un costado frente a él, y no sé si fue mi imaginación o la luz del atardecer, pero me pareció que su rostro tenía una expresión de tristeza que no le había visto antes. ¿Se debía a que sus pensamientos estaban en Fort Lincoln donde había dejado a su querida mujer —se preguntó Taylor—, o su corazón estaba apesadumbrado debido a la premonición de lo que sucedería al día siguiente?». Un grupo de jóvenes tenientes que entonaban oraciones de alabanza sacó a Custer de sus pensamientos. A Taylor le pareció bastante extraño que unos oficiales en campaña cantaran himnos religiosos. [1]

A las nueve de la noche, los crows entraron al galope en el campamento con noticias cruciales. Habían localizado el principal sendero lakota, que conducía al oeste desde el valle del Rosebud. También hablaron a Custer de un promontorio salpicado por píceas (que más tarde recibiría el nombre de Crow's Nest) en la divisoria entre los valles del Rosebud y del Little Bighorn, que ofrecía una vista sin impedimentos hasta el Little Bighorn, a veinte kilómetros de distancia. Según los crows, si los lakotas estaban en el valle del Little Bighorn, al alba podrían divisar el fuego de sus hogueras.

Custer se enfrentó a un dilema. El general Terry le había «sugerido» que reconociera el terreno en torno a la desembocadura del Rosebud Creek antes de girar hacia el oeste en dirección al Little Bighorn. Si continuaba descendiendo por el arroyo, podría atrapar a los indios que se encontraban entre él y Gibbon —en el caso de que Gibbon hubiera llegado a la posición establecida— además de que podría impedir que los indios se retiraran al sur en dirección a las montañas Bighorn. Por otra parte, eso también implicaba el riesgo de ser descubiertos por los lobos lakotas o de condenar a Gibbon a luchar solo. Encontrar una aldea india de cualquier tamaño ya resultaba bastante difícil, pero renunciar a ella una vez descubierta

era algo que iba en contra de una regla fundamental de la guerra de frontera. Y Terry había otorgado a Custer el derecho a hacer lo que considerara mejor en caso de que la situación justificara apartarse de las órdenes.

El coronel necesitó menos de veinte minutos para tomar una decisión: atacaría el poblado indio. A las nueve y veinte de la noche Custer envió al promontorio al jefe de los exploradores, el teniente Charles Varnum, con los crows. Al amanecer, estos vieron lo que esperaban: el fuego de las hogueras y el vago contorno de una lejana manada de ponis. También lo vio Mitch Boyer, pero no Varnum, ya que tenía los ojos irritados por el polvo del terreno. Dando por ciertas las palabras de los exploradores, informó del descubrimiento a Custer, que ya estaba de camino a la divisoria. Allí pretendía ocultar al regimiento el 25 de junio y así tener más tiempo para descansar y hacer los preparativos finales, para atacar al día siguiente, al alba.

Pocos olvidarían la marcha nocturna. Fue extraña, casi irreal. Ya se había ocultado la luna y la noche era negra como el alquitrán. La columna estaba envuelta en pesadas nubes de polvo. Las últimas filas de cada compañía golpeaban sus potes para ayudar a las que iban detrás a seguir el camino. De vez en cuando, se extraviaba algún hombre o algún caballo, que acababa perdido en los barrancos.

En la cima de Crow's Nest, a las nueve de la mañana del domingo 25 de junio, con el regimiento a una hora de camino tras él, Custer clavó la mirada en el valle: «Tengo una vista tan buena como la de cualquiera —comenzó a decir— y no veo ningún poblado, ni indios, ni nada». «Bueno, general —le interrumpió Mitch Boyer—, si no ve en ese valle más indios de los que haya visto alguna vez juntos, puede ahorcarme». Custer se puso de puntillas y contestó: «Entonces, bastaría con tener una maldita mala vista para colgarte, ¿no?» y, a continuación, comenzó a descender la colina con Varnum. «Recuerdo esa observación que hizo —escribió Varnum más tarde—, en especial por la palabra "maldita", ya que fue lo más parecido a una grosería que le oí nunca».

Los crows rogaron a Custer que atacara. Una partida de guerreros lakotas había cabalgado a plena vista hacia el Little Bighorn, y los crows dieron por hecho que los habían visto. Custer

no solo desestimó su consejo sino que también dudó que justo al frente hubiera un gran poblado. Es decir, no creía lo que no veía. Entonces, Tom Custer llegó a caballo con noticias preocupantes: había indios en la retaguardia. Se había caído la carga de una mula, y cuando un destacamento fue a recogerla, encontraron a un grupo de jóvenes guerreros cheyenes apiñados junto a una caja de galletas. Unos cuantos disparos los dispersaron.

Eso fue lo que le hizo decidirse. Convencido ahora de que habían perdido el fundamental factor sorpresa, Custer decidió atacar de inmediato. (Lo que no sabía es que los cheyenes, en vez de avisar al poblado, habían decidido seguir a los soldados). A Custer no le preocupaba el tamaño potencial del poblado indio, si es que los crows estaban en lo cierto en cuanto a su localización; lo que, en realidad, le preocupaba era que levantaran el campamento antes de que llegaran a alcanzarlo. Mitch Boyer intentó disuadir al coronel una vez más. Llevaba treinta años en las llanuras del norte y nunca había visto un poblado tan grande. Si entraban en el valle del Bighorn por la tarde, predijo Boyer, a la mañana siguiente se despertarían en el infierno. Custer hizo caso omiso. **[2]**

A las doce menos cuarto de la mañana el 7.º de Caballería empezó a descender la divisoria. Al cabo de ochocientos metros, Custer llamó a Reno y a Benteen. Al parecer decidió que podía resultar aconsejable asaltar al poblado enemigo desde varias direcciones, tal como se había hecho en Washita, y Custer dividió el regimiento en cuatro partes. Al comandante Reno le asignó un batallón de tres compañías y los exploradores arikaras (175 hombres); al capitán Benteen, tres compañías (115 hombres); y, aumentó la compañía del capitán Thomas M. McDougall para proteger la caravana de suministros (136 hombres). Custer se quedó con cinco compañías (221 hombres) conducidas por sus favoritos: su hermano Tom, los capitanes George Yates y Myles Keogh, su cuñado, el teniente James Calhoun y el teniente Algernon Smith. Custer ordenó a Benteen que reconociera una cadena de riscos que había un kilómetro y medio al sudeste; si estaban vacíos, tenía que volver a unirse al cuerpo principal enseguida. Custer y Reno seguirían un estrecho arroyo (más adelante bautizado como Reno Creek) hacia el Little Bighorn. McDougall y la engorrosa caravana de suministros tenían que seguir a la columna principal.

Antes de que partiera Benteen, un explorador crow se acercó a Custer y le dijo: «No dividas a tus hombres. Aunque permanezcamos juntos son demasiados enemigos para nosotros. Si tienes que luchar, mantennos a todos unidos».

Custer ya había oído demasiadas palabras aciagas, de modo que le contestó: «Tú ocúpate de explorar, que yo me ocuparé de la lucha». El crow se desnudó y empezó a pintarse la cara. «¿Por qué haces eso?», le preguntó Custer.

Él respondió: «Porque hoy tú y yo vamos a volver a casa, pero por una senda desconocida para los dos». [3]

Custer se encontraba a veinticuatro kilómetros de la loma en la que Toro Sentado había rezado la noche anterior para pedir la intervención divina.

Custer y Reno marchaban a buen paso bajo un cielo despejado y el implacable sol del mediodía. Del suelo se alzaban nubes de polvo. Los hombres se quitaban las camisas y soltaban el exceso de carga. Al cabo de ocho kilómetros, la columna llegó a un tipi con una decoración muy elaborada. Dentro estaba el cuerpo de un guerrero que había caído en Rosebud. Por supuesto, Custer no sabía nada de la batalla de Crook, de modo que el descubrimiento no tuvo ningún significado especial para él. Desde un risco que había junto al tipi, Mitch Boyer y los indios crows divisaron en el horizonte a cincuenta guerreros. Para Custer, eso solo podía significar una cosa: sin duda, el poblado estaba cerca, y los guerreros con los que se habían encontrado antes al desandar el camino iban a dar la voz de alarma.

Eran casi las dos y media de la tarde. Benteen no había aparecido y el tiempo apremiaba. Custer hizo una señal a los exploradores arikaras para que avanzaran, pero ellos se negaron a moverse sin los soldados. El ayudante del regimiento, el teniente William W. Cooke, dio órdenes a Reno: «Los indios están unos cuatro kilómetros más allá; están huyendo. Avanza lo más rápido que consideres y carga contra ellos allí donde los encuentres; él te apoyará». Cuando Reno cabalgó junto a Custer, este le reiteró su promesa de apoyo y le dijo que se llevara a los exploradores con él. En eso consistía todo el plan de batalla de Custer. Era una situación fluida que se estaba desarrollando a gran velocidad y no tenía

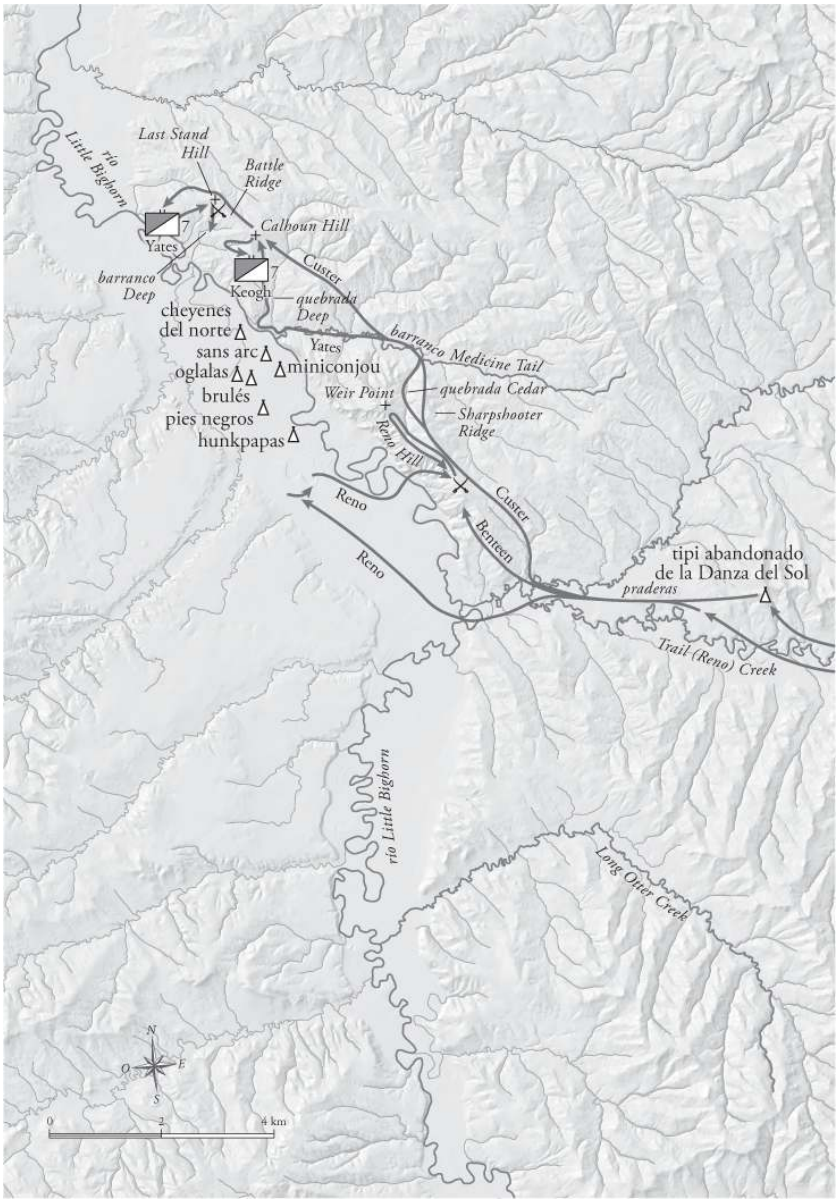
mucho más que ofrecerle a Reno. En cuanto a Benteen, no sabía nada de las intenciones de Custer ya que este no tenía ni idea de dónde podían estar el irritante capitán y la caravana de suministros, que se encontraban bastante retrasados respecto al cuerpo principal. La estructura de mando del 7.º de Caballería se estaba desmoronando y los únicos tiros que se habían disparado habían sido a los ladrones de galletas cheyenes.

Mitch Boyer aconsejó a Custer por última vez que no atacara. «Pero Hijo de la Estrella de la Mañana —recordó un crow—, era como una pluma llevada por el viento, y tenía que ir». [4]

❋

El comandante Reno necesitaba un trago. Cuando sus hombres se detuvieron a las tres de la tarde para abrevar a los caballos en un vado poco profundo en la confluencia del Trail Creek y el Little Bighorn, bebió un buen trago de su botella de *whisky*. En ese momento, el teniente pasó junto a él, salpicándole. «¿Qué pretendes? —le espetó hosco Reno—: ¿Ahogarme antes de que me maten?».

Unos minutos más tarde, el batallón de Reno y los exploradores arikaras comenzaron a descender por el valle, por la orilla occidental del Little Bighorn, en dirección a una nube de polvo que había a tres kilómetros de distancia, presuntamente producida por los indios que «huían», y que Custer había indicado a Reno que alcanzara. Este hizo alinearse a las tres compañías, aceleró el avance pasando de un trote rápido al galope, y gritó: «¡Al ataque!». Al soldado raso William Taylor la orden le pareció carente de brío. Al volver la vista atrás observó a Reno dar un considerable trago a una petaca de un litro. Taylor no tenía ni idea de lo que podía ocurrir: «Cabalgamos por encima de matorrales de salvia y arándanos, de chumberas y a través de una madriguera de perros de las praderas. Para la mayoría de nosotros, era la primera batalla real. Muchos, entre ellos yo, no habíamos disparado nunca desde un caballo».



La batalla de Little Bighorn, 25 de junio de 1876. Consultar la leyenda en el mapa del **Capítulo 2**.

Y Taylor tampoco iba a tener la oportunidad de hacerlo en esa ocasión. A través de algunos claros de la nube de polvo, Reno

vislumbró unos tipis —cientos de ellos— que seguían en pie. El comandante se vio sumido en un dilema nublado por el alcohol. Custer le había ordenado que diera caza a la retaguardia de un pequeño poblado indio a la fuga, sin embargo, se encontró frente a un enemigo desafiante que protegía un estático campamento indio. Los arikaras, que habían girado a la izquierda para espantar a la manada de ponis de los lakotas, tal como era su deber, también se habían topado con una oposición inesperada. Era la primera vez que el comandante Reno probaba la forma de guerrear de los indios y no había señal de Custer. Puesto que desconocía por completo sus intenciones, aparte de su vaga promesa de apoyarle, Reno se apeó del caballo a menos de seiscientos metros del círculo hunkpapa. Los soldados que guardaban las monturas, eran uno de cada cuatro, llevaron a los animales a un bosquecillo en la ribera del río. Con 95 soldados, Reno formó una delgada línea de escaramuza a lo largo de la ribera. Los hombres estaban de un humor extraordinario, o quizá se debiera a un exceso de adrenalina, y hablaban y reían mientras disparaban. Los oficiales charlaban y alardeaban de su puntería. Ninguno, excepto acaso Reno, parecía concebir la derrota a manos de un enemigo que parecía contentarse con levantar polvo a distancia. [5]

Antes de que apareciera Reno, el poblado lakota y cheyene había estado dormitando bajo el asfixiante sol de mediodía. Había rumores de que lejos, al oeste, había soldados a caballo, pero nadie esperaba que hubiera problemas ese día. El adolescente oglala Alce Negro se estaba embadurnando el cuerpo con grasa para darse un baño cuando oyó que el voceador del poblado hunkpapa gritaba: «¡Están cargando, vienen hacia aquí! Donde está el tipi [solitario] dicen que vienen a caballo hacia aquí». Una mujer que salió del tipi en el círculo hunkpapa justo cuando Reno formaba su línea de escaramuza, oyó terribles descargas de carabinas. «Las balas destrozaron los mástiles de los tipis. Las mujeres y los niños comenzaron a huir de los disparos. En medio de la confusión, oí a los ancianos y a las mujeres entonar cantos fúnebres por sus guerreros que ya estaban preparados para atacar a los soldados».

El jefe de guerra hunkpapa Agalla comentó que perdió dos

mujeres y a tres de sus hijos en la primera descarga. Eso hizo que su corazón se sintiera «mal», así que decidió luchar contra los soldados «con el hacha de mano»; es decir, mutilar de forma indiscriminada. Cerca de allí, con un rifle Winchester y una pistola de seis tiros, su viejo amigo Toro Sentado iba entre los tipis en un caballo negro y exhortaba a los guerreros a «ser valientes». La resistencia era espontánea y el liderazgo mínimo. Los guerreros que tenían los ponis de guerra junto a sus tipis fueron los primeros en entrar en el combate, deteniéndose solo lo suficiente para pintarse un poco con pintura de guerra. **[6]**

No era necesario emplear tácticas audaces para inquietar al comandante Reno, bastaban los simples números. Cuando una multitud de guerreros apartó a los arikaras de la manada de ponis y amenazó con rodear su flanco izquierdo, Reno replegó la línea de escaramuza y se retiraron al bosquecillo, reuniendo a los soldados y sus monturas. La maniobra desconcertó a algunos hombres. Las bajas de Reno habían sido prácticamente insignificantes; durante los veinte minutos en que se mantuvo la línea de escaramuza solo había resultado herido un soldado. El comandante atisbó a Custer, que contemplaba la acción desde un peñasco en la orilla oriental, a cerca de un kilómetro y medio de distancia. Antes de dar media vuelta a su caballo y desaparecer de la vista, el coronel había agitado el sombrero. Reno interpretó que con dicho gesto aprobaba su decisión de formar una línea de escaramuza.

Los indios habían mantenido una distancia prudencial de las carabinas de la caballería. Pero, a medida que aumentaban sus números, también lo hacía su coraje. El jefe de guerra hunkpapa Halcón de Hierro (Iron Hawk) reunió una banda en la ribera, detrás del flanco derecho de Reno, preparado para infiltrarse en sus filas. Algunos guerreros avanzaron de forma individual arrastrándose para prender fuego a los matorrales al borde de la arboleda. «Caían multitud de flechas sobre el bosque […] al tiempo que íbamos extendiendo cada vez más nuestra línea curva en torno al gran bosque de árboles —recordó un guerrero cheyene—. Me parecía que [los soldados] no iban a vivir mucho más».

El comandante Reno había llegado a la misma conclusión. Cinco minutos después de adentrarse en el bosque, gritó a los hombres que montaran en sus caballos y se prepararan para ir al galope al

vado situado tres kilómetros río arriba por donde habían entrado al valle. Una vez en la orilla este del Little Bighorn, pensó Reno, podría unir fuerzas con Custer o con Benteen, allá donde estuvieran. Quizá pensó que a lo mejor Custer hacía un ataque de flanco contra el poblado para aliviar la presión que estaban soportando, pero consideró que no había tiempo para esperar a descubrirlo. Pese a que la decisión de Reno significaba cabalgar durante un buen trecho por campo abierto perseguidos por los indios, al menos a un soldado le pareció un alivio. «No veíamos a los indios, pero ellos no dejaban de hacerse señales con sus silbatos de hueso todo el tiempo y parecía que estaban por todas partes». [7]

Por muy sensato que fuera el plan de Reno, hubo fallos en la ejecución. El comandante no tenía corneta, lo cual significaba que la orden de montar pasó de viva voz de fila en fila. Pocos, aparte de los que alcanzaban a oírle, sabían qué era lo que había ordenado. Y Reno no se preocupó de cubrir su retirada; todo el que se enteró de la orden montó más o menos a la vez. Cuando los soldados cesaron el fuego, la partida de guerreros de Halcón de Hierro atravesó el bosque e hizo una descarga a corta distancia. Una bala alcanzó al explorador Cuchillo Sangriento, cuya sangre, pedazos de los sesos y astillas óseas salpicaron a Reno en la cara y la camisa. La impresión que esto le provocó y el alcohol se aliaron, entonces, para que Reno actuara de forma incoherente. Primero pidió a sus hombres que desmontaran. A continuación, les ordenó que montaran de nuevo. Y, al final, se limitó a gritar: «Todos los que queráis escapar, seguidme», y huyó.

El pánico del comandante se contagió a sus hombres. Alguien gritó: «¡Sálvese quien pueda!», y todos los que pudieron galoparon tras Reno. Los indios que estaban más cerca de la línea de árboles les dejaron paso, pero lo que el guerrero cheyene Pata de Palo denominó una «multitud de sioux», bloqueó el camino de la caballería valle abajo, lo que les forzó a ir hacia la izquierda a través de una estrecha senda que daba al Little Bighorn, un kilómetro y medio río abajo de la desembocadura de Trail Creek. Un jefe de guerra lakota comparó la persecución que tuvo lugar a continuación con una gran caza de búfalos.

En la vanguardia, Pata de Palo observó cómo temblaban y se tambaleaban los cansados caballos de los soldados. En cambio, los

ponis de los indios estaban «llenos de energía», y los guerreros alcanzaron con rapidez a los soldados. El combate fue entonces cuerpo a cuerpo. Pata de Palo disparó con violencia cuatro tiros con su revólver y después vio a un lakota con nervios más templados que los suyos lanzar una flecha a la parte posterior de la cabeza de un soldado. Las lanzadas y los golpes de las hachas de piedra derribaban a los soldados a derecha e izquierda. Los indios alternaban los gritos de guerra con mofas burlonas. «No sois más que unos niños. No deberíais estar luchando. Deberíais haber traído a más crows y shoshones para que lucharan por vosotros». **[8]**

La fuerza que impulsaba a la «multitud de sioux» de Pata de Palo era Caballo Loco, que había llegado al campo de batalla poco antes de que los soldados de Reno se dispersaran fuera del bosquecillo. Los indios que ya estaban en acción dieron por hecho su presencia. Sin embargo, sus amigos más cercanos se habían preguntado si llegaría en algún momento a la lucha. Caballo Loco se estaba bañando en el Little Bighorn cuando empezaron los disparos río arriba. En vez de ir a caballo directamente hacia el lugar de donde provenía el sonido de las armas de fuego, consultó primero con un hombre medicina. Juntos invocaron a los espíritus necesarios para fortalecer la medicina personal de Caballo Loco. En el exterior del tipi, sus guerreros estaban cada vez más impacientes. Al final, apareció Caballo Loco. Su traje de guerra era incluso más simple de lo normal. No lucía sus plumas, llevaba el pelo suelto, y solo se había pintado algunos puntos en el rostro. Montó en su caballo picazo y condujo a sus guerreros valle arriba. Otros lakotas e incluso algunos cheyenes formaron filas tras él. Cuando llegó a la orilla del río, lanzó a sus guerreros contra el flanco de los soldados en retirada, conduciéndolos a la zona de la matanza. «La explanada estaba cubierta de indios —recordó un cheyene—. Empezaron a empujar a los soldados haciendo que se mezclaran todos; sioux, después soldados, después más sioux, todos disparando. El aire estaba lleno de humo y polvo. Vi cómo los soldados se desplomaban y caían al río como búfalos en estampida».

Alce Negro cabalgaba junto con otros jóvenes detrás de los guerreros. Cerca del río vio a un soldado que se retorcía de dolor. «Chico, desmonta y arráncale la cabellera», le ordenó un guerrero. Alce Negro se apeó del caballo y con el cuchillo de caza rebanó el

pelo rapado del soldado junto con la piel. «Le debió de doler porque empezó a rechinar los dientes. Después saqué la pistola y le pegué un tiro en la frente». [9]

El soldado raso Taylor, ante la posibilidad de enfrentarse a un destino similar, tomó precauciones pues utilizó todas las balas de su revólver excepto una, con la intención de reservarla para sí mismo. Sin embargo, al salir corriendo del bosque, se le cayó el arma. Cuando corría a toda prisa por la orilla del río, Taylor vio «una masa de hombres y caballos amontonados de la que salían pequeños regueros de sangre que teñían el agua a su alrededor».

En la orilla a la que llegó Taylor, la anchura del Little Bighorn variaba de ocho a dieciséis metros de agua helada que le llegaba hasta la panza a un caballo. La orilla oriental tenía dos metros y medios de altura, un salto difícil para las exhaustas monturas y los aterrados jinetes. Los que conseguían atravesar el río se enfrentaban con la ardua subida a un risco empinado y resbaladizo quebrado por estrechos barrancos. La superficie de arcilla ofrecía poca tracción a los caballos, muchos de los cuales se habían vuelto incontrolables. No obstante, los hombres seguían intentando subir montados o a pie, guiando a los animales con las riendas. Reno, que había perdido el sombrero durante el ascenso, fue uno de los primeros en alcanzar la cima de la colina que llevaría su nombre. Con un pañuelo rojo alrededor de la cabeza y una mirada feroz en los ojos, el comandante corrió por la cresta. A su alrededor, los hombres se derrumbaban por la fatiga. Algunos lloraban, otros maldecían. La mayoría sentía que habían sido vapuleados sin piedad. El doctor Henry Porter, un médico del ejército que había estado en varias escaramuzas con los indios, indicó a Reno:

—Comandante, los hombres estaban bastante desmoralizados, ¿no es así?

—¡Eso fue una carga, señor! —Fue la extraña respuesta de Reno a su retirada a causa del pánico.

La «carga» a Reno le había salido muy cara. Los cuerpos de 32 soldados, 3 oficiales y 3 civiles ensuciaban la ribera o flotaban en el río. En la cumbre, los supervivientes observaban impotentes cómo los guerreros desnudaban a los caídos, les arrancaban las cabelleras y los mutilaban. Dos exploradores arikaras habían muerto; la mayoría escapó llevando consigo, valle arriba, a los ponis lakotas.

Había veinte soldados desaparecidos. Muchos de ellos, que se habían quedado atrás en el bosque, al final encontrarían el camino hasta Reno Hill. Trece soldados heridos más consiguieron llegar a la cumbre. Si no hubiera sido por el polvo levantado por los cascos de cientos de caballos, que reducían la visibilidad a unos quince metros, habría habido muchas más bajas.

Una vez en la cima de la colina, los hombres de Reno estuvieron a salvo, al menos por el momento. No los perseguía ningún guerrero; al contrario, los indios estaban abandonando el campo muy rápido y galopaban hacia el norte con un objetivo que, en ese momento, ni Reno ni sus hombres podían adivinar. **[10]**

Toro Sentado se quedó atrás. No había participado en la acción. En ese momento cabalgó por el valle contemplando la carnicería. Los soldados habían caído en el campo, tal como había prometido la voz en su visión. Pero su gente había olvidado el mandato del orador místico de que no profanaran a los muertos. Las mujeres y los niños remataban a los heridos y después mutilaban y saqueaban los cadáveres. Isaiah Dorman, un negro casado con una mujer lakota, seguía vivo pero sangraba en abundancia por una herida que tenía en el pecho. Se había alistado con Custer como intérprete. Cuando una partida de guerreros se agrupó en torno a él, les rogó: «Amigos, ya me habéis matado; no contéis golpes». En una ocasión, Dorman le había hecho un favor a Toro Sentado y el jefe intervino en su favor: «No matéis a ese hombre, es amigo mío», dijo Toro Sentado mientras se apeaba del caballo y le daba un trago de agua a Dorman. Los guerreros le obedecieron, pero las mujeres hicieron caso omiso. Cuando el jefe se marchó, una mujer hunkpapa disparó a Dorman y lo mató. Para asegurarse de que su agonía continuaba en el más allá, ella y sus compañeros lo rajaron con cuchillos de carnicero, lanzaron flechas sobre el cadáver, le atravesaron los testículos con una piqueta de hierro y después le cortaron el pene y lo introdujeron en su boca.

Toro Sentado se había unido al desfile de guerreros que galopaba hacia el norte para enfrentarse a un nuevo grupo de soldados que amenazaba el extremo inferior del poblado. Como correspondía a un jefe veterano, no fue a luchar sino a proteger a

los que no combatían. «Había tales dudas sobre el resultado de la batalla —explicó Toro Sentado—, que fui allí para decir a las *squaws* que empacaran los tipis y se prepararan para marcharse. **[11]**

Solo Custer sabía lo que pretendía cuando le dijo a Reno que él le apoyaría. Quizá tenía la intención de seguir al comandante, como esperaba Reno. Sin embargo, los inesperados acontecimientos lo obligaron a actuar de otra manera. Mientras los hombres de Custer abrevaban a los caballos, apareció Varnum para confirmar que el poblado indio estaba justo al final del valle. Entonces, llegaron noticias de que los indios estaban resistiendo frente a Reno. Al parecer, Custer decidió que la mejor táctica era un ataque de flanco para atrapar a los indios entre su batallón y el de Reno. Habría preferido esperar a Benteen, pero no había tiempo. La victoria parecía asegurada y el entusiasmo de Custer era contagioso. Cuando se marchó el teniente Varnum para unirse a sus exploradores, Custer agitó el sombrero en el aire y cantó: «Treinta días de permiso para el hombre que consiga su primera cabellera».

A las tres de la tarde, Custer condujo su fuerza en columna de a dos, las cinco compañías una junto a otra a través del Little Bighorn y hacia la elevación de la orilla este en busca de un lugar adecuado para vadear. Fue entonces cuando divisó por primera vez el mayor poblado indio sobre el que un hombre blanco hubiera posado jamás sus ojos. No es que a él o a sus hombres les desmoralizara el espectáculo. Algunos hombres vitorearon y otros intentaron controlar a sus monturas. «Contened vuestros caballos, chicos —voceó Custer—, allí abajo hay suficientes para todos».

Por prometedora que le hubiera parecido a Custer la perspectiva de un segundo Washita, la mera enormidad del poblado indio confería a la situación otra urgencia. Tom Custer se presentó ante el sargento Daniel Kanipe de parte de su hermano y dijo al experimentado suboficial: «Vaya al capitán McDougall y dígale que traiga en tren de avituallamiento campo a través. Si se suelta algún paquete, córtelo y venga rápido: hay un gran campamento indio. Si ve al capitán Benteen, dígale que venga rápido: hay un gran campamento indio».

La columna de Custer, que en ese momento iba al galope, llegó al extremo sur de una quebrada bordeada por cedros. Mientras los soldados aseguraban las cinchas y recobraban el aliento, los hermanos Custer subieron una colina. La escena que tenían ante ellos era preocupante, pero, en su opinión, seguían llevando la mano ganadora. En el poblado había pocos guerreros; los que tenían los ponis a mano se habían marchado para luchar contra Reno, mientras el resto había acudido presto a la manada de ponis para coger los suyos. La línea de escaramuza de Reno parecía estar aguantando bien: su retirada hacia los árboles sucedería veinte minutos después y la carrera enloquecida para ponerse a salvo al otro lado del río diez minutos después de eso. En respuesta a sus soldados, que estaban a la espera, Custer anunció: «Bajaremos, atravesaremos el terreno y capturaremos el poblado». Le manifestó a Mitch Boyer que los exploradores crows eran libres para irse, pues ya habían cumplido con su deber. Pero, ¿dónde estaba Benteen? Custer le ordenó al corneta Giovanni Martini, un inmigrante italiano que había cambiado su nombre por el de John Martin al alistarse: «Quiero que le lleves un mensaje al [capitán] Benteen. Cabalga lo más rápido que puedas y dile que se apresure. Cuéntale que hay un gran poblado y que quiero que se dé prisa y traiga los paquetes de munición». Como no confiaba demasiado en el dudoso dominio de Martin del inglés, el ayudante William Cooke, garabateó un mensaje para que lo llevara el corneta: «Benteen. Venga. Gran poblado. Apresúrese. Traiga munición. W. W. Cooke. P. traiga munición». Al espolear a su caballo para desandar la ruta, Martin echó la vista atrás lo suficiente para ver a la fuerza bajar galopando la quebrada Cedar. Eran cerca de las tres y media de la tarde. **[12]**

Ahí termina la versión de un testigo del ejército de la última batalla de Custer. Tres indios crows que se habían quedado rezagados sobre una cresta que daba al poblado para vigilar un poco más, posteriormente harían informes algo confusos y de poco valor. Por lo tanto, tras la marcha del corneta Martin los movimientos de Custer solo son una conjetura, el objeto de teorías siempre cambiantes extraídas de marcas que señalaban dónde se supone que cayeron los hombres y los oficiales, del polvo del terreno, del tipo

de balas recuperadas en una excavación arqueológica, del supuesto constante sobre la innata agresividad de Custer, así como de las palabras de los combatientes indios. El escenario que sigue a continuación se ha bosquejado a partir del testimonio indio y de los estudios modernos más serios sobre la batalla. [13]

El batallón de Custer continuó hacia el norte bajando la quebrada Cedar hasta que fue a dar a un amplio barranco llamado Medicine Tail, que daba al río. Custer se enfrentaba en ese momento a dos opciones: descender el mencionado barranco con la esperanza de encontrar un vado adecuado, o mantener a sus tropas en lo alto, sobre la quebrada, hasta que llegara Benteen con el tren de aprovisionamiento.

La información de la que disponía Custer podía ser causa tanto de esperanza como de alarma. Tras abandonar la seguridad de la caravana de suministros, el joven Boston Custer había subido galopando desde el sur para sumarse a la acción. Puede que le dijese a su tío que el tren de avituallamiento estaba a salvo y que Benteen estaba subiendo por la misma ruta que él. En cambio, Mitch Boyer llevó noticias preocupantes. Un explorador crow y él se habían quedado en el risco que daba al Little Bighorn y, desde allí, habían sido testigos de cómo Reno deshacía la línea de escaramuza y se retiraban al bosque.

Con la esperanza de alejar a los guerreros de Reno, Custer transigió y condujo dos compañías al mando del capitán Yates que debían descender por el barranco Medicine Tail y fintar que atacaban el poblado. Las otras tres compañías se las asignó al capitán Keogh, colocándolas en una colina que daban a las dos quebradas, tanto para proteger su retaguardia como para guiar a Benteen. La maniobra estuvo a punto de tener éxito. Había menos de cincuenta guerreros agazapados entre los álamos en el vado de Medicine Tail, cuando Custer y Yates se aproximaron, pero fueron suficientes para repeler a los atacantes. Varios soldados cayeron al río, muertos o heridos, los restantes, en torno a ochenta, subieron vacilantes en dirección norte por una cortada llamada barranco Deep. Cientos de guerreros que volvían de la lucha de Reno se unieron en el vado. El jefe Agalla, negro su corazón, inflamado por

el ansia de venganza tras haber perdido a cinco miembros de su familia en la descarga inicial de Reno, guio a los guerreros a través del Little Bighorn. La avanzadilla de soldados que iba a pie descargó varias ráfagas contra los indios sin demasiado efecto. Toro Sentado atribuyó la pobre actuación de los soldados al agotamiento. «Cuando se bajaron de los caballos casi no se podían tener en pie. Se balanceaban de un lado a otro —eso me dijeron mis hombres— como las ramas de los cipreses azotadas por un huracán».

Mientras tanto, el capitán Keogh se había retirado a una suave loma conocida como Calhoun Hill, un kilómetro y medio al norte del límite inferior del poblado indio. Calhoun Hill representaba el extremo sur de una cresta sinuosa y árida llamada hoy en día Battle Ridge. Una empinada ladera cubierta de hierba marcaba la transición entre la cresta y el río. Battle Ridge, que continuaba hacia el noroeste durante algo más de un kilómetro, terminaba en el altozano con una vista panorámica donde Toro Sentado había rezado la tarde anterior.

Poco antes de las cinco de la tarde, Custer y Yates se reunieron con Keogh en Calhoun Hill. Mientras Custer planeaba su siguiente movimiento, Keogh desplegó a la mitad de sus hombres en una línea de escaramuza para contener a los guerreros que se iban acercando por el barranco Deep, y dispuso al resto de soldados detrás, en la cresta, como reserva. Custer debía actuar rápido. Cientos de guerreros estaban ahora en la misma orilla del Little Bighorn que él. No obstante, los indios no tenían prisa. Era un día para una matanza concienzuda, nada de cargas con precipitación para demostrar valentía. Se arrastraban entre los matorrales de artemisa, saltaban para disparar y se volvían a agachar tan rápido como podían. Sin embargo, algunos guerreros resultaron heridos. Pata de Palo vio cómo se tambaleaba un guerrero lakota. «Cuando pasó cerca de donde yo estaba, vi que le habían volado toda la mandíbula inferior. Esa visión me resultó repulsiva y tuve que vomitar». [14]

Al contrario que sus asaltantes, los hombres que se hallaban en Calhoun eran un objetivo fácil. Tanto si se arrodillaban como si estaban de pie, su silueta sobresalía en la cumbre desnuda. Les llovían las flechas. Las balas iban a parar al suelo o penetraban en la carne con un terrible ruido seco. Los caballos, aterrorizados,

forcejeaban con sus jinetes. Las carabinas se atascaban. Y seguía sin haber señal alguna de Benteen. Antes de que la línea de Calhoun se deshiciera, Custer dirigió a las dos compañías de Yates en una carga por la cresta, esperando vadear el Little Bighorn, tres kilómetros al norte del poblado y entonces capturar a mujeres y niños que hubieran huido del poblado. Fue una maniobra desesperada, casi absurda. Custer ya no tenía más que setenta hombres, a pesar de lo cual seguía esperando abrirse camino frente a una multitud de casi cinco mil indios no combatientes y coger suficientes prisioneros para obligar a los guerreros a poner fin a la batalla.

Ningún hombre consiguió llegar al vado. Los guerreros cheyenes, apiñados entre los matorrales junto al río, lanzaron una lluvia de flechas y balas a las primeras filas de Custer. Otro contingente de guerreros se dirigió al norte alrededor de las mujeres y los niños y atacaron su flanco. Los soldados dieron media vuelta a los caballos, y se retiraron hacia la loma norte. La iniciativa ahora quedaba en manos de los indios. La «Suerte de Custer» se estaba esfumando rauda.

En cuanto Caballo Loco entró en combate, el destino de Keogh quedó sellado. Al rodear las defensas del capitán, el jefe de guerra oglala se encontró en un desfiladero al este de Battle Ridge con el sobrino de Toro Sentado, Toro Blanco. Este, que disparaba con su Winchester tan rápido como permitía la palanca del rifle, no se alegró demasiado de ver a Caballo Loco, ya que tres años antes casi le cuesta la vida en una carga contra Custer para probar su bravura en el río Yellowstone. Ahora, Caballo Loco le retó a repetir la jugada. Toro Blanco aceptó con cierta reticencia. Al grito de «¡Solo el cielo y la tierra son eternos!», galopó con Caballo Loco por un hueco entre las filas de los soldados. Regresaron indemnes y repitieron la hazaña. Otros siguieron su ejemplo. Cuando los soldados se pararon para recargar, aparecieron los guerreros por la ladera meridional, avanzando a pie. En medio de la confusión, los caballos del ejército salieron huyendo hacia el río. Los indios contaron que los soldados extraviados «se quedaron aturdidos», y algunos se disparaban a sí mismos o arrojaban a un lado sus carabinas y levantaban las manos. Al parecer, otros caían de rodillas y rogaban misericordia. **[15]**

Pero ese no era un día para mostrar misericordia. «Mi corazón

estaba malo. Era como si no tuviera cerebro», dijo el jefe lakota Lluvia en la Cara. Corrió a la cresta y capturó a un abanderado de la caballería justo cuando mataron a su poni de un disparo. Desató la correa que lo ataba al animal, le reventó los sesos al abanderado con su hacha de guerra y acto seguido se dirigió a toda velocidad colina abajo. «La sangre y el cerebro de Espada Larga me salpicaron en la cara. Estaba caliente, y la sangre me goteó por la cara hasta la boca. La pude saborear. Estaba enloquecido. Cogí un nuevo poni y regresé corriendo, disparando, cortando y tajando». Los combatientes indios se veían impulsados por una noción moral muy básica. El guerrero lakota Halcón de Hierro explicó después que había aporreado una cabeza de un blanco hasta convertirla en gelatina. «Esos blancos así lo querían, lo estaban pidiendo a gritos, y yo se lo di». **[16]**

A medida que se desmoronaba la posición de Keogh —murieron veinte hombre alrededor del capitán—, Custer reunió los restos del batallón de Yates y a los supervivientes del contingente de Keogh en la colina situada al extremo norte de Battle Ridge, donde ordenó que dispararan a los caballos para hacer parapetos. Puede que en total hubiera agrupados en la colina unos noventa hombres. **[17]** Eran presos de un terror inenarrable. Podían ver a todos los hombres que habían quedado muertos tras ellos, y al menos a quinientos indios rodeándolos. ¿Cómo no iban a pensar que era la batalla final? Los soldados se comportaban de forma tan errática que los indios creyeron que estaban borrachos. «Disparaban como hombres borrachos —señaló Halcón de Hierro— tirando de forma descontrolada al suelo, al aire, en todas las direcciones».

Nadie puede afirmarlo con certeza, dado que los indios ignoraban que estaban luchando contra «Cabello Amarillo», pero, al parecer, Custer fue uno de los últimos en morir. Una bala se estrelló contra su pecho y un segundo disparo golpeó su sien derecha. Se desplomó sobre los cadáveres de dos o tres soldados de tal forma que su espalda casi no tocaba la tierra. Tom Custer se derrumbó en el suelo a seis metros de su hermano. **[18]**

En la lucha final, cuarenta hombres consiguieron abrirse paso a través de un estrecho hueco en el cordón indio y corrieron hacia el río, la mayoría gateando por un desfiladero que se iba empinando a medida se acercaba hacia el Little Bighorn. Daba lástima

contemplar su intento de huida. Un joven testigo lakota los vio «mover los brazos como si estuvieran corriendo, pero solo estaban caminando. Se veía a algunos indios justo encima de ellos dando vueltas por todas partes. Era como si los indios los pudieran haber aplastado aunque no hubieran tenido armas». Pero tenían muchas armas y los guerreros que había en la ladera del desfiladero dispararon por la espalda de forma sistemática a la mayoría de los soldados. Tanto Boston Custer como Autie Reed fueron muertos en esta fallida intentona de huida.

Hacia las cinco y media de la tarde todo había terminado. Se asentó el polvo y se disipó el humo de la pólvora. Las mujeres salieron en masa del poblado con hachas, rocas, cuchillos de carnicero, machetes, y punzones de costura. Aporrearon a los heridos y saquearon, desnudaron y mutilaron a los muertos. Los guerreros no se quedaron allí mucho más tiempo. Un grupo de soldados se había congregado sobre un punto elevado cinco kilómetros al sudeste. Dejando a las mujeres con su sangrienta tarea, los guerreros partieron para luchar por tercera vez aquel día. Pata de Palo no estaba con ellos. En la colina, bautizada más tarde como Last Stand Hill, había encontrado un extraño cadáver, un soldado vestido con ropa de ante, y con largas y pobladas patillas. «Aquí tenemos un nuevo tipo de cuero cabelludo», le dijo a un amigo. Pata de Palo le desgarró un lateral de la cara y medio de la barbilla, y ató ese extraño cuero cabelludo al astil de una flecha. Haciendo oídos sordos a la orden de Toro Sentado de no saquear a los muertos, volvió al poblado bastante orgulloso de sí mismo. «Llevaba una casaca y unos pantalones bombachos de un soldado, dos petacas de *whisky* y un cuero cabelludo de una barba». Había sido un buen día. **[19]**

Mientras los hombres de Custer luchaban, lloraban y se preguntaban por qué estaban solos, el batallón del capitán Benteen, avanzaba despacio hacia el Little Bighorn. Benteen no hacía más que darle vueltas y estaba convencido de que Custer lo había enviado «a cazar por el valle *ad infinitum*» solo para excluirlo del momento de la victoria. Cerca del tipi solitario, el capitán se

encontró con el sargento Kanipe, y las noticias que le dio no le hicieron cambiar de humor. Custer había encontrado un gran poblado y quería que el capitán se apresurara; ¿será para que coja las migajas de su victoria? En efecto, Kanipe dio a entender que la batalla estaba casi ganada, ya que cuando siguió avanzando para encontrarse la caravana de suministros gritó: «¡Ya los tenemos, chicos! ¡Los están haciendo picadillo!». Benteen reinició la marcha a paso ligero. **[20]**

Al llegar al río, se encontró a John Martin. El corneta le dio la orden que había garabateado el teniente Cooke en la que le decía que se diera prisa y que llevara munición, pero añadió en su imperfecto inglés que los indios estaban «poniendo los pies en polvorosa». Aquí, pensó Benteen, había una prueba más de que el único que se llevaría la gloria iba a ser Custer. El capitán refunfuñó, aumentó el paso al trote y ascendió los riscos que había junto a la ruta que Custer había abierto una hora antes. Quince minutos más tarde, se encontró frente a frente con Reno. Sus hombres seguían gateando colina arriba o muriendo en el intento.

—¡Por dios, Benteen, detén a tus tropas y ayúdame! He perdido a la mitad de mis hombres —dijo Reno tartamudeando.

—¿Dónde está Custer? —preguntó Benteen.

—No sé —contestó Reno. Se marchó río abajo y no he vuelto a verlo ni a saber nada de él. **[21]**

Cuando los indios se retiraron de forma inesperada, Benteen —consciente ahora de que era muy probable que Custer estuviera en peligro— mostró a Reno la nota de «Venga pronto» y sugirió al comandante que le acompañara a «establecer contacto» con Custer. Sin embargo, Reno se negó a moverse hasta que llegara la caravana con la munición. Benteen tampoco insistió ni se marchó él con su propio batallón. «Dio por hecho que el general Custer era capaz de cuidar de sí mismo».

Estaba claro que Reno no servía ya para nada. Según muchos oficiales y hombres, tras la llegada de Benteen, el embriagado comandante volvió a su principal preocupación: el *whisky*. Al parecer, cuando la caravana de suministros llegó a Reno Hill a las cinco y veinte de la tarde (más o menos cuando murió Custer) alardeó ante el comandante: «Mira, todavía me queda media botella».

Mientras Reno bebía y Benteen dudaba qué hacer, los soldados que se hallaban en Reno Hill no dejaban de escuchar continuas ráfagas de disparos de rifle que serpenteaban hacia ellos desde río abajo, y se preguntaban por qué nadie ordenaba un avance. Más adelante, el soldado raso Taylor escribió: «Es verdad que las tres tropas que habían trabado combate en el valle estaban algo bajas de moral, pero eso no era excusa para que todo el contingente permaneciera inactivo». El capitán Thomas B. Weir estuvo de acuerdo, y al cabo de una hora de tratar de dilucidar el origen de los disparos, condujo a su compañía a un promontorio situado a algo más de un kilómetro al norte de Reno Hill. Le siguieron otros comandantes de compañía. Desde esa altura, que más tarde recibió el nombre de Weir Point, se veía con claridad el poblado indio situado a un kilómetro y medio de distancia al oeste. Cinco kilómetros al norte se divisaba en el horizonte una nube de polvo negra. Cuando Benteen y Reno se reunieron con Weir y los demás a las seis de la tarde, los disparos habían terminado. Con los prismáticos, a algunos oficiales les pareció distinguir a indios que paseaban y lanzaban flechas a objetos que había en el suelo. Esa imagen les desconcertó y se preguntaron dónde estaría Custer. No se les pasó por la cabeza que su batallón pudiera haber sido aniquilado. [22]

Estos contemplativos oficiales no se hallaban precisamente libres de peligro, tal como indicaba la nube de polvo que avanzaba en su dirección. Al cabo de unos minutos, toda la fuerza india se lanzó hacia Weir Point como un enjambre. Ni Reno ni Benteen dieron orden alguna. Las compañías se retiraron a Reno Hill cuando a sus comandantes les pareció bien. Una vez allí, Reno se concentró en la botella. El desorden reinaba hasta que Benteen se hizo cargo y estableció un perímetro defensivo en una depresión con forma de sartén. El doctor Porter creó un hospital improvisado en el centro de la depresión. Las mulas de carga hacían de barrera de carne y hueso al fuego indio.

Los soldados que defendían Reno Hill estaban aún en grave peligro. No había casi ningún elemento natural tras el cual refugiarse y entre todos solo pudieron reunir tres palas, así que levantaron parapetos con todo aquello que pudieron encontrar: cajas, sillas de montar, sacos de forraje y animales muertos. Era

escasa protección contra los guerreros que rodeaban la colina. Los indios lucharon por turnos, yendo y viniendo al poblado hasta que, al anochecer, se terminó el tiroteo. [23]

El 26 de junio el alba prometía otro día abrasador. Con la salida del sol, los indios reiniciaron la batalla con disparos a larga distancia. A pesar de que no era un fuego muy continuo, resultaba efectivo. De los 367 defensores de Reno Hill, ese día murieron 7 y resultaron heridos 41. A medida que avanzaba la mañana y aumentaba el calor, el agua se convirtió en una preocupación más importante que las balas indias. Los heridos estaban peligrosamente deshidratados y algún soldado enloqueció debido a la sed. Los hombres masticaban hierba quemada por el sol, chupaban piedras o mordisqueaban balas de plomo para salivar un poco. Benteen dio lo mejor de sí. Planeó un contraataque que eliminó a los guerreros más cercanos, algunos de los cuales habían reptado lo bastante cerca como para arrojar puñados de tierra a la cara de los soldados y, acto seguido, pidió voluntarios para ir a coger agua del río. Se ofrecieron más de los que hacían falta y el capitán escogió a una docena para que bajaran un precipicio escarpado cargados con calderos de campamento y cantimploras. Todos ellos regresaron vivos.

Al final, se iluminaron las perspectivas para los sitiados. Los indios empezaron a abandonar sus posiciones y hacia las tres de la tarde ya había cesado el fuego. Cuatro horas después, oculto tras un parapeto de matorrales en llamas, el poblado de Toro Sentado se trasladaba hacia el sur, en dirección a las montañas Bighorn. Los oficiales del 7.º de Caballería estuvieron de acuerdo en que o a los indios se les había acabado la munición o estaba llegando Custer con refuerzos. Se equivocaron en ambas cosas. Los indios partieron porque los lobos les habían informado de que un gran grupo de soldados estaba ascendiendo por el valle del Little Bighorn. Pata de Palo dijo que todos los jóvenes querían luchar, pero que harían lo que decidiera el consejo de jefes. «Decidieron que deberíamos continuar nuestro camino, sin luchar contra los soldados si lo podíamos evitar».

A la mañana siguiente, el general Terry cabalgó entre lágrimas a la cabeza de la columna del coronel Gibbon hasta las líneas de

Reno. Los defensores lanzaron tres hurras. Terry agradeció ese gesto quitándose el sombrero. Benteen preguntó lo que todos tenían en mente: ¿Dónde estaba Custer? «Por lo que yo sé —respondió Terry—, yace en esa colina a unos seis kilómetros de aquí, ahí abajo, junto con todos sus hombres que también han sido muertos». El capitán no pudo disimular su odio hacia Custer. «Casi no me lo puedo creer. Debe estar por el Bighorn, río abajo, apacentando a sus caballos. En la batalla de Washita se marchó abandonando a parte de sus tropas, así que creo que lo volvería a hacer otra vez». Terry le interrumpió. «Me parece que te equivocas, de modo que vas a coger a tu compañía y vas a ir allí abajo donde yacen los muertos para que lo compruebes tú mismo». Benteen hizo tal como le había dicho y volvió pálido. «Los hemos encontrado —tartamudeó al volver—, aunque no me lo esperaba».

La mayoría de los supervivientes lamentó la muerte de sus camaradas o maldijo a los indios y, en algunos casos, a Custer. El soldado raso Taylor, en cambio, hizo la siguiente reflexión ante un cadáver lakota:

> En una pequeña depresión yacía tendido un leal guerrero sioux, desnudo por completo excepto por un taparrabos y unos mocasines. No pude evitar sentir tristeza al contemplarlo. Estaba a unos cientos de metros de su hogar y de su familia, que nosotros habíamos intentado destruir y él había intentado defender. Es probable que la casa de su asesino estuviera a miles de kilómetros de distancia. Al cabo de pocos días los lobos y los buitres habrían desgarrado su cuerpo y diseminado sus trozos, ya que los soldados no tenían dispuesto el entierro de los indios muertos. **[24]**

La diferencia de bajas en los dos días de batalla del Little Bighorn era enorme. Se tiene constancia de que entre los indios murieron 31 hombres, 6 mujeres, y 4 niños, y que resultaron heridos un número indeterminado que probablemente no superaba la centena. El 7.º de Caballería perdió 258 hombres y tuvo 60 heridos, además de 3 civiles y 3 exploradores indios muertos. La disparidad en las bajas se debió, sobre todo, tanto al hecho de que Custer dividiera su fuerza en franca inferioridad numérica frente a un contingente mucho mayor como a que los indios evitaran exponerse innecesariamente. **[25]**

«Siento que haya habido tantos muertos en cada bando —dijo más adelante Toro Sentado—. Pero cuando los indios se ven obligados a luchar, luchan». [26]

La alianza lakota-cheyene logró una gran victoria en una batalla que no habían buscado, pero tenía todos los visos de convertirse en un triunfo más devastador para los indios que lo que lo habría sido la derrota. Tras una década de amenazas pospuestas y no realizadas, el Gobierno de los Estados Unidos —el presidente, el gabinete, el Departamento de Guerra, el Departamento del Interior, el ejército y los agentes indios— estaba unido en un único objetivo: aplastar a Toro Sentado y a Caballo Loco y encerrar a los lakotas y a los cheyenes en reservas de una vez por todas.

CAPÍTULO 15

La ira del Gran Padre

EL GENERAL Terry arrastraba los pies sobre la cubierta del barco de vapor Far West y su rostro, casi siempre despierto, aparecía, en ese momento, demacrado y ojeroso. No podía enmascarar su angustia. Llamó al capitán del barco a su cabina y le rogó que el viaje fuera seguro. «Lleva a bordo la carga más valiosa que haya transportado nunca un barco —dijo Terry—. Cada uno de los soldados que hay aquí sufriendo por sus heridas es víctima de un error, de un triste y espantoso error».

Pero, ¿quién había cometido el error? Terry era consciente de que el país exigiría una respuesta. Cuando, el 5 de julio de 1876, el Far West asomó por el embarcadero Bismarck rayaba la medianoche y Terry había recuperado su habitual compostura. La preocupación por su carrera se había impuesto a la contrición y, en vez de asumir la responsabilidad por Little Bighorn, cometió prevaricación. Antes de que Custer hubiera comenzado su infausta expedición, Terry le había dicho a Sheridan que la mayor esperanza consistía en que o bien Custer o bien Gibbon se enfrentaran a los enemigos. Ahora había declarado que él había ordenado a Custer que solo atacara junto con Gibbon y no antes del 26 de junio. Es decir, que la culpa recaía en Custer. Por la buena imagen del ejército, Sheridan había aceptado la mentira de Terry, pero en público había atribuido la debacle de Little Bighorn a «un malentendido y al exceso de arrojo [de Custer]». Al presidente Grant, que aún se sentía dolido por el testimonio de Custer en el Congreso, no le costó condenar al fallecido coronel por el «completamente innecesario» sacrificio de vidas «que provocó el propio Custer». Había comenzado el juego oficial de buscar un cabeza de turco. [1]

Puede que para la opinión pública esto resultase de extrema

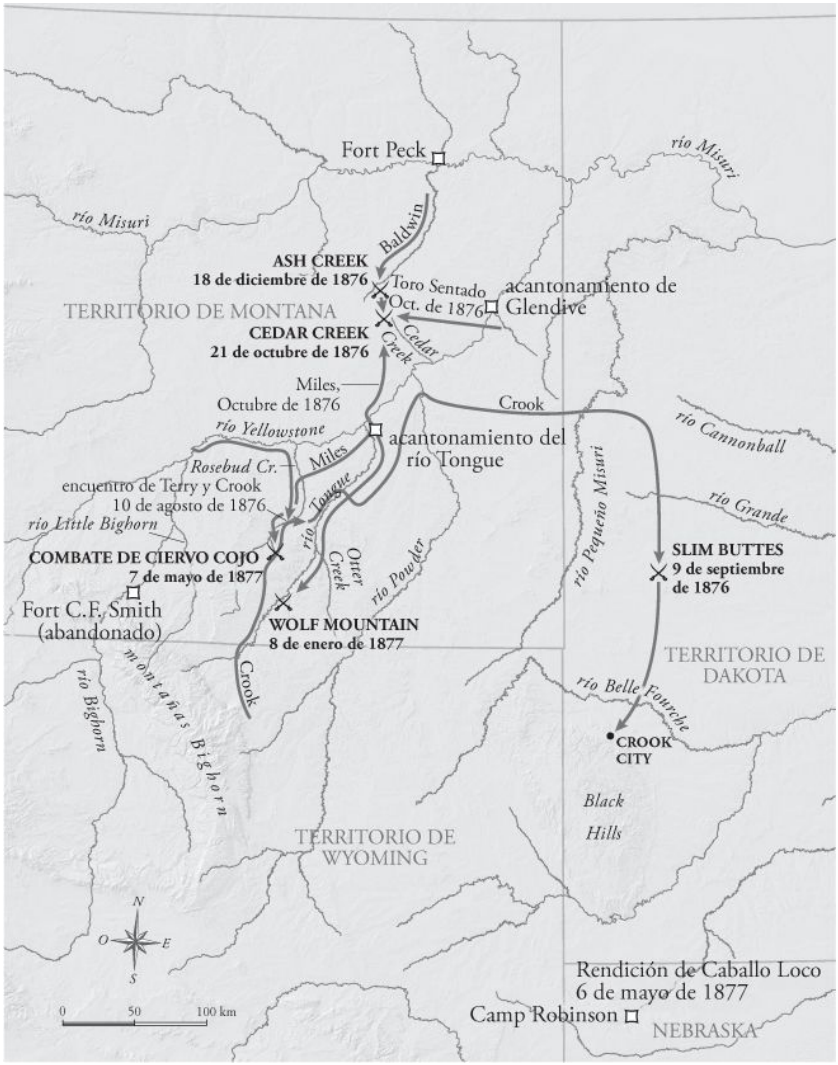
importancia, pero al Congreso no le importaba tanto la posible culpabilidad de Custer en su propia derrota como la pertinencia de la guerra. Dos semanas después de Little Bighorn, el Senado había convocado al presidente para que explicara los orígenes de la guerra y los objetivos del Gobierno. La Administración Grant, bien versada en el arte del engaño en lo que se refería a los lakotas, tergiversó la información sin el menor recato. El secretario de Guerra, J. Donald Cameron, declaró que el objetivo de las operaciones militares no era el pueblo sioux, sino «determinadas facciones hostiles» que habían desafiado al Gobierno; es decir, aquellos que vivían en el Territorio Indio No Cedido como, supuestamente, permitía el tratado de 1868. Y Black Hills había constituido una maniobra de distracción. «El descubrimiento casual de oro en la frontera occidental de la reserva sioux y la intrusión de nuestra gente, a partir de ese momento, no han causado esa guerra —juró Cameron—, y solo la han complicado por el número incierto al que nos íbamos a enfrentar». Según el secretario, lo que provocó la guerra, lisa y llanamente, fue el deseo innato de lucha de los jóvenes guerreros. [2]

No hay duda de que muchos congresistas eran capaces de reconocer las argucias de Cameron, pero, dado que el país estaba pidiendo a gritos una represalia rápida y dura, no se atrevieron a cuestionar la línea de la Administración ni a negar al ejército cualquier cosa que pidiera. Y el general Sheridan ansiaba tres cosas, todas inimaginables antes de Little Bighorn: un gran ejército, dos fuertes permanentes en el río Yellowstone, en el corazón del Territorio Indio No Cedido (petición que Sheridan había efectuado en numerosas ocasiones), y el control militar de las agencias indias.

El Congreso se apresuró en contentar al ejército y Sheridan obtuvo todo lo que había pedido y más. El 8 de julio, el propio Congreso había asignado doscientos mil dólares para los fuertes de Yellowstone. Dos semanas después, el Departamento del Interior había puesto las agencias de Nube Roja y Cola Moteada bajo control militar y había autorizado a Sheridan para que tratara a cualquier indio de la reserva como enemigo. En los primeros días de agosto, el Congreso había incrementado las fuerzas de las compañías de caballería en la frontera a cien hombres, lo cual llevaría al terreno a dos mil quinientos nuevos voluntarios, denominados Custer Avengers (los Vengadores de Custer), y también había aumentado el

número autorizado de los auxiliares indios alistados de trescientos a mil. Sheridan tenía en ese momento autoridad casi absoluta para tratar con los lakotas y los cheyenes (amigos o enemigos) del modo que considerara adecuado, al margen de los tratados o de las leyes. [3]

Pero si de algo carecía Sheridan, era de comandantes que estuvieran dispuestos a luchar y ni Terry ni Crook parecían estar impacientes o psicológicamente preparados para enfrentarse a los indios. Sin Custer, Terry iba a la deriva; los restos de la Columna Dakota seguían dependía aún del campamento base, con la moral baja y con la salud quebrada. Sheridan ordenó al único hombre que siempre estaba dispuesto a luchar, Nelson Miles, por entonces de misión en las llanuras del sur, que se presentara ante Terry con el 5.º de Infantería. Pero Miles necesitaría al menos un mes para volver a trasladar a su regimiento.



El final de la Gran Guerra Sioux, julio 1876-mayo 1877.

En Camp Cloud Peak, ciento treinta kilómetros al sur de la Columna Terry, el contingente de Crook ya se había repuesto y se encontraba en buenas condiciones para retomar la lucha. En cambio, no se podía decir lo mismo de su comandante, que tras Rosebud, literalmente, había abandonado sus responsabilidades. El 4 de julio, Crook había recibido una orden de Sheridan en la que le decía que «atacara (a los lakotas) otra vez y que los golpeara con

dureza» pero él, en lugar de acatarla, se marchó a pescar. Seis días más tarde, cuando llegaron los correos con la noticia de Little Bighorn y las reiteradas instrucciones de Sheridan para que «atacara a los indios con la mayor contundencia posible», Crook no estaba en el campamento para recibirlas, había salido en soledad a cazar en las montañas Bighorn. Bourke estaba muy nervioso: «El general demostró una imprudencia digna de la más firme condena; en el futuro hay que evitar esta precipitación. De lo contrario, algún día encontraremos su cuerpo mutilado y todo este plan de la pacificación sioux se irá al traste».

Crook regresó esa misma tarde. Pocas horas después entraron a caballo en el campamento doscientos trece guerreros shoshones al mando del jefe Washakie. El viejo jefe advirtió a Crook de que los lakotas superaban en número a los soldados en una proporción de tres a uno. En realidad, estaban casi igualados, pero para la desquiciada mente de Crook, los cálculos de Washakie parecieron totalmente razonables. Sheridan apoyó, en cierto modo, a Crook al prometer enviarle al 5.º de Caballería del coronel Wesley Merritt. A medida que pasaban los días y no había noticias de Merritt, Crook volvió a sumirse en una «inquieta infelicidad». El 23 de julio, en la práctica, había aceptado la derrota. «Inmensamente cohibido» por el hecho de que Merritt no hubiera aparecido, Crook había confesado a Sheridan su temor constante a que se produjera una ofensiva y añadió: «No sé qué hacer».

El amilanamiento de Crook agotó la paciencia de Sheridan. «Merritt llegará el 1 o el 2 de agosto —respondió el 28 de julio—. Si no te sientes lo bastante fuerte como para atacar y derrotar a los indios, es mejor que te unas al general Terry de inmediato». Os he enviado a ti y al general todos los hombres disponibles de los que se podía prescindir en la División, y si eso no ha reforzado lo suficiente las columnas, debéis unir vuestras fuerzas. [4]

El miedo de Crook era infundado. Lo último que deseaban los jefes lakotas y cheyenes era otra batalla. A pesar de que no eran conscientes de que al hacer retroceder a Crook en Rosebud y eliminar a Cabello Largo en Greasy Grass habían decretado su propia perdición, estaban seguros de que los soldados regresarían. Dos consideraciones impulsaban las acciones indias: mantenerse lo más lejos posible del ejército y, una vez fuera de peligro, comenzar

la retrasada caza estival del búfalo. Tras una larga celebración de la victoria en las montañas Bighorn, los indios se encaminaron hacia el este, quemando la pradera tras ellos para disuadir de cualquier persecución.

Fue una ardua marcha. La caza escaseaba. Los hombres cada vez estaban más hambrientos y los ponis más débiles. Hasta que no se alejaron de Crook doscientos cuarenta kilómetros, los indios no se sintieron los suficientemente seguros como para acampar en un lugar durante más de una noche. Los jefes decidieron en un gran consejo que las tribus se debían separar para aumentar las posibilidades de encontrar caza para alimentar a todos. Los cheyenes eligieron permanecer en el territorio del río Powder; los lakotas continuaron hasta el río Pequeño Misuri, donde se dividieron. Toro Sentado llevó a los hunkpapas y a la mayoría de los miniconjous y sans arcs al nordeste, al Territorio de Montana; mientras que Caballo Loco condujo a los oglalas al sur, hacia Black Hills. No es de extrañar que el tránsito de entrada y salida de las agencias se hiciera más confuso. Algunos lakotas antitratado se desanimaron y acudieron a las agencias, al mismo tiempo que muchos lakotas y cheyenes de las agencias, recelosos de la creciente presencia militar en las reservas, partieron hacia el Territorio Indio No Cedido. A principios de agosto, la gran alianza lakota y cheyene, que había hecho posible la victoria en Little Bighorn, se estaba desmoronando. [5]

La llegada a Camp Cloud Peak de Wesley Merritt, un protegido de Sheridan, serio y «marcial pero cordial» hizo que, finalmente, Crook se pusiera en acción. El 5 de agosto partió con la esperanza de que entre él y Terry atraparían a los indios. Crook había bautizado a sus tropas como la Expedición Bighorn y Yellowstone. Contaba con 1500 soldados de caballería al mando de Merritt, 450 de infantería, 250 auxiliares indios y un puñado de exploradores blancos. Las tropas marcharon sobre la pradera abrasada en relativo orden y una recua de mulas reducida al mínimo llevaba raciones y munición extra.

La maniobra resultó un pequeño fiasco. A dos días de calor abrasador y polvo denso les siguieron tres de lluvias que trajeron

frío y que borraron el rastro de los indios. Los hombres, que carecían de ponchos y tipis, sufrieron mucho. El 10 de agosto volvió a lucir el sol y arreció el calor. Los soldados estaban sucios y hambrientos y los caballos escuálidos por la falta de hierba o de forraje. Esa misma tarde, Terry y Crook habían establecido contacto en Rosebud Creek después de estar a punto de confundir cada uno al contingente del otro por indios hostiles. Dicen que cuando Terry identificó la columna que se aproximaba a él, confundido, le dijo a uno de sus oficiales: «Pero bueno, coronel, ese es Crook. ¿Dónde demonios están los indios?». El cáustico coronel Miles, que se había presentado ante Terry cuatro días antes, también se preguntaba lo mismo. Siempre era hostil a los superiores que le apretaban las clavijas, denunció también a Terry ante el personal de Sheridan alegando que el general estaba desanimado. En cuanto a las tropas de Terry, Miles nunca había visto «tal cantidad de hombres, ya fuera como voluntarios o como parte del servicio regular». Con auténtica emoción, escribió a su mujer: «A medida que voy viendo aquí más movimiento, aumenta mi admiración hacia Custer, estoy convencido de que tardará en aparecer otro como él». **[6]**

El general Crook, que, de repente, se había vuelto un hombre arrogante y engreído, también le dijo a Merritt que el contingente de cinco mil hombres compuesto por la unión del suyo y el de Terry era demasiado grande como para resultar efectivo, extraña opinión, si se tiene en cuenta que provenía de un hombre que dos semanas antes había temido por su propia vida. Pero este comentario de Crook resultó ser profético. En una semana de exigente marcha, con lo único que se encontraron Terry y él fue con incesantes tormentas que ahogaron la moral de los soldados e indujeron a los shoshones y a los crows a marcharse a su casa. Crook también estaba harto. Tras acumular una provisión de raciones en campaña para quince días, «se largó con sus hombres de buena mañana [el 26 de agosto] en medio del barro, sin tener siquiera el detalle de despedirse», manifestó un subordinado de Terry. **[7]**

Crook había dejado a Terry porque ambos habían llegado a un punto muerto. Terry creía que la banda de Toro Sentado, que él llamaba «el cuerpo y alma del motín indio», había cruzado el río Yellowstone y se dirigía hacia el norte. A pesar de admitir que quizá Caballo Loco se había dirigido hacia el sur, tal como afirmaba

Crook, pensaba que los dos contingentes debían permanecer unidos para «destruir al núcleo» de los enemigos. Por otra parte, Crook consideraba que los asentamientos y los campos de mineros de Black Hills corrían demasiado peligro como para dejarlos sin protección. Como jefe del Departamento del Platte, su responsabilidad era protegerlos. Terry accedió y dejó que Crook se marchara, mientras él conducía a su propia columna hacia el norte. Crook, por su parte, continuó hacia el este tras el rastro de Caballo Loco. Quizá aún pudiera salvar algo de la campaña y, con ella, su dañada reputación. [8]

Crook tenía razón en cuanto a los movimientos de Caballo Loco, pero se equivocaba en sus intenciones. El líder de guerra oglala se había detenido ochenta kilómetros al norte de Black Hills. Algunos reducidos grupos de guerreros llevaron a cabo asaltos dispersos por la zona que continuarían hasta finales de agosto, pero Caballo Loco y los jefes del consejo no habían mostrado interés por lanzar un ataque concertado contra los blancos. Lo único que querían era que los dejaran en paz en el territorio que, para ellos, era su hogar. [9]

Allí, en ese momento, comenzó lo que fue, quizá, la más deprimente marcha en la historia del ejército de frontera. La expedición se vio azotada por lluvias que provocaban un frío penetrante, alternadas por granizo del tamaño de huevos de gallina. Los caballos se hundían en el barro hasta las rodillas. La diarrea crónica, la neuralgia, el reumatismo y la malaria asediaban a los hombres. En diez días, la «brigada de ratas ahogadas» de Crook tan solo había conseguido avanzar ciento sesenta kilómetros y, el 5 de septiembre, el general se enfrentó a una decisión crucial. Había encontrado rastros de indios que conducían al sur, a Black Hills. Sin embargo, ese lugar se hallaba a trescientos kilómetros y las raciones estaban casi agotadas. Fort Abraham Lincoln se encontraba ochenta kilómetros más cerca, hacia el este, pero en esa dirección no había rastro de indios. Más allá de la ruta que escogiera, se quedaría sin comida antes de llegar al objetivo. Decidió ir hacia Black Hills. A un corresponsal de guerra amigo le había confesado que solo tenían raciones para dos días y medio. «Tenemos que conseguir que duren, al menos, siete días —le susurró Crook—. Los mineros deben estar protegidos y debemos castigar a los sioux en nuestro camino al sur, o abandonar por completo esta campaña y dejarla inacabada. Si es

necesario, nos podemos comer los caballos».

Lo cual, en efecto, hicieron. Cayeron lluvias intensas y la pradera seca quedó, en palabras de Bourke, «tan empapada como una esponja, pero sin su elasticidad». Muchas de las monturas de la caballería caían exhaustas. Los soldados no se encontraban mucho mejor. En contra de la previsión de Crook de estirar las parcas raciones de galletas empapadas por la lluvia y carne rancia, el hambre hizo que algunos soldados consumieran las suyas de una sola sentada, tras lo cual el alimento básico pasó a ser la carne de caballo. Uno de los oficiales escribió a su familia lo siguiente: «No te puedes imaginar el grado de sufrimiento de los hombres. He visto a algunos tan agotados que estaban al borde de la locura. He visto a hombres valientes sentarse en el suelo y echarse a llorar como niños porque no lo podían soportar más». Merritt, al caminar junto a sus soldados sin caballos, pudo escuchar cómo sus conversaciones se tornaban taciturnas. Las bromas sobre Rosebud George y su Marcha de la Carne de Caballo eran aceptables quejas soldadescas, en cambio, las insinuaciones de que Crook «no estaba en sus cabales» y de que «había que ahorcarlo» ya eran otra cuestión. Merritt mantuvo una conversación franca con el general.

Crook sabía que necesitaba ayuda incluso antes de que Merritt le hablara del ambiente de motín que cundía entre los soldados. Había ordenado que parte de la caravana de suministros, escoltada por el fiable capitán Anson Mills con ciento cincuenta soldados, se encaminara a Deadwood, en Black Hills, que estaba en ese momento a cientos sesenta kilómetros de distancia. El jefe al mando de la caravana de suministros manifestó que Crook había advertido a Mills de que evitara entrar en contacto con los indios; sin embargo, Mills, más adelante, afirmaría que Crook le había dado órdenes de atacar cualquier poblado que se encontrara. Sea como fuere, el 8 de septiembre (que era, además, el día en que cumplía cuarenta y seis años) Crook tenía la intención de que sus hombres descansaran durante todo el día, una clara indicación de que Mills no podía esperar un refuerzo a tiempo en caso de encontrarse con indios.

Sin embargo, Mills eligió apostar. A cincuenta kilómetros al sur del campamento de Crook divisó una pequeña manada de ponis. No había duda de que habría un poblado indio, lo que nadie sabía era

qué tamaño tendría. En vez de llevar a cabo un reconocimiento y arriesgarse a ser descubierto, Mills ocultó su contingente en un barranco bajo un intenso aguacero, con la intención de atacar en cuanto asomara el amanecer.

El objetivo del asalto de Mills eran cuarenta y ocho tipis al mando de los jefes miniconjous Caballo Americano y Caballo Rojo (Red Horse), que albergaban a unas doscientas cincuenta personas que estaban de camino a su agencia para entregarse. El apacible poblado se encontraba en una amplia depresión situada entre una cadena de crestas blancas como la tiza llamada Slim Buttes.

Los soldados de Mills galoparon hasta el poblado disparando los revólveres en medio de una densa niebla. Los indios rajaron los laterales de los tipis y huyeron, muchos de ellos desnudos. «Cogimos a oscuras las armas que pudimos y las mujeres tomaron a los niños y se escondieron tras las rocas —dijo Caballo Rojo—. Reunimos unos cuantos caballos, pusimos a nuestras familias en ellos y nos dirigimos al campamento principal, (el de Caballo Loco), donde contamos lo que había sucedido».

No todos los indios huyeron. Unos cuantos, entre ellos Caballo Americano, se reunieron en una hondonada. Otros se burlaron de los soldados desde las colinas, signo evidente de que esperaban refuerzos. Por fortuna para Mills, Crook llegó a mediodía, pues había decidido hacer un desfile de cumpleaños. Aunque reprendió al capitán por atacar, no pudo poner ninguna objeción a los dos mil trescientos kilos de carne seca que había en el poblado. Con tamaño botín a mano, Crook perdió todo el control sobre las tropas. Un oficial, incapaz de contener a sus hombres, manifestó no haber contemplado nunca una escena igual. «Había dos mil hombres desperdigados en total confusión, cogiendo pieles de búfalo y otras cosas y quemando los tipis». Veinte soldados se ofrecieron voluntarios para eliminar a Caballo Americano y se pusieron en marcha con gran energía, profiriendo gritos y maldiciones. Las mujeres, aterrorizadas, respondieron a sus imprecaciones con alaridos. Crook se apresuró a ordenar un alto el fuego, pero resultó demasiado tarde para algunos, sobre todo para un grupo de mujeres y niños que Bourke vio «cubiertos de sangre y polvo, que gritaban aterrorizados y agonizantes y se revolcaban en su propia sangre». Caballo Americano emergió del barranco con la mano en el

estómago, sujetándose las tripas destrozadas por las balas. Murió a la mañana siguiente.

A las cuatro de la tarde apareció Caballo Loco en las montañas con cuatrocientos guerreros. Los dos bandos intercambiaron disparos hasta el atardecer, cuando, en medio de una neblina que impedía ver con nitidez, la caballería cargó para ahuyentar a los indios. Crook proclamó la victoria en Slim Buttes, pero fue una gloria efímera. Había interrumpido la cacería de búfalos de los lakotas y eso hizo enfurecer a cientos de indios que tenían la intención de volver a las agencias. Entonces, pusieron su destino en manos de Caballo Loco o de Toro Sentado.

El 14 de septiembre había terminado la dura prueba de Crook. Sus tropas, sucias, harapientas y al borde de la inanición fueron recibidas por carromatos cargados de provisiones de los «agradecidos» ciudadanos de Black Hills, que suministraron bienes a precios exorbitantes. Sin embargo, el hecho de tener el estómago lleno no atenuó la ira de los soldados por todo aquello a lo que Crook les había sometido. La Marcha de la Carne de Caballo dejaba en evidencia «una gestión totalmente desastrosa», aseveró un teniente de la caballería. «Cuando se ponen al timón la falta de previsión, los celos o la ambición egoísta, el resultado es lamentable». Un perspicaz soldado raso estuvo de acuerdo: «La expedición ha sido un desastre, una merma de las arcas públicas. Custer y sus valientes soldados siguen sin ser vengados y la Cuestión India está más lejos de solucionarse que nunca». **[10]**

En realidad, el Congreso había dado un paso de gigante para la resolución del problema sioux. El 15 de agosto de 1876, el presidente Grant promulgó una disposición a la Ley de Presupuestos Sioux, que, si se implementaba y se respaldaba con el uso de la fuerza, resultaría en la inevitable destrucción de la cultura lakota. La disposición contemplaba un incremento de un millón de dólares para raciones de comida en reconocimiento de algo que la mayoría de los lakotas ya sabía: que la caza ya no era algo en lo que confiar para procurarse alimento para todo el año. Por supuesto, no se daría comida a las bandas hostiles, al menos, no de forma consciente. Una de las cláusulas entrañaba una seria amenaza: no se

llevaría a cabo ninguna futura asignación de raciones para ninguno de los lakotas hasta que no abandonaran toda pretensión sobre el Territorio Indio No Cedido y sobre esa parte de la Gran Reserva India situada al oeste del meridiano 103, lo que incluía Black Hills. También debían permitir la construcción de tres carreteras a lo largo de la reserva hasta las colinas, aceptar recibir los suministros en las nuevas agencias en el río Misuri «para reducir el coste del transporte» y acceder a cultivar la tierra y enviar a sus hijos a la escuela. En efecto, a los lakotas se les estaba dando la opción de ceder o morir de hambre. [11]

Grant había elegido una comisión de reformadores cristianos para presentar a los lakotas de la reserva el ultimátum de la Administración. En la agencia de Nube Roja, los jefes indios pronunciaron largos discursos que revelaban su confusión sobre lo que realmente les estaban pidiendo. Tras soportar las habituales peroratas del Gobierno para acallarlos, los jefes firmaron. Atrapados entre el ejército, que había fortalecido su presencia cerca de las agencias, y sus compañeros opuestos al tratado, cuya derrota los jefes de la agencia sabían inevitable, contaban en realidad con escasas alternativas.

No hubo júbilo alguno en los actos, incluso un jefe se vendó los ojos antes de firmar. Nube Roja, que parecía «sombríamente meditabundo y taciturno», dijo a los comisionados: «Habéis venido aquí con las palabras del Gran Padre, por eso, como soy su amigo, he dicho que sí a lo que él me ha dicho y me imagino que eso os hace felices». No obstante, los rescoldos del antiguo fuego aún humeaban en Nube Roja y, una vez finalizado el consejo, tanto él como el jefe brulé, Hoja Roja (Red Leaf), demandaron que llevaran las raciones a sus poblados.

De la agencia de Nube Roja, los comisionados viajaron a la agencia de Cola Moteada. Este, por su parte, era capaz de reconocer un chantaje en cuanto lo veía. La amenaza de recortar las raciones, el hambre, el burdo manejo del ejército del asunto y la reubicación forzosa eran más de lo que incluso el líder lakota más conciliador y «progresista» podía soportar sin inmutarse.

> Amigo mío, tus palabras son para mí como un mazazo en la cabeza. Tu discurso nos ha atemorizado. A todo lo que nos piden los hombres blancos, allí adonde vamos, siempre decimos: ¡Sí, sí, sí! Cuando no

> estamos de acuerdo con lo que se nos pide en el consejo siempre nos respondes: ¡No vais a tener qué comer! ¡No vais a tener qué comer! [12]

Después de haber expresado su parecer, Cola Moteada «tocó la pluma» a regañadientes y, a continuación, fueron cayendo una a una todas las piezas del dominó. Enseguida, la comisión consiguió las firmas de las agencias de Standing Rock, del río Cheyene, Crow Creek, Lower Brulé y Santee y su presidente informó, tajante: «Hemos terminado nuestro trabajo con el corazón lleno de gratitud hacia Dios, que nos ha cuidado y protegido y que ha llevado nuestra misión a una resolución satisfactoria». [13]

El hecho se había consumado, solo faltaba la ratificación del Senado, que, en esta ocasión, llegó sin dilación. Los jefes de la agencia habían renunciado al Territorio Indio No Cedido, ya no tenían Black Hills y la Gran Reserva India se había reducido una tercera parte. Aunque aún habrían de soportar otra ignominia más. Phil Sheridan sería el responsable.

El 22 de septiembre, mientras la comisión completaba su trabajo en la agencia de Nube Roja, el general Sheridan había convocado en Fort Laramie a Crook y a Ranald Mackenzie, de cuya reasignación al departamento de Crook con el 4.º de Caballería se había ocupado Sheridan en persona. El propósito: decidir cuándo y cómo despojar de las armas y de los caballos a los indios de la reserva. El encuentro podría haber resultado tenso, pues Mackenzie manifestaba violentos cambios de humor y estaba convencido de que todos sus oficiales, en secreto, eran sus enemigos. Cook, por su parte, también tenía enemigos imaginarios; tras haber sido humillado en dos ocasiones por los lakotas, ansiaba infligir una venganza indirecta a los jefes de la agencia, cuya única culpa recaía en una moderada simpatía hacia Toro Sentado.

Sheridan dejó en manos de Crook toda la responsabilidad de la operación. El coronel Mackenzie iría contra la cercana agencia de Nube Roja y Wesley Merritt le apoyaría si era necesario. De acuerdo con las instrucciones de Crook a Merritt, que entonces vigilaban el territorio de Black Hills, resulta evidente que esperaba que se

produjeran conatos de violencia ya que le dijo: «Haz todo lo que puedas para evitar un conflicto, pero en caso de que se nos imponga esa alternativa, debemos causarles todo el daño que podamos de acuerdo con la guerra civilizada». **[14]**

Merritt no tuvo que preocuparse. Los falsos rumores que circulaban en boca de dudosos informantes que advertían de que la intención de Nube Roja y de Hoja Roja era unirse a los enemigos, indujeron a Crook a actuar antes de que llegara. Mackenzie había completado la misión sin derramamiento de sangre, pero no recibió ningún reconocimiento por ello porque, a pesar de su obstinada idea de que encontraría arsenales ocultos en los poblados, tan solo descubrió un puñado de rifles viejos. Además, cuando las tropas saquearon los tipis y cuando los pawnees se llevaron a los ponis lakotas, hizo la vista gorda. Aparte del vandalismo, Crook estaba encantado con el resultado y manifestó a Sheridan: «Creo que es el primer rayo de luz que hemos visto en este asunto». A continuación, Crook destituyó a Nube Roja y nombró a Cola Moteada («que le pareció, sin duda, mucho más inteligente y leal») como jefe de los lakotas. Tenía la intención de frenar la influencia de Nube Roja, pero, en cambio, la destitución del jefe aumentó su prestigio entre los oglalas de la reserva.

El siguiente movimiento de Crook fue muy astuto; desobedeció la orden de Sheridan de paralizar a los indios de la agencia y permitió a todos menos a los seguidores inmediatos de Nube Roja y de Hoja Roja que conservasen sus armas y sus ponis. El hecho de haber ido contra las bandas «leales», le dijo a Sheridan, «lo único que habría conseguido sería enfrentar al hombre blanco contra los indios y poner a los leales y a los desleales en un mismo nivel». Crook pensó que este acto tangible de buena fe hizo más para ganar la alianza de los indios de la agencia que todas las anteriores promesas de amistad del Gran Padre juntas, y tenía razón. Casi quinientos lakotas de la reserva se inscribieron como exploradores. El hecho de enfrentar a lakotas contra lakotas «llevaría a que los hostiles [se] rindieran, [y] esa es la cuña con la que se rompe la organización tribal, abriendo el camino para las influencias civilizadoras y evangelizadoras», explicó Crook. Sheridan, poco impresionado por el razonamiento de su terco subordinado, se opuso a sus acciones en público. Pero Crook le había presentado un

hecho consumado y lo único que estaba al alcance de Sheridan desde Chicago era montar en cólera, cuando, en realidad, debería haberse alegrado. [15]

El ejército de frontera había dado un gran paso. Cuando Nube Roja había firmado la paz por su cuenta ocho años antes, había dividido a los lakotas de forma irremediable. Pero las relaciones entre los grupos antitratado y los lakotas de la reserva (si no con sus jefes), habían sido, por lo general, cercanas y amistosas. De hecho, sin la presencia de grandes cantidades de guerreros de la reserva en Little Bighorn, lo más probable es que Custer hubiera triunfado. Ahora, justo dos meses después, esos mismos guerreros estaban firmando para ayudar a que el Gobierno subyugara a sus desafiantes congéneres. Al igual que había ocurrido en las llanuras del sur, la desunión entre las tribus del norte facilitaría en grado sumo su conquista y, al final, llevaría a la desaparición de su forma de vida. Resulta paradójico que la total libertad para decidir el propio destino, algo tan apreciado por los indios, constituyera un factor decisivo en su incapacidad para preservarla. Sin embargo, nada de esto era aún patente para Toro Sentado y Caballo Loco, que se apegaban a sus antiguas formas de vida con fiera tenacidad.

Al observar cómo la campaña de verano iba dando los últimos coletazos hacia su ignominioso fin, el coronel Miles le dijo a su mujer: «Terry tiene buenas intenciones, pero cuenta con poca experiencia y está demasiado influido por hombres lentos e incompetentes como Gibbon como para conseguir un buen resultado. Para que este asunto tenga éxito, en primer lugar hay que manejarlo con principios militares claros y después con gran energía y constancia». Desde el punto de vista de Mills, Terry no había hecho ninguna de esas cosas. Después de tan solo una semana de haber seguido heladoras rutas al norte del río Yellowstone, a finales de septiembre de 1876, Terry disolvió las Columnas Montana y Dakota. Un capitán del 7.º de Caballería bromeó: «En vista de que los sioux no han conseguido encontrarnos, nos vamos a casa». [16]

Las tropas de Terry estaban abandonando el territorio lakota, pero eso no significaba que Phil Sheridan tuviera intención de dejar

el campo libre a los indios. Por el contrario, ordenó a Terry que dirigiera a Miles y a su 5.º de Infantería para levantar un acuartelamiento en la desembocadura del río Tongue, en pleno corazón del territorio lakota de invierno. Sheridan no había planeado nada para enfrentarse al frío de las llanuras del norte subárticas más allá de mantener la guarnición de Miles viva con caravanas de abastecimiento. Sin embargo, no tuvo en cuenta el temperamento agresivo de Miles y su implacable ambición y este, de inmediato, le pidió permiso para pasar a la ofensiva, con la promesa de limpiar la región de indios antes de que se fundieran las nieves. Pero Terry rechazó su petición alegando que una campaña invernal era imposible.

Sin ser consciente de ello, Toro Sentado había dado a Miles la oportunidad de demostrar que Terry estaba equivocado. Los hunkpapas necesitaban acumular grandes cantidades de carne de búfalo antes de que llegaran las nieves y la región norte de Yellowstone estaba llena de bisontes. Lo que desconocía Toro Sentado era que el territorio de Yellowstone era, ahora, el hogar de un oficial del ejército con una tenacidad capaz de rivalizar con la suya.

El 10 de octubre, cuando el poblado de Toro Sentado cruzó el río Yellowstone, los lobos lakotas informaron de que había una caravana de suministros del ejército cerca. Toro Sentado aconsejó que no se atacara, pero los jóvenes hicieron caso omiso; unos carromatos a rebosar suponían un botín demasiado tentador para ellos como para renunciar a él. Al día siguiente, un gran grupo de guerreros perpetró la incursión. La reducida escolta de infantería repelió a los guerreros, pero no antes de que se llevaran suficientes mulas como para dejar medio inutilizada la caravana y de que provocaran la huida de los arrieros civiles. Cuatro días más tarde, la caravana de suministros, reorganizada y con una sólida escolta, retomó su traqueteante marcha a poca distancia de los indios. Una vez más, Toro Sentado y los jefes más ancianos aconsejaron contención, y una vez más, los jóvenes hicieron caso omiso de su consejo.

Entre esos jóvenes se encontraba el sobrino de Toro Sentado, Toro Blanco, que, con su amuleto de guerra, una cola de búfalo, que colgaba de su hombro derecho, había tomado su rifle Winchester y

se había dirigido hacia la caravana para contar golpes. Comparado con el episodio en el que había fumado la pipa con Toro Sentado cuatro años antes en Yellowstone, o su brava carrera junto con Caballo Loco en Little Bighorn, alcanzar a galope a una caravana de carromatos no parecía algo especialmente arriesgado, pero la medicina de Toro Blanco se había agotado. Una bala de rifle del calibre 45 le dio en el brazo derecho y la conmoción le dejó inconsciente. Dos amigos tomaron las bridas de su poni y lo pusieron a salvo. Los soldados resultaron ser un hueso demasiado duro de roer para la partida de guerreros, de modo que volvieron a unirse al pueblo de Toro Sentado en su ruta hacia el norte, en dirección al territorio de los búfalos. Los respetuosos guerreros lakotas apodaron a los soldados de infantería los «bultos andantes» [*Walk-a-heaps*].

Aunque los lakotas no lo sabían, el coronel Miles, por temor a que la caravana no llegara al cuartel a tiempo, había salido a buscarla y, en ese momento, les pisaba los talones con el 5.º de Infantería. El 20 de noviembre, por la mañana, los alcanzó cerca del nacimiento de Cedar Creek, al sur del Territorio de Montana, y dispuso a sus quinientos soldados a lo largo de una cresta que se extendía a algo más de un kilómetro al oeste del campamento lakota. Trescientos guerreros se reunieron rápidamente en una altura paralela para proteger el poblado. Toro Sentado y los jefes, a los que habían cogido por sorpresa y cuyas familias eran vulnerables al ataque, aceptaron celebrar un consejo entre ambas líneas.

El día estaba despejado, pero hacía mucho frío. Toro Sentado vestía unos pantalones de gamuza y estaba envuelto en una gran piel de búfalo. Miles llevaba un gorro de piel y un largo abrigo decorado con piel de oso y cubierto con una capa del ejército, lo que hizo que los lakotas lo apodaran El Hombre con el Abrigo de Oso (Man with the Bear Coat) o, más breve, Abrigo de Oso (Bear Coat).

El coronel, al observar al afamado vencedor de Custer, lo encontró «amable pero, sin duda, falto de todo respeto sincero por la raza blanca». A pesar de que no disimulaba mucho su animosidad, Toro Sentado siguió las normas de educación del consejo y extendió una piel de búfalo en el suelo e invitó a Miles a

que se sentara sobre ella. El coronel se negó, lo cual enfrió al instante el encuentro, y los dos hombres permanecieron de pie y discutieron de forma verbal con la piel entre ellos. Miles dijo que tenía la intención de llevar a los lakotas a la reserva; si era posible de forma pacífica y si era necesario, a la fuerza. Enfurecido por la amenaza, Toro Sentado pidió a Miles que se retirara para que los lakotas pudieran realizar la caza del búfalo de otoño.

Tras parlamentar largo y tendido sobre otros asuntos de la paz y de la guerra, pronto Toro Sentado abordó el quid de la cuestión. Le manifestó a Miles que no podía haber reconciliación entre las razas porque «nunca había existido un hombre blanco que amara a los indios, ni había vivido ningún auténtico indio que no odiara al hombre blanco». Declaró, de forma franca, que «Dios todopoderoso le había hecho indio y no un indio de la agencia y que no pretendía convertirse en uno».

Miles, que contaba con espías en el poblado lakota, se había enfrentado a Toro Sentado exponiendo los planes lakotas con tal precisión que «provocó que se desatara la furia salvaje de su carácter». El jefe indio, después de haber sufrido una derrota psicológica en el primer encuentro verbal con Miles Abrigo de Oso, accedió a regañadientes a encontrarse de nuevo a la mañana siguiente.

Miles aprovechó su ventaja en dicho segundo encuentro. En esa ocasión, fue él quien llevó una piel de búfalo y quien invitó a Toro Senado a sentarse. Cuando el jefe indio, como cabía esperar, rehusó hacerlo, Miles invitó a otros jefes a sentarse en su lugar y estos aceptaron. Muy afectado por que no hubieran respetado su rango, Toro Sentado presentó su pipa al Gran Espíritu y le imploró que tuviera misericordia de los lakotas. Eso fue todo lo que habló. Un orador hunkpapa, a modo de excusa por la visible melancolía de Toro Sentado, dijo: «Nosotros hablamos, pero nuestro jefe es el luchador», pero Miles no se lo creyó. «Yo creo que, en cierto modo, sentía que ya no tenía fuerza y parecía muy deprimido, sufriendo de excitación nerviosa y de pérdida de poder», escribió el coronel a su mujer esa misma tarde después de que el consejo concluyera en punto muerto. **[17]**

Ambos bandos se dispusieron para la lucha. Miles comenzó la acción ordenando a su infantería que se colocara en línea de

batalla. Los lakotas quemaron la hierba de la pradera y se retiraron poco a poco para cubrir la huida del poblado, aunque no todos estaban dispuestos a retroceder. A medida que las tropas se iban acercando al campamento desmantelado, Toro Blanco, con un brazo en cabestrillo, gritó: «¡Venga, vamos a acabar con ellos!». Pero, en cuanto se puso en marcha, Toro Sentado agarró las bridas del caballo y colocó a su sobrino herido en la retaguardia.

Toro Blanco no se perdió mucho. En el enfrentamiento de Cedar Creek solo murió un indio y dos soldados resultaron heridos, pero los «bultos andantes» siguieron los talones a los lakotas que huían y se apoderaron de suministros, imprescindibles para el invierno, quebrando la coalición de Toro Sentado. Este y Agalla continuaron con cuatrocientas personas, la mayoría hunkpapas, hacia el norte, en dirección al río Misuri. Ante la perspectiva del hambre durante el invierno, los sans arcs y los miniconjous se rindieron ante Miles. El coronel, encantado, creía que la paz duradera se basaba en el tratamiento magnánimo de los indios que se habían rendido, de modo que les proporcionó generosos suministros de raciones y libertad para presentarse en la agencia del río Cheyene sin ser escoltados. Muchos incumplieron su promesa y se encaminaron al campamento de Caballo Loco, pero Toro Blanco no lo hizo. Toro Sentado consideraba que la herida de su sobrino era demasiado grave como para afrontar lo que podía convertirse en una retirada combatiendo hasta el río Misuri y le dijo a Toro Blanco que se presentara en la agencia. Sus días de guerrero habían terminado. **[18]**

El enfrentamiento con Miles no solo arruinó la alianza de Toro Sentado, sino que también había dejado perplejos a todos los vagabundos invernales. Antes, los soldados llegaban, provocaban un combate, en ocasiones parlamentaban y después se marchaban, pero la pretensión de Miles era quedarse. El guerrero cheyene Pata de Palo, que viajaba con el pueblo de Caballo Loco, expresó su creciente desesperación:

> Allí donde íbamos, venían los soldados para matarnos y estábamos en nuestro propio territorio. Ya era nuestro cuando los *wasichus* (blancos) firmaron el tratado con Nube Roja, que decía que sería nuestro mientras la hierba creciera y fluyera el agua. De eso solo hacía ocho inviernos y ahora nos estaban persiguiendo porque

> nosotros nos acordábamos y ellos se habían olvidado. Ya no éramos felices puesto que muchas personas habían desanudado las colas de sus caballos [habían abandonado el sendero de la guerra]) y se habían ido con los *wasichus*. Nosotros regresamos al interior de nuestro territorio. Los bisontes ya se habían ido y, antes de lo esperado, se había instalado el crudo invierno. **[19]**

George Crook estaba deseando entrar en acción. En menos de un mes, Nelson Miles había infligido más daño a los lakotas antitratado que Crook en ocho. Toro Sentado no estaba a su alcance, pero el campamento de Caballo Loco quizá sí se encontrara a escasa distancia, aunque Crook no sabía muy bien dónde. Dado que había fracasado en dos ocasiones en su intento de encontrarlo —la primera vez en la ignominiosa campaña del río Powder en marzo de 1876 y después en la quijotesca marcha de septiembre—, Crook estaba decidido a saldar cuentas antes de que finalizara el año. De modo que, en medio de la gran fanfarria, en noviembre lanzó su tercera campaña contra el escurridizo jefe de guerra lakota y la bautizó como la Expedición del río Powder. Una vez más, Crook había reunido un contingente inmenso. En esta ocasión, partieron de Fort Fetterman mil quinientos soldados regulares, con el 4.º de Caballería de Mackenzie, trescientos arrieros civiles y casi cuatrocientos auxiliares indios.

Más allá de cuál fuera el resultado de la campaña, Crook ya había conseguido una victoria diplomática sobre las bandas antitratado mucho más importante en sus consecuencias a largo plazo que las que pudiera esperar de cualquier triunfo en un campo de batalla. En el proceso de reclutar indios para la expedición, resurgió algo del viejo y astuto Crook. Con él iban guerreros de las ocho tribus, algunos de ellos con largas historias de enemistad mutua. Predominaban los pawnees y los shoshones, pero también figuraban lakotas de las reservas, cheyenes, arapahoes, utes, bannock y nez percés. A los jefes no se les escapaba la lógica de los argumentos persuasivos que utilizaba Crook para el reclutamiento. Les recordaba que los búfalos estaban desapareciendo y que los asentamientos blancos estaban aumentando. Los indios, declaró, deben «unirse como amigos» o perecer. Un jefe pawnee, que estaba de acuerdo con él, expresó un sentimiento antes impensable cuando afirmó: «Hermanos, todos somos del mismo color y todos somos

indios». Y quizá podría haber añadido que todos estaban del lado del Gran Padre. Crook había conseguido aquello que los más poderosos jefes de guerra habían sido incapaces de lograr: hizo prender entre las tribus de las llanuras del norte y del Pacífico Noroeste un sentimiento de «indianidad» y de compartir intereses comunes. Lo que ocurrió es que se canalizó contra su propia libertad. [20]

El teniente coronel Richard I. Dodge, un astuto observador de la vida india que había acumulado tres décadas de experiencia en la frontera, estaba al mando de la infantería de Crook. La Expedición del río Powder era la mayor y mejor equipada que había visto nunca. Por formidable que pareciera, sin los aliados indios la columna de Crook podía haber buscado durante meses sin encontrar a un solo «enemigo». De forma providencial para el general, sus exploradores lakotas y arapahoes habían engañado a un joven guerrero cheyene para que revelara el paradero del poblado de Caballo Loco en Rosebud Creek y el de los cheyenes del norte en el pie sudoeste de las montañas Bighorn. Y Crook se preparó para golpear a Caballo Loco, que se encontraba más cerca de él. Sin embargo, en cuanto dispuso sus tropas, supo que el campamento del voluble prisionero cheyene había huido hacia el poblado de Caballo Loco. Lo más seguro es que hubieran avisado a los lakotas de su presencia. Como no quería darse por vencido, envió a las montañas Bighorn a Mackenzie con la caballería y a ayudantes indios para que lanzaran un ataque sin provocación previa sobre el poblado cheyene. Aunque muchos de los cheyenes habían estado presentes en Little Bighorn, la mayoría de los habitantes del poblado acababa de llegar de la agencia de Nube Roja «sin molestar a ningún blanco ni desear ver ninguno», tal como dijo un guerrero. Pero cualquier indio que vagara libre constituía una presa fácil para el ejército. Si Crook no podía conseguir a Caballo Loco, se conformaría con los cheyenes del norte.

Crook había encomendado a Mackenzie una difícil misión. El poblado cheyene (que consistía en ciento setenta y tres tipis que albergaban unos mil doscientos ocupantes, entre los que se incluían trescientos guerreros), se encontraba enclavado en el extremo de un profundo cañón de ochenta metros de anchura y casi inaccesible situado en el cruce Rojo del río Powder. El lugar estaba imbuido de

energía espiritual y allí estaban los dos «Viejos jefes» más reverenciados de la tribu, Cuchillo Romo, de sesenta años, y Pequeño Lobo, diez años más joven. Este último, compasivo, generoso, valiente guerrero y excelente estratega, era el jefe Medicina Dulce, la personificación de la fe cheyene. El poblado también era el hogar de los objetos más sagrados para esta tribu, las Flechas Sagradas y el Sombrero Sagrado de Búfalo, y de sus guardianes. Era la primera vez que los objetos estaban en el mismo poblado desde hacía más o menos una década. Por desgracia, el poblado también albergaba al desalmado Último Toro (Last Bull) y a su arrogante sociedad guerrera Kit Fox.

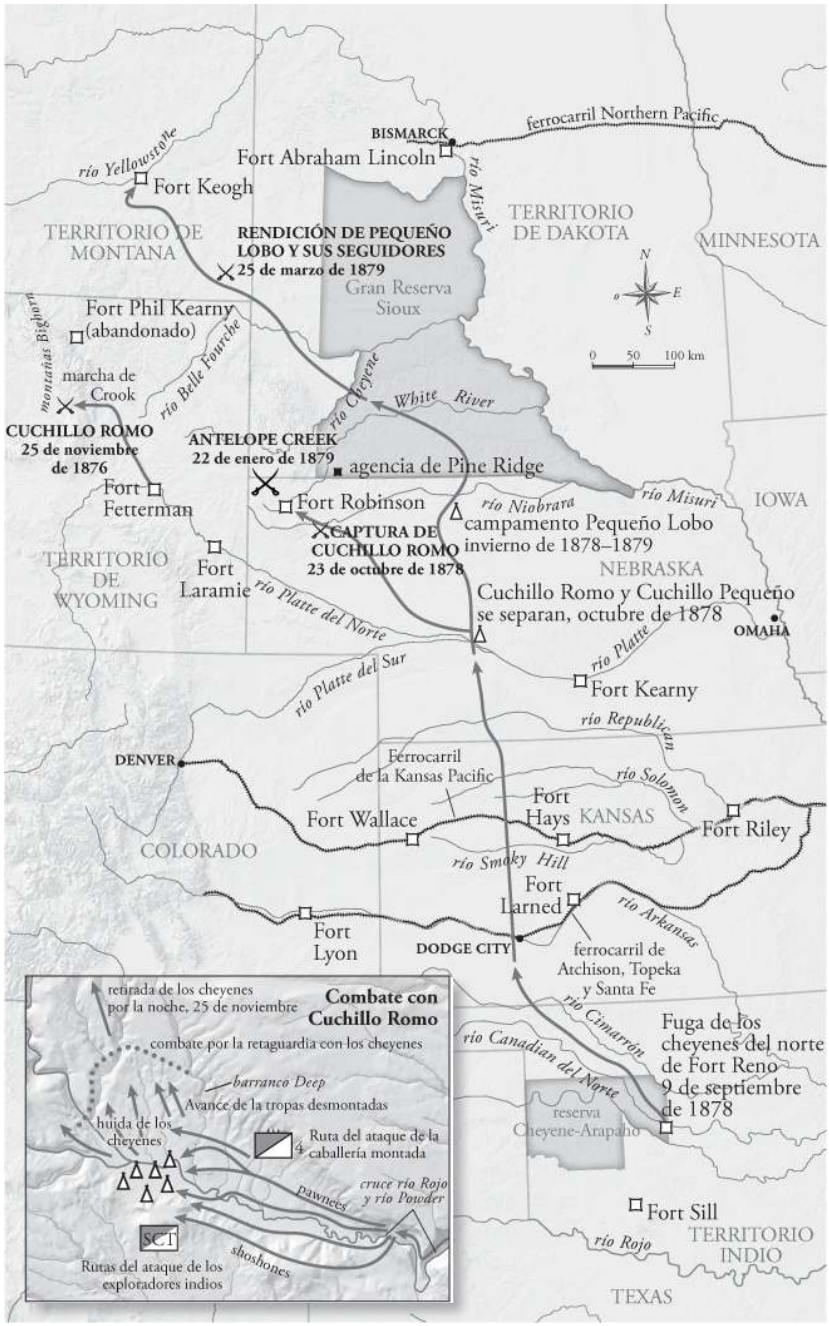
Se habían producido ominosos augurios. El 20 de noviembre, unos lobos enviados por los jefes del consejo habían descubierto el cuartel de Crook. Cuatro días más tarde, Caja Anciana (Box Elder), un venerado y ciego santón octogenario, tuvo una visión al amanecer en la que soldados y enemigos indios atacaban el poblado. Eso bastó para convencer a la mayoría de los cheyenes de que había llegado el momento de partir. Pero los guerreros de Último Toro estaban trabajando como *akicitas* (policía del poblado) y, en una usurpación sin precedentes de la autoridad del consejo, les dijo a sus hombres que eliminaran a cualquiera que intentara marcharse y que mataran a sus ponis. La sociedad de guerreros Kit Fox había asesinado a veinte shoshones en un ataque reciente y Último Toro insistía en que todo el mundo participara en su danza de la victoria. Durante toda la noche iluminó el poblado una hoguera festiva más alta que un tipi y el sonido de los tambores resonó en las empinadas paredes del cañón. La nieve cubría el campamento. La noche del 24 de noviembre la luna se ocultó más temprano y, en su lugar, una densa neblina cubrió el cañón. **[21]**

Mientras que los reacios celebrantes de Último Toro cantaban y bailaban, Mackenzie marchaba a tientas por una pequeña grieta en la afilada pared de arenisca al norte del cañón. Cuando el gris plomizo del amanecer hubo envuelto al cañón, desplegó a su contingente a un kilómetro y medio del tipi más cercano. Una tupida maraña de sauces flanqueaba el cruce Rojo y una densa maleza ocultaba el poblado. Solo podía apreciarse la manada de ponis, que pastaba en una meseta cubierta de hierba, pero no había tiempo para efectuar un reconocimiento. Al igual que había hecho

Custer cinco meses antes, Mackenzie iría a ciegas. No obstante, contaba con tres importantes ventajas que Custer no tuvo: un gran contingente de aliados indios sedientos de sangre cheyene, el manto protector de un amanecer neblinoso de invierno y la ventaja numérica. No parecía que fuera a producirse un combate «hasta la última bala».

Los atacantes pasaron del paso al galope, con los ayudantes indios a lo largo de la orilla sur y la caballería en la orilla norte del cruce. Mientras que la caballería cargaba contra la manada de ponis, los pawnees se lanzaron sobre el poblado disparando a discreción y de forma indiscriminada. Desde lo alto de la pared sur de arenisca roja del cañón, los shoshones disparaban contra el poblado. Un guerrero cheyene comparó el sonido de las balas al golpear el pedrisco contra las tiendas. Otro cheyene, alcanzado, afirmó que «parecía como si estuviera caminando sobre balas». Las celebraciones impuestas por los guerreros de Kit Fox habían terminado justo antes de que se produjera el asalto. Las muchachas cheyenes, atadas para impedir que los jóvenes se escaparan con ellas durante la danza, estaban amontonadas y aterrorizadas, hasta que llegaron los guerreros y cortaron las cuerdas. Una vez libres, corrieron hacia unos riscos que se alzaban al oeste del campamento.

Los cheyenes, que ya habían cesado la danza, salieron con torpeza de los tipis, desnudos o envueltos solo con una manta o con una piel de búfalo. Los hombres que acumulaban las armas en las tiendas las cogieron y formaron una línea irregular para cubrir la huida de su gente. Hubieron de soportar un intenso fuego. El jefe Pequeño Lobo fue alcanzado seis veces. Con el frío, la sangre se coagulaba muy rápido de modo que siguió luchando. A la izquierda de su línea de tiro, nueve guerreros agazapados en una profunda hondonada murieron mientras resistían, lo que impidió, por el momento, la carga de la caballería. Tras ellos, las mujeres cheyenes habían construido parapetos de piedra sobre los profundos recovecos al oeste del cañón. Durante la lucha, el santón ciego Caja Anciana se había sentado sobre una loma para entonar un canto fúnebre. Sobrevivió a la ordalía, al igual que las Flechas Sagradas y el Sombrero Sagrado de Búfalo.



Los cheyenes, noviembre de 1876-enero de 1879. Consultar la

leyenda en el mapa del **Capítulo 2**.

Hubo pocas cosas más de la cultura material de los cheyenes del norte que escaparan a la destrucción. El poblado cayó en menos de quince minutos y Mackenzie lo incendió. Se perdieron para siempre tipis con bellas decoraciones, camisas sagradas de cabelleras y tocados sagrados de plumas, pieles de búfalo pintadas con gran detalle, atavíos rituales y escudos de guerra de herencias de familia. Los soldados arrojaron al fuego las mazorcas de maíz sagradas que los cheyenes consideraban dones del Creador. Montones de carne seca de búfalo y tasajos con los que los cheyenes esperaban mantenerse hasta la primavera también quedaron calcinados por las llamas.

Los soldados disfrutaron con la destrucción. Descubrieron pruebas suficientes para convencerse de que habían infligido un castigo merecido a los cheyenes. En el poblado, encontraron una bolsa que contenía las manos derechas seccionadas de doce bebés shoshones, collares decorados con dedos secos a modo de cuentas, una cabellera de una niña blanca, una bandera del 7.º de Caballería y una casaca de gamuza manchada de sangre que, al parecer, había pertenecido a Tom Custer. **[22]**

La batalla pronto se convirtió en un intercambio de disparos a larga distancia. Mackenzie no vio la necesidad de continuar con el ataque. El poblado y la manada de ponis estaban en sus manos y los cheyenes habían sido claramente vapuleados y sus líderes divididos. Tras una bandera de tregua, Cuchillo Romo dijo al intérprete del ejército que había perdido a dos hijos y que deseaba rendirse, pero que los otros jefes lo habían retenido. Al ver a los lakotas y a los cheyenes mostrar su apoyo a los soldados, se enfureció y les gritó: «Marchaos a casa, no tenéis nada que hacer aquí. Podemos vencer a los blancos, pero no podemos luchar contra vosotros también». Pequeño Lobo parecía resignado a lo peor. «Habéis matado y herido a un montón de nuestra gente —dijo al intérprete—. Podéis quedaros ya y matarnos al resto».

Mackenzie había decidido dejar que el hambre y los elementos acabaran el trabajo. El 26 de noviembre, por la mañana, abandonó el cañón para volver a reunirse con Crook. En lo que, más tarde, se llamó la batalla de Cuchillo Romo, en el contingente de Mackenzie

perecieron un oficial y cinco soldados, y resultaron heridos otros veintiuno, además de un explorador shoshone. Las pérdidas cheyenes se aproximaban a los cuarenta muertos y ciento veinte heridos, así como todo su patrimonio cultural. [23]

En cierto sentido, se puede considerar a Mackenzie entre las bajas del ejército. Al anochecer, sin ninguna causa aparente, su mente empezó a divagar. Su ordenanza había escuchado, a escondidas, la angustia de su coronel. «Estábamos cerca del hospital y podíamos oír a los heridos gemir durante toda la noche. Cada vez que me despertaba veía al general caminar arriba y abajo. Creo que esa noche no durmió nada. Debía de preocuparle algo. No sé qué podía ser, ya que es el hombre más valiente que he conocido». Una semana más tarde, en presencia del coronel Dodge, Mackenzie sufrió un ataque de nervios. Vociferó que su actuación en la batalla contra los cheyenes había sido un desastre, se llamó cobarde sin remedio y juró que si tuviera el suficiente valor, se volaría los sesos. «Hablaba más como un loco que como el comandante cuerdo de un brillante cuerpo de caballería», afirmó Dodge, que lo «felicitó y animó» diciéndole que todo el mundo pensaba que la batalla de Cuchillo Romo había sido un «gran éxito». Eso tranquilizó a Mackenzie, al menos por el momento, y Dodge se apresuró a informar a Crook de la crisis nerviosa del coronel. Crook, sin saber qué hacer, intentó distraer a Mackenzie con partidas de cartas hasta que el ánimo del coronel se recuperó. [24]

Además de a un subordinado suicida, Crook hacía frente a sus propios problemas. Tras la batalla de Cuchillo Romo, había dirigido a su columna a una desquiciada búsqueda en pos de Caballo Loco. Durante tres semanas, había vagado en medio de intensas tormentas de nieve y de un frío de cincuenta grados bajo cero antes de dar por terminada la campaña a finales de diciembre. Crook culpó en público de su fracaso a un transporte inadecuado y al «exiguo presupuesto» que Sheridan le había asignado para comprar forraje. Cuando este se enteró de la acusación de Crook, la confianza en su subordinado rebelde, ya débil tras los fracasos de Rosebud y de la Marcha de la Carne de Caballo, menguó aún más. [25]

❋

Los cheyenes del norte estaban sumidos en su propio e inenarrable sufrimiento. El 25 de noviembre, la temperatura, que durante el día había subido lo suficiente como para que los soldados pudieran luchar en camisa, había descendido a menos treinta grados. Esa noche, murieron en las montañas once niños cheyenes y, al día siguiente, por la tarde, perecieron otros tres. Al menos una docena de adultos también murió por congelación. La única oportunidad de supervivencia que tenían los cheyenes consistía en llegar al campamento de Caballo Loco y las probabilidades de que no lo lograran parecían muy elevadas. Nevaba sin cesar. El primer día que pasaron fuera del campamento, los guerreros se habían enfrentado a un grupo de exploradores pawnees y recuperaron setenta caballos, sin los cuales el grupo no habría sobrevivido. Los cheyenes sacrificaron a los caballos, introdujeron a niños pequeños que estaban inconscientes y medio congelados en los estómagos calientes de los animales para reavivarlos y subsistieron a base de la carne de los equinos sacrificados. Como no tenían mocasines, se envolvieron los pies en tiras de piel de caballo o en trozos de tela. La mayoría solo vestía una piel de búfalo.

Once días después de la batalla los cheyenes llegaron al poblado de Caballo Loco para descubrir que los oglalas también se hallaban en una situación de indigencia. Aunque algunos cheyenes creían que los oglalas eran mezquinos, el pueblo de Caballo Loco los proveyó de tipis y suministros lo mejor que pudo y ambas tribus permanecieron unidas. Alternaron el combate y la huida frente a los «bultos andantes» de Miles Abrigo de Oso hasta febrero de 1877, en que los cheyenes se encaminaron al territorio de Little Bighorn con la esperanza de que los soldados los dejaran tranquilos. **[26]**

Pero Miles siguió su rastro. Un mes antes había capturado a cuatro mujeres cheyenes del norte. En ese momento, liberó a la más anciana para dar un ultimátum a la tribu: rendíos y entregad las armas y los ponis, y yo me ocuparé de que no sufráis daño alguno. Si rechazáis mis condiciones, os destruiré. El consejo de jefes cedió.

Pero entonces intervino Crook. Reacio a ver cómo Miles se llevaba el reconocimiento por capturar a los indios que él había perseguido durante meses, envió a cheyenes de la agencia de Nebraska con una oferta mejor. Permitiría a cualquiera de ellos que se rindiera ante él en Camp Robinson que se quedara no solo con

sus armas y sus ponis, sino también que volviera a la agencia White River en el territorio cheyene. Este giro inesperado quebró el consenso entre los jefes y la tribu se escindió del mismo modo en que se habían escindido los lakotas. Cerca de trescientos cheyenes del norte al mando de jefes menores se entregaron a Miles, que los trató con amabilidad, y alistó a la mitad de los guerreros como exploradores. Cerca de unos mil cheyenes al mando de Pequeño Lobo y de Cuchillo Romo se entregaron a Crook, que rápidamente renegó de sus promesas. Los alimentó lo suficiente (un guerrero hambriento murió de empacho), pero a cambio les pidió que entregaran las armas y las monturas. Además, no irían a su territorio en White River. Crook les dijo que debían elegir entre reasentarse en agencias del río Misuri, opción que los jefes rechazaron de inmediato, o bien unirse a los cheyenes del sur en el Territorio Indio. Tal era el deseo del Gran Padre. Era algo que Crook había planeado de antemano, a pesar de que en público alardeaba de no hacer nunca promesas a los indios que no pudiera cumplir.

Los jefes cheyenes accedieron a reasentarse solo porque el general Crook y el coronel Mackenzie les habían asegurado que si las condiciones en el Territorio Indio le parecían insatisfactorias, la tribu podría volver al norte, algo que con posterioridad, ambos negaron. Sea como fuere, a los cheyenes del norte, sin armas, sin caballos y dependientes de las raciones del Gobierno, les quedaban pocas opciones aparte de obedecer. De modo que, el 28 de mayo de 1877, Pequeño Lobo y Cuchillo Romo condujeron a novecientos setenta y dos cheyenes del norte con una escolta del ejército en un viaje a lo largo de senderos que habían utilizado para visitar a sus familiares en el sur, por un territorio ahora extranjero. Donde antaño habían deambulado las manadas de búfalos, hogaño había ranchos de reses y granjas. Al este de la ruta aparecían innumerables asentamientos y tres vías férreas atravesaban las llanuras antes dominio de los cheyenes. Más allá de lo que hubiera garantizado a los cheyenes del norte, el coronel Mackenzie creía, honestamente, que el reasentamiento en el Territorio Indio sería lo mejor para su «máxima prosperidad». Manifestó a los jefes que «dada la presión de las circunstancias, debían cambiar de modo de vida como pueblo». No obstante, no se olvidó de afirmar que «ese

cambio, estuvieran donde estuvieran, iría acompañado de mucho sufrimiento». [27]

El 5 de agosto, los cheyenes del norte llegaron a la agencia de Darlington del Territorio Indio, y el sufrimiento los atenazó desde el principio. Los cheyenes del sur atormentaron a los del norte; lo último que querían era tener más bocas en la agencia para consumir las ya insuficientes raciones del Gobierno. Además, ya no eran un pueblo. Durante los trece años que habían transcurrido desde la última Danza de Sol tribal, ambas comunidades cheyenes se habían distanciado en sus costumbres, su ropa e incluso en su vocabulario. Un jefe del sur, como burla por el frecuente matrimonio entre cheyenes del norte y lakotas, preguntó a sus colegas del norte: «¿Qué hacéis vosotros aquí, sioux?».

La respuesta era clara: se estaban muriendo. El suministro semanal de carne de vaca apenas llegaba para dos días. La malaria había caído sobre ellos como una guadaña. Durante el invierno de 1877-1878, una epidemia de sarampión mató a cincuenta niños cheyenes del norte que ya estaban debilitados por el hambre. Los mosquitos, el calor y la nostalgia de sus hogares enervaban a aquellos que se libraban de la enfermedad. El agente indio John D. Miles informó acerca del primer año en la reserva de los cheyenes del norte: «Están vivos, y ya está». [28]

Cuando en 1878 el coronel Mackenzie regresó al Territorio Indio como jefe al mando del distrito, se quedó horrorizado al ver las condiciones de vida de los cheyenes del norte en la agencia de Darlington y se quejó a Sheridan, afirmando: «Se supone que tengo que comprobar si se portan bien unos indios a los que el Gobierno mata de hambre, y no solo eso, sino que los mata de hambre en flagrante violación del acuerdo». Mackenzie también dijo al oficial al mando de Fort Reno que si los cheyenes salían fuera de la reserva para cazar, hiciera la vista gorda, de lo contrario, «pondría a las tropas en la tesitura de apoyar una gran injusticia». El problema era que no quedaban búfalos que cazar.

El general Sheridan compartía la indignación de Mackenzie. Por fin se le cayó la venda de los ojos y desaprobó las terribles condiciones no solo en la agencia de Darlington, sino en todas las agencias de las llanuras indias. En su informe anual de 1878, declaró:

> Ha escaseado la comida y puesto que ha desaparecido la caza, el hambre ha hecho, en algunos casos, desesperar a los indios y casi cualquier raza humana luchará antes de morirse de hambre. La cuestión de la justicia y del derecho de los indios forma parte del pasado y no se puede devolver. Hemos ocupado su territorio, les hemos arrebatado sus nobles dominios, hemos destruido a sus manadas de animales, los hemos encerrado en reservas y los hemos reducido a la pobreza. En aras de la humanidad, démosles lo suficiente para comer y seguridad en la agencia en la que estén. **[29]**

La mayoría de los cheyenes del norte intentó renovar sus lazos con los del sur y sacaron el mejor partido a su triste situación. No ocurrió así con Pequeño Lobo. Decidido a regresar a su casa antes que aceptar una vida miserable, rogó al agente indio que los dejara marchar a él y a sus seguidores o que le permitiera hacer una petición directa a la Oficina de Asuntos indios. El agente se negó a ambas cosas. Pequeño Lobo y sus subjefes, asombrados y enfadados, estaban convencidos de que esa negativa contravenía lo que entendían que era la promesa de Crook y Mackenzie. Después, dijo el jefe Cerdo Salvaje (Wild Hog): «Si nos hubieran dejado volver a nuestra antigua reserva, habríamos estado dispuestos a cultivar la tierra y a hacer todo lo que el Gobierno nos hubiera pedido en ese territorio». **[30]**

Pero no en las pestilentes llanuras del sur. El 9 de septiembre, Pequeño Lobo se dirigió al agente indio y al oficial al mando de Fort Reno con educación, pero con firmeza:

> Amigos míos, yo me marcho ahora a mi campamento. No quiero ensangrentar el terreno de esta agencia, pero oídme lo que os digo. Voy a abandonar este lugar. Me voy al norte, a mi propio territorio. No deseo que se produzca un derramamiento de sangre en esta agencia. Si vais a enviar a vuestros soldados a buscarme, dejad primero que me aleje un poco de aquí. Después, si queréis luchar, lucharé y podremos ensangrentar el campo en ese lugar. **[31]**

Esa noche, los jefes Pequeño Lobo, Cuchillo Romo, Cerdo Salvaje y 253 personas abandonaron la agencia con sus tipis en pie y sus fogatas ardiendo. La mayoría eran mujeres, niños y ancianos, solo sesenta eran guerreros veteranos. Como un mal augurio, el guardián del Sombrero Sagrado de Búfalo, que siempre había vivido con los

cheyenes del norte, decidió abandonar el grupo, lo que significaba que la gente de Pequeño Lobo viajaría sin la protección de la reliquia sagrada. Pata de Palo y su padre también se quedaron: «Simpatizábamos por completo con nuestro pueblo engañado y doliente —explicó—, y los dos sentíamos una gran admiración por Pequeño Lobo. Pero decidimos permanecer aquí y evitar los problemas». [32]

Tal como Pequeño Lobo había esperado, el problema lo persiguió con firme obstinación. Primero, un batallón de la caballería de Fort Reno alcanzó a los cheyenes justo en la frontera con Kansas. Pequeño Lobo intentó evitar el derramamiento de sangre, pero mientras parlamentaba con el comandante, hubo disparos. Los cheyenes superaron con facilidad a los soldados y, a la mañana siguiente, reanudaron su huida.

La resistencia de Pequeño Lobo a derramar sangre blanca era auténtica, pero poco realista. Los cheyenes del norte necesitaban caballos nuevos y ganado para el largo viaje. Los ganaderos de Kansas, sin embargo, no estaban acostumbrados a ceder sus reses sin luchar. Cuando los cheyenes cruzaron el río Arkansas por la zona central de Kansas, sus grupos de forrajeadores asesinaron a diez rancheros.

El ejército preparó sus redes. El general Sheridan había dispuesto dos líneas para interceptar a los cheyenes, la primera a lo largo de la Kansas Pacific Railway y la segunda más al norte, en la Union Pacific. Los soldados y los ganaderos los persiguieron a lo largo de Kansas. En uno de los enfrentamientos, los cheyenes perdieron sesenta ponis, junto con la mayoría del tasajo y otros suministros. Fue entonces cuando el éxodo se tornó más crudo. Los grupos de guerreros, compuestos por lo que el jefe Cerdo Salvaje denominaba «los jóvenes más salvajes» de la banda, atacaron las granjas y los ranchos del noroeste de Kansas, capturando ganado y violando y matando de forma indiscriminada. Pequeño Lobo intentó, en vano, evitar una matanza. Cuarenta civiles, la mayor parte inmigrantes extranjeros que no habían visto nunca a un indio, cayeron antes de que los cheyenes llegaran a la poco poblada zona del oeste de Nebraska. En ese momento, la opinión pública, en principio favorable a los cheyenes, se volvió de forma clara contra ellos y los soldados se armaron de valor para una campaña brutal.

[33]

Los cheyenes del norte escaparon del ejército solo para ser víctimas de las discordias internas. Pequeño Lobo quería avanzar hasta el territorio rico en caza del río Powder. Sin embargo, Cuchillo Romo estaba decidido a dirigirse a la agencia de Nube Roja, donde daba por hecho que se les permitiría vivir. «Ahora, hemos llegado otra vez a nuestro propio territorio —proclamó el viejo jefe—, y de ahora en adelante ya no lucharemos ni causaremos daño alguno a ningún blanco». Cuchillo Romo no sabía que el gobernador había reasentado a los oglalas de Nube Roja en la agencia de Pine Ridge, en el Territorio Dakota.

En el territorio de las Sandhills, en Nebraska centro-septentrional, Pequeño Lobo y Cuchillo Romo se separaron. La gente de Pequeño Lobo se instaló para pasar el invierno en Sandhills, mientras que Cuchillo Romo condujo a ciento cuarenta y nueve cheyenes del norte hacia la extinta agencia de Nube Roja. En lugar de encontrarse con un santuario, se toparon con soldados de Fort (antes Camp) Robinson. Como eran mucho más numerosos, Cuchillo Romo se rindió. Había viajado mil trescientos kilómetros desde que abandonara el Territorio Indio. [34]

Al principio, la vida en Fort Robinson resultó agradable. El ejército instaló a los cheyenes en barracones como prisioneros de guerra, pero con total libertad de movimientos por los terrenos del lugar. Pero había fuerzas poderosas que estaban tramando devolverlos al Territorio Indio, o algo peor. Sheridan argumentaba que, a pesar de que las condiciones de los cheyenes eran penosas, si no se les volvía a enviar al Territorio Indio eso pondría en peligro la estabilidad del sistema de reservas. El gobernador de Kansas quería perseguir y ahorcar a los presuntos autores de las atrocidades en su estado. Ni el Departamento de Guerra ni el del Interior se opusieron a la petición y, a mediados de diciembre, el general Sheridan recibió órdenes de enviar a los cheyenes a Fort Leavenworth, donde los hombres buscados serían entregados a los tribunales de Kansas y el resto volvería al Territorio Indio.

Nube Roja instó a Cuchillo Romo a que se marchara de forma pacífica. En un encuentro en Fort Robinson había manifestado a los jefes cheyenes: «Nuestros corazones están tristes por vosotros, pero, ¿qué podemos hacer? El Gran Padre es todopoderoso. Su gente

puebla toda la tierra […] De modo que escuchad a vuestros viejos amigos y haced lo que os diga el Gran Padre sin protestar». Pero Cuchillo Romo era inflexible. Los cheyenes del norte se habían plegado a la voluntad del Gran Padre en una ocasión y eso solo les había causado enfermedad y hambre. No cederían una segunda vez. Entonces Cuchillo Romo pidió al jefe del puesto, el capitán Henry W. Wessells «dile al Gran Padre que si nos deja estar aquí, mi pueblo no hará daño a nadie. Dile que si intenta devolvernos al Territorio, nos mataremos con nuestros propios cuchillos».

El invierno de Nebraska se hizo aún más crudo. El día de Año Nuevo de 1879, el capitán Wessells convocó otro consejo en el que Cerdo Salvaje suplicó que «si nos permite permanecer aquí, haremos todo los que nos pida el Gran Padre. Viviremos como los blancos, trabajaremos y vestiremos como ellos. No causaremos ningún problema». Cuchillo Romo se había puesto muy enfermo, pero su voluntad de resistirse a volver al Territorio Indio seguía siendo firme y afirmó: «La única forma en que puedes conseguir que vayamos allí es venir aquí con mazas, golpearnos en la cabeza, sacarnos a rastras y llevarnos allí muertos». Poco sospechaba él que su supuesto amigo George Crook estaba deseando emplear medidas contundentes para doblegarlos. **[35]**

Al enfrentarse a lo que él denominaba la «intransigencia» cheyene, Crook había decidido «privarles de comida o hacer que se congelaran» hasta la muerte. De acuerdo con ese plan, el 3 de enero de 1879, el capitán Wessells les retiró la comida y la leña, con el argumento de que era más humano «que derribar todo el edificio con cañones». Los cheyenes se mantuvieron firmes. Cinco días más tarde, Wessells cortó el suministro de agua en las barracas y pidió a los indios que dejaran a sus hijos a su cuidado. Dentro de los barracones, los jóvenes guerreros habían arrebatado el control a Cuchillo Romo. Dicen que un guerrero gritó que «se comerían a sus hijos y que cuando se los hubieran comido se comerían a sus mujeres, de modo que no valía la pena que intentaran persuadirlos; morirían antes que volver al sur». Wessells ordenó que cerraran las puertas de las barracas con tablones y cadenas y, al día siguiente, tomó a Cerdo Salvaje como rehén. Fue un fallo muy grande. Su arresto, en vez de quebrar su voluntad de resistir, convenció a los cheyenes de que su única esperanza era escapar. **[36]**

El 9 de enero, al atardecer, los cheyenes del norte hicieron sus patéticos preparativos para intentar escapar. Cubrieron las ventanas con mantas y rompieron un tablón del suelo que había bajo el horno donde habían ocultado una docena de rifles y cinco revólveres que habían montado con partes que las mujeres y los niños habían llevado como joyería o escondidos entre la ropa. Solo contaban con un puñado de balas como munición. Los guerreros se pintaron el rostro y se ataviaron con los pedazos de ropa de guerra que les quedaban. En los barracones había ciento veinticinco cheyenes, cuarenta y cuatro de ellos hombres en edad de luchar, aunque ninguno albergaba muchas esperanzas en volver a contemplar un nuevo día. «Es cierto que debemos morir —se dijeron unos a otros— pero no tenemos por qué hacerlo encerrados aquí como perros; moriremos en la pradera; moriremos luchando».

Fuera, el mercurio se acercaba a los cero grados. El terreno estaba cubierto por una capa de quince centímetros de nieve y en el cielo despejado refulgía la luna llena. A las diez de la noche, los cheyenes rompieron las ventanas de las barracas y dispararon a los centinelas más próximos. Medio muertos de hambre, sedientos y con la ropa congelada por completo sobre el cuerpo, los indios alcanzaron a duras penas un puente que había sobre el cercano río White. Algunos se detuvieron a beber y los mataron a disparos en la orilla. Tras cruzar el puente, el resto de los cheyenes, se tambaleó hacía unos riscos de arenisca que había a unos dos kilómetros de distancia. Cinco guerreros formaron una retaguardia contra una compañía de soldados a los que habían despertado a toda prisa y que iban vestidos tan solo con ropa interior de invierno. Acabaron con los cinco. Una mujer cheyene comparó la matanza con disparar a ganado, sus hombres «iban cayendo muertos uno tras otro mientras corrían». Al pie de los riscos, los oficiales pidieron a los supervivientes que se rindieran. Cuando se negaron, los soldados los acribillaron a balazos, asesinando a veintiséis cheyenes e hiriendo a treinta más.

Seis compañías de caballería bien equipadas necesitaron doce días hasta atrapar al último de los debilitados «fugitivos». Los treinta y dos cheyenes restantes, demasiado débiles para continuar huyendo, se detuvieron en una hondonada poco profunda al norte de Fort Robinson donde levantaron unos parapetos y se prepararon

para morir. El 22 de enero, el capitán Wessells y 151 jinetes de caballería rodearon a los indios, de los que solo 18 eran guerreros. Se produjo una encarnizada lucha, casi cuerpo a cuerpo. Durante un momento de calma, una joven alzó una carabina sobre el parapeto en un gesto de rendición. Su madre tiró de ella hacia el suelo, la degolló y, acto seguido, se suicidó apuñalándose. El tiroteo volvió a comenzar. Tres guerreros saltaron de la hondonada y fueron acribillados. Entonces, el lugar se quedó en silencio. En aquel desastre se recogieron veintitrés cadáveres; tres cheyenes heridos murieron al día siguiente. Solo resultaron ilesos seis cheyenes.

Cuchillo Romo y su familia habían desaparecido. Wessells supuso que habrían muerto de congelación en alguna parte de la pradera. Pero estaban vivos; o casi vivos. Durante diez días, habían permanecido escondidos en una cueva antes de atreverse a salir. Un ranchero blanco les dio refugio. Su mujer lakota los alimentó hasta que estuvieron lo bastante fuertes como para llegar a la agencia de Pine Ridge, donde los oglalas los colaron en una tienda bien provista, lejos de la mirada de oficiales curiosos. No fue hasta más tarde cuando Cuchillo Romo se enteró de cómo su gente había escapado, luchado y muerto sin su jefe. [37]

El destino fue más benévolo con los hombres de Pequeño Lobo. Tras pasar el invierno en los terrenos de Sandhills sin ser descubiertos, reanudaron su viaje hacia el río Powder. El jefe al mando del departamento, el general Terry, en vez de hacer uso de la fuerza, tenía la esperanza de negociar con el grupo y de convencerlo para que se rindieran. Para ello, a finales de febrero, envió al teniente William Philo Clark a buscar y a hablar con Pequeño Lobo, que, junto con muchos de sus guerreros, había trabajado al servicio de Clark como guía antes de haber sido desterrado.

La diplomacia de Terry tuvo éxito. El 25 de marzo de 1879, Pequeño Lobo y sus ciento catorce seguidores se rindieron a Clark, lo que puso fin a su odisea de ocho meses y mil novecientos kilómetros. Este desenlace incruento complació a Pequeño Lobo: «Eres el único que ha ofrecido hablar antes de luchar —le dijo a Clark—. Parece como si el viento, que durante tanto tiempo ha zarandeado nuestros corazones, ahora fuera a amainar. Estoy muy contento de que no hayamos luchado y de que no haya muerto

ninguna persona de mi grupo ni del tuyo […] Solo quedamos unos pocos y lo único que deseamos es un pedazo de tierra en el que poder vivir». [38]

Y lo tendrían. Con la recomendación del teniente Clark y del general Terry, el Gobierno permitió al grupo permanecer en Fort Keogh (el antiguo cuartel del río Tongue). Pequeño Lobo, agradecido por el apoyo de Clark, se alistó como sargento en su compañía de exploradores.

El jefe indio se había beneficiado del absoluto rechazo que había causado en la opinión pública el tratamiento que el ejército había dado al grupo de Cuchillo Romo. El presidente, Rutherford B. Hayes, afectado por la «crueldad innecesaria» ejercida en Fort Robinson, ordenó que se llevara a cabo una investigación. «En todos los sentidos, habría sido mejor tratar a los prisioneros bien que tratarlos con dureza —manifestó el secretario del Interior, Carl Schurz—. Hacer que se murieran de hambre y de frío no era la manera de conseguir que aceptaran su destino». El Gobierno permitió que los cincuenta y ocho supervivientes del grupo de Cuchillo Romo se unieran a su jefe en Pine Ridge y un tribunal de Kansas absolvió de todos los cargos a Cerdo Salvaje y al resto de los acusados.

El capitán Wessells no sufrió por sus acciones ni Crook por ordenarlas. Wessells sirvió después con excelencia durante la Guerra Hispano-Americana y se jubiló como general de brigada. Cinco años antes de su muerte, resumió la tragedia de Fort Robinson en una carta a un amigo. «Todo el derecho —admitió—, asistía a esos indios».

Hasta el 9 de enero de 1879, nadie en el Gobierno o en el ejército había creído que los cheyenes del norte de Cuchillo Romo fueran a luchar hasta la muerte para defender sus derechos de nacimiento. Un mes más tarde, una comisión de investigación llegó a la conclusión de que los cheyenes del norte, en esa despejada y heladora noche de invierno habían salido, literalmente, «para morir». [39]

La derrota de los cheyenes del norte por Ranald Mackenzie en noviembre de 1876 dejaba a las bandas antitratado de Toro Sentado

y Caballo Loco solas en su desafío al control del Gobierno en las llanuras septentrionales. Al final del centenario de la independencia de Estados Unidos, el cerco blanco sobre los indios de las llanuras estaba ya a punto de cerrarse. El único territorio netamente indio que quedaba era el territorio hunkpapa rico en búfalo, situado entre los ríos Yellowstone y Misuri, al norte de Montana. Para los lakotas nómadas, representaba el último refugio, la última esperanza de poder preservar sus antiguas costumbres. No obstante, su bastión estaba a punto de ser violado.

CAPÍTULO 16

Un guerrero he sido

NELSON MILES nunca amenazaba en vano. En las negociaciones frustradas que tuvieron lugar en octubre de 1876, el coronel había advertido a Toro Sentado de que lo perseguiría durante todo el invierno. Así lo hizo, y los altos mandos estaban encantados. El general Sherman disfrutó de la perspectiva de que Miles «coronara su éxito capturando o matando a Toro Sentado y a los proscritos que le quedaban» y aseguró a la prensa que el ejército «los perseguiría hasta que sucumbieran». Tanto él como Sheridan esperaban que la Oficina de Asuntos Indios accediera a introducir a los indios derrotados (sin sus armas y sus ponis) en reservas a lo largo del río Misuri, donde los podrían controlar más fácilmente.

Pero primero Miles tenía que encontrarlos y eso suponía un reto monumental. El corazón del territorio hunkpapa era *terra* incógnita para los blancos. En los mapas del ejército, la región aparecía como un gran espacio vacío. La única información que manejaba Miles era que Toro Sentado, por lo general, pasaba el invierno cerca del puesto comercial de Fort Peck, en el río Misuri, doscientos cuarenta kilómetros al norte del acantonamiento del río Tongue. El 5 de noviembre de 1876, guiado tan solo por una brújula, Miles salió del cuartel mientras una fuerte nevada descargaba sobre Montana. La visibilidad era nula, pero, al menos, las tropas iban bien abrigadas. El 5.º de Infantería se había pertrechado para las ráfagas árticas del invierno de las llanuras del norte tan bien como el ingenio y el esfuerzo individual les habían permitido. Aquello de lo que no disponían los almacenes de la intendencia militar lo suplieron los soldados fabricando manoplas, ropa interior y máscaras con sus propias mantas de lana. Casi todos los hombres vestían largos y pesados abrigos de piel de búfalo que mantenían a raya el frío, pero

que también entorpecían sobremanera caminar sobre la nieve. [1]

Miles y sus «bultos andantes» llegaron a Fort Peck dos semanas más tarde. Toro Sentado se había marchado y nadie parecía saber dónde. Miles rastreó el terreno durante otras dos semanas y, a continuación, se dirigió al acuartelamiento del río Tongue para descansar y reabastecerse. Su subordinado favorito, el capitán Frank Baldwin, continuó la tarea con un reducido destacamento. El 7 de diciembre, Baldwin se encontró por casualidad con el escurridizo jefe hunkpapa, que había regresado a Fort Peck para intercambiar algunas mercancías por munición. Toro Sentado se había arriesgado a ser descubierto, no en beneficio propio sino de Caballo Loco, pues este, cargado como iba con los desamparados cheyenes de Cuchillo Romo, con poca munición y con el temor de que se produjera algún ataque, le había pedido a Toro Sentado que se uniera a él y que llevara balas. Este, una vez conseguido su objetivo, se marchó de Fort Peck tras una breve escaramuza con Baldwin y viajó a lo largo del río Redwater. Hacía demasiado frío y la capa de nieve era demasiado gruesa como para poder acometer la larga marcha a lo largo del río Powder sin descansar, de modo que el jefe indio se detuvo a acampar al abrigo de un despeñadero en las arboladas orillas de Ash Creek, afluente del Redwater.

El capitán Baldwin lo seguía de cerca, pero con dificultad. Las temperaturas habían bajado tanto que incluso los abrigos de búfalo y las gruesas manoplas resultaban insuficientes para calentar a los soldados y la congelación o la fatiga obligaron a un tercio de los hombres a viajar en los carromatos. El capitán, tras derrumbarse de su caballo, entumecido, ordenó, con juicio, a los hombres más robustos que tuvieran las bayonetas preparadas para pinchar a los que no respondieran, incluido él. El 18 de diciembre, por la tarde, la visión en el horizonte de una nube baja de humo procedente de una hoguera los devolvió a la vida. Los soldados, enfermos y congelados, se apearon de los carromatos para luchar con sus compañías y el contingente avanzó con lentitud hacia la aldea hunkpapa. Pero llegaron con la suficiente calma como para que los pocos guerreros que allí había (la mayoría estaba de caza) cubrieran la retirada de mujeres y niños y consiguieran el carromato con munición. No obstante, perdieron los ciento veintidós tipis con todo lo que contenían, así como parte de la manada de ponis. Baldwin,

satisfecho con el resultado, disparó a los equinos y se encaminó al acuartelamiento del río Tongue. El encuentro le costó a Toro Sentado el último vestigio de influencia que le quedaba sobre los no hunkpapas, la mayoría de los cuales siguió su propio camino. Él, con su propia banda ahora tan desamparada como los cheyenes, viajó para compartir los escasos recursos de Caballo Loco.

Casi diez años antes, los lakotas, cheyenes y arapahoes habían eliminado al capitán William Judd Fetterman y a ochenta oficiales y soldados al pie de las montañas Bighorn. A la horrorizada guarnición de Fort Phil Hearny, las tribus del norte les habían parecido inconquistables. Ahora, su situación se presentaba desesperada. El invierno ya no era un aliado. Habían traspasado las tierras tradicionales hunkpapas (el último santuario lakota) y, por un momento, pareció que se podía lograr la paz sin que se produjera un derramamiento de sangre. Dos días antes de que Baldwin humillara a Toro Sentado, una delegación de cinco influyentes jefes miniconjous de la coalición de Caballo Loco se había acercado al cuartel del río Tongue con una bandera blanca para saber qué condiciones les ofrecía Abrigo de Oso. Por desgracia, nunca llegaron hasta Miles, ya que los asesinaron los exploradores crows del coronel. Miles arrebató a los crows las armas y las monturas y envió los ponis a los miniconjous para disculparse por «los asesinatos crueles y cobardes». Pero el daño ya estaba hecho. La paz había quedado desacreditada y la facción de guerra se negó a negociar. La lucha continuaría. **[2]**

En realidad, esto favorecía los intereses de Miles. Ahora que Crook ya no estaba sobre el terreno, tenía vía libre para apuntarse la victoria sobre Caballo Loco que su rival no había conseguido y, al hacerlo, estar más cerca de obtener un distintivo de general de brigada. El 29 de diciembre, Miles abandonó el cuartel del río Tongue con el termómetro rozando un grado bajo cero y sin que sus tropas se hubieran recuperado totalmente del esfuerzo excesivo de la expedición de Fort Peck, con la intención, tal como mencionó al general Sherman, de «tener una buena pelea con Caballo Loco». «Miles está llevando a sus hombres al borde de la extenuación —observó un comandante que se quedó en el cuartel—. Están cansados y destrozados y todos los hombres y los oficiales parecen descontentos […] Me temo que si se encuentra con un gran grupo

de indios, sus hombres no serán capaces de competir físicamente con ellos». [3]

Caballo Loco ansiaba luchar tanto como Miles. Utilizó a *akicitas* leales para acallar a los disidentes y obligó a los jefes de la coalición a pasar a la ofensiva. Prometió que aplastarían a Abrigo de Oso y que recuperarían los territorios de caza lakota perdidos. Cincuenta hombres, que harían de señuelo, partieron muy confiados hacia el acuartelamiento del río Tongue con la intención de conseguir que Miles subiera por el estrecho y sinuoso valle del río. Era un territorio perfecto para una emboscada. No obstante, antes de que Caballo Loco pudiera cerrar su trampa, los exploradores del ejército capturaron a varias mujeres y niños cheyenes que se había extraviado en aquel terreno accidentado. Los guerreros, enfurecidos, se lanzaron contra el vivac de Miles para salvarlos, pero una granizada frustró su intento y se retiraron con las manos vacías. [4]

Miles vivaqueó en una alameda rala, tras una montaña pelada, alrededor de la que serpenteaba, sinuoso, el helado río Tongue. El 8 de enero de 1877, al amanecer, apareció ante su campamento una larga columna de guerreros a caballo. Dijeron que los soldados «no comerían más grasa», con lo que querían decir que sería su último desayuno. Los intérpretes del ejército les dijeron que dejaran de gritar como mujeres y que lucharan como hombres.

Caballo Loco dirigía la partida. Con él iban menos de cuatrocientos de los seiscientos guerreros del poblado. La mayoría de los miniconjous y sans arcs estaba bastante atrás, ya que preferían dejar que los soldados fueran hasta ellos en vez de arriesgarse y embestir; signo inequívoco de que la influencia de Caballo Loco sobre los no oglalas había desaparecido. Sus tácticas también dejaron mucho que desear. Caballo Loco se dirigió primero al centro de la línea de Miles, donde fue rechazado sin dificultad. Entre carga y carga, los indios, poco abrigados, se apiñaban en torno a hogueras, mientras que los soldados, ataviados con pieles, pateaban el suelo en sus filas para mantenerse calientes. Se desencadenó una tormenta de nieve, lo que añadió urgencia a la batalla. Caballo Loco puso fin a las inútiles arremetidas al centro de

la fuerza de Miles y dirigió a doscientos cincuenta guerreros río arriba, a una colina más allá del flanco izquierdo del enemigo, y allí se detuvo.

La tormenta se tornó más intensa. Un hombre-medicina cheyene, que se creía inmune a las balas, caminó de un lado a otro a lo largo de la cresta montañosa, desafiando a los soldados a que le dispararan. Nadie imitó sus gestos heroicos y Pata de Palo, que luchaba junto a Caballo Loco, confesó: «Todos los demás permanecimos agazapados tras las rocas, nos asomábamos solo de vez en cuando para disparar. Las balas rebotaban el escudo rocoso, pero ninguna nos dio». Pero, al final, una bala alcanzó al hombre-medicina, que comenzó a retorcerse de dolor y a gritar hasta que Pata de Palo y otros tres hombres arriesgaron su vida para arrastrarlo y ponerlo a salvo. La caída del hombre-medicina fue la señal para que Miles avanzara. Los guerreros, que casi no disponían de munición, huyeron de la colina. Caballo Loco formó una pequeña pero innecesaria retaguardia. Se había desatado una tremenda ventisca que hizo detenerse a los soldados.

La batalla de Wolf Mountain terminó a mediodía. Durante el enfrentamiento, de cinco horas, las bajas fueron mínimas. Se sabe con certeza que murieron el hombre-medicina cheyene y dos lakotas y quizá dos docenas de guerreros resultaron heridos. Entre las tropas de Miles se contaron cinco muertos y ocho heridos. En cambio, las consecuencias estratégicas fueron enormes. En medio del remolino de nieve de Wolf Mountain, la capacidad ofensiva de los lakotas quedó quebrada para siempre y la reputación de la genialidad militar de Caballo Loco sufrió un duro revés.

El hecho de que los suministros se estuvieran agotando obligó a Miles a regresar al cuartel del río Tongue. Los indios se retiraron río arriba, mucho más lejos, para encontrar algún precario refugio en el territorio de las montañas Bighorn. Pero, en realidad, no había ningún lugar que los pusiera a salvo de los «bultos andantes». Tal como afirmó Miles: «El combate demostró que podíamos ir a cualquier parte del país en pleno invierno y derrotar al enemigo en su territorio allá donde se refugiara». Para las castigadas bandas de resistentes lakotas fue el principio del fin. [5]

Toro Sentado llegó el poblado de Caballo Loco el 15 de julio de 1877. Era un lugar deprimente. Los miniconjous y los sans arcs estaban a punto de marcharse. «Estoy cansado de tener que estar siempre alerta», manifestó un subjefe miniconjou, cuyo único deseo era trasladar a su familia «a un lugar donde pudieran dormir sin el temor constante a que se produjera un ataque». Los oglalas querían continuar la pugna y los cheyenes del norte seguir su propio camino.

Tras la destrucción de Mackenzie del poblado de Cuchillo Romo, Caballo Loco hizo uso de la fuerza para mantener juntos a los vagabundos invernales. Cuando los miniconjous intentaron marcharse, los *akicitas* oglalas destruyeron sus tipis y mataron a sus ponis. Sin embargo, Caballo Loco no se atrevió a utilizar tales medidas contra el poderoso Toro Sentado. Y, a finales de enero, Toro Sentado lo dejó atónito cuando decidió ir al norte, muy al norte. Muchos hunkpapas habían logrado asilo en la «Tierra de la Abuela», en Canadá (llamada así por la reina Victoria). «Nos dijeron que esta línea se consideraba sagrada —recordó un niño del poblado de Toro Sentado—. Lo llamaron el trazo sagrado. Creen que las cosas son diferentes cuando cruzas de un lado al otro. Eres muy diferente. En un lado eres completamente libre y puedes hacer lo que quieras y en el otro estás en peligro». **[6]**

Toro Sentado informó a Caballo Loco de que acamparía cerca de Fort Peck y que esperaría a oír cómo les iba a sus parientes en Canadá antes de tomar la decisión. En realidad, su pueblo estaba decidiendo por él. La mayoría ya había tomado la *chanku wakan*, o ruta sagrada, que atravesaba la frontera. Toro Sentado, que ocho meses antes había presidido a miles de hombres, se quedó solo con diez tipis. Caballo Loco también vio cómo su mundo se le escurría entre los dedos. Alentados por la partida de Toro Sentado, los miniconjous y los sans arcs abandonaron el campamento a principios de febrero. Algunos siguieron a los hunkpapas al norte; la mayoría marchó a la deriva hacia las agencias, en espera de negociar condiciones de rendición favorables. La deserción de Toro Sentado había supuesto un duro golpe para la unidad de los lakotas antitratado, ya muy debilitada tras el episodio de Little Bighorn. El fin no podía estar muy lejos.

A medida que se desmoronaba la ley marcial de Caballo Loco,

los oglalas más tibios se reafirmaban. Los *akicitas* cambiaron su lealtad hacia los jefes que estaban a favor de las negociaciones de paz. Caballo Loco, confundido y contrariado, volvió a su acostumbrado mutismo en el consejo. Casi no habló y pasó poco tiempo en el campamento. Finalmente, el 5 de marzo, él y su mujer desmontaron su tipi y se marcharon hacia algún lugar remoto.

Caballo Loco se había embarcado en una búsqueda interior. Quizá esperaba que los espíritus le comunicaran cómo podía todavía salvar a su pueblo y a su territorio. Durante días, ayunó, rezó, soportó tormentas de nieve y esperó la guía divina. Pero no recibió ninguna y regresó a su poblado como un paria. Durante su ausencia, los jefes habían acordado rendirse ante Crook en Fort Robinson. Ha llegado el tiempo, decían, de caminar por la senda del hombre blanco. «Mira cómo está todo el mundo aquí, en harapos —señaló el jefe Halcón de Hierro a Caballo Loco—. Todos necesitan ropa, de modo que quizá podemos ir a vivir a la agencia». Caballo Loco, desanimado, no puso ninguna objeción.

El jefe Cola Moteada había preparado la rendición. Había accedido a llevar a cabo una misión de paz confiando en las promesas de Crook de que los prisioneros serían tratados con benevolencia, que no se castigaría a ningún líder y que se descartaría la planeada reubicación de las agencias de Nube Roja y de Cola Moteada en el río Misuri. El mensaje de Cola Moteada a los jefes antitratado fue directo y claro: rendíos u os atraparán como a perros. Al joven lakota Alce Negro le pareció que el jefe se había vuelto repulsivo, gordo y cebado por la comida del hombre blanco, mientras que ellos estaban flacos por el hambre. Su padre le dijo que Cola Moteada había ido para conseguir que Caballo Loco se rindiera «porque nuestra propia gente se ha vuelto contra nosotros y, en primavera, cuando la hierba esté lo suficientemente alta para los caballos, vendrán muchos soldados a luchar contra nosotros, y con los *wasichus*, vendrán muchos shoshones, crows e incluso lakotas». Eran palabras muy duras, pero también era la verdad. [7]

Después de pasar cincuenta días con los vagabundos, Cola Moteada regresó a Fort Robinson. A pesar de que no había visto a su sobrino, Caballo Loco, estaba seguro de que se rendiría. Sin embargo, el general Crook quería que eso ocurriera pronto, de modo que se dirigió a Nube Roja, al cual había destituido el otoño

anterior como jefe de la agencia Lakota a favor de Cola Moteada. Jugando con la vanidad del jefe, prometió a Nube Roja de manera tácita restituirle el cargo si aceleraba la rendición de su yerno Caballo Loco. Crook permitió que Nube Roja modificara las condiciones de la rendición en dos puntos: se permitiría que Caballo Loco organizara una cacería de búfalos una vez que todos los «hostiles» se hubieran rendido, y también que visitara al Gran Padre en caso de que así lo desease. Nube Roja partió a mediados de abril.

Su misión resultó inútil puesto que la intención de Caballo Loco era entregarse. Había «desatado la cola de su poni», una metáfora lakota para la paz, y el 6 de mayo, cabalgó hasta Fort Robinson con 889 seguidores y casi dos mil caballos. Para recibirlo se encontraba allí el teniente Philo Clark, que había facilitado la rendición del jefe cheyene Pequeño Lobo. Caballo Loco ofreció a Clark la mano izquierda, un gesto lakota que expresaba el deseo de una paz duradera. El teniente John Bourke lo vio entrar a caballo con Clark. «Caballo Loco parecía imperturbable, como el hombre que es consciente de debe rendirse a su destino, pero aun así lo hace con la mayor resistencia posible». [8]

El día después de que Caballo Loco diera la mano al teniente Clark, Toro Sentado atravesó la línea mística hacia la Tierra de la Abuela. Quedaba por perpetrar una acción de limpieza (que Miles llevó a cabo en mayo) contra un reducido grupo de miniconjous que había rechazado las ofertas de paz de Cola Moteada. Pero fue la rendición de Caballo Loco lo que, en realidad, bajó el telón de la Gran Guerra Sioux. [9]

Con el desenlace incruento del episodio de Fort Robinson, Crook había arrebatado los titulares a Miles. No obstante, el alto mando del ejército sabía que este era merecedor de reconocimiento por derrotar a los lakotas antitratado. Su implacable campaña de invierno fue la que los agotó de tal manera que no les dio otra alternativa que rendirse o buscar refugio en Canadá. Lo único que había conseguido la diplomacia de Crook era acelerar lo inevitable. Lo mejor que se puede decir de Crook y de Terry es que tuvieron la sensatez de dar a Miles y a Mackenzie vía libre. «El hecho es que las operaciones de los generales Terry y Crook no admiten crítica

alguna —recordó el general Sheridan a Sherman a medida que la guerra se desinflaba—, y mi única idea fue dejarlos tranquilos. Aprobé lo que se hizo, por el bien de los soldados aunque tampoco lo aprobase demasiado, como usted bien sabe». [10]

Caballo Loco había hecho dos peticiones cuando se rindió: que se concediera a su pueblo una agencia al oeste de Black Hills que fuera solo para ellos y que Crook cumpliera su promesa de la caza del búfalo. Las súplicas sinceras de Caballo Loco tenían algo de conmovedor. Era incapaz de comprender que todos los aspectos de su antigua vida habían desaparecido de manera irreversible o de que Crook le había mentido. Los lakotas dependían del subsidio del Gobierno. Se esperaba que se dedicaran a la agricultura y que no vagaran por tierras que ya no eran suyas. Crook fue hipócrita al acceder a presentar al Gran Padre la petición de Caballo Loco de una agencia, pues era totalmente consciente de que la decisión de expulsar a los lakotas del río Misuri ya se había tomado. A medida que pasaron las semanas, Caballo Loco se fue inquietando y el ejército lo animó a unirse a una delegación lakota para visitar al Gran Padre, pero rechazó la oferta aduciendo que «entre el Gran Espíritu y él no había ningún Gran Padre». Se negó a firmar para recibir las raciones, ya que siempre se pedía a los jefes que lo hicieran antes de enviarlas, y habló de llevar a su pueblo más allá de Black Hills; actos de desafío que reforzaron la posición del jefe de guerra entre los guerreros oglalas, cuyo apoyo necesitaba Nube Roja para mantener su autoridad. Y Nube Roja no era alguien que consintiera potenciales rivales.

Los celos y la desconfianza generaron una cascada de rumores y acusaciones en la agencia de Nube Roja. Los amigos de Caballo Loco le advirtieron de que el viaje a Washington que le habían ofrecido había sido una «trampa» para hacer que fuera a un lugar alejado, donde lo encarcelarían o lo matarían. Los amigos de Nube Roja mintieron al viejo jefe diciéndole que el general Crook pretendía reemplazarle por Caballo Loco como jefe de la agencia de los oglalas, lo cual solo aumentó la hostilidad de aquel hacia su yerno. Cola Moteada, que también veía a Caballo Loco como una amenaza al orden establecido, se alió con Nube Roja. Sin embargo, el ejército dio a Caballo Loco el beneficio de la duda: «Caballo Loco está bien —afirmó un capitán de Camp Sheridan para tranquilizar a

los oficiales que había allí—. Si lo dejaran tranquilo y no le inquietaran con tantos rumores, no daría problemas». El teniente Clark estaba de acuerdo y comunicó al general Crook que Caballo Loco «quería actuar de forma correcta». [11]

No obstante, Crook y Caballo Loco tenían nociones muy distintas de lo que significaba «actuar de forma correcta». El primero esperaba que el segundo ayudara al Gobierno a derrotar a los pocos enemigos indios que quedaban. Caballo Loco, dado que él mismo se había comprometido con la paz, encontraba la idea repulsiva, tal como constató el teniente Clark el 1 de agosto cuando pidió a Caballo Loco que reclutara guerreros para que se unieran al ejército con el objetivo de reprimir un levantamiento de indios nez percés. Aunque en un principio se negó, al día siguiente cambió de idea; le recordó a Clark que había renunciado a la guerra y mostró su asombro por el hecho de que «los mismos que habían deseado obtener esa promesa de él, ahora le estuvieran instando a que volviera a matar hombres». A pesar de eso, «llevaría a sus guerreros al norte» y «acamparía junto a los soldados y lucharía con ellos hasta que hubieran muerto todos los nez percés».

Fue, en ese momento, cuando se produjo un trágico error. El intérprete Frank Grouard tradujo mal las palabras de Caballo Loco y dijo: «iremos al norte y lucharemos hasta que no quede ningún *hombre blanco* [cursiva añadida]». Puede que fuera un caso de tergiversación voluntaria por parte del, por lo general, fiable Grouard; varios años antes había traicionado a Caballo Loco y es probable que quisiera librarse de él. O quizá le entendió mal. Ya fuera algo deliberado o no, la interpretación errónea de Grouard tuvo el efecto deseado. Clark explotó. Mientras el teniente reprendía a Caballo Loco, Grouard salió sin ser visto de la habitación. Estupefacto, el otro intérprete allí presente intentó transmitir las palabras de Caballo Loco de forma correcta, pero Clark se negó a escucharle. Caballo Loco, sin saber que había habido un error de interpretación, enumeró las condiciones para participar en la guerra contra los nez percés. El jefe indio, confundido y enfrentado a la ira de Clark, perdió los estribos y abandonó furioso el consejo. La situación siguió complicándose hasta quedar fuera de control. Clark telegrafió a Crook para comunicarle que Caballo Loco tenía la intención de escaparse. El jefe al mando del puesto, el teniente

coronel Luther P. Bradley, avisó a Crook: «Caballo Loco se está portando mal. Ha desaparecido todo efecto que la benevolencia podía haber sugerido». Entonces, Bradley pidió refuerzos que incrementarían las tropas de Fort Robinson a setecientos soldados y trescientos indios auxiliares. Bradley también telegrafió al general Sheridan en relación con la emergencia, quien le indicó a Crook que se ocupara del asunto en persona. [12]

Crook llegó a Fort Robinson el 2 de septiembre. Con la esperanza de aplacar la crisis, pidió a Clark que convocara un encuentro con Caballo Loco a la mañana siguiente, pero nunca se produjo. Cuando Crook se dirigía al lugar donde iba a tener lugar el consejo, un sobrino de Nube Roja lo detuvo, posiblemente por orden del jefe, y le advirtió de que Caballo Loco tenía intención de matar al general, y canceló el consejo.

Esa noche, Crook mantuvo un encuentro con Nube Roja y sus jefes para decidir la mejor forma de neutralizar a Caballo Loco. Nube Roja quería matarlo de inmediato. Crook pensó que era algo drástico y dijo al jefe indio que ordenara a sus hombres que la noche siguiente arrestaran a Caballo Loco en secreto. No debían herirlo, a menos que opusiera resistencia. Concluida su indigna tarea, Crook abandonó Fort Robinson.

Pero las cosas no se desarrollaron tal como Crook esperaba. Cuando Bradley se enteró de la operación que habían planeado, se encargó de detener lo que condenó como «justicia paralela» y telegrafió a Crook para decirle que un hombre del prestigio de Caballo Loco debería ser arrestado a plena luz del día, y añadió que «para Caballo Loco, su vida es tan preciada como para mí la mía». Para intimidar a Caballo Loco y a su gente, Bradley ordenó que ocho compañías de caballería acompañaran a los hombres de Nube Roja. [13]

El 4 de septiembre, por la mañana, casi mil soldados y guerreros oglalas partieron de Fort Robinson para arrestar a un solo hombre. Caballo Loco, avisado de su llegada, se sintió como un fugitivo. Mientras sus seguidores se dispersaban, él primero se dirigió a caballo a la aldea de un amigo miniconjou en la agencia de Cola Moteada. Como su amigo no deseaba problemas con el ejército, persuadió a Caballo Loco para que fuera a Camp Sheridan, donde lo esperaban Cola Moteada y el jefe al mando, el comandante John

Burke. Caballo Loco rogó a su tío, Cola Moteada, que lo acogiera en su agencia, pero el jefe se mostró hostil. En presencia de cientos de indios reprendió a su sobrino: «¡Aquí nunca tenemos problemas! ¡Aquí el jefe soy yo! ¡Nosotros, los brulés, somos pacíficos! ¡Cualquier indio que venga aquí me tiene que obedecer! Dices que quieres venir a esta agencia a vivir en paz. ¡Si te quedas aquí, tendrás que obedecerme! ¡Eso es todo!».

Caballo Loco palideció. El comandante Burke y el teniente Jesse Lee, el oficial al cargo en la agencia de Cola Moteada, lo convencieron para que fuera al cuartel de Burke para hablar con él. Lee se compadeció de Caballo Loco que «parecía como una bestia acorralada, asustada y temblorosa, vacilante entre la confianza y el temor a la traición».

«No deseo ningún problema —dijo Caballo Loco a los oficiales—. He venido aquí porque aquí hay paz. Quiero librarme de los problemas de la agencia de Nube Roja. Allí no me entendieron y malinterpretaron mis palabras […] Me gustaría trasladarme a esta agencia. En la de Nube Roja no me dejaban tranquilo. No hacían más que decirme cosas día y noche y me va a estallar la cabeza. Quiero actuar de la forma correcta». **[14]**

Lo único que pudieron hacer Burke y Lee fue aconsejarle que volviera a Camp Robinson y presentara su caso ante Bradley. Si el coronel daba su aprobación, ellos le darían un hogar entre los brulés. Caballo Loco accedió y, a la mañana siguiente, el 5 de septiembre de 1877, viajó a Fort Robinson con Lee y varios jefes de la agencia. Cuando llegaron, a Lee no le gustó la situación. El patio del fuerte estaba repleto de guerreros de Nube Roja (muchos de ellos pintados con colores de guerra) y de jinetes del ejército, rifle en mano. Los seguidores de Caballo Loco merodeaban alrededor. El ayudante de Bradley le dijo a Lee que entregara a Caballo Loco al jefe de día, el capitán James Kennington, que informó a Lee de que no se entrevistarían con el coronel. Lee estaba avergonzado. Sin comunicarle a Caballo Loco lo que había dicho Kennington, le indicó que le esperara en la oficina del ayudante y, a continuación, fue a ver a Bradley. El coronel no estaba menos afectado que Lee, pero no podía hacer nada. «Es inútil. Es demasiado tarde para hablar», le dijo Bradley a Lee. El general Sheridan había ordenado el arresto inmediato de Caballo Loco y Bradley debía transportarlo,

vigilado, al cuartel general en Chicago. Desde allí, lo llevarían en barco a la celda de una prisión en las islas Tortugas Secas, en la costa de Florida, para que se pudriera.

Con la leve esperanza de que Bradley reconsiderara su papel en esa traición inminente, Lee ocultó las noticias a Caballo Loco: «Le comuniqué que estaba anocheciendo y que el soldado jefe había dicho que era muy tarde para hablar, y le había indicado que fuera con el jefe de día y que se ocuparían de él y no le harían daño». Caballo Loco, sin saber que lo trasladaban al calabozo, sonrió esperanzado y dio la mano a Kennington. El amigo de Caballo Loco, Pequeño Gran Hombre (Little Big Man) y el capitán agarraron a Caballo Loco cada uno por una muñeca y lo llevaron fuera. Les siguieron dos soldados. El grupo giró hacia el calabozo. Al ver la celda con su ventanuco enrejado, dentro de la cual se vislumbraban hombres encadenados a negras bolas de hierro, Caballo Loco se echó atrás: «Yo no quiero ir ahí. ¡Ahí es donde tienen a los prisioneros!». [15]

Todo sucedió a gran velocidad. Caballo Loco se zafó de Pequeño Gran Hombre y del capitán Kennington y empujó a los dos guardias contra el muro. El amigo de Caballo Loco le agarró de la muñeca, pero este sacó un cuchillo que tenía oculto y le rajó la mano. Mientras Caballo Loco intentaba alejarse entre bandazos, Kennington gritó: «¡Apuñalad a ese hijo de perra! ¡Apuñalad a ese hijo de perra!». Un soldado raso de vigilancia le clavó la bayoneta en la espalda y le perforó un riñón y un pulmón. Caballo Loco gritó y el soldado le volvió a clavar el arma. El gran líder de guerra oglala cayó al suelo. Abriéndose camino entre el gentío, el médico del puesto, Valentine T. McGillycuddy, lo examinó. Más tarde, informó de que Caballo Loco, «estaba echando espuma por la boca, tenía el pulso débil e intermitente y le brotaba sangre de la parte superior de la cadera derecha». Mientras McGillycuddy se disponía a salvarle la vida, los hombres de Caballo Loco sacaron carabinas y rifles de debajo de sus mantas. Los guerreros de Nube Roja alzaron las armas como respuesta, pero, en realidad, nadie quería disparar y los ánimos se tranquilizaron, bajaron los rifles y la multitud se dispersó. Los soldados llevaron a Caballo Loco envuelto en una manta a la oficina del ayudante y, de acuerdo con su propio deseo, lo depositaron en el suelo. Caballo Loco estuvo agonizando durante

horas. A veces, hablaba. Al intérprete Louis Bordeaux le dijo: «No sé por qué me han herido». «Ningún hombre blanco tiene la culpa de esto […] La culpa la tienen los indios». El padre de Caballo Loco fue más concreto al alegar que lo que mató a su hijo habían sido los celos de Nube Roja y de Cola Moteada.

Caballo Loco murió a las doce menos veinte de la noche. Antes de perder la consciencia, murmuró: «Lo único que quería era que me dejaran tranquilo». El doctor McGillycuddy llegó al fondo de la cuestión al afirmar: «Una combinación de traición, celos e informes poco fiables terminaron en un complot que desembocó en su muerte».

Cuando expiró, un viejo aliado miniconjou manifestó: «Está bien. Buscaba la muerte y le ha llegado». Y mientras cubría el rosto de Caballo Loco con la manta, señaló su cadáver y dijo: «Ahí yace su tipi», tras lo cual, en dirección hacia el cielo, añadió: «El jefe se ha ido arriba». **[16]**

Toro Sentado tenía tantas ganas de vivir… «Me voy a dirigir al norte para vivir allí el resto de mi vida», afirmó sobre su decisión de buscar refugio en la Tierra de la Abuela y, durante un tiempo, la vida le resultó placentera allí. No había columnas amenazantes de soldados que recorrieran el país, solo una docena de Policía Montada del noroeste, hombres buenos y honestos que habían prometido proteger a los lakotas siempre que se mantuvieran al norte de la frontera internacional y acataran las leyes de la tierra a la que daba nombre la reina Victoria. Sin embargo, todo aquel que volviera a Estados Unidos para robar o matar perdería su asilo canadiense. Toro Sentado aceptó tanto esas inequívocas condiciones como a los montados que las hacían cumplir. Estos, pensó, son hombres blancos dignos de confianza.

En octubre de 1877, el Gobierno de los Estados Unidos envió una delegación al mando del general Terry al poblado de Toro Sentado en un intento poco entusiasta de parlamentar con los lakotas del otro lado de la frontera. Durante el breve consejo, Toro Sentado espetó a Terry: «No diga ni una palabra más. Vuélvase al lugar de donde haya venido» y Terry le complació con sumo gusto. En realidad, Estados Unidos no quería ni a Toro Sentado ni a su

pueblo. Tampoco los británicos, que esperaban que los lakotas se marcharan por su propia voluntad antes de que un ataque transfronterizo provocara una crisis diplomática. Pero la población lakota de Canadá siguió creciendo y, en la primavera de 1878, el poblado en el exilio había aumentado hasta casi los cinco mil habitantes.

Pero los buenos tiempos resultaron efímeros, pues, al cabo de un año, las manadas de búfalos de Canadá habían desaparecido. Los grupos de caza se dirigieron entonces hacia al sur, al Territorio de Montana, y, a pesar de los esfuerzos de Toro Sentado por detenerlos, atacaron los asentamientos fronterizos. En julio de 1879, el coronel Miles se enfrentó en el norte de Montana a un campamento de caza que albergaba al propio Toro Sentado y, tras este episodio, la política canadiense se endureció. El Gobierno de Estados Unidos, preocupado también por los incidentes fronterizos que podían tensar las relaciones bilaterales, dio marcha atrás y envió emisarios para convencer a los refugiados lakotas de que fueran a las reservas. Miles de ellos, nostálgicos y hambrientos, estuvieron dispuestos a aceptar ese tipo de vida y, aunque Toro Sentado intentó detener las deserciones con la ayuda de los *akicitas*, incluso sus jefes más leales lo abandonaron. A principios de 1881, solo los más débiles y los ancianos permanecían junto a Toro Sentado y subsistían a base de pescado, caza menor y limosnas de comerciantes amistosos. La ropa se les pudría y se les caía a pedazos y los grupos guerreros de los indios canadienses acechaban como buitres sus miserables poblados. El 20 de julio, Toro Sentado se rindió en Fort Buford, en el Territorio Dakota. Un oficial del ejército que había sentido compasión por él afirmó: «Lo único que ha llevado a este hombre a someterse ha sido la desnudez y el hambre, y, además, no por él sino por sus hijos, a los que adora».

La víspera del episodio de Little Bighorn, Toro Sentado había sido padre de gemelos. Ahora, cinco años después, le dio a uno de sus hijos su rifle Winchester y le conminó para que se lo entregara al oficial al mando con estas palabras: «Te entrego este rifle a través de mi hijo menor, a quien deseo enseñar con este gesto que sea amigo de los americanos. Quiero que aprenda las costumbres de los blancos y que se eduque del modo en que se educan sus hijos. Este niño te ha entregado el arma y ahora quiere saber cómo va a ser su

vida».

Vivirá de la agricultura, dijo el comandante. Tanto Toro Sentado como su pueblo serían trasladados por el río Misuri, río abajo, hasta la agencia de Standing Rock, donde serían tratados igual que los indios de las reservas.

Toro Sentado compuso esta sencilla canción para lamentarse del momento en que había renunciado a su libertad:

> Un guerrero
> He sido
> Ahora
> Todo ha acabado
> Tiempos duros
> Son los que vivo.

Y más duros aún iban a ser. El barco de vapor había transportado a Toro Sentado y a su pueblo río abajo por el Misuri, pero más allá de Standing Rock, hasta Fort Randall, donde, según las órdenes del Departamento de Guerra, los fueron encarcelando como prisioneros de guerra. El hombre blanco había vuelto a mentir. [17]

La conquista de las Grandes Llanuras se había completado. El país lo aplaudió, se dispuso para explotar la tierra que habían perdido los lakotas, y el ejército se acomodó a la vida cuartelaria y a las funciones policiales. Pero entonces, justo cuando el fantasma de futuras guerras indias se estaba desvaneciendo, estalló un conflicto en el Pacífico Noroeste, una zona que había permanecido en calma desde la derrota de los modoc. El origen era familiar. Los blancos miraban con codicia las tierras de los mansos indios que todavía no habían descubierto la vida en la agencia. Las negociaciones para trasladarlos de allí se fueron a pique. El cerco de los blancos se fue estrechando, en los indios empezó a brotar el miedo y una chispa racial desencadenó la guerra. En este caso, las víctimas fueron algunos de los amigos indios más fieles con que habían contado los blancos en el Oeste.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO 17

Ya no volveré a luchar más para siempre

Los nez percés eran un pueblo magnífico y majestuoso que se autodenominaba los *Ni-mii-puu*, «el Pueblo Auténtico». Como guerreros eran excepcionales, aunque su naturaleza no era belicosa y se relacionaban con los blancos de modo desprejuiciado y flexible. De hecho, fue la caridad de los nez percés la que salvó a Meriwether Lewis y a Willliam Clark cuando su Cuerpo del Descubrimiento estuvo a punto de morir de inanición, lo cual llevó a Clark a hablar en términos elogiosos de su «honor inmortal» y de «sus grandes actos de hospitalidad», que incluyeron una compañera de cama para Clark con la que es posible que engendrara un hijo mestizo.

El territorio de los nez percé era hermoso y fértil, y abarcaba 40 000 km2 de magnificencia natural en lo que hoy es el sudoeste de Washington, el nordeste de Oregón y la zona norte del centro de Idaho. La cordillera Bitterroot marcaba la frontera oriental y las montañas Blue y Wallowa configuraban buena parte del límite occidental de su territorio. Los principales ríos eran el Snake, que discurre hacia el norte; y los Clearwater y Salmon, que confluyen con el Snake en el este. Los tres rebosaban de salmones, la base de la dieta de los nez percés.

Aunque se denominaban a sí mismos el Pueblo Auténtico, en realidad, los nez percés constituían una tribu dividida física y culturalmente. Las bandas del norte, que vivían a lo largo del río Clearwater, eran aventureras y excelentes jinetes. Las cacerías anuales de búfalo llevaron a sus guerreros a las Grandes Llanuras y a establecer una alianza con los crows. Los del norte se consideraban *k'usaynu-ti-to-gan*, «los sofisticados». Los grupos del sur se repartían a lo largo de los ríos Snake y Salmon y, dado que estos, más apegados a la tradición, rara vez se aventuraban más allá

del territorio de los nez percé, sus primos del norte los denominaban *eneynu* «los provincianos». El Gobierno, simplemente, llamaba a los del norte y a los del sur los percés superiores e inferiores.

Este pueblo no contaba con un gran jefe. Era el consejo de jefes el que debía elegir a un hombre que representara a la tribu para tratar con los foráneos, aunque su única función consistía en intermediar. Al contrario que las tribus de las llanuras, los nez percés hacía varios siglos que ocupaban ese territorio y gozaban de fuertes vínculos espirituales con la tierra. No obstante, en aras de la concordia, en 1855 renunciaron a su perímetro y el tratado que de ello se derivó definió su territorio como una reserva. Dado que el área que habían cedido había sido mínima, y que el Gobierno no había manifestado ningún interés por alterar la forma de vida de los nez percés, los jefes no volvieron a preocuparse más por el asunto. **[1]**

El oro, el gran expoliador de las tierras indias y el faro para los blancos avariciosos, lo trastocó todo. En otoño de 1860, los buscadores blancos hallaron un puñado de relucientes pepitas en el río Clearwater. En dos años, casi quince mil mineros (cinco veces el total de la población de nez percés) llegaron en masa a la parte del territorio de los *k'usaynu-ti-to-gan* y después vinieron los granjeros y los ganaderos. El ejército construyó un fuerte y la Oficina de Asuntos Indios estableció una agencia. Los nez percés, por su parte, rogaron al Gran Padre que expulsara a los intrusos blancos, pero, en lugar de ello, en Washington propusieron un nuevo tratado por el que reducían la reserva Nez Percé un noventa por ciento. El diez por ciento restante (una extensión de 20 000 km2 con forma de ataúd a lo largo del río Clearwater) se conocería como la reserva Lapwai.

Los nez percés del norte firmaron el tratado, ya que la reserva propuesta abarcaba toda su tierra y no tenían nada que perder. Además, se habían vuelto sedentarios. Muchos cultivaban la tierra o criaban ganado y solo unos pocos jóvenes cazaban búfalos. También el cristianismo se había afianzado firmemente. Y todo esto se había logrado sin coerción ni derramamiento de sangre. Estos nez percés del norte, que constituían casi tres cuartos de la tribu, se convirtieron en indios modélicos para el Gobierno. Aunque no

ocurrió lo mismo con los grupos de los jefes Toohoolhoolzote, Pájaro Blanco (White Bird) y el Viejo José (Old Joseph), de los nez percés del sur, cuyas tierras se encontraban fuera del reducido perímetro de la reserva, y que se negaron a firmar lo que denominaban el «tratado ladrón». A pesar de que su pueblo estaba ubicado dentro de los límites de la reserva, el jefe Espejo (Looking Glass) se negó a firmar por una cuestión de principios.

El tratado de 1863 consumó la ruptura entre los nez percés superiores e inferiores. Muchos de los inferiores, al ver cómo su mundo se tambaleaba, se interesaron por las enseñanzas de Smohalla, el jefe y hombre-medicina de una pequeña tribu de la cuenca del Columbia. Smohalla afirmaba que el Creador le había enseñado a resucitar a los muertos y a repoblar la tierra con animales de caza; es decir, a originar una edad de oro en la que la presencia blanca «se desvanecería como un vago pero terrible sueño poblado por almas fantasmales». Para lograr esa transformación necesitaba una vanguardia de adeptos dispuestos a rechazar el camino del hombre blanco, abandonar la tierra intacta y realizar una danza ritual. La religión «del soñador» era pacifista, pero el Gobierno, temeroso de lo que no entendía, veía en la fe una incitación a la violencia. Aparte de adoptar el característico estilo de peinado con tupé de los «soñadores», pocos nez percés del sur fueron más allá de aceptar de palabra, con cierta esperanza, la doctrina de Smohalla. Continuaron dedicándose a la agricultura y a la ganadería, más interesados en la ganancia material que en un nuevo credo visionario. No obstante, según el punto de vista de Washington, cualquier indio que estuviera asociado, aunque solo fuera remotamente, con las enseñanzas del «profeta» Smohalla era sospechoso.

Durante un tiempo, el Gobierno toleró que no se acatara el tratado de 1863. Sin embargo, el futuro parecía negro para el Viejo José, que murió en 1871 justo cuando entraron los primeros colonos en el valle Wallowa. Su hijo mayor, y sucesor en la jefatura de la banda de los wallowas, el Joven José (Young Joseph) de treinta y un años, juró no entregar nunca el territorio, tal como resumía su credo: «El hombre que no ama la tumba de su padre es peor que un animal salvaje».

El valle Wallowa se había convertido en la prueba definitiva de

la tolerancia federal hacia los nez percés opuestos al tratado. El Gobierno, incapaz de detener a los colonos, intentó negociar un compromiso. En junio de 1873, el presidente Grant firmó una orden ejecutiva por la que concedía al grupo de José derechos exclusivos en la mitad del valle, para revocarla dos años más tarde por la presión de los representantes territoriales. El valle se convirtió en dominio público y los blancos invadieron el territorio, matando a nez percés sin causa justificada y violando a sus mujeres. La venganza provocó la destrucción: «Éramos como ciervos. Ellos eran como osos pardos —manifestó, más adelante, el Joven José—. Teníamos un territorio pequeño. Su territorio era grande. Nosotros nos conformábamos con dejar que todo siguiera como el Gran Espíritu Jefe había establecido. Ellos no, y eran capaces de cambiar los ríos y las montañas si no se adecuaban a lo que ellos querían». **[2]**

El grupo de los wallowas renunció a la venganza hasta junio de 1876, cuando dos granjeros asesinaron a un guerrero que había sido acusado en falso de haber robado un caballo. Cuando la promesa del agente nez percé de llevar a los blancos culpables ante la justicia no se hizo realidad, los guerreros, enfurecidos, sitiaron los ranchos del valle Wallowa. Los voluntarios civiles se reunieron para ahuyentarlos, y la intervención del Joven José y de su hermano menor, Ollokot, evitó que se desencadenara una guerra.

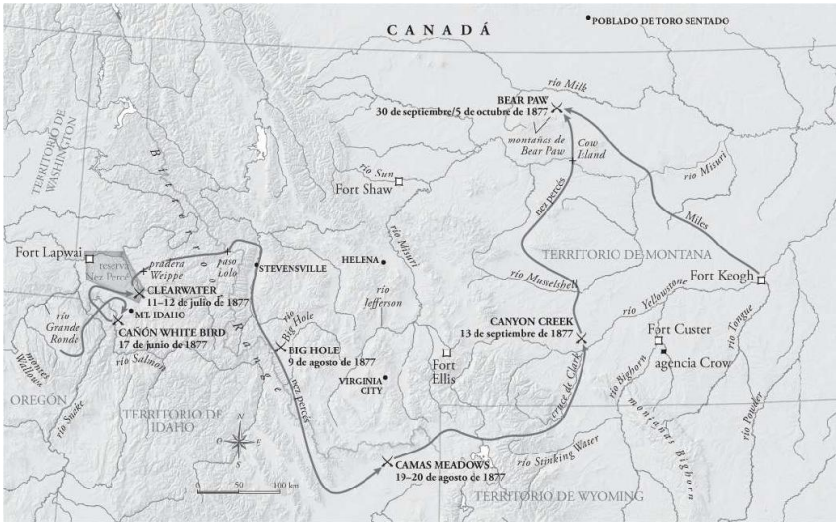
Los hijos del Viejo José se complementaban entre sí. El Joven José, de treinta y seis años y conocido como Jefe José (Chief Joseph), era diplomático por naturaleza, detestaba matar y lideraba el grupo en los asuntos civiles. Ollokot, dos o tres años menor, era el guerrero de la familia. Destacaba en la lucha intertribal y gozaba de la lealtad de los jóvenes de las bandas wallowas, que apreciaban también sus maneras francas y amistosas. En ninguno de los dos residía el ánimo de luchar contra los blancos.

Pero en Washington pensaban que mientras los blancos y los nez percés antirreserva vivieran cerca, la violencia sería inevitable, por lo que, en noviembre de 1876, el Departamento del Interior creó una comisión cuyo jefe *de facto* fue el comandante Oliver O. Howard, jefe al mando del Departamento de Columbia y el único

miembro con experiencia india. A pesar de que la comisión se creó con el objetivo manifiesto de oír las reclamaciones de los nez percés, su auténtico propósito era conseguir que las bandas antitratado fueran a la reserva Lapwai.

Howard albergaba sentimientos encontrados acerca de esta misión. Cuatro años antes, al negociar la paz con Cochise, había dispuesto de carta blanca; ahora, el General Cristiano tenía «órdenes militares claras» de hacer cumplir la política de la Oficina de Asuntos Indios. Tampoco es que él se opusiera a esa política. A pesar de que sentían empatía hacia los nez percés del sur, Howard y sus compañeros comisionados compartían la idea de la oficina de que eran necesarias medidas rigurosas para poner fin al «fanatismo» de los soñadores. Por ello, aconsejaron que la milicia ocupara el valle Wallowa y que, a menos que la banda wallowa se marcharan de forma voluntaria en un «tiempo razonable», se obligara al pueblo de Jefe José a ir a la reserva Lapwai. El Departamento del Interior estaba en realidad satisfecho, pero el de Guerra advirtió a Howard de que actuara con cautela. El 3 de mayo, la comisión mantuvo un encuentro con los jefes antitratado en un intento de evitar una crisis.

El consejo Lapwai se convirtió en el paradigma de la incomprensión intercultural. Los jefes eligieron a Toohoolhoolzote, un devoto de los soñadores, para que defendiera en su nombre y con su oratoria aquello a lo que nunca renunciarían: su tierra natal. El viejo soñador, viril todavía pese a su edad, setenta años, habló con tal arrogancia que Howard lo malinterpretó como un «fuerte y arraigado odio hacia todos los caucásicos». Toohoolhoolzote no paró de hablar durante cuatro días hasta que al general se le agotó la paciencia y le dijo: «Ya he oído veinte veces seguidas eso de que la tierra es vuestra madre. No quiero volverlo a oír, ve al grano de una vez». Pero, ¿estaba dispuesto Toohoolhoolzote a hacerlo?


CANADÁ
POBLADO DE TORO SENTADO
río Milk
BEAR PAW
30 de septiembre/5 de octubre de 1877
montañas de Bear Paw
Cow Eland
río Missouri
río Sun
Fort Shaw
río Missouri
Miles
TERRITORIO DE MONTANA
Fort Keogh
río Musselshell
río Yellowstone
río Tongue
Fort Custer
agencia Crow
río Bighorn
río Powder
Fort Lapwai
pradera Weippe
paso Lolo
STEVENSVILLE
HELENA
río Jefferson
río Big Hole
CLEARWATER
11–12 de julio de 1877
MT. IDAHO
río Grande Ronde
CAÑÓN WHITE BIRD
17 de junio de 1877
río Salmon
BIG HOLE
9 de agosto de 1877
VIRGINIA CITY
Fort Ellis
CANYON CREEK
13 de septiembre de 1877
cruce de Clark
río Stinking Water
CAMAS MEADOWS
19–20 de agosto de 1877
TERRITORIO DE WYOMING
TERRITORIO DE WASHINGTON
OREGÓN
río Snake
TERRITORIO DE IDAHO
río Nez Percé
río Bitterroot
río Clearwater
río Salmon
río Grande Ronde
río Walla Walla
río Snake
río Nez Percé
río Lolo

poderoso hombre-medicina que había sido, en su día, un gran guerrero, no sentía aprecio alguno por los buscadores de oro que habían invadido su territorio, pero era partidario de que no se produjeran enfrentamientos. Incluso Toohoolhoolzote, a pesar de lo encendido de su retórica, prefería la oratoria al combate.

Mientras los jefes parlamentaban, un impulsivo guerrero llamado Wahlitits y dos compañeros borrachos zanjaron la cuestión al asesinar a cuatro blancos célebres por sus maltratos hacia los nez percés. Al día siguiente, un grupo guerrero nez percé recorrió los asentamientos de Camas Prairie y, durante dos días, quemaron los ranchos, robaron el ganado, mataron a dieciocho hombres y violaron, al menos, a una mujer.

Jefe José detestaba la violencia, pero comprendía qué había impulsado a los guerreros:

> Sé que los jóvenes cometieron un gran error, pero me pregunto a quién habría que culpar primero. A ellos los habían insultado miles de veces, habían matado a sus padres y a sus hermanos, habían deshonrado a sus madres y a sus mujeres, habían sido arrastrados a la locura por el *whisky* que les vendía el hombre blanco […] y además de todo eso, carecían de hogar y estaban desesperados. **[5]**

Al dar por hecho que todos los nez percés inferiores iban a sufrir la misma suerte, José y Ollokot se aliaron con las bandas culpables. En cambio, Espejo no quiso participar en el asunto; sus manos, le dijo a Joseph y a Ollokot, «estaban limpias de la sangre del hombre blanco y así debían seguir».

Los fugitivos se trasladaron al cañón White Bird, aguas arriba del río Salmon. Howard, que se mostraba preocupado, pero aún no asustado, telegrafió al cuartel general para informar de que «acabarían con el asunto con rapidez». Su predicción resultó ser, quizá, la mayor subestimación de la capacidad guerrera de los indios que hubiera hecho nunca un general del ejército fronterizo.

En el cañón White Bird, los jefes nez percés del sur intentaron negociar con el jefe al mando de dos compañías de caballería que había enviado Howard para conseguir que los indios fueran a la reserva, pero un lugareño réprobo que iba a caballo con los soldados disparó contra los nez percés que portaban una bandera blanca. Un disparo de respuesta mató a un corneta del ejército y

comenzó el combate. De acuerdo con lo que llegaría a ser un patrón habitual, los nez percés se burlaron del ejército persiguiendo a soldados aterrorizados y a sus ciudadanos auxiliares hasta que los jefes les ordenaron «¡Dejad que se marchen los soldados! ¡Ya les hemos dado una buena paliza!». Y sí, en efecto, los nez percés les habían dado una buena paliza. Aunque los soldados los superaban en número en una proporción de dos por uno, habían matado a treinta y cuatro soldados y herido a dos más con un coste de dos guerreros heridos. Un sargento del ejército manifestó que, más tarde, los guerreros estuvieron alardeando de que la lucha había resultado muy divertida y no más peligrosa que la caza del búfalo. [6]

La batalla del cañón White Bird había asombrado a la milicia. La habilidad de combate de los nez percés había superado, con creces, la de los lakotas y la de los cheyenes en Little Bighorn. Al igual que había hecho Terry tras aquel desastre, en esta ocasión, Howard falseó los datos y afirmó que los nez percés habían excedido en gran número a la caballería. Era la forma más limpia de ocultar un mando desastroso y una pobre actuación de los soldados, así como de preparar a la nación para lo que bien podía desembocar en un enfrentamiento largo y costoso.

No cabía duda de que no iba a ser el «asunto rápido» que había imaginado Howard. Mientras se apresuraban a llegar refuerzos de todos los rincones, Howard, sin ser consciente de ello, reforzaba a su enemigo. Al aceptar los rumores infundados de que Espejo pretendía unirse a los beligerantes, envió a dos nuevas compañías de caballería para «sorprender y capturar a este jefe y todos sus bienes».

En el poblado de Espejo nada parecía ni remotamente hostil. Su grupo, dedicado a la agricultura y a la ganadería, nunca había causado ningún problema a nadie. Cuando el jefe estaba desayunando, le informaron de que se aproximaban los soldados. Tanto él como el jefe al mando de la caballería estaban dispuestos a dialogar, pero otro voluntario civil, de gatillo en exceso ligero, provocó un enfrentamiento al matar de un tiro a un anciano nez percé antes de que pudieran intercambiar palabra, lo cual propició que la colina estallara en disparos. Las balas perforaron los tipis y acribillaron al ganado. Una mujer, aterrorizada, se arrojó con su

bebé al Clearwater, donde ambos se ahogaron. No hubo fuego de respuesta; los nez percés solo querían escapar. Los soldados, incapaces de atraparlos, arrasaron su poblado desierto y espantaron el ganado. «Por supuesto —escribió Howard al enterarse de la derrota—, lo único que hicimos fue agitar un avispero». [7]

Después del episodio del cañón White Bird, los otros grupos nez percé habían cruzado el río Salmon. Fue una maniobra inteligente. Si Howard los seguía, los jefes podían volver sobre sus pasos hacia el lugar que eligieran, escurrirse detrás de Howard y dirigirse al río Clearwater, mientras burlaban a los soldados en una entretenida persecución.

Howard había picado en el anzuelo. Los nez percés, esquivándolo con facilidad, le pusieron el sobrenombre de Howard de Pasado Mañana (Day After Tomorrow Howard). Este, no solo había perdido el respeto de su enemigo, sino que también estaba perdiendo la batalla ante la opinión pública. Los periódicos de todo el país habían calificado los asesinatos de Camas Prairie como «gratuitos y premeditados», parte de una conspiración de los soñadores para levantar al Pacífico Noroeste, pero, tras el episodio de White Bird, la prensa reconsideró su opinión. Al contrario que otros indios «guerreros», los nez percés no habían arrancado ninguna cabellera ni habían mutilado a los soldados muertos. Y trataban con amabilidad a los colonos, incluso saldando sus antiguas deudas en las tiendas locales. En una palabra, los nez percés se estaban adhiriendo al código de guerra del hombre blanco, en lo que un periódico local proclamó como «la magnanimidad de Jefe José puede salvarnos, y eso es todo». [8]

El 2 de julio, los nez percés volvieron a cruzar el río Salmon. Cinco días más tarde, se unieron al jefe Espejo en la bifurcación sur del río Clearwater. En ese momento, eran setecientos cincuenta «hostiles», entre ellos doscientos guerreros. Nadie ejercía un mando general y, dado que Howard se encontraba a bastante distancia, los nez percés relajaron la vigilancia. La situación de su campamento, dominada por crestas empinadas colmadas de peñascos en la orilla opuesta, con solo un estrecho cañón tras el poblado como medio de salida, reflejaba su escasa intención de iniciar una batalla. Simplemente, estaban escapando, aunque, por desgracia para ellos, se demoraron demasiado en el Clearwater.

El día 11, Howard, con cuatrocientos soldados regulares y ciento cincuenta exploradores y voluntarios, incluyendo a varios nez percés del norte, se topó con ellos. Era una tarde sofocante con una temperatura rayana en los 38° y los indios no sospechaban nada. Los jóvenes y los niños organizaban carreras de caballos y la segunda mujer de Ollokot disfrutaba de un chapuzón en las tonificantes aguas del Clearwater. El guerrero Lobo Amarillo (Yellow Wolf) descansaba, sumido en sus pensamientos, cuando el estruendo de un cañón que provenía de la orilla oriental interrumpió sus ensoñaciones. Los hombres se apresuraron a disponerse para la batalla y se colgaron al hombro las cartucheras. Lobo Amarillo se unió a un grupo de dos docenas de guerreros que había convocado Tohoolhoolzote y, tras cruzar el río, ascendieron por un desfiladero arbolado. Al llegar a la cima, los indios desmontaron ocultos por unas matas de espinos, apilaron piedras para cubrirse y, a continuación, dispararon contra los soldados que, vacilantes, se acercaban.

La recia defensa de Toohoolhoolzote confundió a Howard, que había desplegado a sus hombres sin mucho orden. Los subordinados no tenían ni idea de qué se esperaba de ellos y los soldados apretaban el gatillo al azar disparando tanto sobre amigos como sobre enemigos. Por su lado, los nez percés lo hacían con puntería mortal y derribaban a diez soldados por cada guerrero abatido. Un solo nez percé con buena puntería había acabado con varios hombres antes de que un disparo de artillería lo hiciera pedazos.

Poco a poco, Howard estableció una línea de batalla en elipse. Como había pocos árboles, reunió la caravana de suministros y los caballos en una zona despejada tras la línea de tiro y detrás de ellos levantó el centro de operaciones y un rudimentario hospital de campaña.

Al cabo de tres horas, Toohoolhoolzote abandonó el combate. Le dieron el relevo dos grupos de asalto. Uno, al mando de Ollokot, atacó el flanco derecho de Howard y, según los relatos nez percés, estuvo a punto de capturar al general. El segundo grupo remontó un desfiladero hacía la artillería de Howard, para disgregarse en grupos reducidos antes de que pudieran utilizar los cañones contra ellos. Los guerreros se deslizaban de la silla, apuntaban a conciencia y, después, volvían a montar en sus ponis, que pacían ajenos a la

contienda. Hacia el atardecer, Howard lanzó dos pequeños contraataques. Los nez percés cedieron terreno y se fortificaron tras pequeños montículos del terreno. Los estallidos y fogonazos de los rifles indios mantuvieron toda la noche en vilo a los oficiales y a los soldados. [9]

Sin duda, el combate diurno había alterado a Howard. Creía que lo superaban en número, cuando, en realidad, menos de cien guerreros casi habían vencido a un número cinco veces mayor. Con posterioridad, Howard afirmaría: «A pesar del éxito de nuestros ataques nocturnos, por la noche la situación no parecía muy prometedora». Ni tampoco pareció mucho más prometedora con las luces del 12 de julio. Pero los guerreros nez percés empezaron a caer dormidos y, al mediodía, eran menos de cincuenta los que resistían. La mayoría no veía el sentido de arriesgar la vida cuando los soldados no habían intentado alcanzar su poblado.

Más o menos al mediodía, su cálculo se demostró bruscamente equivocado. Un oficial, harto de aquel punto muerto, decidió terminar la batalla por sí mismo, o perder a sus tropas en el intento. Le habían enviado para escoltar unas caravanas hasta un lugar seguro, pero él, en cambio, empujó a sus hombres hacia los pocos guerreros que todavía permanecían en el campo. Los nez percés dispararon varias descargas y salieron corriendo. «Todo el mundo estaba corriendo —confesó después un guerrero—, algunos en cabeza y otros detrás. Todos escapaban hacia el campamento para salvar la vida». [10]

Pero en el poblado fue peor. Los cañones bombardeaban y las ametralladoras Gatling repiqueteaban, lanzando un disparo tras otro contra las familias que huían. Lobo Amarillo y un compañero fueron los últimos hombres en abandonar la colina y al dirigirse a caballo hacia el campamento, vio a la mujer de Jefe José forcejeando con un poni que coceaba mientras las balas estallaban peligrosamente cerca. Su hija recién nacida yacía en el suelo envuelta en su portabebés. Lobo Amarillo alzó al bebé y se lo dio y ambos galoparon hacia el estrecho cañón para ponerse a salvo, mientras que José permaneció detrás hasta que los últimos no combatientes estuvieron fuera de peligro. [11]

La descarga tan solo había herido a un nez percé, pero la retirada precipitada les había costado la mayoría de sus posesiones.

La caballería de Howard cruzó con retraso el río en dirección al campamento abandonado. El comandante estaba a punto de perseguirlos cuando Howard que, de algún modo, había llegado a la conclusión de que los indios estaban regresando, le ordenó que ayudase a los soldados de infantería a cruzar otra vez el río. Mientras ardía el poblado nez percé (Howard nunca confesó quién dio la orden de incendiarlo), el general cometió un segundo error grave: quedaban cuatro horas de luz, tiempo suficiente para dispersar y derrotar a las vapuleadas bandas, pero Howard dejó que los nez percés se marcharan pues confiaba en que al día siguiente los podría atrapar. **[12]**

Estaba equivocado. Los nez percés, sin preocuparse por la caballería, se dirigieron a la pradera Wieppe, donde, setenta y dos años antes, la tribu había recibido a Lewis y Clark. Ahora, los jefes se reunieron para debatir un futuro inimaginable, al que los obligaban unas gentes ante las que los nez percés habían prometido paz eterna. José quería volver y librar una última batalla en su tierra natal. Espejo, por su parte, ofreció una alternativa más esperanzadora. Puesto que había luchado durante mucho tiempo junto a los crows en contra de los lakotas, estaba seguro de que aquellos les darían refugio en la reserva. Su proposición resultaba convincente, aunque, sin duda, la marcha sería dura, pues el camino hacia el territorio crow transcurría por la tortuosa Ruta Lolo, sobre la espina dorsal de la cordillera Bitterroot, y después, en dirección sur hacia el valle Bitterroot de Montana. Pero Espejo afirmó que los blancos que vivían en el territorio Bitterroot siempre se habían comportado de forma amistosa. Mientras los nez percés no dieran problemas, no cabía duda de que los habitantes de Montana les dejarían pasar tranquilos. Al fin y al cabo, la guerra había sido un asunto de Idaho. Una vez olvidados los problemas allí, Espejo prometió que el Gobierno permitiría a los nez percés volver a casa. El consejo no solo aceptó su propuesta (aunque José y Ollokot a regañadientes) sino que también lo puso al mando de la marcha, una decisión que dejó al abatido José resignado a vagar a la deriva «adónde quisiera la tribu».

Los hechos se desarrollaron tal como había predicho el jefe Espejo, al menos, al principio. En la Ruta Lolo, los nez percés sacaron ventaja a Howard, eludiendo una pequeña fuerza de

bloqueo, y después desembocaron en el valle Bitterroot sin sufrir ninguna baja. Durante el viaje a través del valle, Espejo había mantenido a raya a los nez percés, obligando a los guerreros a pagar los suministros que podían haber robado con impunidad. [13]

Los habitantes de Montana eran amistosos y Espejo se volvió complaciente y arrogante. Por otra parte, su propia gente se impacientó. Wahlitis, que había empezado la guerra, estuvo cabalgando una mañana hablando de unas visiones de un desastre inminente que había tenido en sueños. El jefe Pájaro Blanco había obligado a Espejo a acelerar el paso, sin resultado alguno. De nuevo, este había ofrecido argumentos convincentes para justificar su forma de actuar. Sin duda, Howard de Pasado Mañana se había quedado muy atrás, la gente de Montana no constituía una amenaza y la Gran Divisoria estaba a la vista. Al otro lado, les esperaba el extenso y apacible valle Big Hole, un antiguo enclave que era el favorito de los cazadores de búfalos nez percés. El territorio crow se encontraba al este, a tan solo cuatrocientos ochenta kilómetros por una ruta sinuosa, pero exenta de peligros. Una vez más, el consejo se plegó ante Espejo.

El 8 de agosto, Espejo ordenó hacer un alto en la orilla este del cruce Norte del río Big Hole, a la sombra de una esbelta y alta colina que se elevaba de forma abrupta y estaba cubierta, en parte, por pinos. Habían dejado pastando sin vigilancia a la manada de ponis a medio camino de la ladera y Espejo se negó a que los grupos de exploradores rastrearan el camino que habían recorrido, diciendo: «¡Ya no más luchas! ¡Se ha terminado la guerra!».

Pero los sueños amenazadores persistían. Un respetado hombremedicina pensaba que era esencial apresurarse, ya que, según le comunicó a Espejo: «Cuando estaba durmiendo, mi medicina me dijo que avanzara, pues se nos aproximaba la muerte. Si sigues mi consejo, podemos evitar la muerte y mi consejo es que atravesemos deprisa este territorio. Si no, dentro de poco llorarás». Pero Espejo no le hizo caso. Poco a poco, la mayoría de los nez percés se fue relajando. Las familias levantaron sus tipis y formaron un poblado en forma de V de ochenta y nueve tipis. Los niños jugaban en la orilla del río. Los guerreros cantaban y apostaban hasta bien pasada la medianoche y Lobo Amarillo también participaba en la diversión. «Todo el mundo estaba de buen humor.

¡Nos dirigíamos al territorio de los búfalos!». [14]

En la ladera, cerca de donde pastaba la manada de ponis de los nez percés, acurrucados debajo de mantas, unos soldados aguardaban a que llegara el alba sin ser descubiertos.

El alto mando del ejército había estado ocupado. Con Toro Sentado en Canadá y los lakotas opuestos al tratado y sus aliados cheyenes recientemente pacificados, lo último que necesitaba el general Sherman era que añadieran un nuevo y volátil ingrediente a la delicada combinación de diplomacia y coacción que había elaborado. No sentía simpatía hacia los nez percés. Su idea acerca de los orígenes del conflicto, distorsionada sin remedio, le provocaba el deseo de que se les obligara «a pagar por los asesinatos que habían cometido y de castigarlos como tribu por iniciar una guerra sin ninguna causa justa ni provocación». Se esperaba que los subordinados atraparan a los nez percés haciendo caso omiso de los límites territoriales. Cuando la tribu entró en el valle Bitterroot, pasaron del Departamento de Columbia del general Howard al Distrito de Montana de John Gibbon, que formaba parte del Departamento de Dakota del general Terry. Gibbon solo disponía de un puñado de compañías, escasas de efectivos y diseminadas aquí y allá, por lo que la tarea recayó en Howard. Pero el general manco se encontraba muy por detrás de los nez percés, retrasado por las intensas tormentas y por su decisión de esperar refuerzos para proteger los asentamientos de Idaho, en el caso de que los nez percés dieran media vuelta y volvieran contra él. [15]

De modo que la batalla, en caso de que se produjera alguna, la lucharía Gibbon. Su actuación en la campaña de Little Bighorn no inspiraba demasiada confianza, pero este coronel de cincuenta y cinco años contaba con un renovado vigor. El 28 de julio había abandonado Fort Shaw con 17 oficiales y 146 reclutas del 7.º de Infantería. El núcleo de la fuerza de Gibbon se movía con tanta rapidez por el valle Bitterroot que el 7 de agosto ya solo estaban a un día de marcha de los nez percés. A lo largo del camino, Gibbon había sumado más hombres: treinta y cuatro colonos indiferentes a la benevolencia nez percé. Gibbon puso a los habitantes de Montana al mando del teniente James H. Bradley, aunque, la noche del 8 de

agosto, al no calcular bien la distancia al poblado nez percé, casi pierde a su leal subalterno, a los dubitativos habitantes de Montana y a una compañía de infantería montada al enviar al reducido contingente como avanzadilla para encontrar y dispersar a la manada de ponis de los nez percés y asegurarle que él los alcanzaría poco después. Por fortuna para Bradley, su instinto le dijo que esperara. No fue hasta la medianoche cuando Gibbon lo alcanzó y entonces el coronel se tumbó a dormir bajo un pino. Dos horas más tarde, su contingente, reunido, se puso en marcha.

La luna se había ocultado y la noche era oscura; condiciones favorables para una marcha sigilosa. Pero la profunda oscuridad también daba lugar a sorpresas. Cerca del pie de la colina, Gibbon se topó con la manada de ponis de los nez percés. Los animales, asustados, relincharon y patearon la tierra. Los perros del campamento empezaron a dar la alarma y, por un instante, Gibbon pensó que le habían descubierto. Sin embargo, una vez que remitieron los ladridos, los ponis trotaron colina arriba lejos de los soldados y el campamento, ahora algo visible, situado a unos pocos cientos de metros de distancia, ya no mostraba signos de agitación. Gibbon quería que su guía, junto con un destacamento, atrapara la manada, pero el hombre, que había pasado su vida entre indios, convenció al coronel de que los nez percés nunca permitirían que sus ponis vagaran sin vigilancia. Pero ese no era el caso; Espejo no había tomado ni las más mínimas precauciones ante un asalto. **[16]**

Puesto que no tenía nada mejor que hacer antes del amanecer, Gibbon meditó sobre la moralidad de lo que estaba a punto de acometer. Tal como contó después al obispo de Montana:

> Conociendo como conoces mi naturaleza pacífica, podrás imaginarnos sentados durante dos horas en la oscuridad de la noche, a tal distancia que podíamos oír llorar, con nitidez, a un grupo de niños así como hablar a sus padres, mientras esperábamos a que hubiera suficiente luz para comenzar la matanza que, dada la naturaleza del caso, sería indiscriminada por necesidad, de lo cual éramos conscientes. Teníamos mucho tiempo para reflexionar y, al menos yo, no pude evitar pensar que esa tarea inhumana nos la había impuesto un sistema fraudulento e injusto que había obligado a estos pobres desgraciados a asumir una actitud hostil contra los blancos. **[17]**

Se acercaba el alba. Las mujeres indias salieron de sus tipis y encendieron las fogatas para preparar el desayuno. A las cuatro de la madrugada, Gibbon había formado a sus soldados en una línea atenuada de escaramuza y había comenzado el avance. Los soldados y los voluntarios civiles, abriéndose paso entre ciénagas que les cubrían hasta la cintura y apartando con cautela la maleza, muy despacio, cruzaron el pantanoso arroyo que discurría entre ellos y el poblado. Desde la colina, Gibbon miraba de reojo las sombras que avanzaban «con todos los sentidos puestos en la tensión ante el primer signo de alarma». De repente, a la izquierda, se oyó un disparo en la lejanía que perturbó la quietud. Un soldado había matado a un anciano nez percé medio ciego que se había acercado demasiado a la manada de ponis.

A partir de ese momento, los sucesos escaparon al control de Gibbon. «Como si el disparo hubiera sido la señal que esperaban, toda la línea se abrió y los hombres avanzaron a la carrera, enardecidos por gritos, se lanzaron al arroyo y treparon por la orilla opuesta mientras disparaban a los sorprendidos indios, al tiempo que una turba de hombres, mujeres y niños salía corriendo de sus tipis». Una bala perdida alcanzó a Bradley. Con la muerte del teniente, su destacamento se apelotonó en la parte principal del campamento nez percé, dejando el extremo norte intacto cuando los soldados atacaron el poblado. **[18]**

Los nez percés estaban desconcertados. Una mezcla disonante de «aclamaciones, alaridos salvajes, chillidos, insultos y gemidos» desgarró el aire de la mañana mientras los habitantes del poblado caminaban vacilantes «aturdidos y perplejos». Uno de los primeros en morir fue Wahlitits, el joven iracundo cuyo acto de venganza había precipitado la guerra. Había salido corriendo de su tipi con su mujer embarazada y, cerca de la orilla, se había echado al suelo detrás de un tronco y había matado al primer soldado que salió de la maleza. El siguiente disparó a Wahlitits en la barbilla. Cuando este se derrumbó hacia atrás, su mujer tomó el fusil y acabó con al asesino de su marido. Entonces, una bala le atravesó la garganta y se derrumbó sobre el cadáver de Wahlitits.

El pánico y el terror de los primeros momentos de la batalla quedaron grabados para siempre en la memoria del muchacho de diez años Joven Pájaro Blanco (Young White Bird). Su padre había

salido del tipi de la familia al empezar los disparos. Al oír el impacto de «las balas que sonaban como granizo al caer sobre los tipis y desgarraban las paredes» el chico se había acurrucado, pero su madre lo cogió de la mano y ambos corrieron hacia un recodo del arroyo. Una bala le amputó a ella dos dedos y a Joven Pájaro Blanco el gordo de la mano derecha, pero ella no se detuvo y siguió caminando con el niño a rastras. Se metieron en el río helado con el agua hasta el cuello, ocultos detrás de unos arbustos. Cerca de allí, una mujer que estaba cavando un agujero se cayó al arroyo, pues había recibido un disparo en el seno izquierdo. Poco después, un soldado descubrió a Joven Pájaro Blanco y a su madre e hizo señas a otros soldados, los cuales, alzaron los rifles y apuntaron hacia ellos. «Mi madre me hundió la cabeza en el agua y cuando volví a salir a la superficie, vi que había levantado la mano y que estaba diciendo: "¡Mujeres, solo mujeres!"». Un oficial debió de ordenarles que se detuvieran porque bajaron las armas. Algunos se marcharon y otros se metieron en el agua y ofrecieron sus manos a las mujeres para tranquilizarlas.

La mayoría de las mujeres y de los niños se había alejado huyendo del río hasta llegar a una pradera situada al este del campamento por la que deambulaban docenas de guerreros desarmados. Lobo Amarillo, que había estado durmiendo la mona tras la juerga de la noche anterior en el tipi de Jefe José, al menos conservaba su mazo de guerra. Al ver cómo un soldado «caminaba como un borracho» se lo clavó en la cabeza y, acto seguido, despojó al cadáver del rifle y de la cartuchera. Jefe José había salido corriendo del tipi, descalzo y ataviado tan solo con una camisa y una manta. Junto con otro hombre, se montaron en sus ponis de guerra favoritos que tenían atados junto a sus tipis, subieron la colina al galope, más allá de los soldados, y condujeron a la manada de ponis a un lugar seguro.

Abajo, en la llanura, el jefe Pájaro Blanco (White Bird) había intentado infundir algo de la lucidez mental de José en los sorprendidos guerreros. «¿Por qué nos estamos retirando? —gritó—. Desde que se creó el mundo, los hombres valientes han luchado por sus mujeres y por sus hijos. ¿Acaso vamos a salir corriendo a las montañas dejando que los blancos maten a nuestras mujeres y a nuestros hijos delante de nuestros propios ojos? Estos soldados no

pueden luchar mejor que aquellos a los que derrotamos en el cañón White Bird. ¡Luchad! ¡Disparad y matadlos!». Los hombres recobraron el ánimo y secundaron a Pájaro Blanco en su regreso al campamento. Lobo Amarillo y sus compañeros se encontraron «en un terrible cuerpo a cuerpo con esos soldados. Podíamos golpearnos unos a otros con los rifles. Actuaban como si estuvieran bajo los efectos del alcohol. Creo que alguno de los que matamos estaba borracho». [19]

O quizá no. La mayoría de los soldados que cayó en el contraataque de los nez percés murió porque Gibbon había tomado la decisión apresurada de quemar el poblado en vez de aprovecharse de su ventaja. Al ranchero John B. Caitlin, «capitán» de los voluntarios de Montana, le parecía una estupidez perder un tiempo tan valioso incendiando unos tipis tan cubiertos de escarcha que resultaba difícil conseguir que prendieran. «Si dábamos un buen escarmiento a los indios, podríamos quemar los tipis cuando tuviéramos más tiempo para eso».

En efecto, las órdenes de Gibbon resultaron un error catastrófico y trágico. El empeño de los soldados por destruir el poblado dio a Pájaro Blanco tiempo suficiente para lanzar un contraataque que abrumó al reducido contingente de Gibbon. Los guerreros no solo lucharon contra los soldados en el poblado, sino que varios nez percés también consiguieron situarse tras ellos en un terreno más elevado situado en el lado más alejado del arroyo. Lo que había constituido una línea definida de escaramuza del ejército se deshizo, transformándose en un círculo irregular. Gibbon, después de que una bala le hubiera destrozado la pierna, ordenó la retirada. Su objetivo era una zona de pino bajo cerca de la base de la colina, ochenta metros al oeste del extremo inferior del poblado. Una vez más, Caitlin había encontrado una razón para criticar a Gibbon. «Hace mucho que aprendí que no hay que retirarse nunca, sino que siempre hay que seguir avanzando, de lo contrario, los indios pensarán que te han derrotado y se envalentonarán».

Y eso es, precisamente, lo que ocurrió. Los tiradores nez percés habían derribado al menos a dos docenas de hombres de Gibbon que huían cuesta arriba y si todos los guerreros hubieran dispuesto de armas de fuego, casi ningún hombre blanco habría llegado vivo al pinar. Había sucedido porque varias docenas de ellos treparon

rápidamente por la pendiente por encima del campamento que había elegido Gibbon. Aquellos que tenían rifles lanzaron una descarga de disparos sobre los soldados y los aterrorizados civiles, que cavaban, a toda prisa, trincheras con ayuda de las bayonetas o con las manos. Caitlin, tambaleándose llegó al perímetro defensivo, ahora prácticamente rodeado por los nez percés, y preguntó: «¿Quién dijo que nos detuviéramos aquí?». Lo dijo el coronel Gibbon, contestó alguien. «¡Me da igual! —respondió Caitlin, enfadado—. ¡Este es un infierno de lugar para acampar!». [20]

Gibbon esperaba haber recibido ayuda de su obús, que apareció poco después de que los soldados se hubieran reagrupado en el pinar. Pero un grupo guerrero se abalanzó sobre el cañón, matando a un hombre e hiriendo a otros dos antes de desmontarlo. Al mismo tiempo, los guerreros que se encontraban en la pendiente quemaron un poco de maleza, para obligar a los soldados a salir asfixiados por el humo. A medida que las llamas avanzaban hacia ellos, Gibbon gritó: «Si nos alcanzan las llamas, las cruzaremos en dirección al río, llevándonos a los heridos y, después, ocultos en la orilla, mandaremos a los pieles rojas a un lugar más caliente aún que el que nos han preparado ellos a nosotros». El sarcasmo del coronel no engañó a nadie; todo el mundo sabía que las llamas los empujarían hacia los disparos, mortalmente certeros, de los nez percés. Pero el viento cambió y las llamas se desvanecieron.

Los disparos cesaron con el crepúsculo. Esa tarde, todos los guerreros habían abandonado la colina excepto doce al mando de Ollokot, cuya mujer yacía en el tipi, herida de muerte. Lobo Amarillo, al ver lo que quedaba del poblado, sintió náuseas. «No resultaba agradable ver a las mujeres y a los niños muertos y heridos. Unos cuantos soldados y guerreros estaban tendidos como habían caído; algunos casi juntos. Los niños heridos gritaban de dolor. Los hombres y las mujeres lloraban por los familiares muertos que estaban allí esparcidos. El aire estaba cargado de tristeza. No desearía volver a oír eso, no desearía volver a ver eso».

Durante esa amarga noche, del campamento nocturno bañado en sangre de Gibbon surgían improperios y gemidos de dolor. Se había producido un número escalofriante de bajas. De los 182 hombres que habían comenzado la batalla, 74 ahora estaban muertos o heridos y la única comida disponible consistía en un caballo muerto

cuyo dueño había troceado y dividido en pedacitos. Parecía inevitable que se produjera un ataque nez percé al amanecer.

Sin embargo, los jefes nez percés lo único que anhelaban era llegar hasta los crows. En Big Hole murieron entre sesenta y noventa de ellos, la mayoría mujeres y niños. «Los nez percés nunca luchaban contra mujeres y niños —admitió, posteriormente, con sinceridad Jefe José—. Podíamos haber matado a muchas mujeres y niños durante el enfrentamiento, pero nos habríamos sentido avergonzados de haber cometido un acto tan cobarde». Si hubieran querido, los indios también podrían haber aniquilado al diezmado contingente de Gibbon. Pero ahora tenían prisa porque lo que más les importaba era la vida de sus mujeres y sus niños. Entre sus planes no figuraba matar por matar o por venganza. [21]

Los nez percés habían reiniciado su huida cargando con el peso extra de los heridos. Espejo, deshonrado, dirigió solo a su propio grupo; el control de la marcha había pasado a Poker Joe, un residente mestizo del valle Bitterroot con una pasión desmesurada por los naipes, y que no había tenía intención de de mezclarse con los nez percés de Idaho. Él y su reducido y pacífico grupo nez percé habían vivido varios años en el Territorio de Montana y se habían considerado parte de la comunidad hasta que los vecinos blancos los acusaron de haber luchado en Idaho, por lo que Poker Joe, enfurecido, cuando los fugitivos pasaron por el territorio de Bitterroot se unió a ellos.

La presencia de Poker Joe había resultado un regalo del cielo. Era un líder por naturaleza y conocía todas las rutas de la parte occidental de Montana. Con él al mando, se habían acabado las marchas pausadas. Marcó un ritmo exacto de unos ochenta kilómetros al día e hizo bien, ya que Howard de Pasado Mañana los estaba dando alcance. El 11 de agosto había relevado a Gibbon, y este, agradecido, había regresado a Fort Shaw con sus maltrechas tropas. Una semana después, la caballería de Howard se aproximó hasta situarse a veinticuatro kilómetros de los nez percés. Sin embargo, Howard desconocía que los indios estaban tan cerca y, el 19 de agosto por la tarde, levantó un campamento desprotegido en Camas Meadows, sesenta y cuatro kilómetros al oeste del Parque Nacional Yellowstone. Espejo, al ver la posibilidad de redimirse, convenció a los otros líderes de guerra de que lo acompañaran en

un ataque sorpresa nocturno para robar caballos y cogieron desprevenida a la caballería. Los nez percés regresaron muy contentos con lo que creían que eran caballos del ejército, para descubrir, apenas amaneció, que su auténtico botín era una recua de ruidosas mulas de carga. [22]

La razia de Camas Meadow no había ayudado a Espejo, pero sí había dejado coja a la caravana de carga del ejército. Y, lo que era más importante, había sacudido la frágil moral del debilitado contingente de Howard. Tras caminar ochocientos kilómetros en veintiséis días, los soldados de infantería se encontraban al borde del colapso. Los uniformes de verano estaban hechos jirones y los zapatos desgastados, incluso algunos soldados iban descalzos y otros no tenían más que una manta con la que abrigarse del frío de la montaña. El jefe médico de Howard rogó que se hiciera una parada y el General Cristiano acampó cuando se encontraban a un día de marcha del Parque Nacional y de la frontera de Wyoming, la barrera oriental de la División Militar del Pacífico.

En realidad, el general Howard se sentía tan agotado por la persecución como sus soldados y telegrafió al general Sherman para pedirle permiso para encomendar a los nez percés a algún jefe de mando de la División Militar del general Sheridan. Howard pensaba, con razón, que había hecho más de lo que le correspondía. Aunque los nez percés se habían escapado, no había sido por falta de esfuerzo por su parte. A pesar de ello, Sherman lo reprendió y le recordó al desanimado general que las suyas eran las únicas tropas disponibles en ese momento. Le ordenó que «persiguiera a los nez percés hasta la muerte y que fueran adonde fueran ellos». No contento con esto, hirió su orgullo al espetarle: «Si estás cansado, deja el mando a algún oficial con energía y permite que los persiga y que vaya a donde vayan». Howard, irritado, le respondió que él nunca flaqueaba, que eran sus hombres los que estaban extenuados «por una marcha a todas luces excesivamente agotadora». A finales de agosto, tras reabastecerse y descansar algo de tiempo, Howard retomó la persecución. [23]

El resentimiento de Sherman no se debía tanto a la actuación de Howard como a una marea contraria de la opinión pública. La huida de los nez percés se había convertido en un drama nacional, una especie de enfrentamiento entre David y Goliat en el que casi

todo el mundo al margen de la milicia y del Gobierno tomaba partido por los pobres indios. Los escritores satíricos se burlaban del ejército y magnificaban sus derrotas. Los nez percés se impusieron incluso entre la prensa del Oeste, partidaria del exterminio, cuando esta admitió que su forma de luchar «casi siempre había estado marcada por los rasgos más elevados reconocidos por las naciones civilizadas». La atención se centraba en José. Dado que él había representado a los nez percés en los encuentros con Howard anteriores a la guerra, se daba por hecho que también era su líder de guerra. Incluso decoró las páginas del *Harper's Weekly* un halagador, aunque fantasioso, grabado que retrataba al jefe.

A Sherman le disgustaba todo eso. Deseaba que capturaran a los nez percés y que sus líderes fueran ejecutados tras ser condenados por un tribunal civil. «Hay que tratar a los que queden como a los modoc, enviándolos a algún otro territorio —dijo a Sheridan—. Tiene que imperar una severidad extrema, de lo contrario, otras tribus parecidas podrían imitar su ejemplo». **[24]**

Sheridan se había sentido muy presionado para satisfacer a su petulante superior. Los jefes del departamento, Terry y Crook, se encontraban temporalmente de servicio en el Este para reprimir las revueltas de los trabajadores del ferrocarril. El coronel Miles, que estaba en Fort Keogh (el antiguo cuartel del río Tongue), distaba casi quinientos kilómetros de la probable línea de marcha nez percé. Lo único que podía hacer Sheridan era ordenar a Miles que enviara al coronel Samuel D. Sturgis (el cual, tras siete años en comisión de servicios había retomado con renuencia su puesto como jefe al mando del 7.º de Caballería) para intentar bloquear a los nez percés en la tortuosa cresta Absaroka, el último obstáculo natural entre los indios y las llanuras del norte. No obstante, el intento fracasó, los nez percés consiguieron esquivarlo y entrar en el territorio crow el 10 de septiembre.

Lo que debería haber sido un motivo de celebración entre los nez percés se convirtió, sin embargo, en una pesadilla de traición. Los crows, durante las batallas contra los lakotas y los cheyenes, agradecieron la ayuda nez percé siempre que no conllevara ninguna obligación por su parte. Es obvio que nunca habían esperado

toparse con casi un cuarto de la tribu en su puerta. Conceder refugio a los nez percés habría enfrentado a los crows con su gran benefactor, el Gobierno de Estados Unidos. Por lo tanto, no solo les conminaron a que se marcharan, sino que, para reafirmar su fidelidad al Gran Padre, contribuyeron con sus mejores guerreros a las tropas de Sturgis.

En ese momento quedó claro, incluso para sus seguidores más fieles, que Espejo había conducido a los nez percés a una misión inútil de mil novecientos kilómetros. La única oportunidad que les quedaba para lograr la libertad era llegar a Canadá antes que el ejército (algo que siempre había defendido Poker Joe), y esperar que sus enemigos mortales, los lakotas hunkpapa de Toro Sentado, los aceptaran como compañeros víctimas de la agresión blanca. Con esa débil esperanza, se apresuraron hacia el norte por las yermas tierras del este de Montana.

El general Howard había establecido conexión con Sturgis el día después de que los nez percés lograran zafarse del 7.º de Caballería. A pesar de que dudaba de que Sturgis los pudiera alcanzar, Howard le dio permiso para que, al menos, lo intentara. Sturgis consiguió alcanzar a los nez percés en Canyon Creek, justo al norte del río Yellowstone, donde su mediocre táctica, unida a una sólida retaguardia de los nez percés, le causó un humillante revés. Los nez percés se escaparon con solo tres hombres heridos pero con un alto coste en animales. **[25]**

Los guerreros crows, ansiosos por el pillaje, iban pisando los talones a los flancos y a la retaguardia nez percé. A medida que disminuía la esperanza, y que Poker Joe aceleraba el paso, los ancianos y los débiles empezaron a renquear y muchos de ellos fueron víctimas de los cuchillos para arrancar cabelleras de los crows. Cuando los nez percés llegaron al río Musselshell, a trescientos veintiún kilómetros de la frontera canadiense, sus líderes estaban sumidos en el caos. Los que abogaban por ralentizar la marcha (entre los cuales destacaba Espejo) reafirmaron su posición con el argumento de que las mujeres, los niños y los ancianos estaban casi exhaustos y los caballos, al borde del colapso. Ya habían dejado muy atrás a Howard de Pasado Mañana) y al 7.º de Caballería, de modo que no tenían que temer al ejército. **[26]**

❋

El coronel Miles todavía había de mover ficha. Desconocía tanto el contratiempo de Sturgis como el paradero de los nez percés y lo único que sabía era que si Toro Sentado acudía desde Canadá para ayudarlos, sus doce meses de exigente campaña contra los lakotas habrían resultado en vano y, por lo tanto, disminuirían sus posibilidades de promoción.

El 17 de septiembre de 1877 por la tarde, Miles, de pie frente al río Yellowstone, rumiaba esa desagradable contingencia cuando divisó a un jinete solitario en el horizonte, hacia el oeste. Era un correo del 7.º de Caballería. «¿Habéis sufrido algún enfrentamiento? —le preguntó Miles mientras el soldado frenaba al animal con las bridas—. No —respondió el hombre y le entregó el sobre al coronel —. Pero tuvimos una buena oportunidad». El sobre contenía dos notas; en una, Sturgis confesaba que los indios lo habían dejado «irremediablemente muy atrás», la segunda nota provenía de Howard, que rogaba a Miles que interceptara a los nez percés o «al menos, que los tenga controlados hasta que pueda alcanzarlos». [27]

Miles no necesitaba que le insistieran. Partió de Fort Keogh con un contingente de quinientos veinte hombres compuesto por las tres compañías del 7.º de Caballería que Sturgis había dejado, dos compañías del 2.º de Caballería y tres del 5.º de Infantería, montadas sobre ponis lakotas capturados. Se encontraban doscientos cuarenta kilómetros al este de la última posición conocida de los nez percés y el mensaje de Howard era de cinco días antes. Con esas obsoletas pistas como única guía, se encaminó a la confluencia de los ríos Musselshell y Misuri. Pero los nez percés, que todavía estaban bajo el afortunado mando de Poker Joe, cruzaron el río Misuri antes que él. Los jefes celebraron un consejo. La voz de Canadá los llamaba, la frontera estaba solo a ciento veintiocho kilómetros, lo cual supondría, como mucho, tres días de viaje al paso de Poker Joe.

Sin embargo, este había sido desplazado. En ese momento tan crítico, el jefe Espejo convenció al consejo de que se ralentizara la marcha y de que lo volvieran a poner al mando Cuentan que Poker Joe dijo: «Está bien, Espejo, puedes dirigir la marcha. Yo estoy intentando salvar a la gente, hago lo posible para cruzar a Canadá

antes de que los soldados nos encuentren. Puedes tomar el mando, pero me temo que nos van a atrapar y nos van a matar».

Durante cuatro días, los nez percés avanzaron despacio por esa pradera parduzca y reseca. El 29 de septiembre, llegaron a un paisaje ondulado entre la montaña Bear Paw y las Little Rockies. Apenas había empezado a caer la tarde cuando acamparon cerca del límite nororiental de Bear Paw, a tan solo sesenta y cuatro kilómetros de la frontera canadiense. El subjefe Toro Amarillo (Yellow Bull) compartía el deseo de apresurarse que prevalecía en el campamento. «Pero, una vez más, Espejo se había salido con la suya, de modo que nos detuvimos y empezamos a secar pieles y carne de búfalo». **[28]**

El campamento nez percé se había levantado en una hondonada con forma de riñón de 24 000 m2, en la orilla este de Snake Creek. El curso del arroyo serpenteaba hacia el norte y desembocaba en el río Milk, el último obstáculo natural que se interponía entre los nez percés y Canadá. Unos cuantos de ellos montaron sus raídos tipis, pero la mayoría se tuvo que conformar con refugios hechos con arbustos y cubiertos por cañamazos. Los nez percés apacentaron sus ponis en una meseta despejada en la orilla oeste. En el momento del anochecer, el cielo se coloreó de un tono plomizo y descargó un fuerte aguacero que se transformó en nieve en el transcurso de la noche.

La mañana del 30 de septiembre el poblado amaneció de manera pausada. Una niebla helada impedía apreciar el valle. Los niños jugaban y las mujeres preparaban las fogatas para cocinar el desayuno. Solo algunos nez percés habían recogido sus ponis y habían empezado a empaquetar. De repente, aparecieron desde el sur dos exploradores a caballo que gritaban: «¡Una estampida de búfalos! ¡Soldados! ¡Soldados!», pero Espejo se burló de su advertencia. Howard se encontraba, al menos, a dos jornadas por detrás de ellos y ordenó: «¡No corráis! «¡Despacio! Tenemos tiempo suficiente. ¡Dejad que los niños coman todo lo que quieran!».

Lobo Amarillo más tarde afirmaría: «Nos atraparon por culpa de Espejo». **[29]**

Miles había pasado la noche dieciséis kilómetros al sudeste de los

nez percés. El 30 de septiembre, al amanecer, sus exploradores cheyenes habían descubierto rastros del día anterior. Miles, exultante, ordenó a su fuerza montada que cabalgara al trote y después al galope. El médico disfrutó de ese momento: «Ir a horcajadas sobre un buen caballo por una amplia pradera, rifle en mano, tuvo un efecto estimulante en la mayoría de los hombres. El hecho de ser uno de los cuatrocientos jinetes que galopan siguiendo un rastro reciente, hace que se te estremezca el cuerpo como pocas veces puede experimentarse». Una descripción que Miles compartía: «Este avance al galope previo a la carga resultó una de las imágenes más brillantes e inspiradoras que he contemplado nunca en ninguna campaña. Supuso el remate glorioso de nuestros doce días de marcha forzada». **[30]**

Tres kilómetros al sur del campamento nez percé, Miles dividió a su fuerza. Los exploradores cheyenes ya estaban bastante avanzados y se dirigían a la manada de los nez percés. Su precipitación obligó a Miles, literalmente, a hacer planes mientras galopaba. Desvió a las tres compañías del 2.º de Caballería para apoyar a los exploradores y ordenó a las compañías del 7.º de Caballería que atacaran el poblado de frente desde el sur.

Una hora después de la poco meditada exhortación de Espejo para que fueran despacio, un guía nez percé apareció en lo alto de un elevado desfiladero al este del poblado. Dando vueltas a su caballo, agitó su manta frenéticamente para señalar que el enemigo estaba ya muy cerca. «Un gran revuelo sacudió a la gente» afirmó Toro Amarillo, que tomó su rifle y se situó junto con un grupo de guerreros a lo largo de la cresta al sur del campamento. Desde lontananza, se escuchó un ruido sordo que un guerrero equiparó con una estampida de búfalos. Un contingente al mando de Poker Joe y de Ollokot tomó posiciones en lo alto de la colina este. Antes de abandonar el poblado, Lobo Amarillo vio a su tío Jefe José abandonar su tipi a toda prisa mientras gritaba: «¡Los caballos! ¡Los caballos! ¡Salvad a los caballos!». Antes de que los cheyenes y el 2.º de Caballería alcanzaran el lugar donde se encontraban los animales, José condujo a setenta guerreros a pie por la cresta. El impacto del ataque de los cheyenes hizo que se dispersaran los guerreros y que perdieran la manada. José, incapaz de prevenir esa calamidad, regresó al campamento. «Pronunciando una oración al

Gran Espíritu Jefe que todo lo gobierna, atravesé corriendo y desarmado la línea de soldados. Me parecía que las armas de fuego se habían alzado por todas partes, por delante y por detrás de mí. Se me desgarró toda la ropa y mi caballo resultó herido, pero yo salí ileso. Al llegar a la puerta de mi tipi, mi mujer me dio el rifle y me dijo: «Aquí tienes tu rifle. ¡Lucha!». [31]

Y desde luego que lucharon los nez percés. Una descarga fulminante a treinta metros diezmó al 7.º de Caballería. Muchos de los soldados (los llamados Custer Avengers) se habían quedado paralizados por el miedo o vagaban sin rumbo. Cuando la caballería se vino abajo, Miles ordenó al destacamento de infantería montada que avanzara. Sufrió el mismo destino, al igual que otra columna de infantería que se había abalanzado desde la orilla este de Snake Creek. El 7.º de Caballería realizó un nuevo intento por la tarde. Los soldados, desmontados, avanzaron poco a poco a lo largo de la cresta este hasta que unas intensas ráfagas de disparos los pusieron en fuga. En total, del 7.º de Caballería habían caído 55 de los 116 hombres que habían participado en la operación, un golpe que evocaba el desastre de Reno en Little Bighorn. La derrota conmocionó a Miles. Un joven teniente cubierto de sangre se le acercó gritando, con comprensible exageración: «¡Soy el único maldito hombre del 7.º de Caballería con charreteras que está vivo!». Mientras tanto, los nez percés insultaban al coronel. Entonces, en un instante de sosiego, Miles bramó a la unidad: «¡Cargad contra ellos y enviadlos al infierno!» y recibió una respuesta en inglés de un guerrero: «¿Cargar? Pero, hijos de perra, ¿acaso creéis que sois guerreros sioux?». Con el veinte por ciento de su fuerza de ataque muerta o herida, Miles abandonó la ofensiva. Rodeó a los nez percés y, entonces, se dispuso a sitiarlos.

Los nez percés también habían resultado muy afectados. Jefe José afirmó que, ese día, habían muerto dieciocho guerreros y tres mujeres. Entre ellos, Toohoolhoolzote; Poker Joe, disparado por error por un guerrero nez percé; y el hermano de José, Ollokot, el espíritu guía de los jóvenes guerreros. [32]

Dos situaciones preocupaban a Miles por igual: que Toro Sentado rescatara a los nez percés y que llegara el general Howard y le relevara en el mando. Toro Sentado también se cernía en la imaginación de los nez percés. Con la noche ya encima, seis

guerreros atravesaron, reptando, las líneas y se dirigieron a Canadá para buscar al jefe lakota, su única esperanza.

En el campamento nez percé continuaba la desalentadora tarea de la supervivencia. Las mujeres habían cavado refugios con ganchos y cuchillos de carne y los guerreros improvisaron parapetos con las bayonetas que habían tomado al ejército. De madrugada, bajaron las temperaturas y el viento sopló con más fuerza. Cayó un manto de doce centímetros de nieve y tornó rígidos los cadáveres. Los niños lloraban y los lamentos fúnebres envolvían la oscuridad. Lobo Amarillo presentía que se acercaba el fin: «¡Todo aquello por lo que tanto hemos sufrido! Recordé mi tierra cuando allí no había sino indios. Me pareció estar soñando». [33]

La oscuridad se fundió en una aurora gris. El vendaval cobró más intensidad y fustigaba con la nieve caída el rostro de los combatientes. El estallido ocasional de un rifle desgarraba un viento plañidero. Hacia mediodía, la tormenta había amainado y asomaba el cielo con timidez, todos dirigieron su vista hacia el norte: en el horizonte, avanzaban dos líneas de manchas negras «con la regularidad y precisión de los soldados». Miles creyó que se trataba de guerreros lakotas que iban a poner fin al sitio. Los temidos «formidables refuerzos (indios)» resultaron ser búfalos, pero el susto momentáneo propició que el coronel negociara con los nez percés. [34]

Espejo y Pájaro Blanco se habían negado a negociar. Sin embargo, Jefe José acudió a la tienda de Miles con una bandera blanca para escuchar sus condiciones. No se sabe bien qué ocurrió entre ellos, pero, al parecer, la conversación finalizó cuando Miles insistió en que los nez percés entregaran las armas. Cuando José hizo el amago de marcharse, el coronel lo detuvo para que pasara allí la noche «como invitado», aunque, es probable que en realidad pretendiera coger al jefe como rehén. Sean cuales fueren sus intenciones, a la mañana siguiente se vio obligado a liberarlo porque los nez percés habían capturado a un teniente que se había aproximado a sus trincheras, puede que siguiendo órdenes de Miles para realizar un reconocimiento de sus defensas. Incluso en ese momento, en que se hallaban reducidos al extremo de la desesperación, los nez percés mantuvieron el sentido del honor y de la decencia, ya que permitieron al teniente que se quedara con su

arma de mano y Pájaro Blanco le ofreció dos mantas. Los nez percés a ratos charlaron y bromearon con el oficial, pero sobre todo alegaron que albergaban la esperanza de que llegara Toro Sentado y los salvara.

En la tarde del 2 de octubre soplaba con fuerza el viento. Miles, con cierta renuencia, había intercambiado a José por el teniente. Se reinició la insoportable rutina del sitio y también volvió a nevar. Algún disparo esporádico mantuvo a todo el mundo en tensión. Acurrucados en los hoyos, las mujeres y los niños nez percés durmieron solo a cabezadas. Al día siguiente, apareció la caravana de Miles con un cañón y un disparo al azar hizo que se derrumbara uno de los refugios, sepultando vivos a cuatro mujeres y dos niños. **[35]**

Cuando el 4 de octubre se presentó el general Howard con una pequeña escolta, pareció que había cobrado forma uno de los grandes temores de Miles. Sin embargo, el general no exigió su derecho a dirigir la operación. «Tú eres el que debe recibir la rendición —le tranquilizó Howard—. Hasta entonces yo no asumiré el mando».

No obstante, la rendición de los nez percés aún estaba lejos de convertirse en realidad. Howard había llevado con él a dos ancianos nez percés del norte para negociar en su nombre. Ambos indios tenían hijas en el campamento enemigo. El 5 de octubre, expusieron las condiciones de los jefes Howard y Miles: se trataría a los nez percés con justicia como prisioneros de guerra, no se castigaría a nadie por las matanzas de Idaho y, cuando llegara la primavera, el ejército los escoltaría hasta la reserva Lapwai. Entonces, los jefes celebraron un último consejo y Espejo reprendió a Jefe José por su vacilación con una advertencia extrema: «Soy mayor que tú y ya he tenido experiencias con un hombre de dos caras y dos lenguas. Si te rindes, te arrepentirás; y en tu arrepentimiento preferirás estar muerto a sufrir ese engaño». Él y Pájaro Blanco, en cambio, partirían hacia Canadá con sus bandas.

Pero Espejo no tuvo la oportunidad. Mientras estaba fumando con sus guerreros en una trinchera que quedaba algo expuesta, había llamado su atención un jinete indio que se acercaba desde el norte, seguramente era un lakota, y entonces se incorporó para apreciarlo. Una ráfaga de disparos se desató desde las filas del

ejército y una bala le alcanzó en la frente y rodó muerto colina abajo. El jinete había resultado ser un explorador cheyene.

José ya había tenido suficiente. El grupo wallowa, al menos, ya no iba a luchar ni a escapar más: «Ya no podía soportar ver a mis hombres heridos y a las mujeres sufrir; ya habíamos perdido suficiente. El coronel Miles había prometido que se nos permitiría volver a nuestro territorio con el ganado que habíamos dejado. Pensé que podíamos volver a empezar. Creí al coronel Miles, de lo contrario, nunca me habría rendido». [36]

Uno de los jefes nez percés del norte comunicó las palabras de rendición de José a Miles y a Howard, cuyos ayudantes transcribieron el mensaje tal como sigue:

> Dile al general Howard que sé cómo es su corazón. Guardo en el mío lo que me dijo antes. Estoy cansado de luchar. Nuestros jefes han muerto, Espejo ha muerto, Toohoolhoolzote ha muerto, todos los ancianos han muerto. Son los jóvenes los que dicen sí o no. El que guiaba a los jóvenes ha muerto. Hace frío y no tenemos mantas y los niños están a punto de morir de congelación. Mi gente, algunos de ellos, han huido a las colinas y no tienen mantas ni comida. Nadie sabe dónde están; quizá se estén muriendo de frío. Quiero tener tiempo para buscar a mis hijos y ver a cuántos puedo encontrar. Quizá los encuentre entre los muertos. ¡Oídme, jefes! Estoy cansado; mi corazón está enfermo y apenado. A partir del punto en el que se halla ahora el sol, ya no volveré a luchar más para siempre. [37]

Jefe José cabalgó lentamente desde las trincheras nez percés hacia Howard y Miles, con las manos cruzadas sobre el pomo de la silla. Tenía el rifle Winchester sobre las rodillas y los hombros caídos. Los orificios de bala de su camisa y de sus pantalones mostraban lo afortunado que era de estar vivo. Se apeó del caballo y le ofreció el Winchester a Howard, que le hizo señas para que se lo diera a Miles. José, con una triste sonrisa, así lo hizo. A continuación, estrechó la mano a los dos oficiales.

La hégira nez percé había terminado. Se rindieron 448 nez percés. Todos, menos 87, eran mujeres y niños. Los nez percés habían recorrido dos mil setecientos kilómetros, habían matado a 180 blancos y herido a otros 150. Entre los suyos, hubo 120 muertos y quizá el mismo número de heridos. Hombre a hombre, habían demostrado su superioridad ante los soldados enviados para

detenerlos. Pájaro Blanco había escapado a Canadá y Lobo Amarillo también logró huir. Una cifra aproximada de 233 nez percés, la mayoría de ellos guerreros, llegaron al poblado de Toro Sentado, donde recibieron una calurosa bienvenida. Por capturar a los nez percés (o más bien a dos tercios de ellos) Miles consiguió la gloria que anhelaba. Sin embargo, también volvió de la montaña Bear Paw con una admiración duradera por su enemigo. Reconocía que el «engaño y la injusticia» habían provocado el conflicto y pensó que si el Gobierno los trataba con honradez y justicia, los nez percés «se podían convertir en amigos leales en seis meses». [38]

Miles era la única voz razonable en la institución militar. El general Sherman, con una perversa obsesión, insistía en castigar a los nez percés e impuso sus órdenes en los departamentos de Guerra y del Interior para desterrarlos a Fort Leavenworth, en Kansas, donde docenas de ellos murieron por la enfermedad. Desde Kansas los relegaron al Territorio Indio, donde casi todos los recién nacidos también fallecieron.

Las dificultades de los nez percés hicieron aflorar lo mejor de Miles. [39] Luchó por su causa hasta el punto de comprometer de manera considerable su propia carrera, solicitando, sin éxito, al presidente Rutherford B. Hayes que permitiera que Joseph y su pueblo se asentaran en Idaho. En varias ocasiones, el propio José acudió a Washington para defender su caso, lo que le convirtió en una celebridad nacional. El apoyo para Jefe José llegaba de todos los rincones excepto desde Idaho, donde el grupo wallowa seguía acusado de los vengativos asesinatos que habían provocado la guerra y de los cuales eran inocentes. En 1885, el Departamento del Interior reasentó a la gente de Pájaro Blanco y de Espejo en Lapwai y José y su grupo fueron relegados a la reserva de Colville, al este de Washington. Durante las dos décadas siguientes, con la ayuda de Miles, José continuó con su petición de volver a Idaho y en 1900, al final, se le permitió que visitara la tumba de su padre. También intentó comprar una extensión de terreno en el valle Wallowa, pero los residentes blancos se negaron a vendérsela.

Jefe José falleció el 21 de septiembre de 1904. El médico de la agencia de Colville manifestó que había muerto de pena. [40]

CAPÍTULO 18

¡Los utes tienen que irse!

El 1 de agosto de 1876, el presidente Ulysses S. Grant declaró Colorado como trigésimo octavo estado. El camino hasta alcanzar la categoría de estado había sido oscuro y sangriento y se había visto manchado por la matanza de indios inocentes en Sand Creek y por el asesinato de montones de mineros y colonos como venganza. Los cheyenes y los arapahoes se habían marchado para siempre. En el estado solo quedaba una tribu, los utes de las Montañas Rocosas.

El Gobierno federal había garantizado a los utes una reserva a perpetuidad: cerca de cinco millones de hectáreas en la parte occidental del estado, lo cual representaba casi un tercio de toda la tierra cultivable de Colorado. Los políticos denunciaron este «obstáculo para el desarrollo» de los negocios. El gobernador Frederick W. Pitkin y la asamblea legislativa del estado se comprometieron a expulsar a los utes en una década. La prensa de Denver quería que se hiciera de una vez, pero fuera de Colorado nadie prestaba atención a ese asunto. Mientras los utes siguieran mostrándose pacíficos, las autoridades federales no tenían intención alguna de trasladarlos. [1]

*

Los utes eran una tribu pequeña que no superaba los cuatro mil miembros, divididos en siete grupos autónomos. No había un jefe supremo ute, ni un consejo tribal. Pasaban el invierno en tipis retirados en recónditos valles fluviales, situados por debajo de los 2100 metros de altitud, donde las nevadas eran más ligeras y crecía una frondosa hierba. En primavera, los grupos de caza se dirigían hacia el este, al interior de los espesos bosques y la tundra donde

abundaban los ciervos, los osos, los alces y los antílopes, o hacia las altas cuencas de Colorado central flanqueadas por álamos, conocidas como North, Middle y South Parks, donde cazaban búfalos. Los utes eran enemigos ancestrales de los lakotas y de los cheyenes, cuyos guerreros pocas veces salían con vida los bastiones ute de las Montañas Rocosas.

Hasta que los colonos y los mineros comenzaron a inundar las Montañas Rocosas tras la Guerra Civil, los utes vivieron como nómadas en la mitad este de la actual Utah, la mitad norte de Nuevo México y la mayor parte de Colorado. De manera esporádica, se producía algún enfrentamiento con los intrusos, pero, por lo general, preferían llegar a acuerdos con ellos. En 1863, el agente indio ute envió a Washington una delegación de uncompahgres (el mayor grupo ute) para firmar un tratado en nombre de toda la tribu, por el cual cedían la ladera este de las Montañas Rocosas y todo el valle de San Luis. Gran parte de la tierra que los uncompahgres habían cedido pertenecía a otros grupos ute, pero en la Oficina de Asuntos Indios esta distinción paso desapercibida. En señal de gratitud, el Gobierno nombró al líder Ouray, «Flecha», de los uncompahgre, jefe principal de los utes.

A pesar de que pocos utes, aparte de los uncompahgres, reconocían la autoridad de Ouray, este contaba con la insólita ventaja de ser un puente cultural entre indios y blancos. Se había educado en Taos con frailes católicos y hablaba español de forma fluida, así como un inglés aceptable. Alcanzó la dirección de los uncompahgre gracias a su valentía en las batallas contras las tribus de las llanuras, pero no veía futuro en la guerra contra los blancos. La aculturación y la agricultura se convirtieron en cuestiones de fe para él. Si bien se preocupaba de verdad por todos los utes, dentro de su grupo era un déspota; en tan solo un año, sus secuaces habían matado a cuatro de sus rivales, lo que provocó que un amigo blanco comentara: «Los métodos sumarios de Flecha para deshacerse de sus enemigos, probablemente, no tienen parangón en los anales de los indios americanos».

En 1868 regresó a Washington con jefes de los sietes grupos para firmar un nuevo tratado que estableciera los límites del territorio ute. Ouray negoció con astucia y jugó con los sentimientos a favor de los indios de los habitantes del Este. Cuando la Oficina India

intentó coaccionar a los utes, recurrió a la prensa y comentó a los periodistas: «El acuerdo que hace un indio con un tratado de Estados Unidos es como el acuerdo que hace un búfalo con sus cazadores cuando está atravesado por las flechas. Lo único que puede hacer es echarse al suelo y darse por vencido». El acoso terminó. [2]

El Tratado Ute de 1868 otorgó a esta tribu seis millones y medio de hectáreas de terreno, desde la ladera occidental de las Rocosas hasta la frontera de Utah, y les garantizó derechos de caza en North y Middle Parks, que se hallaban fuera de la reserva. Se crearon dos agencias permanentes utes: una en Los Pinos, para los grupos del sur; y otra en el río White, en el remoto extremo septentrional de la reserva, para los grupos unidos yampa y del Río Grande, conocidos para los blancos como los utes White River. El grupo uintah, cuyos miembros ya estaban prosperando como granjeros en el este de Utah, contaba con su propia agencia. En cuanto a la extensión del terreno, el Tratado supuso la mayor concesión de tierra india hecha nunca, pero las promesas de 1868 se tornaron fugaces. Los buscadores de oro invasores lo encontraron en las montañas San Juan, al sudoeste de Colorado, y el Gobierno federal fue incapaz de expulsarlos. Una vez más, los utes eligieron llegar a un acuerdo antes de que se produjera una guerra, por lo que cedieron en 1873, mediante un acuerdo, la parte meridional de la reserva a cambio de la promesa del Gobierno de contener a los buscadores de oro. Ouray, que se había resignado a someterse, sabía que era un gesto vano por parte del Gobierno. Los grupos del norte, a los cuales no había afectado el acuerdo, se aferraron a su vida tradicional. Lo hicieron de forma pacífica, pero existía un riesgo real de que se produjera un choque involuntario. «Un día —dijo Ouray a un amigo blanco—, alguno de estos utes díscolos hará algo que provoque que los soldados caigan sobre nosotros, y nos destruirán». [3]

A unos doscientos cuarenta kilómetros al este de la agencia White River, un anciano y desequilibrado reformador social llamado Nathan C. Meeker estaba luchando para preservar una tambaleante cooperativa agrícola y prevenir la ruina económica.

Meeker había dedicado buena parte de su vida a constituir una

sociedad perfecta y en su juventud había abrazado el socialismo agrario. En la década de 1840, se unió a una comuna agrícola de Ohio que al cabo de dos años fracasó. Después, vivió de forma modesta escribiendo ensayos sobre agricultura, así como una novela, *Life and Adventures of Capt. Jacob D. Armstrong*, sobre un marinero náufrago (su *alter ego* imaginario), en la que describía a los salvajes del Pacífico Sur como utópicos modernos. Meeker envió el manuscrito a Horace Greeley, el comprometido editor del *New York Tribune*, y le gustó, aunque el libro fue un fracaso comercial, pero inició la asociación de Meeker con el periodista más influyente de América, que lo contrató como editor de noticias agrarias.

En 1869, mientras se encontraba al este de Colorado, unos charlatanes lo embaucaron y se reavivaron sus utópicos sueños envueltos en rutilantes chácharas sobre carreteras que construir y una ilimitada tierra fértil que esperaba ser cultivada. Meeker convenció a Greeley, que también era algo soñador, para que patrocinara la Union Colony en la meca prometida, a las afueras de Denver, con Meeker como presidente y editor del periódico local, *The Greeley Tribune*. Haciendo gala de una asombrosa insensatez, compró, sin verlas previamente, parcelas de terreno para granjas a un precio excesivo, con las predecibles consecuencias. La tierra era árida y, a medida que la colonia se ahogaba en las deudas, Meeker se fue volviendo taciturno y dictatorial. En otoño de 1877, con sesenta años y en bancarrota, pidió al senador de Colorado, Henry M. Teller, al que había apoyado para que fuera reelegido, que propusiera su candidatura como agente de los utes de White River, con la esperanza de que el salario le permitiera saldar las deudas.

A Teller le complacía poder devolverle un favor y convenció al comisionado de Asuntos Indios para que recomendara a Meeker al secretario del Interior, Carl Schurz, un comprometido reformador que defendía la agricultura y la propiedad individual de la tierra como las piedras angulares de una nueva política india. Por lo que le dijeron a Schurz, Meeker parecía el hombre adecuado para introducir a los utes en la agricultura, aunque, si hubiera leído un editorial que había escrito para el *Springfield Republican* de Massachusetts, quizá no habría apoyado su ominosa elección. En dicho editorial, Meeker ridiculizaba la idea de que los indios (que tenían «cerebros pequeños estructurados de acuerdo con un patrón

animal») se pudieran convertir en granjeros. No obstante, Meeker estaba decidido a intentarlo. Si conseguía tener éxito, contra todo pronóstico, no solo restauraría sus credenciales utópicas sino que también salvaría a los utes. Así, antes de partir hacia el agreste territorio de White River, Meeker escribió al senador Teller: «No sé si comprenden que su destino consiste en ser remplazados por los buscadores de oro y por otras personas. Creo que […] hay que poner a esta agencia […] en una posición de autosuficiencia lo antes posible para prepararla para lo inevitable».

Por supuesto, nadie se preocupó de consultar la cuestión con los utes White River, que ya estaban bastante satisfechos con su modo de vida tal como era. La vida en su refugio de la montaña era mejor que nunca y el peligro parecía remoto. Los soldados más cercanos estaban en Fort Steele, en el Territorio de Wyoming, a unos ciento sesenta kilómetros y a tres días de viaje hacia el norte de la agencia White River, y nunca habían pisado la reserva. Los utes se extendían por la cuenca de North Park, mantenían buenas relaciones con algunos colonos que había diseminados por la zona y cazaban fuera de la reserva, de acuerdo con el tratado de 1868. Sus agentes no ponían objeción alguna y, a cambio, los utes cultivaban unas cuantas patatas y verduras en algún que otro huerto, lo suficiente para que los agentes pudieran enviar elogiosos informes a Washington sobre el buen progreso de los utes en la senda de la civilización. Ambas partes se beneficiaban de esta pantomima. Los agentes transportaban en caravanas de la Oficina de Asuntos Indios hasta los trenes, pieles que les daban los utes para que se subastaran en el Este, y los utes, con su parte de las ganancias, aumentaban sus inmensas manadas de ponis y también adquirían nuevos modelos de rifles, revólveres y munición. [4]

Nathan C. Meeker llegó a la agencia White River con su mujer, Arvilla, y con su hija, Josephine, en mayo de 1878. El «padre» Meeker, tal como él insistía a los utes que lo llamaran, ordenó de inmediato que la agencia fuera reubicada veinte kilómetros río abajo, en un gran valle abierto situado en una zona más baja llamada Powell Park, donde pocas veces nevaba y el terreno era fértil. Resultó que Powell Park era también el lugar de pasto de los ponis de los utes y la zona donde celebraban las carreras de estos animales, su pasatiempo favorito. De nada sirvieron las protestas de

los indios por el traslado; Meeker los convertiría en granjeros o moriría en el intento.

Su mayor aliado en su plan para cultivar Powell Park era la constante inestabilidad del liderazgo indio. Eran dos las personas que reclamaban el liderazgo de White River: Douglass, un anciano dócil al que el Gobierno reconocía como jefe; y Nicagaat, un joven y carismático líder de guerra al que los blancos llamaban Ute Jack, o a veces, solo Jack. Meeker explotó la rivalidad entre los dos pagando a los hombres de Douglass quince dólares al día y dándoles más raciones por arar la tierra y cavar una acequia para el riego en Powell Park. Los seguidores de Jack insultaban a los trabajadores llamándolos «mujeres», pero, en su fuero interno, estaban furiosos por el trato de favor que recibían. A pesar de eso, Jack no sentía animadversión hacia los blancos. Durante la Gran Guerra Sioux dirigió un destacamento de auxiliares utes y disfrutó de la compañía de los soldados, y a estos, a su vez, les resultó sorprendente la familiaridad del guía ute con el taciturno George Crook, así como al propio Crook. «Hola, Clook —decía Jack—. ¿Cómo tú estar? ¿Dónde tú pensar ellos Caballo Lobo y Toro Sentado estar ahora?». Gracias a su habilidad en la lucha, consiguió la lealtad de doscientos guerreros, mientras que a Douglass solo lo apoyaban cuarenta hombres, la mayoría ya de una considerable edad. En vez de resistirse a Meeker y de poner en peligro su amistad con los blancos, Jack y sus hombres abandonaron la agencia y se perdieron por las montañas. Esto hizo que el agente lo odiara.

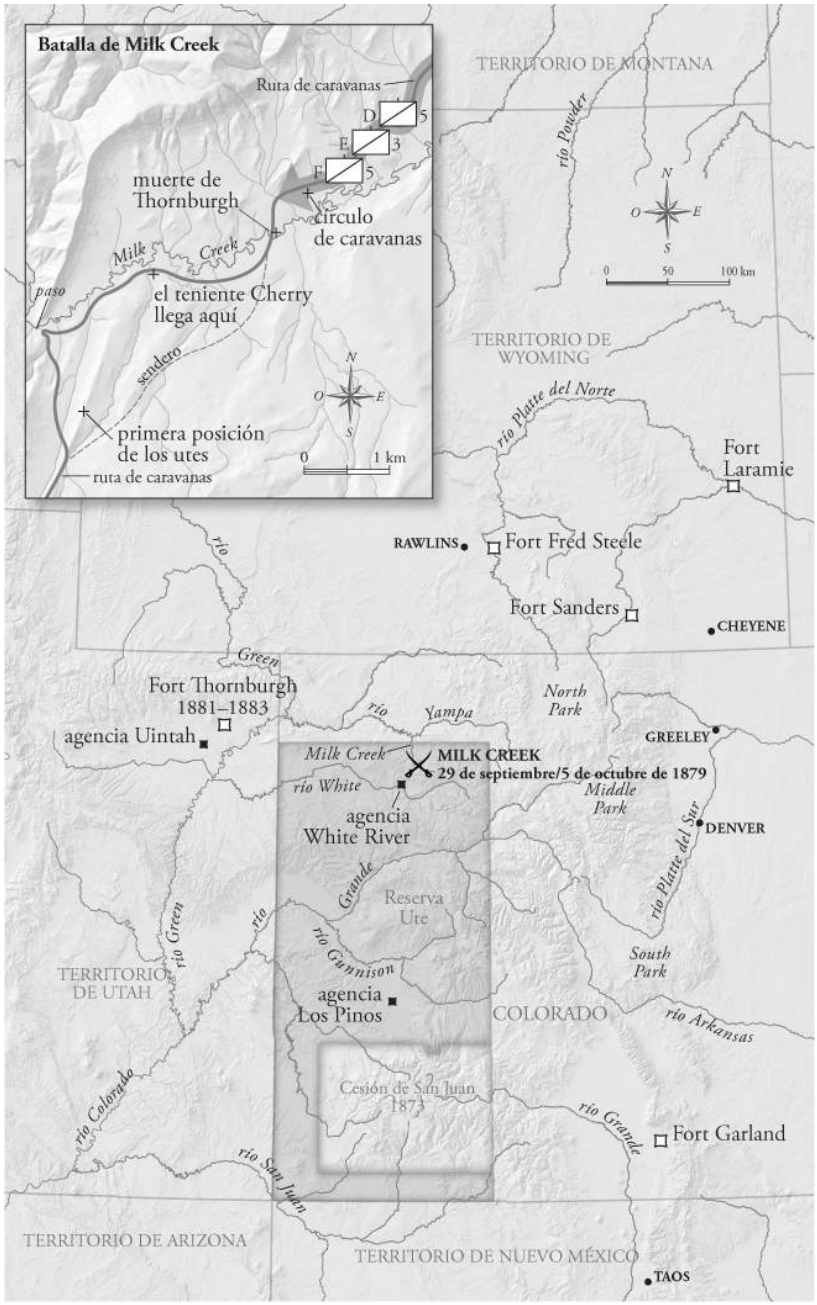
En un principio, Meeker tuvo cuidado de no cometer el error de exigir demasiado. Tanto los grupos de Jack como de Douglass respetaban a Canavish (Johnson, para los blancos), el corpulento hombre-medicina del grupo, que se encargaba de las carreras de ponis. Meeker no tocó el campo de carreras de Johnson y, cuando este plantó un huerto de patatas para demostrar su gratitud, dio al hombre-medicina una granja y ganado. Con Douglass y su irrisorio número de seguidores y Johnson de su parte, Meeker creía que ya había introducido por completo a los utes «en el camino de la civilización». No obstante, manifestó a la Oficina India que se le debía permitir completar su «experimento» sin interferencias, especialmente del ejército. Era capaz de manejar a cualquier ute que se negara a cultivar la tierra. «Propongo dejar sin comida a

todo indio que no trabaje», dijo Meeker al senador Teller. Llevaría a cabo su sueño de una utopía agraria, aunque fuera solo con indios. [5]

El invierno llegó a su fin. Las nieves de las zonas más altas se habían fundido y, en Powell Park, las alambradas brillaban bajo un sol implacable. Douglass y Johnson araron la superficie de la agencia. Los utes ancianos murmuraban que era un esfuerzo inútil: los augurios habían preconizado que llegaría un verano sin lluvias. En North Park, Jack y sus hombres se habían preparado para la caza anual de primavera. No tenían ni idea de que Meeker se había obsesionado con la idea de hacer que volvieran a la reserva, hasta el punto de que el agente advirtió al jefe al mando de Fort Steele, el comandante Thomas T. «Tip» Thornburgh, que Jack tenía la intención de llevar armas y munición para los indios hostiles situados a seiscientos cuarenta kilómetros. Meeker insistió a Thornburgh en que arrestara a Jack y llevara a la fuerza a sus hombres a la agencia. Los generales Sheridan y Sherman desestimaron el informe de Meeker por absurdo, como, en efecto, lo era, y el Departamento de Guerra se negó a enviar tropas. No obstante, ninguna persona con autoridad se planteó cuestionar la cordura de Meeker. [6]

La sequía llegó, tal como habían predicho los ancianos ute, pues entre abril y julio solo llovió una vez y los cultivos recientes de Meeker se agostaron. Los fuegos descontrolados causados por los rayos o por negligencias de los trabajadores del ferrocarril devastaron el noroeste de Colorado. El gobernador Pitkin, cuya ansia por encontrar una excusa para echar a los utes de Colorado crecía, comunicó al Gobierno central de Washington que los fuegos representaban «un esfuerzo organizado por parte de los indios para destruir los bosques de Colorado». Meeker apoyó esa falacia y aseguró a la Oficina India que los guerreros de Jack no solo habían incendiado North Park, sino que también habían amenazado a los blancos de la zona. «Dudo que el jefe al mando de Fort Steele preste alguna atención a mi petición de echarlos del lugar —manifestó enfadado Meeker—, porque, hasta el momento, no ha mostrado el menor interés por mis peticiones». El Departamento de Guerra

encogió sus burocráticos hombros y dijo al comandante Thornburgh que investigara las alegaciones. A pesar de que no tenía experiencia de combate, pues había alcanzado su rango a base de medrar, era un hombre ecuánime, no del tipo que siembra cizaña. Thornburgh entrevistó a los blancos en North Park como estaba previsto y, al ver que no manifestaban ninguna queja contra los utes, abandonó el asunto. [7]



La Guerra Ute, 1879

Mientras tanto, Meeker se mostraba cada vez más furioso por la

negativa de los utes a obedecerle y a empezar a cultivar con toda la presteza que él quería. Los criticó ante la Oficina India, quejándose de que eran una raza cobarde y despreciable, que no hacía más que escapar para robar caballos, intercambiar pieles por armas y conspirar con los blancos «rufianes y renegados» para robar el ganado de la agencia. Ninguna de estas acusaciones era cierta.

Hacia mediados de agosto, lo único que había conseguido Meeker era enemistarse con setecientos utes de la reserva que, hartos de sus extravagantes demandas, se marcharon para unirse a Jack. Los únicos que permanecieron leales al agente fueron Douglass, Johnson y veinte o treinta ancianos.

Al final, Meeker estalló. Ordenó que eliminaran la pista de carreras de Johnson. Los empleados de la agencia y Douglass le rogaron que la respetase; incluso Jack volvió a la agencia el tiempo suficiente para suplicarle, pero el agente, que ya estaba claramente trastornado, no hizo caso a nadie. A principios de septiembre de 1879, avisó a la Oficina India: «Va a comenzar la roturación, lo que no puedo afirmar es si será de forma tranquila o no. Este es un mal grupo de indios. Han recibido raciones gratis durante mucho tiempo y los han alabado y mimado tanto que se creen los dueños de todo». Cuando Johnson protestó en la oficina del agente, Meeker se burló de él. «El problema es este, Johnson: tienes demasiados ponis. Tenías que haber sacrificado unos cuantos». Johnson, enfadado, le dio tal empujón a Meeker que este salió por la puerta de la oficina y chocó contra un amarradero. Con una carcajada de los utes de fondo, que se habían congregado para ver el intercambio, Meeker cayó sobre la barra de madera y se lastimó el hombro. Antes de marcharse, Johnson le sugirió que hiciera su equipaje para que «enviaran a otro agente que fuera un buen hombre y no dijera esas cosas». **[8]**

Jack instó a Meeker a que hiciera oídos sordos al insulto y que lo considerara una tontería sin importancia. Pero el agente no tenía la intención de dejar que Johnson lo intimidara o que Jack lo aconsejara. El 10 de septiembre, telegrafió al comisionado de Asuntos Indios y relató un informe exagerado del incidente: «Me ha asaltado un líder, Johnson, expulsándome de mi propia casa y provocándome numerosas heridas, pero me rescataron los empleados […] Mi propia vida y la de mi familia y empleados no

está a salvo. Quiero protección inmediatamente».

La demanda urgente de Meeker obligó a actuar al ejército. El 16 de septiembre de 1879, Thornburgh recibió órdenes de arrestar a los malhechores, «hacer cumplir las exigencias del agente Meeker» y «proporcionarle la protección que exija la situación». [9]

Thornburgh reunió rápidamente tres compañías de caballería, una de infantería y quizá dos docenas de carreteros civiles en un destacamento con un total de cerca de doscientos hombres. El 19 de septiembre, cargó a las tropas, a los animales y a los carromatos de suministros en vagones de carga para el corto recorrido de tren hasta Rawlins, en Wyoming. Dado que Meeker no daba demasiados detalles en su correspondencia con la Oficina de Asuntos Indios, las órdenes del comandante solo pudieron ser vagas. Los superiores ofrecieron refuerzos, pero Thornburgh eligió marchar con las fuerzas que tenía a mano. Los rancheros y los mineros acudieron a su campamento con rumores de que habían incendiado los edificios de la agencia y de que los utes estaban armados y preparados para luchar. Pasaron cinco días sin tener ninguna noticia de Meeker. El 25 de septiembre, a medio camino entre Rawlins y White River, Thornburgh envió a un guía con una carta para el agente, dando por hecho que todavía estaba vivo, y pidiendo información. Thornburgh dejó atrás a la infantería para avanzar con mayor rapidez y, a la mañana siguiente (el 26 de septiembre), escribió al departamento del cuartel general con un mensaje esperanzador: «No creo que vayan a luchar». [10]

El comandante Thornburgh estaba en lo cierto, hasta cierto punto. Ninguna acción de Meeker había enfurecido tanto a los utes de White River como el hecho de que hubiera llamado al ejército. Entre los indios se corrió el rumor de que se dirigían tropas hacia allí a petición del agente para encadenarlos y llevarlos a rastras al Territorio Indio. Las facciones de Douglass y de Jack se unieron contra la amenaza común, hostigando a Meeker y pidiéndole que se retractara. No obstante, los utes no fueron tan lejos como para que se desatara la violencia. No habían incumplido ninguna cláusula de tratado y solo lucharían si los soldados entraban en la reservas.

La única entrada a la reserva White River era una ruta pedregosa para caravanas de doscientos setenta kilómetros que iba desde Rawlins, por la cual marchaban lentamente y a ciegas

Thornburgh y sus ciento cincuenta soldados de caballería, a través de cañones con vetas arenosas y sobre colinas rocosas, con la caravana de pesados carromatos que se bamboleaban entre remolinos de polvo.

El 26 de septiembre, por la tarde, el comandante Thornburgh pudo apreciar el grado de ira ute cuando se topó con Jack a ochenta kilómetros al norte de la agencia. Este le informó de que había ido para evitar la guerra, pero los oficiales de Thornburgh pensaron que estaba ahí para comprobar con qué fuerzas contaban y lo cierto es que Jack había ido para ambas cosas. Thornburgh dejó que Jack contara sus tropas y le comunicó que había ido en misión de paz para comprobar si Meeker estaba a salvo. Jack maldijo a Meeker «en los términos más injuriosos», según uno de los oficiales, pero aseguró a Thornburgh que no le había pasado nada y sugirió que el comandante y una pequeña escolta lo acompañaran a la agencia para que pudieran ver por sí mismos si los indios habían maltratado al agente. Thornburgh no aceptó y Jack se marchó. Al día siguiente Thornburgh avanzó hasta llegar a treinta kilómetros de la agencia. Esa noche, una segunda delegación ute le entregó una carta de Meeker, que estaba asustado, en la que era evidente que se arrepentía de haber solicitado que fueran las tropas. Apoyaba la sugerencia de Jack de que dejara a su contingente atrás y fuera a la agencia para que pudieran mantener «una charla y podamos entendernos mejor» y añadía que los utes «consideran el avance de sus tropas como una verdadera declaración de guerra. A este respecto —dijo Meeker—, estoy tratando de convencerlos de que no es así».

Sin embargo, los utes no tenían ganas de escuchar a Meeker. Para que no se malinterpretara su posición, Colorow también visitó el campamento de Thornburgh, evidentemente, en nombre de Jack. Colorow, que había sido en su época un gran líder guerrero, se había ablandado por el *whisky* y las galletas que mendigaba a los ganaderos y a los mineros. Jack había sido cordial con todos y gregario con los oficiales que conocía y con los que había compartido servicio cuando estaba al mando de Crook. En cambio, Colorow era taciturno y receloso. Dio a Thornburgh un claro ultimátum: que dejara a sus tropas al extremo de Milk Creek (el límite nordeste de la reserva) y fuera él mismo a la agencia para

hablar tal como le habían pedido Jack y Meeker, o que cruzara al territorio ute dispuesto para la batalla, añadiendo de forma significativa: «Tienes demasiados soldados para la paz, pero no los suficientes para la guerra».

La posición ute no podía haber estado más clara. Por desgracia, Thornburgh sucumbió a un descabellado y fraudulento plan de su segundo al mando, el capitán J. Scott Payne. Este, al creerse los falsos rumores locales de dudosa credibilidad que decían que los utes habían optado por el sendero de la guerra y pretendían tender una emboscada al pequeño grupo de Thornburgh antes de que llegara a la agencia, unas informaciones que le provocaron indecisión, propuso acampar a la mañana siguiente en la parte más alejada de Milk Creek y que, al anochecer, todo el contingente se dirigiera a la agencia, donde las tropas estarían en posición de rescatar a Meeker o, en caso de que ocurriera lo peor, de castigar a sus asesinos.

En la agencia White River, Meeker escuchó con atención los tambores de guerra que sonaban ya bien entrada la noche del 28 de septiembre. La excitación prendió entre los jóvenes guerreros. **[11]**

El 29 de septiembre, el capitán Payne se subió el caballo muy animado. Era una mañana despejada y agradable y, a ambos lados del valle de Milk Creek, las crestas y colinas bañadas por el sol parecían tranquilas. A las nueve y media de la mañana, la caballería entró a pie en el valle. Salvo para los soldados, no había ningún ser vivo a la vista. **[12]**

Puede que no estuvieran a la vista, pero cinco kilómetros al oeste, espiando detrás de las colinas situadas al sur de Milk Creek, se contaban, al menos, doscientos guerreros ute. Por encima de ellos, en un lugar que ofrecía mejores vistas, Jack observaba cómo se acercaban los soldados. Thornburgh había incumplido su promesa de acudir solo a la agencia para hablar, pero Jack seguía esperando que las tropas se retiraran por su propia voluntad.

Poco antes de las diez y media de la mañana, Thornburgh llegó a Milk Creek. Los utes habían quemado la maleza de la orilla oeste y el arroyo del valle estaba seco. En los alrededores no había ningún lugar para acampar y Thornburgh debió enfrentarse a una

decisión crítica: o bien podía encaminarse a la agencia con una pequeña escolta, como había prometido a los utes, y ordenar a sus tropas que regresaran al campamento de la noche anterior, provisto con buena aguada, o bien cruzar el arroyo Milk Creek con todo su destacamento en busca de agua y hierba. Eligió la segunda opción. Dejó los carromatos y una compañía de caballería en la orilla más lejana y envió al teniente Samuel Cherry al otro lado del arroyo con veinte hombres para que exploraran el terreno. A continuación, ordenó a las dos compañías que quedaban que se apearan de los caballos y avanzaran poco a poco en dos formaciones irregulares en forma de V de cincuenta hombres cada una.

Los jóvenes guerreros que estaban en las colinas se pintaron los rostros para la guerra. Cogieron los nuevos modelos de rifles de repetición que habían comprado a los comerciantes blancos y rieron o cantaron para controlar sus nervios. Jack esperó a que se produjera el enfrentamiento que ahora le parecía inevitable. «El año pasado estuve con el general Crook luchando contra los sioux y, en un minuto, supe que si el oficial disponía a sus soldados de ese modo, significaba la guerra; por eso dije a los hombres que se prepararan ellos también». Hubo un breve instante de buena voluntad. Cherry divisó a los utes y agitó el sombrero de forma amistosa y varios de ellos movieron los rifles de manera informal como respuesta. Jack comenzó a descender la ladera para hablar con Cherry. Entonces, alguien (Cherry dijo que fue un indio; Jack no supo quién fue) disparó y comenzó la batalla. Jack envió un mensajero a la agencia para advertir a Douglass de que los soldados se estaban aproximando. Tomó su rifle, contempló por última vez el valle, que se enturbiaba y revolvía bajo la cortina de humo azulado escupido por las armas, reprendió a los guerreros por su estupidez en provocar la lucha y se marchó a caballo. Había intentado mantener la paz; ahora, se iba a casa.

Colorow asumió el mando. Sopesó la situación y llegó la conclusión de que la mejor opción era apartar a los soldados de las provisiones. Llamó a los guerreros para que se acercaran más a él y dirigió una carga montada contra la caravana. Cuando los indios descendían por la colina, Thornburgh ordenó a Payne que retirara la caballería y galopó hacia la caravana para organizar la defensa. En la base de la montaña, una bala de un tirador ute le alcanzó en

el pecho y le hizo caer de la silla. Su cadáver fue objeto de la furia ute. Los guerreros que pasaban le dispararon a los ojos y le hicieron profundos cortes en la frente, los brazos y las piernas. Le arrancaron la cabellera, lo desnudaron y le metieron en la boca la fotografía de un ceñudo guerrero ute. [13]

Mientras tanto, la caballería, en su retirada, consiguió detener la carga Colorow sobre las caravanas, dispuestas en círculo. Una vez dentro de la improvisada defensa, los soldados se atrincheraron detrás de colchones enrollados y sacos de maíz. Envolvieron a los cadáveres en mantas y los añadieron a los parapetos. Los tiradores ute mataron a tres cuartos de los 339 caballos y mulas apiñados en el recinto y las tropas arrastraron los cadáveres de los animales fuera e hicieron parapetos con ellos. Como suele ocurrir, también hubo cobardes y gandules. El sargento primero John Dolan, un veterano de treinta y siete años que ya estaba en la lista para la jubilación, los reprendió con brusquedad: «Si no salís y ayudáis, os mataré yo mismo». Justo cuando estaba terminando la frase, una bala lo abatió.

Por la tarde, los utes emplearon la vieja táctica india de quemar la maleza y avanzar agazapados tras las llamas. Mataron a seis soldados y el capitán Payne sufrió una segunda herida antes de que se apagaran las llamas y se retiraran los guerreros. Al atardecer, finalizaron los disparos. Payne ordenó a los hombres que cavaran trincheras mientras que hacía recuento de bajas. Era un número considerable. Habían muerto trece hombres y cuarenta y tres habían resultado heridos. «Creo que podremos resistir hasta que lleguen los refuerzos, si se apresuran lo suficiente», escribió Payne en una comedida petición. A media noche, cuatro voluntarios consiguieron atravesar las líneas indias con el mensaje de Payne para llevarlo, en una larga marcha, a Fort Steele. [14]

Nathan C. Meeker pasó las últimas horas de su vida sin saber lo que ocurría en Milk Creek. Por la mañana, Douglass había visitado al agente para insistir en que mantuviera a los soldados fuera de la reserva, pero Meeker desoyó sus palabras. Más tarde, un ute llevó a Douglass desde Milk Creek noticias del enfrentamiento. La cuestión era evidente. Los soldados habían derramado sangre ute; el agente

había vuelto a mentir. Douglass reunió a veinte utes armados y se dirigieron a casa de Meeker.

A mediodía, los Meeker comieron. A la una de la tarde, el agente escribió a Thornburgh para informarle de que esperaba partir con Douglass momentáneamente para entrevistarse con el comandante, añadiendo que todo estaba en paz y que Douglass, en ese instante, estaba izando la bandera sobre su cabaña. Una hora después, los empleados de la agencia estaban muertos y los edificios en llamas. Douglass y su gente desaparecieron en las montañas, llevándose a Arvilla, a Josephine y a la mujer de un empleado de la agencia como rehenes y botín sexual. Nathan C. Meeker yacía de espaldas en el exterior de su casa, desnudo de cintura para abajo, con una bala en la cabeza y una gruesa cadena alrededor del cuello. Los utes le habían machacado la cabeza y le habían introducido una barra de metal en la garganta. Ya no volvería a mentir. **[15]**

El resultado del combate de aquel día en Milk Creek satisfizo a Colorow. «No va a ir tan mal», aseguró a sus guerreros después de que mataran de un tiro al último caballo del ejército. «El hedor atraerá a moscas grandes, gordas y azules que se pondrán aún más gordas con estos caballos muertos, de modo que, cuando los soldados se queden sin comida, las podrán asar». Por la noche, un viento gélido recorrió el valle y el granizo ametralló el terreno. La mayoría de los guerreros perdió el interés en la batalla y se echó a dormir. Al cabo de tres días, solo quedaban en el campo de batalla Colorow y sesenta hombres. Los utes habían perdido el ardor por la lucha; si los soldados se querían marchar, ellos no pondrían ningún obstáculo.

Lo que ocurrió fue que llegaron más soldados. El 2 de octubre, la Compañía D del 9.º de Caballería, que había estado patrullando Middle Park, se dirigió al trote al valle de Milk Creek. Cuando los Buffalo Soldiers atravesaron la barricada de Payne, los utes dejaron de disparar, más intrigados por su color de piel que atemorizados por la potencial amenaza. Para los agradecidos supervivientes de Payne eran bienvenidos los refuerzos de cualquier tonalidad, de modo que dejaron sus prejuicios a un lado. «¡En serio! Permitimos a esos negracos que se metieran en las trincheras con nosotros —dijo

un soldado—. Les dejamos que durmieran con nosotros y ellos sacaron los cuchillos y cortaron tajadas de beicon por el mismo lado que nosotros». [16]

Cuando el 5 de octubre, al amanecer, llegó el coronel Wesley Merritt a la cabeza de cinco compañías del 5.º de Caballería, tras recorrer en cuarenta y ocho horas doscientos setenta kilómetros desde Rawlins, con animales que llegaron casi tan frescos como habían partido, fue recibido con absoluta adulación. El coronel atribuyó su éxito a una estricta disciplina y a una cuidadosa atención al bienestar de los caballos y de los hombres, en ese orden. [17]

Pocos utes presenciaron la llegada de Merritt y menos utes aún seguían disparando a los soldados. La mayoría estaba reunida al pie de las colinas junto a Jack, que había vuelto al frente para sopesar una carta de Ouray en la que les imploraba que cesaran las hostilidades de inmediato. El jefe uncompahgre no tenía autoridad sobre los utes White River. Sin embargo, la carta de Ouray dio a Jack el impulso necesario para finalizar la lucha y, el 5 de octubre, propuso un alto el fuego que Merritt aceptó a condición de que los utes no se opusieran a que siguiera hasta la agencia. Merritt, que desconocía tanto los sangrientos sucesos que habían ocurrido allí como el rapto de la mujer y la hija de Meeker, no intentó impedir la partida de los utes del campo de batalla, un arrebato de magnanimidad del que, más tarde, se arrepentiría. Jack y sus guerreros se dirigieron a caballo hacia el sur, a las montañas, para unirse a Douglass, Johnson y los rehenes blancos y aguardar su destino. [18]

Si los habitantes de Colorado partidarios de la exterminación y el ejército se salían con la suya, el destino de los utes sería la destrucción. «O se van los utes o nos vamos nosotros, y nosotros no nos pensamos ir —proclamó un periódico de Denver—. El imperio occidental es un hecho inexorable. Todo aquel que se interponga será aplastado». El gobernador Pitkin acusó en falso a toda la tribu ute de complicidad en lo que la prensa etiquetó como la masacre de Meeker y amenazó con llamar a filas a veinticinco mil voluntarios para repetir Sand Creek a gran escala. No obstante, ni Sheridan ni

Sherman creían que la agitación se extendiera más allá de la reserva White River y tampoco sentían excesiva simpatía hacia Meeker, el cual, algo de lo que se dieron cuenta entonces, había provocado la guerra por su «mala gestión y por su desconocimiento del carácter de los indios». No obstante, los generales estaban decididos a vengar la muerte de Thornburgh, que Sherman atribuyó a una traición «ignominiosa y asesina». Los utes de White River podían rendirse sin condiciones o prepararse para la destrucción. «Esta vez no habría medias tintas —prometió Sherman a Sheridan—. Si hace falta, enviaré a todos los hombres de la costa atlántica para que persigan a los utes». El 11 de octubre, el coronel Merritt partió de la agencia White River para expulsar a los utes White River, mientras que casi tres mil soldados se congregaron en el territorio ute desde lugares tan lejanos como Minnesota. 411

Por fortuna, se impusieron las cabezas frías. El jefe Ouray aseguró a la Oficina India que sus uncompahgres y los grupos del sur no deseaban ningún problema y que los utes White River solo lucharían si los provocaban. Sugirió que se creara una comisión de paz «para que se investigaran los hechos y se culpara a los responsables». Carl Schurz también abogó por la diplomacia antes que la fuerza. Su temor a que una ofensiva a gran escala llevara a los utes a la guerra y provocara la desgracia de las rehenes, convenció a Sherman de que controlara al ejército mientras él negociaba su liberación. El anterior agente ute, Charles Adams, un hombre justo y prudente, accedió a actuar como emisario de Schurz. **[19]**

El general Sheridan se enfureció por la orden de retirada. «Fuimos a la agencia porque nos lo pidió la Oficina India, cuyo agente fue asesinado, además de resultar muertos y heridos algunos de nuestros hombres, y ahora nos dejan en medio de las montañas sin poder hacer nada y con la amenaza de que la nieve nos impida salir —dijo con vehemencia a Sherman—. Yo no me desanimo rápido, pero parece que nos han traicionado de mala manera». **[20]**

Al final, a los que traicionaron fue a los utes. Douglass entregó a las rehenes a Adams con la ingenua esperanza de que ese gesto facilitaría las cosas. Pero era pedir demasiado, pues él había violado a Arvilla Meeker y después la había tomado como segunda mujer, otro joven violó a Josephine Meeker y «se casó» con ella y Johnson

se había apoderado de la tercera mujer. Al enterarse de estas crueldades, los habitantes de Colorado exigieron un genocidio ute. Aunque solo fuera por su supervivencia, el secretario Schurz decidió que había que sacar a los utes White River de Colorado y reasentarlos en la pequeña reserva Uintah ute ubicada en Utah, para lo que nombró una comisión de paz compuesta por Adams, Ouray y el coronel Edward Hatch.

Sin embargo, las cosas no salieron exactamente tal como Schurz había esperado. Los comisionados absolvieron a Jack, Colorow y a los guerreros de Milk Creek aduciendo que no habían tenido la intención de luchar contra Thornburgh, pero las matanzas en la agencia eran otra cuestión. Las mujeres Meeker identificaron a doce utes como responsables, entre ellos a Douglass y a Johnson. El coronel Hatch quería que se hiciera justicia con esos «perros cobardes» y esperaba que el jefe Ouray entregara a los acusados a la comisión. Este, objetando, con razón, que ningún ute podía aspirar a tener un juicio justo en Colorado, se negó a cooperar a menos que se garantizara que los hombres fueran juzgados en Washington y se le permitiera a él y a los jefes hablar con Schurz. **[21]**

Schurz se encontraba entre la espada y la pared. La asamblea legislativa del estado de Colorado rechazó, por pocos votos, un proyecto de ley llamado Ley para la Destrucción de los Indios y las Mofetas, que ofrecía una recompensa de veinticinco dólares a todo aquel que entregara a las autoridades una mofeta muerta o una cabellera ute. Un senador de Colorado, que representaba los intereses de las empresas mineras, dio al secretario un ultimátum: o compra la tierra ute, o se marcha usted para que otros puedan tomar «medidas más extremas».

El tiempo se había agotado. El 7 de enero de 1880, Schurz disolvió la comisión de paz y llevó la cuestión ute ante el consejo de ministros. El presidente Rutherford B. Hayes aprobó un tratado innegociable, cuyo borrador redactó Schurz, por el cual se expulsaba a los utes White River de Colorado y se reasentaba a los grupos pacíficos en el extremo sudoeste del estado. El 16 de marzo de 1880, Ouray y una delegación de jefes admitió las condiciones del tratado con la entrega de cinco millones de hectáreas a cambio de cincuenta mil dólares y las anualidades atrasadas. Los sospechosos de las matanzas de la agencia nunca aparecieron y el

Gobierno no volvió a insistir en esa cuestión. [22]

Cuando Ouray fue a Washington a firmar el tratado, mantuvo un encuentro con Schurz y este se congratuló. Calificó a Ouray como «el indio más espabilado» que había conocido y manifestó que el jefe había comprendido «que los indios no tenía nada que hacer frente al progreso de la civilización (y) que su única opción era adaptarse a las costumbres civilizadas o extinguirse».

Quizá el secretario no se había percatado de que Ouray se estaba muriendo. Llevaba un año consumiéndose por una nefritis aguda. Con frecuencia tenía que interrumpir su trabajo en la comisión de paz debido a ataques repentinos de intensos dolores de espalda y violentos vómitos. Su cara estaba hinchada y tenía problemas para respirar. Cuando presintió que el final se acercaba, Ouray se quitó la ropa de blanco que se había acostumbrado a llevar y se vistió con las pieles utes, y dijo a sus seguidores que se arrepentía de haber colaborado tan a menudo con el Gobierno. Murió el 24 de agosto de 1880 en una granja en Los Pinos. Una semana después, un periódico de Nueva York anunció al mundo: «Ha muerto el mejor indio de la historia». [23]

La muerte libró a Ouray del sufrimiento de contemplar la gran injusticia que se cometería con su propio pueblo cuando la asamblea legislativa de Colorado votó a favor de expulsar a los uncompahgres de las nuevas tierras que les habían prometido en el sudoeste de Colorado. Tentados por las rentas, la mayoría de los utes White River aceptó vivir en la reserva Uintah. Los uncompahgres, inocentes, en cambio solo cedieron cuando intervino el ejército.

En un abrir y cerrar de ojos, había desaparecido la cultura ute. Un capitán del ejército se maravilló por la repentina transformación del territorio ute. «A medida que expulsábamos a los indios, dejábamos que vinieran los blancos y, en tres días, las ricas tierras de los uncompahgres estaban todas ocupadas, se habían levantado pueblos y se habían vendido las parcelas a precios muy elevados. Al poco tiempo, el valle Uncompahgre (antes un desierto) se convirtió en el vergel de Colorado, cubierto por campos y huertos fértiles». [24]

Jack no se adaptó nunca a la vida de la reserva. Despreciaba a los pacíficos granjeros uintah, que, a su vez, no apreciaban en exceso al grupo de White River y, en noviembre de 1881, se escapó de la reserva Uintah. La Oficina India ordenó al ejército que lo capturara y que lo llevara allí de nuevo. Un espía siguió a Jack hasta su tipi en la reserva Shoshone, cerca de Fort Washakie, y, el 28 de abril de 1882, una compañía de caballería partió para arrestarlo. Jack se negó a rendirse y disparó a un sargento que se había acercado demasiado. El jefe al mando del Departamento llevó un obús hasta el tipi y disparó. Cuando se despejó el humo, los soldados recogieron los restos esparcidos de Jack y los metieron en un saco con sal. Al igual que el jefe modoc del cual era tocayo, Jack había muerto de forma violenta en el turbio colofón de una guerra que había tratado de impedir. **[25]**

CAPÍTULO 19

El regreso a la Apachería

Con el fin de la guerra ute se completó el sometimiento de los indios de las Montañas Rocosas al hombre blanco. La década de 1870, que había comenzado de forma esperanzadora con la conciliatoria Política de Paz del presidente Grant, terminó con una férrea intolerancia hacia aquellas tribus que no satisfacían sin reservas la avidez ilimitada de tierra de Estados Unidos y que no se conformaban con permanecer dentro de los límites de su reserva.

En los últimos años de la década de 1870, los sucesos en la Apachería se desarrollaron de forma independiente a los del resto del Oeste, si bien al final coincidieron en la misma dolorosa trayectoria para los indios implicados. En 1876, en el Territorio de Arizona, la aplicación draconiana por parte del agente indio John Clum de la política de concentración había reunido a los yavapais, a los apaches occidentales y a todos los apaches chiricahuas, con excepción de los chihenes, en la reserva White Mountain y en su vórtice infernal, la agencia de San Carlos.

Desde el asesinato de Mangas Coloradas en 1863, los chihenes habían vivido separados de los otros chiricahuas en una reserva «permanente» en el corazón de sus tierras nativas en Cañada Alamosa, en la parte noroccidental del Territorio de Nuevo México, al oeste de Río Grande. Los chihenes se sentían profundamente apegados a su tierra, lo cual no ocurría con los otros chiricahuas. Era un sentimiento justificado porque en Cañada Alamosa no carecían de nada. Había caza abundante, la tierra no era muy árida y el clima era templado. Cuando los chihenes se ponían enfermos, algo que no era frecuente, viajaban cañón arriba hasta Ojo Caliente (Warm Springs) para buscar alivio en el místico poder curador de sus aguas minerales, pues allí era donde creían que sus dioses, en

tiempo inmemorial, les habían revelado los rituales y creencias que definían al grupo.

Sin embargo, había un aspecto negativo en la reserva de Ojo Caliente. La vida en una tierra casi idílica no podía curar a los chihenes de la profunda y arraigada pulsión apache por los saqueos y, a menudo, recorrían el norte de México para asaltar y pillar. Dado que necesitaban un lugar seguro en el que intercambiar su botín, los chihenes animaron a turbios comerciantes mexicanos y americanos a que construyeran un poblado en Cañada Alamosa. El acuerdo era beneficioso para ambas partes; al menos, hasta que apareció Vincent Colyer. La reserva de Ojo Caliente era una de las paradas de su circuito de paz de 1871 y este dogmático secretario de la Oficina India trató con desprecio el amor que los chihenes profesaban a su tierra. Compartía con sus compañeros filántropos del Este la idea de que los «salvajes» indios tenían que aprender a cultivar la tierra y que debían vivir aislados hasta que hubieran sido «civilizados». Según él, Cañada Alamosa carecía de tierra cultivable y estaba lleno de maleantes de la frontera (los traficantes de los botines chihenes), por lo cual decretó que se cerrara la reserva y que el grupo se trasladara al valle Tularosa, situado a unos ciento sesenta kilómetros al noroeste. En cierto modo, se autoconvenció de que ese era el hogar perfecto para los chihenes, «apartado de los asentamientos blancos, rodeado de montañas y no muy fácil de atravesar, (con) suficiente tierra arable, buenas aguas y madera en abundancia». Pero los chihenes estaban horrorizados. El paraíso de Colyer era un infierno chihene, una tierra maldecida por montañas yermas y ciénagas pestilentes, la morada legendaria de los espíritus malignos que los daban muerte. El ejército también condenó la decisión de Colyer por injusta y peligrosa, ya que veía los innumerables cañones de Tularosa como excelentes escondrijos para indios hostiles.

Los jefes Victorio y Loco, que abogaban por tener buenas relaciones con los norteamericanos, representaron a los chihenes en las negociaciones con Colyer. Ambos líderes eran primos, habían nacido entre 1820 y 1825 y sus enemigos mexicanos, que sabían de su audacia guerrera y de su habilidad como jefes de guerra, los apodaron de acuerdo con estas características. A uno lo llamaron Victorio, en el sentido de victorioso; y Loco, por su parte, no es que

fuera un demente, como sugería su alias, sino que los mexicanos lo llamaron así por la furia incontrolable que había mostrado cuando era un joven guerrero, por ejemplo para enfrentarse a osos pardos, lo que le había supuesto quedar tuerto. No obstante, con la edad, el feroz guerrero y luchador contra osos, se había suavizado. En la época en que conoció a Colyer, Loco se había convertido en el reconocido apaciguador del grupo. Victorio, por su parte, siempre se había mostrado como un hombre razonable y su comportamiento era más predecible que el de su primo Loco. Al parecer, Victorio nunca se dedicó a la refinada práctica apache de torturar a prisioneros y, al contrario que la mayoría de los jefes apaches, era monógamo y abstemio. Cuando negociaba con los representantes del Gobierno, era franco, honrado y condescendiente. Un oficial de la Oficina India que llegó a admirarlo lo describió como «bajo y fornido, con un fuerte y firme mentón y mirada de político desenvuelto». Victorio y Loco protestaron enérgicamente ante la exigencia de Colyer de que abandonaran Cañada Alamosa, pero, finalmente, cedieron en aras de la paz. [1]

Los jefes se arrepintieron de su decisión casi de inmediato. Tularosa era mucho peor de lo que se temían. En invierno, el viento azotaba las montañas y atravesaba los arbustos y las raídas mantas que constituían sus frágiles vikiupas. Las tempranas heladas destruían las cosechas y el agua era insalubre. Las mujeres se debilitaban y los niños morían. En septiembre de 1872, durante un consejo en Fort Tularosa, Victorio y Loco rogaron al general Howard, que había sucedido a Colyer como comisionado especial de los indios, que intercediera ante el Gran Padre para que regresaran a Ojo Caliente. Los turbulentos jóvenes guerreros chihene (a los que Victorio, cada vez más enojado, no podía controlar) estaban abandonando la reserva en masa y los jefes advirtieron a Howard de que podían provocar una guerra contra los blancos en el Territorio de Nuevo México. «Pienso decir la verdad con independencia de dónde esté el error —afirmó Victorio—. Aquí no estamos satisfechos y queremos ir a Cañada Alamosa donde el sol brilla sobre nuestras cabezas, nos sentimos bien y la tierra es nuestra». La petición de Victorio conmovió tanto a Howard que prometió hacer lo que pudiera por ellos. Al Gobierno le llevó dos años deshacer el embrollo que Colyer había creado, pero, al final, en julio de 1874,

se reabrió Ojo Caliente y se permitió a los chihenes volver allí. [2]

Una vez en su territorio, los chihenes prosperaron hasta que un altercado en la agencia de San Carlos de Arizona salpicó a Ojo Caliente. El elemento perturbador fue una reducida pero violenta facción de sus parientes chokonen que se había rebelado con una serie de sangrientos asaltos contra el cierre de la reserva Chiricahua de Tom Jeffords, llevado a cabo por el agente John Clum a mediados de 1876, e hicieron de Ojo Caliente un refugio entre sus incursiones. Loco quería expulsarlos, pero Victorio, en honor a los fuertes lazos que unían a los dos grupos, permitió que se quedaran. A pesar de que Victorio se negó a unirse a sus actos de devastación, los blancos equipararon tolerancia y complicidad. Se alzó un clamor que demandaba cerrar una vez más Ojo Caliente y no solo trasladar a los renegados chokonen, sino también reasentar al pueblo de Victorio en San Carlos. De nuevo, el ejército protestó; desarraigar a los chihenes, pensaban los generales, sería un grave atentado contra la buena fe, pero nadie prestó atención a sus objeciones y la Oficina India ordenó que el agente de San Carlos, John Clum, los atrapara a todos. [3]

En abril de 1877, Victorio y Loco condujeron, sin demasiado entusiasmo, a 343 chihenes a San Carlos. Victorio no mostró todas sus cartas y aconsejó a sus guerreros que escondieran las armas por si San Carlos se tornaba insoportable, lo cual sucedió pronto. La extensión que correspondía a los chihenes era una planicie pedregosa cerca de la agencia cuya monotonía solo se veía interrumpida por filas de lánguidos álamos. En verano, el calor era implacable, las moscas y los mosquitos cubrían los esteros y las tormentas de arena constituían el único alivio a esa plaga. Las raciones eran siempre insuficientes, pero Clum, que nunca se había mostrado muy simpático con los chihenes, les prohibió cazar. A menudo, los apaches White Mountains provocaban peleas con los chihenes, algo que, al menos, les ofrecía una tregua al tedio infinito.

En esas circunstancias, la autoridad de Victorio y Loco se desvaneció rápidamente. A medida que se deshacía el tejido social de los chihenes, algunos de sus guerreros cayeron bajo el influjo de un psicótico saqueador chokonen que había huido del ejército. El 1 de septiembre de 1877, enfrentados ante el dilema del liderazgo o de la irrelevancia, Victorio y Loco condujeron a trescientos diez

chihenes en una fuga hacia Cañada Alamosa, aunque, antes de marcharse, robaron una manada de caballos de los apaches White Mountains más por necesidad que por inquina.

Pero los chihenes no llegaron a acercarse a su tierra. El ejército acordonó Ojo Caliente y los destacamentos de caballería y de la policía india de la agencia de San Carlos (la mayoría, apaches White Mountains) los persiguieron por el Territorio de Nuevo México. A medida que los animales caían exhaustos, los indios, en su desesperación, robaban caballos y ganado, matando a los rancheros que se resistían. Como no tenían ningún lugar adonde ir, el 11 de octubre, Victorio y Loco se rindieron. [4]

Los chihenes quedaron como prisioneros de guerra bajo la tutela del ejército, lo cual resultó providencial para ellos. El general de brigada John Pope, jefe al mando del Departamento del Misuri, les permitió regresar a Ojo Caliente y el jefe del distrito, el coronel Edward Hatch, prometió a Victorio que si «demostraban ser buenos indios y cultivar la tierra», intentaría hacer que su estancia fuera permanente. Incluso Phil Sheridan habló a favor de Victorio. Cuando la Oficina India se planteó la idea de proscribir a los chihenes a la reserva de Fort Sill en el Territorio Indio (una interpretación de la política de concentración especialmente perversa), el secretario de Guerra convenció al presidente Grant de que frenara el plan. El ejército deseaba la paz no menos que los chihenes.

Victorio obedeció y cultivo la tierra y controló a sus guerreros. Hatch le recompensó con raciones suplementarias y generosos regalos de excedentes de ropa del ejército. Retiró asimismo las tropas de la reserva, dejando, de hecho, al pueblo de Victorio como prisioneros en libertad condicional. Victorio y Loco comentaron a un inspector del ejército que estaban más felices que nunca. Incluso el *Arizona Star*, que odiaba a los apaches, admitió que el comportamiento del grupo de Victorio era ejemplar.

A pesar de las buenas intenciones, el ejército no podía mantener a los chihenes indefinidamente, por ello, en junio de 1878, Sheridan y Sherman solicitaron a la Oficina India que volviera a responsabilizarse de ellos. Su petición interrumpió la inercia burocrática, pero el resultado mortificó a los generales. El secretario del Interior, Carl Schurz, que más adelante arriesgaría su empleo

para ser justo con los utes, pero que desconocía la auténtica naturaleza de los asuntos en el sudoeste, pidió al Departamento de Guerra que enviara a los chihenes a San Carlos.

Loco accedió a marcharse, pero Victorio se negó. Su tolerancia de la hipocresía gubernamental había llegado al límite. El 25 de octubre de 1878, Loco partió hacia San Carlos con 172 chihenes, de los cuales solo 22 eran guerreros, mientras que Victorio se dirigió a las montañas con 90 seguidores, incluidos 44 guerreros. Los colonos criticaron a la Oficina India por su decisión temeraria: «Toda la comunidad de Río Grande se sentía segura —afirmó el *Tucson Weekly Star*—. No habían cometido ninguna atrocidad y el traslado repentino a San Carlos resultó tan inesperado para los colonos como equivocado e injusto para Victorio». [5]

Aquel invierno, a Victorio nada le fue bien. Terribles tormentas de nieve azotaron su refugio en las tierras altas. La caza escaseaba y comenzó un lento, pero constante, goteo de deserciones. En febrero de 1879, en vez de contemplar cómo se disolvía su grupo, accedió a rendirse a condición de que no se obligara a sus hombres a volver a San Carlos. La Oficina India consintió reasentarlos en la reserva Mescalero Apache, situada a ciento treinta kilómetros al este de Ojo Caliente. Los mescaleros eran amigos y su reserva mucho más agradable que San Carlos. Todo el mundo estaba satisfecho, excepto los vengativos residentes de Silver City. Durante su huida de San Carlos, Victorio había llevado a cabo ataques cerca del sudoeste de la ciudad minera de Nuevo México y, en julio, un gran jurado local lo acuso de asesinato y de robo de caballos. Este, nervioso, se atuvo a la promesa de permanecer en la reserva Mescalero, pero cuando poco después, ese mismo verano, el juez y el fiscal de Silver City visitaron la reserva durante un viaje de caza, los chihenes se asustaron. Victorio, se enfrentó al agente mescalero y le tiró de la barba, reunió con un silbido a la manada de ponis chihenes, ordenó a las mujeres que desmontaran el campamento y se marchó hacia el territorio montañoso que rodeaba Ojo Caliente. El 4 de septiembre, Victorio y sesenta guerreros se llevaron una manada de caballos de la compañía del 9.º de Caballería que había sido destinada en su agencia anterior y mataron a ocho Buffalo Soldiers. Después, se dirigieron al sur, saqueando y matando a diecisiete hombres, mujeres y niños.

Victorio había declarado la guerra a los blancos. [6]

El ejército encontró en Victorio un enemigo tan fiero en la guerra como fiel amigo había sido durante los tiempos de paz. De hecho, se mostraba más hábil en la guerra de guerrillas que Cochise. Dos semanas después de robar los caballos en Ojo Caliente, Victorio atrajo a una emboscada de manual a dos compañías del 9.º de Caballería que lo buscaban en el cañón de las Ánimas, a sesenta kilómetros al sur de la reserva. Lo único que salvó a los Buffalo Soldiers fue la aparición de otras dos compañías que acudieron al oír los disparos y también la táctica de Victorio de disparar a los caballos antes que a los hombres. Aun así, murieron nueve soldados. Victorio se retiró a las escarpadas montañas de Mimbres sin perder ningún hombre. Al reflexionar sobre la acción, uno de sus guerreros alardeó diciendo: «Creo que hemos podido inventar la guerra de trincheras y que preferimos mil veces antes tener montañas a nuestras espaldas. Cuando nos perseguían de cerca, matábamos a nuestros caballos y ascendíamos por desfiladeros que ningún enemigo podía escalar». El ejército, por desgracia, pudo comprobar en numerosas ocasiones la veracidad de esta afirmación. [7]

El éxito de Victorio dejó perplejo al coronel Hatch: «Los indios están muy bien armados y lo que demuestra que están bien surtidos de munición es que en los enfrentamientos disparan sin cesar —informó al general Pope—. Resulta imposible describir lo abrupto de montañas como la sierra del Diablo y San Mateo. Los famosos Lava Beds de los modoc son una pradera comparados con ellas». Necesitaba ayuda y Pope le envió lo mejor de lo que disponía: la compañía White Mountain Apache del teniente Charles B. Gatewood. Hatch los envió al escuadrón del 9.º de Caballería del comandante Albert P. Morrow, al cual encomendó la misión de derrotar a Victorio.

Los apaches White Mountain se alegraron de tener la oportunidad de matar chihenes. El 28 de septiembre, en una operación conjunta con los Buffalo Soldiers de Morrow, descubrieron el campamento de Victorio y provocaron las primeras bajas en las filas chihenes en una encarnizada lucha cerca de

Cuchillo Negro Creek, en plena sierra del Diablo. Victorio, al que habían superado en su propio terreno, se vengó con incursiones fugaces por todo el valle de Río Grande. Morrow lo persiguió, pero no lo iba a sorprender desprevenido una segunda vez, pues Victorio conocía a la perfección ese territorio abrasado por el sol y sus pozos dispersos, donde reponía su ganado con regularidad con caballos robados y luchaba según sus propias normas. A finales de octubre, la exigente marcha había reducido la fuerza de Morrow a menos de la mitad de su contingente inicial y este, obsesionado con acorralar a Victorio, lo siguió hasta México, un acto completamente ilegal que, en caso de ser descubierto, podía desencadenar la guerra. También fue una maniobra estúpida en sí misma. Una vez en México, el contingente de Morrow se debilitó bajo el sol del desierto. Los caballos quedaron exhaustos y fueron sacrificados. Los hombres ofrecían la paga de un mes por un trago de agua. Tras cabalgar cien kilómetros sin encontrar ningún pozo, la exhausta tropa de Morrow dio, por fin, con un estanque de agua fresca y transparente, solo para descubrir que los chihenes habían arrojado dentro un coyote destripado, lo que provocó un «repugnante envenenamiento del agua». Victorio ponía en práctica la variante del desierto de la estrategia de tierra quemada.

Al cabo de un mes de jugar al gato y al ratón con los chihenes al sur de la frontera, Morrow se retiró. Había arrastrado a sus hombres durante mil ochocientos kilómetros en cuarenta y nueve días. «Estoy totalmente harto de este asunto —confesó el capitán a un amigo tras su regreso, renqueante, a Fort Bayard—. He afrontado ocho encuentros con los indios de Victorio y en todos ellos los he conseguido expulsar, pero no se ha producido ninguna ventaja apreciable». [8]

En realidad, Morrow no había expulsado a Victorio a ningún sitio. El jefe chihene entró en México no para atraer al comandante, sino más bien para que sus hombres descansaran en las remotas y bien regadas montañas de Candelaria, su refugio favorito. Victorio también necesitaba caballos nuevos, que robó del poblado más cercano, Carrizal. Su alcalde convenció a quince hombres lo suficientemente estúpidos como para seguir a los saqueadores chihenes, pero Victorio los mató a todos. Tras conseguir lo que había ido a buscar, en enero de 1880 el jefe indio abandonó su

refugio en las montañas y se dirigió al norte, después de haber engrosado sus filas con cincuenta o sesenta guerreros mescaleros que ya se habían aburrido de la vida en la reserva. La gente de Nuevo México se preparó para el regreso de los «sabuesos infernales» apaches.

Para su gran alivio, Victorio regresó no para saquear, sino para hacer las paces. Después de huir durante once meses, no estaba más cerca de encontrar un hogar permanente que el día que partió de San Carlos. Esquivando al comandante Morrow, que ya había vuelto a la brega, Victorio se acercó con cautela a Ojo Caliente y pidió a un empleado de la agencia en el que confiaba que preguntara a la Oficina India en qué condiciones aceptaría su rendición. El hombre telegrafió directamente al secretario Schurz para recordarle que «no se había tratado a los indios con justicia» y Victorio se retiró a las montañas San Mateo para esperar la respuesta. Morrow lo alcanzó al día siguiente y ambos adversarios parlamentaron. Victorio dijo a Morrow que si el Gobierno repatriaba a los chihenes que todavía estaban en San Carlos, iría a Ojo Caliente y se rendiría. Era una oportunidad de poner fin al derramamiento de sangre. Lo único que tenía que hacer Morrow era prometer transmitir la petición de Victorio y después dejarlo en paz. Este, en cambio, insistió en que los guerreros de Victorio entregaran primero sus monturas y sus armas, condiciones que ningún jefe apache en sus cabales estaría dispuesto a aceptar. El encuentro terminó y comenzaron los disparos. Morrow perdió tres hombres y Victorio escapó sin ninguna baja. A favor de Morrow hay que decir que reconoció su error y transmitió la propuesta de Victorio al coronel Hatch, que la apoyó sin reservas, tal como hicieron los generales Pope y Sherman. Pero la Oficina India insistía; o Victorio aceptaba la vida en la reserva de San Carlos o, de lo contrario, el ejército lo mataría. A finales de febrero, el jefe indio volvió a tender la mano en señal de amistad, en esta ocasión al agente mescalero, el cual rechazó negociar sin la aprobación de la Oficina India. Victorio había sufrido su último desplante y, a partir de entonces, solo hablaría con los blancos a través del cañón de su rifle. **[9]**

El jefe indio tendría muchas oportunidades de hacerlo. El coronel Hatch, completamente agotado tras cinco meses de infructuosas persecuciones por parte de sus subordinados y de las

emboscadas, asumió el mando sobre el terreno, reuniendo a todos los hombres que había disponibles en el distrito. El general Pope ordenó al coronel Benjamin H. Grierson, jefe al mando del Distrito del Pecos, y a sus Buffalo Soldiers del 10.º de Caballería de Fort Concho, en Texas, que colaboraran con Hatch para impedir a Victorio el acceso a la reserva Mescalero Apache, una fuente de suministros y reclutas a disposición de los chihenes. Pero Hatch pasó por alto las órdenes de Pope. Sus exploradores le habían informado de que Victorio se hallaba oculto en el cañón Hembrillo, un ancho desfiladero en las montañas San Andrés, a medio camino entre Río Grande y la reserva Mescalero. Para atacar al jefe indio en San Andrés solo necesitaba desviarse cien kilómetros y Hatch decidió atacar «por el efecto que tendría sobre los indios mescalero […] y por la posibilidad de poner suficientes tropas en torno a la posición [de Victorio] para tomarla o destruirla».

Era un riesgo razonable y Hatch lo había planeado con mucho cuidado. Dividió al 9.º de Caballería y a su compañía de exploradores apache en tres expediciones convergentes. Grierson esperó en la frontera de Texas para interceptar a cualquier enemigo que escapara a la red de Hatch. Si el entorno y la suerte no hubieran jugado en favor de Victorio, el plan de Hatch habría contado con bastantes probabilidades de éxito. La primera de las columnas del coronel se vio afectada por una disentería aguda cuando los hombres y los caballos bebieron de un manantial envenenado con aljez. Los soldados, muertos de sed, llegaron tambaleándose al siguiente manantial de agua conocido, que resultó estar en el cañón Hembrillo, tras las armas de fuego de Victorio. En una desesperada carrera para alcanzarlo, resultaron heridos seis Buffalo Soldiers y sus jefes al mando, aunque la oportuna aparición de la segunda columna los salvó de una aniquilación casi segura. Como de costumbre, los chihenes desaparecieron por el terreno escarpado donde era inútil perseguirlos. **[10]**

A pesar de sus éxitos, Victorio se encontraba en una posición peligrosa. Como disponía de poca munición y le lastraban las mujeres y los niños, tuvo que salir de las yermas montañas San Andrés. Empleó a sus guerreros como retaguardia y se encaminó al sur por una estrecha ruta que desembocaba en una tórrida sartén del desierto llamada Jornada del Muerto. Aunque él no lo sabía, esa

mañana, Hatch se había dirigido al norte con su tercera columna por la misma ruta. En la situación en que se encontraba Victorio (con las mujeres y los niños entre los guerreros y los soldados) los chihenes constituían una presa fácil para el contingente de Hatch, fresco todavía.

Victorio confió las mujeres y los niños a Nana, un líder de guerra septuagenario cuyas habilidades permanecían intactas a pesar de la edad. Lo que debería haber sido una agotadora pero tranquila huida hasta un lugar seguro se convirtió en un viaje al matadero: «Era una ruta muy pedregosa y había poco polvo que nos avisara de la llegada del enemigo hasta que ya estaba casi sobre nosotros —recordó el nieto de Nana—. Cuando la caballería rodeó una zona de rocas donde crecía el mezquite, el abuelo envió a su gente hacia el este, siguiendo un saliente rocoso, hasta el abrigo de un arroyo». Nana dijo a algunos muchachos que retrocedieran poco a poco, borrando en la ruta las huellas de los hombres y de los caballos hasta que llegaran al arroyo a veinte kilómetros, donde debían esconderse. En esos momentos, el destino del grupo estaba en manos de la valentía chihene, y de la suerte. «Nuestros hombres, aprovechándose de cada mata de vegetación y de cada roca, estaban preparados para apretar los ollares de los caballos para que no delataran nuestra posición —continuó el nieto de Nana—. Mi madre se quitó el portabebés y se lo dio a mi abuela, así quedó libre para usar el rifle. Si el niño hubiera abierto la boca para emitir algún sonido, lo tendría que haber asfixiado».

La anciana se libró del horror del infanticidio. Los exploradores apaches de Hatch pasaron a caballo sin mirar siquiera en su dirección. Tras ellos, pasaron Hatch y la caballería, también ajenos a la presencia chihene. Cuando ya estaban girando los últimos soldados, Nana hizo que su gente fuera rápidamente por la ruta hacia Jornada del Muerto y Hatch no tuvo una segunda oportunidad con los chihenes. Victorio lo vio llegar y la ansiedad lo contuvo durante quince minutos antes de que los soldados dieran la vuelta a la montaña. Al cambiar de rumbo, Hatch perdió una oportunidad de terminar la guerra. **[11]**

Tras abandonar San Andrés, los contrincantes tomaron caminos diferentes. Victorio y Nana se dirigieron a la sierra del Diablo sin la mayoría de los guerreros mescaleros que, una vez saciada su ansia

de guerra, regresó a su tierra. El coronel Hatch continuó hacia la reserva Mescalero y se unió a Grierson para arrestar a todo hombre mescalero que pudieran atrapar. Unos cuantos guerreros volvieron con Victorio, pero la cuarentena del ejército de la reserva Mescalero le costó al jefe su refugio.

No está claro qué es lo que llevó a Victorio a volver a la sierra del Diablo, repleta de soldados. Quizá pensó que era mejor morir luchando por su tierra a que lo atraparan y mataran como a un animal en una tierra extraña y desolada. O, quizá, los siete meses en fuga habían adormecido su instinto táctico. En cualquier caso, su decisión resultó desastrosa para los chihenes porque incurrió en el mismo error que habían cometido de manera recurrente sus oponentes: dejar que lo atraparan. El 23 de mayo, el «capitán» Henry K. Parker, un correoso luchador indio de Texas al que Hatch había contratado como jefe de los exploradores, logró encontrar el campamento de Victorio en el cañón del nacimiento del río Palomas, al pie de la sierra del Diablo. Al anochecer, sus setenta exploradores indios rodearon con sigilo y en silencio a los chihenes que, en ese momento, dormían. Algunos de ellos se acercaron, arrastrándose sin ser detectados, a cuarenta y cinco metros del campamento de Victorio.

Al amanecer, Parker ordenó abrir fuego, cogiendo a los chihenes totalmente desprevenidos. En su precipitación por ponerse a cubierto, algunos guerreros se dejaron los rifles en las chozas. Otros utilizaron a sus mujeres como escudos humanos mientras ellos levantaban parapetos con rocas. Victorio cayó herido en la pierna al inicio de la acción. Los exploradores de Parker gritaron a los hombres chihenes que entregaran a sus mujeres y a sus hijos, prometiéndoles que no les harían daño, a lo que las mujeres respondieron con terribles imprecaciones. Incluso una de ellas gritó que si moría Victorio, «se lo comerían para que ningún hombre blanco pudiera ver su cuerpo».

Parker consiguió inmovilizar a los indios durante dos días, antes de que la falta de agua y de munición le obligara a retirarse. En el asalto murieron treinta hombres, mujeres y niños chihenes, mientras que Parker no sufrió ninguna pérdida. La herida de Victorio era menor, pero Parker había infligido un golpe mortal a su aura de invencibilidad. En consecuencia, la moral chihene también

se vio afectada; casi la mitad del grupo desertó y desapareció entre los indios de la reserva. Victorio se encaminó hacia México con los leales, matando y saqueando por el camino, mientras cada kilómetro lo alejaba cada vez más de su amada Cañada Alamosa. [12]

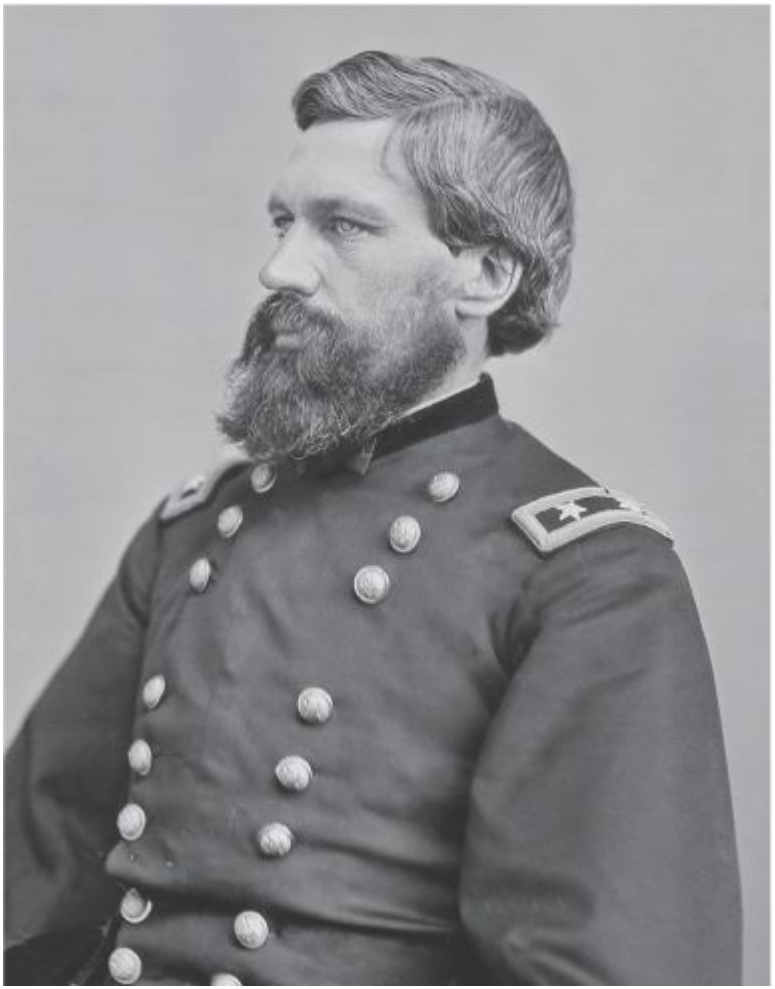
Las sangrientas peregrinaciones de los chihenes los acercaron, peligrosamente, al distrito militar de Texas Occidental del coronel Benjamin Grierson, al cual, seis años antes, Phil Sheridan había relevado del mando de Fort Sill porque, en su opinión, había sido demasiado indulgente con los indios. El coronel estaba ansioso por ajustar cuentas: «Gracias a Dios —escribió Grierson a su mujer—, no han roto mi ánimo y, fíjate en lo que te digo, tarde o temprano saldaré las cuentas con ese hombre». [13] Sin duda, una brillante victoria ayudaría, pero la oportunidad de lograrla en una región casi despoblada tanto de indios como de blancos parecía remota. Al menos, hasta que apareció Victorio. Cuando el jefe chihene se retiró a México después de que Parker lo vapuleara, en un principio, el general Pope ordenó a Grierson y a su 10.º de Caballería que reforzara a Hatch en Nuevo México. Pero este sugirió un cambio de táctica, en vez de agotar a sus tropas en largas e infructuosas persecuciones, tal como había hecho Morrow, propuso vigilar los pozos y los pasos de montaña a lo largo de Río Grande para «interceptar y castigar a los saqueadores en caso de que intentaran cruzar a Texas». Pope apoyó su propuesta. [14]

Mientras tanto, México ya no le parecía a Victorio una presa fácil. La matanza que había llevado a cabo de ciudadanos-voluntarios de Carrizal había incitado al Gobierno mexicano a actuar. Quinientos soldados regulares mexicanos siguieron su rastro hasta que se dirigió al oeste de Texas, dado que no tenía a dónde ir. El 30 de julio de 1880, por la mañana, Victorio cruzó con unos cien guerreros Río Grande cerca del cañón Quitman, cien kilómetros al sudeste de El Paso. Su destino inmediato era un pozo cerca de Tinaja de las Palmas, aunque, para llegar allí, tenía que pasar por el lugar en que se encontraba el propio coronel Grierson, que patrullaba cerca del pozo con seis soldados y su hijo de diecinueve años, Robert, que había terminado la escuela y tenía ganas de

aventura, lo que, como bromearía más tarde el coronel, «encontró de repente». [15]

Cuando el mensajero anunció la llegada de Victorio, el coronel Grierson construyó una barricada de rocas sobre terreno alto, cerca de Tinaja de las Palmas. Un teniente se presentó desde un puesto cercano con quince soldados, lo que aumentaba, ligeramente, las posibilidades de que Grierson y su hijo salieran vivos. Robert durmió bien aquella noche, al parecer, ajeno al peligro, y disfrutó de lo que le ofreció la mañana. Cuando terminaba de desayunar, los centinelas gritaron: «¡Llegan los indios!», y Robert cogió el rifle. «Dejamos nuestras fortificaciones y salimos corriendo en dirección a los indios que estaban a doscientos setenta y cinco metros y, te lo juro, tenías que haberlos visto dar media vuelta y salir pitando hacia las colinas». El coronel Grierson mantuvo a Victorio a raya durante una hora antes de que aparecieran dos compañías de los Buffalo Soldiers y expulsaran a los apaches al otro lado de Río Grande. Los Grierson se habían librado por los pelos. [16]

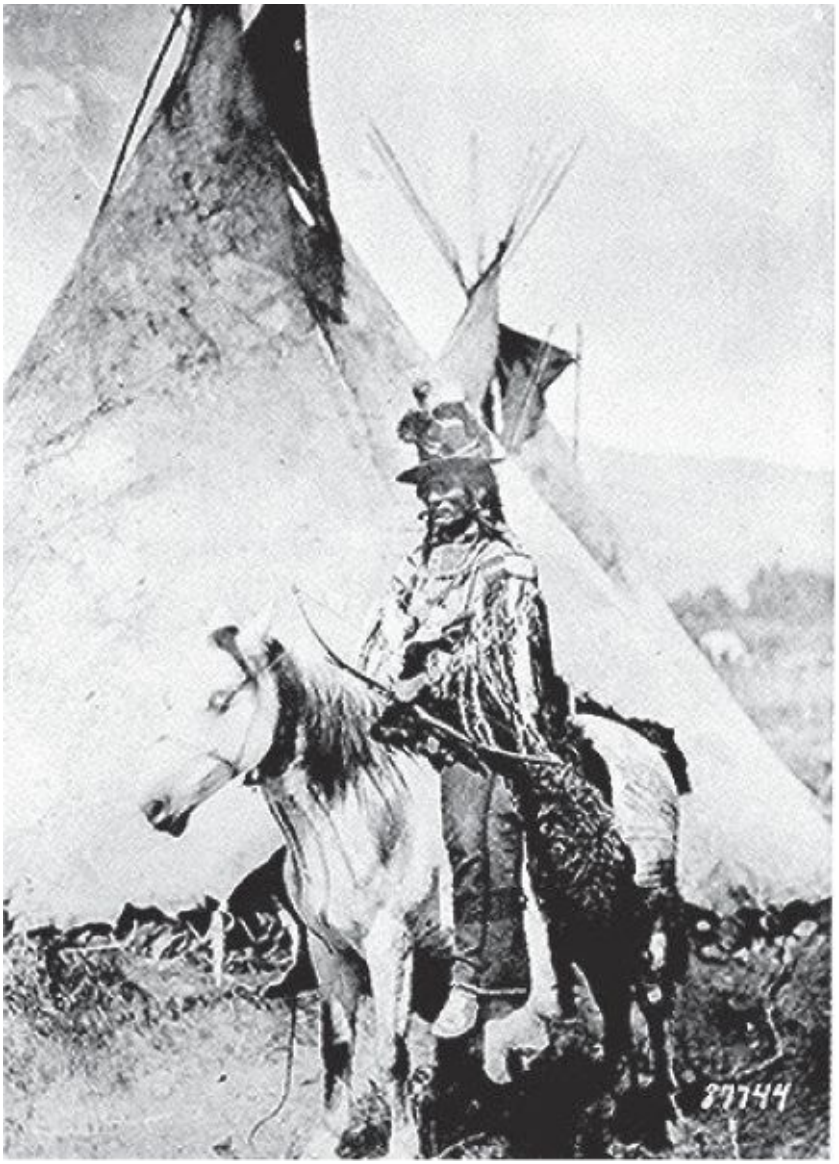
Cuatro días después, volvió Victorio. Estaba desesperado. Atravesó el escudo de la caballería de Grierson y se dirigió a la lejana reserva Mescalero. Probablemente, sabía que sus posibilidades de llegar eran pocas. El oeste de Texas era un territorio ignoto para los chihenes y, por una vez, el jefe indio tuvo que avanzar poco a poco. Por otra parte, Grierson se encontraba en terreno conocido y, el 6 de agosto de 1880, atacó con furia a la sedienta y rezagada partida de Victorio cerca de un valioso pozo con el poco halagüeño nombre de Manantial de la Serpiente de Cascabel. Victorio, abatido y desanimado, y con los soldados pisándole los talones, modificó su ruta y se dirigió hacia México. Había perdido treinta guerreros, muertos o heridos, además de a su manada de ganado y la mayor parte de sus suministros.



Oliver Otis Howard, llamado el General Cristiano, al final de su carrera. Llevó a cabo en el Oeste misiones más duras que ningún otro general, excepto George Crook.

Jefe José del grupo wallowa de los indios nez percés, el cual nunca olvidó el consejo que le dio su padre en el lecho de muerte: «Cuando te pidan que firmes un tratado por el que vendas tu hogar, tápate los oídos». Más adelante, José afirmaría: «El hombre que no honra la tumba de su padre es peor que un animal salvaje».

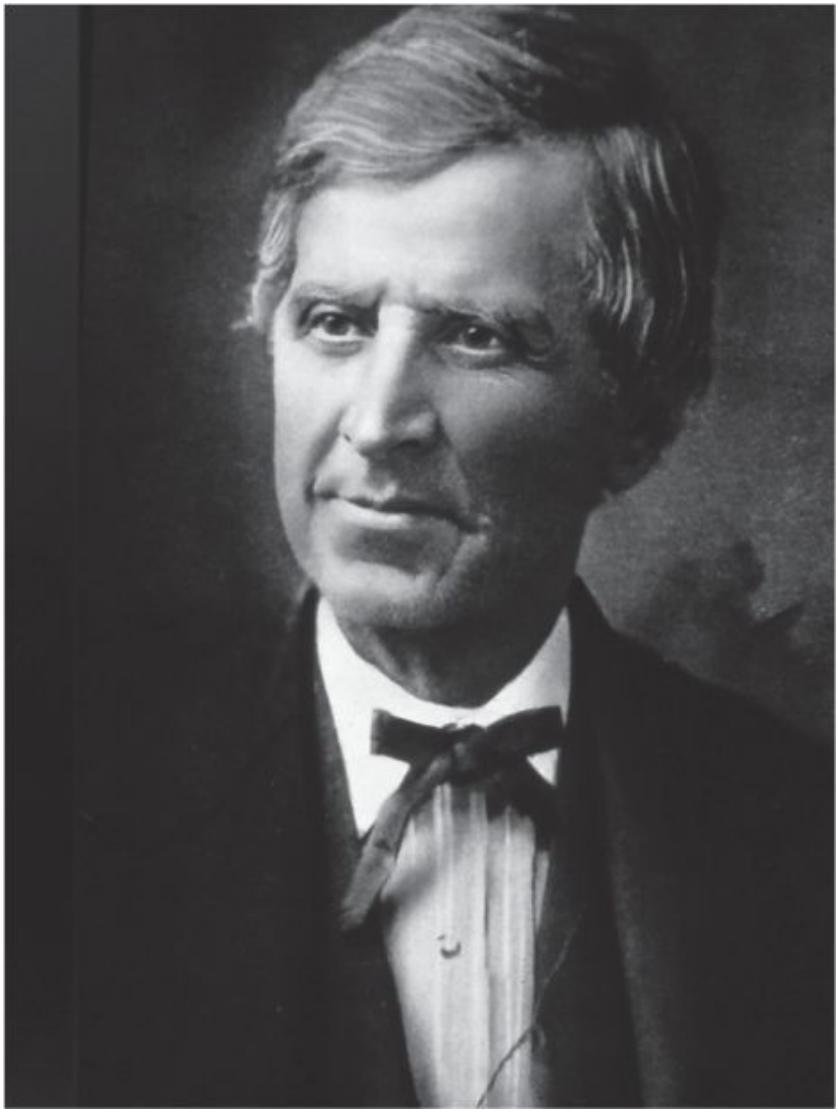
Prisioneros de guerra chiricahuas de camino a Fort Marion, en Florida. Esta fotografía a un lado de la vía se hizo el 10 de septiembre de 1886, cerca del río Nueces, en Texas. Gerónimo y Naiche, el hijo de Cochise, están en la primera fila, el tercero y el cuarto de la derecha.



El jefe Espejo lideró la huida nez percé.

Gerónimo (el tercero por la izquierda, sentado con las piernas cruzadas) y el general Crook (el segundo por la izquierda, sentado) en un consejo en el cañón de los Embudos en Sonora, México, el 27 de marzo de 1886. «¿Por qué no me hablas?», le preguntó Gerónimo a Crook. «Tu boca habla de formas muy distintas», respondió el general.

Ollokot, hermano de Jefe José. Fue el líder guerrero del grupo wallowa, y también el espíritu guía de los jóvenes guerreros en la guerra nez percé. Al igual que su hermano, Ollokot, lleva el pelo con el tupé característico de los seguidores de la religión «del soñador».



Nathan C. Meeker, el desequilibrado agente indio cuya obsesión por convertir a los pacíficos indios utes en utópicos agricultores provocó la Guerra Ute.

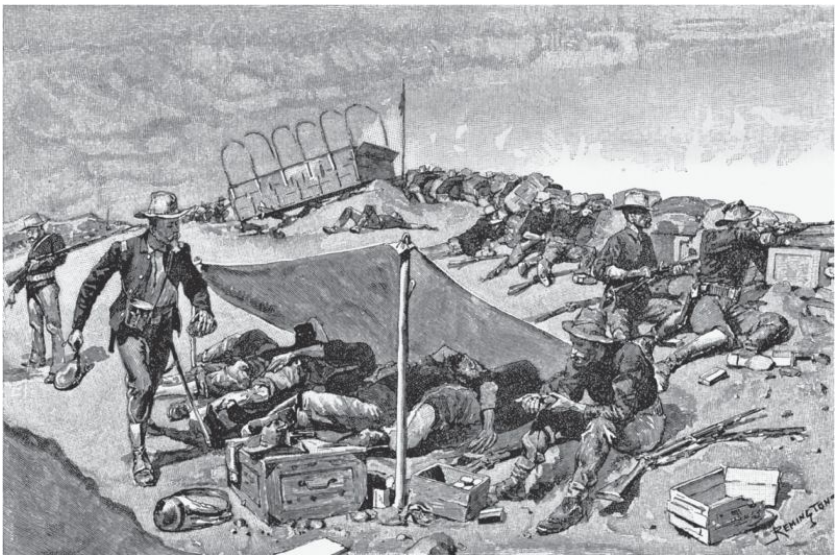
La cabaña de Toro Sentado. Un fotógrafo local hizo que escenificaran para la cámara una reconstrucción de su arresto. La cabaña se desmanteló y se llevó en barco a Chicago para exponerla en 1892 en la Exposición de Columbia.

Ute Jack, un carismático líder guerrero de los utes que trabajó como explorador para el general Crook durante la Gran Guerra Sioux. A pesar de que no quería luchar contra los blancos fue víctima de la ira

irracional de Meeker.

Gerónimo, el hombre-medicina bedonkohe. Sus compañeros chiricahuas

creían que poseía grandes poderes místicos excepcionalmente valiosos en la guerra y en los ataques. Muchos apaches lo temían, pero algunos lo apreciaban.



Soldados sitiados en la batalla de Milk Creek, del 29 de septiembre al 5 de octubre de 1879.

El jefe Victorio de los apaches chihene (chiricahuas orientales), el mayor luchador de guerrillas apache.

El inicio de la lucha en Wounded Knee. Frederic Remington realizó este boceto después de entrevistar a los participantes del 7.º de Caballería. Se puede considerar una descripción precisa de las primeras ráfagas de disparos.

El jefe chihene Loco, un hombre de paz cuyo grupo no participó en la guerra de Victorio.

El jefe Pie Grande de los lakotas miniconjous yace congelado en el lugar donde murió en Wounded Knee el 29 de diciembre de 1890. La fotografía se hizo el 3 de enero de 1890 cuando llegó el destacamento de entierros.

A Grierson lo único que le proporcionó la victoria fueron elogios hueros. Su distrito militar fue abolido por superfluo y tanto él como el 10.º de Caballería volvieron al purgatorio de Fort Concho. A pesar de todo, se podía sentir satisfecho al saber que había llevado al oeste de Texas una «sensación de seguridad desconocida hasta ese momento». Florecieron los asentamientos y, al cabo de dos años, las vías férreas transcontinentales atravesaban la región. [17]

El general Pope, en su informe anual publicado en septiembre de 1880, criticó las medidas que habían conducido a Victorio a la guerra: «No sé qué razones tiene el Departamento del Interior para insistir en llevarlos a San Carlos, pero, sin duda, deben de ser convincentes para justificar los grandes problemas y las severas pérdidas ocasionadas por los intentos de obligarles al traslado». Con

Victorio decidido a luchar hasta el final en vez de pudrirse en San Carlos, no se podía dar marcha atrás. Las operaciones militares debían empezar hasta que se capturara o se matara a su banda. «No es muy probable que se les capture —concluyó Pope—, pero creo que se le podrá matar, aunque sea cruel decirlo, a tiempo». **[18]**

A Victorio se le acabó el tiempo antes de lo que había esperado Pope. Con poca munición, hambrientos y sin atisbar más fin que una muerte violenta, los pocos aliados mescaleros que le quedaban intentaron desertar. Para mantenerlos controlados, Victorio mató a su jefe, un acto desesperado que de nada sirvió. El 14 de octubre, una fuerza conjunta de trescientos soldados mexicanos y exploradores indios al mando del coronel Joaquín Terrazas, uno de los más ingeniosos y resueltos luchadores contra los indios que ha dado México, encontró a Victorio oculto en un lugar llamado Tres Castillos, un apelativo algo ampuloso para denominar a tres lomas peladas que se elevaban tan solo treinta metros sobre el suelo del desierto. La batalla que se desencadenó a continuación supuso la culminación de un éxodo a ninguna parte, un año de luchas y de ansias de paz que llevó a los hombres de Victorio de una tierra de promesas rotas a una sin esperanza. Con los mexicanos merodeando a distancia de tiro, prácticamente, y con la munición a punto de agotarse, el grupo de Victorio se refugió tras una pared rocosa y esperó.

Con las primeras luces, los mexicanos ascendieron por las laderas a pie y a caballo. Los hombres de Victorio iniciaron sus últimas rondas de disparos y, a continuación, se abalanzaron sobre sus asaltantes, «los combatientes luchaban entre sí y se agarraban por la cabeza». Al menos, esa fue la versión de Terrazas de los sucesos. Pero, si tenemos en cuenta que el coronel solo perdió tres hombres, resulta más plausible que los mexicanos asesinaran a los chihenes después de que los guerreros se quedaran sin munición. Con independencia de cómo acometiera esta sangrienta tarea, Terrazas asesinó a setenta y ocho chihenes y mescaleros, entre los que había setenta y dos guerreros, y sus hombres arrancaron el cuero cabelludo de los muertos para conseguir dinero como recompensa. Como parte del botín, al coronel le correspondieron

sesenta y ocho prisioneros, entre mujeres y niños, que vendió como esclavos. Del grupo de Victorio solo escaparon de Tres Castillos diecisiete miembros. El viejo Nana, que cuando comenzó la batalla se encontraba abajo, en las llanuras de Castillos, con una docena de guerreros, se dirigió a Sierra Madre con los supervivientes.

Nadie sabe cómo murió Victorio o quién lo mató, pero el estado de Chihuahua otorgó el honor al capitán de los exploradores indios tarahumara y le premió con un bonito rifle niquelado y una importante recompensa. Una anciana chihene que había permanecido cerca de Victorio y de algunos de sus hombres cuando este cayó afirmó que no lo había matado ningún mexicano. «Se les había agotado la munición y Victorio no quería que lo hieran prisionero, de modo que se mataron a cuchilladas entre ellos». **[19]**

A los ciudadanos del sudeste americano les era totalmente indiferente cómo había muerto Victorio, el hecho de que hubiera caído ya era motivo suficiente de celebración. «¡Gloria, aleluya! ¡Victorio ha muerto! ¡Ha terminado la guerra! ¡Ha llegado la paz!», proclamaban los titulares de un periódico de Nuevo México. Dos semanas después de su fallecimiento, el presidente Hayes viajó por el Territorio de Nuevo México, en la recién terminada línea ferroviaria de Santa Fe. En una parada relámpago en una pequeña población, habló del brillante futuro de aquel territorio: «Las ventajas relativas a la salud y al clima, por no hablar de vuestra gran riqueza mineral, ponen de manifiesto vuestras maravillas —dijo el presidente a la multitud, que se mostraba encantada—. Aquellos que vienen aquí a vivir entre vosotros no solo sienten que se hallan en una tierra de promisión, sino que la bandera de nuestra patria común ondea sobre ellos, lo que les garantiza libertad e independencia y despierta en ellos un sentimiento de amor y patriotismo que solo América conoce». **[20]**

Era un hecho que los planetas se habían alineado para los ciudadanos del sudoeste. ¿No era, acaso, lo que había anunciado el presidente? Se levantaron grandes ranchos, florecieron las explotaciones mineras de plata y de carbón y, entre 1880 y 1882, la población blanca del territorio se duplicó de cuarenta mil a ochenta mil personas. Hubo pocos de los recién llegados que llegaran a ver

un indio en su vida, y mucho menos uno que se mostrara hostil. Los yumas, pimas y pápagos vivían de manera apacible en sus reservas y, en cuanto a los «tigres humanos», como el general Crook había llamado a los apaches y a los yavapais, los que no habían sido exterminados habían sido agrupados, hasta alcanzar los cinco mil, en la reserva White Mountain. Al parecer, la Apachería había sido domesticada.

Sin embargo, esa tranquilidad era frágil. La reserva se había convertido en un polvorín con varios detonadores. En ningún lugar del Oeste el fracaso del Gobierno a la hora de combinar las buenas intenciones con una administración liberal era más acusado que en la reserva White Mountain, donde los retorcidos trabajadores conspiraron con los maleables y avariciosos agentes para engañar a los indios con las raciones y los suministros que les correspondían por sus anualidades, así sembraron en secreto entre los indios la deslealtad, con la esperanza de provocar la guerra, que siempre había resultado una segura fuente de lucrativos contratos para el Gobierno. La corrupción no era solo local; el reformista secretario del Interior, Carl Schurz, despidió de forma sumaria a su comisionado de Asuntos Indios por su implicación en negocios ilegales. En realidad, se lamentaba el presidente del independiente Consejo de Comisionados Indios, «para el olfato de los hombres honestos, nuestra Administración India apesta por las prácticas vergonzosas y la conducta personal de nuestros oficiales [en] San Carlos». **[21]**

En 1879, los jefes de las tribus yavapai y apache, conscientes de las fortunas que se habían amasado a su costa, dejaron a un lado sus enemistades personales y celebraron consejos para plantearse abandonar la reserva. Eligieron como líder al hijo más joven de Cochise, Naiche. Los ancianos aconsejaron que no se escaparan y aunque Naiche se negó a desafiar la sugerencia de su difunto padre para que mantuviera la paz, el descontento era palpable. Un joven teniente, tras inspeccionar San Carlos, comentó: «Por todas partes había niños indios desnudos, hambrientos y sucios, corriendo frente a ti, entre los matorrales o las tiendas. Por todas partes podían sentirse amenazándote las caras lúgubres, impasibles, desesperanzadas y recelosas de los ancianos indios. Sentías el desafío hasta la médula; esa provocación tácita para demostrarte

que no eras más que un mentiroso y un ladrón». [22]

Los indios sentían que la soga blanca se había estrechado en torno a la reserva White Mountain, y era algo que los asustaba. Las operaciones mineras en el límite oeste terminaron por traspasar el territorio de la reserva. En su parte oriental, los granjeros desviaron el agua del río Gila hasta agostar las cosechas de los granjeros apaches que vivían río arriba. Al noroeste de Fort Apache, los mormones se asentaron a lo largo del límite del territorio natal apache de White Mountain. El descubrimiento de carbón al sur de la reserva trasladó a los mineros hasta a veintidós kilómetros de la agencia de San Carlos antes de que el ejército los expulsara. Y los inevitables vendedores ambulantes de *whisky* y comerciantes de armas picoteaban los límites de la agencia como si fueran buitres hambrientos.

Con la designación temporal del capitán Adna R. Chaffee como agente, en julio de 1879, llegó a San Carlos una Administración honrada y eficiente, que duró un año. El agente se puso a trabajar con una determinación tenaz, sacando a la luz la corrupción y haciendo lo que podía para mejorar la suerte de los apaches. Chaffee emitió cientos de pases renovables para aligerar la superpoblación alrededor de la agencia y permitir a los apaches que lo desearan cultivar en la saludable zona norte de la reserva. También liberó a los apaches White Mountain, a los que John Clum había arrastrado hasta San Carlos y al poco tiempo de regresar a Fort Apache volvieron a ser autosuficientes. Chaffee, con menos bocas que alimentar y una contabilidad limpia, fue capaz de ofrecer raciones completas a los indios que seguían viviendo cerca de la agencia.

El sucesor de Chaffee, Joseph C. Tiffany, mantuvo las medidas del capitán. En mayo de 1881, Nock-ay-det-klinne, un jefe y hombremedicina apache cibecue de treinta y seis años, solicitó un pase para trasladar a su pueblo al norte y Tiffany no halló razón para negárselo. A los oficiales del ejército y a los empleados de la agencia les gustaba «Bobby-ti-klen-ni», como lo llamaban los blancos. Su fama de místico y curandero no era motivo de alarma, incluso un oficial lo describió como «un amable herborista» y tenía una complexión más pálida aún que muchos blancos, lo que hacía que no pareciera apache. Nock-ay-det-klinne, que era delgado como

un suspiro, medía 1,54 cm y pesaba solo 56 kilos, pero su aura mística y sus ojos hipnotizaban. [23]

Con el pase en la mano, Nock-ay-det-klinne, condujo a su pueblo a un remoto lugar a lo largo de Cibecue Creek, sesenta y cinco kilómetros al noroeste de Camp Apache. Allí plantaron maíz y cebada, cazaron, criaron manadas de animales y celebraron danzas. Pero, como pronto descubriría el agente Tiffany, las danzas de Nock-ay-det-klinne no se parecían a ninguna otra de la tradición apache.

Los grupos cibecues y White Mountain permanecían en su hogar pero, ¿durante cuánto tiempo? Los pases eran revocables y los agentes caprichosos y los apaches se sentían destinados a bailar siempre al son del hombre blanco. Entonces, Nock-ay-det-klinne ofreció una salida. Desde que llegó a Cibecue Creek, algo había cambiado en él. Quizá tuvo una poderosa visión, o quizá solo se había vuelto ambicioso. Sea como fuere, en junio, afirmó que tenía el poder de resucitar a los apaches muertos y de recuperar su antiguo modo de vida, siempre que sus fieles le ofrecieran, previamente, regalos de ponis, ganado, mantas y comida y que ejecutaran una nueva danza muy peculiar que él mismo les enseñaría.

Un arrebato de ferviente devoción había atrapado a los pueblos White Mountain y cibecue. Nock-ay-det-klinne se enriqueció con sus ofrendas. Las danzas continuaron durante el mes de julio y cientos de apaches participaron en una enajenada expectación. Pero los muertos siguieron estando muertos. Algunos incondicionales empezaron a sospechar y pidieron que les devolvieran sus propiedades y otros amenazaron con matar a Nock-ay-det-klinne si no conseguía cumplir sus augurios. Entonces, enfrentado a probables defecciones y asesinos potenciales, este modificó su profecía. Anunció que los muertos no aparecerían hasta que no desaparecieran los blancos, lo cual ocurriría durante la recolección del maíz, a finales de agosto. El hombre-medicina amán, acorralado, no defendió la violencia contra los blancos, pero una hostil minoría de sus seguidores interpretó sus palabras como una orden de matar. La ambigüedad de su mensaje intranquilizó incluso a los más fieles

amigos apaches de los blancos, y los habitualmente alegres y locuaces exploradores White Mountain se mostraban ahora sombríos y taciturnos. El teniente Thomas Cruse, sucesor de Gatewood como jefe al mando de la compañía de exploradores indios en Camp Apache, dudó de su fidelidad y recomendó que se despidiera a sus hombres y que se reemplazaran con amistosos indios yuma y el coronel Eugene Carr, jefe al mando de Camp Apache, estuvo de acuerdo. Mientras esperaba el permiso del cuartel general del departamento para despedir a los exploradores de Cruse, Carr les confiscó los rifles y la munición, un acto de mala fe que, quizá, contribuyó a la propia deslealtad que ambos temían. Un explorador se preguntó si a Carr «algo le perturbaba la cabeza» para actuar así. [24]

Mientras tanto, los confidentes apaches habían advertido al agente Tiffany de que Nock-ay-det-Klinne estaba fomentando el malestar en Cibecue Creek, por lo que convocó al hombre-medicina a San Carlos para que le explicara qué ocurría. Cuando Nock-ay-det-Klinne se negó a ir, Tiffany se enfureció y exigió a Carr que «lo arrestara o lo matara, o ambas cosas», lo antes posible. Sorprendido por esta solución extrema, a principios de agosto, Carr telegrafió al jefe al mando del Departamento de Arizona, el coronel Orlando B. Willcox, para pedirle instrucciones. Willcox dejó que Carr actuara como mejor le pareciera y en cuanto este recibió la respuesta, unas lluvias torrenciales cortaron la única línea telegráfica entre Fort Apache y el mundo exterior.

Carr se inquietó e intentó postergar la cuestión. Invitó a Nock-ay-det-klinne a que fuera a Fort Apache y mantuviera un encuentro con él, pero el hombre-medicina puso excusas. La mayoría de los oficiales de Carr pensaba que algo iba a ocurrir, sin embargo, un amistoso jefe White Mountain, aseguró a Carr que Nock-ay-det-klinne estaba a punto de recibir su merecido de sus seguidores porque se sentían estafados. El coronel no sabía a quién ni qué creer. [25]

Transcurrieron dos semanas. Se acercaba la época de la cosecha de maíz, que los apaches celebraban con largas borracheras y abundante uso de armas. Las órdenes de Tiffany de matar o arrestar al hombre-medicina seguían en pie y, dado que la línea telegráfica seguía inoperativa, la única alternativa que vio Carr fue llevar a

Nock-ay-det-klinne a la reserva. El 29 de agosto de 1881, partió hacia el poblado del hombre-medicina con dos compañías de caballería y los veintitrés exploradores apaches de Cruse, que seguían comportándose de manera hosca. Al menos a un oficial no le pareció bien la decisión del coronel de llevarlos, ya que durante la marcha los reprendió diciendo: «¿Estáis de nuestra parte o pensáis ayudar a los indios en Cibecue?». Los exploradores se quedaron callados. [26]

En la calurosa y radiante tarde del 30 de agosto, la columna de Carr entró en el amplio valle Cibecue Creek, con Curse y los exploradores a la cabeza. Cuando se aproximaban a la tienda de Nock-ay-det-Klinne, salió el hombre-medicina adornado con plumas de águila y el cuerpo pintado multicolor y saludó circunspecto a Cruse. [27]

Carr llegó trotando con la caballería. Él y el intérprete se bajaron de los caballos y se acercaron al hombre-medicina. Setenta y nueve soldados a caballo se dispusieron en una línea de batalla frente a su tipi. A tan poca distancia que podían oír las palabras de Carr había guerreros armados, mujeres, niños y exploradores White Mountain y lo que oyeron no debió de tranquilizar mucho a los indios. Carr le había dicho a Nock-ay-det-klinne que volviera al fuerte con él para hablar. Si todo iba bien, el hombre-medicina tendría la libertad de volver a su ranchería. No se le haría ningún daño, a menos que intentara escapar; en cuyo caso, manifestó Carr, lo mataría. El hombre-medicina sonrió y respondió que estaba dispuesto a ir. El coronel parecía incapaz de marcharse mientras lo tuviera de frente y le comunicó a Nock-ay-det-klinne que cualquier intento de rescate también terminaría con su muerte. Este sonrío una vez más y Carr ordenó al sargento primero Moses Boca Cortada (Cut-Mouth Moses), de la compañía de exploradores, y al sargento John F. McDonald que se ocuparan del prisionero y, a continuación, partió con el capitán Edmund C. Hentig y su compañía de caballería para acampar tres kilómetros río abajo. Carr y Hentig se felicitaron por el trabajo bien hecho y Carr confesó que «se sentía bastante avergonzado de haber salido con todo su destacamento para arrestar a un pobre indio menudo». Hentig, por su parte, consideró la cuestión «mucho ruido y pocas nueces». [28]

Pero el teniente Cruse no estaba tan seguro. Si Carr hubiera

vuelto la vista por un momento, se habría dado cuenta de que no había señales de la mitad de sus tropas. Nock-ay-det-klinne no estaba todavía preparado para marcharse. Cuando la reducida columna de Carr desapareció tras el meandro del arroyo, le pidió al sargento McDonald que le diera un poco de tiempo para comer algo rápido, reunir a su familia y para que le llevaran su poni. El sargento se lo concedió. Mientras los exploradores y el resto de la caballería esperaban, el ambiente en el poblado se tornó un poco tenso. Cien guerreros armados se reunieron en la meseta adyacente. El poni tardaba en llegar y, a medida que pasaban los minutos, aumentaba la tensión. Cruse sintió, «como si estuviera de pie sobre un barril de dinamita con una mecha muy corta». Al final apareció el poni y Nock-ay-det-klinne partió custodiado con tranquilidad, pero, tras él, la multitud de indios que estaba presenciando la escena zumbaba como una serpiente de cascabel enfadada. **[29]**

Carr acampó en una meseta baja junto a Cibecue Creek. Cruse apareció poco después con el prisionero. Detrás, a poca distancia, iba la multitud apache. «¡Esos indios no tienen que entrar en el campamento! —pronunció Carr con evidente asombro—. ¡Ordena a los comandantes en jefe de las tropas que no les dejen pasar!». El capitán Hentig se dirigió hacia los indios gritando «*¡U-ka-she! ¡U-ka-she!* (¡Marchaos! ¡Marchaos!)». Todos los indios se detuvieron menos uno, al cual Hentig agarró por el brazo. «*¡U-ka-she!*», repitió Hentig. El hombre le dijo a Hentig que era un explorador y el capitán, nervioso, lo empujó hacia el campamento. Un minuto después, recordó el teniente Cruse, «se desató un infierno». Nunca se sabrá quién disparó primero. Sin embargo, hay un hecho claro, la identidad de la primera baja: el capitán Hentig. Según un herrero de la caballería, que se encontraba a cuatro metros, tras la primera descarga, el guía al que Hentig había empujado se arrodilló y disparó al capitán por la espalda a quemarropa. Lo más probable es que muriera antes de caer al suelo.

«¡Matad al hombre-medicina!», gritó Carr. Moses Boca Cortada estaba sentado en una albarda al lado de Nock-ay-det-klinne cuando Carr dio la orden. El sargento McDonald disparó una vez, pero falló. Volvió a disparar y Nock-ay-det-klinne se derrumbó en silencio con una bala en la cabeza. Moses saltó tras la albarda. «Eso es todo lo que vi. Oía la respiración del curandero». Al ver su pecho subir y

bajar, un joven corneta dirigió el cañón de la pistola al cuello del hombre-medicina y apretó el gatillo. [30]

La muerte de Nock-ay-det-klinne enfureció a los exploradores apaches y, sin aviso o premeditación, se amotinaron y dispararon dos descargas desordenadas a los soldados, para unirse, a continuación, a los guerreros cibecues apostados entre los matorrales a lo largo del arroyo. Otros exploradores, asombrados por el cariz que habían tomado los acontecimientos, huyeron del lugar cuando los soldados respondieron a los disparos. [31]

En medio del tumulto, el teniente Cruse no comprendía qué sucedía. «Casi todo ocurrió de forma repentina y casi simultánea». Carr, en cambio, actuó con mucha decisión. Fue a caballo entre sus soldados que estaban tumbados de espaldas. «¡Por Dios, general, póngase a cubierto o lo matarán! —gritó el sargento primero—. ¡Dios maldiga a esos perros, no me pueden dar! —respondió Carr con frialdad—. ¡Que Dios los maldiga!». [32]

Al ver que su contingente «manifestaba un deseo unánime de salir de ahí», Carr se retiró al anochecer. El coronel había perdido a un oficial (el capitán Hentig) y a seis soldados y habían resultado heridos dos más. Todos los exploradores se habían marchado, excepto Moses Boca Cortada. Carr calculó que al inicio del combate lucharon contra su fuerza menos de sesenta indios, entre ellos los exploradores amotinados y que, en ningún momento, se enfrentaron a él más de doscientos.

La única baja india conocida fue Nock-ay-det-klinne y había resultado ser un hombre difícil de matar. Antes de abandonar el campo de batalla, Carr dijo a su ayudante, el teniente William H. Carter, que examinara el cuerpo del hombre-medicina. Este lo encontró cubierto de sangre desde la cabeza hasta el pecho y con parte del cráneo hundido, pero, a pesar de eso, Nock-ay-det-klinne seguía aferrándose a la vida. Solo quedaba una opción; acabar con él con discreción. El explorador civil de Carr dejó a un lado el rifle y le partió el cráneo en dos al hombremedicina con un hacha. «Si se hubiera dejado que sus amigos hubieran recuperado a ese indio —escribió más tarde un subordinado para legitimar el asesinato—, eso le habría otorgado una gran influencia sobre esas gentes supersticiosas y habría desembocado en una guerra interminable». [33]

❋

Nock-ay-det-klinne no alcanzó la categoría de mártir tras su muerte. Al contrario, el hecho de que el hombre-medicina no consiguiera resucitarse ni siquiera a sí mismo desilusionó a sus seguidores. Aquellos que habían ido a Cibecue Creek solo para bailar y rendirle homenaje, se apresuraron a regresar a San Carlos. Desprovistos de la presencia simbólica y unificadora de Nock-ay-det-klinne, sus guerreros se dividieron en bandas dispersas. Mataron a tres viajeros mormones y a un destacamento de tres soldados y, más adelante, el 1 de septiembre, se unieron de nuevo el tiempo suficiente para atacar Fort Apache, incendiando varias construcciones y robando una manada de ganado antes de que los agotados soldados de Carr y la infantería de la guarnición consiguieran expulsarlos. El breve ataque tuvo la particularidad de ser el único asalto dirigido contra un puesto del ejército durante las Guerras Indias. Mientras tanto, los exploradores, al ser calificados de manera oficial como desertores, se habían dispersado por todas partes. Unos cuantos se refugiaron tan al oeste como en el cañón del río Salado. [34]

Puesto que la línea telegráfica de Fort Apache seguía sin funcionar, corrían terribles rumores sobre el destino de Carr y de sus hombres. Los periódicos lanzaron la noticia de que en Cibecue Creek había ocurrido otra masacre como la de Custer, a la que no había sobrevivido nadie para contarlo. El alto mando del ejército se vio invadido por el pánico. El general Willcox envió un cable a su superior, el jefe al mando de la División del Pacífico, el general Irvin McDowell, para comunicarle que los navajos habían abandonado sus reservas al norte de Nuevo México para ejecutar danzas guerreras cerca de San Carlos. El general Mc-Dowell llevó el frenesí un poco más allá y telegrafió al general Sherman informándole de que todo el Territorio de Arizona estaba en llamas y que había bandas guerreras apaches que estaban asaltando los trenes. El 8 de septiembre, el operador de telégrafo de Fort Apache tecleó el primer mensaje desde el puesto después de casi un mes. El telegrama debería haber tranquilizado a los líderes del ejército. No había habido un gran enfrentamiento. Carr y la mayoría de sus soldados estaban vivos y sobre el parcialmente quemado Fort Apache todavía ondeaba la bandera americana. Aunque no se sabía

el paradero de los indios, el general Pope especuló con que se estaban ocultando y «tan asustados de lo que habían hecho como los habitantes de Arizona».

Pope estaba en lo cierto. El general Willcox había dispuesto cuatro sólidas columnas para rastrear la reserva en busca de los enemigos, que, a su vez, se apresuraban en llegar a la agencia de San Carlos para entregarse antes de que el ejército los apresara. Lo único que deseaban era un juicio justo y un buen asesoramiento legal. Incluso algunos de los antiguos exploradores también se dirigieron a la reserva. A pesar de todo, Willcox continuó las operaciones militares, pero demasiado despacio para Sherman, que aún pensaba que tenía entre manos un gran guerra india. «Quiero que termine ahora mismo esta estampida anual apache —telegrafió al general McDowell el 16 de septiembre—. Y para conseguirlo enviaré a todos los hombres disponibles de todo el ejército si hace falta». Para cuando llegaron los refuerzos, él último de los guerreros cibecues ya se había rendido y terminó, así, la imaginaria guerra apache. [35]

Tres meses después, en un ambiente más sereno, el general McDowell hizo un estudio más cuidadoso de los informes oficiales de los sucesos que condujeron al embrollo Cibecue, y llegó a la conclusión de que el arresto de Nock-ay-det-klinne había resultado injusto. No se le mató «por ninguna acción suya —escribió McDowell—, sino por lo que había dicho (o lo que se decía que había dicho), no por nada que hubiera hecho sino por algo que se temía que hiciera». McDowell también creía que los guerreros del hombre-medicina no eran culpables de ninguna fechoría más allá de tratar de «rescatar a un hombre influyente de su tribu que, independientemente de lo que hubiera representado para ellos, un demagogo, un charlatán, un farsante, un vidente, un timador o un simple fanático, no había cometido ningún acto contra los blancos». El general Willcox encarceló a sesenta y ocho guerreros y su afán era exiliarlos a Arizona. McDowell no estuvo de acuerdo y solicitó al secretario de Guerra que devolviera a la reserva a todos menos a los que habían cometido algún asesinato tras el asunto Cibecue y por el cual merecieran ser juzgados por un tribunal civil. El secretario accedió y ordenó su liberación inmediata.

El de los exploradores amotinados, en cambio, era otro asunto.

McDowell no sintió compasión por ellos. Aprobó que un tribunal militar juzgara a cinco (los cuales se habían rendido de manera voluntaria) con acusaciones de amotinamiento, deserción y asesinato. A dos de ellos los expulsaron con deshonra y los sentenciaron a cumplir una larga condena en Alcatraz. Se ahorcó a tres exploradores, entre ellos al sargento Buena Puntería (Dead Shot), que había sido acusado de incitar a los exploradores a disparar a los soldados. Ese mismo día, más tarde, la mujer de Buena Puntería se ahorcó. El teniente Cruse pensaba que la sentencia era injusta: «Siempre me ha dolido el destino de Buena Puntería. Era el sabio de la compañía. En ese momento, dudé de que hubiera participado en el ataque contra nosotros. Creo que se vio arrastrado a la lucha por la excitación y abocado por las terribles circunstancias». **[36]**

La opinión de Cruse constituía el epitafio adecuado para todos aquellos que murieron en Cibecue Creek. Si el fallecimiento de Nock-ay-det-klinne hubiera llevado una paz duradera a la Apachería, se podría haber afirmado que, al menos, algo bueno había salido de esa tragedia; que quizá, por fin, se había aprendido una lección de control y comprensión mutua. Pero los disparos confusos que se dieron en agosto de 1881 en Cibecue Creek, resultaron ser solo una ráfaga inicial de una nueva oleada de violencia en la Apachería. Antes de que finalizara, las incursiones apaches dejarían un rastro sangriento a lo largo del sudeste de Arizona, el Ejército de Estados Unidos penetraría en la Sierra Madre de México llevando a cabo asesinatos y traiciones, un grupo chiricahua sería prácticamente exterminado y toda la tribu condenada al exilio en una isla lejana. Y la culpa de buena parte de ese caos podría achacarse a un hombre. Se llamaba Gerónimo.

CAPÍTULO 20

Como una bandada de buitres sedientos de sangre

MUCHOS AÑOS después del final de las Guerras Apaches, Chatto, que a principios de la década de 1880 era un líder chokonen en ascenso, declaró: «Conozco a Gerónimo de toda la vida, hasta que se murió, y nunca vi nada bueno de él». La hija del jefe chokonen Naiche estaba de acuerdo con él: «Gerónimo no era un buen hombre. Nunca oí nada bueno de él. La gente nunca dice que hizo cosas buenas». Un intérprete y comerciante autorizado digno de credibilidad, que mantuvo buenas relaciones con los chiricahuas durante dos décadas, manifestó que desconfiaba de Gerónimo y que le daba miedo, sobre todo cuando estaba borracho. En una ocasión en que estaba completamente ebrio reprendió a un sobrino suyo «sin ningún motivo», con tal severidad que el joven se suicidó. Cuando recuperó la sobriedad, Gerónimo, avergonzado, reunió a su familia y escapó de la reserva durante varios meses. [1]

Los oficiales del ejército, que, por lo general, sentían simpatía hacia los apaches, odiaban a Gerónimo. Al teniente Bourke le parecía «un granuja depravado al que me gustaría estrangular». Era un «hombre muy cruel, intratable y traicionero —afirmó, en la misma línea, el teniente Britton Davis, que llegó a conocerlo muy bien—. Los únicos rasgos que lo salvaban eran la valentía y la determinación». [2]

Y sus «poderes», podría haber añadido Davis, si hubiera comprendido el concepto. Lo que los blancos despreciaban como superstición, para los chiricahuas era algo muy real. Había pocos apaches que dudaran de que Gerónimo poseyera atributos místicos excepcionalmente valiosos en las incursiones y en la guerra. Se

decía que los rifles se encasquillaban o que erraban el tiro cuando lo apuntaban y algunos guerreros pensaban que el mero hecho de cabalgar junto a él los haría inmunes a las balas, creencia que este pendenciero consumado alentaba con gran tesón. Muchos chiricahuas también le atribuían el don de la adivinación, otros, pensaban que era capaz de invocar a la lluvia o de impedir que el sol saliera. Gerónimo también disfrutaba de una reputación como cirujano y experto en hierbas, pero, a pesar de sus supuestos poderes, era demasiado odiado como para convertirse en jefe. Puede que su semblante torvo y su permanente ceño fruncido no ayudaran. Dicho esto, los seguidores de Gerónimo nunca superaron los treinta guerreros. [3]

Cuando nació, en 1829, a este amenazador hombre-medicina de la banda bedonkohe lo llamaron Goyahkla, que significa «El que bosteza». Si tenemos en cuenta que le habían adjudicado un nombre tan poco sugestivo, no es de extrañar que adoptara el apelativo de Gerónimo, con el que le bautizaron los mexicanos. Equivalente español de Jerome, carecía del ímpetu de Victorio, pero no hay duda de que era mejor que Goyahkla. Al contrario que Victorio, Gerónimo no sentía ningún apego especial hacia su lugar de nacimiento; no luchó para defender su tierra natal, sino para vengar el asesinato a manos de soldados mexicanos de su madre, de su primera mujer y de sus hijos, y porque disfrutaba matando. Poco antes de morir afirmó: «He matado a muchos mexicanos, no sé a cuántos. Algunos de ellos no valía la pena ni contarlos». Y añadió que si volviera a ser joven «y tomase el sendero de la guerra, este me conduciría al Viejo México».

Las incursiones de Gerónimo en México le llevaron a menudo a Sierra Madre, morada del grupo chiricahua nednhi, del jefe Juh, uno de sus pocos amigos auténticos. A pesar de que era mejor líder que Gerónimo, Juh carecía del don de la oratoria, al contrario que el hombre-medicina. Cuando estaba ansioso, en especial durante la batalla, tartamudeaba tanto que debía valerse del lenguaje de signos para hacerse entender o depender de Gerónimo para comunicar sus intenciones. Ambos hombres eran precavidos con los norteamericanos. Juh había tenido poco contacto con ellos; por naturaleza, sospechaba de todo el mundo. Por su parte, la desconfianza de Gerónimo derivaba de sus experiencias personales:

en primer lugar, la traición que condujo a la muerte de Mangas Coloradas en 1863 y, después, su propio arresto humillante en Ojo Caliente y su encierro en San Carlos a manos del agente John Clum en 1877. [4]

En enero de 1880, Juh y Gerónimo se instalaron en la subagencia chiricahua, para gran sorpresa de todos. Su poco entusiasta decisión no fue el resultado de un arrebato de afecto hacia los norteamericanos, lo que ocurrió fue que sufrieron una serie de duros reveses por parte del Ejército mexicano, que cada vez era más competente. (Victorio también estaba abandonando los lugares que frecuentaba en México).

San Carlos se había convertido en sinónimo de discordia y de desesperación. Tras la muerte de Cochise, no había surgido ninguna figura unificadora y, en menos de una década, la guerra y la enfermedad habían reducido la población chiricahua, que pasó de 1244 a tan solo 800 individuos. Los chihenes estaban divididos entre los seguidores de Loco en San Carlos y el pueblo de Victorio, que pronto sería diezmado. Los bedonkohes ya no existían como una banda separada. La extensa familia a la cual pertenecía Gerónimo se fundió con los nednhis, pero la mayoría de los bedonkohes se unió a los chokonen. Gerónimo vacilaba entre los dos afligidos grupos bedonkohe. Los chokonen también tenían muchos problemas. Durante una visita a Washington, el hijo mayor de Cochise, el pacífico Taza, murió de neumonía y a este le sucedió como jefe chokonen el hijo menor de Cochise, Naiche, que tenía veintitrés años. [5]

Naiche no era Cochise, y era consciente de ello. Medía 1,87 metros, era fuerte, delgado, especialmente apuesto y guardaba un asombroso parecido con su padre, pero ahí terminaba la similitud. Era un hábil guerrero, afable y justo, lo cual hacía de él un jefe bastante competente en época de paz. Sin embargo, carecía del temperamento de un líder de guerra y de poder místico, esto último una carencia importante que Gerónimo explotó sin pudor, formulando estrategias y tomando complicadas decisiones en su lugar, revestidas de respetabilidad por el distinguido linaje de Naiche. Puede que la suya fuera una relación de simbiosis, pero

también lo fue tensa. A veces, Naiche se ofendía con Gerónimo y nunca fueron amigos. [6]

No todos los chiricahuas se plegaron a Gerónimo. Chatto y Chihuahua, dos importantes líderes chokonen, fueron inmunes a él por completo. En contraposición a la baja opinión que tenía de Gerónimo, el teniente Davis llegó a considerar a Chatto uno de los mejores hombres que había conocido. Chatto cooperaba con Gerónimo solo cuando le convenía y Chihuahua era un año mayor que Gerónimo y un subjefe de gran valentía y habilidad, distinguido, educado e independiente. En 1879, mientras Juh y Gerónimo estaban ocupados con el saqueo de los poblados mexicanos, Chihuahua trabajó como guía del ejército en las operaciones contra Victorio.

Ese era el estado, frágil y fragmentado, de la sociedad chiricahua. Hizo falta un desliz del ejército, las mentiras de un jefe y una paranoia subyacente para unir a sus desavenidos líderes. [7]

El 30 de septiembre de 1881 era el día de reparto de raciones en la subagencia San Carlos. De acuerdo con el reglamento, los jefes cogían las raciones para sus bandas y las distribuían. Entre los jefes presentes se encontraban los apaches White Mountain Bonito y George, cuyas rancherías estaban cerca de las de los chiricahuas. Bonito y George también eran sospechosos del ataque a Fort Apache que había seguido al episodio de Cibecue Creek. Los dos acordaron entregarse esa tarde a un comandante del ejército que estaba esperando en la subagencia con tres compañías de caballería, pero Bonito estaba a punto de rendirse cuando George renegó de su promesa. El comandante, enfurecido, envió a sus exploradores a la ranchería de George para arrestarlo, pero se equivocaron y capturaron a casi todo el mundo en el poblado excepto a George, que huyó a los campamentos chiricahua, donde les contó una historia absurda para provocarlos. Les dijo que los soldados se estaban aproximando con la intención de matar a las mujeres y a los niños, arrestar y encadenar a los jefes y luego deportarlos a algún lugar lejano. George no ofreció ninguna razón por la que el ejército quisiera atrapar a los chiricahuas, pero su mentira tuvo el efecto deseado. Esa tarde, los jefes celebraron un consejo para

decidir cómo debían actuar. Gerónimo y Juh anunciaron su intención de escapar antes de arriesgarse a tener el destino de Mangas Coloradas. Chatto se unió a ellos. El poder de persuasión de Gerónimo pudo con Naiche y este también accedió a marcharse. Chihuahua dudaba qué hacer; solo partió cuando creyó, por equivocación, que había visto tropas que se dirigían a su ranchería.

El 30 de septiembre de 1881, por la noche, 375 chiricahuas, entre los que había 74 guerreros, se escaparon con sigilo de San Carlos. El jefe George no estaba entre ellos, había traicionado a los chiricahuas y había regresado a su ranchería. En cambio, Bonito, sí se unió al éxodo.

Los chiricahuas partieron hacia el bastión de Juh en Sierra Madre. Durante la ruta, mataron a todo aquel que se interpuso entre ellos y su destino. El general Willcox no los podía detener, ya que la mitad de sus tropas estaba persiguiendo a fugitivos cibecues. Después de huir durante cuatro días sin hallar oposición alguna, cruzaron la frontera internacional y se encontraron con el grupo de Nana de los supervivientes de Tres Castillos, lo que hizo que el número de chiricahuas en México ascendiera a 450. Una vez instalados en Sierra Madre, establecieron una rutina en la que alternaban las negociaciones con las autoridades mexicanas con el asesinato de civiles mexicanos. **[8]**

Cuando no estaban entretenidos con los mexicanos, los jefes chiricahuas se dedicaban a pensar en cómo «liberar» a los chiricahuas que todavía estaban en San Carlos. A dos reducidas bandas controladas por los insignificantes líderes Zele y Chiva se les podría convencer con facilidad para que se marcharan. Sin embargo, los chihenes del jefe Loco suponían un problema. Según todos los testimonios, los hombres de Loco estaban contentos. Puede que los agentes de San Carlos fueran corruptos, pero todos ellos, excepto John Clum, se interesaban de verdad por los chihenes, otorgándolos privilegios de caza fuera de la reserva o dejándolos trabajar como asalariados en los ranchos de los blancos. Otros chihenes encontraron trabajo con la policía de la agencia, la mayor parte se dedicaba a la ganadería y unos cuantos a la agricultura.

La prosperidad de los chihenes molestaba a Gerónimo. Loco siempre le había provocado antipatía, mucho más ahora que parecía

que estaba amortizando su comportamiento pacífico. Llevar a los hombres de Loco a México era algo muy tentador para los ociosos guerreros chiricahua, de modo que Gerónimo propuso una expedición a San Carlos para liberar a los descontentos y robar el ganado, pero descubrió que ninguno de los líderes, excepto el maleable Naiche, se mostraba demasiado entusiasmado por la idea, algo comprensible dado que había más de dos mil soldados americanos desplegados en el sur de Arizona. Solo después de que la temperamental mujer de un subjefe, que iba armada con pistola, declarara su intención de unirse a Gerónimo, los titubeantes líderes se sintieron lo bastante retratados como para unirse a la empresa.

Si la antipatía de Gerónimo hacia Loco solo reflejaba su desdén natural hacia las almas apacibles y prósperas, este, por su parte, albergaba una profunda razón para despreciar a Gerónimo. El hombre-medicina bedonkohe era el que había liderado a los residentes problemáticos en la reserva Ojo Caliente en 1877, lo cual provocó que el Gobierno deportara a los chihenes a San Carlos. Eso inició la espiral de declive del grupo que terminaría en Tres Castillos. En realidad, Gerónimo fue el agente de la destrucción final de Victorio.

Gerónimo no intento disfrazar sus intenciones. Envió a Loco tres mensajeros separados, amenazando al jefe con trasladarlo a la fuerza y estableciendo los primeros días de abril de 1882 como fecha de su secuestro. Por su parte, Loco informó a Tiffany de las intenciones de Gerónimo y el agente reubicó la ranchería del grupo a un kilómetro y medio de la agencia San Carlos, mientras que el ejército disponía una fuerte vigilancia policial en el supuesto camino que tomaría Gerónimo. Loco también ofreció una solución infalible para la amenaza de los renegados chiricahuas a los pacíficos chihenes: ¿por qué no se trasladaba a su gente a la reserva de los navajos, en el lejano norte de Nuevo México?

Su propuesta no era nada descabellada. Él ya había discutido la posibilidad con un jefe navajo con el que estaba emparentado por matrimonio. Tanto los navajos como los chihenes apoyaron la maniobra de forma unánime. A casi todo el mundo, ya fueran los civiles o la cadena de mando del Ejército de Arizona, le gustó la idea, pero el comandante de la división militar la vetó, lo que selló el destino de Loco.

El 19 de abril, Gerónimo atacó. Medio siglo más tarde, el chihene Jason Betzinez, por entonces un adolescente (difícil llamarlo un guerrero, porque ni él ni los treinta y dos hombres de la banda de Loco tenían armas) recordó el fatídico momento en que al amanecer «oímos gritos a lo largo del río. Salimos corriendo de nuestras chozas y vimos una fila de guerreros apaches que se dirigían hacia nosotros con armas de fuego. Gerónimo no hacía más que gritar: «¡Cogedlos a todos! ¡Disparad a todo aquel que se niegue a venir con nosotros!».

Loco intentó razonar con Gerónimo hasta que Chatto le puso una pistola en la cara, tras lo cual, «hicimos todo lo que nos dijeron», dijo Betzinez, al que condujeron a pie, junto a los otros 179 chihenes de su poblado «llevando tan solo algo de ropa y algunas otras pertenencias». **[9]**

Esa misma tarde, los secuestradores de Loco se encontraron con tres carromatos de carga con casi tres mil quinientos litros de alcohol. Mientras se daban a la bebida, Loco ayudó a escapar del campamento a su mujer y a otros veinticinco familiares y les indicó que se dirigieran a la reserva de los navajos. Cuando Gerónimo y los saqueadores recuperaron la sobriedad, pastorearon a Loco y al resto de los chihenes hacia la frontera mexicana. En el trayecto, Gerónimo mantuvo una escaramuza sin demasiadas consecuencias con el ejército, saqueó ranchos, se llevó el ganado y mató de forma aleatoria, torturando a los hombres de todos los modos imaginables, quemando vivas a las mujeres y arrojando a los niños a los punzantes cactus.

Gerónimo había llevado a cabo la mayor razia de la historia apache, pero durante el camino de regreso a Sierra Madre su liderazgo dejó mucho que desear. El 28 de abril, dos tropas de la caballería de Estados Unidos, que habían cruzado a México de manera ilegal, atacaron al jefe indio mientras celebraba una bacanal de dos días en un oasis del desierto, a menos de sesenta y cinco kilómetros del bastión de Sierra Madre. Doce hombres y varias mujeres fueron muertos, la mayoría chihenes inocentes, y docenas resultaron heridos. Después de aquel episodio, Gerónimo restableció un ligero orden de marcha con una fuerte retaguardia a su mando tres kilómetros detrás de los hombres de Loco y asignando a Naiche y a Chatto la tarea de ir a la cabeza de los chihenes.

Al amanecer del 29 de abril se divisaba Sierra Madre, situada a ocho kilómetros. El camino hacia las montañas seguía el cauce reseco de Alisos Creek. Mientras los chihenes caminaban lentamente por la orilla, Naiche, Chatto y sus guerreros galoparon hasta ponerse a cubierto junto a la ladera de una montaña situada a dos kilómetros, donde se detuvieron para fumar y donde pudieron atisbar a doscientos soldados mexicanos, ocultos en una quebrada por la que transcurría el camino de los chihenes. Por inexplicable que parezca, ni avisaron a estos ni hicieron lo más mínimo para prevenir la emboscada que se produjo a continuación. Puede que los mexicanos no supieran que los chihenes viajaban como cautivos, aunque esto es algo que tampoco hubiera cambiado el curso de los acontecimientos, puesto que para los mexicanos todos los apaches eran iguales y merecían morir.

Ninguno de los chihenes iba armado y caminaban en fila por el lecho del río cuando, de repente, los disparos llenaron Alisos Creek. Jason Betzinez no daba crédito a lo que veía. «Mataron allí mismo a familias enteras, incapaces de defenderse. Eran personas que nunca había salido de la reserva y jamás habían tenido ningún problema y pertenecían a la banda apache más pacífica». Gerónimo y sus guerreros repelieron varios ataques mexicanos, tras lo cual dejaron a los chihenes que se defendieran como pudieran. Algunos de ellos afirmaron que Gerónimo, antes de marcharse, ordenó a las mujeres que estrangularan a sus bebés y a sus hijos menores para evitar que lloraran y delataran sus movimientos. Puede que fuera una calumnia apócrifa. No obstante, de lo que no hay duda es de que Gerónimo abandonó a los chihenes a la primera oportunidad y que Naiche y Chatto, por razones desconocidas, permanecieron como espectadores impasibles de la matanza.

La masacre de Alisos Creek fue la catástrofe culminante para los chihenes. Murieron setenta y ocho chiricahuas, casi todos ellos chihenes. Treinta y tres mujeres y niñas chihenes fueron capturadas y vendidas como esclavas, incluida la bella hija de quince años de Loco. Puede que de los ciento ochenta chihenes secuestrados en San Carlos sobrevivieran cuarenta, a quienes Gerónimo reunió y condujo al bastión de Juh. Los chihenes, no demasiado entusiasmados de encontrarse con los nednhis (Betzinez definía a los hombres de Juh como «indios proscritos que cuando no podían

encontrar a nadie al que maltratar se peleaban entre ellos») se asentaron para lo que sabían iba a ser una larga estancia. A ojos del Gobierno de Estados Unidos, ahora ellos también eran proscritos. **[10]**

El general Willcox ya acumulaba problemas cerca de casa como para interesarse por los chiricahuas de México. Tras el suceso de Cibecue Creek, cincuenta y tres obstinados guerreros y siete exploradores fugitivos se unieron bajo el liderazgo del subjefe cibecue Na-ti-o-tish. Durante casi un año, se ocultaron en los más profundos recovecos de la reserva White Mountain, donde, según manifestó Willcox al Departamento de Guerra, representaban una «amenaza constante […] y un núcleo de atracción para los renegados». Willcox pidió permiso para ofrecer una buena recompensa por su captura, vivos o muertos, pero el Departamento de Guerra se lo denegó, a la vez que recordaba al general que las tropas tenían prohibido operar en la reserva. Tenía las manos atadas.

Na-ti-o-tish se las desató de manera inconsciente. El 6 de julio de 1882 tendió una emboscada a la policía india de la agencia San Carlos y, a continuación, se dirigió a Tonto Basin robando ganado y matando a los colonos, por delante de los soldados que iban tras ellos. El 17 de julio, Na-ti-o-tish retó al ejército a una lucha abierta en Mogollon Rim. Na-ti-o-tish, convencido de que se enfrentaba tan solo a una tropa de caballería, dispuso a los soldados en emboscada a lo largo de un profundo y estrecho cañón llamado Big Dry Wash. En realidad, había cinco tropas de caballería (unos 150 hombres) que convergían sobre él. En el enfrentamiento que se desencadenó murieron Na-ti-o-tish y veinte apaches. El resto volvió a la reserva. Willcox había logrado una victoria decisiva, pero esta había llegado demasiado tarde. El episodio Cibecue Creek y el ataque de Gerónimo a San Carlos le habían costado la confianza del general Sherman y habían enfurecido a los habitantes de Arizona. La inestabilidad apache no era buena para los negocios porque ahuyentaba a las grandes compañías mineras y a los ricos ganaderos, y la prensa territorial ayudó a orquestar su destitución. En agosto, Willcox partió hacia Nueva York, donde permaneció sin

hacer nada hasta que se jubiló cuatro años más tarde.

Sherman se dirigió a uno de los hombres que sabía que podían restablecer el orden en Arizona: George Crook. [11]

El 4 de septiembre de 1882, el general Crook asumió el mando del Departamento de Arizona con sentimientos encontrados. El desgaste constante de treinta y un años de servicio sobre el terreno le estaba pasando factura. Se sentía agotado y deseaba un trabajo de oficina, pero este nombramiento alimentaba su ego. Los acontecimientos habían corroborado su predicción, tan a menudo repetida como ignorada, de que el acuerdo Howard-Cochise solo había pospuesto el día del juicio final con los chiricahuas. El hecho de que el Gobierno le considerara el único hombre capaz de someter a Gerónimo le halagaba sobremanera. [12]

Sin embargo, por el momento, Gerónimo tendría que esperar. Los asuntos de Arizona exigían toda su atención. Al cabo de una semana de su llegada, Crook ensilló su mula Apache, se vistió con su habitual uniforme de lona y su salacot y partió del centro de operaciones para escuchar las reclamaciones de los apaches de la reserva. Los guerreros y los antiguos exploradores ocultos en las montañas desde el episodio de Cibecue acudieron a él en masa y los apaches, que habían seguido siendo leales, le manifestaron que los habían castigado sin razón y que a un jefe incluso lo habían metido en el calabozo durante seis meses porque se había ofrecido a buscar a los renegados. [13]

Crook, al cual todas las quejas de los apaches le parecieron creíbles, les agradeció su «excepcional paciencia para permanecer en paz» y se apresuró a asegurarse de que seguían así. Advirtió a sus oficiales que solucionaran todas las demandas y que solo emplearan la fuerza como último recurso, asimismo, absolvió a los apaches de toda culpa en el asunto de Cibecue Creek, a excepción de los exploradores que se habían amotinado. Cuando habló con los seguidores de Nock-ay-det-klinne, observó: «Si esos indios hubieran actuado con más empeño, ninguno de nuestros soldados habría salido de allí con vida». [14]

Crook reunió a los jefes y cabecillas apaches y yavapais en San

Carlos para explicarles las nuevas normas. Para mantener la disciplina, a cada hombre en edad de luchar (de los cuales había unos mil quinientos en la reserva) se le entregaría un distintivo numerado. Aquellos a los que se encontrara fuera de la reserva, o que carecieran de distintivo, se les consideraría hostiles. En la reserva, se permitiría a los indios asentarse allí donde quisieran y los jefes serían los responsables de su conducta. A cambio del privilegio de poder elegir sus casas, deberían cultivar la tierra y criar animales. Con esta concesión, Crook se ganó a los cibecues y a los apaches White Mountain, que, al final, pudieron dejar atrás San Carlos. Crook dijo que alistaría como exploradores solo a los hombres del carácter y el prestigio más elevado. Cuando los exploradores no estuvieran en ninguna campaña deberían guiar a su pueblo hacia el autogobierno. Unos oficiales del ejército se encargarían de implementar las medidas de Crook: el capitán Emmet Crawford, como comandante militar de la reserva White Mountain; el teniente Charles B. Gatewood, como comandante de los exploradores apache; con el centro de operaciones en Fort Apache; y el teniente Britton Davis como jefe de la policía india en la agencia de San Carlos. Esta fue la elección de personal más sabia que hizo Crook durante su larga carrera y los tres desempeñarían papeles esenciales en los acontecimientos futuros. **[15]**

Crawford, de treinta y ocho años, era la personificación del oficial ideal. Lo apreciaban tanto sus superiores como sus subordinados y los indios lo respetaban por su ecuanimidad y su empeño en hacer prevalecer sus intereses. Las palabras que usaban con mayor frecuencia sus colegas en el ejército para describir a Crawford eran «valiente», «noble», «caballeroso», «cortés» y «bondadoso». Medía 1,82 metros de altura, tenía una cabeza alargada y estrecha, barba Van Dyke y unos ojos grises y penetrantes que le conferían la apariencia de un Don Quijote de mediana edad. Compartía con el legendario caballero andante su gran deseo de «poder morir ayudando a los demás». Los Apaches lo llamaban Jefe Alto (Tall Chief).

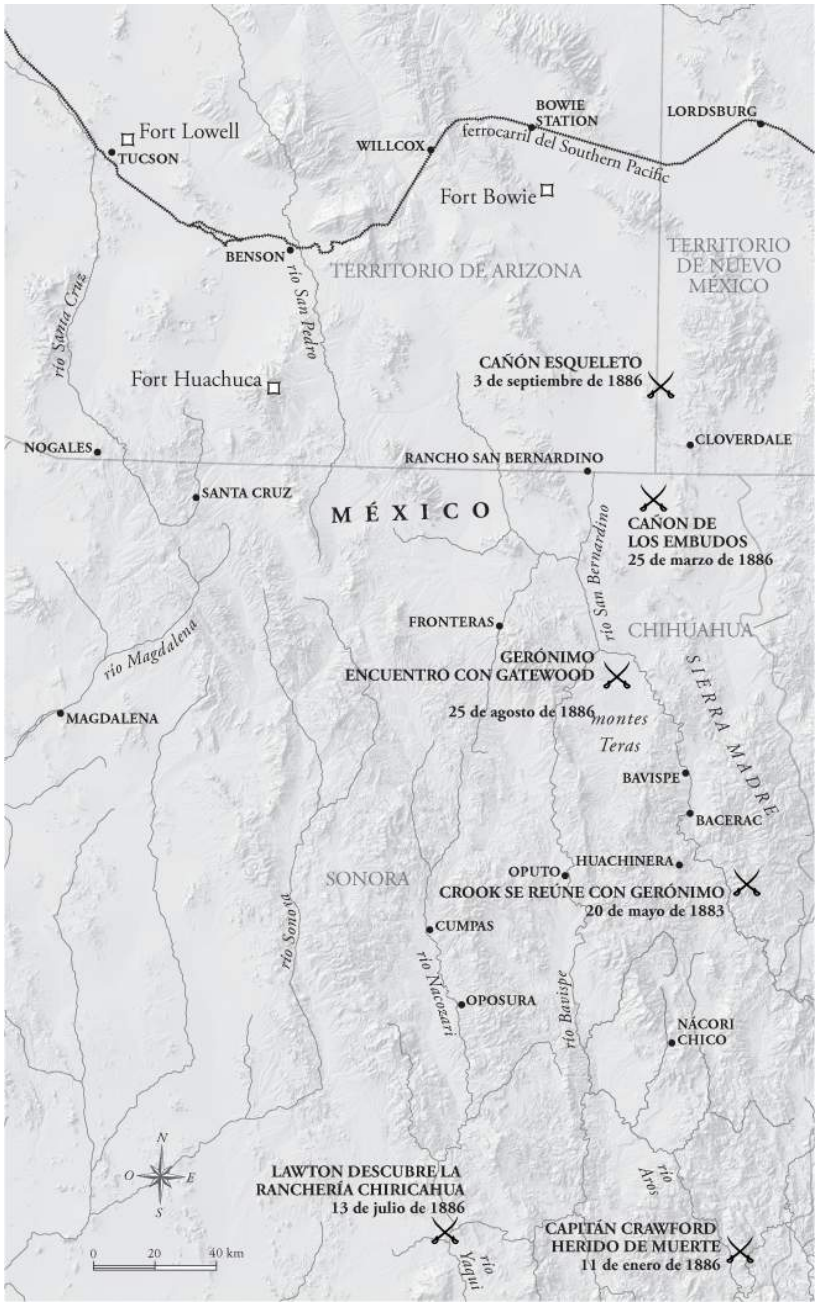
Charles B. Gatewood era un veterano de la Campaña Victorio, que compartía con el capitán Crawford su gran valentía y sus elevados ideales. Sin embargo, al contrario que aquel, nunca fue muy afable con los apaches, que lo llamaban Jefe Nariz (Beak

Chief).

Britton Davies, de veintidós años, acababa de salir de la academia militar y se movía con un aplomo no muy común en alguien tan joven. Era de ideas rápidas y agudas, trataba directamente con los apaches y llegó a disfrutar con su compañía. Ellos lo llamaban Jefe Fornido (Stout Chief).

Nada del programa de Crook habría sido posible sin la cooperación del agente indio Philip P. Willcox, que encarnaba el ideal de Crook de control compartido militar y civil de la reserva; en parte, porque quería pasar el menor tiempo posible en Arizona (a la que consideraba «un agujero no apto para un perro»), tan solo lo necesario para poder mantener su puesto. Para excusar su ausencia, Willcox proclamó: «Atrás quedaron los días de los ataques (apaches), se acabaron. Se ha alisado la última arruga de sus mantas de guerra y son tan amables y dóciles como corderos». Crook compartía el optimismo del haragán agente y dijo al secretario del Interior que la Administración en San Carlos había mejorado de tal modo que «casi no se puede caer una aguja» entre los indios sin que lo sepan los oficiales de inmediato. **[16]**

Restaurar el orden en la reserva White Mountain no fue un logro menor. Sin embargo, lograr una paz duradera en el Territorio de Arizona resultaría imposible mientras los chiricahuas siguieran merodeando en gran número por Sierra Madre. Era inevitable que los renegados hicieran algún ataque transfronterizo, pero capturarlos una vez que hubieran escapado a Arizona sería como intentar atrapar al viento. Crook insistió en que la única forma de derrotar a los enemigos chiricahuas era sorprenderlos en su refugio de Sierra Madre. Estaba en lo cierto, pero una incursión en México dependía de cuatro factores: primero, debía tener una causa justificada para atravesar la frontera; segundo, requería un guía fiable que le condujera hasta los chiricahuas; tercero, necesitaba la cooperación, o al menos la no interferencia de las autoridades mexicanas; y cuarto, necesitaba permiso de sus superiores. **[17]**



Sierra Madre, 1883-1886

El ataque esperado se produjo el 21 de marzo de 1883, cuando

un grupo liderado por Chatto entró en Arizona, aunque las cosas no fueron como habían planeado. Los saqueadores robaron un buen número de caballos y mataron a los blancos que se interpusieron en su camino, pero, cuando se aproximaron a la agencia de San Carlos para reclutar hombres y hacerse con suministros, los apaches de la reserva no solo los evitaron, sino que algunos se ofrecieron voluntarios para repeler a los atacantes. Los apesadumbrados guerreros de Chatto huyeron con las manos vacías, excepto un hombre que murió y un desertor. El chaquetero fue un apache cibecue llamado Pah-na-yo-tishn, al que los soldados apodaron Melocotones (Peaches), por su complexión clara y su piel suave. Melocotones se ofreció a llevar a Crook hasta el bastión chiricahua, y este aceptó gustoso. **[18]**

Para Crook, el ataque de Chatto fue un regalo caído del cielo, ya que le ofreció una excusa convincente para entrar en México y un guía. Se apresuró a entrevistarse con las autoridades mexicanas en Chihuahua y Sonora y le prometieron no poner objeciones a la campaña propuesta. No obstante, seguía enfrentándose a un dilema, pues la convención existente entre Estados Unidos y México solo permitía que los soldados americanos entraran en México en caso de «persecución en caliente» a los saqueadores indios, y la campaña que planeaba Crook a ciento sesenta kilómetros de la frontera no se podía considerar una «persecución en caliente». El secretario de Guerra le recordó que «no se debía hacer ningún movimiento militar hacia o en México no autorizado (por el tratado)», orden que él admitía, pero que se disponía a incumplir. Crook estaba caminando por la cuerda floja. Si esa expedición fracasaba, los mexicanos le crearían problemas y podía dar su carrera por finalizada. Era un riesgo que estaba dispuesto a correr.

El 1 de mayo de 1883, el general Crook cruzó la frontera con el contingente de lucha contra los indios menos ortodoxo que se hubiera visto nunca en la frontera del oeste, compuesto por 193 auxiliares apaches occidentales al mando del teniente Gatewood, 2 exploradores civiles, 3 intérpretes, una inmensa caravana de mulas de carga atendida por 79 arrieros, el factótum de Crook, John Bourke, que en ese momento era capitán, y 45 soldados de

caballería. Crook comunicó a sus superiores en el cuartel general que volvería al cabo de dos meses y eso es lo último que se supo de él durante un mes. [19]

La compañía de caballería era, básicamente, ornamental, puesto que el éxito dependía de la fidelidad y de las habilidades como rastreadores de Melocotones y de los auxiliares apaches. Era un gran riesgo, pero Crook tenía que correrlo. «En las guerras contra los indios, mi política (y la única que ha funcionado) ha consistido en enfrentar a unos contra otros», dijo a un periodista antes de partir en la expedición. «Nada los quiebra más que el hecho de volver a su propio pueblo en su contra». Aunque se podría cuestionar que de verdad estuvieran dispuestos a disparar contra compañeros apaches, no cabía duda de que los indios de Crook querían dar con ellos y poner fin así a los ataques que dejaban a San Carlos en un estado de constante agitación. Tal como estaba a punto de descubrir Crook, para su propia satisfacción, de todos los indios con los que lucharía el ejército en el Oeste americano, los apaches eran los más desunidos y los más dispuestos a enfrentarse entre sí.

Durante tres días, la columna de Crook se desplazó hacia el sur sin ningún ser humano a la vista. Las décadas de ataques apaches habían devastado el paisaje. Donde antaño hubo prósperas haciendas, hogaño solo quedaban ruinas abandonadas. En los poblados, mexicanos de ojos hundidos contemplaban con asombro a los soldados y lanzaban miradas aterrorizadas a los exploradores apaches. La comida era escasa y lo único que abundaba era el mezcal. Bourke, que hablaba español con fluidez, dijo que la gente vivía «en condiciones de miseria y pobreza imposibles de describir […] en una situación peor a la que tenían en ese momento los chiricahuas. Hasta los propios exploradores sentían compasión por ellos». [20]

El 8 de mayo, Crook comenzó a ascender a Sierra Madre hasta que, a 1400 metros sobre el nivel del mar, la ruta principal se abría en una innumerable red de caminos por la que estaban desperdigados los restos de los saqueos apaches. A Bourke la marcha le resultó insoportable. «Llevábamos a las mulas arriba y abajo, arriba y abajo, y los animales no paraban de sudar, y nosotros también estábamos bañados en sudor —escribió el capitán en su diario—. Contemplar esta tierra es maravilloso, viajar por ella

es un infierno. Y, a pesar de todo, en medio de tanta subida y bajada por las colinas, a nuestros exploradores apaches, de vez en cuando les daba un arrebato y empezaban a correr como gacelas».

Al día siguiente, Melocotones avisó a Crook de que cerca había rancherías enemigas; era el momento de dejar actuar a los auxiliares apaches. El 10 de mayo, por la tarde, Crook mantuvo una última reunión y vio que los apaches compartían la opinión de que si encontraban a Gerónimo y a Juh debían ser abatidos sin miramiento alguno. Al día siguiente, Crook despidió a Crawford y a sus apaches y les advirtió de que no mataran a mujeres ni a niños. Cuatro días después atacaron las rancherías. Todos los líderes, excepto Chihuahua, y la mayoría de los hombres estaban fuera, saqueando a los mexicanos. Los pocos guerreros que quedaban, asombrados al ver cómo invadían su refugio, solo ofrecieron una resistencia simbólica. **[21]**

Gerónimo se encontraba a ciento noventa kilómetros cuando, según sus seguidores, el ataque hizo despertar sus poderes místicos. El crédulo Jason Betzinez, que se había convertido en un devoto del hombre-medicina, quedó maravillado con su supuesto don para la adivinación. «Estábamos ahí sentados comiendo, Gerónimo tenía un cuchillo en una mano y un trozo de carne en la otra. De repente, soltó el cuchillo diciendo: —¡Hombres, nuestro pueblo, al que dejamos en el campamento base, está ahora en manos de las tropas americanas! ¿Qué podemos hacer?—» Todo el mundo estuvo de acuerdo en regresar de inmediato. Acerca de la clarividencia de Gerónimo, la única explicación que pudo ofrecer Betzinez fue «yo estaba ahí y lo vi». **[22]**

Mientras tanto, los renegados, desmoralizados, se presentaron poco a poco en el campamento de Crook. Chihuahua le confesó que los chiricahuas habían dado por hecho que Sierra Madre era impenetrable, pero ahora que los soldados americanos y sus aliados apaches occidentales habían violado su santuario, dijeron que había llegado el momento de rendirse. La mañana del 20 de mayo, Gerónimo y sus hombres aparecieron en los desfiladeros que daban al campamento de Crook. Parecían, dijo Bourke, «como una bandada de buitres sedientos de sangre». Pero Gerónimo era un hombre roto. Era evidente que los poderes de Crook eran mayores que los suyos, pues, de otro modo, un norteamericano no habría

encontrado las remotas rancherías chiricahuas.

Crook sacó buen rédito de la crispación de Gerónimo. Cuando este intentó hablar con él, Crook le dijo que se fuera al infierno porque estaba cansado de las promesas chiricahuas. Si querían luchar, les complacería. De lo contrario, las tropas mexicanas se estaban aproximando con gran rapidez, dijo, «y no era más que cuestión de días hasta que el último (de los chiricahuas) estuviera bajo tierra». Gerónimo se marchó visiblemente agitado. Tras esa humillación, al día siguiente, durante el desayuno, Crook suavizó su actitud y manifestó a Gerónimo, a Naiche y a Chatto que no había emprendido ese viaje con la intención de luchar sino para que regresaran a San Carlos como amigos. A continuación, hizo una astuta concesión, como no temía a los chiricahuas, no les quitaría las armas, pero debían decidir: o la guerra o la reserva. Gerónimo accedió y dijo: «Nos rendimos. Haz lo que quieras con nosotros». No obstante, él, Naiche y los subjefes todavía no estaban preparados para marcharse de México. Primero tenían que reunir a sus hombres. Crook no se podía retrasar porque las raciones estaban disminuyendo peligrosamente y había varios cientos de nuevas bocas que alimentar. Confió en la promesa de Gerónimo y emprendió el camino de regreso. **[23]**

Durante los consejos, destacó la ausencia de uno de los líderes chiricahuas: Juh. En enero de 1883, los mexicanos habían conseguido lo inimaginable: sorprendieron al jefe nednhi en su campamento de invierno y mataron a catorce hombres y capturaron a tres docenas, incluidos la mujer de Juh, la mujer y los dos hijos de Chatto y dos de las mujeres de Gerónimo. El resto de los nednhis lo abandonó. Juh, deshonrado sin remedio, vagó por el interior de Sierra Madre y se hundió en el alcohol y en la desesperación hasta que, ese otoño, se suicidó lanzándose a caballo por un barranco. **[24]**

El 10 de junio de 1883, Crook, entre el aplauso general, volvió a entrar en Estados Unidos con sus 325 chiricahuas, entre los que estaba el agradecido jefe Loco. El general Sherman predijo que la campaña de Sierra Madre auguraba una resolución permanente del problema apache. Crook, disfrutando de los elogios, esperó que

Gerónimo y los jefes chiricahua cumplieran su promesa. Y siguió esperando. Y pasaron los meses sin que hubiera señal de ellos. A medida que se filtraron hacia el norte algunas informaciones de nuevas atrocidades cometidas por los apaches en México, la adulación hacia Crook se tornó en acritud. Los periódicos de Arizona que antes lo habían elogiado como un «héroe conquistador», pedían ahora a los habitantes de Arizona que lo criticaran. En el Congreso se discutieron infundadas acusaciones de que había sido Gerónimo el que había capturado a Crook.

Los problemas de Crook se agravaron con el cambio más significativo en dos décadas en el alto mando del ejército. En otoño de 1883, el general Sherman se retiró y Phil Sheridan se convirtió en el general al mando del Ejército de Estados Unidos. A esto le siguió un cambio radical de los mandos de división. El general John M. Schofield se trasladó a Chicago como nuevo jefe al mando de la División Militar del Misuri y John Pope fue designado general para sucederlo como jefe al mando de la División Militar del Pacífico. Al igual que Schofield, el general Pope apoyó las medidas de Crook y sus operaciones. Sin embargo, el general Sheridan defendió una línea más dura y el hecho de que no aparecieran los chiricahuas hizo que disminuyera su confianza en Crook, ya bastante debilitada tras la mediocre actuación de este en la Gran Guerra Sioux. [25]

Los jefes chiricahuas tenían la intención de cumplir su palabra, pero debían reponer sus manadas de caballos y eso significaba una ronda final de saqueos. Los chiricahuas también esperaban atrapar rehenes para intercambiarlos por miembros de la tribu que los mexicanos habían capturado. Sin embargo, las negociaciones no llegaron a buen puerto porque las autoridades mexicanas estaban dispuestas a eliminar a los chiricahuas, no a hablar de intercambios de prisioneros, y los jefes empezaron a filtrarse hacia el norte. En noviembre de 1883, Naiche llegó a San Carlos y tres meses más tarde le siguieron Chatto y Chihuahua. Gerónimo fue el último en aparecer, tras haber enviado en secreto a su hijo a San Carlos para asegurarse de que no esperaba «gente mala» para arrestarlo. La capitulación de Gerónimo justificó las tácticas poco ortodoxas de Crook. No había ganado la campaña de Sierra Madre matando chiricahuas, sino demostrando que podía enfrentar a los apaches entre sí y penetrar en las guaridas más recónditas del, en

apariencia, inexpugnable bastión de los renegados en Sierra Madre. [26]

Pero los problemas de Crook no habían terminado. Los apaches de la agencia no querían tener nada que ver con los chiricahuas y prometieron matar a los renegados que habían regresado si causaban el menor problema. Para evitar una masacre, Crook les permitió que escogieran su propio hogar en la reserva. Todos, excepto Gerónimo, optaron por Turkey Creek, un emplazamiento cerca de Fort Apache al que Britton Davis calificó como «un lugar precioso y un paraíso para la caza». Crook designó a Davis para controlar a los quinientos chiricahuas del arroyo Turkey, incluido al reacio Gerónimo.

El futuro parecía prometedor para ellos, en especial cuando los ahora prósperos apaches White Mountain accedieron a perdonar las ofensas pasadas de los chiricahuas. Chatto esperaba que el ejército también perdonara sus antiguas faltas. Había caminado «por una senda torcida», manifestó Chatto al capitán Crawford, pero ahora quería que el tratado «durara tanto como el sol». Al aceptar la oferta del teniente Davis para trabajar como sargento primero en una nueva compañía de exploradores reclutada al completo entre los guerreros chiricahuas antes enemigos, Chatto ofreció al ejército su inquebrantable lealtad. Naiche parecía resignado a la vida de la reserva y casi todos los chiricahuas deseaban mantener la paz. Sin embargo, Gerónimo, a pesar de sus buenas palabras, resultó un constante incordio. Dijo al capitán Crawford que había entrado en la reserva con la idea expresa de que se le concedería cada uno de sus deseos, idea de la que pronto Crawford le desengañó. Taciturno y desconfiado, Gerónimo se mantuvo apartado. Chihuahua y Mangas, el hijo de Mangas Coloradas amante de la paz pero fácilmente maleable, también guardaron las distancias. Sus seguidores los imitaron, lo que preocupó al teniente Davis. «Ninguno de los indios estaba haciendo nada serio en relación con la agricultura. La mayoría de ellos se limitaba a holgazanear y a hacer apuestas, o a cambiar ponis por cosas que querían de los White Mountain». Los hombres estaban aburridos, y el aburrimiento en los guerreros puede resultar peligroso.

En esta delicada coyuntura, el general Crook cometió un enorme error. Prohibió tres prácticas tradicionales apaches: pegar a la

esposa, mutilar la nariz a las mujeres adúlteras y destilar y consumir licor de maíz (*tiswin*). Crook, no sin razón, consideró que esas prohibiciones eran un paso necesario para «civilizar» a los chiricahuas, no obstante, subestimó la reacción que podía provocar. Los jefes le recordaron que la renuncia a cortar la nariz y a pegar a la mujer no formaba parte del trato que habían hecho y la prohibición del *tiswin* molestó a casi todo el mundo, pero en especial a Chihuahua, al que, observó Davis de forma lacónica «le gustaba empinar el codo». También amenazó la forma de ganarse la vida de la mujer de Mangas, que regentaba un lucrativo negocio de destilación de *tiswin* por lo que esta aleccionó a su marido para que se opusiera a la prohibición. Gerónimo, cansado de la vida de la reserva y siempre convencido de que había «gente mala» (en este caso, Davis, Chatto y Crook) conspirando para hacerle daño, potenció el descontento.

Era inevitable que se produjera un enfrentamiento. El 15 de mayo de 1885, por la mañana, Chihuahua, Mangas, Loco, Nana, Naiche y Gerónimo entraron tambaleándose en la tienda de Davis. Llevaban toda la noche bebiendo *tiswin*, así que Chihuahua todavía estaba borracho y los otros tenían resaca. Exigieron saber si el teniente iba a castigarlos, pero Davis buscó la salida menos arriesgada: pospuso la respuesta. Les dijo que solo Nantan Lupan podía juzgar un asunto tan importante y prometió telegrafiar de inmediato al general. Los indios, algo aplacados, accedieron a esperar. **[27]**

En consonancia con el asunto, el alcohol trastocó el plan de Davis. El reglamento requería que el teniente enviara su mensaje a través de su inmediato superior. El capitán Crawford habría comprendido la gravedad del problema, pero había dejado la reserva dos meses antes. Su sucesor, que solo llevaba en San Carlos dos meses, entregó el telegrama de Davis al jefe de los exploradores, Al Sieber, un hombre por lo general muy fiable y favorito de Crook, para que le diera su opinión. Por desgracia, esa misma noche, Sieber también se había cogido una borrachera. El capitán lo zarandeó para despertarlo y entregó el mensaje al explorador de ojos vidriosos, quien lo despidió con la mano diciéndole: «No es más que otra borrachera de *tiswin*, Davis podrá con eso». Por consiguiente, el oficial archivó el mensaje. **[28]**

Transcurrieron dos días sin respuesta alguna. El teniente Davis pasó el tiempo jugando al póquer y como árbitro en partidos de béisbol. Gerónimo contaba las horas y planeaba una revuelta. Estaba convencido de que Crook tenía la intención de arrestarlo, de modo que decidió escapar y la emprendedora mujer de Mangas convenció a su marido para que se le uniera. Solo pudieron reunir quince guerreros, pero necesitaban a Chihuahua y a Naiche. Sin embargo, los jefes, que ya habían recuperado la sobriedad y se habían arrepentido, pusieron reparos. Los fantasmas de la mente febril de Gerónimo le susurraron una manera de obligarlos: asesinar a Chatto y a Davis. Un plan irracional al que arrastró a Mangas y enroló a dos de sus primos para hacer el trabajo. A continuación, le dijo a Chihuahua y a Naiche que Chatto y Davis estaban muertos, que los exploradores habían desertado y que todos los chiricahuas estaban a punto de abandonar la reserva. Los crédulos jefes se unieron a Gerónimo y a Mangas, al igual que Nana, el incorregible viejo teniente chihene de Victorio. En total, el 17 de mayo, al anochecer, se escaparon de Turkey Creek 34 hombres, 8 adolescentes y 92 mujeres. Casi cuatrocientos chiricahuas (lo que representaba tres cuartos de la tribu y la mayoría de los guerreros) permanecieron en la reserva. Por decirlo de otra manera, menos de un tres por ciento de los cinco mil indios de San Carlos participaron en la fuga y los que sentían simpatía por los renegados constituían un número aún menor.

Aunque Gerónimo no lo sabía, Davis y Chatto estaban vivos y coleando, ya que los encargados de asesinarlos se habían echado atrás. Davis informó de la fuga, reunió a la policía de la agencia y galopó tras los fugitivos. Cuando Chihuahua se enteró del engaño de Gerónimo, se dirigió a la vikiupa del escurridizo hombre-medicina al anochecer para matarlo, pero descubrió que él y Mangas habían partido hacia México. La intención de Chihuahua era volver a la reserva después de que se apagara el revuelo, pero Davis encontró su ranchería antes y, acto seguido, se produjo una escaramuza. Chihuahua, etiquetado como enemigo por error, se convirtió en uno. Llevó a cabo una serie de ataques llenos de rabia contra los ranchos y las minas de Arizona y de Nuevo México, matando al menos a veintisiete incautos civiles a lo largo de un mes antes de partir hacia Sierra Madre. **[29]**

❋

Crook se preparó para otra larga y ardua campaña. En esta ocasión, sin embargo, él no participaría. La mayoría de los periódicos del Sudoeste consideraba que era, en parte, culpable del derramamiento de sangre y le acusaba de que su moderada indulgencia en 1883 en vez de pacificar a los chiricahuas los había envalentonado. También había cambiado el paisaje político, pues tanto el nuevo presidente, Grover Cleveland, como su nuevo secretario de Guerra desconfiaron de los métodos bélicos de Crook, sobre todo de su dependencia de los exploradores apaches. Se creían todas las noticias sensacionalistas que publicaban los periódicos locales, que incluían historias espurias sobre ingentes bandas de guerreros apaches que vagaban sin control por Arizona (Chihuahua ya había entrado en México). Sheridan seguía apoyando a Crook, pero con mucho menos entusiasmo que Sherman.

La estrategia de Crook era directa. Dos columnas móviles, cada una de ellas compuesta por tropas de caballería y dos compañías de exploradores apaches, se adentrarían en Sierra Madre para desalojar a los enemigos. El capitán Crawford lideraría una y el capitán Wirt Davis, un oficial de caballería ejemplar, la otra. Para impedir que los renegados se dirigieran al norte, Crook alfombró la frontera con tropas.

Davis y Crawford rastrearon Sierra Madre durante tres meses, soportando el calor, la sed, la fatiga y las nubes de insectos. Los exploradores de Wirt Davis encontraron la ranchería de Gerónimo y Mangas, pero el rebuzno de una mula asustada alertó a los fugitivos. Al primer disparo, Gerónimo tomó a su hijo menor y escapó. A pesar de ello, capturaron a quince mujeres y niños, entre ellos a la mujer destiladora de *tiswin* de Mangas, y tres de las cinco mujeres de Gerónimo. El enfrentamiento acabó con la credibilidad de los poderes de Gerónimo, y Mangas lo abandonó. Libre ahora de su dominante esposa, Mangas se ocultó en las montañas sin causar más problemas y se limitó a esperar el momento oportuno para rendirse. En octubre, Crawford y Wirt Davis fueron a Fort Bowie, en Arizona, para descansar, reequiparse y prepararse para un nuevo asalto a Sierra Madre. Pero Britton Davis no los acompañaría. El joven teniente, desilusionado y agotado, había abandonado el

ejército. [30]

En cuanto partieron Crawford y Davis, los renegados volvieron a atacar. El hermano menor de Chihuahua, Ulzana, y once guerreros lograron traspasar el cordón de Crook y se dirigieron a Fort Apache en un intento desesperado de «liberar» a la familia que habían dejado en Turkey Creek y para asesinar a Chatto. En tan solo ocho semanas, los saqueadores de Ulzana recorrieron mil novecientos kilómetros, mataron a 38 blancos, asesinaron a 21 apaches White Mountain en la reserva y robaron 250 caballos. La caballería y los exploradores indios rastrearon las montañas al norte de la frontera, pero solo encontraron rastros antiguos. A pesar de todo el caos que habían provocado, los hombres de Ulzana fueron incapaces de encontrar a sus familias y de matar a Chatto y sus hazañas tampoco lograron que Ulzana lograra ningún nuevo acólito. Ni un solo apache de la reserva alzó un dedo en su ayuda. [31]

Pero a la prensa local le daba igual. Los editores que antes lo apoyaban ahora calificaban a Crook de «mentiroso, cobarde y asesino». Se hicieron llamamientos para crear patrullas de vigilantes que exterminaran a los apaches de la reserva. Los residentes se limitaban a hablar, pero Phil Sheridan no. Con el nuevo general en jefe, la lealtad de los chiricahuas de la reserva no valía nada comparada con el terror que habían provocado los pillajes de Ulzana. Él veía San Carlos como una especie de incubadora de futuros enemigos. ¿Cuál era la solución de Sheridan? Expulsar para siempre del Sudoeste hasta el último chiricahua. El secretario de Guerra apoyó su plan y, con la bendición del presidente Grover Cleveland, se convirtió en una medida oficial. En noviembre, Sheridan viajó a Fort Bowie no para consultar con Crook, sino para presentar un hecho consumado. Tanto Crook como el capitán Crawford, que acababan de alistar dos nuevas compañías de exploradores chiricahuas, pusieron muchas objeciones. Crawford preguntó al general al mando: ¿cómo podía esperar el ejército que los exploradores sirvieran con lealtad cuando pretendía traicionarlos? Sheridan lo comprendió y dio marcha atrás, por el momento.

Lo que demandaba el ejército a los exploradores chiricahuas ya era lo bastante difícil como para que Sheridan complicara las cosas. A ninguno de los exploradores le agradaba la idea de perseguir a su

propio pueblo y mucho menos de dispararlo. Aunque, con una excepción. Casi todos ellos querían tener el honor de matar a Gerónimo. Los chihenes anhelaban ajustar cuentas por Alisos Creek; otros estaban molestos por las sospechas que sus actividades habían levantado sobre los indios de la reserva.

Mientras tanto, el capitán Crawford se hallaba sumido en una pesadilla particular. En privado, hablaba de una premonición digna de Gerónimo. Apreciaba la confianza que había depositado Crook en él para liderar la expedición, pero le atemorizaba la tarea. «Cuando vaya a México —le dijo Crawford a un amigo—, no volveré». **[32]**

CAPÍTULO 21

Una vez fui como el viento

EL CAPITÁN Crawford cruzó a México el 11 de diciembre de 1885, con cuatro oficiales y unos cien exploradores apaches, de los cuales casi la mitad era chiricahua. El teniente Marion P. Maus, un hombre leal que había sido jefe de los exploradores de Miles en la Guerra Nez Percé, y el teniente William E. Shipp, que hacía tan solo dos años que había salido de West Point y para el que esta era su primera campaña, dirigían cada uno dos compañías de exploradores apaches. Del resto, los únicos blancos de la expedición eran los exploradores Tom Horn y William H. Harrison y el arriero jefe de la caravana de mulas, Henry W. Daly, y sus veinte asistentes.

Después de unos días en ruta, Daly tuvo la clara impresión de que los apaches White Mountain, quizá por miedo, estaban ocultando lo que sabían sobre el paradero de los enemigos, de modo que se lo comunicó a Crawford y este reprendió a los exploradores con inusitada vehemencia. Ninguno de ellos negó las acusaciones y el hombre-medicina White Mountain se ofreció para infundirles fuerza con la celebración de una ceremonia de *hoddentin* (polen de espadaña), en la que los exploradores debían besar una bolsita de ante. «Cada uno repitió una especie de voto o juramento que él pronunció —recordó Henry Daly—. Entonces, me convencí de su sinceridad y de que encontrarían a los enemigos». [1]

Al anochecer del 9 de enero de 1886, los exploradores al mando de Crawford localizaron la ranchería de invierno de Gerónimo y de Naiche en el recóndito Espinazo del Diablo, un paisaje sobrenatural de picos afilados y profundas gargantas a unos trescientos kilómetros al sur de la frontera. Las noticias pusieron a Crawford ante un arduo dilema. El contingente había estado caminando todo el día sin comer nada, hasta los mismos chiricahuas estaban al

borde del agotamiento y la caravana de suministros se encontraba lejos, en la retaguardia. Crawford, considerando que el riesgo de ser descubiertos era demasiado grande como para descansar, siguió adelante. Era una noche sin luna y la marcha fue lenta y complicada. Durante doce horas, los exploradores avanzaron en la oscuridad con gran lentitud. El capitán Crawford, enfermo y agotado en extremo, caminaba renqueante con su rifle y un cayado, pero el teniente Maus estaba convencido de que sobreviviría a la prueba por «la mera fuerza de voluntad».

Crawford llegó a la ranchería antes del amanecer. No se movía ni un alma y no había nadie vigilando. El capitán susurró sus órdenes. Los tenientes Maus y Shipp y el explorador Tom Horn tenían que coger un destacamento cada uno y abrirse camino hasta situarse en las colinas situadas encima de los enemigos. El teniente Shipp estaba emocionado, pensando que la campaña estaba a punto de terminar. Al fin y al cabo, lo único que tenían que hacer los exploradores era terminar de rodear la ranchería, esperar al amanecer y, entonces, en un solo ataque, capturar a los renegados. Pero Shipp, no había contado con la dificultad del terreno. Algunos exploradores tropezaron en la oscuridad, haciendo rodar cantos ladera abajo, lo que alertó a las mulas y a los burros de los renegados, los «perros guardianes de un campamento indio». Los guerreros salieron de sus chozas para comprobar a qué se debían los rebuznos.

Como ocurría con frecuencia, algunos exploradores excesivamente ansiosos frustraron lo que podía haber sido una sorpresa casi segura. En esta ocasión, los culpables fueron los apaches White Mountain que habían perdido algunos familiares en el ataque de Ulzana. Estos, que albergaban comprensibles deseos de venganza, hicieron caso omiso de las órdenes y, en cuanto vieron a su objetivo, dispararon. Maus y Shipp, que estaban en ese momento en una posición de peligro, instaron a los exploradores chiricahuas a que atacaran. Ellos tampoco obedecieron las órdenes y se refugiaron tras las rocas, disparando algunas ráfagas sin excesivo entusiasmo y con escasa puntería. Shipp comprendió la reticencia de los exploradores chiricahuas a aprovechar su situación ventajosa. Todos ellos tenían familiares en la ranchería. «Querían la paz, pero no a expensas de un gran derramamiento de sangre». Por su parte

los apaches White Mountain tenían demasiado miedo de los renegados como para intentar combatir cuerpo a cuerpo.

La pusilanimidad de los exploradores no le costó demasiado a Crawford. Los enemigos se dispersaron dejando las reservas de comida y los animales. Esa tarde, apareció una anciana con un mensaje de Naiche: los renegados estaban dispuestos a rendirse y a volver a la reserva. Podían haber negociado las condiciones allí mismo y en ese momento, pero el intérprete apache de Crawford estaba demasiado agotado como para emprender una marcha nocturna. El contingente de Crawford, dado que no tenía enemigos a los que temer, se dispuso a pasar la noche en el frío de las tierras altas al calor de rugientes fogatas. [2]

El 11 de enero, antes del amanecer, una gélida niebla se extendía sobre las colinas. Los exploradores prepararon los fuegos para el desayuno. Shipp y Maus remoloneaban y charlaban bajo las mantas. Entonces, sucedió algo inesperado. A través de la niebla, sobre una cresta situada sobre el campamento de Crawford, surgió una fila de hombres, con vestimentas andrajosas pero muy bien pertrechados y comenzaron a disparar. Los exploradores se ocultaron tras las rocas y respondieron a los disparos.

Los asaltantes se acercaron. La niebla se levantó y el amanecer reveló su identidad: eran doscientos indios tarahumara mexicanos con intención de saquear y de conseguir cabelleras apaches. El teniente Maus y el capitán Crawford se adelantaron a toda prisa. A plena vista de todos, Crawford escaló una gran roca entre las dos líneas y ondeó un pañuelo blanco. Tom Horn, que estaba cerca, gritó con todas sus fuerzas en un español fluido que los tarahumaras estaban disparando a soldados americanos. Los disparos se detuvieron y el jefe al mando tarahumara se adelantó con sus soldados. Crawford dijo al teniente Maus que regresara y se asegurara de que los exploradores estaban tranquilos mientras hablaba con ellos.

En cuanto Maus se dio la vuelta sonó un solo disparo. Al girarse, vio a Crawford tendido en el barro con el cerebro desparramado a través de un gran orificio que tenía en la frente. Los apaches, furiosos, acribillaron a los oficiales mexicanos. «No hubo forma de

detener los disparos», dijo Maus. Los tarahumaras y los chiricahuas, adversarios acérrimos, se lanzaban burlas entre las descargas. Los tarahumaras alardeaban de que habían conseguido dos mil dólares por la cabellera de Victorio. La escaramuza solo terminó cuando los tarahumaras se dieron cuenta de que se habían encontrado con más apaches de los que se habían imaginado. [3]

Gerónimo y Naiche habían sido testigos de la lucha desde unos riscos al otro lado del río. Se adentraron con sigilo en el campamento del teniente Maus con un mensaje para Crook: querían encontrarse con Nantan Lupan al cabo de un mes cerca de la frontera y juraron que, hasta ese momento, dejarían de saquear, promesa que no tenían la menor intención de cumplir. No obstante, Maus, empujado por la escasez de comida y de munición, se sintió obligado a confiar en ellos y, al día siguiente, partió llevando al capitán Crawford, que estaba inconsciente, en parihuelas, hasta que murió siete días más tarde. [4]

Mientras Maus luchaba por volver a la frontera, Gerónimo y Naiche atravesaron el lejano norte de Sonora, cometiendo saqueos para compensar sus pérdidas. No obstante, fueron fieles a su cita. Del 25 al 27 de marzo de 1886, el general Crook se encontró con ellos en el cañón de los Embudos, apenas pasada la frontera de Arizona en México. Las circunstancias difícilmente propiciaban una discusión serena. Los chiricahuas hostiles se habían parapetado en una colina de origen volcánico situada a ochenta metros del campamento de Crook. Desde un conjunto de chamizos que había cerca de su bastión, un cuatrero llamado Chales Tribolet y su hermano distribuían copiosas cantidades de *whisky* y de mezcal. Los chiricahuas se habían cogido una escandalosa borrachera y Gerónimo tenía resaca. El general Crook entró en el lugar del consejo con la extraña sensación de estar reviviendo los últimos momentos del general Canby con los modoc. [5]

Crook disimuló bien su nerviosismo. El que más habló fue Gerónimo, que temblaba al hacerlo. Divagó sobre cómo había sido engañado con rumores falsos y culpó del ataque a Britton Davis y a Chatto, quienes, según él, habían salido con la intención de ahorcarlo. Mientras el delirante hombre-medicina recitaba una mentira tras otra, Crook permaneció con la mirada fija en el suelo. El silencio de Nantan Lupan desconcertó a Gerónimo, que sudaba

de manera notoria, no tanto por el calor como por los efectos secundarios de su borrachera nocturna. «¿Qué pasa que no me habla? Sería mejor que me hablara y que me mirara con una cara agradable —le pidió Gerónimo—. Quiero que me mire y que me sonría».

Pero Crook no respondió. Gerónimo reinició su monólogo negando tener la menor idea sobre un plan para matar a Chatto y a Davis, hasta que el general, indignado, le llamó mentiroso. Los guerreros de Gerónimo movieron los rifles y refunfuñaron, pero Naiche los mandó callar con un gesto de la mano. Crook puso fin al encuentro con un ultimátum: o se rendían de manera incondicional o luchaban, ellos decidían. Si luchaban, Crook les prometió matarlos a todos aunque «le llevara cincuenta años». **[6]**

La guerra psicológica continuó durante toda la noche. Crook envió dos exploradores chiricahua a las rancherías de los enemigos para sembrar la discordia al alabar los méritos de la capitulación. Su maniobra obtuvo resultados contradictorios. Chihuahua, que había llegado a buenos términos con Gerónimo, y Naiche decidieron rendirse, pero no Gerónimo, que se encolerizó y estuvo vociferando y amenazando con disparar a los exploradores. Por la mañana ya se había calmado lo suficiente como para acompañar a Chihuahua y a Naiche a un encuentro privado con Crook, el cual rechazó su petición de regresar a la reserva, sin decirles que el Gran Padre había decretado su deportación permanente. Gerónimo y Naiche cambiaron de estrategia. Aceptarían dos años de exilio con la condición de que los acompañaran sus familias, de lo contrario, volverían a Sierra Madre. Como era consciente de que tenía que actuar con rapidez o enfrentarse a la guerra «con todos los horrores que conllevaría», Crook aceptó unas condiciones que sabía que no podría cumplir. El lugar de su destierro «temporal», le dijo a Gerónimo y Naiche, sería la prisión militar de Fort Marion, en Florida; un nombre y un lugar que para los apaches no tenían resonancia alguna.

El 27 de marzo los chiricahuas se entregaron de manera oficial. Para disgusto de Gerónimo, Chihuahua fue el que llevó la voz cantante. Expresó su confianza en la honradez de Crook y presentó una extensa disculpa por sus errores pasados. Naiche también pidió disculpas. «Digo lo mismo que Chihuahua. Creo que es mejor que

nos rindamos ahora y que no nos quedemos por las montañas como tontos, tal como hemos hecho hasta ahora». Todas las miradas se dirigieron a Gerónimo. Tras una tensa pausa murmuró: «Basta con dos o tres palabras. Me entrego. Una vez fui como el viento. Ahora me entrego ante ti, y eso es todo».

Pero eso no fue todo. Chihuahua, que era bien consciente de lo que podía ocurrir, reunió a sus seguidores y esa noche acampó con Crook, rogando al general que mantuviera a Gerónimo lo más lejos posible de su banda. Gerónimo y Naiche regresaron a su bastión y se bebieron casi veinte litros del matarratas de Tribolet. Naiche disparó a su mujer en la rodilla cuando esta flirteó con un hombre; a continuación, perdió el conocimiento, mientras que los guerreros ebrios lanzaron unos cuantos disparos sin dueño al campamento de los muleros. A pesar de esos contratiempos, a la mañana siguiente, Crook partió hacia Fort Bowie con el capitán Bourke, dejando a los enemigos al cuidado del teniente Maus. Unos pocos kilómetros al norte del cañón de los Embudos se encontró con Gerónimo y tres guerreros, que iban tambaleándose sobre dos mulas, «borrachos como una cuba». Gerónimo abrazó a Bourke y tranquilizó al capitán afirmando su compromiso con la paz. Este, asqueado por el hedor a alcohol, aconsejó a Crook que «matara a Tribolet por enemigo de la humanidad. Si no lo hace —le avisó—, será el mayor error de su vida». [7]

Crook rechazó el consejo de Bourke y continuó hacia Fort Bowie. Gerónimo y Naiche siguieron bebiendo al tiempo que meditaban sobre su destino. La brusquedad de Crook y su informal partida los habían dejado asombrados y asustados y en sus delirios alcohólicos se imaginaron dos sogas con sus nombres en Fort Bowie y a Chatto como gran jefe y verdugo sonriendo de forma siniestra. El miedo de lo que el exilio les pudiera deparar, si es que no los ahorcaban primero, también los frenaba. Más de lo que podían soportar. El 30 de marzo, Gerónimo y Naiche huyeron hacia Sierra Madre llevando con ellos a dieciocho guerreros y veintidós mujeres y niños. En cambio, Chihuahua y Ulzana cumplieron su palabra y, el 7 de abril, junto con setenta y siete chiricahuas, entre ellos dos de las mujeres de Gerónimo, tres de sus hijos y la familia de Naiche, se subieron a unos vagones de tren en la estación Bowie de Arizona, con destino a Florida. Crook nunca le diría a Chihuahua que jamás

volvería a ver su tierra natal.

Cuatro días después, el propio Crook se subió a un tren con destino a Omaha, Nebraska. Al igual que a los chiricahuas, a él también lo habían desterrado de Arizona. [8]

La promesa de Crook de una deportación de dos años contraviniendo la política del Gobierno había indignado a Sheridan, y la huida de Gerónimo y Naiche terminó por quebrar el fino hilo de su amistad. A Sheridan nunca le había agradado la alianza de Crook con los exploradores apaches y, en su opinión, la fuga de Gerónimo solo podía haber sido el resultado de su connivencia con los exploradores, una sugerencia que el quisquilloso Crook rechazó de manera rotunda. Cuando Sheridan le pidió que renegara de su promesa de permitir al grupo chihuahua volver a Arizona tras un breve exilio, Crook respondió que eso «haría que se dispersaran por las montañas». En cuanto a los hostiles, pensó que había pocas posibilidades de atraparlos.

Sheridan se dio por vencido. «No sé qué es lo que puedes hacer ahora aparte de concentrar tus tropas en los lugares clave y proteger a la población». Recordó a Crook que tenía a su disposición cuarenta y seis compañías de infantería y cuarenta compañías de caballería en los Territorios de Arizona y de Nuevo México y le dijo que esperaba que hiciera buen uso de ellas en una estrategia defensiva; un reproche poco sutil a la confianza de Crook en los exploradores indios y a sus agresivas incursiones en México.

Crook ya había tenido bastante y el 1 de abril presentó su renuncia. Para alegría tanto del presidente Cleveland como del secretario de Guerra, Sheridan la aceptó sin miramientos y, para librarse de él, lo promovió al mando de la División Militar del Misuri, convirtiendo el codiciado puesto en un retiro, y nombró al inveterado enemigo de Crook, Nelson A. Miles, por entonces general de brigada, para el mando en el sudoeste. Sheridan se aseguró de que no hubiera malentendidos por parte de Miles: debía someter a Gerónimo con «operaciones enérgicas» llevadas a cabo por el ejército regular. Emplearía a exploradores apaches (y entre ellos a ningún chiricahua, ya que Sheridan los consideraba pobo fiables) de manera muy ocasional y solo para localizar al enemigo. Los

soldados se encargarían del combate. El presidente Cleveland prohibió todo intento de diplomacia: las únicas condiciones que Miles estaba autorizado a ofrecer eran la rendición incondicional o la eliminación, algo que no se adecuaba al carácter de Miles, que, posteriormente, confesó que «nunca había tenido ningún deseo de ocuparse de una campaña de esa naturaleza».

Salvo contadas excepciones, los periódicos de Arizona celebraron la partida de Crook: «En Tucson, todo el mundo se pregunta si el general Miles podrá hacerlo algo mejor que el general Crook —comentaba el *Tombstone Epitaph*—. Lo que nos preguntamos en Tombstone es si lo podrá hacer algo peor». Un corresponsal de Nuevo México, que en ese momento estaba destinado en el cuartel general del departamento, manifestó al general Crook que sentía que se marchara. «Bueno, yo no —le respondió Crook—. Llevo ocho años preocupado por estos [apaches] y ya estoy harto de ellos. Deja que ahora lo intenten otros». [9]

Los días de lucha de Crook contra los indios habían terminado. Durante treinta años, había entregado su corazón, su alma y su propia salud para ayudar a que los blancos ganaran el Oeste. Puede que hubiera renegado de las promesas que hizo a los indios, o que les hubiera abrumado con la triste realidad, pero siempre había velado por su bienestar. A partir de ahora, dedicaría lo que le quedaba de carrera a luchar por los derechos de los indios.

Nelson Miles llegó a Fort Bowie, en Arizona, el 11 de abril y una semana sobre el terreno bastó para convencerlo de que los métodos de Crook habían sido sensatos. A pesar de las instrucciones de Cleveland, su conciencia le impelía a intentar parlamentar antes de disparar. Pidió a Sheridan que liberara de Fort Marion al saqueador chiricahua Ulzana para que actuara como emisario de paz, petición que Sheridan rechazó sin ambages. El general al mando no quería negociaciones. Recordó a Miles que esperaba que protegiera a los habitantes del Sudoeste y que sacara a la fuerza a los enemigos de sus bastiones de Sierra Madre con el ejército regular; una estrategia, pensó el antiguo teniente, Britton Davis, semejante a usar a los

«londinenses contra los suizos alpinos». [10]

Miles obedeció y se dispuso a poner en práctica los optimistas planes de Sheridan; dividió los territorios del sur de Arizona y de Nuevo México en veintisiete «distritos de observación» y empleó a la infantería para sellar los pasos de montaña estratégicos y a la caballería para dar caza a los saqueadores chiricahua. En uno de los mayores ejemplos de uso exagerado de la fuerza de la historia militar americana, Miles llegó a desplegar a lo largo de la frontera internacional a unos cinco mil soldados para prevenir posibles incursiones de los dieciocho guerreros que le quedaban a Gerónimo y a Naiche. En los picos más elevados de cada distrito, colocó a vigías equipados con telescopios y los más modernos binoculares para divisar los movimientos apaches así como con heliógrafos (espejos que reflejaban la luz solar montados en trípodes) para enviar mensajes con sus destellos. Las estaciones heliográficas podrían haber resultado útiles si los enemigos se hubieran mostrado durante el día, pero se desplazaban por la noche, cuando el heliógrafo resultaba inútil. En cuanto tuvo el perímetro defensivo dispuesto, Miles preparó una fuerza de élite, compuesta por soldados del ejército regular, para entrar en México. Sería la tercera incursión del ejército al otro lado de la frontera en otros tantos años. [11]

Sin embargo, Gerónimo y Naiche funcionaban de acuerdo con su propio horario. Mientras Miles jugueteaba con sus planes, ellos golpeaban. El 27 de abril, una pequeña partida de guerreros entró en Arizona, cerca de Nogales, y arrasó el valle de Santa Cruz en un ataque relámpago interrumpido por la caballería que iba tras ellos. Cazadores y presa se dispersaron por el norte de Sonora. El 3 de mayo una tropa de los Buffalo Soldiers del 10.º de Caballería protagonizó una escaramuza con los chiricahuas treinta kilómetros al sur de la frontera y dos semanas más tarde la caballería les arrebató su ganado. Lograron recuperar los animales, pero Gerónimo y Naiche estaban desmoralizados, ya que nunca se habían topado con una caballería tan hábil y persistente. No obstante, Naiche no perdió la esperanza y partió hacia Fort Apache con la mayoría de los guerreros, pues añoraba a su familia y, quizá, le asediaba la idea de sondear la paz con Crook (de cuya partida ellos no estaban al tanto), mientras que Gerónimo, al que rondaba el

fantasma de la soga, se quedó atrás. A lo largo del trayecto, Naiche mató a todo el que se interpuso en su camino. Cuatro años después, Crook le preguntó por qué había asesinado a civiles si sus intenciones eran pacíficas. «Porque teníamos miedo. Era una guerra. Cualquiera que nos viera, nos mataría, y nosotros hacíamos lo mismo. Teníamos que hacerlo si queríamos vivir».

La arriesgada maniobra de Naiche solo le rompió el corazón. Bajo el manto de la oscuridad, se coló en la tienda de su madre en el campamento chiricahua de Turkey Creek y se enteró de que el general Crook había embarcado a su familia con la gente de Chihuahua. A principios de junio, Naiche se reunió con Gerónimo y juntos los dos grupos se retiraron al interior de Sonora. **[12]**

El camino estaba ahora despejado para Miles. Para dirigir su fuerza de asalto, eligió al capitán Henry Lawton, del 4.º de Caballería. Lawton era como un león. Medía casi dos metros y pesaba 104 kilos de puro músculo. Era un buen luchador y un gran bebedor. Para acompañarlo, estaba el capitán Leonard Wood, que a sus veinticinco años era graduado de Harward y médico asistente del ejército. Este, de ojos azules y pelo claro, tenía un aspecto más dulce, pero era igual de robusto. Con Lawton y Wood iban los treinta y cinco soldados de la tropa del 4.º de Caballería de Lawton, veinte hombres de infantería escogidos, veinte exploradores apaches de White Mountain y de San Carlos (Miles había reconocido que para encontrar a los apaches hacían falta apaches) y treinta arrieros con cien mulas de carga. **[13]**

Lawton entró en México de mal humor. «Esta tierra está dejada de la mano de Dios y los hombres que en ella viven, también —escribió a su mujer—. Cuando oigo que los indios han matado a media docena o más de personas no me conmueve lo más mínimo. Creo que los indios [son] mejores que los mexicanos». Había aceptado esta misión solo para ganarse el favor de Miles y, en ese momento, el ambicioso capitán se preguntaba si se habría equivocado al hacerlo. Cinco días después de adentrarse en Sierra Madre, escribió a su madre: «Todo este país es un montón de montañas gigantescas por las que vamos avanzando con dificultad siguiendo el rastro de los indios, que siempre se escabullen y a los que nunca logramos encontrar». Las temperaturas llegaban a los 48º C y los cañones de los rifles quemaban al tocarlos, por ello, los

oficiales y los soldados se quitaban los uniformes y marchaban en ropa interior y mocasines. Con frecuencia, las violentas tormentas transformaban los resecos cañones en furiosos torrentes. El capitán Lawton se intoxicó con la tomaína de una lata de carne en conserva Armour en mal estado y, durante varias horas, se debatió entre la vida y la muerte y una picadura de tarántula casi mata a Wood mientras casi todos sufrían de disentería aguda.

El 13 de julio, los exploradores de Lawton descubrieron la ranchería de Gerónimo y Naiche. Entonces, Lawton hizo apresurarse a la infantería, dirigida en ese momento por el capitán Wood (al comandante en jefe original lo tuvieron que evacuar por encontrarse enfermo de gravedad). Fue un momento de esperanza. Para Lawton suponía la oportunidad de culminar una ordalía que duraba ya un mes de un golpe y convertirse en un héroe; para Wood, la oportunidad de probarse a sí mismo como líder en el combate.

Lawton dividió a su contingente. Envió a los exploradores en una marcha paralela a un pico lejano mientras Wood y él ascendían con los soldados por un pico más próximo. Primero debían atacar los exploradores, lo cual no era, precisamente, el enfoque de Sheridan.

Wood escrutó la apacible ranchería que se vislumbraba a sus pies. «Ardían las hogueras, los ponis indios estaban sujetos con piquetas y había bastantes indios deambulando por todos lados […] No parecía que hubiera ninguna salida, pero sabíamos que alguna tenía que haber, ya que, de lo contrario, los indios no estarían ahí». Efectivamente, la había. Un guerrero que estaba fuera cazando se encontró una cinta roja que había perdido un explorador. Dio la alerta al campamento y los chiricahuas escaparon antes de que los exploradores pudieran sellar su escapatoria. Lawton capturó todo lo que había en la ranchería… excepto a los indios. «Estaba tan disgustado que casi me pongo enfermo, pues habíamos tenido la oportunidad que llevábamos buscando tanto tiempo y se me escapó de las manos». Después de aquello, estuvo vagando por el territorio de Rio Aros durante tres semanas, mientras Gerónimo y Naiche se dirigían hacia la frontera. Naiche estaba enfermo y nervioso y la repentina aparición de los soldados americanos en un lugar tan recóndito de Sierra Madre hizo que sopesase tirar la toalla. Si

hubiera sabido lo que estaba a punto de suceder en el lejano Fort Apache, de buena gana se habría rendido en ese mismo momento. [14]

Al poco tiempo de asumir el mando en Arizona, el general Miles tuvo una idea que cambiaría para siempre el mundo chiricahua. Según él, los poblados chiricahuas de Fort Apache, eran «el arsenal, el criadero, el lugar de reclutamiento, el hospital y el asilo de los enemigos». Nada más alejado de la realidad. Chatto y otros antiguos líderes de guerra chokonen se habían convertido en agricultores y rancheros de ovejas y no sentían simpatía alguna hacia los renegados. Tres cuartos de los ochenta y un guerreros chokonen de la reserva habían trabajado como exploradores y, desde la rendición al general Crook, ocurrida tres años antes, todo se había mantenido en paz. Incluso el general Sheridan creía que, en ese momento, había que «controlar a los chiricahuas en el lugar en que están».

Por desgracia, cuando Miles visitó Fort Apache para investigar cómo eran las condiciones allí, los chiricahuas estaban en plena borrachera de *tiswin*. Miles pensó que «era peligroso acercarse a ellos. Los jóvenes eran insolentes, violentos e inquietos […] y recibí información fiable de que estaban preparando otro estallido de violencia». Esos supuestos informadores fiables eran los apaches White Mountain, que se habían cansado de convivir con los chiricahuas. Una vez más, los apaches divididos demostraron ser sus peores enemigos.

Miles defendió ante Sheridan la idea de que los sacaran de allí: «Los 440 hombres, mujeres y niños que viven ahora en Fort Apache son, en teoría, prisioneros de guerra, a pesar de que no se les ha desarmado […] y de que disfrutan de mejores condiciones que nunca […] Los niños de hoy se convertirán en los Gerónimos del futuro». Entre aquellos que había enumerado Miles en su absurda afirmación se contaban el jefe Loco y los siempre sufridos chihenes. Miles sugirió reasentar a todos los chiricahuas cerca de las montañas Wichita, en el Territorio Indio, donde el «agua cristalina de las montañas, el clima y el terreno fértil les resultará agradable y beneficioso». [15]

Mientras tanto, volvió a intentar conseguir la rendición de

Naiche y de Gerónimo, con la precaución de ocultar esa opción de paz a los ojos de Sheridan. Miles quería «que los hombres que habían estado con Gerónimo» fueran a transmitir sus condiciones al campamento enemigo, de modo que envió a los guerreros Martine y Kayitah, que compartían familiares con Gerónimo. Les ofreció a cada uno de ellos 75 000 dólares y una buena granja en Fort Apache si tenían éxito, a pesar de lo cual, ellos llevaron a cabo la misión no tanto por sacar algún provecho sino para salvar a sus familias de algún daño mayor. Ninguno de ellos sabía lo que el general tenía preparado para los chiricahuas. **[16]**

Para dirigir esa delegación de paz, Miles necesitaba un oficial en el que Gerónimo confiara. El capitán Crawford estaba muerto y Britton Davis había renunciado a su puesto, de modo que solo quedaba el teniente Gatewood, que, en ese momento, estaba en una misión en Nuevo México. «El Jefe Pico (Beak Chief)» no gozaba de muy buena salud y no quería participar en lo que consideraba una «empresa descabellada», por lo que solo aceptó la tarea después de que Miles le ofreciera un futuro puesto de oficina.

El 18 de julio partieron Gatewood, Martine y Kayitah. Dos semanas y cuatrocientos ochenta kilómetros más tarde, encontraron a Lawton en Rio Aros. Ni Lawton ni el propio Gatewood confiaban en el plan de Miles. Gatewood, que sufría disentería y tenía la vesícula inflamada, que convertía el hecho de montar a caballo en una tortura, deseaba marcharse a casa y pidió a Wood que le firmara un certificado en el que constara que se encontraba indispuesto para trabajar y lo enviara de regreso a Fort Bowie, petición que el médico, que estaba agotado, rechazó. Lawton, por su parte quería disparar primero y hablar después. Martine y Kayitah expresaron su opinión acerca del plan de Miles cogiéndose una buena borrachera.

Lawton, que no tenía ni idea del paradero de Gerónimo, deambuló hacia el norte. Las raciones de comida sometidas a ese calor infernal se echaban a perder y los hombres adelgazaban hasta extremos peligrosos (el propio Lawton perdió dieciocho kilos durante la expedición). A medida que sus tropas se iban debilitando, Lawton se fue sintiendo más inclinado a la misión de paz de Gatewood. Al enterarse por una caravana mexicana de burros que se les cruzó en el camino de que Gerónimo había estado

en Fronteras, a tan solo ochenta kilómetros de la divisoria, Lawton ordenó a Gatewood que se adelantara rápidamente y que entablara contacto con él. Cuando Lawton llegó cuatro días más tarde y se encontró a Gatewood deambulando por Fronteras, la indignación le llevó a beber hasta quedar inconsciente, mientras que el capitán Wood, este sí, sobrio, ordenó a Gatewood, en tono perentorio, encontrar a Gerónimo y comenzar las negociaciones.

En la ranchería que daba al río Bavispe cobró fuerza la idea de la rendición. Los chiricahuas estaban exhaustos. El brutal y cada vez más competente Ejército mexicano los obsesionaba. Gerónimo y Naiche ansiaban ver a sus familias. Cuando Kayitah y Martine los encontraron, el 24 de agosto, los renegados se estaban recuperando de una borrachera de mezcal. Al verlos llegar a través de unos binoculares, Gerónimo, también agotado, dijo a sus hombres que los dispararan cuando estuvieran a tiro, pero tres guerreros sobrios plantaron cara a Gerónimo, algo que habría resultado impensable en los días de gloria del hombre-medicina y amenazaron con matar al primer hombre que obedeciera su orden y los emisarios transmitieron su mensaje sin que nadie los molestara.

A la mañana siguiente, Gerónimo y Gatewood se encontraron en un cañaveral junto al río. Naiche se quedó a un lado. Cerca, había guerreros armados sentados en cuclillas. Después de fumar y de comer algo, Gatewood transmitió las condiciones de Miles: «Si os rendís, os enviaremos con el resto de vuestro pueblo a Florida y allí quedaréis a la espera de la decisión del presidente de Estados Unidos. Aceptad estas condiciones o luchad hasta el final». Los chiricahuas recibieron el mensaje con miradas gélidas y Gatewood se preparó para lo peor. «Gerónimo se sentó en un tronco a mí lado, tan pegado que sentía su revólver de seis disparos en la cadera».

Gerónimo hizo un movimiento, no del arma, sino para extender las temblorosas manos y rogarle a Gatewood que le diera de beber. Tomó un trago y, tras relajarse la tensión, planteó sus propias condiciones: se entregarían, pero solo si los llevaban a la reserva y los eximían de todo castigo. Así había sido siempre y Gerónimo no veía por qué tenía que ser diferente en esta ocasión. (No se sabe por qué esperaba que el ejército fuera a confiar en él esta vez).

Gatewood se mantuvo firme. Gerónimo, exasperado, manifestó que estaba exigiendo demasiado a los chiricahuas para que dejaran su tierra a «una raza de intrusos». Estaban dispuestos a ceder todo menos la reserva. «Llevadnos a la reserva o luchad», fue el ultimátum de Gerónimo. Gatewood, como no sabía qué hacer, le mintió. «Les informé de que el resto de su gente (entre los que se encontraban la madre y la hija de Naiche) habían sido trasladados a Florida para unirse al grupo de Chihuahua».

Gerónimo se quedó abatido. Inundó a Gatewood con preguntas sobre el general Miles. ¿Qué tipo de hombre era? ¿Te mira a los ojos cuando habla? ¿Era cruel o bondadoso? ¿Mantendría sus promesas? ¿Tenía un gran corazón o carecía de él? Después de que Gatewood hiciera un retrato favorable de Miles, Gerónimo le interrumpió y dijo: «Debe de ser un buen hombre ya que el Gran Padre lo envió desde Washington y te envía a ti tan lejos para ocuparte de nosotros». Había una cosa más. «Necesitamos tu consejo. Imagínate que fueras uno de nosotros y no un hombre blanco. Recuerda todo lo que se ha dicho hoy y, como apache, ¿qué es lo que nos aconsejarías en estas circunstancias? ¿Deberíamos rendirnos o luchar?».

«Yo confiaría en el general Miles y le creería», respondió Gatewood. Con eso, concluyó el consejo por ese día.

Cuando, a la mañana siguiente, se reunieron las partes, Gerónimo se ofreció a encontrarse con Miles al otro lado de la frontera, en el cañón Esqueleto, cien kilómetros al sudeste de Fort Bowie, y discutir las condiciones siempre que Gatewood permaneciera con su grupo y que Lawton los acompañara a una distancia prudencial para mantener a raya a las unidades itinerantes del Ejército mexicano. Gatewood y Lawton estuvieron de acuerdo y el 28 de agosto los dos grupos a caballo partieron hacia el lugar propuesto para la cita. [17]

A finales de agosto, Miles tenía otros asuntos más apremiantes que un consejo de paz con Gerónimo. El presidente Cleveland había aceptado su propuesta de exiliar a los chiricahuas, pero rechazó el destino propuesto. Siete años antes, el Congreso había aprobado una ley en la que se prohibía el reasentamiento de los apaches en el Territorio Indio, y Cleveland se mostraba inflexible en que no se reasentara a ningún apache en ningún lugar al oeste del río Misuri.

Sheridan sugirió enviar a los hombres adultos para que se unieran al grupo de Chihuahua en Fort Marion, Florida, propuesta que Cleveland extendió para incluir a todo el pueblo chiricahua. Hay que decir en favor de Miles que protestó por la deportación a Florida; imploró a Sheridan que se impusiera ante la Administración para encontrar «algún lugar seguro fuera de Arizona que les pudiera resultar agradable». Pero el presidente fue inflexible. Se enviaría a todos los chiricahuas (incluidos los antiguos exploradores y sus familias) a Fort Marion como prisioneros de guerra sin más dilación. **[18]**

El domingo 29 de agosto de 1886 era el día de las raciones en Fort Apache. La noche anterior, los apaches White Mountain se habían emborrachado con *tiswin* y habían matado a uno de los suyos; aunque los chiricahuas no lo sabían, sus hostiles vecinos les habían culpado a ellos por el asesinato. Pero el día comenzó como cualquier otro día de reparto. Al mediodía, los chiricahuas se pusieron en fila para recibir los cupones del racionamiento semanal. Cinco exploradores chiricahuas mantenían el orden. Una compañía de infantería que estaba destinada en Fort Apache formó filas. Nada resultaba raro. Un grupo de exploradores White Mountain observaba, lo cual era extraño, pero no preocupante. A continuación, ocurrió algo que desconcertó a los chiricahuas: un antiguo explorador chiricahua vio cómo aparecía un destacamento de caballería «como si se dirigieran a algún lugar. Sin embargo, dio la vuelta y, uniéndose a la infantería y a los exploradores White Mountain, nos rodearon». Los soldados desarmaron a los cinco exploradores chiricahuas y, acto seguido, fueron despojando de los rifles al resto de los chiricahuas uno por uno. Nadie se resistió. El jefe al mando del puesto supervisó el desarme y manifestó a los chiricahuas que iban a ir a un buen terreno donde tendrían ganado más abundante y mejor.

A continuación, Miles se ocupó de Gerónimo. El 3 de septiembre, los contrincantes se encontraron en la entrada del cañón Esqueleto. Gatewood y Lawton se sentaron cerca, detrás de ellos. Naiche se hallaba en las colinas, a unos kilómetros de distancia, apenado por su hermano, que había regresado a México

para recuperar su poni favorito y, al parecer, había muerto. El general Miles repitió a Gerónimo lo que Gatewood le había prometido: que los enviarían a Florida y allí esperarían que el presidente de Estados Unidos tomara la última decisión. Gerónimo se dirigió a Gatewood, sonrió y habló en apache: «Bien, has dicho la verdad». Y, por una vez en su vida de mentiras, Gerónimo fue sincero. «Se dieron la mano y Gerónimo le dijo que él le acompañaría sin importar lo que hicieran los demás —recordó Gatewood—. Seguía al comandante allí donde iba, como si temiera que se pudiera marchar abandonando a sus cautivos».

Miles, por el contrario, quería expulsar rápido a Gerónimo y a Naiche de su departamento. El 6 de septiembre, por la mañana temprano, Miles, Gerónimo y Naiche partieron hacia Fort Bowie en la ambulancia del general, cubriendo los cien kilómetros en una sola jornada. Dos días después, el general Sheridan informó a Miles de que el presidente Cleveland había indicado que retuvieran a Gerónimo y a Naiche en Fort Bowie hasta que pudieran entregarlos a las autoridades territoriales, probablemente, para ser juzgados y condenados a la horca, pero Miles archivó el telegrama. Había llegado a un acuerdo con Gerónimo y Naiche, que se habían rendido como «los valientes ante los valientes». **[19]**

El 8 de septiembre, por la mañana, el contingente de Lawton cabalgó hacia Fort Bowie con el resto de los renegados. Los soldados los colocaron en fila en el patio de entrenamiento y les quitaron las armas; también a Martine y Kayitah. Puede que Miles hubiera prometido dar a los dos exploradores buenas armas y generosas recompensas, pero la Administración de Cleveland, que consideraba a todos los chiricahuas igual de peligrosos, recompensó su lealtad con el exilio. Montaron en carromatos a los amigables chiricahuas junto con Gerónimo, Naiche y sus seguidores, para el corto trayecto hasta la estación Bowie, donde aguardaba un tren especial para llevarlos al este. Cuando los carromatos empezaron a moverse hacia el este, la banda de Fort Bowie entonó *Auld Lang Syne*. A la una menos cinco de la tarde, el tren partió de la estación. Los chiricahuas nunca volverían a ver su tierra natal. La lucha por la Apachería, que había empezado en 1861, a tan solo trescientos sesenta metros de Fort Bowie cuando un estúpido joven teniente traicionó a Cochise, había terminado. En el cuarto de siglo de

conflicto que siguió, habían fenecido más de la mitad de los chiricahuas. [20]

A los participantes blancos con algún sentido de la justicia ese desenlace les pareció vergonzoso. «La rendición final de Gerónimo y su reducido grupo se consiguió solo gracias a los chiricahuas que permanecieron fieles al Gobierno. Por su lealtad los han recompensado del mismo modo, con la prisión en una tierra extraña —afirmó Crook—. No hay página más ignominiosa en la historia de nuestras relaciones con los indios americanos —aseveró el capitán Bourke—, que la que oculta la traición infligida contra los chiricahuas que confiaron en la lealtad de nuestro pueblo». [21]

Gerónimo vivió veintitrés años más después de su rendición. En 1893, el Gobierno reasentó al jefe indio y a los chiricahuas (aún prisioneros de guerra) en Fort Sill, en Oklahoma, hogar de la reserva Kiowa-Comanche. Les dieron parcelas de tierra para cultivar e iniciaron a los hombres en las técnicas de la industria ganadera. Gerónimo sufrió una especie de metamorfosis y se convirtió en un granjero modélico, sorprendiendo a su propio círculo creciente de amigos blancos como un «afable anciano». Comentó que, durante sus largos años en cautividad, había aprendido mucho de los blancos y que le parecían unas «personas muy pacíficas y amables». En sus últimos años, también disfrutó de la fama. Participaba con regularidad en ferias y festivales, incluida la Louisiana Purchase Exposition, celebrada en San Luis en 1904, donde, a la edad de setenta y cinco años, se inscribió en concursos de lacear el ganado y vendió fotografías suyas autografiadas. En 1905, Gerónimo marchó a caballo en el desfile inaugural del presidente Theodore Roosevelt y dictó su autobiografía, que, a pesar de la objeción del ejército, fue publicada con permiso de Roosevelt.

Aunque nunca perdió la fe en sus poderes, Gerónimo se convirtió al cristianismo, más para complementar que para suplantar sus creencias tradicionales apaches. «Desde que comenzó mi vida de prisionero empecé a escuchar las enseñanzas de la religión del hombre blanco, y, en muchos sentidos, pienso que es mejor que la religión de mis padres, aunque yo siempre he rezado, y creo que el Todopoderoso siempre me ha protegido».

La divina protección de Gerónimo llegó a su fin un frío día de febrero de 1909 cuando se dirigía a caballo, solo, hacia Lawton, en Oklahoma, para vender arcos y flechas. Con lo que obtuvo, el viejo hombre-medicina compró *whisky*, por el que no había perdido la afición, y, al anochecer, se puso de nuevo en marcha completamente borracho. Cuando ya casi estaba llegando, se cayó del caballo junto a un arroyo. A la mañana siguiente lo encontró un vecino, tumbado y medio sumergido en el agua helada. Cuatro días más tarde, a los setenta y nueve años, aquel hombre al que ninguna bala había conseguido matar, fallecía de neumonía en su lecho. **[22]**

CUARTA PARTE

CAPÍTULO 22

Visiones enfrentadas

Tres años antes del exilio apache chiricahua, en abril de 1883, finalizó el encarcelamiento de dos años del jefe Toro Sentado en Fort Randall, en el Territorio de Dakota. El Gobierno nunca explicó a Toro Sentado por qué lo habían encarcelado. Nunca se le juzgó ni se le condenó por crimen alguno. El Departamento de Guerra se limitó a llevarlo a un lugar apartado y a dejar que languideciera vigilado por el ejército, hasta que, por razones igual de ignotas, lo volvió a poner bajo control del Departamento del Interior. El 10 de mayo de 1883, Toro Sentado desembarcó de un barco de vapor del río Misuri en la agencia de Standing Rock. Se había convertido en aquello que tanto había despreciado: un indio de agencia.

Era su única opción. El Territorio Lakota libre y no acotado que dejó atrás cuando emprendió la ruta sagrada hacia la Tierra de la Abuela había dejado de existir, y el caballo de hierro había contribuido a acelerar su fin. Toro Sentado creía haberse enfrentado con éxito a las expediciones de reconocimiento a lo largo del río Yellowstone, pero lo que frenó el avance de la vía férrea fue la depresión provocada por el pánico de 1873, no la resistencia lakota. Cuando, al cabo de seis años, la nación resurgió de la depresión y el capital volvió a fluir libremente, se reanudaron las obras del ferrocarril Northern Pacific en el Territorio Dakota. Dado que los lakotas estaban o bien en Canadá o controlados por el Gobierno en la Gran Reserva Sioux, se continuó tendiendo las vías sin impedimento alguno, hacia el oeste, a través del Territorio de Montana y en las Montañas Rocosas. Al compás de las cuadrillas ferroviarias iban los cazadores de búfalos profesionales, ansiosos por saciar los mercados del este aún sedientos de pieles. La matanza fue tan rápida y prodigiosa en las llanuras del norte como lo había

sido en las del sur. En 1876, más de dos millones de búfalos cubrían los valles fluviales de Wyoming y Montana. Seis años más tarde, un ranchero que viajaba por las llanuras del norte afirmó que «no dejó de ver búfalos muertos y no vio ninguno vivo». En lugar del búfalo llegaron cientos de miles de cabezas de ganado. A mediados de la década de 1880, en el culmen de la bonanza de la carne de vaca, en el Territorio Lakota el número de cabezas de ganado en espacios abiertos superaba al número de búfalos que había habido anteriormente.

A pocas personas satisfizo tanto la transformación del Territorio Lakota como a William T. Sherman. Había consagrado la mitad de su carrera militar a pacificar las llanuras. En febrero de 1884, se retiró del ejército con la sensación del deber cumplido. Los indios, declaró en su último informe como general al mando, habían sido «prácticamente eliminados de los problemas del ejército». [1]

La estrategia de Sherman de apoyar a los constructores de las vías férreas con todos los recursos del ejército había sido un éxito. A los indios ya no les quedaba otro lugar que las reservas. Los ganaderos controlaban el antiguo Territorio Indio No Cedido. Reses de grandes cornamentas pastaban en el Llano Estacado, antaño bastión impenetrable de los comanches. Las ciudades mineras se sucedían sobre las cordilleras de las Montañas Rocosas, otrora morada de los utes y de los nez percés. Incluso la Sierra Madre, durante largo tiempo un lugar impenetrable, dejó de constituir un refugio seguro para los apaches.

El gran dilema era qué hacer con los indios vencidos. En la segunda mitad de la década de 1860 y en 1870, el objetivo del Gobierno había sido reunir a las tribus en reservas bien apartadas de las rutas de viaje terrestres y de los asentamientos blancos; si, a su vez, se conseguía «civilizar» a los indios, mucho mejor. En aquellos años, los esfuerzos de los reformadores filántropos del Este habían resultado esporádicos y descoordinados, pero, a principios de la década de 1880, surgieron numerosos grupos reformistas moralizadores, dedicados a alzar a los indios «de la oscura noche de la barbarie hasta la luminosa aurora de la civilización cristiana». De ese modo, los reformistas hicieron las veces de exterminadores culturales. Hubo pocos que vieran en la forma tradicional de vida de los indígenas algo digno de ser preservado. En su lugar,

impusieron la propiedad individual de la tierra y la educación del hombre blanco. La Madre Tierra era propiedad legítima de los hombres que la explotaban, y los reformistas pensaban que cuanto antes aprendieran eso los indios, más posibilidades tendrían de sobrevivir. Los reformistas también compartían con los ciudadanos del Oeste un interés crucial: querían que se redujeran las reservas al mínimo posible y que el resto del territorio indio se pusiera a disposición de los colonos. Por lo tanto, el movimiento reformista indio de 1880 tenía algo que ofrecer a todo el mundo (ya fueran filántropos, benefactores, inversores, pioneros, políticos o acaparadores de tierras); para todos, excepto, claro está, para los indios que querían permanecer fieles a sus tradiciones. [2]

Por supuesto, los reformadores no ofrecían nada nuevo. Desde el nacimiento de la República se habían planteado las mismas propuestas idealistas (al menos, a ojos de los blancos). Lo que había cambiado era la capacidad de los indios para evitar los impulsos evangelizadores. Ya no podían resistir más, ni encontrar un lugar en el que no hubiera blancos y al cual se pudieran retirar.

Ahora que, en apariencia, habían terminado las Guerras Indias, la mayoría de los reformadores no quería tener nada que ver con el ejército, ya que les parecía que ejercía una mala influencia sobre los indios. Esto no era más que puro esnobismo. En realidad, los oficiales veteranos del ejército no solo compartían los ideales de los reformadores, sino que también tenían un conocimiento más realista de los obstáculos para alcanzarlos. En su opinión, la traba principal residía en la incapacidad del Gobierno para cubrir las necesidades básicas de los indios de las reservas. «Ninguna raza —recordó el general Pope a los reformadores—, se encuentra en condiciones de beneficiarse de las lecciones de bondad y caridad impartidas por apóstoles bien alimentados, cuando ellos están padeciendo hambre y necesidades».

Muchos generales benévolos pensaban que el plan de los reformadores de convertir a los guerreros indios en granjeros era el mayor obstáculo para su aculturación. «También puedes coger a un indio de las llanuras y meterlo en una fábrica de relojes Elgin y esperar que se convierta en un buen trabajador», dijo el general Terry. «El primer paso para solucionar la cuestión india consiste en dar ganado a los indios y permitir que lleven una vida nómada, algo

que está estrechamente unido a su modo de vida natural». Pope, Miles y Mackenzie estaban de acuerdo con él. [3]

Con independencia de cuál fuera el mejor camino para integrar a los indios en la sociedad blanca, su deplorable situación no era algo que agradara a los oficiales veteranos. El coronel Henry B. Carrington, al cual había derrotado Nube Roja en la Ruta Bozeman de forma humillante, se detuvo a pensar sobre la triste situación de los indios mientras cargaba en los carromatos los cadáveres congelados y destrozados del combate de Fetterman. «En ese momento decisivo, cuando todo aquello que amaba estaba en peligro de inmolarse, o de sufrir una muerte lenta a mano de los pieles rojas, fui consciente de que si yo hubiera sido un piel roja, habría luchado con la misma furia, e incluso brutalidad, con la que lucharon los indios». Su padecimiento atormentaba a Carrington tanto como ver a sus hombres yacer muertos como leños. «Vi a personas de todas las edades y de ambos sexos, medio desnudos, a pesar de lo cual, se exponían con temeridad y vadeaban el río Platte mientras discurrían velozmente pedazos de hielo, y hacía una temperatura bajo cero, solo para coger del matadero de un puesto militar los últimos restos, nada más que vísceras, por nauseabundas que fueran, que pudieran usar en lugar de las valiosas presas que nuestra ocupación estaba alejando de sus lugares de caza». Carrington siempre recordó las palabras de un viejo jefe lakota contra el cual había luchado para abrir la Ruta Bozeman a los buscadores de oro blancos: «El hombre blanco lo quiere todo. Lo tendrá todo, pero el piel roja morirá donde murió su padre». [4]

Tras la campaña de 1868-1869, las culturas cheyene y arapaho habían cambiado de manera drástica. En ese momento, en la década de 1880, la vida en la reserva afectó a los lakotas de forma repentina y devastadora. Sin el búfalo, su economía tradicional se derrumbó. Los lakotas, que ya no podían intercambiar pieles por armas y munición, y mucho menos alimentarse, pasaron a depender por completo del subsidio del Gobierno. La restricción de las raciones se convirtió en un arma poderosa dentro del arsenal del agente.

❋

Cuando Toro Sentado llegó a la Gran Reserva Sioux en mayo de

1883, esta se hallaba ya sumida en seis mares de miseria, cada uno de los cuales giraba en torno a una agencia-isla independiente. Cinco años antes, el Gobierno había cerrado las agencias de Nube Roja y de Cola Moteada porque se hallaban fuera de los límites de la reserva. En ese momento, los siete mil trescientos oglalas de Nube Roja residían en la agencia de Pine Ridge, a ochenta kilómetros al sudeste de Black Hills, en el Territorio de Dakota. Los cuatro mil brulés superiores de Cola Moteada pertenecían a la agencia del Rosebud, ciento cincuenta kilómetros al este de Pine Ridge. Cerca de mil brulés inferiores vivían en su agencia al oeste del Misuri. Unos tres mil miniconjous, pies negros, sans arcs y dos calderas, estaban concentrados en torno a la agencia del río Cheyene. Al norte de estos, mil setecientos hunkpapas, pies negros y yanktonais superiores estaban inscritos en la agencia de Standing Rock. La población total lakota de las reservas se acercaba a los mil setecientos habitantes, de los que casi la mitad habían sido etiquetados como hostiles entre 1876 y 1881.

Sin la guerra y sin sus incursiones, los hombres lakotas perdieron su modo de alcanzar prestigio y estatus. Las sociedades guerreras disminuyeron en miembros a la par que en sentido. La Oficina India llenó el vacío con la policía india. Los policías, uniformados y asalariados, muy leales al Gobierno y, a menudo, convertidos al cristianismo, pasaron a ser los *akicitas* del agente. Aunque los lakotas hubieran tenido los medios para escapar, no tenían adónde ir. A mitad de la década, la población blanca del Territorio de Dakota había ascendido a 500 000 personas. Había vaqueros bien armados y totalmente capaces de defenderse que recorrían el territorio de forma más concienzuda que las patrullas de la caballería. En resumen, la Gran Reserva Sioux se había convertido en un laboratorio cerrado de ingeniería social.

En 1881, anticipándose a los reformadores, el comisionado de Asuntos Indios estableció lo que sería la forma de actuar del Gobierno durante una década, cuando pronunció en el Congreso: «Domesticar a los indios salvajes es una noble tarea, la corona de gloria de cualquier nación. En cambio, permitirles que sigan con sus antiguas supersticiones, su holgazanería e inmundicia, cuando tenemos el poder de hacerlos ascender en la escala de la humanidad, sería una eterna desgracia para nuestro Gobierno». Por

lo tanto, el principal deber de un agente indio era «inducir a su indio a trabajar en tareas civilizadas». Se instruía a los agentes para que extirparan «las costumbres bárbaras e inmorales», que incluían matrimonios con diversas esposas, «elaboraciones de medicina» paganas y ceremonias tradicionales, en especial la Danza del Sol. Eliminar esta danza de la religión de los indios de las llanuras era como vetar a Cristo en las iglesias cristianas. Con su prohibición (la última Danza del Sol se celebró en 1883) se deshizo la urdimbre social y religiosa de la sociedad. [5]

Sin embargo, la efectividad de las medidas gubernamentales dependía, sobre todo, de los agentes que debían ejecutarlas. Y en 1880 visitaron a los lakotas dos de los más enérgicos de la historia de la Oficina India, James McLaughlin, en Standing Rock; y Valentine McGillycuddy, en Pine Ridge, un antiguo herrero casado con una mujer mestiza y que era exactamente igual a Toro Sentado en cuanto a carácter, integridad y firmeza de ideas. Con su habilidad para «manejar» a los indios (es decir, para enfrentar a una facción contra otra) se había ganado a dos de los antiguos tenientes más influyentes de Toro Sentado, los jefes guerreros Agalla y Rey Cuervo. Ambos eran, en ese momento, «progresistas», título que los agentes daban a los jefes que cooperaban con los programas del Gobierno. En cuanto a Toro Sentado, McLaughlin lo calificó como un jefe reaccionario o «antiprogresista» con el que había que acabar.

McLaughlin no hacía justicia al santón lakota. A Toro Sentado le molestaba su falta de respeto y defendía a su pueblo, pero no se oponía de forma tajante al cambio. Lo que sobre todo quería Toro Sentado tras ser liberado de la custodia del Gobierno era actuar por su cuenta en esos tiempos confusos. Por otra parte, en Pine Ridge, el jefe Nube Roja discutió con furia con el agente McGillycuddy, el antiguo médico del ejército que había atendido al moribundo Caballo Loco. McGillycuddy, que era muy competente pero de carácter irascible, respetaba a Nube Roja como «uno de los más grandes, si no el jefe guerrero más grande de su pueblo, [el cual] nunca olvidó el amor a su gente». Pero «el tipo era un reaccionario consumado y durante siete años estuvimos en guerra constante». El orgullo herido tuvo algo que ver, ya que a Nube Roja le molestaba que el Gran Padre hubiera impuesto a un simple «muchacho» como

agente. (McGillycuddy solo tenía treinta años cuando fue a Pine Ridge).

Al jefe Cola Moteada le resultaba todo bastante entretenido. En otoño de 1879, poco después del nombramiento del agente, visitó a McGillycuddy de buen humor. «Éramos viejos conocidos —recordó el agente—, y había oído hablar de las innovaciones en Pine Ridge y de que yo había organizado a la policía para contrarrestar a Nube Roja y a los grupos de soldados. Al marcharse dijo: "Hermano Nube Roja, ya puedes tener cuidado porque ese muchacho que te ha enviado el Gran Padre acabará contigo antes de que te des cuenta"».

Nube Roja bandeó el periodo en el que McGillycuddy estuvo allí, pero, sin embargo, Cola Moteada murió asesinado dos años después de advertir al anciano jefe que tuviera cuidado. Su asesino fue Perro Cuervo, un miembro de una camarilla brulé dispuesta a poner a uno de los suyos como jefe principal. Los autoproclamados herederos a la jefatura se pelearon y urdieron intrigas, pero ninguno poseía el carácter ni el carisma suficiente como para suceder al asesinado Cola Moteada. Muchos lakotas lo habían acusado de ser un títere del Gobierno, algo que, sin duda, no era. Cola Moteada había optado por el pragmatismo y dedicó treinta años de su vida a preservar lo que pudo de la cultura lakota mientras encaminaba a su pueblo a la inevitable dominación blanca en las condiciones más favorables posibles. A su muerte, los brulés se disolvieron como tribu. [6]

Los brulés, y en realidad todos los lakotas, iban a hundirse aún más. El 8 de febrero de 1887, los reformistas del Este y los promotores de tierras del Oeste celebraron una victoria decisiva. Ese día, el presidente Grover Cleveland aprobó la Ley de Asignaciones Generales (conocida también como Ley Dawes), que puso a disposición de los colonos inmensas extensiones de tierra de las reservas indias. Fue impulsada por el senador Henry L. Dawes, que compartía la noción de la asimilación india de los reformistas. La legislación autorizaba al presidente a inspeccionar las reservas y a asignar a los indios, con carácter de propiedad individual, parcelas de tierra de la reserva adecuada para el cultivo o el pastoreo, tras lo cual el Gobierno podía negociar con ellos la compra de la superficie

que les sobrara. En otras palabras, la Ley Dawes ofrecía el marco legal para desmantelar los tratados.

Los promotores del Territorio de Dakota se las arreglaron para hacer llegar al Congreso una propuesta para que se aplicara la Ley Dawes en la Gran Reserva Sioux, con una salvedad importante. La Ley Sioux de 1888 permitía negociar para conseguir tierras extra antes de que se realizaran inspecciones y de que se asignara la tierra a los indios. De esta manera, los potenciales colonos de Dakota obtendrían 3 600 000 hectáreas, más o menos la mitad de la Gran Reserva Sioux. El capitán Richard Pratt, fundador de la Carlisle Indian Industrial School, de Pensilvania, llevó a una delegación al oeste para negociar la compra. Elegir a Pratt no resultó una decisión acertada, ya que su internado era el modelo de los reformadores para americanizar a los jóvenes indios. Las familias indias desconocían el castigo corporal, pero Pratt no renunció a extirpar a palos el comportamiento nativo de sus estudiantes, ni tampoco se contuvo a la hora de intimidar a las familias de los indios de las llanuras para que les entregaran a sus hijos enviándolos a esa escuela lejana. Los lakotas, lógicamente, lo despreciaban y los jefes lo enviaron de vuelta a Washington con las manos vacías. [7]

Estaba claro que así no se llegaría a nada. En los márgenes de la reserva habían proliferado endebles «chamizos», y algunos se habían ido filtrando en tierra lakota. En marzo de 1889 el presidente Benjamin Harrison nombró una nueva comisión para acelerar la adquisición de terreno sobrante. Se edulcoró con algunos aspectos, tales como el aumento del precio de compra de 0,5 céntimos a 1, 25 dólares por acre (1 acre = 4046,86 m^2). Asimismo, el Congreso aceptó que todo acuerdo debía estar ratificado por tres cuartas partes de los hombres adultos, tal como exigía el Tratado de Fort Laramie de 1868. El proyecto era sencillo: las agencias existentes tenían que convertirse en reservas autónomas, en algunos casos, separadas físicamente por la tierra cedida al Gobierno. De ese modo, la agencia de Pine Ridge, de la Gran Reserva Sioux, se convertiría en la reserva de Pine Ridge, la agencia del Rosebud en la reserva del Rosebud, etc.

El general Crook lideró la comisión de tres hombres, pero se enfrentó a una fuerte oposición de los jefes. Nube Roja condenó las

«palabras dulces» de los comisionados y se opuso rotunda y abiertamente a la cesión. Toro Sentado, por su parte, trabajó con discreción a través de intermediarios para hacer fracasar la venta, basándose en que el Gobierno incumpliría su promesa. Crook, en cambio, no estaba interesado en las objeciones lakotas. Les mostró sin ambages la triste realidad de que nunca obtendrían unas condiciones mejores que las que les estaban ofreciendo en ese momento. Dijo a los jefes: «Me parece que os halláis en la posición de aquel que tiene sus pertenencias en el lecho de un arroyo seco, mientras se va aproximando una riada, y creo que, en vez de culpar al Creador por enviaros esa riada, debéis intentar salvar todo lo que podáis. Además, cuando no podéis escoger lo que preferís, lo mejor que podéis hacer es escoger lo mejor para vosotros». [8]

Crook quería salvar a los lakotas de ellos mismos, pero utilizaba métodos cuestionables. Al cabo de tres meses de engatusamiento, sobornos y de aprovechar las rivalidades entre facciones, logró la mayoría de tres cuartos que necesitaba para la ratificación lakota. Antes de firmar el acuerdo de cesión de tierra en junio de 1889, los lakotas progresistas obtuvieron de Crook la promesa de que no se interrumpirían las raciones a corto plazo; la intención del Gobierno de hacer a los indios autosuficientes y abolir al final las raciones era un secreto a voces en la reserva. Sin embargo, en cuanto la comisión concluyó su tarea, llegaron órdenes de disminuir las raciones de carne de vaca en la agencia del Rosebud en 900 000 kilos y en las otras agencias en cantidades proporcionales. La merma de las raciones fue consecuencia de una inoportuna medida de ahorro del Congreso y Crook no podía enmendar el error.

Nunca había habido mayor necesidad de raciones. Al finalizar los tres meses de negociaciones, los lakotas regresaron a su hogar para descubrir que sus cosechas desatendidas se habían agostado o habían sido pisoteadas y que los cuatreros blancos y los ladrones de caballos les habían robado gran parte de su ganado y de sus manadas de ponis. A continuación llegó la sequía para secar los arroyos y destruir las pocas cosechas que quedaban. Los lakotas, en vez de unirse tras la traición gubernamental, se sumieron en mayores desavenencias. Los tradicionalistas se burlaron de aquellos que habían firmado el acuerdo llamándolos «ingenuos y estúpidos»; los chicos llevaron el enfrentamiento de sus padres a las escuelas de

la agencia y las pendencias devinieron en algo común. [9]

El invierno de 1889-1890 fue muy duro. Las familias intentaban, a duras penas, tener las ollas llenas. Las epidemias de sarampión, tosferina y gripe arrasaron las reservas, matando a los niños malnutridos, a los enfermos y a los ancianos. La ociosidad y la preocupación convirtieron a los otrora orgullosos guerreros en abyectos alcohólicos. El joven hombre-medicina Alce Negro, al contemplar el sombrío paisaje de pequeñas cabañas grises y campos desolados, se entristeció. «La gente me parecía pesada, pesada y oscura; tan pesada como si no los pudieras levantar, tan oscuros que no se podían volver a mirar. Ahora, el hambre estaba entre nosotros. Había muchas mentiras, pero no nos las podíamos comer». [10]

Entonces, se produjo el definitivo acto de mala fe y por parte del mismísimo Gran Padre. En febrero de 1890, con el débil pretexto de que el acuerdo de la Comisión para la Tierra Sioux no había sido vinculante, el presidente Harrison abrió al asentamiento las tierras de la reserva cedidas. No se habían llevado a cabo inspecciones para establecer los límites, ni tampoco habían dado a los muchos lakotas que vivían en la tierra cedida parcelas de terreno en las reservas reducidas. De hecho, ningún lakota sabía qué terreno era suyo y qué terreno no. Tal como dijo un misionero: «Era como si la misma tierra se estuviera desmoronando bajo sus pies». Y entonces, el 21 de marzo, los lakotas perdieron a un poderoso defensor cuando murió George Crook a los cincuenta y nueve años de un fuerte ataque al corazón. Había estado dedicado a su rutina matutina de levantamiento de pesas en su cuartel general en Chicago, cuando sus tres décadas de duro servicio fronterizo le pasaron factura. Al oír las noticias, los lakotas lloraron. Nube Roja dijo al misionero católico de Pine Ridge: «Entonces llegó el general Crook […] Prometió ocuparse de que se cumplieran sus promesas. Al menos él nunca nos había mentido. Firmaron. Esperaron. El murió. Su esperanza murió con él. De nuevo la desesperación». [11]

Pero algo misterioso se estaba gestando. A principios de 1889, los lakotas conocieron vagos rumores de que más allá de las Montañas Rocosas había llegado a la tierra un mesías para liberar a

todos los indios del yugo del hombre blanco. Cuando se produjo la reducción de las raciones, los jefes oglalas enviaron al Noroeste del Pacífico una delegación para mantener un encuentro con el mesías. «No había esperanza en la tierra —se lamentó Nube Roja—, y Dios parecía habernos olvidado». Quizá algo había inducido al Gran Espíritu a recordar.

En marzo de 1890, la delegación lakota regresó con noticias sorprendentes. Habían visto al mesías descender del cielo. Era el hijo del Gran Espíritu enviado a la tierra para liberar a los indios de sus pecados y ofrecerles un paraíso terrenal libre de blancos, a los que eliminaría de la faz de la tierra. Todo eso ocurriría en la primavera de 1891.

Para que ocurriera el gran suceso apocalíptico, prometieron los discípulos lakotas, los creyentes debían celebran un ritual sagrado que les había enseñado el mesías. Se llamaba la Danza de los Espíritus. El que tuviera profunda fe «moriría» durante la danza y podría vislumbrar el mundo futuro. Mientras vistieran la ropa sagrada llamada Camisas de los Espíritus, los devotos no tendrían nada que temer. «Si los sumos sacerdotes hacían camisas [de los espíritus] para los danzantes y rezaban sobre ellas, al portador no le podía ocurrir ningún mal —les aseguró un discípulo, y añadió—; las balas de cualquier blanco que quisiera interrumpir la danza caerían al suelo sin hacerles daño alguno y la persona que hubiera disparado se desplomaría muerta».

Era un credo atractivo. Una danza hacia la inmortalidad en un paraíso terrenal, una muerte violenta a cualquier blanco que se atreviera a interferir y a todos los blancos en la hora designada. Solo había un problema. Aunque los lakotas de la reserva no lo sabían, esto no era lo que el mesías había enseñado. **[12]**

El nombre terrenal del mesías era Wovoka, o Jack Wilson para sus amigos blancos, con los que contaba en abundancia. Wovoka era un hombremedicina paiute de treinta y cinco años, amable y de temperamento tranquilo. Vestía con ropa de hombre blanco y trabajaba para un ranchero de Nevada del cual aprendió inglés y una embrollada versión de la teología cristiana. A principios de 1889, durante un eclipse solar, tuvo una visión. Se encontraba muy

enfermo y, en su estado febril, sintió cómo ascendía al cielo. Allí, Dios le dio la Buena Nueva. Jesús, al que los blancos habían matado, había regresado a la Tierra para inaugurar el milenio indio. Los blancos desaparecerían, pero no de forma violenta. Cuando llegara la primavera de 1891, el Gran Espíritu los enviaría de regreso al lugar del que habían venido. Hasta entonces, dijo Wovoka a sus discípulos, deberían celebrar la Danza de los Espíritus con fe y mantener buenas relaciones con los blancos. Los arapahoes y los shoshones fueron los primeros en llevar las palabras de Wovoka más allá del territorio paiute. En cuestión de meses, o quizá semanas, su mensaje se extendió a todas las tribus del Oeste americano. En todas las reservas se realizaron Danzas de los Espíritus de modo pacífico, tal como había querido Wovoka. No obstante, para los emisarios lakota, la ira provocada por las cesiones de tierra y la reducción de las raciones era demasiado intensa como para aceptar una doctrina totalmente pacífica, de modo que añadieron sus propios toques militantes y crearon una herejía potencialmente explosiva. **[13]**

Era la herejía de una fantasía milenarista que, ni siquiera en su manifestación pacífica, podía hacer ningún bien a los indios: una falsa esperanza que, al igual que un narcótico, paliaba el dolor desgarrador causado por la desintegración cultural. Para unos hombres tan desolados, las promesas de un profeta suponían una cautivadora tentación. A lo largo de la historia, cuando las condiciones temporales se han vuelto insoportables han requerido soluciones espirituales. Sorprendentemente, teniendo en cuenta las circunstancias, al principio pocos lakotas abrazaron la religión de la Danza de los Espíritus, o la «moda del Mesías», tal como los gobernantes denominaron al fenómeno teosófico. Los progresistas despreciaron la nueva fe por considerarla una completa estupidez. Los tradicionalistas se mostraban receptivos, pero eran escépticos. Nube Roja evitaba pronunciarse. Si la nueva fe era real, dijo al agente Pine Ridge, «se extendería por todo el mundo». Si era falsa, «se fundiría como la nieve bajo el sol ardiente». **[14]**

Llegó el verano. Los calurosos vientos abrasaron la pradera. Las cosechas se agostaron. Incluso languideció la hierba de las montañas. Los cientos de colonos blancos que vivían en las proximidades de la reserva abandonaron sus ranchos y se dirigieron

al este, pero los lakotas no tenían adónde ir y tuvieron que afrontar los padecimientos. La tierra ardiente se convirtió en un terreno fértil para la nueva fe y el hambre alimentó su crecimiento. Valentine Mc Gillycuddy, que había dejado Pine Ridge tres años antes, simpatizó con los lakotas: «La danza y sus ceremonias eran como el rumor de un banquete para un hombre hambriento. Si esas personas hubieran estado bien alimentadas, no se habría oído nunca hablar de la Danza de los Espíritus […] La oración de la danza era para demandar comida para ellos mismos, para sus mujeres y para sus hijos; rogaban una ayuda del más allá, ya que todo lo demás les habían fallado».

O, tal como dijo el jefe oglala Gran Camino: «Los blancos rezan porque quieren ir al Cielo. Los indios también querían ir al Cielo, así que rezaban, y también rezaban para tener comida suficiente para estar fuera del cielo hasta que les llegara el momento de ir allí». [15]

En la reserva del río Cheyene, las raciones eran irregulares y siempre escasas. En la agencia del Rosebud los brulés hambrientos rogaban que les dieran «los restos del matadero y de las cocinas de la compañía». Los jefes progresistas imploraban a sus agentes: «Dadnos lo que nos habéis prometido», diciendo que si lo hacían, desaparecería el movimiento de la Danza de los Espíritus. Los blancos de la vecindad estaban de acuerdo. Un editor de Nebraska afirmó que la Danza de los Espíritus era la consecuencia de la «mala fe de parte del Gobierno, las malas raciones y su escasez». Pero el Congreso titubeó. Dado que no se había renovado la financiación, la autoridad de la Oficina India para alimentar a los indios finalizaría el 1 de octubre de 1890. Sin embargo, hasta finales de agosto, el Congreso no aprobó la Ley de Presupuestos Indios para 1891, demasiado tarde para que las raciones suplementarias y la mayoría de los bienes de las anualidades llegaran a los indios antes del invierno.

En otoño, la Danza de los Espíritus estaba en pleno apogeo. Su centro espiritual lo constituía la reserva de Pine Ridge. Los cheyenes del norte de Pine Ridge rechazaron la fe, pero cerca del cuarenta por ciento de los oglalas se convirtió. En la reserva del Rosebud, uno de cada tres brulés eran fervientes danzantes; en la del río Cheyene, uno de cada cinco lakotas era practicante. El principal

apóstol lakota de la religión era el guerrero oglala Oso Coceador (Kicking Bear), primo de Caballo Loco, y el hombre-medicina brulé Toro Menudo. Ambos tenían unos cuarenta y cinco años y habían sido delegados de Wovoka. Fueron ellos los que distorsionaron las enseñanzas del mesías.

Todos los lakotas tenían buenas razones para abrazar la fe, pero la mayoría de sus practicantes era tradicionalista, los llamados antiprogresistas de los grupos de Caballo Loco y Toro Sentado, que habían sido de los últimos en rendirse. Bajo la mano firme de los jefes oglala Caballo Americano y Joven Temeroso de sus Caballos de Pine Ridge y del jefe de guerra hunkpapa, Agalla, de Standing Rock, los progresistas, en su mayoría, rehuyeron la Danza de los Espíritus. Lo que Wovoka había pretendido que fuera una religión unificadora panindia, agrandó el cisma entre los lakotas. **[16]**

Aunque asomaba el frío del otoño, la Danza de los Espíritus continuaba al rojo vivo. Día tras día, los devotos de todas las edades y de ambos sexos bailaban y cantaban con fervor esperando inducir el trance que transportaría sus espíritus por un tiempo al otro lado, donde encontrarían a sus amigos y a sus familiares fallecidos y, quizá, al propio mesías, y donde podrían vislumbrar la prosperidad que estaba por llegar.

Para los no iniciados, la Danza de los Espíritus era un espectáculo terrorífico. Los danzantes caían derrumbados por el suelo, desperdigados en una especie de *rigor mortis*; otros echaban espuma por la boca o gritaban enloquecidos. Todos estaban bañados en sudor. Entre los blancos, la empatía hacia el sufrimiento de los lakotas dio paso al terror a que se produjera un sangriento estallido indio. Desde los ranchos y las granjas que rodeaban la reserva se inició un éxodo, los refugiados se apresuraron, azuzados por las especulaciones de los periódicos que decían que «los indios celebran su salvaje danza de la muerte con un Winchester en la mano y con (mala) sangre en el corazón». Se rumoreaba que los lakotas estaban comprando toda la munición de los colmados de la región. Los editores más lúcidos intentaron restablecer la calma, indicando que los danzantes no habían hecho daño a nadie y que, aparte de robar ocasionalmente una oveja o alguna res, se habían mantenido alejados de los blancos. Pero, en realidad, el nerviosismo estaba aumentando entre los danzantes lakotas. Cuando el agente de

Rosebud intentó impedir que mataran al ganado que criaban en la reserva, los hombres le dijeron que antes estaban dispuestos a morir luchando que de hambre; además, no tenían nada que temer, pues cuando llegara la fecha esperada, resucitarían. [17]

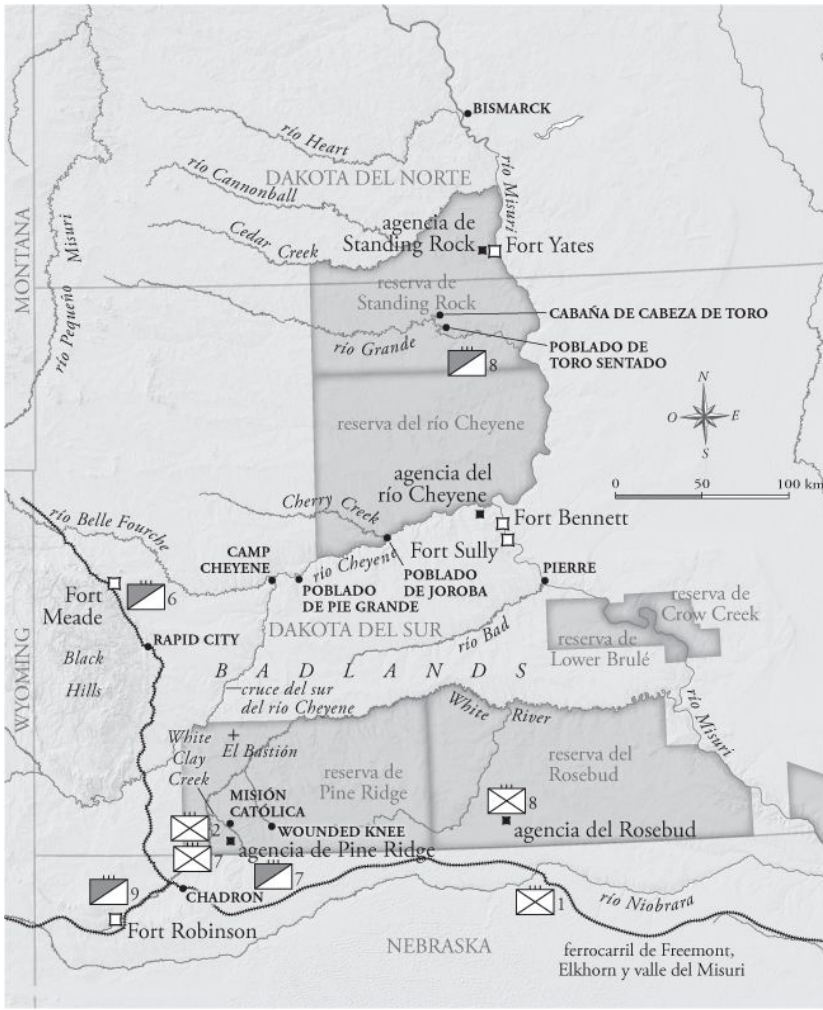
Y, si se creía a Toro Menudo, era algo que iba a ocurrir antes de lo esperado. Para impedir que los blancos se inmiscuyeran, aseguró a los danzantes que él mismo adelantaría el milenio a una fecha no especificada, quizá tan pronto como la siguiente luna llena. Y si aparecían los soldados, los danzantes no debían preocuparse. «No les prestéis atención —ordenó en una reunión cerca de Pine Ridge el 30 de octubre—. Seguid bailando. Si los soldados os rodean por todas partes, tres de vosotros sobre los que he puesto las camisas [de los espíritus] entonarán las canciones que os he enseñado y algunos de ellos caerán muertos y, acto seguido, el resto empezará a correr, pero sus caballos se hundirán en la tierra». Un oficial del ejército informó del discurso de Toro Menudo y los periódicos locales lo publicaron. Algunos interpretaron sus palabras como una llamada a la guerra, a pesar de que no lo era. Pero su tono hostil hizó que aumentara el temor entre los habitantes de Dakota. [18]

La tragedia de Nathan C. Meeker y de los utes debía haber dejado completamente claro el grave daño que un agente indio no preparado podía infligir a los indios y al ejército. Pero nada había cambiado. Trece años después del fracaso del río Milk, las designaciones de los agentes se seguían haciendo a dedo. Un senador de Dakota del Sur reclamó Pine Ridge y consiguió que se nombrara como agente a Daniel F. Royer, de treinta y seis años, médico, periodista, banquero, delegado territorial durante dos mandatos, farmacéutico y, con bastante probabilidad, adicto a los narcóticos. No solo es que careciese de experiencia válida, sino que la mera visión de los indios lo inquietaba. Los oglalas, que captaron al vuelo su carácter, lo llamaron Joven Temeroso de los Indios (Young Man Afraid of Indians). El 12 de octubre, tan solo cuatro días después de incorporarse a su cargo, Royer comunicó a la Oficina India que quizá se necesitarían soldados para mantener el orden.

El nuevo jefe al mando de la División Militar del Misuri no

compartía en absoluto el alarmismo de Royer. La muerte del general Crook había otorgado a Nelson A. Miles una segunda estrella y la labor más importante del Oeste. A finales de octubre, una visita a Pine Ridge le convenció de que la moda del mesías se desvanecería por sí sola. No obstante, advirtió a los oglalas de que si causaban problemas, «los molería a palos». Pero los danzantes de los espíritus se burlaron de su amenaza. ¿Acaso no había prometido Toro Menudo que el mesías llegaría pronto y borraría del mapa a Abrigo de Oso y a todos sus soldados? A Royer le hicieron aún menos caso. Cuando más adelante el timorato agente pidió a los líderes de la Danza de los Espíritu que dejaran de celebrarla, «se limitaron a reírse y a decir que seguirían bailando mientras les diera la gana». **[19]**

El 10 de noviembre, día de las raciones, el último vestigio de autoridad de Royer se derrumbó al ordenar que arrestaran a un danzante de los espíritus por matar a un cabestro, desobedeciendo las normas de la agencia. Cuando la policía de la agencia se dispuso a arrestarlo, los danzantes los rodearon. Entre la multitud surgieron gritos que pedían que se matara a los policías. El jefe Caballo Americano los reprendió por amenazar a «su propia raza» e impidió de ese modo que se produjera un derramamiento de sangre. Royer, aterrorizado, se retiró a su oficina y comenzó a bombardear a la Oficina India con telegramas para exigir que enviaran soldados para proteger a los empleados de la agencia de esos «danzantes dementes». Por lo que a él se refería, quería abandonar su puesto. Dada la delicadeza de la situación, comunicó a la Oficina India, exigía informar a los oficiales de Washington en persona; el comisionado temporal le respondió que permaneciera en su puesto y que cumpliera con su deber.



Reservas lakotas y despliegue del ejército, noviembre-diciembre de 1890. Consultar la leyenda en el mapa del **Capítulo 2**.

Royer, sin que lo supiera la Oficina India, había hecho público su caso, comunicando a la prensa local que los danzantes de los espíritus contaban con mucha munición, lo cual no era cierto, y que planeaban utilizarla. «Lo único que los detendrá ahora —insistió—, es un derramamiento de sangre». Pero su alarmismo estaba injustificado. Era cierto que la situación tanto en Pine Ridge como en Rosebud era tensa e inestable, y algunos de los danzantes de los espíritus sí se habían vuelto más revoltosos, pero no había ninguna

prueba fehaciente de que algún líder estuviera pensando en actuar con violencia. Si lo que Royer pretendía era infundir en los círculos oficiales el miedo suficiente para inducir a Washington a actuar, lo consiguió. El 13 de noviembre, el presidente Harrison ordenó al secretario de Guerra «que se encargara de la represión de cualquier estallido potencial y que tomara todas las medidas necesarias para esa tarea».

Dos días más tarde, Royer realizó una última y frenética llamada e informó de que los indios «estaban bailando en medio de la nieve de modo salvaje y enloquecido». Eso hizo que el general Miles se viera obligado a actuar. Envió mil doscientos soldados a Pine Ridge y otros trescientos a la agencia del Rosebud. El jefe al mando del Departamento del Platte, el general de brigada John R. Brooke, un puntilloso oficial al que sobraban buenas intenciones, pero al cual le faltaba experiencia con los indios, asumió el mando de las operaciones y estableció el centro de operaciones en la oficina vacante de Royes, ya que el agente había abandonado su puesto y se había llevado a su familia a la ciudad más cercana.

El general Miles pretendía ser cauteloso, al igual que el general al mando del ejército, John M. Schofield. Según la opinión de este, «por el momento no se debería molestar a los danzantes, ni se debía hacer nada que condujera a una crisis». Pero en caso de que Miles viera necesario «moler a palos» a los danzantes fantasmas, tal como había amenazado, en Pine Ridge contaba con un regimiento que conocía bien el modo de lucha de los lakotas: el 7.º de Caballería. **[20]**

La aparición del ejército en la reserva de Pine Ridge obligó a Nube Roja a tomar partido y se puso del lado del Gobierno. «Esos indios están locos —dijo de los danzantes de los espíritus—. Creo que con el invierno se les pasará. En cualquier caso, para primavera todo habrá acabado. No creo que haya ningún problema». No había contemplado la danza porque había perdido mucha visión y sus ojos estaban irritados. «Cuando me recupere, iré a verla e intentaré detener su celebración», aseguró a los periodistas que habían ido de visita. Era bastante improbable que Nube Roja lo consiguiera. Convenció a su hijo Jack Nube Roja de que abandonara la danza,

pero el jefe de sesenta y ocho años estaba ya demasiado débil para enfrentarse siquiera a la presencia militar. «Cuando negociamos nuestro tratado se prometió que no habría tropas en la reserva —dijo—. A pesar de eso, ahí están, y supongo que es correcto». [21]

No era correcto. Ningún soldado había pisado nunca una reserva lakota y su llegada desató el pánico. Los danzantes de los espíritus brulés, encabezados por Toro Menudo y por Oso Coceador, abandonaron la reserva del Rosebud para llevar a cabo su ritual sin que los molestara nadie. Los no creyentes también huyeron. Dos grupos tradicionalistas de Dos Ataques (Two Strike) y de Perro Cuervo se unieron a los danzantes para evitar que el ejército los capturara en una redada. En total, abandonaron la reserva cerca de dos mil brulés. Dado que solo quedaron en la agencia unos cuantos cientos de «progresistas», los ocupantes del ejército resolvieron que la agencia estaba tranquila y que no había demasiado que hacer.

Los brulés que habían escapado albergaban la esperanza de refugiarse en Pine Ridge, pero, al enterarse de que el ejército también estaba allí, se dirigieron al norte, hacia las Badlands. A lo largo del camino, arrasaron las casas deshabitadas y robaron las propiedades abandonadas por los lakotas progresistas que se dirigían en masa a las agencias en busca de protección. Una vez en las Badlands, los brulés levantaron su poblado en un rincón casi inaccesible de una gran meseta cubierta de hierba. El ejército denominó al inhóspito lugar el Bastión. A finales de noviembre, varios cientos de oglalas danzantes de los espíritus y dos mil lakotas progresistas, ante el temor de que el ejército les quitara las armas y los caballos, se unieron a los brulés. El 1 de diciembre ocupaban la meseta casi cuatro mil lakotas. Constituía la mayor concentración de indios de las llanuras del norte que había existido fuera de una reserva desde Little Bighorn. [22]

Ni el general Brooke en Pine Ridge ni el general Miles en Chicago deseaban provocar un enfrentamiento. Al tiempo que Brooke enviaba emisarios de paz para conseguir que los lakotas abandonasen las Badlands, Miles comenzó a reunir las fuerzas necesarias para rodear las reservas e intimidar a los indios para obligarles a la rendición. Tanto Miles como Brooke se compadecieron de los lakotas. «Desde que vine aquí, se me han abierto los ojos de par en par —dijo el general Brooke en tono

recriminatorio—. Muy poco, muy poco, rotundamente muy poco. Me da igual que sean indios, o lo que sean. La gente no puede estar satisfecha, contenta, ni nada, si no tienen comida suficiente y el Gobierno se va a enterar dentro de muy poco». [23]

Así fue. El 28 de noviembre, el general Miles fue a Washington para exponer ante la Administración de Harrison y el Congreso la cruda realidad: los indios necesitaban comida de inmediato; de lo contrario, era inevitable que se desatara una guerra. Insistió con obstinación al secretario de Guerra para que comprara raciones adicionales con el presupuesto del ejército y al secretario de Interior para que utilizara los fondos discrecionales para llevar de forma temporal las raciones al nivel del tratado de 1889. También le entregó su propia lista de demandas. Siguiendo al pie de la letra una página del manual de estrategia de Sheridan de la Gran Guerra Sioux, Miles exigió el control del ejército sobre la «policía y la administración» de las agencias lakotas, permiso para convocar a las tropas de todo el país si era necesario y autoridad para arrestar y destituir a los «líderes y organizadores principales» de la Danza de los Espíritus. Miles obtuvo todo lo que pidió y, al cabo de dos semanas, acordonó las reservas con ocho regimientos que sumaban, en total, casi cinco mil hombres, un cuarto de las fuerzas armadas de Estados Unidos, algunos de los cuales llegaron allí rápidamente en tren desde lugares tan lejanos como San Francisco.

A los detractores de Miles les pareció que esta operación se asemejaba bastante a la campaña de Gerónimo, en la que también reunió una fuerza inmensa para atrapar a un puñado de apaches. El general de brigada Wesley Merritt acusó a Miles de exagerar el peligro para acelerar su carrera. Puede que en la acusación de Merritt hubiera algo de verdad, pero la estrategia de Miles era sensata. A mediados de diciembre, la diplomacia, las raciones adecuadas y la amenaza implícita de la fuerza indujo a volver a las agencias a los progresistas oglalas y a los grupos de Dos Ataques y de Perro Cuervo que habían huido. En ese momento, no parecía que se fueran a producir enfrentamientos. Tan solo permanecieron en el Bastión unos cuantos de los danzantes de los espíritus brulés y oglalas más acérrimos, abstraídos en sus danzas y salmodias, sin amenazar a nadie. Miles creía que, con el tiempo, se les podría convencer para que se rindieran. De los tres mil lakotas de la

reserva del río Cheyene, solo los grupos de los jefes Pie Grande (Big Foot) y Joroba (como máximo, seiscientos miniconjous) eran danzantes de los espíritus. Y en Standing Rock practicaban el culto no más de cuatrocientos hunkpapas, que representaban menos de un cuarto de los indios de las agencias. Las tres reservas lakotas restantes tenían pocos conversos, si es que tenían alguno. La moda del mesías se había apagado en gran parte. Sin embargo, Miles era demasiado sabio como para cantar victoria. Comprendió que solo el Congreso podía conseguir una solución duradera cumpliendo «las obligaciones del tratado que se había hecho con los indios, y que se les había obligado a firmar». [24]

Tras haber aislado a los danzantes de los espíritus. Miles se concentró en la segunda fase de su plan: arrestar y deportar a sus líderes. El prestigio de Toro Sentado lo convertía en la mayor amenaza, de modo que Miles se dirigió contra él con la entusiasta cooperación del agente McLaughlin, que, a lo largo de sus cinco años de disputas con el jefe, había incubado una rabia irracional. Toro Sentado era un «estúpido obstruccionista» y había que sacarlo de Standing Rock y llevarlo a la prisión militar, dijo McLaughlin a la Oficina India en octubre de 1890. No solo reaccionaba Toro Sentado del modo habitual, insistió McLaughlin, sino que también era un cobarde, «un polígamo libertino, un mentiroso empedernido; un hombre artero, carente de un solo principio viril en su naturaleza, de algún trazo noble de carácter, capaz de incitar a los demás a cometer cualquier maldad».

Durante un tiempo, había dado la impresión de que McLaughlin y Toro Sentado habían hecho las paces. El hecho de albergar esperanzas y de confiar en el poder del hombre blanco suavizó el carácter de Toro Sentado, e incluso McLaughlin le permitió que se uniera al espectáculo del Salvaje Oeste de Buffalo Bill, en la temporada de 1885. Sin embargo, su plan falló. Toro Sentado volvió del Este con una visión del mundo más amplia que no solo le hizo más independiente del agente sino que también acrecentó su desprecio hacia el modo de vida de los blancos. En primer lugar, Toro Sentado dejó bien claro a sus hombres todo lo relativo al Gran Padre. Los agentes habían mentido: los blancos no lo consideraban sagrado. Por el contrario, les manifestó, «en los hoteles, la mitad de la gente siempre estaba burlándose de él e intentando apartarlo de

su sitio y poner a otro en su lugar». En cuanto a los miembros del Congreso, «les gustaban más las prostitutas que sus propias esposas». Y, como la mayoría de los hombres blancos, bebían demasiado. En realidad, dijo Toro Sentado a sus amigos, «el alma del hombre blanco huele tanto a *whisky* que tendrá que estar aquí en la tierra miles de años antes de que el viento y las tormentas la purifiquen de tal modo que la gente, en otra vida, pueda soportar el olor y dejarlos entrar». Después de regresar a Standing Rock, en ocasiones, Toro Sentado hacía las tareas de las mujeres. Cuando le preguntaban por qué actuaba así, respondía: «Estoy intentando aprender el modo en que todos tendremos que actuar cuando el hombre blanco nos atrape».

Exageraba un poco. En realidad, le gustaba la agricultura. Junto con la mayoría de los hunkpapas, se asentó en Río Grande, unos cincuenta kilómetros al sudoeste de la agencia y setenta kilómetros al norte de Fort Yates. Allí, vivía con su gran familia en unas pocas cabañas y cultivaba verduras, cosechaba avena, criaba ganado, se ocupaba de un gran averío de gallinas y había excavado una despensa. Los «antiprogresistas» prometieron vivir de la tierra y él lo hizo mejor que la mayoría de los indios tutelados por McLaughlin. [25]

Aparte de manifestar su oposición contra la cesión de tierras de 1889, Toro Sentado había mantenido una actitud discreta. Sin embargo, sentía curiosidad por las historias de la nueva religión. En octubre de 1890, invitó a Oso Coceador a Río Grande para que enseñara a los hunkpapas la Danza de los Espíritus. La policía de McLaughlin lo expulsó de la reserva no sin que antes hubiera instruido a Toro Sentado sobre los rudimentos de la fe. Este, bastante satisfecho, convocó a los hunkpapas en su asentamiento para iniciar la Danza de los Espíritus. Respondieron a su llamada menos de quinientos, pero suplieron su escasez numérica con su fervor. Toro Sentado presidía las danzas e interpretaba las revelaciones a los danzantes que visitaban el mundo espiritual. Nunca llegó a afirmar si creía o no en la nueva fe. Es probable que se lo tomara como una oportunidad para reafirmar su autoridad, buena parte de ella perdida frente a Agalla, el jefe de guerra y héroe de Little Bighorn (al menos para los lakotas) que, para entonces, se había vuelto progresista. Toro Sentado solo tenía cincuenta y nueve

años, y, al contrario que el débil Nube Roja, todavía contaba con vigor suficiente como para volver a primera línea. [26]

La solución de McLaughlin, con la que estaba de acuerdo el comandante en jefe de Fort Yates, consistía en utilizar a la policía de la agencia *ceska maza* (o «pechos de metal», en alusión a sus insignias) para arrestar a Toro Sentado en su casa el día del reparto de raciones, el 20 de diciembre, cuando la mayoría de los hunkpapas estaría en la agencia, y, a continuación, entregarlo a un escuadrón de caballería de Fort Yates, que estaría esperando. Sería una operación difícil de realizar con éxito, ya que tanto Toro Sentado como McLaughlin contaban con espías en el campamento contrario. El teniente Henry Cabeza de Toro (Henry Bull Head), un lakota cristianizado que había luchado al mando de Toro Sentado, era el hombre de McLaughlin en Río Grande. El agente lo reforzó de forma sigilosa con pequeños destacamentos que Cabeza de Toro situó arriba y abajo del asentamiento de Toro Sentado. Con la policía vigilante y la caballería disponible en Fort Yates, lo único que tenía que hacer McLaughlin era esperar a que llegara el día de las raciones.

Toro Sentado, de manera inconsciente, alteró su plan. Había recibido una invitación de Toro Menudo y de Oso Coceador para visitar el Bastión y su intención era acudir. Dos de los informadores del teniente Cabeza de Toro, al enterarse por escuchar a escondidas en el consejo de Toro Sentado, informaron de que el jefe se marcharía el 15 de diciembre por la mañana y que dispararía a cualquier pecho de metal que se interpusiera en su camino. McLaughlin estuvo de acuerdo con el consejo de Cabeza de Toro de que se apresara al jefe de inmediato. El 14 de diciembre, por la tarde, Cabeza de Toro ordenó a la policía que se reuniera en su cabaña. Había recibido una orden formal de McLaughlin para llevar a cabo el arresto de forma pacífica, pero contenía una advertencia: Cabeza de Toro no debía permitir, bajo ninguna circunstancia, que se escapara Toro Sentado. [27]

El *ceska maza* hunkpapa John Hombre Solitario (John Lone Man) era un devoto peregrino por la senda del hombre blanco. Pasó de

ser un hábil guerrero que había luchado contra Custer a transformarse en un granjero católico, un ejemplo del espíritu «progresista» que McLaughlin deseaba infundir en todos los hombres a su cargo; es decir, la «hombreblanquización» que Toro Sentado condenaba. John Hombre Solitario estaba en su casa arreglando la silla de montar cuando su compañero *ceska maza* Charles Temeroso del Halcón (Charles Afraid of Hawk) le comunicó que el teniente Cabeza de Toro quería que el policía se dirigiera a su cabaña, cinco kilómetros al noroeste del poblado de Toro Sentado. Un viaje que para John Hombre Solitario suponía recorrer cincuenta kilómetros en su día libre. Tanto él como Charles Temeroso del Halcón se imaginaron que los emplazaban para arrestar a Toro Sentado, algo que los entristeció. Mientras iban de camino a la cita, otros policías se unieron a la pareja, que se mostraba inquieta. «Por supuesto, tuvimos muchas cosas que decirnos durante el camino, ya que sabíamos que nos habían llamado para llevar a cabo una acción definitiva que pusiera fin a esa Danza de los Espíritus que se estaba convirtiendo en una amenaza para la tribu». **[28]**

John Hombre Solitario y sus compañeros llegaron a la pequeña cabaña de Cabeza de Toro a las siete de la tarde. También se presentaron cuatro voluntarios. Uno de ellos era el cuñado de Toro Sentado y otro, el sobrino, que había creado una sociedad de cría de ganado con el hijastro del jefe y después se había hecho espía de McLaughlin. Las antiguas lealtades se estaban adaptando a las cambiantes realidades del mundo lakota, tal como Toro Sentado tanto había temido. **[29]**

Tras la cena, el teniente Cabeza de Toro les confirmó la causa de la llamada: debían arrestar a Toro Sentado por orden del agente. Les asignó a dos hombres la tarea de coger y ensillar el caballo favorito de Toro Sentado, un regalo de Buffalo Bill, mientras que él y sus sargentos entraban en la cabaña del jefe. El resto de los hombres rodearía la vivienda. Hombre Solitario, que tenía que permanecer junto a la puerta, presintió «que no iban a ser pocos los problemas».

Los policías pasaron la interminable noche invernal intercambiando, sin demasiado entusiasmo, historias de la guerra. Antes del amanecer, Cabeza de Toro dirigió una oración cristiana. A

las cuatro de la madrugada del 15 de diciembre de 1890, bajo una fuerte aguanieve, los pechos de hierro se montaron a caballo y formaron en columna de a dos. «¡Adelante!», ordenó el teniente, y trotaron en la oscuridad en una marcha sobrecogedora. La imaginación se apoderó de Hombre Solitario: «Al cruzar el lecho de Río Grande parecía como si los búhos ulularan y los coyotes aullaran […] para advertirnos [de que] tuviéramos cuidado». **[30]**

A unos dos kilómetros de su destino, la policía comenzó a galopar y cuando estaban a medio kilómetro fueron a galope largo. Los perros ladraron y el campamento se despertó. Al llegar a la cabaña de Toro Sentado, la policía desmontó. Cabeza de Toro y su sargento primero abrieron la puerta, encendieron antorchas y, con la ayuda de esa trémula luz vislumbraron sobre un colchón a Toro Sentado completamente desnudo con una de sus mujeres y sus hijos menores. El otro hijo, de catorce años, estaba agachado en un rincón. Toro Sentado se incorporó y los oficiales lo empujaron hacia la puerta. «¡Vaya forma de hacer las cosas! —protestó—. ¡En pleno invierno y no me dais siquiera la oportunidad de vestirme!». Esperaron el tiempo suficiente para que la mujer de Toro Sentado fuera a buscar su ropa a la cabaña de al lado. El jefe se vistió y los tres hombres se dirigieron hacia la puerta.

Fuera, la policía se enfrentó a una multitud creciente de danzantes de los espíritus. La atmósfera era tensa e incierta. Atrapa al Oso (Catch the Bear), compañero de juventud del jefe, dio un paso al frente. «Aquí están los *ceska maza* —espetó—, tal como siempre habíamos esperado. Os creéis que os lo vais a llevar, pero no es así». Entonces, gritó a la multitud, «¡Vamos, protejamos a nuestro jefe!». La policía vaciló. En el interior de la cabaña, el hijo de Toro Sentado se burló de su padre: «Vaya, tú siempre habías dicho que eras un jefe valiente y ahora estás dejando que te aprese la *ceska maza*». Toro Sentado titubeó. «Entonces no voy», dijo, aferrándose a la puerta. «Ven, ahora. No hagas caso a nadie», le rogó Cabeza de Toro. «Tío, nadie va a hacerte daño —interrumpió John Hombre Solitario—. El agente quiere verte y después volverás, por favor, no opongas resistencia». Pero Toro Sentado se negó a moverse. Cabeza de Toro le agarró del brazo derecho y otro policía le agarró del izquierdo, mientras un tercero por detrás lo empujaba hacia fuera. La gente congregada agitó los puños y lanzó

improperios. «La policía intentó mantener el orden —afirmó John Hombre Solitario—, pero resultó inútil; era como intentar apagar un fuego descontrolado en la pradera».

Sin previo aviso, Atrapa al Oso arrojó al suelo su manta, sacó su rifle Winchester y disparó a Cabeza de Toro en un costado. Este, que todavía tenía sujeto por el brazo a Toro Sentado, disparó con el revólver una ráfaga que lo hirió en el esternón y le desgarró el pecho. A continuación, se produjo una pelea cuerpo a cuerpo entre la policía y la multitud. Otras tres balas alcanzaron a Cabeza de Toro, que lo hirieron de muerte. Atrapa al Oso apuntó hacia John Hombre Solitario, pero se le encasquilló el rifle y este se lo arrebató, propinándole un culatazo en la frente. Después, limpió el cargador y mató al instigador de un disparo.

Los danzantes de los espíritus, al tiempo que disparaban, se alejaron hacia una arboleda mientras los policías respondían con sus armas parapetados tras los cobertizos y los corrales. Cuando finalizaron las descargas, John Hombre Solitario notó que algo se movía tras la cortina de la cabaña de Toro Sentado. La apartó y se encontró frente a frente con el hijo del jefe. «Tíos, no me matéis. No quiero morir», suplicó el muchacho. Hombre Solitario miró a Cabeza de Toro. «Haz lo que quieras con él —espetó el teniente, herido de muerte—. Es uno de los causantes de este problema». Entonces, John Hombre Solitario y otro policía dispararon varios tiros al muchacho y, acto seguido, arrojaron su cadáver por la puerta. **[31]**

Desde una cresta al otro lado de Río Grande, sonó el disparo de un cañón, lo que dispersó a los seguidores de Toro Sentado. Aunque había amanecido, al lugar lo cubría una espesa niebla gris. El cañón, a pesar de la poca visibilidad, siguió apuntando y disparando en dirección a las cabañas de Toro Sentado. Entre las explosiones, Hombre Solitario corría y agitaba una bandera blanca hasta que el cañón cesó y un escuadrón de caballería bajó al galope desde la montaña. Con los llantos de las viudas de Toro Sentado de fondo, el comandante en jefe del escuadrón desmontó, recogió una rama y contando un golpe sobre Toro Sentado, dijo: «Toro Sentado, gran jefe, has traído el desastre sobre ti y sobre tu pueblo». Los familiares de los policías muertos descargaron su rabia sobre el cadáver del jefe y algunos vaciaron sus cargadores sobre el cuerpo.

Un hombre le rebanó la cara con un hacha, otro le dio un tajo con un cuchillo. Un tercero cogió un yugo de bueyes o una maza (hay distintas versiones) y golpeó la cabeza de Toro Sentado hasta convertirla en una masa informe. «¿Por qué demonios hiciste eso?», preguntó un soldado. «Ya está muerto. Déjalo en paz». Un sargento del ejército lo sacó fuera a rastras para evitar que su cuerpo se enfriara en medio del gran charco de sangre que cubría todo el suelo de la cabaña.

La policía acomodó a sus heridos en una ambulancia de la caballería y a sus muertos en un viejo carromato de la granja. Cuando un sargento les dijo que lanzaran también en el carromato el cadáver de Toro Sentado, los hombres se opusieron diciendo que ponerlo en el mismo carromato deshonraría a sus compañeros caídos. Pero el sargento insistió y los hombres obedecieron, aunque de aquella manera: arrojaron el cuerpo destrozado de Toro Sentado bocabajo al fondo del carromato y sobre él apilaron a sus muertos.

Afligidos y aterrorizados, los hunkpapas de Toro Sentado se dirigieron al sur, hacia la reserva del río Cheyene, con la esperanza de que los miniconjous les dieran refugio. A la tragedia que acababan de presenciar la llamaron la batalla de la Oscuridad. **[32]**

Dos días después del asesinato de Toro Sentado, John Hombre Solitario llevó a su familia a la agencia para asistir al funeral por los policías caídos. Se celebró una ceremonia mixta, católica y protestante, en la Misión Congregacional y los *ceska maza* fueron enterrados en el cementerio de la iglesia con todos los honores militares. Una compañía de soldados disparó tres descargas sobre las tumbas y un corneta del ejército hizo sonar un toque de oración. Tras el entierro, James McLaughlin asistió a otro sepelio, en esta ocasión, en Fort Yates. Junto con tres oficiales del ejército, vio cómo descendían un tosco ataúd de madera que contenía los restos de Toro Sentado, como si fuera cualquier tumba de un indigente en un rincón alejado del cementerio. Cuatro prisioneros del calabozo cubrieron la fosa de tierra y no se celebró ningún tipo de ceremonia ni se pronunció palabra alguna sobre la sepultura.

Más tarde, ese mismo día, Hombre Solitario fue a visitar a McLaughlin. El agente, poniéndole las manos sobre los hombros, le manifestó lo orgulloso que estaba por su comportamiento en la lucha contra los danzantes de los espíritus. «En ese momento no fui

muy valiente —confesó con posterioridad Hombre Solitario—. Sus palabras casi me hicieron llorar». [33]

CAPÍTULO 23

El lugar de las grandes matanzas

No hubo mucha gente que llorara la muerte de Toro Sentado, aparte de John Hombre Solitario y del reducido grupo de seguidores del gran jefe. Por supuesto, los habitantes del Oeste celebraron su desaparición, mientras que los reformistas tan solo lamentaron el modo en que había muerto. La prensa del Este afirmó con desprecio que «ese viejo miserable y asesino» había tenido «un destino totalmente merecido». En las reservas lakotas, su muerte apenas provocó el más mínimo murmullo de protesta. En Standing Rock, los progresistas expresaron lo que McLaughlin llamaba la «satisfacción por el resultado de la lucha». En Pine Ridge, el general Brooke dijo que los jefes amigos, entre los que, probablemente, se encontraba Nube Roja, «reconocieron la muerte justa de Toro Sentado y afirmaron que se merecía ese destino». En el Bastión, la reacción también fue tenue. Los pequeños grupos de saqueadores siguieron robando ganado, sobre todo, dentro de los límites de la reserva de Pine Ridge, pero no molestaron a ningún blanco. De hecho, la única muerte se produjo cuando los hombres de Toro Menudo se enfrentaron a varios lakotas progresistas que querían volver a su hogar. Perro Cuervo, el asesino de Cola Moteada, aduciendo la paradójica razón de que no podía soportar ver a los lakotas matarse entre ellos, empaquetó sus pertenencias y se encaminó hacia la reserva junto con sus hombres y medio poblado, dejando en el Bastión a menos de doscientos guerreros y a sus familias. Las circunstancias se ponían de parte del general Miles. [1]

La muerte de Toro Sentado había dejado a los miniconjous Joroba y Pie Grande de la reserva del río Cheyene como los únicos dos jefes lakotas fuera del Bastión que seguían practicando la Danza de los Espíritus. En ninguno de ellos cabía el ánimo de causar

ningún problema. Joroba había conducido al contingente de los miniconjous en Little Bighorn, pero su determinación de resistir a los blancos nunca había sido firme en exceso, pues durante la Gran Guerra Sioux se rindió ante el general Miles a la primera oportunidad. Cuando comenzó la Danza de los Espíritus, Joroba, imbuido por un fugaz fervor religioso, trasladó a su poblado río arriba para realizar su culto, pero se arrepintió casi inmediatamente. Poco después, el grupo de su amigo, el jefe Pie Grande, que se había lanzado a la práctica de la Danza de los Espíritus con auténtico ardor, se unió al campamento de Joroba. Al poco tiempo, este volvió a la reserva y se alistó como guía del ejército al mando de su viejo amigo Miles Abrigo de Oso.

Pie Grande se mostraba alicaído. Al jefe miniconjou de sesenta y cinco años, un hombre pacífico por naturaleza, los lakotas lo adoraban como el mediador entre las tribus. A pesar de ser un tradicionalista, apoyó la escolarización de los niños lakotas, siempre en busca del equilibrio entre las viejas formas y las nuevas. Tras la deserción de Joroba, Pie Grande volvió a llevar a su grupo a su poblado y evitó la Danza de los Espíritus. Sin embargo, sus hombres más jóvenes mantuvieron sus camisas de los espíritus y se aferraron a su fe. Al teniente coronel Edwin V. Sumner Jr, cuya tarea era controlar a Pie Grande desde un «campamento de observación» cercano al poblado del jefe, le pareció un hombre afable y «ansioso por obedecer» órdenes, sin embargo, algo le preocupaba. No dudaba de sus buenas intenciones, pero también se había percatado de lo frágil que era ahora el control que el jefe indio tenía sobre sus guerreros.

Como temía Sumner, nada ocurrió como Pie Grande pensaba. El 17 de diciembre, cuando partió hacia su casa, el gran mediador miniconjou recibió una invitación de Nube Roja para ir a Pine Ridge para ayudar a restablecer el orden, con la promesa de recibir cien ponis por la molestia. Estuvo tentado de hacer caso omiso de la petición, hasta que supo que las tropas estaban marchando a su poblado desde Fort Bennet, el puesto del ejército más cercano a la agencia del río Cheyene. Al día siguiente, recibió noticias peores. Dos jóvenes hunkpapas entraron en el campamento miniconjou impactados con la noticia de la muerte de Toro Sentado y la huida de su gente. Según la costumbre lakota de la caridad, Pie Grande

envió a diez hombres para ofrecer a los refugiados de Standing Rock hospitalidad en su campamento. [2]

Los emisarios de Pie Grande encontraron a los hunkpapas en un estado deplorable. Joroba también estaba allí, reuniendo a los hunkpapas para entregarlos al ejército y amenazando con matar a los emisarios si se entrometían, y el propio Pie Grande regresó a su hogar con un reducido grupo de hunkpapas que logró escapar de las garras de Joroba. Dos días después de su altercado con Joroba, acudió al coronel Sumner y descubrió que la presión recibida desde arriba, por parte del cuartel general, había ocasionado que el coronel se volviera contra él. Como Pie Grande había sido de los primeros en abrazar la religión de la Danza de los Espíritus, para el general Miles era el segundo, después de Toro Sentado, en ejercer una mala influencia sobre los lakotas. Miles, que había llegado de sus oficinas en Chicago a Rapid City, en Dakota del Sur, para supervisar las operaciones, telegrafió a Sumner para informarle de que «era deseable que se arrestara a Pie Grande». A pesar de que no era una orden de arresto directa, el telegrama mostraba que Sumner no había estado en sintonía con sus superiores. [3]

Este, gélido de repente, exigió saber por qué Pie Grande había acogido a los hunkpapas. El jefe le respondió que porque eran hermanos lakotas, «casi desnudos, hambrientos, con los pies doloridos y agotados, y nadie con un poco de corazón habría dejado de hacerlo». Sumner se calmó. «Los indios de Standing Rock encajaban perfectamente con su descripción —informó posteriormente—, y, sin duda, ofrecían una imagen tan penosa que abandoné al punto toda idea de que fueran enemigos o incluso de que hubiera que capturarlos. A pesar de todo, tenía órdenes de apresarlos, e iba a hacerlo».

Aunque no resultaría fácil. Los subjefes de Pie Grande se negaron a consentir una traición a los hunkpapas y él mismo persuadió a Sumner para que no lo hiciera; indicaría a sus hombres que entregaran a los hunkpapas al día siguiente, el 23 de diciembre. Pero, por desgracia, Pie Grande ya no fue capaz de cumplir su promesa porque, tras su entrevista con Sumner, enfermó de neumonía. Con el jefe postrado, los miniconjous pasaron tranquilos el 23 de diciembre, en sus cabañas con sus amigos hunkpapas. Por su parte, esa tarde, Sumner se encaminó de nuevo hacia el poblado

de Pie Grande y, por la noche, antes de irse a dormir, pidió a un ranchero local en el que confiaban los miniconjous que se adelantara a caballo y convenciera al jefe indio de que fuera, al menos, hasta Fort Bennett.

Pero Sumner había enviado al hombre equivocado. Al llegar al galope a la cabaña de Pie Grande, el ranchero, casi sin respiración, transmitió al jefe una versión del mensaje de Sumner sumamente embrollada (o intencionadamente sazonada) e instó a los miniconjous a que acudieran de inmediato a la reserva de Pine Ridge «si querían salvar sus vidas». Los miniconjous y los hunkpapas acomodaron en un carromato al jefe, que estaba gravemente enfermo, y se dirigieron a Pine Ridge, a ochenta helados kilómetros al sur. [4]

El coronel Sumner pasó una deprimente noche de Navidad en el poblado vacío miniconjou. Un correo le entregó un telegrama de Miles en el que le informaba de que Pie Grande era, claramente, «desafiante y hostil» por lo que debía arrestar y desarmar a su grupo lo antes posible. Lo único que pudo hacer el coronel, asombrado, fue encogerse de hombros. Era evidente que Miles no tenía contacto con la realidad. «Si Pie Grande había mostrado una actitud hostil o desafiante —escribió más adelante Sumner—, la primera noticia que tuve al respecto fue al recibir esas órdenes en que decían que así era». [5]

La huida de Pie Grande (ya que así es como llamó Miles al desvío de los miniconjous hacia Pine Ridge) enfureció al general. Todo había indicado que se produciría una resolución pacífica a la crisis de la Danza de los Espíritus. En el Bastión, los huracanados vientos invernales y la epidemia de gripe estaban mermando el entusiasmo de la resistencia. Los jefes y los líderes brulés y oglalas amigos habían mantenido entrevistas con Toro Menudo y con Oso Coceador, que parecían dispuestos a capitular. Pero ahora Pie Grande andaba suelto. Si el jefe «recalcitrante» llegaba al Bastión, pensó Miles, podía alentar a los danzantes de los espíritus para la guerra. Se enviaron nuevas órdenes a todas las unidades que había sobre el terreno: debían encontrar a los fugitivos miniconjous antes, tal como dijo Miles, de que fueran capaces de «inclinar la balanza en contra de todos los esfuerzos que se han hecho para evitar una Guerra India». No toleraría ninguna solución de compromiso.

«Espero que los encuentre a todos, los desarme y los tenga vigilados», telegrafió al general Brook en Pine Ridge. «Pie Grande es muy astuto y sus indios, malvados». [6]

Miles no podía estar más equivocado. No había nada en Pie Grande que indicara malevolencia. Para el viaje helador a Pine Ridge iba vestido con un grueso chaquetón, pantalones, una chaqueta y ropa interior de lana, lo que le hacía parecer un ranchero venido a menos más que un jefe lakota, y llevaba una larga bufanda enrollada en la cabeza que le daba un aspecto de abuelita enferma. Aunque hubiera tenido la intención, Pie Grande estaba demasiado enfermo como para promover la agitación. Lo llevaban sobre el suelo helado de un destartalado carromato agrícola, y empeoraba a pasos agigantados.

En cuanto a sus «malvados indios», en vez de dirigirse al Bastión, como suponía Miles, ni siquiera conocían su existencia, ni tampoco que se hubiera producido una revuelta en Pine Ridge. Las cabañas vacías de los lakotas en el camino hacia Pine Ridge los desconcertaron, hasta que sus exploradores se encontraron a un oglala que les contó lo que había ocurrido en la agencia y les avisó de la llegada de los soldados. El oglala añadió que no ocurriría nada y que los jefes de Pine Ridge se habían dirigido al Bastión para negociar la rendición. (Aunque el viajero oglala no lo sabía, Toro Menudo y Oso Coceador estaban ya llegando). Pie Grande se mostró complacido. En un susurro ronco y escupiendo sangre al hablar, dijo al oglala que iba en son de paz y que seguiría el camino principal hasta la agencia.

Si es que llegaba vivo. La precaria salud del jefe era la principal preocupación de los miniconjous. Tras cruzar el helado río White el día de Navidad acamparon durante dos días. Los últimos sesenta y cuatro kilómetros hasta la agencia no resultarían fáciles. Entre el río White y Pine Ridge discurrían cinco arroyos y el tiempo había empeorado mucho. Los fuertes vientos de la pradera levantaban nubes de polvo y los cielos plomizos anunciaban nieve. Mejor, pensaron, así podría descansar Pie Grande y continuar a un ritmo más pausado. [7]

Mientras tanto, el ejército seguía buscando a los miniconjous. En

Pine Ridge no había secretos y los informadores indios mantuvieron informado al general Brooke del paradero de Pie Grande. La tarde del 26 de diciembre, Brooke indicó al comandante Samuel M. Whitside que, junto con el 1.er Escuadrón del 7.º de Caballería, compuesto por doscientos hombres, interceptara a los miniconjous, les desposeyera de los caballos y los desarmara. Brooke, que era un hombre sensato, habría preferido cumplir la misión él solo para no atemorizar a los miniconjous, pero las órdenes eran las órdenes. Para disuadir cualquier tipo de resistencia, dio a Whitside dos cañones Hotchkiss. Su pequeño calibre los asemejaba más a un fusil de juguete montado que a un arma de campaña, pero su cadencia de tiro, extremadamente precisa y rápida, compensaba de sobra su reducido tamaño. **[8]**

El grupo de Pie Grande ni se estaba escondiendo ni tenía intención de luchar. El 28 de diciembre, cuando los miniconjous levantaron el campamento, los mensajeros de Toro Menudo les advirtieron de que la caballería estaba patrullando el arroyo Wounded Knee y les sugirieron que rodearan a los soldados. Pero Pie Grande no siguió sus consejos e indicó a sus hombres que fueran directamente hacia el campamento de los soldados para demostrarles que eran pacíficos.

Esa misma tarde, el 7.º de Caballería y los miniconjous se encontraron. A medida que los dos grupos se iban aproximando, Whitside desplegó una línea de batalla con los cañones Hotchkiss en el centro cargadas para la acción. Los hombres de Pie Grande dieron marcha atrás, pero el jefe les dijo que se acercaran a los soldados «con tranquilidad y seguridad, sin mostrar miedo». El guerrero Barba de Rocío (Dewey Beard), de veintiocho años, fue uno de los que obedeció. Esperando morir debido a su lealtad, su intención era, al menos, abandonar este mundo con un pequeño golpe de efecto, por ello, se bajó del caballo junto a un Hotchkiss y metió la mano en la boca del cañón. **[9]**

El crujido del traqueteante carromato de Pie Grande que se acercaba interrumpió el improvisado ritual funerario de Barba de Rocío. El estado del jefe sorprendió a Whitside. En lugar del terco enemigo que le habían prevenido que esperara encontrar vio ante sí a un anciano retorciéndose de dolor. Whitside lo observó durante un momento y, a continuación, retiró la manta para contemplar

mejor el rostro mortecino y sanguinolento del jefe.

—¿Puedes hablar? ¿Eres capaz de hablar? —le preguntó.

—*¡Hau!*

—*Hau, Cola* (Hola, amigo) —respondió Whitside mientras Pie Grande le estrechaba la mano con debilidad—. Me habían dicho que vuestras intenciones eran hostiles, pero ahora que te veo, estoy muy contento. Quiero que vengas al campamento conmigo.

—De acuerdo —accedió Pie Grande—. Iré.

Whitside se comunicó con él por medio del intérprete John Shangrau.

—John, quiero los caballos y los rifles.

—Mire, comandante, si hace eso, es probable que se produzca un enfrentamiento, y si se produce, matará a todas estas mujeres y niños y los hombres se alejarán de usted.

—Pero me han ordenado que lo haga en cuanto los encuentre.

—Bueno, no lo dudo —afirmó Shangrau—, pero es mejor que los llevemos al campamento y que allí les quitemos los caballos y las armas.

—De acuerdo. Dile a Pie Grande que se dirija al campamento de Wounded Knee.

Pie Grande accedió. Whitside ofreció al jefe una ambulancia del ejército para que estuviera más cómodo, gesto que los indios apreciaron.

El guerrero miniconjou Joseph Nube Cuerno (Joseph Horn Cloud), que hablaba inglés, oyó la conversación. Recordó que Whitside le había pedido a Pie Grande que entregara veinticinco rifles como acto de buena fe, petición a la que el jefe se negó con amabilidad, aduciendo que temía que le ocurriera algo malo a su pueblo aunque con la promesa de entregar todas las armas una vez que llegaran a la agencia. **[10]**

Mientras los líderes parlamentaban, los soldados y los guerreros se reunieron de forma amistosa. A los miniconjous les resultaron muy interesantes los cañones Hotchkiss. «Mucho bueno, mucho grande rifle», decían, mientras golpeteaban los cañones. **[11]**

Al anochecer, el 7.º de Caballería y los lakotas hicieron un alto en

una inhóspita llanura situada quinientos cincuenta metros al oeste del arroyo Wounded Knee, y que había sido el refugio de una pequeña comunidad de oglalas de la agencia que escapó asustada durante el episodio alarmante de la Danza de los Espíritus. Las cabañas de madera abandonadas tachonaban el paisaje y las alambradas rodeaban un conjunto de terrenos baldíos.

Para ambos grupos parecía un lugar bastante deprimente para pasar la noche. El comandante Whitside dirigió a los indios a una parcela de cerca de una hectárea de superficie tras la cual se escondía un gran y muy pronunciado barranco de siete metros de profundidad. Este, que en algunas zonas estaba densamente cubierto por matorral, se extendía de manera sinuosa hacia el este por una extensión desprovista de árboles hasta desembocar en el arroyo Wounded Knee. La caballería acampó trescientos metros al noroeste de los indios. Un pequeño campo separaba el campamento de la caballería del poblado indio. Whitside contaba con una tienda cónica Sibley que habían montado en el extremo sur de la zona de la caballería para el jefe y su esposa, a los que calentaba una estufa. Los soldados montaron otras cinco tiendas Sibley en el poblado indio para albergar a los que no tenían tipis. El comandante distribuyó raciones de café, azúcar y beicon entre los indios y permitió que apacentaran a sus ponis. **[12]**

La amabilidad de Whitside se compensó con una preparación táctica. Dispuso los Hotchkiss en una zona elevada al oeste del campamento de la caballería con los cañones apuntando a la desigual línea de tipis, y rodeó el poblado de miniconjous con veinte puestos de soldados, permitiendo solo pasar a través de las líneas a las mujeres que iban por agua al arroyo. Whitside, convencido de que «de lo contrario, habría problemas», pidió ayuda para desarmar a los guerreros de Pie Grande. El general Brooke telegrafió a Miles para darle el parte del día y obtuvo una parca respuesta: «Está bien. Usen la fuerza que necesiten. Felicidades». Brooke solicitó que le enviaran al 2.º Escuadrón del 7.º de Caballería, además de otros dos cañones Hotchkiss y una compañía de exploradores cheyenes y oglalas para reforzar a Whitside. También reclamó que el padre Francis M. Craft, un misionero que hablaba lakota con fluidez, y por el que los indios sentían gran afecto, acompañara a la columna para ayudar al jefe del regimiento,

el coronel James W. Forsyth, a ganarse la confianza de los indios.

Lo más probable es que Forsyth necesitara ayuda. Este hombre de Ohio, de cincuenta y cinco años, pelo cano y perilla, había acumulado un envidiable expediente militar que incluía varias distinciones militares por su valentía durante la Guerra Civil y dos décadas de servicio como ayuda de campo y secretario militar de Phil Sheridan antes de asumir el mando del 7.º de Caballería en 1886, mucho después de que terminara la guerra en las llanuras.

Las órdenes que le había dado Brooke eran tajantes y severas. Tenía que «desarmar al grupo de Pie Grande», impedir que nadie escapara (y) si luchaban, aniquilarlos. Aunque los miniconjous no lo sabían, no se dirigían a Pine Ridge. Una vez desarmados los llevarían a toda prisa a la estación de tren más cercana para conducirlos a Omaha y después devolverlos, finalmente, a la reserva del río Cheyene. Miles y Brooke querían expulsarlos del territorio oglala. **[13]**

Forsyth llegó al campamento de Whitside a las ocho y media de la tarde. Como encontró «todo en perfectas condiciones», atacó un barril de *whisky*. Esa noche, los «oficiales del 7.º de Caballería disfrutaron celebrando la captura de Pie Grande», afirmó un periodista que había dado un paseo con Forsyth. Después de la medianoche, los dos hombres se despidieron con un apretón de manos y se fueron a «tener dulces sueños».

En el campamento miniconjou, en cambio, no se palpaba nada remotamente dulce. La mayoría de los lakotas estaba nerviosa y pasó la noche en vela, meditando sobre qué les depararía el nuevo día. Barba de Rocío apenas durmió. El miedo a lo que les pudiera ocurrir a los niños lo mantuvo en vela y le quitó el apetito. Antes del amanecer, su padre salió del tipi de Pie Grande para aconsejar a sus hijos. «Dicen que es la paz, pero yo estoy seguro de de que hoy se va a producir un enfrentamiento. Llevo toda mi vida en la guerra y sé que cuando mi corazón se inquieta es que se va a desencadenar una lucha […] Queridos hijos míos, permaneced juntos y si morís entre vuestra familia, defendiéndola, estaré satisfecho». **[14]**

El 29 de diciembre de 1890, el toque de diana sonó a las cinco y

cuarto de la mañana y el sol asomó dos horas más tarde. Al salir de sus tiendas a la luz brillante de una mañana despejada y heladora, los indios vieron confirmados sus peores temores. Ocho tropas de caballería rodeaban el poblado. Cuatro cañones Hotchkiss, cargados y apuntando al campamento, se cernían amenazantes desde lo alto de una pequeña loma. Los soldados y los exploradores superaban a los guerreros lakotas en una proporción de casi cinco a uno e incluyendo a los artilleros se contaban 36 oficiales, 436 soldados alistados y 110 exploradores indios, frente a 120 hombres en edad de luchar y 250 mujeres, niños y ancianos miniconjous y hunkpapas.

Pocos hombres en ninguno de los dos bandos habían siquiera visto un combate. La mayoría de los guerreros eran niños en la época de Little Bighorn. El veinte por ciento del 7.º de Caballería lo constituían reclutas bisoños que nunca habían disparado un arma. La experiencia de combate se limitaba a un puñado de sargentos y a seis jefes de tropa que habían estado al mando de Custer. Desde entonces, el armamento no había evolucionado y los hombres alistados seguían llevando carabinas y revólveres monotiro. Los guerreros de Pie Grande estaban mejor armados con rifles de repetición. No obstante, si el coronel Forsyth se salía con la suya, al cabo de poco tiempo los indios no tendrían armas. **[15]**

A las ocho de la mañana, los intérpretes emplazaron a los hombres lakotas en el terreno despejado situado entre el vivac de Whitside y el campamento indio. Algunos fueron con los rostros pintados y casi todos vestían las camisas de los espíritus. El coronel Forsyth, con John Shangray como intérprete, se dirigió a los guerreros «de forma amable y cordial». Dijo que sentía tener que desarmarlos, pero que los lakotas eran prisioneros y, como tales, debían entregar las armas, por lo cual, prometió el coronel, serían compensados. Les rogó que no le obligaran a tener que buscar las armas, «sino que confiaran en él y se las llevaran ellos mismos». El padre Craft albergaba cierta confianza en el desenlace, pero el ayudante de Forsyth se preparó para lo peor, pues no había conocido nunca a ningún indio que entregara el rifle (su más preciada y costosa posesión) sin luchar antes. Aunque, en esta ocasión, los indios optaron por una resistencia pasiva y se limitaron a hacer caso omiso a Forsyth. **[16]**

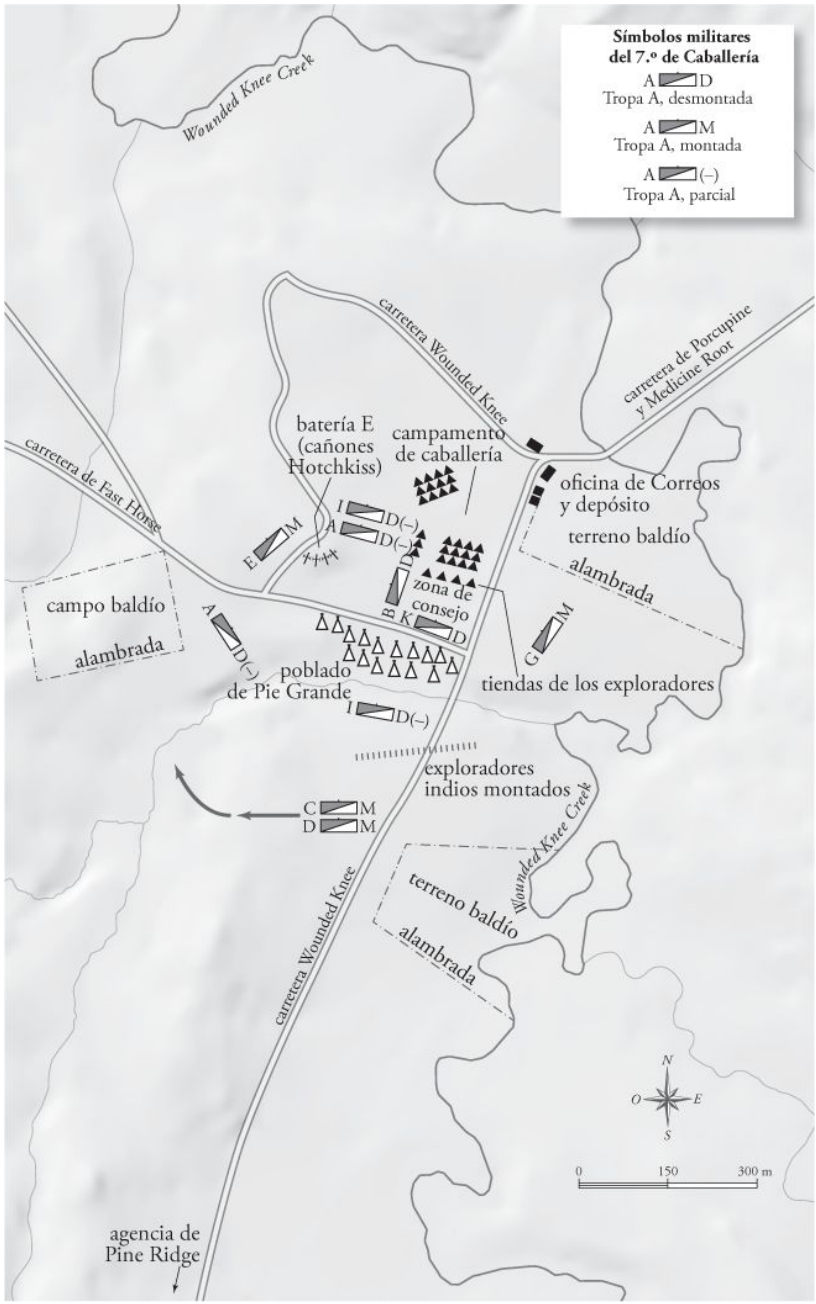
El coronel, confundido y sin saber qué hacer, le pidió al comandante Whitside que se encargara del asunto. Este, molesto por la lentitud de los indios, ordenó a Shangrau que reuniera a los guerreros. Quería sus rifles sin mayor tardanza. El intérprete, obediente, transmitió su mensaje a Pie Grande, que se encontraba postrado en la cama. Sin embargo, el jefe ya estaba harto. Había intentado vivir en paz entre los blancos, acatar las órdenes, con frecuencia caprichosas, de los agentes indios, y las apremiantes demandas de los oficiales del ejército. Ya le había asegurado a Whitside que sus hombres entregarían las armas en cuanto llegaran a la agencia. ¿Por qué dudaba el comandante de su palabra? ¿A qué se debía esa necesidad imperiosa de despojarlos de su medio de defensa? Entregaría unos cuantos rifles estropeados, pero se quedaría con los buenos hasta que su pueblo llegara a Pine Ridge. Shangrau le rogó a Pie Grande que lo reconsiderara, pero el moribundo jefe siempre había sido obstinado.

Philip Wells, un mestizo bilingüe, se quedó al cargo de la interpretación. Shangrau se marchó, al parecer, sin comunicarle a Whitside las palabras de Pie Grande, ya que el comandante eligió a veinte indios y les ordenó que recogieran las armas. Volvieron con un puñado de rifles de avancarga rotos, algo que a Forsyth y a Whitside no les hizo ninguna gracia. Tras un instante de decepción, Forsyth comentó a los ayudantes del hospital que sacaran a Pie Grande del tipi en una manta porque, quizá, el jefe podía hacer entrar en razón a sus hombres. Pero no sirvió de nada. Pie Grande insistió en que no tenían más armas, que la tropa de Sumner las había quemado. Los guerreros contemplaron con preocupación a su mendaz jefe. Le sangraba la nariz. Intentó sentarse para transmitir a sus seguidores que mantuvieran la calma, pero volvió a desplomarse sobre el catre y ya no fue capaz de seguir hablando. **[17]**

Forsyth perdió la compostura. «A pesar de lo amable que he sido contigo, me estás mintiendo», espetó al jefe, que agonizaba. Siguiendo el consejo de Whitside, dio la orden para que avanzaran las tropas B y K, que sumaban unos cincuenta y cinco hombres cada una, para acordonar la zona del consejo. La tropa B se alineó a pie al lado de los guerreros, en dirección al este. La tropa K se dispuso entre los hombres lakotas y el poblado, hacia al norte. Los soldados y los guerreros se hallaban frente a frente a una distancia de unos

cinco metros. Los reclutas bisoños estaban nerviosos, los jóvenes lakotas bufaron y varios intentaron cruzar la línea de soldados a empujones. Philip Wells reprendió a los indios por su «deslealtad» y, según el ayudante del regimiento, estos respondieron «con el hosco desafío que mostraban tan a menudo los huelguistas durante los enfrentamientos laborales». **[18]**

El estado de ánimo se tornó más sombrío. Forsyth ordenó al capitán Charles Varnum y a George Wallace que cogieran cada uno un escuadrón y que registraran el poblado en busca de armas. El coronel, esforzándose por mantener algo de aplomo, habló con suavidad a los guerreros, al parecer sin percatarse del potencial explosivo de la situación. Pero, sin duda, el capitán Varnum se dio cuenta del peligro, sobre todo después de atisbar rifles bajo las mantas de varios de los guerreros en el campo donde se parlamentaba.



Wounded Knee, 29 de diciembre de 1890.

El registro del poblado transcurrió tal como había esperado

Varnum. Las mujeres recibieron a los soldados con gritos e insultos y el teniente encontró todo tan bien escondido que «casi tuvo que hacer excavaciones para sacarlo», pues habían recurrido a varias estratagemas para ocultar las armas. «El primer rifle que hallé se ocultaba debajo de una *squaw*, que se lamentaba y estaba tan enferma que hice que la movieran y allí, debajo de ella, encontré un fantástico Winchester». Varnum y Wallace intentaron mantener el orden, pero los soldados se impacientaron. Movieron de mala manera a mujeres tumbadas, sacaron rifles de debajo de las faldas de las niñas sentadas y registraron los tipis tomando todo lo que tuviera aspecto de arma.

Barba de Rocío se percató de la confusión desde el interior del tipi de su familia. No había ido al consejo ya que estaba esperando el momento oportuno para arrastrarse hasta un carromato y ocultarse. «Pero cuando me asomé, vi que se acercaban los soldados llenos de rifles, cuchillos, hachas, piquetas de hierro, mazas de guerra, arcos y flechas», recordó. Con rapidez, cavó un agujero para enterrar su carabina que terminó justo antes de que un soldado se asomara a su tipi y le dijera que se dirigiera al terreno del consejo. El joven guerrero recordó las palabras de su padre y se preparó para lo peor. «Cogí algunos cartuchos y los enterré fuera del tipi, frente a la puerta, y los cubrí con estiércol, para saber dónde encontrar la munición en caso de que empezaran los problemas en el consejo». **[19]**

El registro del poblado miniconjou deparó cuarenta rifles viejos y casi inservibles. Una vez más, el coronel Forsyth pidió a Pie Grande que entregaran los rifles de repetición que el comandante Whitside había visto blandir a los guerreros el día anterior y, una vez más, el jefe insistió en que Sumner se los había arrebatado todos. Solo quedaba una alternativa, cachear a cada guerrero, para lo que Philip Wells anunció las medidas siguientes: los lakotas tenían que pasar uno a uno por un espacio entre las tropas B y K, donde Whitside, Wallace y Varnum los cachearían. Los ancianos aceptaron, pero los jóvenes se resistieron. El padre Craft, vestido con su sotana negra, iba entre la multitud repartiendo cigarrillos e intentando tranquilizarlos. **[20]**

No hubo muchos guerreros que le hicieran caso, pues, en ese momento, estaban pendientes de un hombre-medicina llamado Sentado Recto (Sits Straight), el cual, adornado con una elaborada camisa de los espíritus y un gran penacho de guerra, y con el rostro pintado de verde, había iniciado en solitario en el extremo del terreno del consejo una escandalosa Danza de los Espíritus. Sentado Recto se retorcía y daba vueltas para recordar a los guerreros el poder de sus camisas de los espíritus. El coronel Forsyth reclamó en dos ocasiones al hombre-medicina que parara y que, para hacer honor a su hombre, se sentara. El cuñado de Pie Grande le respondió: «Se sentará cuando dé una vuelta al círculo». El hombre-medicina completó el círculo y se sentó en cuclillas, en silencio. Por el momento, al menos se había evitado el conflicto. [21] Pero entonces, un guerrero sordo (algunos indios también mencionan que estaba loco o que era un «inútil», o ambas cosas) continuó lo que había comenzado Sentado Recto. Agitó el rifle en alto y proclamó lo mucho que le había costado y que si alguien deseaba el arma, le tendría que pagar. Tres sargentos de caballería se le acercaron por detrás. Dos de ellos le sujetaron los brazos mientras un tercero intentaba arrebatarle el rifle, y entonces, el arma se disparó. Sentado Recto, provocado por el sonido del rifle, se agachó, cogió un poco de tierra y la lanzó al aire. Seis guerreros sacaron los Winchester de debajo de las mantas. A un teniente que estaba en la línea, asombrado, le dio la impresión de que no acababan de decidirse. «Pensé, ¡qué pena! ¿Qué pretenderán?» El miniconjou Toro Largo le podía haber respondido. «Los indios se asemejan mucho al hombre blanco. Se enfadan cuando un hombre los hiere y les rasga las vestiduras y se lleva sus armas. Eso es lo que nos hace luchar».

«La respuesta a ese disparo accidental se propagó con rapidez como el fuego en la pradera», lamentó el sargento primero Theodore Ragnar, de la tropa K. Para el padre Craft no había duda de quién había disparado primero: «Los indios, nerviosos por el disparo, descargaron una ráfaga tras otra a las líneas de las tropas B y K y sus disparos también segaban, como si fueran hierba, a sus propias mujeres e hijos, que estaban congregados en el campamento observando detrás de los soldados». [22]

Se desató una gran batahola. Los guerreros tomaron las

carabinas y las cartucheras de los soldados muertos, o recuperaron las armas que habían entregado. Los lakotas dispararon sus Winchester de quince disparos con toda la rapidez con que podían accionar las palancas y arrasaron las filas de las tropas B y K. Nadie se molestaba en recargar. Cuando se vaciaba el cargador, guerreros y soldados luchaban cuerpo a cuerpo con revólveres, con la culata del rifle, con cuchillos y con mazos de guerra. El capitán Wallace disparó a cuatro guerreros con su revólver antes de que una bala le volara la tapa de los sesos. Un indio que con el humo no debió reconocer la sotana negra del padre Craft, le clavó un cuchillo en la espalda, lo que le perforó el pulmón derecho. Craft atendió a los soldados muertos hasta que se derrumbó. Un guerrero atacó a Philip Wells, el intérprete, que cayó sobre una rodilla y utilizó su rifle vacío como escudo para protegerse del cuchillo que había levantado el indio. La muñeca del indio golpeó en el arma, pero la hoja del cuchillo casi le rebana a Wells la nariz, que quedó colgando sobre la boca apenas sostenida por un trozo de piel. Wells disparó al guerrero en el costado. Un cabo se apresuró y disparó su rifle a quemarropa sobre el cuerpo postrado del lakota y, un instante después, mataron al cabo de un disparo.

Cuando comenzaron los disparos, el jefe Pie Grande intentó incorporarse para contemplar la sangrienta algarada, pero, cuando lo hizo, un oficial y un recluta lo dispararon por la espalda. Al principio, nadie se dio cuenta. «El humo era tan denso que no veía nada —recordaba un guerrero—. De modo que no me moví, me quedé ahí de pie. Cuando se despejó un poco vi a Pie Grande tumbado, con sangre en la frente y con la cabeza inclinada hacia la derecha». Su mujer se retorcía de dolor junto a él con el muslo izquierdo destrozado. [23]

Barba de Rocío, que solo tenía un cuchillo, lo único que distinguía en medio de la humareda era el brillo de los botones de los soldados. De repente, oyó junto a su cabeza el chasquido de una carabina de la caballería. Como necesitaba un rifle, dio una cuchillada para conseguirlo y clavó el cuchillo en el costado al soldado. El hombre, herido, lo agarró por el cuello y este le volvió a acuchillar. El soldado se desplomó y el indio se subió a horcajadas sobre él. Con una mano le sujetó la cabeza y con la otra lo apuñaló en el riñón hasta que murió. Otro soldado disparó a Barba de Rocío,

pero falló, matando a un compañero de su tropa. El indio, que ya había tenido suficiente combate cuerpo a cuerpo, salió corriendo del poblado en dirección al barranco. Tras él, cubiertos por el humo, yacían veintiséis soldados muertos o heridos y, según el recuento del coronel Forsyth, sesenta y dos guerreros caídos. La lucha en el terreno del consejo había durado menos de quince minutos. [24]

La primera fase del enfrentamiento, la melé en el terreno del consejo, había terminado. La segunda, la lucha en el poblado, comenzó cuando los guerreros lakotas atravesaron las filas de las tropas B y K, y los soldados se dieron la vuelta y los dispararon. Los indios se retiraron poco a poco, caminando hacia atrás y disparando. El sargento Ragnar apuntó su carabina a la altura de «un piel roja que huía de espaldas, apuntando con frialdad hasta que, al final, le atravesé la cabeza con una bala».

El humo de la pólvora pasó del terreno del consejo al poblado. Era «terriblemente denso», afirmó una mujer miniconjou, tan denso que los soldados no podían distinguir a los guerreros de los no combatientes. Cualquier cosa que se moviera se convertía en un objetivo. Por encima del estruendo, los oficiales gritaron: «¡Alto el fuego!». Algunos soldados, demasiado nerviosos como para obedecer órdenes, siguieron disparando. «En medio de ese extraño silencio se oían gritos por todas partes —confesó un teniente—, que daban voz al horror de lo que había ocurrido; la matanza de mujeres con sus hijos a la espalda». [25]

La tercera fase de la tragedia de Wounded Knee, la matanza de los lakotas civiles, no había hecho más que empezar. Tras la descarga inicial en el terreno del consejo, las mujeres, los niños y los ancianos, aterrorizados, se habían dispersado en tres direcciones. Algunos se habían amontonado en los carromatos y se dirigieron a una carretera que llevaba al noroeste, mientras los soldados que había más cerca de ellos dejaron de disparar cuando pasaron. Otros se dirigieron al este, hacia Wounded Knee Creek, y corrieron peor suerte, ya que los soldados de otra tropa los acribillaron con frialdad, incluidas varias niñas que intentaban escapar de los soldados a caballo. Justo antes de que los soldados las alcanzaran, las niñas se sentaron frente a los asesinos. Los soldados alzaron sus rifles, ellas se cubrieron la cara con las mantas,

con un fogonazo su vida se extinguió.

El mayor número, con diferencia, de civiles mezclados con docenas de guerreros escaparon corriendo o en carromatos hacia el gran barranco situado al sur del poblado, que se convirtió en el campo de exterminio de Wounded Knee, con la artillería como verdugo indiscriminado.

Los servidores de los cañones Hotchkiss habían tenido una vista panorámica del inicio de la lucha. Mientras los soldados estuvieron mezclados con los indios, no pudieron hacer nada, pero, una vez que se retiraron los supervivientes de las tropas B y K para refugiarse detrás de la loma, el capitán Allyn Capron ordenó a su batería que empezara a disparar, lo que inauguró la cuarta fase de la carnicería: el bombardeo a discreción de los guerreros y de los civiles lakotas entremezclados. Lanzaron varios proyectiles de contacto contra los indios situados a veinticinco metros y que no suponían amenaza alguna. Pero la mayoría de las descargas, con una cadencia de unas treinta por minuto, se concentró en el poblado, con el lanzamiento de un tipo de proyectil enlatado, parecido a una lata de café, que contenía serrín y balas de metal. A corta distancia, su efecto era devastador, ya que la metralla desgarraba los tipis y destrozaba a hombres y a animales. Una mujer recibió catorce heridas pero sobrevivió. Otra mujer fue arrastrándose con el cuerpo reventado hasta llegar al soldado herido más cercano y clavarle el cuchillo en el pecho, antes de que su compañero le disparara en la cabeza.

Posteriormente, el capitán Capron defendió sus acciones alegando que resultaba imposible distinguir a los guerreros de las mujeres y «todos parecían estar disparando». Dada la humareda, casi impenetrable, y la velocidad y la confusión en el desarrollo de los acontecimientos, es probable que el capitán Capron dijera la verdad. El padre Craft, el participante más ecuánime que se podía encontrar, lo absolvió de toda intención criminal y, posteriormente, culpando de forma indirecta a los guerreros por el bombardeo del poblado, declaró que cuando los Hotchkiss abrieron fuego, varios lakotas estaban disparando desde el interior de sus tipis. Sea como fuere, la artillería barrió el poblado, donde durante treinta minutos se oyó de un extremo a otro el crepitar de las llamas que abrasaban los tipis, antes de que los servidores giraran los cañones hacia el

barranco. [26]

El coronel Forsyth había salido corriendo hasta la loma después de las primeras descargas. No solo no puso objeción alguna a las acciones de Capron, sino que no hizo nada más allá de redactar un breve informe al general Brooke resguardado detrás de la artillería. Al parecer, el coronel no fue más que un mudo observador de la incomprensible carnicería que se desarrollaba frente a sus ojos. Más tarde, el comandante Whitside aseguró a su mujer que él fue el que «se ocupó de todo», aunque, en realidad, no hubo nadie que ejerciera un control general y también pocos oficiales fueron capaces de controlar a sus hombres.

Después de que los Hotchkiss arrasaran el poblado, un número de guerreros continuó resistiendo lo suficiente como para que la furia de los soldados del 7.º de Caballería, que se consideraban víctimas de la perfidia india, no amainara, y que solo consiguió prolongar la matanza. Un periodista atrapado en medio del combate lo denominó «una guerra de exterminio. La única táctica consistía, prácticamente, en matar siempre que se pudiera a cualquier indio a la vista». El sargento Ragnar culpó de la mayor parte de las muertes de mujeres y niños a los bisoños del regimiento, de los que afirmó que se comportaron de modo «indigno del uniforme que vestían». [27]

En el barranco, las mujeres heridas cavaban con las manos agujeros en los que ocultar a sus hijos. Entre ellas yacía Barba de Rocío. Le habían disparado dos veces, la primera en el brazo y después en el «vientre», estaba muy débil debido a la pérdida de sangre y observaba cómo los soldados desde la parte superior del desfiladero disparaban a todas las mujeres y niños que veían. «Cuando vi a todos esos niños allí tumbados, muertos, cubiertos de sangre, sentí que aunque me comiera a uno de esos soldados, no calmaría mi rabia». Caminando con gran dificultad, siguió el curso del barranco hacia el oeste. Al dar la vuelta a un recodo, se encontró con su madre, horriblemente herida. Ella le rogó que no se detuviera y, en ese instante, otra bala la alcanzó y cayó al suelo, muerta.

Poco a poco fue callando el fuego de la artillería y de los rifles y el barranco se sumió en el silencio. El sargento Ragnar y sus hombres descendieron por la ladera con órdenes de hacer un

barrido, el quinto y último acto de violencia. Los cuerpos yacían amontonados. Una familia se retorcía de dolor detrás de un carromato que había volcado y les aplastaba las piernas. «Y aquí está la guapa joven *squaw* a la que ayer ofrecí un cigarrillo; moribunda, tras haber perdido las piernas. Está ahí, tumbada sin llorar y me saluda con una ligera sonrisa en sus pálidos labios».

De repente, en el extremo oriental del desfiladero sonaron disparos. Treinta mujeres, y quizá una docena de guerreros, entre los que se encontraba Barba de Rocío, se habían refugiado en una quebrada muy arbolada, separada del desfiladero por una estrecha zanja. Barba de Rocío se encontraba demasiado débil para disparar su Winchester, pero otros guerreros ahuyentaron al sargento Ragnar y a su destacamento desmontado. El capitán Capron respondió arrastrando los cañones Hotchkiss hasta la entrada del barranco. Se produjo una terrible tormenta de «truenos y granizo». Un proyectil provocó un agujero de quince centímetros en el estómago de un hombre que estaba cerca de Barba de Rocío. Otro, alcanzó a una mujer entre los omóplatos y Barba de Rocío afirmó que la mujer se reía sin darse cuenta de que la habían herido. «Y después surgía de los moribundos una cacofonía de salmodias fúnebres que habría llevado a las lágrimas a la persona más insensible». Permanecer en el barranco significaba la muerte. «Aunque no hubiera más disparos, la humareda era tan densa que los heridos no podrían sobrevivir a ella, pues era sofocante». **[28]**

La carnicería en la quebrada duró veinte minutos A medida que el fuego indio se apagaba, los soldados avanzaron con cuidado. El mestizo Philip Wells, todavía con el trozo de nariz cortada colgándole sobre la boca, gritó hacia aquel agujero humeante: «Todos los que sigáis vivos, levantaos y venid aquí, que no se os hará nada ni se os disparará». Un puñado de indios avanzó pero Barba de Rocío, sin embargo, había escapado. Consiguió, a duras penas, abrirse camino hasta la pradera, donde se encontró con cinco guerreros oglalas de la agencia de Pine Ridge que le condujeron a un lugar seguro.

Lo que había constituido el poblado miniconjou era ahora un matadero humeante. Los mástiles de los tipis, ennegrecidos y quebrados, carromatos rotos, ponis despanzurrados y los desechos de un campamento indio devastado ensuciaban la llanura. Un

periodista encontró cuarenta y cinco guerreros muertos «con sus camisas de los espíritus como coraza», inertes en el terreno donde había tenido lugar el parlamento; otro periodista sumó cuarenta y ocho muertos indios en dos kilómetros cuadrados. **[29]**

Philip Wells, que caminaba aturdido, «sangraba profusamente y estaba a punto de desmayarme», recriminó a los lakotas diciéndoles: «Estos blancos vinieron para salvarlos y os habéis provocado la muerte. A pesar de todo, los blancos son misericordiosos y salvan a los enemigos heridos cuando están indefensos, de modo que si alguno de vosotros estáis vivos, levantad la mano; os habla un hombre de vuestra sangre». Se alzaron una docena de manos. Un guerrero herido se apoyó en el codo y le preguntó a Wells si sabía la identidad de un cuerpo lakota abrasado que estaba cerca de los restos de una tienda del ejército. Este le dijo que se imaginaba que era Sentado Recto. El guerrero, señalando el cuerpo del hombre, agitó los dedos (un insulto lakota) y manifestó enfadado: «Si me llevaran hasta donde estás, te apuñalaría». A continuación, dirigiéndose a Wells, le espetó: «¡Él es nuestro asesino! ¡Si no hubiera incitado a nuestros otros jóvenes, estaríamos vivos y felices!».

Dio comienzo la búsqueda de supervivientes. Al rastrear el campo, un recluta compasivo se encontró a una mujer muerta con un bebé, que estaba chupando un trozo de galleta. Tomó al niño y lo acunó en los brazos. Siguió avanzando y vio a otra fallecida con otro niño todavía vivo a su lado. Llevó a ambos a la tienda del hospital, donde se habían reunido varias mujeres indias y, antes de entrar, el soldado se topó con un corpulento sargento que le sugirió que aplastara a los niños contra un árbol, de lo contrario, dijo el sargento «algún día lucharán contra nosotros». El soldado retrocedió indignado. «Le dije que antes lo aplastaría a él que a esos niños inocentes. Las mujeres indias estaban tan agradecidas de que hubiera salvado a los niños que casi me besan». **[30]**

Mientras contaban a los muertos y reunían a los heridos, apareció una caravana de carromatos cargados con raciones y forraje para el grupo de Pie Grande. Los carreteros arrojaron los suministros al suelo, colocaron sacos de avena en el fondo de los carromatos y dispusieron sobre ellos una gruesa capa de heno. Fue la única comodidad de la que disfrutaron los soldados heridos y los

supervivientes indios, la mayoría mujeres y niños. Al atardecer, la triste procesión se dirigió a Pine Ridge. Como no había sitio en los carromatos para los muertos lakotas, los dejaron allí donde habían caído, como un montón de manchas oscuras bajo la luna de invierno. El sargento Ragnar observó: «Su señal de paz, la bandera blanca, ondeaba suavemente al viento».

Forsyth llegó a la agencia de Pine Ridge a las nueve y media de la noche. Entre sus hombres habían caído un oficial y veinticuatro soldados y otros cuatro oficiales, treinta y tres soldados y dos civiles (Wells y el padre Craft) habían resultado heridos. El recuento exacto de las bajas indias tendría que esperar, pero era evidente que habían sido numerosas. Tal como dijo Forsyth al general Brooke: «El grupo de Pie Grande, prácticamente, ha dejado de existir».

Lo mismo había ocurrido con gran parte de la población lakota de Pine Ridge. Esa mañana, en la agencia se había oído el retumbar ahogado de los cañones Hotchkiss. Varios guerreros, al reconocer el sonido, se habían acercado a caballo al lugar donde «sonaban las escopetas-carro». Entre ellos estaban los rescatadores de Barba de Rocío, así como el hombre-medicina oglala Alce Negro, que había arrancado su primera cabellera en Little Bighorn, cuando no era más que un muchacho. Hacia el mediodía, él y sus compañeros llegaron a la colina que daba al valle «y desde allí vimos todo lo que habían hecho». Los cuerpos amontonados y destrozados provocaron en Alce Negro una gran rabia y dolor. «Cuando contemplé ese espectáculo, sentí el deseo de haber muerto yo también, pero no me compadecí de las mujeres y de los niños. Era mejor para ellos estar felices en el otro mundo y yo también deseaba estar allí, pero antes ansiaba vengarme». **[31]**

El regreso de Alce Negro y sus amigos hizo que cundiera el pánico. Las bandas de Toro Menudo y de Oso Coceador, que se habían acercado hasta seis kilómetros de la agencia la noche anterior, volvieron hacia White Clay Creek, a unos veintisiete kilómetros de la agencia. Las bandas brulés de Ataca a Dos y Perro Cuervo, que se habían rendido recientemente, también levantaron el campamento, tras lo cual Ataca a Dos (Two Strike) llevó a doscientos guerreros al campo de batalla de Wounded Knee. Mantuvieron unas breves escaramuzas desde lejos con los soldados de Forsyth y, acto seguido, regresaron para quemar varias cabañas y

disparar a la agencia en represalia, hiriendo a varios soldados. Una vez manifestado su punto de vista, los hombres de Dos Ataques se retiraron antes del atardecer y se dirigieron también a White Clay Creek.

Los hombres de Nube Roja estuvieron dudando hasta media tarde antes de unirse a la estampida general. Cuando Nube Roja se negó a marcharse, los jóvenes, nerviosos, fueron a su cabaña y lo secuestraron. «Tuve que irme con ellos y seguir a mi familia. Algunos disparaban sus rifles a mi alrededor para hacerme ir más deprisa». Hasta esos niveles de humillación cayó en su vejez el otrora poderoso jefe de los oglalas. El 29 de diciembre, al anochecer, se habían reunido en White Clay Creek casi cuatro mil lakotas, el enfurecido campamento al que llevaron a Barba de Rocío. [32]

La noche del 29 de diciembre el frío era intenso. En la capilla episcopal de la Santa Cruz, en Pine Ridge, las luces brillaban con gran viveza y creaban una calidez ilusoria. Los muros y las ventanas estaban festoneados por verdes guirnaldas festivas. Sobre el púlpito, un gran cartel proclamaba «Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad». Los lakotas, tumbados sobre mantas y bancos desmontados de la iglesia, soportaban su agonía en silencio. El sonido más audible provenía de una niña de tres años: «*Min-nie, min-nie, min-nie* (agua)». Un periodista le llevó un vaso, pero no le resultó de gran provecho ya que, en cuanto se lo bebió, brotó un chorro de agua ensangrentada por un agujero que tenía en el cuello. Un espectáculo dantesco incluso para aquellos acostumbrados a la sangre. Al entrar en la capilla, el médico del puesto militar estuvo a punto de desmayarse. «Es la primera vez que veo un montón de mujeres y niños hechos pedazos —murmuró—. No lo puedo soportar». Cuando logró sobreponerse y se puso a trabajar, una mujer miniconjou le preguntó con naturalidad que cuándo tenían intención de matarlos los soldados. [33]

Al día siguiente, una ventisca azotó la reserva anunciando una tormenta de nieve que se prolongó durante tres días. Cuando se despejó el cielo, el 2 de enero de 1891, el médico de la agencia, el

doctor Charles Eastman, un sioux dakota graduado por el Boston University Medical School, junto con varios exploradores indios, fue a Wounded Knee en busca de supervivientes, aunque, en realidad, no esperaban encontrar ninguno. Tres días de temperaturas bajo cero y vientos intensos habían contorsionado los cuerpos de forma terrible. «Tuve que armarme de valor para no perder la compostura frente a ese espectáculo, y el de los nervios y el dolor de mis compañeros indios, que estaban casi todos gritando o entonando cantos fúnebres —recordó Eastman—. Todo aquello supuso una dura prueba para mí, que, en los últimos tiempos, había puesto toda mi fe en el amor cristiano y en los elevados ideales del hombre blanco».

No obstante, su misión misericordiosa tuvo éxito y rescató a ocho lakotas heridos, entre los que había dos niños pequeños envueltos junto a los cadáveres de sus madres y una mujer ciega acurrucada bajo un carromato. Los muertos, congelados, se quedaron allí donde estaban. Los lakotas, afligidos, llamaron a ese terreno «El Lugar de las Grandes Matanzas». [34]

Tres días después, un destacamento del ejército y un grupo de civiles contratados enterraron a los muertos indios. Les acompañó el inevitable grupo de periodistas y fotógrafos. Un reportero habló del «cuerpo de una bella joven india que tenía la mirada serena, las manos entrelazadas y el rostro vuelto hacia un lado, cuya manta, al levantarse por el viento, dejaba ver una gran herida en el pecho de la que había brotado la sangre y tornado rígida la ropa sobre el cuerpo congelado». No menos impresionantes eran «los niños de un año que (yacían) medio enterrados en la nieve y parecían jugar al escondite». Hasta los guerreros muertos provocaban compasión. Sin embargo, hubo un cadáver que al reportero le causó gran repulsión: «Su rostro estaba pintado de un verde horrible y la sangre se le había mezclado con la pintura trazando surcos rojos en ella […] Tenía las manos y los dientes apretados y un brazo alzado que se había quedado congelado en esa posición». Un oficial del ejército le indicó al periodista que era el cuerpo de Sentado Recto. En contraste con el hombre-medicina, el jefe Pie Grande «yacía en una especie de solitaria dignidad», hasta que un fotógrafo que paseaba por allí puso de pie el cuerpo rígido para tomar una foto. [35]

Un guía mestizo había accedido a enterrar a los muertos a dos

dólares por cadáver y sus trabajadores lanzaron los cuerpos a una gran trinchera que cavaron en la loma congelada desde la cual los cañones Hotchkiss habían sembrado la muerte. Llegó entonces el momento de hacer el recuento de las bajas indias. El ejército informó de que en la fosa común se depositaron 146 lakotas (82 hombres y 64 mujeres y niños). Sin duda, en el Lugar de las Grandes Matanzas hubo más muertos que, o bien se habían llevado los lakotas, o bien estaban ocultos bajo la nieve y no estaban a la vista. De los cincuenta y un heridos indios cobijados en la capilla episcopal murieron siete. Otros treinta y tres heridos estaban en el campamento lakota de White Clay Creek. Aunque es imposible establecer un número exacto de bajas, es evidente que muy pocos hombres del grupo de Pie Grande salieron ilesos de Wounded Knee. **[36]**

El general Miles estaba furioso y, al parecer, desconocía que fueron sus desacertadas órdenes las que habían provocado el baño de sangre en Wounded Knee. En vez de la resolución pacífica a la Danza de los Espíritus que había esperado, se enfrentaba ahora a un auténtico estallido de cuatro mil indios con comprensibles deseos de venganza. En la noche de fin de año, Miles se apresuró a ir a Pine Ridge para intentar negociar la paz. **[37]**

La primera orden que dio fue rodear la agencia con trincheras y con puestos de artillería. No tenía planeado atacar a menos que fuera totalmente necesario. Miles, que contaba con 35 000 soldados a su disposición, pretendía rodear a los indios y después contraer sus líneas, con la intención de presionar poco a poco a los lakotas para que se dirigieran a la agencia. Asignó al general Brooke el mando de las operaciones en campaña mientras él comenzaba las negociaciones con los lakotas y el día de año nuevo de 1891 envió a Nube Roja y a los jefes el primero de varios mensajes conciliatorios, asegurándoles que comprendía los errores que se habían cometido con los indios y que si obedecían sus órdenes, no se les causaría más daño. A Nube Roja le agradó el tono de Miles, así como al resto de jefes oglala, que se arrepentían de su decisión de dejar Pine Ridge. Al igual que el jefe miniconjou Joroba, muchos de ellos se habían rendido ante Miles durante la Gran Guerra Sioux y sabían que

Abrigo de Oso era sincero. Aquella vez había cumplido su promesa de tratarlos de forma justa y humanitaria y no tenían duda alguna de que lo mismo haría en esa ocasión. Los oglalas estaban dispuestos a negociar las condiciones.

Pero los brulés no. Para ellos, Miles era un extraño. Además, se negaban a reconocer la impotencia en la que se hallaban. Todos los días se celebraban consejos muy acalorados entre los líderes oglalas y los brulés; Toro Menudo y Oso Coceador amenazaron con que ningún hombre saldría vivo del campamento. Los *akicitas* brulés controlaban el poblado y en los altercados entre las tribus murieron al menos dos indios. El 4 de enero, Nube Roja amenazó con marcharse, pero nadie le hizo caso y no fue a ninguna parte.

Pero recuperó su determinación tres días más tarde cuando el joven brulé Muchos Caballos (Plenty Horses) asesinó a Edward W. Casey, un oficial muy prometedor que sentía un gran cariño por los lakotas, mientras el teniente estaba haciendo un reconocimiento del poblado oglala.[38] La bala que mató a Casey la disparó un desarraigado cultural sumido en la desesperación. Muchos Caballos era un graduado de la Carlisle Indian Industrial School que al volver a la reserva se dio cuenta de que era un descastado. Los guerreros aspirantes dijeron que disparó a Casey para hacerse un lugar entre ellos. «Estarían orgullosos de mí», manifestó, posteriormente, ante un gran jurado federal.[39]

Quizá los brulés se mostraron orgullosos de su acción, pero los oglalas condenaron el asesinato. Para muchos, fue la gota que colmó el vaso. El 7 de enero, al anochecer, Nube Roja huyó del poblado con su hijo Jack (el cobarde del Rosebud) y doscientos seguidores. Viajaron toda la noche en medio de un frío polar y, a la mañana siguiente, llegaron al campamento de una compañía de exploradores oglalas. El oficial al mando llevó a su tienda al jefe, que era «un pobre anciano sin hogar que estaba tiritando, helado, mojado, exhausto y que apenas podía hablar» y le ayudó a acomodarse en un banco junto a las llamas reconfortantes de una estufa cónica. Miles se apresuró a agrandar la brecha entre los oglalas y los brulés con el envío de un respetado líder progresista oglala a ejercer influencia en favor de la paz.

No hacía demasiada falta que convencieran a los oglalas. Muchos habían regresado a su reserva después de Nube Roja y el

resto prometió hacerlo pronto. Inquietos por las deserciones oglalas, que se habían vuelto demasiado numerosas como para detenerlas, los brulés aceptaron con desgana trasladar el poblado más cerca de la agencia. Miles ordenó a Brooke que siguiera a los indios, pero no demasiado cerca como para provocar un enfrentamiento o una «estampida». Este comprendió «la delicadeza de la situación» y aseguró a Miles que había sido «muy precavido y al mismo tiempo los estaba vigilando de cerca». **[40]**

Miles atrajo a los brulés de un modo tan astuto que se encontraron arrastrándose hacia el lugar fijado para la capitulación en la orilla oeste del White Clay Creek, frente a la agencia y bajo la artillería del ejército, incluso mientras seguían discutiendo la conveniencia de ir o no. Abrigo de Oso, como incentivo para la rendición, delegó en los jefes la tarea de desarmar a sus guerreros; quizá en ese momento el general se dio cuenta de que debería haber hecho esa concesión a Pie Grande. Miles también logró el permiso para sustituir, de forma temporal, a los agentes de las reservas lakotas por oficiales del ejército. **[41]**

El 12 de enero, los brulés y oglalas que todavía se resistían llegaron a la Misión del Santo Rosario, situada a tan solo seis kilómetros de marcha de Pine Ridge. Allí, los jesuitas hicieron todo lo posible para tranquilizar a los guerreros, que seguía comportándose como un caótico grupo que disparaba los rifles al aire y galopaba de manera amenazante. Unos cuantos guerreros frenéticos incluso atacaron a sus propios ponis y perros, matándolos a disparos en una especie de patética y burlesca masacre. Cuando la columna de Brooke se estaba aproximando a la misión, un subjefe brulé «salió a su encuentro ondeando una sábana blanca y, con gran nerviosismo, rogó a los soldados que no se acercaran tan deprisa porque estaban asustando y poniendo nerviosos a los indios». Al atardecer, los soldados y el poblado indio se encontraban a tan solo tres kilómetros.

Esa noche se palpaba la tensión en Pine Ridge. «La mayor dificultad consiste ahora en restaurar la confianza —telegrafió Miles al general Schofield—. Los indios tienen mucho miedo de que les arrebaten las armas y de que hagan con ellos lo mismo que con los que estaban en Wounded Knee». No podían cometer ningún error. Mientras los brulés intentaban sacar fuerzas de flaqueza para

realizar la última marcha, el jefe progresista Joven Temeroso de Sus Caballos (Young Man Afraid of His Horses) actuó como delegado del general Miles entre el poblado hostil y la agencia. El 13 de enero, el poblado indio permaneció inmóvil y el ejército terminó de rodearlo con cinco regimientos que sellaron todas las vías de escape posibles. Aun así, los jefes intentaron retrasar la cuestión. El viejo explorador Frank Grouard fue a su campamento a petición de Miles para recordarles que la paciencia de Abrigo de Oso tenía sus límites.

Al día siguiente, los jefes acordaron las condiciones de la rendición: los guerreros entregarían sus rifles a los líderes, que, a su vez, los cargarían en carromatos para llevárselos a Miles y este se aseguraría de que los compensaran a todos. Tras el desarme de sus guerreros, los jefes llevarían a sus hombres a los lugares designados en la agencia y enviarían a sus hijos a la escuela de inmediato, como potenciales rehenes del ejército.

Esa misma tarde le llegaron rumores alarmantes a Miles. Decían que los brulés pretendían separarse de los oglalas a medianoche y atravesar el cordón del ejército. Los espías hablaron de discusiones «violentas y ruidosas» en el campamento enemigo. Aun así, Miles tenía esperanza. En su boletín diario de prensa prometió que «Se cumplirían las expectativas y que los indios no crearían más problemas». Al general Schofield le escribió: «Todo indica que los militares controlarán la situación. No hay nada, excepto un error o un accidente, que pueda impedir este resultado tan anhelado». Sin embargo, esa noche, el general Brooke también recibió una nota «estrictamente confidencial» procedente del cuartel principal. No debía haber espacios entre las líneas, dijo Miles a Brooke. «En el campamento enemigo hay entre ochocientos y novecientos hombres y, si intentan escapar, los comandantes en jefe deben estar dispuestos de modo que puedan actuar al unísono». Es decir, en caso de que se produjera un paso en falso, había que aplastar a los indios con una fuerza abrumadora. **[42]**

El martes 15 de enero de 1891 amaneció frío y nublado. Una fina capa de escarcha cubría los 742 tipis del poblado brulé y oglala. Las mujeres oglala se habían levantado temprano y estaban desmontando los tipis y cargando los carromatos de la granja y los

trineos con los enseres de la familia. «Con los oglalas que estaban en el grupo enemigo no hubo problemas —escribió un periodista—. Se pusieron a trabajar con ahínco, es decir, animaron a sus mujeres a trabajar y antes de las ocho de la mañana ya estaban listos para partir». Pero los brulés se resistían. «Creían que tan pronto como las dos tribus se separaran, los soldados atacarían y los destruirían por completo, porque se dieron cuenta de que ellos eran los únicos responsables del estallido y no tenían confianza en las promesas de la milicia». El *impasse* fue breve. Los oglalas se mezclaron con los brulés en favor de la paz y, al poco tiempo, los dos grupos estaban tan entremezclados que los brulés contaban con toda la protección que creían necesaria. [43]

A pesar de todo, ni los brulés ni los oglalas quisieron correr ningún riesgo. En los flancos de ese poblado en marcha de tres mil quinientos indios colocaron a grupos de guerreros a pie. El cuerpo principal iba al frente a caballo en los mejores ponis de guerra, atravesando la ondulada llanura pelada en una larga y sinuosa columna de a dos. La mayoría de ellos no era más que unos niños en la época en que sucedieron las guerras contra los blancos, pero se embadurnaron los rostros con pintura de guerra como si hubieran llevado a cabo grandes hazañas. Esta fue la última demostración de poder de los indios de las llanuras, y eran conscientes de ello.

El sol brillaba con intensidad. La temperatura se fue suavizando y se fundieron los últimos restos de nieve. El contingente del general Brooke siguió de cerca a los lakotas, casi expulsándolos del campamento. En las trincheras que había en torno a Pine Ridge la infantería y las máquinas de la artillería estaban dispuestas para la acción. Miles y sus hombres se reunieron en una elevación por la que discurría el trayecto de los indios. El general había envejecido bastante y había ganado peso desde 1877, la última vez que aceptó una rendición lakota. Ya no tenía el porte arrogante, el abrigo de oso, la capa de piel de búfalo y el gorro de piel de aquellas campañas anteriores. Ahora, llevaba una sencilla casaca del ejército y el sombrero de campaña reglamentario. Quizá como gesto esperanzador de paz, se había afeitado el bigote francés que había lucido durante la Guerra Civil. El 15 de enero de 1891, Miles se asemejaba más a un adusto maestro de escuela de mediana edad

que a uno de los generales más ambiciosos con que había contado el ejército.

Sobre la loma, más allá de Miles, iban los lakotas, pálido reflejo del que antaño fue un poderoso pueblo de las llanuras. Pasaban carromatos y carretas cargadas con niños y ancianos, junto a las cuales iban, a pie, las mujeres cargando a la espalda con los niños pequeños. Los oglalas de mediana edad iban a buen paso junto a ellas con aspecto de estar satisfechos de que ocurriera algo más además de lucha. Los recelosos guerreros brulés vigilaban los flancos, con miradas desafiantes a los soldados.

A media tarde, los indios habían vuelto a levantar su poblado, que se extendía tres kilómetros, cerca ya de la agencia de Pine Ridge. Allí les esperaban raciones de café, azúcar y pan. A medida que llegaron las fuerzas del general Brooke, Miles las dispuso en tres campamentos bien protegidos, que ocupaban, como él mismo aseguró: «los tres vértices de un triángulo, con el campamento indio en el centro muy cerca de las tropas». Los brulés fingieron indiferencia. «Sacaban las estacas como si no hubiera ningún soldado a la vista —dijo un testigo blanco—, y una de las últimas imágenes de su campamento que se pudo ver antes de que se pusiera el sol fue la silueta de un guerrero brulé a caballo en la cima de una de las colinas que forman la parte occidental del horizonte de Pine Ridge».

A continuación, se oyeron sonidos que para un blanco mal informado podían sonar siniestros. Desde el poblado se elevaron las voces de cientos de mujeres que entonaban al unísono un repetitivo mantra, acompañadas por un rápido y constante percutir de tambores. Pero no había peligro. No era la Danza de los Espíritus. Los lakotas solo estaban intentando aligerar el trauma del día con el compás familiar de la danza Omaha, una festividad reminiscente de tiempos más felices. [44]

Aquellos tiempos parecían un recuerdo lejano. En realidad, la transformación del mundo lakota y del Oeste indio sucedió en un abrir y cerrar de ojos. Había pasado menos de una generación desde que Nube Roja ganó su guerra en los fuertes de la Ruta Bozeman, pero después, poco a poco, perdió la paz. Los lakotas conservaron las tierras que habían arrebatado a los crows durante menos de una década. Solo habían transcurrido quince años desde la gran victoria

india de Little Bighorn, aunque pírrica en esencia. Ya no quedaba nada. Los lakotas, los cheyenes, los arapahoes, los nez percés, los utes, los modoc, los apaches e incluso algunos kiowas y comanches que odiaban a los texanos habían intentado coexistir de forma amistosa con el hombre blanco, pero no pudieron contenerlo de forma pacífica. Las tribus se habían dividido con amargura al encarar la cuestión de la guerra o la paz. Los indios que lucharon contra el Gobierno lo hicieron, por lo general, con bastante reticencia y, en cualquier caso, perdieron su tierra y su forma de vida.

Había fracasado la conciliación. Había fracasado la guerra. Y las camisas de los espíritus desgarradas por las balas, enterradas junto con sus portadores en una fosa común en la loma solitaria sobre Wounded Knee Creek, eran la prueba clara de que para los indios también había fracasado la religión. Ya no quedaba sitio para ellos en el Oeste, excepto el que tuvo a bien concederles el Gobierno. Un anciano jefe lakota, que fue testigo de la sucesión de los acontecimientos desde el Tratado de Fort Laramie en 1851 hasta la tragedia de Wounded Knee cuatro décadas más tarde, lo resumió: «El Gobierno nos hizo muchas promesas —le dijo a un amigo blanco—, más de las que puedo recordar, pero solo cumplió una; prometió arrebatarnos la tierra, y lo hizo». [45]

No hubo una capitulación lakota formal, ni el 15 de enero de 1891 ni después. Los guerreros que llegaron a Pine Ridge debían entregar sus rifles a los jefes para que se los llevaran a los empleados del ejército, que les extenderían unos recibos para que les realizaran el pago. Al menos, ese era el plan. Sin embargo, su puesta en práctica tuvo una cierta e incómoda semejanza con el episodio de Wounded Knee. Un jefe oglala progresista que tenía numerosos seguidores solo devolvió nueve rifles y al final del día solo habían pasado a manos del ejército menos de setenta rifles, la mayoría de ellos anticuados o rotos. Miles tuvo la sensatez de renunciar a ordenar una búsqueda, convencido de que con el tiempo, y presión calculada sobre los jefes, aparecerían las armas. Y así fue. [46]

Oso Coceador se negó a entregar su rifle a un empleado. El orgulloso oglala no era más que un hombre, pero dado que era

tanto el coinventor como el sumo sacerdote de la Danza de los Espíritus lakota, todos prestaban mucha atención a sus acciones. Antes de que ningún guerrero entregara sus armas, Oso Coceador acudió en busca del general Miles. Se bajó del caballo y se acercó al general caminando con paso firme y sujetando la carabina. Por un momento, los dos se miraron fijamente. A continuación, Oso Coceador posó el arma a los pies de Miles. [47]

Las Guerras Indias por la conquista del Oeste americano habían llegado a su fin.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES PRIMARIAS

Battey, T. C., 1875: *The Life and Adventures of a Quaker Among the Indians*, Lee and Shepard, Boston.

Bland, T. A., 1883: *The Life of Albert B. Meacham*, T. A. & M. C. Bland, Washington, D. C.

Bourke, J. G., 1886 (1958, reed.): *An Apache Campaign in the Sierra Madre*, Charles Scribner's Sons, New York.

Bourke, J. G., 1891: *On the Border with Crook*, Charles Scribner's Sons, New York.

Boyd, J. P., 1891: *Recent Indian Wars, Under the Lead of Sitting Bull, and Other Chiefs*, Publishers Union, Philadelphia, Pennsylvania.

Carrington, F. C., 1910: *My Army Life and the Fort Phil. Kearney Massacre*, J. B. Lippincott, Philadelphia, Penssylvania.

Carter, R. G., 1926: *The Old Sergeant's Story, Winning the West from Indians and Bad Men, 1870-1876*, Frederick H. Hitchcock, New York.

Carter, R. G., 1933 (2013, reed.): *On the Border with Mackenzie; or, Winning West Texas from the Comanches*, Eynon Printing, Washington, D. C.

Carter, W. H., 1900 (1989, reed.): *From Yorktown to Santiago with the 6th US Cavalry*, Lord Baltimore Press, Baltimore, Maryland.

Clark, P., 1885: *Indian Sign Language*, L. R. Hamersly, Philadelphia, Penssylvania.

Crawford, S. J., 1911: *Kansas in the Sixties*, A. C. McClurg, Chicago, Illinois.

Cremony, J. C., 1868: *Life Among the Apaches*, A. Roman, San Francisco, California.

Cruse, T. A., 1941: *Apache Days and After*, Caxton Printers, Caldwell, Idaho.

Custer, E. B., 1885: *Boots and Saddles, or Life in Dakota with General Custer,* Harper & Brothers, New York.

Custer, G. A., 1874 (1952, reed.): *My Life on the Plains; or, Personal Experiences with the Indians*, Sheldon, New York.

Custer, E. B., 1890: *Following the Guidon*, Harper & Brothers, New York.

Davis, B., 1929 (1932, reed.): *The Truth About Geronimo*, Yale University Press, New Haven, Connecticut.

Dodge, R. I., 1877: *The Plains of the Great West and Their Inhabitants*, Putnam, New York.

Dodge, R. I., 1883: *Our Wild Indians: Thirty-Three Years' Experience Among the Red Men of the Great West*, A. D. Worthington, Hartford.

Dodge, G. M., s. f.: *How We Built the Union Pacific Railway*, Monarch, Council Bluffs, Iowa.

Eastman, C. A., (2001, reed.): *From Deep Woods to Civilization: Chapters in the Autobiography of an Indian*, Little, Brown, and Company, Boston, New York.

Finerty, J. F., 1890: *War-Path and Bivouac; or, The Conquest of the Sioux*, Donohue and Henneberry, Chicago.

Forsyth, G. A., 1900: *The Story of the Soldier*, D. Appleton, New York.

Forsyth, G. A., 1900: *Thrilling Days in Army Life*, Harper & Brothers, New York.

Grant, U. S., 1885 and 1886: *Personal Memoirs of U. S. Grant*, 2 vols, Charles L. Webster, New York.

Grinnell, G. B., 1895: *The Story of the Indian*, D. Appleton, New York.

Howard, O. O., 1881: *Nez Perce Joseph*, Lee and Shepard, Boston, New York.

Howard, O. O., 1907: *My Life and Experiences Among Our Hostile Indians*, A. D. Worthington, Hartford, Connecticut.

Howard, O. O., 1908: *Famous Indian Chiefs I Have Known*, Century, New York.

Kappler, C. J. (ed.), 1904-1941: *Indian Affairs: Laws and Treaties*, 5 vols., Government Printing Office, Washington D. C.

Keim, D. B. R., 1870: *Sheridan's Troopers on the Borders: A Winter Campaign on the Plains*, Claxton, Remsen, and Haffelfinger, Philadelphia, Pennsylvania.

Larpenteur, C., 1898: *Forty Years a Fur Trader on the Upper Missouri: The Personal Narrative of Charles Larpenteur*, Francis P. Harper, New York.

Meacham, A. B., 1875: *Wigwam and War-Path*, John P. Dale, Boston, New York.

Miles, N. A., (1992, reed.): *Personal Recollections and Observations of General Nelson A. Miles*, Werner, Chicago.

Mills, A., 1918: *My Story*, Press of Byron S. Adams, Washington, D.C.

Mulford, A. F., 1878: Fighting Indians in the 7th United States Cavalry, Custer's favorite regiment, Paul Lindsley Mulford, Corning, New York.

Northrop, H. D., 1891: *Indian Horrors; or, Massacres by the Red Men*, L. P. Miller, Chicago, Illinois.

Odeneal, T. B., 1873: *The Modoc War: Statement of Its Origin and Causes*, «Bulletin» Steam Book and Job Print Office, Portland, Oregon.

Riddle, J. C., 1914: *The Indian History of the Modoc War*, editado de forma privada, San Francisco, California.

Schofield, John M., 1897: *Forty-Six Years in the Army*, Century, New York.

Scott, H. L., 1928: *Some Memories of a Soldier*, Century, New York.

Sheridan, P. H., 1882: *Record of Engagements with Hostile Indians Within the Military Division of the Missouri from 1868 to 1882, Lieutenant General P. H. Sheridan, Commanding*, Headquarters Military District of the Missouri, Chicago, Illinois.

Sheridan, P. H., 1888: *Personal Memoirs of General P. H. Sheridan*, 2 vols., Charles L. Webster, New York.

Stands in Timber, J., Liberty, M., 1967: *Cheyenne Memories*, Yale University Press, New Haven, Connecticut.

Stanley, H. M., 1895: *My Early Travels and Adventures in America and Asia*, 2 vols., Sampson Low, Marston, London.

Vickers, W. B., 1880: *The History of Denver, Arapahoe County, and Colorado*, O. L. Baskin, Chicago, Illinois.

FUENTES SECUNDARIAS

Allred, B. W., 1960: *Great Western Indian Fights*, Doubleday, Garden City, New York.

Altshuler, C. W., 1981: *Chains of Command: Arizona and the Army, 1856-1875*, Arizona Historical Society, Tucson, Arizona.

Armstrong, W. H., 1978: *Warrior in Two Camps: Ely S. Parker, Union General and Seneca Indian Chief*, Syracuse University Press, Syracuse, New York.

Athearn, R. G., 1956: *William Tecumseh Sherman and the Settlement of the West*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.

Ball, E., 1972: *In the Days of Victorio: Recollections of a Warm Springs Apache*, University of Arizona Press, Tucson, Arizona.

Ball, E., 1980: *Indeh: An Apache Odyssey*, Brigham Young University Press, Provo, Utah.

Barrett, S. M. (ed.), 1999 (1999, reed.): *Geronimo's Story of His Life*. Duffield, New York.

Basler, R., 1953: *The Collected Works of Abraham Lincoln*, 10 vols., Rutgers University Press, New Brunswick, New Jersey.

Basso, K. H. (ed.), 1973: *Western Apache Warfare and Raiding*, University of Arizona Press, Tucson, Arizona.

Beall, M. D., 1963: *«I Will Fight No More Forever»: Chief Joseph and the Nez Perce War*, University of Washington Press, Seattle.

Berthrong, D. J., 1963: *The Southern Cheyennes*, University of

Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.
Betzinez, J., 1960: *I Fought with Geronimo*, Stackpole Books, Harrisburg, Penssylvania.
Bray, K. M., 2006: *Crazy Horse: A Lakota Life*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.
Brimlow, G. F., 1938: *The Bannock War of 1878*, Caxton Printers, Caldwell, Idaho.
Brininstool, E. A., 1952: *Troopers with Custer*, Stackpole, Harrisburg, Penssylvania.
Broome, J., 2003: *Dog Soldier Justice: The Ordeal of Susan Alerdice in the Kansas Indian War*, Lincoln County Historical Society, Lincoln, Nebraska.
Calhoun, J., 1979: *With Custer in '74: James Calhoun's Diary of the Black Hills Expedition*, Brigham Young University Press, Provo, Utah.
Canfield, G. W., 1983: *Sarah Winnemucca of the Northern Paiutes*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.
Carrington, M. I., 1950: *Absaraka, Home of the Crows*, Lakeside Press, Chicago, Illinois.
Chalfant, W. Y., 2010: *Hancock's War: Conflict on the Southern Plains*, Arthur H. Clark, Norman, Oklahoma.
Chamberlain, K. P., 2010: *Victorio, Apache Warrior and Chief*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.
Clavin, T. and Drury, B., 2013: *The Heart of Everything That Is: The Untold Story of Red Cloud, an American Legend*, Simon and Schuster, New York.
Collins, C., 1999: *Apache Nightmare: The Battle of Cibecue Creek*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.
Collins, C. D., Jr., 2006: *Atlas of the Sioux Wars*, Combat Studies Institute, Fort Leavenworth, Kansas.
Cozzens, P., 1994: *The Shipwreck of Their Hopes: The Battles for Chattanooga*, University of Illinois Press, Urbana, Illinois.
Cozzens, P., 2000: *General John Pope: A Life for the Nation*, University of Illinois Press, Urbana, Illinois.
Cozzens, P., 2000: *The Struggle for Apacheria,* vol. 1 de *Eyewitnesses to the Indian Wars, 1865-1890*, Stackpole

Books, Mechanicsburg, Pennsylvania.
Cozzens, P., 2002: *The Wars for the Pacific Northwest*, vol. 2 de *Eyewitnesses to the Indian Wars, 1865-1890*, Stackpole Books, Mechanicsburg, Pennsylvania.
Cozzens, P., 2003: *Conquering the Southern Plains*, vol. 3 de *Eyewitnesses to the Indian Wars, 1865-1890*, Stackpole Books, Mechanicsburg, Pennsylvania.
Cozzens, P., 2004: *The Long War for the Northern Plains*, vol. 4 de *Eyewitnesses to the Indian Wars, 1865-1890*, Stackpole Books, Mechanicsburg, Pennsylvania.
Cozzens, P., 2005: *The Army and the Indian*, vol. 5 o *Eyewitnesses to the Indian Wars, 1865-1890*, Stackpole Books, Mechanicsburg, Pennsylvania.
Danker, D., 1961: *Man of the Plains: Recollections of Luther North, 1856-1882*, University of Nebraska Press, Lincoln, Nebraska.
David, R. B., 1937: *Finn Burnett Frontiersman,* Arthur H. Clarke, Glendale, California.
De Trobriand, P. R., 1951: *Military Life in Dakota: The Journal of Phillipe Regis de Trobriand*, Alvord Memorial Commission, St. Paul.
DeBarthe, J., 1958: *The Life and Adventures of Frank Grouard, Indian Scout*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.
Debo, A., 1982: *Geronimo: The Man, His Time, His Place*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.
Decker, P. R., 2004: *The Utes Must Go! American Expansion and the Removal of a People*, Fulcrum, Golden, Colorado.
DeMallie, R. J. (ed.), 1984: *The Sixth Grandfather: Black Elk's Teachings Given to John G. Neihardt*, University of Nebraska Press, Lincoln, Nebraska.
Dillon, R., 1973: *Burnt-Out Fires: California's Modoc Indian War*, Prentice-Hall, New York.
Donovan, J., 2008: *A Terrible Glory: Custer and the Little Bighorn, the Last Great Battle of the American West*, Little, Brown, and Company, Boston, New York.

Dunlav, T. W., 1982: *Wolves for the Blue Soldiers: Indian Scouts and Auxiliaries with the United States Army,* 1860-1890, University of Nebraska Press, Lincoln, Nebraska.

Dunn, J. P. Jr, 2002: *Massacres of the Mountains: A History of the Indian Wars of the Far West, 1815-1875*, Stackpole Books, Mechanicsburg, Pennsylvania.

Eastman, E. G., 1985: *Sister to the Sioux: The Memoirs of Elaine Goodale Eastman*, University of Nebraska Press, Lincoln, Nebraska.

Ege, R. J., 1970: *«Tell Baker to Strike Them Hard!»: Incident on the Marias, 23 Jan. 1870*, Old Army Press, Bellevue, Nebraska.

Emmitt, R., 1954: *The Last War Trail: The Utes and the Settlement of Colorado*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.

Farish, T. E., 1915: *History of Arizona*, 8 vols., State of Arizona, Phoenix.

Gaff, A. D. and Gaff, M. (eds.), 1994: *Adventures on the Western Frontier: Major General John Gibbon*, Indiana University Press, Bloomington, Indiana.

Graham, W. A., 1953: *The Custer Myth: A Source Book of Custeriana*, Stackpole, Harrisburg, Pennsylvania.

Gray, J. S., 1976: *Centennial Campaign: The Sioux War of 1876*, Old Army Press, Fort Collins, Colorado.

Gray, J. S., 1991: *Custer's Last Campaign: Mitch Boyer and the Little Bighorn Reconstructed*, University of Nebraska Press, Lincoln, Nebraska.

Green, J. (ed.), 1996: *After Wounded Knee: Correspondence of Major and Surgeon John Vance Lauderdale While Serving with the Army Occupying the Pine Ridge Indian Reservation, 1890-1891*, Michigan State University Press, East Lansing, Michigan.

Greene, J. A., 1982: *Slim Buttes, 1876: An Episode of the Great Sioux War*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.

Greene, J. A., 1994: *Yellowstone Command: Colonel Nelson A.*

Miles and the Great Sioux War, 1876-1877, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.

Greene, J. A., (ed.), 1996: *Battles and Skirmishes of the Great Sioux War, 1876-1877: The Military View*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.

Greene, J. A., 1998: *Lakota and Cheyenne: Indian Views of the Great Sioux War, 1876-1877*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.

Greene, J. A., 1999: *Washita: The US Army and the Southern Cheyennes, 1867-1869*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.

Greene, J. A., 2000: *Nez Perce Summer, 1877: The US Army and the Nee-Me— Poo Crisis*, Montana Historical Society Press, Helena, Montana.

Greene, J. A., 2003: *Morning Star Dawn: The Powder River Expedition and the Northern Cheyennes, 1876*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.

Greene, J. A., 2007: *Indian War Veterans: Memories of Army Life and Campaigns in the West, 1864-1898*, Savas Beattie, El Dorado Hills, California.

Greene, J. A., 2014: *American Carnage: Wounded Knee, 1890*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.

Grinnell, G. B., 1915: *The Fighting Cheyennes*, Charles Scribner's Sons, New York.

Grinnell, G. B., 1928: *Two Great Scouts and Their Pawnee Battalion: The Experiences of Frank J. and Luther H. North, Pioneers of the Great West, 1856-1862, and Their Defence of the Building of the Union Pacific Railroad*, Arthur H. Clark, Cleveland, Ohio.

Grossman, M., 2003: *Political Corruption in America: An Encyclopedia of Scandals, Power, and Greed*, ABC-CLIO, Santa Barbara, California.

Gwynne, S. C., 2011: *Empire of the Summer Moon: Quanah Parker and the Rise and Fall of the Comanche Nation, the Most Powerful Indian Tribe in American History*, Scribner, New York. [Ed. en esp.: El imperio de la luna de agosto,

Turner, Madrid]
Hagan, B. J., 1999: *«Exactly in the Right Place»: A History of Fort C. F. Smith, Montana Territory, 1866-1868*, Upton and Sons, El Segundo, California.
Haley, James L., 1976: *The Buffalo War*, Doubleday, Garden City, New York.
Hammer, K. (ed.), 1976: *Custer in '76: Walter Camp's Notes on the Custer Fight*, Brigham Young University Press, Provo, Utah.
Hampton, B., 1994: *Children of Grace: The Nez Perce War of 1877*, Henry Holt, New York.
Hanson, J. M., 1909: *The Conquest of the Missouri*, A. C. McClurg, Chicago, Illinois.
Hardorff, R. G., 1991: *Lakota Recollections of the Custer Fight*, Arthur H. Clark, Spokane, Washington.
Hardorff, R. G., 1993: *Hokahey! A Good Day to Die! The Indian Casualties of the Custer Fight*, Arthur H. Clark, Spokane, Washington.
Hardorff, R. G., 1998: *The Surrender and Death of Crazy Horse*, Arthur H. Clark, Spokane, Washington.
Hardorff, R. G., 2004: *Indian Views of the Custer Fight*, Arthur H. Clark, Spokane, Washington.
Hardorff, R. G., 2008: *Washita Memories: Eyewitness Accounts of Custer's Attack on Black Kettle's Village*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.
Hassrick, R. B, 1964: *The Sioux*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.
Hebard, G. R., 1930: *Washakie: An Account of Indian Resistance*, Arthur H. Clark, Cleveland, Ohio.
Hebard, G. R. and Brininstool, E. A., 1922: *The Bozeman Trail*, 2 vols., Arthur H. Clark, Cleveland, Ohio.
Hedren, P. L., 2011: *After Custer: Loss and Transformation in Sioux Country*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.
Heyman, M. L., Jr., 1959: *Prudent Soldier: A Biography of Major General E. R. S. Canby*, Arthur H. Clark, Glendale,

California.
Hoig, S., 1961: *The Sand Creek Massacre*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.
Hoig, S., 1976: *The Battle of the Washita: The Sheridan-Custer Indian Campaign of 1867–1869*, Doubleday, Garden City, New York.
Hoig, S., 1980: *The Peace Chiefs of the Cheyennes*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.
Hutton, P. A. (ed.), 1987: *Soldiers West: Biographies from the Military Frontier*, University of Nebraska Press, Lincoln, Nebraska.
Hutton, P. A., 1999: *Phil Sheridan and His Army*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.
Hyde, G. F., 1937: *Red Cloud's Folk: A History of the Oglala Sioux Indians*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.
Hyde, G. F., 1961: *Spotted Tail's Folk: A History of the Brulé Sioux*, University of Oklahoma Press, Norman, OKlahoma.
Hyde, G. F., 1968: *Life of George Bent, Written from His Letters*, University of Oklahoma Press, Norman, OKlahoma.
Jackson, D., 1966: *Custer's Gold: The United States Cavalry Expedition of 1874*, Yale University Press, New Haven, Connecticut.
Jacoby, K., 2008: *Shadows at Dawn: A Borderlands Massacre and the Violence of History*, Penguin, New York.
Jauken, A. F., 1998: *The Moccasin Speaks: Living as Captives of the Dog Soldier Warriors*, Dageford, Lincoln, Nebraska.
Jensen, R. E., (ed.), 2005: *The Indian Interviews of Eli S. Ricker, 1903-1919*, vol. 1 de *Voices of the American West*, University of Nebraska Press, Lincoln, Nebraska.
Jensen, R. E., 2005: *The Settler and Soldier Interviews of Eli S. Ricker, 1903-1919*, vol. 2 de *Voices of the American West*, University of Nebraska Press, Lincoln, Nebraska.
Jones, D. C., 1966: *The Treaty of Medicine Lodge: The Story of the Great Treaty Council as Told by Eyewitnesses,* University of Oklahoma Press, Norman, OKlahoma.

Josephy, A. M., Jr., 1979: *The Nez Perce Indians and the Opening of the Northwest*, Yale University Press, New Haven, Connecticut.

Keenan, J., 1992: *The Wagon Box Fight*, Lightning Tree Press, Boulder, Colorado.

Kennedy, W. J., (ed.), 1997: *On the Plains with Custer and Hancock: The Journal of Isaac Coates, Army Surgeon*, Johnson Books, Boulder, Colorado.

Kimball, M. B., 1917: *A Soldier-Doctor of Our Army, James P. Kimball*, Houghton Mifflin, Boston, New York.

Kime, W. R. (ed.), 1989: *The Powder River Journals of Colonel Richard Irving Dodge*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.

Kraft, L., 2005: *Lt. Charles Gatewood and His Apache War Memoir*, University of Nebraska Press, Lincoln, Nebraska.

Krause, H. and Olson, H. D. (eds.), 1974: *Custer's Prelude to Glory: A Newspaper Accounting of Custer's 1874 Expedition to the Black Hills*, Brevet Press, Sioux Falls, South Dakota.

Lane, J. C., (ed.), 1970: *Chasing Geronimo: The Journal of Leonard Wood, May-September 1886*. Lincoln: University of Nebraska Press, Lincoln, Nebraska.

LaPointe, E., 2009: *Sitting Bull: His Life and Legacy*, Gibbs Smith, Layton, Utah.

Larson, R. W., 1973: *Red Cloud: Warrior Statesman of the Lakota Sioux*, University of Oklahoma Press, Norman, OKlahoma.

Leckie, W. H., 1963: *The Military Conquest of the Southern Plains*, University of Oklahoma Press, Norman, OKlahoma.

Leckie, W. H., 1967: *The Buffalo Soldiers: A Narrative of the Negro Cavalry in the West*, University of Oklahoma Press, Norman, OKlahoma.

Leonard, E. D., 2010: *Men of Color to Arms! Black Soldiers, Indian Wars, and the Quest for Equality*. New York: W. W. Norton, 2010.

Linderman, F. B., 1962: *Plenty-Coups, Chief of the Crows*,

University of Nebraska Press, Lincoln, Nebraska.

Lockwood, F. C., 1938 (1987, reed.): *The Apache Indians*, Macmillan, New York.

Lubetkin, M. J., 2006: *Jay Cooke's Gamble: The Northern Pacific Railroad, the Sioux, and the Panic of 1873*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.

Lubetkin, M. J., 2013: *Custer and the 1873 Yellowstone Survey: A Documentary History*, Arthur H. Clark, Norman, Oklahoma.

McConnell, W. J., 1913: *Early History of Idaho*, Caxton Printers, Caldwell, Idaho.

McGillycuddy, J. B., 1941: *McGillycuddy, Indian Agent*, Stanford University Press, Palo Alto, California.

McGinnis, A., 2010: *Counting Coup and Cutting Horses: Intertribal Warfare on the Northern Plains, 1738-1889*, University of Nebraska Press, Lincoln, Nebraska.

McGregor, J. H., 1950: *The Wounded Knee Massacre from the Viewpoint of the Sioux*, Lund Press, Minneapolis, Minnesota.

McMurtry, L., 1999: *Crazy Horse*, Viking, New York.

McWhorter, L. V., 1940 (1984, reed.): *Yellow Wolf: His Own Story*, Caxton Printers, Caldwell, Idaho.

McWhorter, L. V., 1952: *Hear Me, My Chiefs! Nez Perce Legend and History*, Caxton Press, Caldwell, Idaho.

Madsen, B. D., 1958: *The Bannock of Idaho*, Caxton Printers, Caldwell, Idaho.

Mails, T. E., 1972: *The Mystic Warriors of the Plains*, Doubleday, Garden City, New York.

Malone, D. (ed.), 1937: *The Dictionary of American Biography*, 21 vols., Charles Scribner's Sons, New York.

Marquis, T. B., 1931 (1962, reed.): *Wooden Leg: A Warrior Who Fought Custer*. Mid-west Company, Minneapolis, Minnesota.

Marriott, A., 1957: *The Ten Grandmothers*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.

Marshall, J. M., 2004: *The Journey of Crazy Horse: A Lakota History*, Viking Press, New York.

Marshall, J. T., 1971: *The Miles Expedition of 1874-1875: An Eyewitness Account of the Red River War*, Encino Press, Austin, Texas.

Marszalek, J. F., 1993: *Sherman: A Soldier's Passion for Order*, Free Press, New York.

Mayhall, M. P., 1962 (1971, reed.): *The Kiowas*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.

McDermott, J. D., 2010: *Red Cloud's War: The Bozeman Trail*, 2 vols., Arthur H. Clark, Norman, Oklahoma.

Meredith, G. E., 1927: (2004, reed.): *Girl Captives of the Cheyennes*, Gem, Los Angeles, California.

Merington, M., 1950: *The Custer Story: The Intimate Letters of General George A. Custer and His Wife Elizabeth*, Devon-Adair, New York.

Michno, G. F., 2003: *Encyclopedia of Indian Wars: Western Battles and Skirmishes, 1850-1890*, Mountain Press, Missoula, Montana.

Michno, G. F., 2007: *The Deadliest Indian War in the West: The Snake Conflict, 1864-1868*, Caxton Press, Caldwell, Idaho.

Michno, G. F. and Michno, S., 2007: *A Fate Worse Than Death: Indian Captivities in the West, 1830-1895*, Caxton Press, Caldwell, Idaho.

Miller, M. E., 1997: *Hollow Victory: The White River Expedition of 1879 and the Battle of Milk Creek*, University of Colorado Press, Niwot, Colorado.

Monnett, J. H., 1992: *The Battle of Beecher Island and the Indian War of 1867-1869*, University of Colorado Press, Niwot.

Monnett, J. H., 2001: *Tell Them We Are Going Home: The Odyssey of the Northern Cheyennes*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.

Monnett, J. H., 2006: *Where a Hundred Soldiers Were Killed: The Struggle for the Powder River Country in 1866 and the Making of the Fetterman Myth*, University of Mexico Press, Albuquerque, New Mexico.

Mooney, J., 1965: *The Ghost Dance Religion and the Sioux*

Outbreak of 1890, University of Chicago Press, Chicago, Illinois.

Murray, K. A., 1959: *The Modocs and Their War*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.

Nabokov, P., 1967: *Two Leggings: The Making of a Crow Warrior*, Thomas Y. Crowell, New York.

Neeley, B., 1995: *The Last Comanche Chief: The Life and Times of Quanah Parker*, Wiley, New York.

Neihardt, J. G., 1932 (1988, reed.): *Black Elk Speaks: Being the Life Story of a Holy Man of the Oglala Sioux*, William Morrow, New York.

Noyes, A., 1917: *In the Land of Chinook; or, The Story of Blaine County*, State Publishing, Helena, Montana.

Nye, W. S., 1937: *Carbine and Lance: The Story of Old Fort Sill*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.

Nye, W. S., 1962: *Bad Medicine and Good: Tales of the Kiowa*, University of Oklahoma Press, Norman Oklahoma.

Nye, W. S., 1968: *Plains Indian Raiders: The Final Phases of Warfare from the Arkansas to the Red River*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.

Ogle, R. H., 1970: *Federal Control of the Western Apaches, 1848-1886*, University of New Mexico Press, Albuquerque, New Mexico.

Olson, J. C., 1965: *Red Cloud and the Sioux Problem*, University of Nebraska Press, Lincoln, Nebraska.

Parker, J., 1929 (2003, reed.): *The Old Army: Memories, 1872-1918*, Dorrance, Philadelphia, Pennsylvania.

Paul, R. E. (ed.), 1997: *Autobiography of Red Cloud, War Leader of the Oglalas*, Montana Historical Society Press, Helena, Montana.

Paul, R. E., 1998: *The Nebraska Indian Wars Reader*, University of Nebraska Press, Lincoln, Nebraska.

Philbrick, N., 2010: *The Last Stand: Custer, Sitting Bull, and the Battle of the Little Bighorn*, Viking Penguin, New York.

Pohanka, Brian, (ed.), 1985: *Nelson A. Miles: A Documentary Biography of His Military Career*, Arthur H. Clark,

Glendale, California.

Powell, P. J., 1981: *People of the Sacred Mountain: A History of the Northern Cheyenne Chiefs and Warrior Societies, 1830–1879*. 2 vols. New York: Harper & Row, 1981.

Powers, T., 2011: *The Killing of Crazy Horse*, Alfred A. Knopf, New York.

Prucha, F. P., 1964: *American Indian Policy in Crisis: Christian Reformers and the Indian, 1865-1890*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.

Prucha, F. P., 1994: *American Indian Treaties: The History of a Political Anomaly*. University of California Press, Berkeley, California.

Richardson, R. N., 1991: *The Comanche Barrier to South Plains Settlement*, Arthur H. Clark, Cleveland, Ohio.

Rickey, D., 1963: *Forty Miles a Day on Beans and Hay: The Enlisted Soldier Fighting the Indian Wars*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.

Robinson, C. M. III, 1993: *Bad Hand: A Biography of General Ranald S. Mackenzie*, State House Press, Austin, Texas.

Robinson, C. M. III (ed.), 2003-2013: *The Diaries of John Gregory Bourke*, 5 vols., University of North Texas Press, Denton, Texas.

Robinson, C. M. III, 2001: *General Crook and the Western Frontier*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.

Robinson, C. M. III, 1995: *A Good Year to Die: The Story of the Great Sioux War*, Random House, New York.

Rockwell, S. J., 2010: *Indian Affairs and the Administrative State in the Nineteenth Century*, Cambridge University Press, Cambridge, United Kingdom.

Roe, F. M. A., 1909: *Army Letters from an Officer's Wife, 1871-1888*, Appleton, New York.

Russell, D., 1936 (2003, reed.): *One Hundred and Three Fights and Scrimmages: The Story of General Reuben F. Bernard*, United States Cavalry Association, Washington, D.C.

Sandoz, M., 1942: *Crazy Horse, the Strange Man of the Oglalas*, Alfred A. Knopf, New York.

Schmitt, M. F. (ed.), 1946: *General George Crook, His Autobiography*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.

Schubert, F. N., 2003: *Voices of the Buffalo Soldiers: Records, Reports, and Recollections of Military Service in the West*, University of New Mexico Press, Albuquerque, New Mexico.

Schultz, James W., 1962: *Blackfeet and Buffalo: Memories of Life Among the Indians*. University of Oklahoma Press, Norman, OKlahoma.

Scott, K. A., 2007: *Yellowstone Denied: The Life of Gustave Cheyney Doane*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.

Shapard, B., 2010: *Chief Loco: Apache Peacemaker*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.

Simon, J. Y. (ed.), 1967-2009: *The Papers of Ulysses S. Grant*, 31 vols., Southern Illinois University Press, Carbondale, Illinois.

Simpson, M. G., 2001: *Making Representations: Museums in the Post-Colonial Era*, Taylor and Francis, London.

Slattery, C. L., 1901: *Felix Reville Brunot, 1820-1898*, Longmans, Green, New York.

Smith, P. D., 1980: *Ouray: Chief of the Utes*, Wayfinder Press, Ridgeway, Colorado.

Smith, S. L., 1989: *Sagebrush Soldier: Private William Earl Smith's View of the Sioux War of 1876*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.

Sprague, M., 1957: *Massacre: The Tragedy at White River*, Little, Brown, Boston.

Steinbach, R. H., 1990: *A Long March: The Lives of Frank A. and Alice Baldwin*, University of Texas Press, Austin, Texas.

Stewart, E. I., 1955: *Custer's Luck*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.

Stiles, T. J., 2015: *Custer's Trials: A Life on the Frontier of a New America*, Alfred A. Knopf, New York.

Sweeney, E. R., 1991: *Cochise, Chiricahua Apache Chief*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.

Sweeney, E. R., 1997: *Making Peace with Cochise: The 1872*

Journal of Captain Joseph Alton Sladen, Norman: University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.

Sweeney, E. R., 2010: *From Cochise to Geronimo: The Chiricahua Apaches, 1874–1886*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.

Tatum, L., 1970: *Our Red Brothers and the Peace Policy of President Ulysses S. Grant*, John C. Winston, Philadelphia, Pennsylvania.

Taylor, J. F. (ed.), 1961-1962: *The Indian Campaign on the Staked Plains, 1874-1875*, 2 vols, Panhandle-Plains Historical Society, Canyon, Texas.

Taylor, W. O., 1971: *With Custer on the Little Bighorn*, Viking, New York.

Thompson, E. N., 1971: *Modoc War, Its Military History and Topography*, Argus Books, Sacramento, California.

Thrapp, D. L., 1967: *The Conquest of Apacheria*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.

Thrapp, D. L., 1979: *Dateline Fort Bowie: Charles Fletcher Lummis Reports on an Apache War*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.

Thrapp, D. L., 1994: *Encyclopedia of Frontier Biography*, 4 vols., Arthur H. Clark, Spokane, Washington.

Thrapp, D. L., 1974: *Victorio and the Mimbres Apaches*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.

Tibbles, T. H., 1957: *Buckskin and Blanket Days: Memoirs of a Friend of the Indians*, Doubleday, Garden City, New York.

Utley, R. M., 1963: *The Last Days of the Sioux Nation*, Yale University Press, New Haven, Connecticut.

Utley, R. M., 1967: *Frontiersmen in Blue: The United States Army and the Indian, 1848-1865*, Macmillan, New York.

Utley, R. M., 1973: *Frontier Regulars: The United States Army and the Indian, 1866-1891*, Macmillan, New York.

Utley, R. M. (ed.), 1977: *Life in Custer's Cavalry: Diaries and Letters of Albert and Jennie Barnitz, 1867-1869*, Yale University Press, New Haven, Connecticut.

Utley, R. M., 1984: *The Indian Frontier of the American West*,

University of New Mexico Press, Albuquerque, New Mexico.
Utley, R. M., 1988: *Cavalier in Buckskin: George Armstrong Custer and the Western Military Frontier*, University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma.
Utley, R. M., 1993: *The Lance and the Shield: The Life and Times of Sitting Bull*, Henry Holt, New York.
Utley, R. M., 2002: *Indian Wars*, Houghton Mifflin, Boston.
Utley, R. M., 2013: *Geronimo*, Yale University Press, New Haven, Connecticut.
Vestal, S., 1932: *Warpath: The True Story of the Fighting Sioux Told in the Biography of Chief White Bull*, Houghton Mifflin, Boston.
Wallace, E., 1965 (1993, reed.): *Ranald S. Mackenzie on the Texas Frontier*, West Texas Museum Association, Lubbock, Texas.
Webb, W. P., 1931: *The Great Plains*, Ginn, Boston.
Wert, J. D., 1996: *Custer: The Controversial Life of George Armstrong Custer*, Simon and Schuster, New York.
West, E., 2000: *The Last Indian War: The Nez Perce Story*, Oxford University Press, Oxford.
Wharfield, H. B., 1966: *Cooley: Army Scout, Arizona Pioneer, Wayside Host, Apache Friend*, H. B. Wharfield, El Cajon, California.
White, L. J. (ed.), 1972: *Hostiles and Horse Soldiers*, Pruett, Boulder, Colorado.
Wooster, R., 1993: *Nelson A. Miles and the Twilight of the Frontier*, University of Nebraska Press, Lincoln, Nebraska.

CAPÍTULOS, ARTÍCULOS, ENSAYOS Y DISCURSOS

Addresses to the Graduating Class of the US Military Academy at West Point, NY, June 14th, 1876, New York: D. Van Nostrand, 1876.
«The Apache Story of the Cibecue», en P. Cozzens, *Eyewitnesses to the Indian Wars, 1865-1890,* vol. 1: *Struggle for Apacheria*, 2000, Stackpole Books, Mechanicsburg, Pennsylvania.

«Army Abuses-Our Recruiting System», *Army and Navy Journal,* April 29th, 1876.

«The Army and the Indian», *Army and Navy Journal,* March 14th, 1874.

Army Officer's Wife: «The Beauties of Indian Frontier Life», *Army and Navy Journal,* August 24th, 1867.

«The Bannock Troubles», *Army and Navy Journal,* June 29th, 1878.

Baird, G. W., 1891: «General Miles' Indian Campaigns», *Century Magazine*, vol. 42, issue 3, July.

Belish, E. D., 1961: «American Horse (Wasechun-Tashunka): The Man Who Killed Fetterman», *Annals of Wyoming*, 33, n.º 1, Spring.

Bourke, J. G., 2000: «With Crook in the Sierra Madre», en P. Cozzens, *Eyewitnesses to the Indian Wars, 1865-1890,* vol. 1: *Struggle for Apacheria*, Stackpole Books, Mechanicsburg, Pennsylvania.

Boutelle, F. A., 1907: «The Disaster to Thomas' Command», en Cyrus T. Brady, *Northwestern Fights and Fighters,* McClure, New York.

Boutelle, F. A., 1907: «Major Boutelle's Account of His Duel with Scarfaced Charley in the First Engagement», en Cyrus T. Brady, *Northwestern Fights and Fighters,* McClure, New York.

Brackett, A. G., 1883: «Our Cavalry», *Journal of the Military Service Institution of the United States*, 4, n.º 16.

Braden, C. G., 2004: «The Yellowstone Expedition of 1873», en P. Cozzens, *Eyewitnesses to the Indian Wars, 1865-1890*, vol. 4: *Long War for the Northern Plains*, Stackpole Books, Mechanicsburg, Pennsylvania.

Bradley, J. H., 1896: «The Sioux Campaign of 1876 under General John Gibbon», *Contributions to the Historical Society of Montana* 2.

Bray, K. M., 1994: «Teton Sioux: Population History, 1655-1881», *Nebraska History*, 75.

Bray, K. M., 1998: «Crazy Horse and the End of the Great Sioux

War», *Nebraska History*, 79.

Brewster, C., 1899: «Battle of Washita», *National Tribune,* September 18th.

Bridger, J., 1867: «Indian Affairs in the Powder River Country», *Army and Navy Journal,* June 29th.

Bronson, E. B., 1909: «Little Wolf's Escape and Dull Knife's Capture», *Pearson's Magazine,* February.

Bronson, E. B., 1909: «Soldier Creek Ambuscades», *Pearson's Magazine,* March.

Buck, H., 2002: «The Story of the Nez Perce Campaign During the Summer of 1877», en P. Cozzens, *Eyewitnesses to the Indian Wars, 1865-1890*, vol. 2: *Wars for the Pacific Northwest*, Stackpole Books, Mechanicsburg, Pennsylvania.

Caitlin, J. B., 1927: «The Battle of the Big Hole», en *Society of Montana Pioneers, Forty-Fourth Annual Convention, Missoula, Montana, August 4, 5, and 6, 1927, Historian's Annual Report*, Montana Bureau of Printing, Missoula.

«Capture of a Cheyenne Village», *Army and Navy Journal,* July 31st, 1869.

Cargill, A. H., 1936: «The Camp Grant Massacre», *Arizona Historical Review*, 7, n.º 3, July.

Carpenter, J. A., 1958: «General Howard and the Nez Perce War of 1877», *Pacific Northwest Quarterly*, 49, n.º 4, October.

Carpenter, L. A., 1925: «The Story of a Rescue», *Winners of the West,* February.

Carr, C. C. C., 1889: «The Days of Empire-Arizona, 1865-1890», *Journal of the United States Cavalry Association* 2, n.º 4, March.

Carrington, H. B., 1884: *The Indian Question: An Address Before the Geographical and Biological Sections of the British Association for the Advancement of Science, at Their Forty-Fifth Meeting, at Bristol, 1875*, Charles H. Whiting, Boston.

«Causes of Desertion», *Army and Navy Journal,* January 14th, 1871.

[Chief Joseph], 1879: «An Indian's Views of Indian Affairs», *North*

American Review, 128, April.

Clum, J. P., 1930: «Apache Misrule», *New Mexico Historical Review*, 5.

Craft, F. M. J., 1891: «Indian Troubles», *Roman Catholic Weekly,* January 4th.

Cremony, J. C., 1871: «Some Savages», *Overland Monthly* 8, n.º 3, March.

Crook, G., 1878: «The Bannock Troubles», *Army and Navy Journal,* June 29th.

Crook, G., 2000a: «Resume of Operations Against Apache Indians, 1882-1886», en P. Cozzens, *Eyewitnesses to the Indian Wars, 1865-1890,* vol. 1: *Struggle for Apacheria*, Stackpole Books, Mechanicsburg, Pennsylvania.

Crook, G., 2000b: «The Apache Troubles», en P. Cozzens, *Eyewitnesses to the Indian Wars, 1865-1890,* vol. 1: *Struggle for Apacheria*, Stackpole Books, Mechanicsburg, Pennsylvania.

Custer, E. B., 1900: «"Where the Heart Is": A Sketch of Woman's Life on the Frontier», *Lippincott's Magazine,* February.

Custer, G. A., 1876: «Battling with the Sioux on the Yellowstone», *Galaxy,* 22, n.º 1, July.

Daly, H. W., 1933: «The Capture of Geronimo», *Winners of the West,* December.

Daly, H. W., 2000: «The Geronimo Campaign», en P. Cozzens, *Eyewitnesses to the Indian Wars, 1865-1890,* vol. 1: *Struggle for Apacheria*, Stackpole Books, Mechanicsburg, Pennsylvania.

Davis, B., 2000: «The Difficulty of Indian Warfare», en P. Cozzens, *Eyewitnesses to the Indian Wars, 1865-1890,* vol. 1: *Struggle for Apacheria*, Stackpole Books, Mechanicsburg, Pennsylvania.

Davis, T. R., 1868: «A Summer on the Plains», *Harper's New Monthly Magazine,* February.

Dorst, Joseph H., 2005: «Ranald Slidell Mackenzie», en P. Cozzens, *Eyewitnesses to the Indian Wars, 1865*—1890, vol. 5: *The Army and the Indian*, Stackpole Books,

Mechanicsburg, Pennsylvania.
Dougherty, W. E., 1892: «Personal Experiences Among the Indians of North America and the Wounded Knee Fight», *Overland Monthly,* April.
Eastman, C. A., 1900: «The Indian Version of Custer's Last Battle», *Chautauquan*, 31, July.
Ewers, J. C., 1973: «Intertribal Warfare as the Precursor of Indian-White Warfare on the Northern Great Plains», *Western Historical Quarterly*, 6, n.º 4, October.
Fechet, E. G., 1896: «The True Story of the Death of Sitting Bull», *Cosmopolitan,* March.
Fiebeger, G. J., 1975: «General Crook's Campaign in the Sierra Madre», en J. M. Carroll, *The Papers of the Order of Indian Wars,* Old Army Press, Fort Collins, Colorado.
Finerty, J. F., 2000: «On Campaign After Cibecue Creek», en P. Cozzens, *Eyewitnesses to the Indian Wars, 1865-1890,* vol. 1: *Struggle for Apacheria*, Stackpole Books, Mechanicsburg, Pennsylvania.
Fitzgerald, M., 1927: «The Modoc War», *Americana Illustrated,* 21, October.
Flynn, A. M., 1939: «Looking Back over Forty-Nine Years: A 7th Cavalryman Remembers», *Winners of the West,* 16, n.º 10 (November).
Forbes, A., 1882: «The United States Army». *North American Review* 135, n.º 309, August, pp. 127-145.
Forsyth, G. A., 1895: «A Frontier Fight», *Harper's New Monthly Magazine,* n.º 91 issue 541, June, pp. 42-62.
Fritz, H. E., 1959: «The Making of Grant's Peace Policy», *Chronicles of Oklahoma*, vol. 37, n.º 4, pp. 411-432.
Garfield, J. A., 1878: «The Army of the United States», *North American Review*, 126, n.º 261, March-April, pp. 193-216.
Garfield, M. H., 1932: «Defense of the Kansas Frontier, 1866-1867», *Kansas Historical Quarterly*, vol. 1, n.º 4, pp. 326-344.
Garland, H., 1898: «General Custer's Last Fight as Seen by Two Moon», *McClure's Magazine,* vol. 11, May-Oct., pp.

443-448.
«Garryowen, Regimental Battle Song of the Seventh US Cavalry», *Cavalry Journal,* July-August, 1942.
Gashuntz, 1894: «Candid Opinion of Arizona», *Army and Navy Journal,* 25th March, 1871.
Gatewood, C. B.: «Campaigning Against Geronimo in 1879», *Great Divide,* April.
«General Crook on Indians», *Council Fire* 2, n.º 12, December, 1889.
«General Howard's Treaties», *Old and New* 6, November, 1872.
Genetin-Pilawa, C. J., 2010: «Ely Parker and the Contentious Peace Policy», Montana, *The Magazine of Western History*, 41, n.º 2, Summer.
Gibbon, J., 1876: «The Indian Department», *Army and Navy Journal,* Jan 1st.
Gibbon, J., 1877: «Last Summer's Expedition against the Sioux and Its Great Catastrophe», *American Catholic Quarterly*, 2, October.
Gibson, F. M., 2003: «Our Washita Battle», en P. Cozzens, *Eyewitnesses to the Indian Wars, 1865-1890,* vol. 3: *Conquering the Southern Plains*, Stackpole Books, Mechanicsburg, Pennsylvania.
Godfrey, E. S.: «Custer's Last Battle», *Century Magazine,* Jan 1892.
Godfrey, E. S., 1927: «Some Reminiscences, Including an Account of General Sully's Campaign Against the Southern Plains Indians, 1868», *Cavalry Journal*, 36, July.
Godfrey, E. S., 1929: «The Medicine Lodge Treaty, Sixty Years Ago», *Winners of the West,* March.
Goldin, T. W., 1888: «Terry and Crook», *Ours, a Military Magazine,* March.
Greene, J. A., 1972: «The Hayfield Fight: A Reappraisal of a Neglected Action», Montana, *The Magazine of History*, 22, n.º 4, Autumn.
Gressley, G. M., 1958: «A Soldier with Crook: The Letters of Henry R. Porter», Montana, *The Magazine of Western History*, 8,

July.
Grinnell, G. B., 1910: «Coup and Scalp Among the Plains Indians», *American Anthropologist*, 12, n.º 2, April-June.
Grinnell, G. B., 1926: «An Indian Perspective on the Wagon Box Fight», *Midwest Review*, 9, n.º 3, March.
Guthrie, J., 1939: «A Detail of the Fetterman Massacre», *Winners of the West,* September.
Hamalainem, P., 2008: *The Comanche Empire*, New Haven, Connecticut, Yale University Press.
Hancock, W. S., 1867: «The Indians», *Army and Navy Journal,* September 7th.
Hardin, C. B., 1910: «The Sheepeater Campaign», *Journal of the Military Service Institution of the United States*, 47.
Hasbrouck, H. C., 1907: «The Last Fight of the Campaign», en C. T. Brady, *Northwestern Fights and Fighters,* McClure, New York.
Hastings, J. H., 1959: «The Tragedy at Camp Grant in 1871», *Arizona and the West*, 1, n.º 2, Summer.
Hazen, W. B., 1935: «Some Corrections of Life on the Plains», *Chronicles of Oklahoma*, 3, n.º 4, December.
Hedren, P. A., 2012: «Libbie Custer», *Wild West*, 25, n.º 1, June.
Henely, A., 1929: «The Sappa Creek Fight», *Winners of the West,* December 20th.
[Henry, G. V.], 1871: «Cavalry Life in Arizona», *Army and Navy Journal,* June 10th.
Howard, O. O., 1879: «The True History of the Wallowa Campaign», *North American Review*, 128, July.
Howard, O. O., 1888a: «Close of the Paiute and Bannock War», *Overland Monthly,* Jan.
Howard, O. O., 1888b: «Results of the Paiute and Bannock War», *Overland Monthly,* Feb.
Howard, O. O., 1890: «Major General George A. Crook», *Chautauquan,* 11, June.
Howe, G. F., 1952: «Expedition to the Yellowstone River in 1873: Letters of a Young Cavalry Officer», *Mississippi Valley Historical Review*, 39, n.º 3, December.

Hutton, P. A., 1982: «Phil Sheridan's Pyrrhic Victory: The Piegan Massacre, Army Politics, and the Transfer Debate», Montana, *The Magazine of Western History*, 32, n.º 2, Spring.

Hutton, P. A., 2013: «Could Custer Have Won?», *MHQ: The Quarterly Journal of Military History*, 25, n.º 2, Winter.

Isern, T. D., 1978: «Henry M. Stanley's Frontier Apprenticeship», Montana, *The Magazine of Western History*, 28, n.º 4, Autumn.

Jackson, J., 1887: «The Modoc War: A Personal Reminiscence», *Public Service Review*, 1, n.º 5, June.

Jacob, R. T., 1924: «Military Reminiscences of Captain Richard T. Jacob», *Chronicles of Oklahoma*, 2, n.º 1, March.

Jenness, G. B., 1904-1906: «The Battle on Beaver Creek», *Collections of the Kansas State Historical Society*, 9.

Jordan, W. T. Jr., 1972: «A Soldier's Life on the Frontier, 1876-1878: Letters of 2Lt. C. D. Cowles», *Kansas Historical Quarterly*, 38, n.º 2, Summer.

Kanipe, D. A., 1903: «A New Story of Custer's Last Battle; Told by a Messenger Boy Who Survived», *Contributions to the Historical Society of Montana*, 4.

Keenan, J., 1992: «The Wagon Box Fight: Its Meaning and Place in History», Montana, *The Magazine of Western History*, 42, n.º 2, Spring.

Kelley, W. F., 2004: «The Indian Troubles and the Battle of Wounded K nee», en P. Cozzens, *Eyewitnesses to the Indian Wars, 1865-1890*, vol. 4: *The Long War for the Northern Plains*, Stackpole Books, Mechanicsburg, Pennsylvania.

Kemble, E. C., 2000: «Victorio and His Young Men», en P. Cozzens, *Eyewitnesses to the Indian Wars, 1865-1890,* vol. 1: *Struggle for Apacheria*, Stackpole Books, Mechanicsburg, Pennsylvania.

Kenny, M., 1989: «Roman Nose, Cheyenne: A Brief Biography», *Wicazo Sa Review*, 5, n.º 1, Spring.

King, C., 1932: «My Friend, Buffalo Bill», *Winners of the West,* December.

King, J. T., 1967: «George Crook, Indian Fighter and Humanitarian», *Arizona and the West*, 9, n.º 4, Winter.

Koster, J., 2012: «Smallpox in the Blankets», *Wild West*, 25, n.º 3, August.

Kurz, F. C., 1931: «Reminiscences of an Old 8th US Cavalryman», *Winners of the West,* March and April.

Lee, J. M., 1914: «The Capture and Death of an Indian Chieftain», *Journal of the Military Service Institution of the United States*, 54, n.º 189, May-June.

Lemly, H. R., 1933: «The Murder of Chief Crazy Horse», *Hunter-Trader— Trapper,* May.

Lemly, H. R., 1975: «The Fight on the Rosebud», en J. M. Carroll, *The Papers of the Order of the Indian Wars*, Old Army Press, Fort Collins, Colorado.

«Life in Arizona», *Army and Navy Journal*, Jan 14th.

Lindberg, C. (ed.), 1990: «Foreigners in Action at Wounded K nee», *Nebraska History*, 71, Autumn.

Littman, M., 1922: «The Wagon Box Fight as I Saw It», en G. R. Hebard and E. A. Brininstool, *The Bozeman Trail*.

Loring, L. Y., 2000: «Report on [the] Coyotero Apaches», en P. Cozzens, *Eyewitnesses to the Indian Wars, 1865-1890,* vol. 1: *Struggle for Apacheria*, Stackpole Books, Mechanicsburg, Pennsylvania.

Lubetkin, M. J., 2002: «The Forgotten Yellowstone Surveying Expeditions of 1871: W. Milnor Roberts and the Northern Pacific Railroad in Montana», Montana, *The Magazine of Western History*, 52, n.º 4, Winter.

Lubetkin, M. J., 2006: «"No Fighting Is to Be Apprehended": Major Eugene Baker, Sitting Bull, and the Northern Railroad's 1872 Western Yellowstone Surveying Expedition», Montana, *The Magazine of Western History*, 56, n.º 2, Summer.

McCormick, L. S., 2004: «The Wounded Knee and Drexel Mission Fights», en P. Cozzens, *The Long War for the Northern Plains*, vol. 4: *Eyewitnesses to the Indian Wars, 1865-1890*, Stackpole Books, Mechanicsburg, Pennsylvania.

McDonald, D., 2002: «The Nez Perce War of 1877-the Inside History from Indian Sources», en P. Cozzens, *The Wars for the Pacific Northwest*, vol. 2: *Eyewitnesses to the Indian Wars, 1865-1890*, Stackpole Books, Mechanicsburg, Pennsylvania.

Masterson, M., 2000: «General Crook's Return», en P. Cozzens, *Eyewitnesses to the Indian Wars, 1865-1890,* vol. 1: *Struggle for Apacheria*, Stackpole Books, Mechanicsburg, Pennsylvania.

Mazzanovich, A., 1927: «Life in Arizona Army Posts During the 1880s», *Arizona Daily Star, Fiftieth Anniversary Edition*.

Merritt, W., 1888: «Marching Cavalry», *Journal of the United States Cavalry Association*, 1, n.º 1, March.

Miles, N. A., 1879: «The Indian Problem», *North American Review*, 128, n.º 268, March.

Miles, N. A., 1911: «Rounding Up the Red Men», *Cosmopolitan,* June.

Mills, A., 1975: «The Battle of the Rosebud», en J. M. Carroll, *The Papers of the Order of the Indian Wars*, Old Army Press, Fort Collins, Colorado.

Monnett, J. H., 2012: «Little Wolf: Sweet Medicine Chief», *Wild West*, 25, n.º 3, August.

Monnett, J. H., 2015: «Indian Wars Letter Resurfaces», *Wild West*, 27, n.º 5, February.

Mooar, J. W., 2003: «Buffalo Days», en P. Cozzens, *Eyewitnesses to the Indian Wars, 1865-1890*, vol. 3: *Conquering the Southern Plains*, Stackpole Books, Mechanicsburg, Pennsylvania.

Moore, H. L., 2003: «An Indian Campaign», en P. Cozzens, *Eyewitnesses to the Indian Wars, 1865-1890,* vol. 3: *Conquering the Southern Plains*, Stackpole Books, Mechanicsburg, Pennsylvania.

Murphy, W., 2004: «The Forgotten Battalion», en P. Cozzens, *Eyewitnesses to the Indian Wars, 1865-1890*, vol. 4: *The Long War for the Northern Plains*, Stackpole Books, Mechanicsburg, Pennsylvania.

Murray, R. A., 1968: «The Hazen Inspections», Montana: *The Magazine of History*, 18, n.º 1, Winter.

Myres, S. L., 1982: «Romance and Reality on the American Frontier: Views of Army Wives», *Western Historical Quarterly*, 13, n.º 4, October.

Neifert, W. W., 1935: «Trailing Geronimo by Heliograph», *Winners of the West*, October.

Omen, K. R., 2002: «The Beginning of the End: The Indian Peace Commission of 1867-1868», *Great Plains Quarterly*, 22, Winter.

Opler, M. E., 1938: «A Chiricahua Apache's Account of the Geronimo Outbreak of 1886», *New Mexico Historical Review*, 13, n.º 4, October.

Payne, J. S., 1880: «Incidents of the Recent Campaign Against the Utes», *United Service*, 2, n.º 1.

Pearson, D. C., 1899: «Military Notes, 1876», *Journal of the United States Cavalry Association*, 12, n.º 63, September.

Pearson, J. V., 2005: «Tragedy at Red Cloud Agency: The Surrender, Confinement, and Death of Crazy Horse», Montana: *The Magazine of Western History*, 55, n.º 2, Summer.

Perry, D., 1907: «The First and Second Battles in the Lava-Beds and the Capture of Captain Jack», en C. T. Brady, *Northwestern Fights and Fighters,* McClure, New York.

«Personal Story of Rain-in-the-Face», en Cyrus T. Brady, *Indian Fights and Fighters,* Doubleday, Page, Garden City, New York, 1904.

Peters, S. S., 1894: «A Military Tragedy», *National Tribune,* October 4th.

Pope, J., 1878: *The Indian Question: Address by General Pope, Before the Social Science Association, at Cincinnati, Ohio,* May 24th, Cincinnati, s.d.

Powers, S., 1873: «The California Indians: The Modocs», *Overland Monthly,* June.

Quinn, J. C., 1978: «A Mountain Charade: The Sheepeater Campaign, 1879», Montana: *The Magazine of Western*

History, 28, n.º 1, Winter.

Rafferty, W. A., 2000: «Rafferty's Trail», en P. Cozzens, *Eyewitnesses to the Indian Wars, 1865-1890,* vol. 1: *Struggle for Apacheria*, Stackpole Books, Mechanicsburg, Pennsylvania.

Rideing, W. H., 1876: «Life at a Frontier Post», *Appleton's Journal,* April 29th.

Rister, C. C., 1926: «The Significance of the Jacksboro Indian Affairs in 1871», *Southwestern Historical Quarterly*, 29, n.º 3, Jan.

Rister, C. C., 1938: «Colonel A. W. Evans' Christmas Day Indian Fight (1868)», *Chronicles of Oklahoma*, 16, n.º 3, September.

Robertson, F. B., 1984: «"We Are Going to Have a Big Sioux War": David S. Stanley's Yellowstone Expedition», Montana: *The Magazine of History*, 34, n.º 4, Autumn.

Romeyn, H., 2002: «The Capture of Chief Joseph and the Nez Perce Indians», en P. Cozzens, *Eyewitnesses to the Indian Wars, 1865-1890*, vol. 2: *The Wars for the Pacific Northwest*, Stackpole Books, Mechanicsburg, Pennsylvania.

Schlesinger, S., 2003: «Scout Schlesinger's Story», en P. Cozzens (ed.), *Eyewitnesses to the Indian Wars*, vol. 3: *Conquering the Southern Plains*, Stackpole Books, Mechanicsburg, Pennsylvania.

Sheridan, P. H., 1875: «The Black Hills», *Army and Navy Journal,* April 3rd.

Sherman, W. T., 1868: «We Do Our Duty According to Our Means», *Army and Navy Journal,* September 26th.

Shipp, W. E., 2000: «Captain Crawford's Last Expedition», en P. Cozzens, *Eyewitnesses to the Indian Wars, 1865-1890,* vol. 1: *Struggle for Apacheria*, Stackpole Books, Mechanicsburg, Pennsylvania.

Sibbald, J. R., 1969: «Inebriates with Epaulets», Montana: *The Magazine of Western History*, 19, n.º 3, Summer.

Sieber, A., 2000: «Military and Indians», en P. Cozzens, *Eyewitnesses to the Indian Wars, 1865-1890,* vol. 1:

Struggle for Apacheria, Stackpole Books, Mechanicsburg, Pennsylvania.

Silverstein, J., 1916: «Reminiscences of the Reno Fight», *Teepee Book*, 2, n.º 6, June.

Smith, M. W., 1938: «The War Complex of the Plains Indians», *Proceedings of the American Philosophical Society*, 78, n.º 3, January 31st.

Sumner, E. V., 1891: «Besieged by the Utes», *Century Illustrated Monthly,* October.

Sutherland, T. A., 2002: «Howard's Campaign Against the Nez Perce Indians, 1877», en P. Cozzens, *Eyewitnesses to the Indian Wars, 1865-1890*, vol. 2: *The Wars for the Pacific Northwest*, Stackpole Books, Mechanicsburg, Pennsylvania.

Taylor, M. F., 1972: «Kicking Bird», *Kansas Historical Quarterly*, 38, n.º 3, Autumn.

Terry, A. H., 1876: «Indian Management», *Army and Navy Journal,* Nobemver 11th.

Thiel, M. G., 1990: «The Omaha Dance in Oglala and Sicangu Sioux History», *Whispering Wind*, 23, n.º 5, Autumn/ Winter.

Thompson, W. A., 1897: «Scouting with Mackenzie», *Journal of the United States Calvalry Association*, 10.

Tilton, H. R., 1877: «After the Nez Perces», *Forest and Stream and Rod and Gun,* December.

Trimble, J. G., 1907a: «Battle of the Clearwater», en C. T. Brady, *Northwestern Fights and Fighters,* McClure, New York.

Trimble, J. G., 1907b: «Reminiscences of Major J. G. Trimble», en C. T. Brady, *Northwestern Fights and Fighters,* McClure, New York.

Upham, F. K., 1885: «Incidents of Regular Army Life in Time of Peace», *Overland Monthly,* April.

Utley, R. M., 1953: «The Celebrated Peace Policy of General Grant», *North Dakota History*, 20, n.º 3, July.

Utley, R. M., 1974: «The Ordeal of Plenty Horses», *American Heritage*, 26, n.º 1, December.

Vilott, F., 1896: «Withstood the Siege: The Story of Col. George A.

Forsyth's Brave Defense at Arikaree Fork», *National Tribune,* November 5th and 12th.

Vinton, L., 1972: «The Geronimo Campaign», en L. J. White (ed.), *Hostiles and Horse Soldiers, Indian Battles and Campaigns in the West*, Pruett Publishing Co., Boulder, Colorado.

Voigt, B. R., 1975: «The Death of Lyman S. Kidder», *South Dakota History,* 6, n.º 1, Spring.

Wells, Philip F. «Ninety-Six Years Among the Indians of the North West». *North Dakota History* 15 (Octubre de 1948).

West, G. D., 1968: «The Battle of Sappa Creek», *Kansas Historical Quarterly,* 34, n.º 2, Summer.

White, L. J., 1972: «Indian Raids on the Kansas Frontier, 1869», *Kansas Historical Quarterly*, 38, n.º 4.

White, R., 1978: «The Winning of the West: The Expansion of the Western Sioux in the Eighteenth and Nineteenth Centuries», *Journal of American History*, 65, n.º 2, September.

Whitney, C. B., 1911-1912: «Beecher Island Diary», *Collections of the Kansas State Historical Society*, 12.

Wilkinson, M. C., 1877: «Origins of the Difficulties with the Nez Perces», *Army and Navy Journal,* August 18th.

Ziegler, S. E., 2003: «The Story of the Beecher Island Battle» en P. Cozzens (ed.), *Eyewitnesses to the Indian Wars 1865-1890*, Stackpole Books, Mechanicsburg, Pennsylvania.

4th Annual Report of the Board of Indian Commissioners to the President of the United States, Washington, D. C.: Government Printing Office, 1873.

Annual Report of the Commissioner of Indian Affairs, 1873. Washington, D. C.: Government Printing Office, 1874.

Annual Report of the Secretary of the Interior, 1873. Washington, D. C.: Government Printing Office, 1874.

Annual Report of the Secretary of War, 1867. Washington, D. C.: Government Printing Office, 1868.

Annual Report of the Secretary of War, 1868. Washington, D. C.: Government Printing Office, 1869.

Annual Report of the Secretary of War, 1873. Washington, D. C.: Government Printing Office, 1874.

Annual Report of the Secretary of War, 1876. Washington D. C.:

Government Printing Office, 1877.
Annual Report of the Secretary of War, 1880. Washington, D.C.: Government Printing Office, 1881.
Report of the Commissioner of Indian Affairs, 1850, 31st Congress, 2nd Session, House Executive Doc 1, Pt 5.
Report of the Commissioner of Indian Affairs, 1853, 33rd Congress, 1st Session, Senate Executive Doc 1, Pt 5.
Report of the Commissioner of Indian Affairs, 1865, 39th Congress, 1st Session, House Executive Doc 1, Pt 5.
Protection Across the Continent, 39th Congress, 1st Session, House Executive Doc 23.
Fort Phil Kearney [sic] *Massacre*, 39th Congress, 2nd Session, House Executive Doc 15.
Inspection of Military Posts, 39th Congress, 2nd Session, House Executive Doc 20.
Suppression of Indian Hostilities on the Frontier, 39th Congress, 2nd Session, Senate Executive Doc n.º 13.
Condition of the Indian Tribes, 39th Congress, 2nd Session, Senate Report 156.
Protection of Trains on the Overland Route, 40th Congress, 1st Session, Senate Executive Doc 2.
Expeditions Against the Indians, 40th Congress, 1st Session, Senate Executive Doc 7.
Origin and Progress of Indian Hostilities on the Frontier, 40th Congress, 1st Session, House Executive Doc 13.
Report of the Commissioner of Indian Affairs, 1867, 40th Congress, 2nd Session, House Executive Doc 1, Pt 1.
Report of the Commissioner of Indian Affairs, 1868, 40th Congress, 1st Session, House Executive Doc 1, Pt 7.
Department of Indian Affairs, 40th Congress, 2nd Session, House Executive Doc 97.
Report of the Indian Peace Commissioners, 40th Congress, 2nd Session, House Executive Doc 97.
Indian Tribes: Memorial on Behalf of the Indians, by the United States Indian Commission, 40th Congress, 2nd Session, House Miscellaneous Doc 165.
Army Organization, 40th Congress, 3rd Session, House Report 33.

Battle of the Washita River, 40th Congress, 3rd Session, Senate Executive Doc 13.

Indian Battle on the Washita River, 40th Congress, 3rd Session, Senate Executive Doc 18.

Further Information in Relation to the Late Indian Battle on the Washita River, 40th Congress, 3rd Session, Senate Executive Doc 18, Pt 2.

Indians Killed by General Custer, 40th Congress, 3rd Session, Senate Executive Doc 36.

Report of the Secretary of the Interior, 1869, 41st Congress, 2nd Session, House Executive Doc 1, Pt 1.

Expedition Against Piegan Indians, 41st Congress, 2nd Session, House Executive Doc 195.

Difficulties with Indian Tribes, 41st Congress, 2nd Session, House Executive Doc 246.

Report of the Secretary of War, 1872, 42.nd Congress, 3rd Session, House Executive Doc 1, Pt 2.

Modoc Indians, 42.nd Congress, 3rd Session, House Executive Doc 201.

Report of the Secretary of War, 1874, 43rd Congress, 2nd Session, House Executive Doc 1, Pt 2.

Report of the Secretary of War, 1875, 44th Congress, 1st Session, House Executive Doc 1, Pt 2.

Report of the Commissioner of Indian Affairs, 1875, 44th Congress, 1st Session, House Executive Doc 1, Pt 16.

Military Expedition Against the Sioux Indians, 44th Congress, 1st Session, House Executive Doc 184.

Hostile Demonstrations of Sioux Indians, 44th Congress, 1st Session, Senate Executive Doc 81.

Information in Relation to the Black Hills Country in the Sioux Reservation, 44th Congress, Session, especial. Senate Executive Doc 2.

Report of the Secretary of the Interior, 1877, 45th Congress, 1st Session, House Executive Doc 1, Pt 5.

Reorganization of the Army, 45th Congress, 2nd Session, House Miscellaneous Doc 56.

Report of the Secretary of War, 1877, 45th Congress, 3rd Session,

House Executive Doc 1, Pt 2.

Report of the Secretary of the Interior, 1878, 45th Congress, 3rd Session, House Executive Doc 1, Pt 5.

Report of the Secretary of War, 1879, 46th Congress, 2nd Session, House Executive Doc 1, Pt 2.

Ute Indian Outbreak, 46th Congress, 2nd Session, House Executive Doc 38.

White River Utes Investigation, 46th Congress, 2nd Session, House Executive Doc 83.

Removal of the Northern Cheyenne Indians, 46th Congress, 2nd Session, Senate Report 708.

Report of the Secretary of War, 1886, 49th Congress, 2nd Session, House Executive Doc 1, Pt 2.

Correspondence with General Miles Relative to the Surrender of Geronimo, 49th Congress, 2nd Session, Senate Executive Doc 117.

Indian Operations, 50th Congress, 1st Session, Senate Executive Doc 33.

Treatment of Certain Apache Indians, 51st Congress, 1st Session, Senate Executive Doc 83.

Report of the Secretary of War, 1891, 52.nd Congress, 1st Session, House Executive Doc 1, Pt 2.

Report of the Commissioner of Indian Affairs, 1891, 52.nd Congress, 1st Session, House Executive Doc 1, Pt 15.

Memorial and Affidavits Showing Outrages Perpetrated by the Apache Indians in the Territory of Arizona During the Years 1869 and 1870. San Francisco: Francis & Valentine Printers, 1871.

Report of Governor Grover to General Schofield on the Modoc War. Salem, Oregon, s.e., 1874.

War of the Rebellion. A Compilation of the Official Records of the Union and Confederate Armies. Washington, D.C.: Government Printing Office, 1880-1901.

The Congressional Globe, Senate, 40th Congress, 1st Session, March 4th, 1867 to December 1st, 1867.

MANUSCRITOS

Arizona Historical Society, Tucson
Charles B. Gatewood Papers

Arizona State Museum, Tucson
Charles E. Goodwin Papers

Bowdoin College, Brunswick, Maine
Oliver Otis Howard Papers

Brigham Young University, Harold B. Lee Library, Provost, Utah
Walter M. Camp Papers
Edward G. Mathey, «The Washita Campaign and the Battle of the Washita»

Buffalo Bill Museum and Grave Archives, Golden, Colorado
«As Narrated by Short Bull»

Fort Davis National Historic Site, Fort Davis, Texas
Robert K. Grierson Journal
History Colorado Center, Denver Samuel F. Tappan Papers Henry M. Teller Papers

Kansas Historical Society, Topeka
Kansas History Collection: Murphy, T. B. The Battle of the Arikaree.

Miscellaneous Collections:
Joel H. Elliott Letter, October 31st, 1868.
Rodgers, J. P.: «A Few Years' Experience on the Western Frontier».

Library of Congress, Washington, D. C.
Edward S. Godfrey Papers Michael McCarthy Journal Philip H. Sheridan Papers

Little Bighorn National Monument, Crow Agency, Montana
Walter M. Camp Collection: Luther S. Kelly Account Young Two Moon Interview

National Archives and Records Administration, Washington, D. C.

Record Group 48: Records of the Office of the Secretary of the Interior, Indian Division
General Records Entry 665: Proceedings of the Indian Peace Commission, 1867-1868
Record Group 94: Adjutant General's Office, Letters Received, 1805-1889
Carr, E. A.: «Report of Operations August to September 3rd, 1881», Record Group 94: Records of the Office of the Adjutant General.
Carr, E. A.: «Reminiscences of Indian Wars», Carr Papers, Box 3, United States Military History Institute, Carlisle, Pennsylvania.
Record Group 98: Records of the Office of the Adjutant General
Correspondence Pertaining to the Ute War
Record Group 153, Records of the Judge Advocate General's Office
Court-Martial Case Files, QQ2821 (Noch-ay-det-klinne Affair)

Newberry Library, Chicago
Edward E. Ayer Manuscript Collection:
James S. Brisbin a Edward S. Godfrey, 1 de enero de 1892
Myles Moylan, «Report of the Battle of Bear Paw Mountain» Edward D. Graff Collection:
William J. Fetterman Letter, Nov. 26, 1866
Benjamin H. Grierson Papers
Special Collections: Theodore W. Goldin, «A Bit of the Nez Perce Campaign» George M. Templeton Papers

Rutherford B. Hayes Presidential Center Library, Spiegel Grove, Fremont, Ohio
George Crook Letter Book
Rutherford B. Hayes Papers

Texas State Library and Archives, Austin
Records of Edmund Jackson Davis, Texas Office of the Governor

US Army Heritage and Education Center, Carlisle, Pennsylvania
Eugene A. Carr Papers
Crook-Kennon Papers

Azor H. Nickerson, «Major General George Crook and the Indians» Order of the Indian Wars Collection:
Lewis D. Greene, «The White River Campaign» Edward E. Hardin, «Early Service in the Army» Charles W. Taylor, «The Surrender of Red Cloud»

University of California, Bancroft Library, Berkeley
Hubert Howes Bancroft Collection
William H. Boyle, «Personal Observations on the Conduct of the Modoc War»

University of Colorado, Boulder
William Carey Brown Papers

University of Oklahoma, Walter S. Campbell Collection Western History Collection, Norman, Oklahoma
Aaron M. Beede Correspondence
Robert P. Higheagle, «How Sitting Bull Was Made a Chief»
Robert P. Higheagle, «Memories of Sitting Bull»
Valentine T. McGillycuddy Correspondence
One Bull, «Information in Sioux and English with Regard to Sitting Bull»
One Bull, «Prophecy of Sitting Bull of Complete Annihilation of Custer and His Soldiers»
One Bull, «Sitting Bull's Sun Dance Vision» White Bull, «Sitting Bull and the Sun Dance»

Washington State Libraries, Pullman
Lucullus V. McWhorter Papers

PRENSA

Aberdeen (S.D.) Daily News Aberdeen (S.D.) Weekly News Arizona Republic (Phoenix) *Bismarck Tribune*
Boston Journal
Chadron (Neb.) Democrat
Cheyenne Leader
Chicago Daily Inter Ocean
Chicago Times

Chicago Tribune
Cincinnati Daily Enquirer, *Cincinnati Daily Gazette*, *Cincinnati Enquirer*, *Cleveland Plain Dealer*
Daily Missouri Democrat (St. Louis) *Daily Nebraska Press* (Nebraska City) *Dakota Republican* (Vermillion, S.D.) *Dallas Weekly Herald*
Denver Tribune
Galveston Tri-weekly News
Grand Forks (N.D.) Daily Herald
Greeley Tribune
Hardin (Mont.) Tribune
Harper's Weekly
Helena Daily Independent Helena Weekly Herald Idaho Statesman (Boise) *Indianapolis Sentinel*
Kansas Weekly Champion and Press (Atchison)
Klamath (Ore.) Express
Las Cruces (N.M.) Thirty-Four Las Vegas (N.M.) Weekly Optic Lawrence (Kans.) Bulletin Leavenworth Bulletin
Missouri Democrat (St. Louis) *Montana Post* (Virginia City) *New York Evening Post*
New York Herald
New York Herald Tribune
New York Post New York Times New-York Tribune New York World Omaha Republican
Omaha Weekly Herald
Oregonian (Portland, Oregon)
Owyhee Avalanche (Silver City, Idaho)
Pampa (Tex.) Daily News Philadelphia Inquirer Philadelphia Post
Portland (Ore.) Daily Press Prescott (Ariz.) Weekly Journal Rockford Daily Register
Rocky Mountain News (Denver)
San Francisco Bulletin Sioux City (Iowa) Journal Spring field (Mass.) Republican St. Paul Daily Press
Topeka State Record Trenton Evening Times Tucson Arizona

Citizen Tucson Daily Star Tucson Weekly Star
Virginia City Territorial Enterprise Washington (D.C.) Daily Intelligencer Washington (D.C.) Evening Star Washington (Pa.) Reporter
Yankton (S.D.) Press and Dakotan

RECURSOS EN INTERNET

Russell, S. L.: «Major Samuel Marmaduke Whitside's Campaign Letters», Army at Wounded Knee, en [**http:// armyatwoundedknee.com/ 2014/08/01/ major-samuel-marmaduke-whitsides-campaignletters/**].
Taylor, R. G.: «Indian Casualties of the Little Bighorn», en [**http:// www.littlebighorn .info/**].

CRÉDITOS DE LAS IMÁGENES

LIBRARY OF CONGRESS

Nube Roja lc-usz62-91032
George y Elizabeth Custer, lc-dig-cwpbh-03129
Edward R. S. Canby, lc-b813-6574
Toro Sentado, lc-usz-62-111147
Alfred H. Terry, lc-bh83-2231
John Gibbon, lc-bh83— 2231
La lucha de Custer, lc-uszcn4-268
Oliver Otis Howard, lc-usz62-100786
Gerónimo, lc-usz62-36613

NATIONAL ANTHROPOLOGICAL ARCHIVES

Satanta, jefe kiowa, Smithsonian Institution, spc bae 3912-b Vol. 1 01158200
Jefe Quanah, Smithsonian Institution, bae gn 01746a2 06299100
Jefe Lobo Solitario, Smithsonian Institution, spc bae 3912-b Vol 1 01159200
Nelson A. Miles, Smithsonian Institution, spc bae 4605 01605206
Capitán Jack, Smithsonian Institution, spc bae 4605 01604204
Toby Riddle, Smithsonian Institution
George Crook, Smithsonian Institution, spc bae 4605 01604805
Washakie, Smithsonian Institution, bae gn 01666 06287300
(Cuchillo Romo y Pequeño Lobo, Smithsonian Institution, bae gn 00270b 06108800
Jefe Victorio, Smithsonian Institution, spc Sw Apache nm acc 20263 Cat 129781 #9 —49 02040900
Loco, jefe chihene, Smithsonian Institution, Negative 2519 b
Gerónimo y general Crook, Smithsonian Institution, spc Sw Apache No # Group Portraits 02089200.

Cabaña de Toro Sentado, Smithsonian Institution, Photo Lot 89-8
Ute Jack, Smithsonian Institution, spc bae 4605 01603607

NATIONAL ARCHIVES AND RECORDS ADMINISTRATION

William T. Sherman
Winfield S. Hancock
Philip H. Sheridan
Ranald S. Mackenzie
Pájaro Pateador
Jefe Espejo
Expedición de Custer a Black Hills
Jefe José
Prisioneros de guerra chiricahuas
Jefe Pie Grande

PUBLICACIONES

«Un poblado de las llanuras en invierno» en Nelson A. Miles, *Personal Recollections and Observations of General Nelson A. Miles*, Chicago, Werner Publishing Company, 1896.

«Buffalo Soldiers» en *Century Illustrated Monthly Magazine*, octubre de 1891.

«En una campaña militar de invierno» en Richard I. Dodge, *Our Wild Indians: Thirty-Three Years' Personal Experience among the Red Men of the Great West*, Hartford, A. D. Worthington and Company, 1882.

«La lucha por la manada de ponis» en Nelson A. Miles, *Personal Recollections and Observations of General Nelson A. Miles*, Chicago, Werner Publishing Company, 1896.

«Custer descubre los cadáveres» en Richard I. Dodge, *Our Wild Indians: Thirty-Three Years' Personal Experience among the Red Men of the Great West*, Hartford, A. D. Worthington and Company, 1882.

«La batalla de Beecher Island» en *Harper's New Monthly Magazine,* junio de 1895.

«Custer dirige el ataque en la batalla de Washita» en Richard I. Dodge. *Our Wild ndians: Thirty-Three Years' Personal Experience among the Red Men of the Great West*,

Hartford, A. D. Worthington and Company, 1882.
«Guerra del río Rojo» en Nelson A. Miles, *Personal Recollections and Observations of General Nelson A. Miles*, Chicago, Werner Publishing Company, 1896.
«El asesinato de Caballo Loco» en Thomas Powers, *The Killing of Crazy Horse*, New York, Knopf, 2010.
«Matanza del grupo del jefe Cuchillo Romo» en *Harper's New Monthly Magazine*, agosto de 1897.
«Ollokot» en Cyrus T. Brady, *Northwestern Fights and Fighters*, New York, The McClure Company, 1907.
«Batalla de Milk Creek» en *Century Illustrated Monthly Magazine*, octubre de 1891.
«El inicio de la lucha en Wounded Knee» en *Harper's Weekly,* 24 de enero de 1891.

OTRAS FUENTES

Capitán William J. Fetterman, cortesía del First Division Museum, Cantigny.
Cañón de Palo Duro, fotografía del autor.
Nathan C. Meeker, dominio publico.

NOTAS

[1] 40th Cong., *Report of the Indian Peace Commissioners*, 28. <<

[2] DeMallie, *Sixth Grandfather*, 106. < <

[3] Britton Davis, *Truth About Geronimo*, 167 < <

[1] *New York Times*, 11 de abril de 1863. < <

[2] *New York Times*, 8 y 11 de abril de 1863. Ver también Hoig, S., 1980, 74. < <

[3] *Washington Evening Star*, 27 de marzo de 1863. < <

[4] *Washington Daily Intelligencer*, 27 de marzo de 1863. < <

[5] *Vid*. Basler, R., 1953, vol. 6, 151-153. Ver también *Washington Daily Intelligencer*, 27 de marzo de 1863; Powell, P. J., 1981, vol. 1, 244. < <

[6] *New York Times*, 7, 13 y 17 de abril de 1863. < <

[7] *Vid.* Berthrong, D. J., 1963, 168-186. Ver también Powell, P. J.: *op. cit.*, 257 y 263; Hoig, S., 1961, 47-50. < <

[8] *Vid*. Powell, P. J.: *op. cit.*, 263-264. Ver también Grinnell, G. B., 1915, 145; Hoig, S., 1980, 75-76; *War of the Rebellion: A Compilation*…, 1880-1901, vol. 34, parte I, 931. < <

[9] *Vid.* «Bannock Troubles», en *Army and Navy Journal*, 29 de junio de 1878, 756. < <

[10] Citado en Powers, T., 2011, 36. < <

[1] *Vid.* Prucha, F. P., 1994, 18, 21-22, 65, 72, 100-101. < <

[2] Las estimaciones de la población india en el Oeste representan, en el mejor de los casos, cantidades aproximadas. Cerca de 75 000 indios se extendían por las Grandes Llanuras desde Texas a la Canadá británica. Texas era el hogar de 25 000 indios, la cesión mexicana (actualmente California y Nuevo México) tenía 150 000 indios, y el Territorio de Oregón, que comprendía los futuros estados de Washington, Oregón e Idaho, tenía una población india de 25 000 personas. Ver en Utley, R. M., 1984, 4. < <

[3] *Vid.* 31st Congress *Annual Report of the Commisioner of Indian Affairs*, 1849, 7. < <

[4] *Vid.* Koster, J., 2012, 36. Ver también Powell, P. J., 1981, vol. 1, 93-97. < <

[5] *Vid.* Hassrick, R. B., 1964, 3-7, 65-67. Ver también Berthrong, D. J., *Fighting Cheyennes,* 15-18; 39th Congress *Condition of the Indian Tribes,* ap., 12; Ewers, J. C., «Intertribal Warfare as the Precursor of Indian-White Warfare on the Northern Great Plains», 397, 406; White, R., «Winning of the West: The Expansion of the Western Sioux in the Eighteenth and Nineteenth Centuries», 336-337. < <

[6] *Vid.* Gwynne, S. C., 2011, 32, 35, 45, 49, 57, 59. Ver también Berthrong, D. J., 1963, 17-26; Mayhall, M. P., 1962 (reed. 1971), 170-172. < <

[7] *Vid.* Prucha, F. P.: *op. cit.*, 239. Ver también 33rd Congress *Annual Report of the Office of Indian Affairs*, 1853, 368-370; Utley, R. M., 1967, 61. < <

[8] *Vid.* Utley, R. M.: *op. cit.,* 118-120. Ver también Hyde, G. F., 1961, 92-93. < <

[9] *Vid.* Berthrong, D. J.: *op. cit.,* 10-12. Ver también Utley, R. M., 1984, 53-55. < <

[10] La clasificación de los apaches en dos categorías ha sido objeto de opiniones muy contrastadas. Los apaches occidentales ocupaban gran parte de la actual Arizona oriental y, en general, se considera que consistían en los grupos White Mountain, cibecue, San Carlos, tontos del sur y tontos del norte, cada uno con sus propios subgrupos. Los etnólogos suelen dividir a los chiricahuas en tres grupos: los chiricahuas del centro o chokonen, que vivían en las montañas Chiricahua o Dragoon del sudeste de Arizona; los chiricahuas del sur o nednhis, que se extendían por las fronteras norteñas de Sonora y Chihuahua, en México, e hicieron de la Sierra Madre su bastión; y los chiricahuas del este o chihenes, que ocuparon el territorio que se extiende desde la frontera entre Arizona y Nuevo México hasta Río Grande. Un cuarto grupo más pequeño, los bedonkohes, aceptaban el liderazgo de Mangas Coloradas. Tras su muerte, los bedonkohes fueron absorbidos por los tres grupos mayores. En ocasiones, se subdivide a los chihenes en los mogollon, que habitaron cerca de las montañas del mismo nombre, y los mimbres, también conocidos como los apaches warm springs u ojo caliente. Los apaches occidentales y los chiricahuas sumaban aproximadamente unas seis mil personas. En Cozzens, P., 2000, xvi–xvii. < <

[11] *Vid.* Cremony, J. C., 1868, 172-173. Ver también Sweeney, E. R., 1991, 142-145; Utley, R. M., 1967, 239-247. < <

[12] *Vid.* Hoig, S., 1961, 74-90. Ver también Grinnell, G. B., 1915, 145-162, 151-159; 39th Congress, *Condition of the Indian Tribes,* ap., 81. El coronel Chivington y el 3.º de Caballería de Colorado dimitieron del servicio federal antes de que el ejército pudiera presentar cargos contra ellos. Pero la masacre de Sand Creek frustró las aspiraciones políticas de Chivington. La población de Colorado perdió interés en él, y un comité del Congreso que investigaba la masacre descubrió que Chivington «había planeado y ejecutado de forma deliberada una sucia y cobarde masacre que habría deshonrado al más salvaje de aquellos que fueron víctimas de su crueldad». Utley, R. M.: *op. cit.,* 297. < <

[13] *Vid.* Cozzens, P., 2000, 252-267. Ver también 39th Congress *Suppression of Indian Hostilities on the Frontier,* 1. < <

[14] *Vid.* 39th Congress *Annual Report of the Commissioner of Indian Affairs,* 701-702, 704. Ver también Prucha, F. P., 1994, 271.
<<

[15] Sherman a Benjamin H. Grierson, 16 de agosto de 1865, en Marszalek, J. F., 1993, 378. Ver también Sherman a John A. Rawlins, 31 de agosto, 1866, en 39th Congress *Protection Across the Continent,* 10-11; *Addresses to the Graduating Class of the US Military Academy at West Point, N.Y.,* 14 de junio de 1876, 36-37. <<

[16] *Vid.* Athearn, R. G., 1956, 29, 37. Ver también Sherman a Rawlins, 17 y 31 de agosto, 1866, en 40th Congress *Protection Across the Continent,* 1-4, 6, 10; 40th Congress *Inspection of Military Posts,* 3; Crawford, S. J., 1911, 226-227. < <

[1] *Vid.* Larson, R. W., 1973, 34-73. Ver también Paul, R. E. (ed.), 1997, 68-69. < <

[2] *Vid.* 40th Congress *Origin and Progress of Indian Hostilities on the Frontier,* 62. Ver también Olson, J. C., 1965, 32-33. < <

[3] *Vid.* McDermott, J. D., 2010, vol. 1, 53. Ver también Olson, J. C.: *op. cit.*, 34-39; Carrington, F. C., 1910, 291-292. < <

[4] *Vid.* Carrington, M. I., 1950, 39-40, 90. Ver también McDermott, J. D.: *op. cit.*, 48, 69, 72. < <

[5] *Vid.* Murphy, W., 2004, vol. 4, 65-67. Ver también Carrington, M. I.: *op. cit.*, 101-110; McDermott, J. D. *op. cit.*, 47, 88, 99-100, 116-117, 136-138, 184; 50th Congress *Indian Operations,* 10; Bridger, J., 1967; 40th Congress *Origin and Progress of Indian Hostilities on the Frontier,* 63; Powell, P., 1981, vol. 1, 443. < <

[6] *Vid.* Murray, R. A., «The Hazen Inspections», 28. Ver también 39th Congress *Fort Phil Kearney* [sic] *Massacre,* 8; Murphy, W.: *op. cit.*, 73; Fetterman a Charles Terry, 26 de noviembre de 1866, Graff Collection, Newberry Library; Carrington, M. I.: *op. cit.*, 198; Carrington, F. C.: *op. cit.*, 119. < <

[7] *Vid.* McDermott, J. D.: *op. cit.*, 184-197. Ver también Monnett, J. H., 2006, 118. < <

[8] *Vid.* Larson, R. W., 1973, 99. Ver también Vestal, S., 1932, 54; Stands in Timber, J. and Liberty, M., *Cheyenne Memories,* 1967, 103. < <

[9] *Vid.* McDermott, J. D.: *op. cit.*, 208-224. Ver también Monnett, J. *H.*: *op. cit.*, 123-134, 280-281n; Carrington, F. C.: *op. cit.*, 144; *Army and Navy Journal,* 9 de marzo de 1867. < <

[10] *Vid.* Belish, E. D., 1961, 56-57. Ver también Jensen, R. E., 2005, vol. 1, 280-281; el soldado raso Horace Vankirk a su padre, 30 de enero de 1867, Fort Kearny, in *Cleveland Plain Dealer,* 5 de febrero de 1867; Stands in Timber, J. and Liberty, M.: *op. cit.*, 103-104; Vestal, S.: *op. cit.*, 60, 64-65; McDermott, J. D.: *op. cit.*, 207n, 223-224. < <

[11] Vankirk a su padre, 30 de enero de 1867. *Vid.* 39th Congress *Fort Phil Kearney* [sic] *Massacre,* 10; Murphy, W.: *op. cit.*, 71-72; Guthrie, J., 1939, 8; Vestal, S.: *op. cit.*, 68. En el bando indio hubo veinte guerreros muertos y un número indeterminado de guerreros heridos. < <

[12] *Vid.* 39th Congress *Suppression of Indian Hostilities on the Frontier*, 27. Ver también McDermott, J. D., 2010, vol. 2, 317, 403; Larson, R. W.: *op. cit.*, 111. < <

[13] *Vid.* McDermott, J. D.: *op. cit.*, 381-382, 391-401. Ver también Greene, J. A.: «The Hayfield Fight: A Reappraisal of a Neglected Action», 40; David, R. B., 1937, 166-167; J. B. Burrowes a George M. Templeton, 3 de Agosto de 1867, George M. Templeton Papers. <<

[14] *Vid.* Vestal, S.: *op. cit.*, 71-73, 76. Ver también Gibson, F. M., 2003, vol. 2, 52-54, 63-67; Littman, M., 1922, vol. 2, 76, 79-80; McDermott, J. D.: *op. cit.*, 436. < <

[15] *Vid.* Bradley a Ione Dewey, 5 de septiembre de 1867, Bradley Papers, US Army Military History Institute. Ver también Dodge, G. M., s. f., 28-29. < <

[16] *Vid.* Olson, J. C.: *op. cit.*, 72-82, 341-349. < <

[1] *Vid.* Dodge, R. I., 1883, 426-427. < <

[2] *Vid.* Mails, T. E., 1972, 520. Ver también Grinnell, G. B., 1895, 111. < <

[3] *Vid.* Grinnell, G. B.: «Coup and Scalp Among the Plains Indians», 296-307. Ver también Smith, M. W.: «The War Complex of the Plains Indians», 452; Linderman, F. B., 1962, 106-108; Mails, T. E.: *op. cit.*, 43-44; Nabokov, P., 1967, 49. < <

[4] *Vid.* Linderman, F. B.: *op. cit.*, 49, 106-107. < <

[5] *Vid.* Parker, J., 1929, 273-276. Ver también Clark, P., 1885, 77-78; Dodge, R. I.: *op. cit.*, 416-420, 422; Powell, P. J., 1981, vol. 1, 120. < <

[6] *Vid.* Marquis, T. B., 1931, 140. Ver también DeMallie, R. J. (ed.), 1984, 107. < <

[7] 7 *Vid.* Dodge, R. I.: *op. cit.,* 430. Ver también De Trobriand, P. R., 1951, 62; Grinnell, G. B., 1895, 100-108; Linderman, F. B.: *op. cit.*, 104. < <

[8] *Vid.* Dodge, R. I.: *op. cit.,* 434. Ver también Stands in Timber. J and Liberty, M., 1967, 60-61. < <

[9] *Vid.* Rickey, D., 1963, 18, 22-24. Ver también «Army Abuses-Our Recruiting System», 80; Sherman, W. T.: «We Do Our Duty According to Our Means», 85. < <

[10] *Vid.* Rickey, D.: *op. cit.*, 339-342. Ver también Rideing, W. H.: «Life at a Frontier Post», 564-565; Kurz, F. C.: «Reminiscences of an Old 8th US Cavalryman», 11; «Causes of Desertion», 322; 45th Congress *Reorganization of the Army,* 122; [Henry, Guy V.]: «Cavalry Life in Arizona», 8; Brackett, A. G.: «Our Cavalry», 384. <<

[11] *Vid.* Sherman a Rawlins, 24 de agosto de 1866, 39th Congress *Protection Across the Continent,* 5-6, 9. < <

[12] *Vid.* Rickey, D.: *op. cit.*, 122-124; Forbes, A.: «The United States Army», 146; Harry L. Bailey a Lucullus V. McWhorter, 7 de diciembre de 1930, en McWhorter Papers, Washington State Libraries. < <

[13] *Vid.* Rickey, D.: *op. cit.*, 116-121, 131, 141, 159, 168-169. Ver también «Life in Arizona», 223; Forsyth, G. A., 1900, 140-141; Custer, E. B.: «"Where the Heart Is": A Sketch of Woman's Life on the Frontier», 309. < <

[14] *Vid.* Forsyth, G. A.: *op. cit.*, 131-132. Ver también Rickey, D.: *op. cit.*, 180-182, 190; Mazzanovich, A.: «Life in Arizona Army Posts During the 1880s», 1; Parker, J.: *op. cit.*, 18. < <

[15] *Vid.* 40th Congress *Army Organization*, 4. Ver también Utley, R. M., 1973, 21. <<

[16] *Vid.* Jacob, R. T.: «Military Reminiscences of Captain Richard T. Jacob», 34; Forsyth, G. A.: *op. cit.*, 140-141. Ver también *Montana Post*, 27 de octubre de 1866; Sibbald, J. R.: «Inebriates with Epaulets», 50-57. < <

[17] *Vid.* «Army Abuses—Our Recruiting System», 630-631. Ver también Godfrey, E. S.: «Some Reminiscences, Including an Account of General Sully's Campaign Against the Southern Plains Indians, 1868», 417; Rickey, D.: *op. cit.*, 143, 147, 152; Forbes, A.: «The United States Army», 133; Mulford, A. F., 1878, 56. < <

[18] *Vid.* Schubert, F. N., 2003, 47, 49, 85-86, 114-128. Ver también Parker, J.: *op. cit.*, 92-93; Leckie, W. H., 1967, 26, 164; Davis, T. A.: «A Summer on the Plains», 304; letras citadas textualmente de Emmitt, R., 1954, 220. < <

[19] *Vid.* Utley, R. M.: *op. cit.*, 46. Ver también Baird, G. W.: «General Miles' Indian Campaigns», 351; De Trobriand, P. R.: *op. cit.*, 63. < <

[20] *Vid.* 45th Congress *Reorganization of the Army,* 237. Ver también Dunlav, T. W., 1982, 36-38; Utley, R. M.: *op. cit.*, 49, 56. < <

[1] *Vid.* Crawford, S. J., 1911, 226-227. Ver también 41th Congress *Difficulties with Indian Tribes,* 18; Hancock, W. S.: «The Indians», 43; 39th Congress *Protection Across the Continent,* 17; 40th Congress *Expeditions Against the Indians,* 2. < <

[2] *Vid.* Powell, P. J., 1981, vol. 1, 465-468. Ver también 41th Congress *Difficulties with Indian Tribes,* 54-56, 80; *New York Herald,* 28 de abril de1867; Kennedy, W. J. (ed.), 1997, 58. < <

[3] *Vid.* 41.er Cong. *Difficulties with Indian Tribes,* 27-28, 51-52, 82-83. Ver también Chalfant, W. Y., 2010, 156-160; Kenny, M.: «Roman Nose, Cheyenne: A Brief Biography», 10-20; Hyde, G. F., 1968, 259-261, 307-308; Powell, P. J.: *op. cit.*, 468-473; Grinnell, G. B., 1915, 253. < <

[4] *Vid.* Utley, R. M., 1988, 19, 33. Ver también Wert, J. D., 1996, 200. < <

[5] *Vid.* Custer, G. A., 1874, 78-85. < <

[6] *Vid.* Chalfant, W. Y.: *op. cit.*, 204. Ver también 41th Congress *Difficulties with Indian Tribes,* 69-71, 75, 87. < <

[7] *Vid.* Taylor, M. F.: «Kicking Bird», 295-309. Ver también Chalfant, W. Y.: *op. cit.*, 245; 41th Congress *Difficulties with Indian Tribes,* 101-107, 119-123; Stanley, H. M., 1895, vol. 1, 61, 82-83. <<

[8] *Vid.* Kennedy, W. J., (ed.), 1997, 87. Ver también Custer, G. A.: *op. cit.*, 109-111; Nye, W. S., 1968, 79-80. < <

[9] *Vid.* Powell, P. J.: *op. cit.*, 479-484. Ver también Stanley, H. M.: *op. cit.*, 119-120. < <

[10] *Vid.* Wert, J. D.: *op. cit.*, 256-257. Ver también Utley, R. M. (ed.), 1977, 51, and Utley, R. M., 1988, 52; Nye, W. S.: *op. cit.*, 89-91. < <

[11] *Vid.* Powell, P. J.: *op. cit.*, 487. Ver también Custer, G. A.: *op. cit.*, 198; Voigt, B. R.: «The Death of Lyman S. Kidder», 15, 21, 23. <<

[12] *Vid.* Chalfant, W. Y.: *op. cit.*, 409-410. Ver también Hedren, P. A.: «Libbie Custer», 28. < <

[13] *Vid.* Utley, R. M. (ed.), 1977, 87, 93. Ver también Wert, J. D.: *op. cit.*, 259-264; Chalfant, W. Y.: *op. cit.*, 409-421. < <

[14] *Vid.* Danker, D., 1961, 58-59. Ver también Chalfant, W. Y.: *op. cit.*, 450; Powell, P. J.: *op. cit.*, 506. < <

[1] *Vid. The Congressional Globe*, july, 16 and 18, 1867, 667-768, 701-715. Ver también 40th Congress Report of the Indian Peace Commissioners, 1-2, y *Suppression of Indian Hostilities on the Frontier*, 121. < <

[2] *Vid.* Simon, J. Y. (ed.), 1967-2009, vol. 17, 241-242. Ver también Athearn, R. G., 1956, 174, 178-183; 40th Congress Indian Peace Commissioners, 4. < <

[3] *Vid.* Hyde, G. F., 1968, 282. Ver también Jones, D. C., 1966, 51-53; Isern, T. D.: «Stanley's Frontier Apprenticeship», 26-27; *Daily Missouri Democrat*, 19 y 23 de octubre de 1867; *Cincinnati Daily Gazette*, 28 de octubre de 1867. < <

[4] *Vid.* Satanta cit. en Proceedings of the Indian Peace Commission, vol. 1, 98-101. Ver también Jones, D. C.: *op. cit.*, 51-53; Isern, T. D.: *op. cit.*, 26-27; Omen, K. R. «The Beginning of the End: The Indian Peace Commission of 1867-1868», 38-39; *Daily Missouri Democrat*, 23 y 25 de octubre de 1867. < <

[5] *Vid.* Proceedings of the Indian Peace Commission, vol. 1, 105-112. Ver también *Daily Missouri Democrat*, 25 y 28 de octubre de 1867; Kappler, C. J. (ed.), 1904-1941, vol. 2, 984-989; Gwynn, S. C., 2011, 230; Jones, D. C.: *op. cit.*, 127-130, 134. < <

[6] *Vid.* Powell, P. J., 1981, vol. 1, 521-522, 524-525. Ver también *Daily Missouri Democrat*, 28 de octubre y 2 de noviembre de 1867; Godfrey, E. S.: «The Medicine Lodge Treaty, Sixty Years Ago», 8; Jones, D. C.: *op. cit.*, 164-167; Omen, K. R.: *op. cit.*, 40. < <

[7] *Vid.* Proceedings of the Indian Peace Commission, vol. 1, 116-123. Ver también Powell, P. J.: *op. cit.*, 527-529. < <

[8] *Vid. Daily Missouri Democrat*, 2 de noviembre de 1867. Ver también Jones, D. C.: *op. cit.*, 176-178; Powell, P. J.: *op. cit.*, 530-531; *New York Evening Post*, 9 de enero de 1868; Utley, R. M. (ed.), 1977, 116-117. Ver también Hyde, G. F.: *op. cit.*, 284. < <

[9] *Vid.* Hutton, P. A., 1999, 2, 34. < <

[10] *Vid.* Powell, P. J.: *op. cit.*, 532-533. Ver también Nye, W. S., 1968, 111-115; Annual Report of the Secretary of War, 1868, 3; Sheridan to Sherman, 26 de septiembre de 1868, Sheridan Papers, Library of Congress. < <

[11] *Vid.* Sheridan, P. H., 1888, vol. 2, 286-288. Ver también Sheridan a Sherman, 26 de septiembre de 1868; y Beecher a Sheridan, 22 de mayo, 5, 13, 21, y 22 de junio de 1868, Sheridan Papers. < <

[12] *Vid.* Annual Report of the Secretary of War, 1868, 64. Ver también 40th Congress, Report of the Commissioner of Indian Affairs, 1868, 534; Sheridan a Sherman, 26 de septiembre de1868. <<

[13] *Vid.* Athearn, R. G.: *op. cit.*, 219. < <

[14] *Vid.* Forsyth, G. A.: «A Frontier Fight», 42-44, y «Report of the Organization and Operations of a Body of Scouts, March 21, 1869», 45, Sheridan Papers. Ver también Whitney, C. B.: «Beecher Island Diary», 297; Ziegler, S. E., 2003, 176; Schlesinger, S., 2003, 196; Monnett, J. H., 1992, 126. < <

[15] *Vid.* Grinnell, G. B., 1915, 282-283. Ver también Hyde, G. F.: *op. cit.*, 298-299; Forsyth, G. A.: «A Frontier Fight», 47-48; Walter M. Camp Papers, entrevista a John Hurst, Brigham Young University; Kansas History Collection: Murphy, T. B. Battle of the Arikaree; Monnett, J. H.: *op. cit.*, 133. < <

[16] *Vid.* Forsyth, G. A.: «Report» and «A Frontier Fight», 48-54; Whitney, C. B.: «Beecher Island Diary», 297-298. Ver también Vilott, F.: «Withstood the Siege: The Story of Col. George A. Forsyth's Brave Defense at Arikaree Fork»; Grinnell, G. B.: *op. cit.*, 161, 286-288. < <

[17] *Vid.* Whitney, C. B.: «Beecher Island Diary», 298-299. Ver también Carpenter, L. A.: «Story of a Rescue», 6-7; Schubert, F. N., 2003, 25; Hyde, G. F.: *op. cit.*, 305. < <

[18] *Vid.* Sheridan, P. H., 1888, vol. 2, 294, y «Annual Report», 15 de octubre de 1868, Sheridan Papers. Ver también Godfrey, E. S.: «Some Reminiscences, Including an Account of General Sully's Campaign Against the Southern Plains Indians, 1868», 419-422; Elliott a «My Dear Davis», 31 de octubre de 1868, Miscellaneous Collection, Kansas State Historical Society. < <

[19] Sherman cit. en Athearn, R. G., 1956, 223, 227. < <

[20] *Vid.* 40th Congress, Report of the Commissioner of Indian Affairs, 1868, 536-539. Ver también Hazen, W. B.: «Some Corrections of «Life on the Plains», 303. < <

[21] *Vid.* Powell, P. J.: *op. cit.*, 573. < <

[1] *Vid.* Sheridan to Chauncey McKeever, 22 de noviembre de 1868, Sheridan Papers. Ver también Sheridan, P. H., 1888, vol. 2, 308-310; 41st Congress *Difficulties with Indian Tribes,* 169-170; Greene, J. A., 1999, 78-79. < <

[2] *Vid.* Greene, J. A.: *op. cit.*, 86. Ver también Hoig, S., 1976, 82; Sheridan to McKeever, 22 de noviembre de 1868; Custer, G. A., 1874, 280-283. < <

[3] *Vid.* Greene, J. A.: *op. cit.*, 102-104. Ver también Berthrong, D. J., 1963, 323-324; 40th Congress *Indian Battle on the Washita River*, 22-23. Dos tiendas lakota y dos arapaho, cuyos ocupantes tenían familiares en el grupo de Caldera Negra, también estaban presentes en el poblado. < <

[4] *Vid.* Hardorff, R. G., 2008, 133. Ver también 40th Congress *Indian Battle on the Washita River,* 27; Custer, G. A.: *op. cit.*, 285-287, 296-297, 319-320; Greene, J. A.: *op. cit.*, 99-100. < <

[5] *Vid.* 40th Congress *Indian Battle on the Washita River*, 27. Ver también Utley, R. M. (ed.), 1977, 219; Hoig, S.: *op. cit.*, 124. < <

[6] *Vid.* Powell, P. J., 1981, vol. 1, 599-600. Ver también Hardorff, R. G.: *op. cit.*, 191, 207, 306, 325; 40th Congress *Indian Battle on the Washita River*, 33. < <

[7] *Vid.* Powell, P. J.: *op. cit.*, 603. Ver también Hardorff, R. G.: *op. cit.*, 307, 309; Hoig, S.: *op. cit.*, 131-132, 198-199; *New-York Tribune,* de 24 de diciembre de 1868. < <

[8] *Vid.* Hardorff, R. G.: *op. cit.*, 21, 209, 309, 333, 338. Ver también Mathey, E. G.: «Washita Campaign», Brigham Young University; 40th Congress *Indian Battle on the Washita River,* 28. <<

[9] *Vid.* Hardorff, R. G.: *op. cit.*, 140-142, 193, 208, 213, 326, 359. Ver también Custer, G. A.: *op. cit.*, 346; Powell, P. J.: *op. cit.*, 605, 608-610, 614-615; *Daily Missouri Democrat,* de 3 de febrero de 1869; Greene, J. A.: *op. cit.*, 123. < <

[10] *Vid.* Custer, G. A.: *op. cit.*, 346-348. Ver también Gibson, F. M.: «Our Washita Battle», 388; Hardorff, R. G.: *op. cit.*, 143-144, 210-212, 236; Greene, J. A.: *op. cit.*, 127-128, 136; 40th Congress *Indian Battle on the Washita River,* 28, 30. < <

[11] *Vid.* Custer, G. A.: *op. cit.*, 391-394. Ver también Utley, R. M., 1988, 70; Mathey, E. G.: «Washita Campaign»; Hutton, P. A., 1999, 70, 72; *Daily Missouri Democrat,* de 8 de febrero de 1869; *New York Times,* de 15 de febrero de 1869. Estoy de acuerdo con la conclusión del historiador James Donovan de que la situación táctica, algo que Custer comprendió, era tal, que había poco que se pudiera haber hecho para salvar a Elliott sin poner en peligro al regimiento. Las colinas circundantes estaban llenas de indios, se acercaba la noche, y, cuando Custer decidió abandonar el campo de batalla, hacía ya varias horas que se había marchado Elliott. Sin duda, no hubo mala intención por parte de Custer; a él le agradaba el joven teniente y lo respetaba. Donovan, J., 2008, 67. < <

[12] Captain Miles Keogh cit. en Hutton, P. A.: *op. cit.*, 389-390. Ver también Powell, P. J., 1981, vol. 2, 696. < <

[13] *Vid.* Samuel F. Tappan a Nathaniel G. Taylor, el 4 de diciembre de 1868, Tappan Papers, History Colorado Center. Ver también Hutton, P. A.: *op. cit.*, 95-96; 40th Congress *Indian Battle on the Washita River*, 36, 26, 32, 38; 40th Congress *Indians Killed by General Custer*, 3; Greene, J. A.: *op. cit.*, 164-165, 168. < <

[14] *Vid.* Powell, P. J.: *op. cit.*, 693-694. Ver también 40th Congress *Indian Battle on the Washita River,* 35-39; Hazen, W. B.: «Some Corrections of “Life on the Plains”», 296. < <

[15] *Vid.* Hoig, S.: *op. cit.*, 149, 152. Ver también 40th Congress *Indian Battle on the Washita River,* 39; Custer, G. A.: *op. cit.*, 414-419. < <

[16] *Vid.* Hardorff, R. G.: *op. cit.*, 41-43. Ver también Keim, D. B. R., 1870, 150; *Lawrence Bulletin,* de 22 de diciembre de 1868; Sheridan, P. H.: *op. cit.*, 331; Hutton, P. A.: *op. cit.*, 81; 41st Congress *Difficulties with Indian Tribes,* 160; 40th Congress *Report of the Commissioner of Indian Affairs,* 1. < <

[17] *Vid.* Hoig, S.: *op. cit.*, 163-164. Ver también Sheridan, P. H.: *op. cit.*, 334-335; 40º Cong., *Indian Battle,* p. 40; Sheridan a McKeever, 19 de diciembre de 1868, Sheridan Papers; Hazen, «Some Corrections», pp. 302, 305–6, 309–10, 315, 318. < <

[18] *Vid.* Moore, «Indian Campaign», pp. 274–75. Ver también Sheridan, P. H.: *op. cit.*, 336. < <

[19] *Vid.* Rister, C. C.: «Colonel A. W. Evans' Christmas Day Indian Fight (1868)», 292-298. Ver también Sheridan a McKeever, 20 de enero de 1869, Sheridan Papers; 40th Congress *Further Information in Relation to the Late Indian Battle on the Washita River*, ¿AÑO?, 1. < <

[20] *Vid.* Powell, P. J.: *op. cit.*, 701-702. Ver también Greene, J. A.: *op. cit.*, 179; 40th Congress *Further Information in Relation to the Late Indian Battle on the Washita River*, ¿AÑO?, 1-2; Hoig, S., 1980, 145-146. < <

[21] *Vid.* Moore, H. L., 2003: «An Indian Campaign», 275. Ver también Powell, P. J.: *op. cit.*, 707-708; Custer a Sheridan, de 21 de marzo de 1869, Sheridan Papers. < <

[22] *Vid.* Custer, G. A.: *op. cit.*, 557-560. Ver también Powell, P. J.: *op. cit.*, 708-711, 720; Rodgers, J. P.: «Few Years' Experience on the Western Frontier». < <

[23] *Vid.* Custer a Sheridan, de 21 de marzo de 1869. Ver también Custer, G. A.: *op. cit.*, 560-565; Rodgers, J. P.: «Few Years' Experience on the Western Frontier»; Broome, J., 2003, 141-145; Powell, P. J.: *op. cit.*, 711-721; jefe cheyene citado en Hoig, S., 1976, 180. < <

[24] *Vid.* Grierson a John Kirk, 6 de abril de 1869, Grierson Papers, Newberry Library. Ver también Berthrong, D. J., 1963 339-340; Utley, R. M., 1973, 156; Henry Jackson a Chauncey McKeever, 6 de junio de 1869, Sheridan Papers. < <

[25] *Vid.* Sheridan, P. H., 1882, 22. Ver también Carr, «Reminiscences of Indian Wars», p. 12, Carr Papers, U.S. Army Education and Heritage Center. < <

[26] *Vid.* Carr, E. A.: «Reminiscences of Indian Wars», 3, 22; y Carr a Cody, 2 de julio de 1906, Carr Papers. Ver también White, L. J.: «Indian Raids on the Kansas Frontier, 1869», 374-383; «Capture of a Cheyenne Village», 1869; Hyde, G. F., 1968, 332-334; Grinnell, G. B., 1928, 199; Broome, J., 2003, 174-175, 181-182; Sheridan, P. H.: 1882, 24. < <

[1] *Vid.* Sherman citado en *Cincinnati Daily Gazette,* 3 de enero de 1868. Ver también Dodge, R. I., 1877, 436; «The Army and the Indian», *Army and Navy Journal,* 14 de marzo de 1874. < <

[2] *Vid.* Slattery, C. L., 1901, 145. Ver también Fourth Annual Report of the Board of Indian Commissioners to the President of the United States, 1873, 4; 40th Congress *Indian Tribes,* 1-2; *New York Evening Post,* 9 de enero de 1868; 40th Congress *Department of Indian Affairs,* pp. 1–3. < <

[3] *Vid.* Prucha, F. P., 1964, 47-51. Ver también Utley, R. M., 1953, 125-126; 41st Congress *Report of the Commissioner of Indian Affairs 1869,* 5, 485-487; Simon, J. Y. (ed.), 1967-2009, vol. 20, 38; Fritz, H. E., 1959, 430. < <

[4] *Vid.* Dunn, J. P. Jr, 2002, 522-524, 532. Ver también Hutton, P. A.: «Phil Sheridan's Pyrrhic Victory: The Piegan Massacre, Army Politics, and the Transfer Debate», 36-38; 41st Congress *Piegan Indians,* 37-39, 45-46; *Philadelphia Inquirer,* March 13rd, 1870. <<

[5] *Vid.* Hutton, P. A.: *op. cit.*, 39-42. Ver también Sherman, *Memoirs,* vol. 2, p. 437; Prucha, F. P.: *op. cit.* 51-53. < <

[6] *Vid.* 41st Congress *Report of the Commissioner of Indian Affairs 1869,* 6. < <

[7] *Vid. New York Herald*, 8 y 9 de junio de 1870. Ver también *New York Times*, June 9th, 1870. < <

[8] *Vid.* Genetin-Pilawa, «Parker and the Peace Policy», pp. 213–214. Ver también Armstrong, *Warrior in Two Camps*, 151-160; Prucha, F. P.: *op. cit.*, 69-70; Grant cit. en *Philadelphia Inquirer*, June 9th, 1871. < <

[9] *Vid. Portland Daily Press*, March 6th, 1871. Ver también *Philadelphia Post*, March 17th,1871; *New York Herald Tribune*, August 6th, 1871. < <

[10] *Vid. Dallas Weekly Herald,* June 3rd, 1871. Ver también Richardson, *Comanche Barrier,* 158-161; *Outrages Committed by Indians,* 1-4; Tatum, *Our Red Brothers,* 29-30. < <

[11] *Vid.* Hutton, P. A.: *Sheridan and His Army,* 227-234. Ver también Nye, *Carbine and Lance,* 107-114, 124, 126; *Galveston Tri-weekly News,* August 1st, 1870; Morris F. Taylor, «Kicking Bird», 309-310. < <

[12] *Vid.* Dorst, «Ranald Slidell Mackenzie», 367-375. Ver también Carter, R. G.: *On the Border with Mackenzie,* 81-82, 184, 255. < <

[13] *Vid.* Carter, R. G.: *On the Border with Mackenzie,* 81-82. < <

[14] *Vid.* Tatum, *Our Red Brothers,* 116-117. Ver también Nye, *Carbine and Lance,* 134-143; Marriott, *Ten Grandmothers,* 112-120; Sherman a Mackenzie, May 28th, 1871, Records of Edmund Jackson Davis, Texas State Library and Archives Commission. < <

[15] *Vid.* Carter, R. G.: *On the Border with Mackenzie,* 92-94. Ver también Nye, *Carbine and Lance,* 113-114, 144-145. < <

[16] *Vid.* Tatum, *Our Red Brothers,* 122. Ver también Rister: «Jacksboro Indian Affair», 193-194. < <

[17] *Vid.* Nye, *Carbine and Lance,* 148. Ver también Jacob, «Reminiscences», 27-28; Carter, R. G.: *On the Border with Mackenzie,* 125-147; Taylor, M. F.: «Kicking Bird», 313. < <

[18] *Vid.* Gwynn, *Empire of the Summer Moon,* 7-8, 199-200. Ver también Neeley, *Last Comanche War Chief,* 208. < <

[19] *Vid.* Gwynn, *Empire of the Summer Moon,* 9-10, 242-243, 247-248. Ver también Carter, R. G.: *On the Border with Mackenzie,* 165-167, 193-194; Wallace, *Mackenzie on the Texas Frontier,* 49-50. < <

[20] *Vid.* Robinson, *Bad Hand,* 116. Ver también Mayhall, *Kiowas,* 277-278, 280; Tatum, *Our Red Brothers,* 126, 132-133. Tantum dimitió de hecho el 31 de marzo de 1873. < <

[21] *Vid.* Robinson, *Bad Hand,* 53-54, 113-118, 192-196. Ver también Wallace, *Mackenzie on the Texas Frontier,* 64-69. < <

[22] *Vid.* Wallace, *Mackenzie on the Texas Frontier,* 77-79, 80-83. Ver también Carter, R. G.: *Old Sergeant's Story,* 84-86; Thompson, «Scouting with Mackenzie», 162. < <

[23] *Vid.* Richardson, *Comanche Barrier,* 186-187. < <

[24] Cit. en Rister, «Jacksboro Indian Affair», 196. < <

[25] *Vid.* Nye, *Carbine and Lance,* 170, 180, 181, 183. Ver también Mayhall, *Kiowas,* 285-286. < <

[1] *Vid.* Meacham, *Wigwam and War-Path*, 355. Ver también 43rd Congress *Modoc War*, 154-156; Riddle, *Indian History of the Modoc War*, 69-70; Dillon, *Burnt-Out Fires*, 213-214. < <

[2] *Vid.* Murray, *Modocs and Their War*, 8-32. Ver también Bancroft, *History of Oregon*, vol. 2, 555-556; Powers, «California Indians», 542-543. < <

[3] *Vid.* Riddle, *Indian History of the Modoc War*, 26, 35, 104, 130, 191, 235. Ver también Meacham, *Wigwam and War-Path*, 295, 302, 316-320, 326-327, 348, 425. < <

[4] *Vid.* Riddle, *Indian History of the Modoc War*, 32, 36-37, 201-223. Ver también Meacham, *Wigwam and War-Path*, 297, 304-307, 312-323; 42nd Congress *Modoc Indians*, 2; Murray, *Modocs and Their War*, 44-53. < <

[5] *Vid.* Heyman, *Prudent Soldier*, 38, 349-350. Ver también Schofield, *Forty-Six Years in the Army*, 436. < <

[6] *Vid.* Odeneal, *Modoc War*, 7-8, 23, 26, 32, 44. Ver también Schofield, *Forty-Six Years in the Army*, 435-436. < <

[7] *Vid.* Boutelle, «Mayor Boutelle's Account», 264-265, 268-269. Ver también James Jackson, «Modoc War», 74-77; *Klamath Express*, January 10th, 1895; Riddle*, Indian History of the Modoc War*, 44, 47; *Report of Governor Grover*, 7-8; 43rd Congress *Modoc War*, 177. < <

[8] *Vid.* Fitzgerald, «Modoc War», 516. Ver también Murray, *Modocs and Their War*, 8-10, 97-99; 43rd Congress *Modoc War*, 181. < <

[9] *Vid.* Thompson, *Modoc War*, 2-29, 34. Ver también Boyle, «Personal Observations», Bancroft Collection, University of California; Trimble, «Reminiscences», 280-281. < <

[10] *Vid.* Meacham, Wigwam *and War-Path,* 386-387, and *Wi-ne-ma,* 129-130. Ver también Thompson, *Modoc War,* 31. < <

[11] *Vid.* Perry, «First and Second Battles», 295, 297. Ver también *New York Herald*, February 16th, 1873; Boyle, «Personal Observations». < <

[12] *Vid.* 43rd Congress *Modoc War,* 169-170. Ver también Murray, *Modocs and Their War,* 123; Boyle, «Personal Observations»; *Report of Governor Grover,* 38-39. < <

[13] *Vid. New York Herald,* April 6th, 8th, 17th, 20th. Ver también March 26th and April 7th, 1873; Meacham, *Wigwam and War-Path,* 430-432; *Oregonian,* March 13rd and March 20th, 1873; Riddle, *Indian History of the Modoc War,* 64, 231-234, 274-275. < <

[14] *Vid.* Heyman, *Prudent Soldier,* 370-374. Ver también *Trenton Evening Times,* November 2nd, 1887; Meacham, *Wigwam and War-Path,* 440-443, 464-465; *New York Herald,* March 2nd and April 9th, 1873; Riddle, *Indian History of the Modoc War,* 70-71. < <

[15] *Vid.* Heyman, *Prudent Soldier,* 375-777. Ver también Meacham, *Wigwam and War-Path,* 470, 474-475, 478-490; *Oregonian,* April 14th, 1873; 43rd Congress *Modoc War,* 139, 142, 161-166; Annual Report, *Indian Affairs 1873,* 77-78. < <

[16] *Vid.* Heyman, *Prudent Soldier,* 379. < <

[17] *Vid.* Boyle, «Personal Observations». Ver también Boutelle, «Disaster to Thomas' Command», 306-311; Thompson, *Modoc War,* 83-86. < <

[18] *Vid.* Boyle, «Personal Observations». Ver también Hardin, «“Gosh Dash It, Let’s Charge”», 4; Hasbrouck, «Last Fight», 320-322; Riddle, *Indian History of the Modoc War,* 124-125. < <

[19] *Vid.* Thompson, *Modoc War,* 115. Ver también Perry, «First and Second Battles», 303-304. < <

[20] *Vid. Army and Navy Journal,* June 21st, 1873, 714. Ver también Riddle, *Indian History of the Modoc War,* 188-189. < <

[21] *Vid.* Dunn, *Massacres of the Mountains,* 380-382. Ver también Murray, *Modocs and Their War,* 303; Landrum, *Guardhouse,* 76. Recoger cráneos indios para el Museo Médico del Ejército era una medida oficial, cuyo objetivo manifiesto era, tal como dijo el director general de la Salud Pública, servir de «ayuda para el progreso de la ciencia antropológica al obtener medidas de un gran número de cráneos de razas aborígenes de Norteamérica». Citado por Simpson, *Making Representations*, 175. < <

[1] *Vid.* Pájaro Pateador citado en Neeley, *Last Comanche Chief*, 81. Ver también Haley, *Buffalo War*, 21-22,25; Mooar, «Buffalo Days», 470, 473; Hyde, *Life of George Bent*, 353-355. < <

[2] Cit. en Haley, *Buffalo War*, 49. Ver también Hyde, *Life of George Bent*, 355; Berthrong, *Southern Cheyennes*, 380-382. < <

[3] *Vid.* Haley, *Buffalo War*, 43. Ver también Powell, *People of the Sacred Mountain*, vol, 2, 862. < <

[4] *Vid.* Gwynn, *Empire of the Summer Moon*, 263-267. Ver también Haley, *Buffalo War*, 52-54; Hyde, *Life of George Bent*, 358. < <

[5] *Vid.* Neeley, *Last Comanche Chief*, 92-93. Ver también Nye, *Carbine and Lance*, 189-191; Mooar, «Buffalo Days», 476-477. < <

[6] Cit. en Haley, *Buffalo War*, 75. Ver también Gwynn, *Empire of the Summer Moon*, 270-272. < <

[7] *Vid.* Haley, *Buffalo War*, 76-77. Ver también Richardson, *Comanche Barrier*, 194, 246n; Taylor, M. F.: «Kicking Bird», 318-319; Nye, *Carbine and Lance*, 192-200. < <

[8] *Vid.* Taylor, J. F.: Indian Campaign, vol. 1, 11-13. < <

[9] *Vid.* Cozzens, P., *General John Pope,* 316-317. Ver también Hutton, *Soldiers West,* 212-216. < <

[10] *Vid.* Miles, *Personal Recollections,* vol. 1, 164-165. Ver también 44th Congress *Report of the Secretary of War* (1875), 78. <<

[11] *Vid.* Taylor, J. F.: *Indian Campaign,* vol. 1, 21-23. Ver también Miles, *Personal Recollections,* vol. 1, 166-170; Frank D. Baldwin a su mujer, September 14th, 1874, Brown Papers, University of Colorado; *Pampa Daily News,* October 1st, 1933. < <

[12] *Vid.* Powell, *People of the Sacred Mountain,* vol. 2, 836-837. Ver también Meredith, *Girl Captives of the Cheyennes,* v–vi; Jauken, *Moccasin Speaks,* 97-98. < <

[13] *Vid.* Haley, *Buffalo War,* 108-109, 111-123. Ver también Taylor, J. F.: *Indian Campaign,* vol. 1, 31-33. < <

[14] *Vid.* Nye, *Bad Medicine and Good,* 192-194. < <

[15] *Vid.* Brininstool, «Billy Dixon», 15-17. Ver también Taylor, J. F.: *Indian Campaign,* vol. 1, 34-35, 89-100; Nye, *Carbine and Lance,* 219; Powell, *People of the Sacred Mountain,* vol. 2, 874; Utley, *Frontier Regulars,* 225. < <

[16] *Vid. New York Herald,* October 16th, 1874. Ver también Carter, R. G.: *On the Border with Mackenzie, 485*-489; Powell, *People of the Sacred Mountain,* vol. 2, 868; Charlton, «Battle at Palo Duro Canyon», 257-258. < <

[17] *Vid.* Haley, *Buffalo War,* 187-188. < <

[18] *Vid.* Taylor, J. F.: *Indian Campaign,* vol. 1, 105-106. Ver también Steinbach, *Long March,* 93; Meredith, *Girl Captives of the Cheyennes,* x–xi. < <

[19] *Vid.* Henely, «Sappa Creek Fight», 6-7. Ver también West, «Battle of Sappa Creek», 160-172. < <

[20] *Vid.* Taylor, J. F.: *Indian Campaign,* 91. Ver también Miles, *Personal Recollections,* vol. 1, 183; Hyde, *Life of George Bent,* 365; Haley, *Buffalo War,* 213-214; Taylor, M. F.:«Kicking Bird», 319. <<

[21] *Vid.* Gwynn, *Empire of the Summer Moon,* 284-291. Ver también Haley, *Buffalo War,* 206, 208-209. < <

[22] Cit. en Cozzens, P.: *Conquering the Southern Plains,* xiii. < <

[1] *Vid.* Whitman a J. G. C. Lee, May 17th, 1871, en Colyer, *Peace with the Apaches,* 31. Ver también Eskiminzin citado en Cargill, «Camp Grant Massacre», 74. < <

[2] *Vid.* Hastings, «Tragedy at Camp Grant», 155-156, 178. Ver también Jacoby, *Shadows at Dawn,* 82-90, 185-188; Altshuler, *Chains of Command,* 191; *Tucson Daily Star,* July 1st, 1879; *Prescott Weekly Journal,* May 13rd and 27th, 1871. < <

[3] *Vid.* Crook, «Resume of Operations», 571. Ver también Bourke, *Apache Campaign,* 50-51. < <

[4] *Vid.* Carr, «Days of Empire», 14. Ver también Gressley, «Soldier with Crook», 36-39; *Tucson Daily Citizen,* May 30th, 1874; *Chicago Daily Inter Ocean,* July 10th, 1874. Sweeney, *Cochise,* 261-305, 395, atribuye la muerte de Cochise a una de estas dos causas: disepsia o cáncer de estómago. Dado que la primera, a menos que presagie una úlcera péptica, pocas veces es fatal, he optado por atribuir su muerte al cáncer. < <

[5] *Vid.* Altshuler, *Chains of Command,* 188-196. Ver también *Chicago Daily Inter Ocean,* July 5th, 1883; *Memorial and Affidavits Showing Outrages Perpetrated by the Apache Indians,* 10, 30. < <

[6] *Vid.* Schmitt, *General George Crook*, 160-162. Ver también Robinson, *General Crook*, 106-117; Thrapp, *Conquest of Apacheria*, 92. < <

[7] *Vid.* Schmitt, *General George Crook*, 144. Ver también Nickerson, A. H.: «Major General George Crook», 4, Crook-Kennon Papers, US Army Heritage and Education Center. La sucesión interminable de pequeñas escaramuzas que caracterizó lo que se ha venido a denominar la Guerra Snake está descrita con todo detalle en el único estudio serio del conflicto, el libro de Michno, *Deadliest Indian War in the West*. < <

[8] *Vid.* King, J. T.: «George Crook», 334-335. Ver también Bourke, *On the Border with Crook,* 112-113; Nickerson, Major General Crook», 4; Goldin, «Terry and Crook», 38. < <

[9] *Vid.* Bourke, *On the Border with Crook,* 108-109. Ver también Schmitt, *General George Crook,* 170-171. John G. Bourke (1846-1896) se alistó en el Ejército de la Unión a los dieciséis años y obtuvo una Medalla de Honor en la batalla de río Stones. Tras la Guerra Civil, estuvo en West Point y se le envió al 3.º de Caballería. Bourke, que fue un entregado etnólogo, un meticuloso observador y un excelente escritor, publicó numerosos artículos sobre las tribus indias que llegó a conocer. También escribió un importante diario bastante completo, 124 volúmenes que se conservan en la US Military Academy Library. Las entradas del diario desde 1872 hasta 1881 se han publicado en cinco volúmenes como Robinson, *Diaries of Bourke.* < <

[10] *Vid.* Crook al ayudante general del Ejército de los Estados Unidos, el 10 de julio de 1871, Crook Letter Book 1, Hayes Library Center. A menos que se indique lo contrario, toda la correspondencia de Crook que se cita aquí proviene de Crook Letter Book. Ver también Schmitt, *General George Crook,* 163-166. < <

[11] *Vid.* Crook al ayudante general, el 8 de septiembre de 1871. Ver también *Chicago Daily Inter Ocean,* 5 de julio de 1885. < <

[12] La reserva india White Mountain abarcaba cerca de 10 000 km2 al este del centro de Arizona. Estaba limitada al norte por el Mogollon Rim y se extendía al sur por debajo del río Gila. La mitad sur de la reserva se denominaba, por lo general, pero de forma errónea, reserva de San Carlos. La agencia de San Carlos, en la confluencia de los ríos San Carlos y Gila, administraba la reserva india White Mountain. En 1896, la reserva se dividió en Fort Apache y la reserva de San Carlos. Véanse notas aclaratorias al mapa de la reserva india White Mountain en Utley, *Geronimo*. < <

[13] *Vid.* Crook a Rutherford B. Hayes, el 28 de noviembre de 1871. Ver también Crook a Schofield, el 1 de septiembre de 1871, citado en James T. King, «George Crook», 339. < <

[14] *Vid.* Schmitt, *General George Crook,* 169-170. Ver también Howard, «Major General George Crook», 326-327. < <

[15] *Vid.* «General Howard's Treaties», 622-624. Ver también Sweeney, *Cochise,* 342, 352, 356-366; *Tucson Arizona Citizen,* el 7 de diciembre de 1872; Safford a Howard, el 16 de noviembre de 1872, Howard Papers, Bowdoin College; Crook a Henry M. Teller, el 27 de marzo de 1883. < <

[16] *Vid.* Crook al ayudante general adjunto, División Militar del Pacífico, el 21 de septiembre de 1872 y el 24 de enero de 1873, al ayudante general del Ejército, el 13 de diciembre de 1872; Bourke, *On the Border with Crook,* 182. Ver también Schmitt, *General George Crook,* 175. < <

[17] *Vid.* Robinson, *Diaries of Bourke,* vol. 1, 44-49. Ver también «Early Days in Arizona», 3. < <

[18] *Vid.* Schmitt, *General George Crook,* 178. Ver también Thrapp, *Conquest of Apacheria,* 136-138; el jefe Yavapai Cha-lipun citado en Nickerson, «Major General Crook», 233; Bourke, *On the Border with Crook,* 212-214. < <

[19] *Vid.* Robinson, General Crook, 141. Ver también Thrapp, *Conquest of Apacheria*, 143, 146-154; Crook al ayudante general adjunto, División Militar del Pacífico, el 3 de julio de 1873. < <

[20] *Vid.* Nickerson, «Major General Crook», 233. Ver también Thrapp, *Conquest of Apacheria*, 156-161; Schmidt, *General George Crook*, 156-157. < <

[21] *Vid.* Crook al ayudante general adjunto, División Militar del Pacífico, el 11 de febrero de 1873. Ver también Bourke, «Conference with Cochise», 152-154. < <

[22] Testimonio de un oficial del Ejército no identificado de Fort Bowie publicado en el *Chicago Daily Inter Ocean*, July 10th, 1874. Ver también Sweeney, *Cochise*, 395; *Arizona Republic*, April 10th, 1935. < <

[23] Thrapp, *Conquest of Apacheria*, 165-171. Ver también Sweeney, *From Cochise to Geronimo*, 37-66; Schmitt, *General George Crook*, 184; Daklugie citado en Ball, *Indeh*, 37. < <

[1] *Vid.* Toro Sentado citado en *New York Herald,* November 22nd, 1877. < <

[2] *Vid.* LaPointe, *Sitting Bull,* 19-31, 46-47. Ver también Higheagle, «Memories of Sitting Bull»; Valentine McGillycuddy a Walter S. Campbell, April 16th, 1929, Aaron M. Beede a Campbell, September 27th y December 23rd, 1929, además de entrevista a Un Toro, todo ello en Campbell Collection, Western History Collection, University of Oklahoma; Utley, *Lance and Shield,* 31-37. < <

[3] *Vid.* McGillycuddy a Campbell, April 16th, 1929. Ver también *Annual Report of the Secretary of War, 1867*, 32, 51-52; *New York Post,* April 11th and May 15th, 1867; Larpenteur, *Forty Years,* 358-360. Entrevista a Toro Blanco, Campbell Collection. < <

[4] Las cifras lakotas citadas aquí están sacadas de Bray, «Teton Sioux». Las cifras de los cheyenes y los arapahoes del norte se han extrapolado de cantidades infladas que dieron los oficiales de la agencia de Nube Roja en el 44th Congress *Report of the Commissioner of Indian Affairs* (1875), 608. < <

[5] *Vid.* Proceedings of the Indian Peace Commission, vol. 2, 151-152, Record Group 48, National Archives. Ver también *St. Paul Daily Press,* September 12nd, 1868; *Helena Weekly Herald,* October 1st, 1868; Utley, *Lance and Shield,* 91. < <

[6] *Vid.* Utley, *Lance and Shield*, 85-86. Ver también Higheagle, «How Sitting Bull Was Made a Chief» y Un Toro, «Information in Sioux and English with Regard to Sitting Bull», ambos en Campbell Collection. < <

[7] *Vid.* McMurtry, *Crazy Horse,* 7-8, 16-17. Ver también Bray, *Crazy Horse,* 71; entrevista a Chips, en Jensen, *Voices of the American West,* vol. 1, 73; Powers, *Killing of Crazy Horse,* 32-34; Entrevista a Perro Macho, en Paul, *Nebraska Reader,* 186-192; John M. Marshall, *Journey of Crazy Horse,* 77-162. < <

[8] Entrevista a Toro Blanco, 29, Campbell Collection. Ver también McGinnis, *Counting Coups,* 119-125. < <

[9] *Vid. Daily Nebraska Press,* August 13rd, 1873. Ver también *Sioux City Journal,* August 12nd, 1873; Hyde, *Red Cloud's Folk,* 208; McGinnis, *Counting Coups,* 125-126; *Dakota Republican,* August 21st, 1873. < <

[10] *Vid.* Cox citado en 41st Congress *Report of the Secretary of War, 1869,* 7. < <

[11] Entrevistas a Un Toro y Toro Blanco, Campbell Collection. Ver también 41st Congress *Report of the Secretary of War*, 1869, 7; Lubetkin, «Forgotten Yellowstone Surveying Expeditions», 34-35 y Jay Cookes's *Gamble*, 53; Robertson, «Big Sioux War», 4. < <

[12] Lubetkin, «No Fighting», 30 y *Custer and the 1873 Yellowstone Survey*, 33. Ver también Howe, «Expedition to the Yellowstone», 526. < <

[13] Águila Moteada citado en Powers, *Killing of Crazy Horse*, 64. Ver también *Sioux City Journal*, April 23rd, 1872; Lubetkin, *Jay Cooke's Gamble*, 135-139; Vestal, *Warpath*, 136-138. < <

[14] *Vid.* LaPointe, *Sitting Bull*, 55-57. Ver también Vestal, *Warpath*, 139-143; Lubetkin, «No Fighting», 38 y *Custer and the 1873 Yellowstone Survey*, 33. < <

[15] *Vid.* Sherman a Sheridan, October 7th, 1872 citado en Athearn, *Sherman and the Settlement of the West*, 327. Ver también Utley, *Lance and Shield*, 111; 42nd Congress *Report of the Secretary of War*, 40. < <

[16] *Vid.* Utley, *Cavalier in Buckskin*, 103-110. Ver también Howe, «Expedition to the Yellowstone River», 523-524, 526; *Sioux City Daily Journal*, August 9th, 1873; Wert, Custer, 304; informe del coronel Stanley de la expedición Yellowstone, en *Rockford Daily Register*, September 3rd, 1873; Lubetkin, *Custer and the 1873 Yellowstone Survey*, 219-220. < <

[17] *Vid.* Utley, *Lance and Shield*, 112. < <

[18] *Vid.* Custer, G. A.: «Battling with the Sioux», 95. Ver también Howe, «Expedition to the Yellowstone River», 532; Lubetkin, *Jay Cooke's Gamble,* 245-246. < <

[19] *Vid.* Lubetkin, *Jay Cooke's Gamble,* 246-247. Ver también Custer, G. A.: «Battling with the Sioux», 101-102; Howe, «Expedition to the Yellowstone River», 532-533; Utley, *Cavalier in Buckskin,* 121-122 and *Lance and Shield,* 112-113. < <

[20] *Vid. Annual Report of the Commissioner of Indian Affairs, 1873*, 5. Ver también Hutton, *Sheridan and His Army,* 287. < <

[21] *Vid.* Utley, *Cavalier in Buckskin,* 123. Ver también Lubetkin, *Custer and the 1873 Yellowstone Survey,* 247-248; Stanley's Report in *Rockford Daily Register*, September 3rd, 1873. < <

[22] *Vid. New York Times,* September 11th, 1873. < <

[1] *Vid.* Olson, *Red Cloud and the Sioux Problem,* 145-165. < <

[2] *Vid.* 43rd Congress *Report of the Secretary of War,* 23-24. Ver también Hutton, *Sheridan and His Army,* 290-291; Powers, *Killing of Crazy Horse,* 78-79; Utley, *Lance and Shield,* 115. < <

[3] Custer citado en Calhoun, *With Custer in ’74,* 103 y Danker, *Man of the Plains,* 187-188. Ver también Headquarters Black Hills Expedition, June 30th, 1874, General Order n.º 3, citado en Krause, *Custer’s Prelude to Glory,* 165; Ewert citado en Donald Jackson, *Custer’s Gold,* 28. < <

[4] *Vid.* DeMallie, *Sixth Grandfather,* 158-160. Ver también Marshall, J. M.: *Journey of Crazy Horse,* 167-168; McMurtry, *Crazy Horse,* 79. < <

[5] *Vid.* Wert, *Custer,* 315-316. Ver también Custer al ayudante general adjunto, Department of Dakota, August 2nd, 1874 en *New York World,* August 16th, 1874; Krause, *Custer's Prelude to Glory,* 268; Donald Jackson, *Custer's Gold,* 87. < <

[6] *Vid. Chicago Daily Inter Ocean,* August 27th, 1874. Ver también *Boston Journal,* August 10th, 1874; *Virginia City Territorial Enterprise,* September 2nd, 1874; *Yankton Press and Dakotan,* September 3rd, 1874; Donald Jackson, *Custer's Gold,* 102-103. < <

[7] *Vid.* Stiles, *Custer's Trials,* 402-403. Ver también *Bismarck Tribune,* September 10th, 1874; 43rd Congress *Report of the Secretary of War,* 24; *Cincinnati Enquirer,* September 18th, 1874; Sheridan a Terry, September 3rd y 4th, 1874, en 44th Congress *Black Hills; Chicago Daily Tribune,* September 4th and 25th, 1874; Sheridan a Sherman, March 25th, 1875, en *Washington Reporter,* March 31st, 1875; 44th Congress *Report of the Commissioner of Indian Affairs,* 683. < <

[8] Entrevista a Billy Garnett, en Jensen, *Voices of the American West,* Vol. 2, 83-84. Ver también Olson, *Red Cloud and the Sioux Problem,* 175-185. < <

[9] *Vid. New-York Tribune,* June 6th, 1875; Gray, *Centennial Campaign,* 20. Ver también Crook al ayudante general adjunto, División Militar del Misuri, August 16th and September 15th, 1875; Crook citado en *New York Herald,* August 16th, 1875. < <

[10] *Vid.* Powell, *People of the Sacred Mountain,* vol. 1, xvii-xviii y vol. 2, 928-929. Ver también Hebard, *Washakie,* 209; Utley, *Lance and Shield,* 122-123. < <

[11] *Vid.* Report of the Commission Appointed to Treat with the Sioux Indians for the Relinquishment of the Black Hills, en 44th Congress *Report of the Commissioner of Indian Affairs*, 686-701. Ver también DeBarthe, *Life and Adventures of Frank Grouard*, 174-175; Powers, *Killing of Crazy Horse*, 93. < <

[12] *Vid.* «Report of the Commission», 686-701. Ver también *Cincinnati Daily Enquirer*, November 18th, 1875; Gray, *Centennial Campaign*, 20-21, 23-27; *Cheyenne Leader*, January 15th, 1876; *Omaha Republican*, January 16th, 1876; Hutton, *Sheridan and His Army*, 298-299; Sheridan a Terrry, November 9th, 1875, Sheridan Papers, Library of Congress. < <

[13] *Vid.* E. C. Watkins a Edward P. Smith, 9 de noviembre de 1875, en 44th Congress *Military Expedition*, 8-9; *Chicago Daily Inter Ocean*, 17 de noviembre de 1875. Ver también Sheridan citado en Gray, *Centennial Campaign*, 33. < <

[1] *Vid.* Gibbon, «Indian Department», 388. < <

[2] *Vid.* Gray, *Centennial Campaign,* 36-37, 41-42. Ver también 44th Congress *Military Expedition,* 17, 22, 26, and *Report of the Secretary of War, 1876,* 443. < <

[3] *Vid.* Crook al ayudante general adjunto, División Militar del Misuri, December 22nd, 1875, y Crook a Hayes, March 1st, 1876, Hayes Papers, ambos en Hayes Library. Ver también *Rocky Mountain News,* March 23rd and April 4th and 6th, 1876. < <

[4] *Vid.* DeBarthe, *Life and Adventures of Frank Grouard,* 188; Robinson, *Diaries of Bourke,* vol. 1, 246-247; *Rocky Mountain News,* April 7th, 1876. < <

[5] *Vid.* Powell, *People of the Sacred Mountain,* vol. 2, 938-945. Ver también Robinson, *Diaries of Bourke,* vol. 1, 249-258, y *General Crook,* 169-170. < <

[6] Entrevista a Dos Lunas, en Hardorff, *Lakota Recollections,* 133. Ver también Utley, *Lance and Shield,* 134-136; Marquis, *Wooden Leg,* 173. < <

[7] Terry a Sheridan, February 21st, 1876. Ver también Sheridan a Sherman, May 29th, 1876; y Sherman a Sheridan, April 1st, 1876; todo ello en Sheridan Papers, Library of Congress. < <

[8] Para un excelente enfoque sobre el coqueteo de Custer con la ruina ver Utley, *Cavalier in Buckskin,* 156-1 64 y Hutton, *Sheridan and His Army,* 305-311. < <

[9] *Vid.* Mangum, *Battle of the Rosebud,* 23-27. < <

[10] *Vid.* Marquis, *Wooden Leg,* 177-179, 185. Ver también Utley, *Lance and Shield,* 134-135; Powell, *People of the Sacred Mountain,* vol. 2, 950. De acuerdo con los cálculos metódicos en Gray, *Centennial Campaign,* 324, a principios de junio el poblado contaba con 70 tipis oglalas, 55 tipis miniconjous, 55 tipis sans arcs, 12 tipis de lakotas pies negros, y 15 tipis de exiliados yanktonais que habían bajado desde Canadá para unirse a ese gran conjunto. Los yanktonais, que habían sido desterrados a la fuerza de Minnesota tras el alzamiento de 1862, y acosados por el Gobierno en el Territorio Dakota en 1863-1864, tenían pocas posesiones materiales pero sentían un gran odio hacia los blancos. < <

[11] *Vid.* Un Toro, «Prophecy of Sitting Bull of Complete Annihilation of Custer and His Soldiers» y «Sitting Bull's Sun Dance Vision», y Toro Blanco, «Sitting Bull and the Sundance», todo ello en Campbell Collection. Ver también Utley, *Lance and Shield,* 137-138. < <

[12] *Vid. Chicago Tribune,* July 5th, 1876. Ver también Robinson, *Diaries of Bourke,* vol. 1, 306-312; Hebard, *Washakie,* 199. < <

[13] *Vid.* Mills, «Battle of the Rosebud», 7. Ver también Robinson, *Diaries of Bourke*, vol. 1, 32. < <

[14] *Vid.* Marquis, *Wooden Leg*, 197-199. Ver también Powel, *People of the Sacred Mountain*, vol. 2, 955-957; Eastman, «Indian Version of Custer's Last Battle», 354. < <

[15] *Vid.* Mills, «Battle of the Rosebud», 7-8. Ver también *Chicago Tribune*, July 5th, 1876; *New York Herald*, July 6th, 1876; Lemly, «Fight on the Rosebud», 14; Marquis, *Wooden leg*, 198-200. < <

[16] *Vid.* Grinnell, *Fighting Cheyennes*, 336; Powell, People of the Sacred Mountain, vol. 2, 336. < <

[17] *Vid.* Lemly, «Fight on the Rosebud», 14. Ver también Mills, «Battle of the Rosebud», 8-9; Pearson, D. C.: «Military Notes», 301; Crook citado en Mangum, *Battle of the Rosebud*, 75. < <

[18] *Vid. Chicago Tribune*, July 5th, 1876. Ver también *New York Herald*, July 6th, 1876; Lemly, «Fight on the Rosebud», 15. < <

[19] *Vid.* Citado enn Utley, *Lance and Shield,* 141. Ver también Grinnell, *Fighting Cheyennes,* 343; Eastman, «Indian Version of Custer's Last Battle», 357. < <

[20] *Vid.* Mills, *My Story,* 398, 408; Mangum, *Battle of the Rosebud,* 85-87; Lemly, «Fight on the Rosebud» 16-17; «Report of Killed, Wounded, and Missing… on Rosebud River», Crook Letter Book vol. 1, 393; Linderman, *Plenty-Coups,* 170; *Helena Daily Independent,* June 30th, 1876. < <

[21] Crook a Sheridan, June 19th, 1876, Crook Letter Book vol. 1, 390-391, Hayes Library; Robinson, *Diaries of Bourke*, vol. 1, 356. < <

[22] *Vid.* Utley, *Cavalier in Buckskin,* 165. Ver también Wert, *Custer,* 247-248; Donovan, *Terrible Glory,* 56, 93, 120-125, 139-140, 365; Graham, *Custer Myth,* 189; entrevista a Charles A. Varnum, en Hammer, *Custer in '76,* 63. < <

[23] *Vid.* Taylor, W. O.: *With Custer on the Little Bighorn,* 18; Custer, E. B.: *Boots and Saddles,* 217. < <

[24] *Vid.* Gaff, *Adventures on the Western Frontier,* 121-123; Bradley, «Sioux Campaign», 184, 189-194, 203-206. < <

[25] *Vid.* Godfrey, «Custer's Last Battle», 362; Custer citado en Gray, *Centennial Campaign,* 127. < <

[26] Cit. en Donovan, *Terrible Glory,* 168. < <

[27] Cit. en Gray, *Centennial Campaign,* 140. < <

[28] *Vid.* Donovan, *Terrible Glory,* 175-176; Godfrey, «Custer's Last Battle», 364-365; Gibbon, «Last Summer's Campaign», 130; Gray, *Centennial Campaign,* 141-143; James S. Brisbin a Edward S. Godfrey, Jan 1st, 1892, Ayer Manuscript Collection, Newberry Library. < <

[29] *Vid.* Bradley, «Sioux Campaign», 215. < <

[30] *Vid.* Merington, *Custer Story,* 307-308; Gibbon, «Last Summer's Expedition», 131. < <

[31] *Vid.* Donovan, *Terrible Glory,* 190-191. < <

[32] *Vid.* Godfrey, «Custer's Last Battle», 365. < <

[33] *Vid.* Marquis, *Wooden Leg,* 214-215; Graham, *Custer Myth*, 102; Toro Sentado citado en Utley, *Lance and Shield,* 144. < <

[1] *Vid.* Taylor, W. O.: *With Custer on the Little Bighorn,* 27, 30. Ver también Donovan, *Terrible Glory,* 196-198, 201; Godfrey, «Custer's Last Battle», 366. < <

[2] *Vid.* Myles Moylan a Edward S. Godfrey, January 17th, 1892, Godfrey Papers, Library of Congress; Marquis, *Wooden Leg,* 250. Ver también entrevista a Luther Hare, en Hammer, *Custer in '76,* 64; Frederick W. Benteen a Theodore Goldin, February, 24th, 1892, en Graham, *Custer Myth,* 194. < <

[3] *Vid.* Donovan, *Terrible Glory*, 212-213; Godfrey, «Custer Last Battle», 368. Ver también Linderman, *Plenty-Coups*, 175. < <

[4] *Vid.* Donovan, *Terrible Glory,* 215. Ver también Wert, *Custer,* 343. < <

[5] Entrevistas al teniente Charles DeRudio y al soldado raso Thomas F. O'Neill, ambas en Hammer, *Custer in '76,* 84, 106-107. Ver también Taylor, W. O.: *With Custer on the Little Bighorn,* 36-37; Donovan, *Terrible Glory*, 230; Stewart, *Custer's Luck,* 349-342. < <

[6] *Vid.* Marquis, *Wooden Leg,* 218-219. Ver también DeMallie, *Sixth Grandfather,* 180-181; entrevista a Mujer de Piel en Movimiento, en Hardorff, *Lakota Recollections,* 93; Agalla citado en Graham, *Custer Myth,* 89; entrevista a Toro Blanco, Campbell Collection. < <

[7] Entrevista a Halcón de Hierro, en Hardorff, *Lakota Recollections,* 64. Ver también Marquis, *Wooden Leg,* 220; Donovan, *Terrible Glory,* 443-444n; Silverstein, «Reminiscences of the Reno Fight», 579. < <

[8] *Vid.* Stewart, *Custer's Luck,* 363. Ver también Donovan, *Terrible Glory,* 240-241; *Hardin Tribune,* June 22nd, 1923; Greene, *Lakota and Cheyenne,* 49; Marquis, *Wooden Leg,* 220-221. < <

[9] Entrevista a Oso de Pie en Hammer, *Custer in '76*, 215. Ver también Hardorff, Lakota Recollection, 64-65, e Indian Views, 166; Graham, Custer Myth, 102; DeMallie, *Sixth Grandfather*, 183. < <

[10] *Vid.* Gray, *Centennial Campaign,* 294-295. Ver también Taylor, W. O.: *With Custer on the Little Bighorn,* 44-47; Brininstool, *Troopers with Custer,* 53; Graham, *Custer Myth,* 27; *Hardin Tribune,* June 22nd, 1923. < <

[11] *Vid.* Utley, *Lance and Shield,* 153. Ver también Hardorff, *Lakota Recollections,* 199; entrevista a Toro Sentado, en *New York Herald,* November, 22nd, 1877. < <

[12] *Vid.* Custer citado en Stewart, *Custer's Luck,* 330. Ver también Kanipe, «New Story of Custer's Last Battle», 280; Graham, *Custer Myth,* 290; entrevista a John Martin, en Hammer, *Custer in '76,* 101. < <

[13] *Vid.* en especial Donovan, *Terrible Glory*. Ver también Gray, *Custer's Last Campaign*; Hutton, «Could Custer Have Won?»; y Hardorff, *Lakota Recollections* y *Cheyenne Memories*. < <

[14] *Vid.* Donovan, *Terrible Glory,* 266-267. Ver también Utley, *Cavalier in Buckskin,* 187; entrevista a Toro Sentado, en el *New York Herald,* November 22nd, 1877; Marquis, *Wooden Leg,* 231, 234. < <

[15] *Vid.* Hutton, «Could Custer Have Won?», 36-37. Ver también Graham, *Custer Myth,* 77; Donovan, *Terrible Glory,* 272; Hardorff, *Indian Views,* 166; entrevista a Perro Macho, en Hammer, *Custer in '76,* 207; Greene, *Lakota and Cheyenne,* 37. < <

[16] *Vid.* «Personal Story of Rain-in-the-Face», en Brady, *Indian Fights,* 288. Ver también DeMallie, *Sixth Grandfather,* 192. < <

[17] *Vid.* Donovan: *Terrible Glory,* 275 y Hutton: «Could Custer Have Won?», 39, calculan que el número de soldados en Last Stand Hills era cincuenta. Yo he añadido a esa cantidad cuarenta para tener en cuenta a un grupo que en los últimos momentos de la batalla se separó y bajó la colina. < <

[18] *Vid.* Hardorff, *Lakota Recollections,* 66, 86. Ver también Marquis, *Wooden Leg,* 237; Donovan, *Terrible Glory,* 276; Kanipe, «New Story of Custer's Last Battle», 95; Brininstool, *Troopers with Custer,* 61. < <

[19] *Vid.* DeMallie, *Sixth Grandfather,* 193. Ver también Hardorff, *Lakota Recollections,* 32; Donovan, *Terrible Glory,* 276; Marquis, *Wooden Leg,* 247. El hombre al que arrancó la cabellera Pata de Palo fue el teniente William W. Cooke. < <

[20] *Vid.* Donovan, *Terrible Glory,* 253. Ver también Godfrey, «Custer's Last Battle», 372. < <

[21] John Martin citado en Graham, *Custer Myth*, 291. En una entrevista con Walter Camp, Martin dijo que las palabras de Reno fueron: «Bueno, he perdido casi la mitad de mis hombres, y no lo pude hacer mejor». Hammer, *Custer in '76*, 105. < <

[22] *Vid.* Stewart, *Custer's Luck*, 179, 180: Brininstool, *Trooper with Custer*, 81, 102, 121; Donovan, *Terrible Glory*, 460-462n. <<

[23] *Vid.* Donovan, *Terrible Glory*, 280-286, 462n. Ver también Godfrey, «Custer's Last Battle», 375; Marquis, *Wooden Leg*, 256. < <

[24] *Vid.* Gray, *Centennial Campaign*, 181, 294-296. Ver también Taylor, W. O.: *With Custer on the Little Bighorn*, 57, 59, 63; entrevista a Stanislas Roy, en Graham, *Custer Myth*, 182; Godfrey, *Field Diary*, 17; Marquis, *Wooden Leg*, 269-270. < <

[25] *Vid.* Thomas, «Indian Casualties», en [**http://www.littlebignorn.info/ articles/indiancasualties .pdf**]. Ver también Garland, «Custer's Last Fight»; Gray, *Centennial Campaign*, 296. < <

[26] Cit. en Utley, *Lance and Shield*, 161. 312 < <

[1] *Vid.* Hanson, 298; *Philadelphia Inquirer,* July 7th, 1876. Ver también *Cleveland Plain Dealer,* July 8th, 1876; Hutton, 316. < <

[2] *Vid.* 44th Congress *Hostile Demonstrations,* I-4. < <

[3] *Vid.* Sheridan a Sherman, July 7th, 1876, en *Cleveland Plain Dealer,* July 8th, 1876. Ver también Gray: *Centennial Campaign*, 255-259; Robinson: *Good Year to Die*, 224-225. < <

[4] *Vid.* Robinson: *Diaries of Bourke*, vol. 1, 362-363, 369. Ver también Crook a Sheridan, July 23rd, 1876, Crook Letter Book vol. 1, 395, Hayes Library. < <

[5] *Vid.* Robinson: *Good Year to Die*, 232-233. Ver también Powell, vol. 2, 1049. < <

[6] *Vid.* Robinson: *Diaries of Bourke*, vol. 2, 35, and *Good Year to Die,* 238-239. Ver también Goldin: «Terry and Crook», 73; Finerty: *War-Path and Bivouac*, 223; Miles citado en Hutton: *Sheridan and His Army,* 320. < <

[7] *Vid. Chicago Times,* September 22nd, 1876. Ver también Pearson, D. C.: «Military Notes», 300. < <

[8] *Vid.* Terry to Crook, August 25th, 1876, in Robinson: *Diaries of Bourke*, vol. 2, 88-89. Ver también Crook a Terry, August 25th, 1876, Crook Letter Book vol. 1, 399-400, Hayes Library. < <

[9] *Vid. Cincinnati Daily Tribune,* September 1st, 1876. Ver también Powell, vol. 2, 1047; Neihardt: *Black Elk Speaks*, 137. < <

[10] *Vid.* Bourke: *On the Border with Crook*, 367-368, 372-373. Ver también Finerty: *War-Path and Bivouac*, 244-246; Greene: *Slim Buttes,* 77, 115; and *Lakota and Cheyenne,* 86-88; Eugene A. Carr a su mujer, September 8th, 1876, Carr Papers; Robinson: «Horse Meat March», 47; y *General Crook,* 194-195; Pearson, D. C.: «Military Notes», 312. < <

[11] *Vid.* Olson: *Red Cloud and the Sioux Problem*, 224. < <

[12] *Vid.* Cit. en Hyde: *Spotted Tail's Folk*, 255. < <

[13] *Vid.* Cit. en Olson: *Red Cloud and the Sioux Problem*, 322. <<

[14] *Vid.* Robinson: *Bad Hand*, 322-323; and *Good Year to Die,* 264. Ver también *New York Herald,* September 23rd, 1876; Crook a Merritt, September 25th, 1876, Crook Letter Book vol. 1, 424-425, Hayes Library. < <

[15] *Vid.* Olson: *Red Cloud and the Sioux Problem*, 231-233. Ver también entrevista a William Garnett, en Jensen, vol. 1, 13; Crook a Sheridan, October 23rd y 27th, 1876, Crook Letter Book vol. 1, 403-406, Hayes Library; Manypenny, *Our Indian Wards*, 300; Robinson: *Good Year to Die*, 266; Hutton: *Sheridan and His Army*, 325. < <

[16] *Vid.* Miles cit. en Robinson: *Good Year to Die*, 268. Ver también Sheridan a Crook, September 8th, 1876, en Robinson: *Diaries of Bourke*, vol. 2, 124-125; *Chicago Times*, September 16th, 1876. < <

[17] *Vid.* Robinson: *Good Year to Die*, 270-271. Ver también Miles: *Personal Recollection*, vol. 2, 217-218, 225-226; Greene: *Battles and Skirmishes*, 134-135; y *Lakota and Cheyenne*, 106-107; Utley: *Lance and Shield*, 172. < <

[18] *Vid.* Vestal: *Warpath*, 222-223. Ver también Greene: *Battles and Skirmishes*, 138-142. < <

[19] *Vid.* Marquis: *Wooden Leg*, 281-282. < <

[20] *Vid.* Robinson: *Diaries of Bourke*, vol, 2, 172. < <

[21] *Vid. New York Herald*, December 11th, 1876. Ver también Greene: *Morning Star Dawn*, 40; Greene: *Lakota and Cheyenne*, 113-114; Powell, vol. 2, 1054-1056. < <

[22] *Vid.* Danker: *Man of the Plains*, 211-212. Ver también Powell, vol. 2, 1058-1064, 1069; Greene: *Morning Star Dawn*, 122-123, 135-136; and *Battles and Skirmishes*, 180; *New York Herald*, December 11th, 1876. < <

[23] *Vid.* Greene: *Morning Star Dawn*, 139-140. Ver también Robinson: *Diaries of Bourke*, vol. 2, 287. < <

[24] *Vid.* Smith, S. L.: *Sagebrush Soldier*, 88. Ver también Kime: *Powder River Journals*, 98. < <

[25] Crook al ayudante general adjunto, División Militar del Misuri, January 8th, 1877, con aprobación de Sheridan a Sherman fechada el 27/01/1877, Hayes Papers, Hayes Library. Ver también entrevista a Crook en el *Chicago Tribune,* reproducida en *Army and Navy Journal,* April 30th, 1876. < <

[26] *Vid.* Powell, vol. 2, 1069-1078. Ver también Greene: *Lakota and Cheyenne*, 119-121; Stands in Timber, J. and Liberty, M.: *Cheyenne Memories,* 216-218; Robinson: *Diaries of Bourke*, vol. 2, 275, 278. < <

[27] *Vid.* Marquis: *Wooden Leg*, 308-309. Ver también 46th Congress *Removal of the Northern Cheyenne Indians,* 9, 14, 111, 224-225. < <

[28] *Vid.* Miles citado en Grinnell, 398. Ver también testimonio de Cerdo Salvaje en 46th Congress *Removal of the Northern Cheyenne Indians,* 5-6. < <

[29] *Vid.* 46th Congress *Removal of the Northern Cheyenne Indians,* 267-268, 271-272. Ver también Bronson: «Little Wolf's Escape», 208. < <

[30] *Vid.* Grinnell: *Fighting Cheyennes*, 401-402. Ver también testimonio de Cerdo Salvaje en 46th Congress *Removal of the Northern Cheyenne Indians,* 7. < <

[31] Cit. en Grinnell: *Fighting Cheyennes,* 403. < <

[32] *Vid.* Monnett: *Tell Them We Are Going Home,* 43, 52; Marquis: *Wooden Leg,* 321. < <

[33] *Vid.* Lobezno citado en Grinnell: *Fighting Cheyennes,* 413. Ver también Jordan: «Soldier's Life», 148; Monnett: *Tell Them We Are Going Home,* 53-57, 66-72, 74; testimonio de Cerdo Salvaje en 46th Congress *Removal of the Northern Cheyenne Indians*, 21. < <

[34] *Vid.* Cuchillo Romo citado en Grinnell: *Fighting Cheyennes,* 414. Ver también Monnett: *Tell Them We Are Going Home,* 109-111. < <

[35] *Vid.* 46th Congress *Removal of the Northern Cheyenne Indians,* 214. Ver también Nube Roja citado en Powell, vol. 2, 1189; Cerdo Salvaje citado en Monnett: *Tell Them We Are Going Home,* 118; Cuchillo Romo citado en Powell, vol. 2, 1191. < <

[36] *Vid.* 46th Congress *Removal of the Northern Cheyenne Indians,* 244. Ver también Monnett: *Tell Them We Are Going Home*, 118-122. < <

[37] *Vid.* Powell, vol. 2, 1197-1198, 1225-1227. Ver también Grinnell: *Fighting Cheyennes,* 421-422; Monnett: *Tell Them We Are Going Home*, 123-134, 143-161. < <

[38] Cit. en 46th Congress *Removal of the Northern Cheyenne Indians,* 249. < <

[39] *Vid.* Monnett: *Tell Them We Are Going Home*, 147, 159, 161, 202, and «Little Wolf», 54-55. < <

[1] *Vid.* Green: *Yellowstone Command*, 115. Ver también Miles: *Personal Recollections*, vol. 1, 217-219, 231; Baldwin: «Winter Campaigning», 2. < <

[2] *Vid.* Baldwin: «Winter Campaigning», 2-3. Ver también Utley: *Lance and Shield*, 176-177; Green: *Yelowstone Command*, 150-152. < <

[3] Comandante Alfred L. Hough, cit. en Greene: *Yellowstone Command*, 158. < <

[4] *Vid.* Bray: «Crazy Horse and the End of the Sioux War», 97. Ver también Green: *Battles and Skirmishes*, 196. < <

[5] *Vid.* Green: *Lakota and Cheyenne*, 130-131, 133. Ver también Power: *Killing of Crazy Horse*, 249; Neihardt: Black Elk Speaks, Miles, *Personal Recollections*, vol. 1, 238-239. < <

[6] Citado en Utley, Lance and Shield, 181-182. < <

[7] *Vid.* DeMallie: Sixth Grandfather, 202. Ver también Bray: «Crazy Horse and the End of the Sioux War», 101-106; 108-109; Neihardt: *Black Elk Speaks*, 142: Hyde: *Spotted Tail's Folk*, 266-268. < <

[8] *Vid.* Olson: *Red Cloud and the Sioux Problem,* 237-239. Ver también Jeffrey V. Pearson: «Tragedy at Red Cloud Agency», 16; Bray: «Crazy Horse and the End of the Sioux War», 112; Robinson: *Diaries of Bourke,* vol. 2, 297, 299; Powers: *Killing of Crazy Horse,* 262. < <

[9] El 7 de mayo de 1877 Miles derrotó al grupo del jefe Ciervo Cojo cerca de la ciudad del mismo nombre de la actual Montana. Ciervo Cojo no tenía una visión especial de futuro; vaciló entre el desafío y el deseo nostálgico de una última cacería de búfalos antes de entrar en la agencia. Lo mataron de forma involuntaria cuando un guía blanco interrumpió unas conversaciones entre el jefe y el coronel Miles. *Vid.* Miles: «Rounding Up the Red Men», 113-114. < <

[10] Cit. en Hutton: *Phil Sheridan and His Army,* 320. < <

[11] *Vid.* Jeffrey V. Pearson: «Tragedy at Red Cloud Agency», 17-18. Ver también Powers: *Killing of Crazy Horse,* 331; Lee: «Capture and Death», 327. < <

[12] *Vid.* Jeffrey V. Pearson: «Tragedy at Red Cloud Agency», 20. Ver también Powers: *Killing of Crazy Horse,* 361-362; Hardorff: *Surrender and Death of Crazy Horse,* 104-105, 173. < <

[13] *Vid.* Jeffrey V. Pearson: «Tragedy at Red Cloud Agency», 21-22. Ver también Hardorff, *Surrender and Death of Crazy Horse,* 183-184. < <

[14] Caballo Loco cit. en Lee: «Capture and Death», 333, y Powers: *Killing of Crazy Horse,* 395. < <

[15] *Vid.* Jeffrey V. Pearson: «Tragedy at Red Cloud Agency», 24-25. Ver también Lee: «Capture and Death», 337-338; Lemly: «Murder of Chief Crazy Horse», 7; Sheridan a James Gillis, September 5th, 1877, en Robinson: *Diaries of Bourke,* vol. 3, 508. < <

[16] *Vid.* Powers: *Killing of Crazy Horse,* 411-412, 424, 426. Ver también Valentine T. McGillycuddy a Elmo S. Watson, April 13rd, 1922, Watson Papers, Newberry Library; Lemly: «Murder of Crazy Horse», 10. < <

[17] Mi relato del tiempo que transcurrió Toro Sentado en Canadá y su posterior rendición se extrae sobre todo de Utley: *Lance and Shield,* 164-233. Ver también Neihardt: *Black Elk Speaks,* 150-159. <<

[1] *Vid.* West: *Last Indian War,* 21, 23, 35-74. < <

[2] *Vid.* Joseph: «Indian's View of Indian Affairs», 417-420. Ver también McWhorter: *Yellow Wolf,* 35, 125-129; West: *Last Indian War,* 81-84. < <

[3] *Vid.* Howard: «True Story of the Wallowa Campaign», 318-320. Ver también Joseph y los comisionados cit. en Greene: *Nez Perce Summer,* 16-18; Josephy: *Nez Perce,* 483-492; West: *Last Indian War,* 117-119; McWhorter: *Yellow Wolf*, 40. < <

[4] *Vid.* Howard: *Nez Perce Joseph*, 69-70. Ver también Joseph: «Indian's View of Indian Affairs», 306-307. < <

[5] *Vid.* Josephy: *Nez Perce*, 499. Ver también Beall: «I Will Fight No More Forever», 280-282; McWhorter: *Yellow Wolf*, 36-45; Joseph: «Indian's View of Indian Afairs», 424-425. < <

[6] *Vid.* McDonald: «The Nez Perce War», 466-467. Ver también Joseph: «Indian's View of Indian Affairs», 309; McWhorter: *Hear Me, My Chiefs!*, 246-247; Greene: *Nez Perce Summer*, 40, 130, 359-360, 372. < <

[7] *Vid.* 45th Congress Report of the Secretary of War, 120. Ver también McWhorter: *Hear Me, My Chiefs!*, 264-270; Howard: *Nez Perce Joseph*, 149. < <

[8] *Vid. New York Herald*, July 2nd, 1877. Ver también *Indianapolis Sentinel*, July 3rd, 1877; *New York Herald*, July 5th, 1877; Josephy: *Nez Perce*, 528, 542; 45th Congress Report of the Secretary of War, 120-121. < <

[9] *Vid.* McCarthy Journal, 24, Library of Congress. Ver también McWhorter: *Hear Me, My Chiefs!*, 298, 306; y, *Yellow Wolf*, 85-88; Bailey a Mac Shorter, December, 7th, 1930, McWhorter Papers; Greene: *Nez Perce Summer*, 86; 45th Congress Report of the Secretary of War, 11-23. < <

[10] *Vid.* Trimble: «Battle of the Clearwater», 145. Ver también McWhorter: *Hear Me, My Chiefs!*, 314; 45th Congress Report of the Secretary of War, 123. < <

[11] *Vid.* McWhorter, *Hear Me, My Chiefs!*, 316-320; and *Yellow Wolf*, 96-97. < <

[12] Las bajas en el ejército durante los dos días de la batalla de Clearwater fueron trece muertos, dos heridos mortales y veintidós heridos. Nueve de las bajas fueron oficiales o suboficiales. Entre los nez percés hubo cuatro guerreros muertos y seis heridos. *Vid.* Greene: *Nez Perce Summer,* 361-362, 373. < <

[13] *Vid.* McWhorter: *Hear Me, My Chiefs!,* 334-335, 349-356. Ver también Josephy: *Nez Perce,* 568-573; Buck: «Nez Perce Campaign», 508-510. < <

[14] *Vid.* Josephy: *Nez Perce*, 576-577. Ver también McDonald: «Nez Perce War», 484-485; McWhorter: *Yellow Wolf*, 108-110, 134; Woodruff: «Battle of the Big Hole», 427. < <

[15] *Vid.* Sherman citado en Greene, *Nez Perce Summer,* 124. Ver también Carpenter, J. A.: «General Howard», 135. < <

[16] *Vid.* Gaff: *Adventures on the Western Frontier,* 207-211. Ver también Woodruff: «Battle of the Big Hole», 326; Caitlin: «Battle of the Big Hole», 444; Greene: *Nez Perce Summer,* 128-129. < <

[17] *Vid.* Gibbon a Daniel S. Tuttle, September 7th, 1877, Ayer Manuscript Collection, Newberry Library. < <

[18] *Vid.* Coon: «Outbreak», Coon Collection, Yale University. Ver también Gaff: *Adventures on the Western Frontier,* 212; Woodruff: «Battle of the Big Hole», 427-428; Greene: *Nez Perce Summer,* 131. < <

[19] *Vid.* McWhorter: *Hear Me, My Chiefs!*, 375-377, y *Yellow Wolf,* 117, 120, 133, 135, 145. Ver también Woodruff: «Battle of the Big Hole», 428. < <

[20] *Vid.* Gaff: *Adventures on the Western Frontier,* 212-214. Ver también Caitlin: «Battle of the Big Hole», 12-13. < <

[21] *Vid.* McDonald: «Nez Perce War», 486-487. Ver también Greene: *Nez Perce Summer,* 136-37, 164-65; Joseph: «Indian's View of Indian Affairs», 427. < <

[22] *Vid.* Josephy: *Nez Perce*, 575, 590. Ver también Greene: *Nez Perce Summer*, 153; Sutherland: «Howard's Campaign», 393; McWhorter: Yellow Wolf, 168. < <

[23] *Vid.* 45th Congress *Report of the Secretary of War*, 13. < <

[24] *Vid. Harper's Weekly*, September 1st, 1877. Ver también Sherman a Sheridan, August 31st, 1877, citado en Greene: *Nez Perce Summer*, 168. < <

[25] *Vid.* Greene: *Nez Perce Summer*, 201-205, 229. Ver también Goldin: «A bit of the Nez Perce Campaign», Special Collections, Newberry Libray; McWhorter: *Hear Me, My Chiefs!*, 460-465. < <

[26] *Vid.* McWhorter: *Yellow Wolf*, 187. Ver también Josephy: *Nez Perce*, 611-612; Greene: *Nez Perce Summer*, 242. < <

[27] *Vid.* Miles: *Personal Recollection*, 261-262. Ver también Sturgis y Howard cit. en Wooster: *Miles*, 100-101. < <

[28] *Vid.* McDonald: «Nez Perce War», 490. Ver también entrevista a Toro Amarillo, Camp Collection, Little Bighorn National Monument. < <

[29] Relato de Luther S. Kelly sobre la batalla de la montaña Bear Paw, Camp Collection. Ver también Romeyn: «Capture of Chief Joseph», 563; McWhorter: *Hear Me, My Chiefs!*, 479; y, *Yellow Wolf*, 205. < <

[30] *Vid.* Tilton: «After the Nez Perces», 403. Ver también informe de Myles Moylan acerca de la batalla de la montaña Bear Paw, transcripción en Ayer Manuscript Collection; Miles: *Personal Recollections,* vol. 1, 268. < <

[31] *Vid.* entrevista al Joven Dos Lunas, Camp Collection. Ver también Josephy: *Nez Perce,* 617-619; McWhorter: *Yellow Wolf*, 205; Joseph: «Indian's View of Indian Affairs», 428-429. < <

[32] *Vid.* Informe de Moylan; Tilton: «After the Nez Perce», 403. Ver también Josephy: *Nez Perce,* 619; Joseph: «Indian's View of Indian Affairs», 429; *New York Herald,* October 11th and 30th, 1877; Noyes: *In the Land of Chinook,* 77; McWhorter: *Yellow Bull*, 209. Si se quiere leer un relato definitivo del primer día de lucha, ver Greene: *Nez Perce Summer*, 271-291. < <

[33] *Vid.* Miles: *Personal Recollections,* vol. 1, 273. Ver también Wooster: *Miles*, 104; McWhorter: *Hear Me, My Chiefs!*, 485. < <

[34] *Vid.* Tilton: «After the Nez Perce», 404. Ver también Miles: *Personal Recollections,* vol. 1, 273-275. Toro Sentado estaba al tanto del aprieto en el que se hallaban los nez percés. Él y sus subjefes mantuvieron, al menos, un consejo para decidir si acudir en su ayuda, pero el amigo y protector de Toro Sentado, el teniente James M. Walsh de la Policía Montada del Noroeste, dejó claro que los lakotas perderían su refugio en Canadá si realizaban una incursión armada al sur de la frontera internacional. Utley: *Lance and Shield,* 193. < <

[35] *Vid.* Josephy: *Nez Perce*, 623-625. Ver también Tilton: «After the Nez Perce», 404; Greene: *Nez Perce Summer,* 297; *New York Herald,* October 11th, 1877. < <

[36] *Vid.* McWhorter: *Hear Me, My Chiefs!*, 494-495. Ver también Joseph: «Indian's View of Indian Affairs», 312. < <

[37] Relato de Wood tal como se publicó en *Harper's Weekly*, November 17th, 1877. Ver también Greene: *Nez Perce Summer*, 309; Hampton: *Children of Grace*, 307. < <

[38] *Vid. Harper's Weekly*, November 17th, 1877. Ver también Greene: *Nez Perce Summer*, 310-313; McWhorter: *Hear Me, My Chiefs!*, 498-499; Miles a Alfred H. Terry, October 17th, 1877, Godfrey Papers. < <

[39] El fin de la Guerra Nez Percé no provocó una paz permanente en el Noroeste Pacífico. Mientras que la nación se concentraba en la demanda de libertad de los nez percés en 1877, la famosa combinación de la mala gestión de la Oficina de Asuntos Indios y de la invasión de los blancos de los territorios de caza de los nativos estaba conduciendo a la guerra a otras dos tribus amistosas de las Montañas Rocosas, los paiutes del norte y los bannocks. Los paiutes del norte habían luchado durante una década un conflicto de guerrilla llamado la Guerra Snake contra los habitantes de Oregón, hasta que George Crook los venció en 1868. Desde su derrota, habían progresado muy rápido como granjeros en la reserva de Malheur. Pero, en 1876, nombraron agente a un sádico contrabandista local con conexiones políticas que, como castigo por pequeñas infracciones, les retiraba las raciones, pegaba a los niños y disparaba a los ponis indios. Aunque parezca sorprendente, los indios se contuvieron y no le dieron una merecida muerte, pero, cuando el hambre y la humillación se hicieron insoportables, los paiutes huyeron hacia sus tierras natales del sudeste de Oregón y se dejaron influir por un incendiario hombre-medicina.

En la reserva de Fort Hall, situada 321 kilómetros al este, los bannocks también pasaban hambre. Durante la Guerra Civil habían firmado un tratado por el cual se les concedía «el uso total sin ser molestados» de su amada Camas Prairie, al sur de Idaho, pero debido al error de un empleado, en el tratado ratificado se omitió la garantía de Camas Prairie, y los blancos invadieron el territorio. Reinó una frágil paz hasta mayo de 1878, cuando un bannock disparó a dos vaqueros en una pelea por una piel de búfalo. Los bannocks decidieron que todos debían sufrir por el crimen e iniciaron una guerra, quemaron ranchos y tendieron emboscadas a las diligencias. Irrumpieron en el poblado de los paiutes del norte y, a base de amenazas y persuasión, obligaron a sus antiguos aliados a unirse a ellos. Los bannocks habían llevado su guerra al departamento del general Howard por lo que la desagradable tarea de someterlos le correspondió a él. Howard todavía se estaba recuperando del rechazo de la opinión pública que había sufrido durante la campaña nez percé. Por lo tanto, en junio de 1878

acometió con gran reticencia la campaña de lo que temía que fuera «otro verano en medio de los horrores de una guerra salvaje» sobre un terreno aún más accidentado que el territorio nez percé.

Por fortuna, los horrores fueron mínimos, sobre todo porque Howard dirigió la campaña con pericia. Fue implacable en la persecución de los enemigos hasta que la coalición se desmoronó. Los paiutes se desperdigaron por el sudeste de Oregón y los bannocks se dispersaron por el centro montañoso de Idaho. Howard no dejó a los indios ningún sitio para que se ocultaran y, a mediados de agosto, los paiutes se rindieron. A los últimos bannocks los acorralaron un mes después y con ello se puso fin a lo que el ejército denominó la Guerra Bannock. No fue un enfrentamiento especialmente sanguinario. Los indios mataron a nueve soldados y a treinta y un civiles (en su mayoría colonos a los que los bannock mataron en los primeros días del conflicto). El ejército informó de que hubo setenta y ocho indios muertos, lo más probable es que fuera un cálculo exagerado. Lo más seguro es que la mitad de los bannocks supervivientes se rindieran o fueran capturados.

La victoria del general Howard sobre la alianza bannock-paiute le hizo recuperar en parte su reputación. No obstante, no halló demasiada satisfacción en la campaña. «No hay duda —reflexionó el General Cristiano—, de que mucha gente de la frontera que ha sufrido enormemente con las atrocidades indias guarda un sentimiento de rencor hacia nosotros, oficiales del ejército, que parecemos simpatizar mucho con los indios. Si no fuera porque sabemos, gracias a la larga experiencia, que, en la práctica, nueve de cada diez estallidos de nuestros indios fueron ocasionados por la mala conducta de blancos malvados, podríamos pensar que tienen razón». Lo mismo ocurrió con la Guerra Bannock.

Esta guerra no puso fin al conflicto indio en el Noroeste Pacífico.

Quedaba una campaña final, que se suele olvidar. Las víctimas fueron los tukudekas, un pequeño grupo de marginados lastimeros de las tribus bannock y shoshones que subsistían a duras penas cazando ovejas de montañas y pescando en el interior de las montañas del río Salmon, una tierra inhóspita de desfiladeros empinados, profundos barrancos y picos muy elevados. Había pocas

rutas y nevaba durante todo el año. Los tukudekas no molestaban a nadie. Se llevaban bien con los buscadores de oro vecinos, intercambiaban pieles por comida y aceptaban agradecidos ropa vieja y restos del campamento. Cuando, a finales de 1870, se agotaron los yacimientos, los mineros chinos sustituyeron a los blancos. Estos despreciaban a los tukudekas, que soportaron las burlas hasta que en el invierno de 1877-1878 los fugitivos bannock se unieron a ellos. Varias semanas después asesinaron a un grupo de mineros chinos y saquearon su campamento, probablemente los culpables fueran un grupo de renegados bannock o bandidos blancos ladrones de caballos. Los mineros blancos estuvieron a punto de volver a las montañas del río Salmon, pero las matanzas los disuadieron.

Fueron necesarios tres meses para que las noticias llegaran al general Howard, el cual envió a un subordinado veterano en las luchas indias para encontrar a los culpables. Su destacamento del ejército pasó ciento un días en el terreno sin ver a un solo indio, y Howard le dijo que regresara, transfiriendo la misión a una compañía de indios umatilla, la cual, haciendo frente a las gélidas noches de las altas montañas y a las intensas tormentas, localizaron un campamento abandonado de tukudekas y se hicieron con la provisión de carne para el invierno del grupo. A medida que el tiempo empeoró, los desconsolados tukudekas se fueron dirigiendo al campamento umatilla para rendirse.

Con el triste fin de la Campaña Tukudeka de 1878 finalizaron las guerras del Noroeste Pacífico y se confinó para siempre a los «conflictivos» indios en reservas alejadas. En el territorio de Idaho se cavaron nuevas y mayores minas, y las granjas y los ranchos pronto cubrieron el fértil valle del río Salmón y de Camas Prairie. *Vid.* Brimlow: *Bannock Indian War,* 150-152, 189-199. Ver también Howard; «Close of the Paiute and Bannock War», 106, and «Results of the Paiute and Bannock War», 197; Quinn: «Mountain Charade», 21, 26; Reuben F. Bernard al oficial al mando, Boise Barracks, 14 de junio de 1878, Brown Collection, University of Colorado; Hardin: «Sheepeater Campaign», 32-40. < <

[40] *Vid.* Josephy: *Nez Perce,* 636-643. < <

[1] *Vid.* Emmitt: *Last War Trail,* 21; Dunn: *Massacres of the Mountains,* 675. < <

[2] *Vid.* Decker: *Utes Must Go!*, 58; Sprague: *Massacre,* 92. < <

[3] *Vid.* Decker: *Utes Must Go!*, 59. < <

[4] *Vid.* Sprague: *Massacre,* 39-50; Decker: *Utes Must Go!*, 59, 61-62, 68, 82-92; 45th Congress *Report of the Secretary of Interior, 1877,* x–xi; *Springfield Republican,* November 22nd, 1877. < <

[5] *Vid. Springfield Republican,* November 22nd, 1877. Ver también testimonio de Josephine Meeker en 46th Congress *Ute Outbreak*, 75; Vickers: *History of Denver,* 129; Nathan C. Meeker a Teller, May 27th, 1878, Cartas de Teller, Colorado Historical Museum. <<

[6] *Vid.* Meeker a Thornburgh, March 17th, 1879; George McCrary a Schurz, April 9th, 1879; E. A. Pratt a Edward Hatch, May 2nd, 1879 con aprobación de Sheridan, May 9th, 1879, Sherman, May 14th, 1879, E. J. Brooks a George McCrary, September 1st, 1879, todo en «Ute War», Record Group 98, Registros de la Oficina del Ayudante General, National Archives. < <

[7] *Vid.* Pitkin cit. en Emmitt: *Last War Trail,* 87; Meeker a Edward A. Hayt, July 7th, 1879; Thornburgh al ayudante general adjunto, Departamento del Platte, July 27th, 1879, ambos en «Ute War». <<

[8] *Vid.* Meeker a Edward A. Hayt, August 11th, 1879, «Ute War»; Meeker a Hayt, September 8th, 1879 y testimonio de Jack, Johnson, Douglass, y Josephine Meeker en 46th Congress *White River Commission,* 3, 53-54, 83; Sprague, *Massacre,* 175, 176. < <

[9] Testimonio de Jack en el 45th Congress *White River Commission*, 69, y en *Ute Outbreak*, 199; Meeker a Hayt, September 10th, 1879; Crook al comandante, Fort Gred Stelle, Wyoming, September 16th, 1879, ambos en «Ute War». < <

[10] *Vid.* Payne: «Incidents of the Recent Campaign», 116; Miller: *Hollow Victory*, 16-32; Thornburgh a Meeker, September 25th, 1879, en 45th Congress *White River Commission*, 37; Thornburgh al ayudante general, Departamento del Platte, September 26th, 1879, en «Ute War». < <

[11] Testimonio de Jack, Payne y Samuel A. Cherry en 45th Congress *Ute Outbreak*, 63, 171, 172-173, 194-195; Meeker a Thornburgh, September 27th, 1879, en 45th Congress Indian Wars Collection, US Army Educational and Heritage Center. < <

[12] *Vid.* Payne: «Incidents of the Recent Campaign», 119. < <

[13] Jack cit. en Utley: *Frontier Regulars*, 356. Ver también testimonio de Colorow en 45th Congress *White River Commission*, 64; Robinson: *Diaries of Bourke*, vol. 3, 314-315. < <

[14] *Vid.* Payne: «Incidents of the Recent Campaign», 123-124; Miller: *Hollow Victory*, 66-84. Ver tamién testimonio de Payne y Cherry en 45th Congress *White River Commission*, 64. < <

[15] Testimonios de Arvilla Meeker, Josephine Meeker y S. F. Price en 45th Congress *White River Commission*, 21-23. < <

[16] Colorow cit. en Emmitt: *Last War Trail,* 218. Ver también Payne: «Incidents of the Recent Campaign», 127. < <

[17] *Vid.* Sumner: «Besieged by the Utes», 843; Kimball, *Soldier-Doctor,* 99, 101-102; Merritt al ayudante general, Departamento del Platte, 5 de octubre de 1879, en *Rocky Mountain News* 11 de octubre de 1879; Merritt: «Marching Cavalry». < <

[18] *Vid.* 45th Congress *White River Commission*, 28. Ver también testimonio de Cherry en 45th Congress *Ute Outbreak,* 67. < <

[19] *Vid.* Decker: *Utes Must Go!,* 146-148, 149; Sheridan a Sherman, October 3rd, 8th, y 15th, 1879, Sherman a Sheridan, October 8th, 1879, y Sherman a Schurz, October 17th, 1879, todo en «Ute War»; el comentario de Sherman de la «costa atlántica» está citado en Decker, *Utes Must Go!*, 149. < <

[20] Wilson Stanley y Ouray al Departamento del Interior, 12 de octubre de 1879, Sherman a Schurz, 17 de octubre de 1879, Sheridan a Sherman, 17 de octubre de 1879, Schurz a Sherman, 18 de octubre de 1879, todo en «Ute War». < <

[21] *Vid.* 45th Congress *White River Commission*, 17, 20, 26, 44, 51, 76, 82. < <

[22] *Vid.* Decker: *Utes Must Go!,* 158, 162; 46th Congress *Agreement with Ute Indians*, 6-8. El Congreso asignó la cantidad adicional de 350 000 dólares para la compra casas, molinos, colegios, caravanas, ganado y otros elementos de la civilización blanca para los utes. < <

[23] *Vid.* Smith, P. D.: *Ouray*, 175-182. < <

[24] Cit. en Emmitt: *Last War Trail,* 295. < <

[25] *Vid.* Miller: *Hollow Victory,* 198. < <

[1] *Vid.* Chamberlain: *Victorio*, 6-10; Sweeney: *Making Peace with Cochise*, 114-115. Ver también Kemble: «Victorio and His Young Men», 209; Ball: *In the Days of Victorio*, 57. < <

[2] *Vid.* Thrapp: *Victorio*, 148-149. Ver también Sweeney: *Making Peace with Cochise*, 114-118. < <

[3] *Vid.* Thrapp: *Conquest of Apacheria,* 172-175; y, *Victorio,* 186.
<<

[4] *Vid.* Thrapp: *Victorio*, 187-200. Ver también Betzinez: *I Fought with Geronimo*, 50, 54; *Tucson Weekly Citizen,* April 1st, 1880; Sweeney: *From Cochise to Geronimo,* 47-48. < <

[5] *Vid.* Thrapp: *Victorio*, 206-211. Ver también Betzinez: *I Fought with Geronimo,* 50; Cozzens: *Struggle for Apacheria*, xxv; *Tucson Weekly Star,* April 8th, 1880; Sweeney: *Cochise to Geronimo*, 125-126. < <

[6] *Vid.* Thrapp: *Conquest of Apacheria,* 180-181. Ver también *Report of the Secretary of war, 1880*, 86; *Las Cruces Thirty Four*, April 28th, 1880; Leckie: *Buffalo Soldiers*, 211-212. Leckie da como número de bajas civiles nueve. < <

[7] *Vid.* Leckie: *Buffalo Soldiers*, 212. Ver también Ball: *In the Days of Victorio*, 72. Las montañas Mimbres, situadas cincuenta millas al sur de Ojo Caliente, eran unas montañas que formaban parte de una cordillera —las otras eran la cordillera Black, la sierra Negretta y las montañas San Mateo—, que constituían el bastión de sesenta millas de los chihenes. < <

[8] *Vid.* Gatewood: «Campaigning Against Victorio», 102-103. Ver también *Annual Report of the Secretary of War, 1880*, 89, 105-106; Thrapp: *Victorio*, 248-250; Morrow cit. en Thrapp: *Encyclopedia*, vol. 2, 1019. < <

[9] *Vid.* Rockwell: *Indian Affairs*, 250. Ver también Grossman: *Political Corruption*, 158; Sweeney: *From Cochise to Geronimo*, 149-150; Thrapp: *Victorio*, 261-262. < <

[10] *Vid. Annual Report of the Secretary of War, 1880*, 86, 89, 94. Ver también Thrapp: *Victorio*, 267-271; Cruse: *Apache Days*, 76-77. < <

[11] *Vid.* Ball: *In the Days of Victorio*, 84-85. Ver también Cruse: *Apache Days*, 76-77. < <

[12] *Vid.* Thrapp: *Conquest of Apacheria*, 196, 202-203; and, *Victorio,* 277-278. Ver también Robinson: *Apache Voices*, 145. < <

[13] Cit. en Hutton: *Soldiers West*, 164. < <

[14] *Vid. Annual Report of the Secretary of War, 1880*, 159. <<

[15] *Vid. Annual Report of the Secretary of War,* 159-160. < <

[16] *Vid.* Leckie: *Buffalo Soldiers,* 203-044. Ver también Thrapp: *Victorio*, 286-287; Grierson: «Journal», 14-17, Fort Davis National Historic Site. El coronel Grierson informó de la muerte de siete apaches frente a un soldado muerto y otro herido. *Annual Report of the Secretary of War, 1880*, 160. < <

[17] *Vid. Annual Report of the Secretary of War, 1880,* 160-163. Ver también Trapp: *Victorio*, 288-289; Hutton: *Soldiers West,* 166. <<

[18] *Vid. Annual Report of the Secretary of War, 1880*, 88. < <

[19] *Vid.* Thrapp: *Conquest of Apacheria,* 209; and *Victorio*, 301-305, 308-311. Ver también Chamberlain: *Victorio,* 200; Sweeney: *From Cochise to Geronimo*, 165-166; Robinson: *Apache Voices*, 18. < <

[20] *Vid. Las Cruces Thirty-Four,* October 30th, 1880; el presidente Hayes cit. en *Las Vegas Weekly Optic,* October 30th, 1880. < <

[21] *Vid.* Ogle: *Federal Control*, 179-196. Ver también 45th Congress *Report of the Secretary of War*, 144. < <

[22] *Vid.* Sweeney: *From Cochise to Geronimo*, 132. Ver también Britton Davis: *Truth About Geronimo*, 49. < <

[23] *Vid.* Ogle: *Federal Control*, 189-190, 201-203. Ver también Elliott: «Indian Reservation», 98; Carr: «Report of Operations», 3, Record Group, 94, National Archives; Thrapp: *Conquest of Apacheria*, 217; Cruse: *Apache Days,* 93-94; Loring: «Report on Coyotero Apaches», 200. < <

[24] *Vid.* Collins, C.: *Apache Nightmare,* 18. Ver también testimonio de Thomas Cruse en el juicio a Buena Puntería, 23, archivos del caso del tribunal militar, QQ2821, Record Group, 153, National Archives; Carr: «Report of Operations», 5-6; Cruse a My Dear Abbott, May 25th, 1883, Gatewood Papers, Arizona Historical Society; «Apache Story of the Cibecue», 300-301. < <

[25] *Vid.* Collins, C.: *Apache Nightmare*, 21-23, 27-28. Ver también Carr: «Report of Operations», 3; Cruse a My Dear Abbott, May 25th, 1883. < <

[26] *Vid.* Carr: «Report of Operations», 6. Ver también «Apache Story of the Cibecue», 298-299; Thrapp: *Conquest of Apacheria*, 221. Incluyendo al personal civil, el contingente de Carr contaba con ciento diecisiete hombres. < <

[27] *Vid.* Cruse: *Apache Days*, 106. Ver también Farish: *History of Arizona*, vol. 3, 337. < <

[28] *Vid.* Carr: «Report of Operations», 11-12. < <

[29] *Vid.* Cruse: *Apache Days*, 107-108. < <

[30] *Vid.* Carter, W. H.: *Yorktown to Santiago*, 215. Ver también «Apache Story of the Cibecue», 298, 300,301; Cruse: *Apache Days*, 110-111; Carr: «Report of Operations», 14; Collins, C.: *Apache Nightmare*, 56, 240n. < <

[31] Testimonio del sargento n.º 4, alias Buena Puntería, «Trial of Dead Shot», 112. Ver también «Apache Story of the Cibecue», 298, 300-301; Collins, C.: Apache Nightmare, 52; Curse: Apache Days, 139. < <

[32] *Vid.* Finerty: «On Campaign», 248. < <

[33] *Vid.* Collins, C.: *Apache Nightmare,* 54. Ver también Carr: «Report of Operations», 14-16; Carter, W. H.: *Yorktown to Santiago*, 219. < <

[34] *Vid.* Collins, C.: *Apache Nightmare*, 70-81. Ver también «Apache Story of the Cibecue», 297; Finerty: «On Campaign», 245. <<

[35] *Vid.* Collins, C.: *Apache Nightmare*, 88-134. < <

[36] *Vid.* McDowell a Robert Todd Lincoln, December 26th, 1881, cit. en Collins, C.: *Apache Nightmare*, 192; Cruse: *Apache Days*, 139. < <

[1] *Vid.* Utley: *Geronimo*, 105; Betzinez: *I Fought with Geronimo*, 47; Robinson: *Apache Voices*, 57. < <

[2] *Vid.* 51st Congress *Apache Indians,* 52; Britton Davis: *Truth About Geronimo,* 206. < <

[3] *Vid.* Utley: *Geronimo,* 21; Sweeney: «Geronimo, Apache Shaman», 30-32. < <

[4] *Vid.* Barrett: *Geronimo, His Own Story,* 110; Utley: *Geronimo,* 15-16. < <

[5] *Vid.* Sweeney: *From Cochise to Geronimo,* 16. < <

[6] *Vid.* Debo: *Geronimo,* 101-102; Opler: «Chiricahua Apache's Account», 369; Robinson: *Apache Voices,* 57-58; Miles: *Personal Recollections*, 525. < <

[7] *Vid.* Scott, H. L.: *Some Memories*, 347, 374; Sweeney: *From Cochise to Geronimo,* 183. < <

[8] *Vid.* Sweeney: *From Cochise to Geronimo,* 181-195. < <

[9] *Vid.* Shapard: *Chief Loco,* 139-146; Robinson: *Apache Voices,* 39, 146-150; Forsyth: *Thrilling Days in Army Life*, 79; Betzinez: *I Fought with Geronimo*, 56; Sweeney: *From Cochise to Geronimo,* 211. < <

[10] *Vid.* Rafferty: «Rafferty's Trail», 286-287; Sieber: «Military and Indians», 292-294; Betzinez: *I Fought with Geronimo*, 67-76; Shapard: *Chief Loco*, 166, 179, 181. < <

[11] *Vid.* Thrapp: *Crook and the Sierra Madre*, 97-101; Cruse: *Apache Days*, 159. < <

[12] *Vid.* Crook a Henry M. Teller, March 27th, 1883, Hayes Papers, Hayes Library. < <

[13] *Vid.* Bourke: *On the Border,* 433-434; «Apache Story of the Cibecue», 295. < <

[14] *Vid.* Crook's 1883 Annual Report, 2, Hayes Papers. Ver también Crook: «Resume of Operations Against Apache Indians», 570; «Apache Troubles», 311. < <

[15] Informe Annual de Crook de 1883, 2-3, 21-23; Masterson: «General Crook's Return», 316; Davis, B.: *Truth About Geronimo,* 63. < <

[16] *Vid.* Davis, B.: *Truth About Geronimo*, 48; Sweeney, *From Cochise to Geronimo*, 320-321; Opler: «Chiricahua's Account of Geronimo»; *Denver Tribune*, November 2nd, 1882; Crook a Teller, March 27th, 1883, Hayes Papers. < <

[17] Informe Annual de Crook de 1883, 4. Ver también Bourke: *Apache Campaign*, 31; Sweeney, *From Cochise to Geronimo*, 300. <<

[18] *Vid.* Sweeney: *From Cochise to Geronimo*, 290-298; Davis, B.: *Truth About Geronimo*, 87-90. Jason Betzinez dijo que Melocotones partió hacia San Carlos con el permiso del grupo guerrero, que respetó su derecho a reunirse con los miembros restantes de su familia. Ver Betzinez: *I Fought With Geronimo*, 116-118. < <

[19] *Vid.* Bourke: «With Crook in the Sierra Madre», 346; *Chicago Times*, May 24th, 1883. < <

[20] *Vid. El Paso Times,* May 20th, 1883; Bourke: «With Crook in the Sierra Madre», 347, 353, 356; relato del guía de White Mountain, John Rope, en Basso: *Western Apache Warfare and Raiding,* 154-156. < <

[21] *Vid.* Bourke: «With Crook in the Sierra Madre», 358-361, 362, 368-369; Sweeney: *From Cochise to Geronimo*, 306. Relato de John Rope en Basso: *Western Apache Warfare and Raiding,* 162. < <

[22] *Vid.* Betzinez: *I Fought with Geronimo*, 113. < <

[23] *Vid.* Bourke: «With Crook in the Sierra Madre», 377-378; Fiebeger: «General Crook's Campaign», 200; entrevista a Sherman Curley, Goodwin Papers, Arizona State Museum; Utley: *Geronimo,* 140. < <

[24] *Vid.* Sweeney: *From Cochise to Geronimo,* 288-289, 331-332.
<<

[25] *Vid.* Sweeney: *From Cochise to Geronimo,* 317, 325. Ver también Thrapp: *Conquest of Apacheria,* 295-302. < <

[26] *Vid.* Utley: *Frontier Regulars*, 381; y, *Geronimo,* 143-147; Sweeney: *From Cochise to Geronimo,* 329-360. < <

[27] *Vid. San Francisco Bulletin,* June 26th, 1886; Sweeney: *From Cochise to Geronimo*, 414-415; Davis, B.: *Truth About Geronimo,* 155-156, 202-214; and «Difficulties of Indian Warfare», 488-490. < <

[28] A pesar de que Davis no lo sabía, Crook no tuvo noticias de la existencia del telegrama hasta dos meses más tarde. Crook pensaba que si hubiera estado al tanto de las dificultades, habría sido capaz de prevenir la fuga. Crook: «Resume of Operations», 572. < <

[29] *Vid.* Davis: «Difficulty of Indian Warfare», 489-490, y *Truth About Geronimo,* 215-217; Sweeney: *From Cochise to Geronimo*, 423; *Resolution Regarding Outbreak of Indians*, 20-21. < <

[30] *Vid.* Sweeney: *From Cochise to Geronimo,* 444-445; Crook: «Resume of Operations», 573; Davis, B.: *Truth About Geronimo,* 218. < <

[31] *Vid.* 49th Congress *Report of the Secretary of War,* 151; Sweeney: *From Cochise to Geronimo,* 479-483, 507-511. < <

[32] *Vid.* Sweeney: *From Cochise to Geronimo*, 489-491; Utley: *Geronimo*, 175-176. < <

[1] *Vid.* Shipp: «Crawford's Last Expedition», 348. Ver también Daly: «Geronimo Campaign», 458. < <

[2] *Vid.* Shipp: «Crawford's Last Expedition», 353-355. Ver también Sweeney: *From Cochise to Geronimo,* 496-499. < <

[3] *Vid.* Shipp: «Crawford's Last Expedition», 355-359. Ver también Thrapp: *Dateline Fort Bowie,* 181-182; Opler: «Chiricahua's Account», 373-374. < <

[4] *Vid.* Daly: «Geronimo Campaign», 460. Ver también Utley: *Geronimo,* 180-182. < <

[5] *Vid.* 49th Congress *Report of the Secretary of War*, 1886, 153. Ver también Sweeney: *From Cochise to Geronimo*, 515-521. < <

[6] *Vid.* Davis, B.: *Truth About Geronimo*, 287-288. Ver también Sweeney: *From Cochise to Geronimo*, 522; Crook: «Resume of Operations», 576. < <

[7] *Vid.* Thrapp: *Dateline Fort Bowie*, 61-62. < <

[8] *Vid.* Sweeney: *From Cochise to Geronimo*, 525-527. Ver también 51st Congress Apache Indians, 33; Crook: «Resume of Operations», 583-584. < <

[9] *Vid. Tombstone Daily Epitaph*, April 4th and 6th, 1886. Ver también Thrapp: *Dateline Fort Bowie*, 60; Miles, *Personal Recollections*, vol. 2, 476. < <

[10] *Vid.* Miles: *Personal Recollections*, vol. 2, 476. Ver también Davis, B.: *Truth About Geronimo*, 313. < <

[11] *Vid.* Miles: *Personal Recollections*, vol. 2, 481-485. Ver también Neifert: «Trailing Geronimo by Heliograph», 1. < <

[12] *Vid.* Sweeney, *From Cochise to Geronimo*, 535-544. Ver también 51st Congress *Apache Indians*, 33. < <

[13] *Vid.* Daly: «Geronimo Campaign», 479. Ver también Miles: *Personal Recollections*, vol. 2, 487; Lane: *Chasing Geronimo*, 25. <<

[14] *Vid.* Lane: *Chasing Geronimo*, 69-78. Ver también Miles: *Personal Recollections*, vol. 2, 509, 517; Vinton: «Geronimo Campaign», 28. < <

[15] *Vid.* Miles: *Personal Recollections*, vol. 2, 497, 504. Ver también 51st Congress *Apache Indians*, 3-4, 34; Sweeney: *From Cochise to Geronimo*, 566. < <

[16] *Vid.* Sweeney E. R.: *From Cochise To Geronimo*, 556-557. Ver también Robinson: *Apache Voices*, 49; Ball: *Indeh*, 107. < <

[17] *Vid.* Kraft: *Gatewood*, 121-152. Ver también Lane: *Chasing Geronimo,* 87-88, 92, 96-100; Ball: *Indeh,* 110. < <

[18] *Vid.* 51st Congress *Apache Indians,* 83, 7-10, 18-19. < <

[19] *Vid.* 51st Congress *Apache Indians,* 83, 7-10, 18-19, 35. Ver también Kraft: *Gatewood,* 152-153; 49th Congress *Surrender of Geronimo*, 10-11. < <

[20] *Vid.* Sweeney: *From Cochise to Geronimo*, 573-574. El 18 de octubre, Mangas se entregó en Fort Apache junto con su pequeño grupo compuesto por tres hombres y ocho mujeres y niños. Todos ellos también fueron exiliados a Florida. < <

[21] *Vid.* 51st Congress *Apache Indians,* 32. < <

[22] *Vid.* Debo: *Geronimo,* 366-440. < <

[1] *Vid.* Hedren: *After Little Bighorn,* 46, 101. < <

[2] *Vid.* Prucha: *American Indian Policy in Crisis,* 139, 149, 169, 180. < <

[3] *Vid.* Pope: *Indian Question,* 5, 12; Terry: «Indian Management», 214; Miles: «Indian Problem», 307. < <

[4] *Vid.* Carrington, H. B.: *Indian Question,* 4-6. < <

[5] *Vid.* Utley: *Last Days of the Sioux Nation,* 20-33; e *Indian Frontier*: 241-243. < <

[6] *Vid.* Utley: *Lance and Shield*, 249-250. Ver también McGillycuddy a Walter S. Campbell, December 15th, 1928 and April 16th, 1929, Campbell Collection; Hyde: *Sioux Chronicle*, 63-65; and *Spotted Tail's Folk,* 335. < <

[7] *Vid.* Prucha: *American Indian Policy in Crisis*, 254-255. < <

[8] *Vid.* Nube Roja cit. en Greene: «Sioux Land Commission», 53-54. Ver también Hombre Solitario: «Sitting Bull's Address to the Silent Eaters Protesting the Treaty of 1889», Campbell Collection; Crook cit. en Utley: *Last Days of the Sioux Nation*, 68. < <

[9] *Vid.* McLaughlin: *My Friend the Indian*, 281-293. Ver también Neihardt: *Black Elk Speaks,* 235; «General Crook on Indians», 179; Mooney: *Ghost Dance,* 201-202; *Washington Evening Star,* January 20th, 1891. < <

[10] *Vid.* Aaron M. Beede a Walter S. Campbell, n. d., 1929, Campbell Collection. Ver también Neihardt: *Black Elk Speaks*, 217-218. < <

[11] *Vid.* Mooney: *Ghost Dance*, 203. Ver también Green: «Sioux Commission», 66; Craft: «Indian Troubles», Roman Catholic Weekly, January 4th, 1891. < <

[12] *Vid.* Boyd: *Recent Indian Wars*, 190-191. Ver también Mooney: *Ghost Dance*, 149-150; Sword: «Story of the Ghost Dance», 28-30. < <

[13] *Vid.* Mooney: *Ghost Dance*, 126-143, 181-182. Ver también Utley: *Last Days of the Sioux Nation*, 72-73. < <

[14] Cit. en Utley: *Last Days of the Sioux Nation*, 84. < <

[15] *Vid.* McGillycuddy cit. en *Omaha Bee*, January 19th, 1891. Ver también entrevista a Gran Camino en el *Washington Evening Star*, January 28th, 1891. < <

[16] *Vid.* Greene: *American Carnage*, 88-89. Ver también entrevista a Joroba en el *Washington Evening Star*, January 28th, 1891; Utley: *Last Days of the Sioux Nation*, 112; Moody: *Ghost Dance*, 207-208. < <

[17] *Vid.* Sword: «Story of the Ghost Dance», 30-31. Ver también *Omaha World Herald*, November 17th and 21st, 1890; *Grand Forks Daily Herald*, November 29th, 1890; *Aberdeen Daily News*, November 30th, 1890; Utley: *Last Days of the Sioux Nation*, 95. <<

[18] *Vid. Aberdeen Daily News,* November 22th, 1890. Ver también Moody: *Ghost Dance,* 211. < <

[19] *Vid.* Utley: *Last Days of the Sioux Nation*, 104-105. Ver también Coleman: *Voices of Wounded Knee,* 63; McGillycuddy a Campbell, s. d., Campbell Collection. < <

[20] *Vid.* Greene: *American Carnage,* 97-99, 133-134. Ver también Utley: *Last Days of the Sioux Nation,* 108, 110-111; Coleman: *Voices of Wounded Knee,* 85-87; *Omaha World Herald,* November 21st, 1890; Tibbles, *Buckskin and Blanket Days,* 393-394. < <

[21] *Vid. Chicago Tribune,* November 22nd, 1890. Ver también Olson: *Red Cloud and the Sioux Problem,* 329. < <

[22] *Vid.* Utley: *Last Days of the Sioux Nation,* 112. Ver también Greene, *American Carnage,* pp. 135, 149-156; 52nd Congress *Report of the Commissioner of Indian Affairs, 1891,* 33; Kelley: «Indian Troubles», 583. < <

[23] Cit. en Greene: *American Carnage,* 143. < <

[24] *Vid.* 52nd Congress *Report of the Secretary of War,* 149. Ver también Greene: *American Carnage,* 195. < <

[25] *Vid.* McLaughlin a T. J. Morgan, October 17th, 1890, Campbell Collection. Ver también Utley: *Lance and Shield,* 264-265; Aaron McGaffey Beede a Walter S. Campbell, n. d. [1929], Campbell Collection. < <

[26] *Vid.* Utley: *Lance and Shield,* 254-255. Ver también una entrevista a Toro Sentado, en Carroll: *Arrest and Killing of Sitting Bull*, 71; McLaughlin a Morgan, October 17th, 1890, and February 16th, 1891, Campbell Collection. < <

[27] *Vid.* Fechet: «True Story of the Death of Sitting Bull», 599-600. Ver también Utley: *Lance and Shield,* 297-298; McLaughlin: *My Friend the Indian*, 215-218. < <

[28] *Vid.* John Hombre Solitario (John Lone Man): «Arrest and Killing of Sitting Bull», 1-2, Campbell Collection. < <

[29] *Vid.* McLaughlin a Morgan, December 16th, 1890, en Carroll: *Arrest and Killing of Sitting Bull,* 114-115. Ver también Pequeña Águila (Little Eagle) a McLaughlin, December 31st, 1890, y John M. Carignan a McLaughlin, January 6th, 1891, Campbell Collection; LaPointe: *Sitting Bull,* 94-95. < <

[30] *Vid.* John Hombre Solitario (John Lone Man): «Arrest and Killing of Sitting Bull», 3, y A. L. Bloome a Walter S. Campbell, December 26th, 1929, Campbell Collection. < <

[31] *Vid.* John Hombre Solitario (John Lone Man): «Arrest and Killing of Sitting Bull», 6-7. Ver también entrevista a Dispara mientras Camina, en Carroll: *Arrest and Death of Sitting Bull,* 89; Utley: *Lance and Shield,* 300-301. < <

[32] *Vid.* John Hombre Solitario (John Lone Man): «Arrest and Killing of Sitting Bull», 7. Ver también Fechet: «True Story of the Death of Sitting Bull», 603; Entrevista a Dispara mientras Camina, en Carroll: Arrest and Death of Siting Bull, 88; Utley: *Lance And Shield*, 165, 304-305; Green: *Indian War Veterans*, 177. < <

[33] *Vid.* John Hombre Solitario (John Lone Man): «Arrest and Killing of Sitting Bull», 8. Ver también McLaughlin: *My Friend The Indian*, 21-22; Green: *American Carnage*, 187. < <

[1] *Vid. Philadelphia Inquirer*, December 17th, 1890. Ver también McLaughlin a Herbert Welsh, January 19th, 1891, Campbell Collection; *Omaha World Herald*, December 21st, 1890; Boyd: *Recent Indian Wars*, 207-209. < <

[2] *Vid.* Greene: *American Carnage*, 169-170. Ver también Sumner al ayudante general adjunto, February 3rd, 1891, en 52nd Congress *Report of the Secretary of War*, 223-224; McLaughlin a William F. Drum, February 10th, 1891, caja 114, carpeta 6, Campbell Collection; entrevista a Joseph Nube Cuerno, en Jensen: *Voices of the American West*, vol. 1, 192-193. < <

[3] *Vid.* Entrevista a Barba de Rocío, en Jensen: *Voices of the American West*, vol. 1, 210. Ver también Utley: *Last Days of the Sioux Nation*, 177-178; Sumner al ayudante general adjunto, February 3rd, 1891, 224, 229. < <

[4] *Vid.* Entrevistas a Joseph Nube Cuerno y Barba de Rocío, en Jensen: *Voices of the American West,* vol. 1, 194-195, 213. Ver también Utley: *Last Days of the Sioux Nation*, 180-181; entrevista a Toro Alto en el *Washington Evening Star*, January 28th, 1891. <<

[5] *Vid.* Sumner al ayudante general adjunto, February 3rd, 1891, 226-227. Ver también Marion Maus a Sumner, December 23rd, 1890, en Utley: *Last Days of the Sioux Nation,* 185. < <

[6] *Vid.* Greene: *American Carnage*, 193, 201. Ver también *Omaha World Herald,* December 13rd, 1890. < <

[7] *Vid.* Gran Pie citado en Greene: *American Carnage,* 206. Ver también *Chicago Daily Inter Ocean,* January 7th, 1891; entrevista a Barba de Rocío, vol. 1, 215. < <

[8] *Vid.* Greene: *American Carnage,* 207. Ver también Tibbles: *Buckskin and Blanket Days,* 405-406; Utley: *Last Days of the Sioux Nation,* 193. < <

[9] *Vid.* Lindberg: «Foreigners in Action», 171, 174. Ver también entrevista a Barba de Rocío, vol. 1, 215-216. < <

[10] *Vid.* Entrevistas a Shangrau, Barba de Rocío y Joseph Nube Cuerno, en Jensen: *Voices of the American West,* vol. 1, 197, 216, 259-260. < <

[11] *Vid.* Lindberg: «Foreigners in Action», 174. < <

[12] *Vid.* Utley: *Last Days of the Sioux Nation*, 197. Ver también entrevista a Barba de Rocío, vol. 1, 216. < <

[13] *Vid.* Greene: *American Carnage*, 212-215. Ver también Utley: *Last Days of the Sioux Nation*, 197-198; 52nd Congress *Report of the Secretary of War,* 150. < <

[14] *Vid.* Utley: *Last Days of the Sioux Nation,* 199. Ver también Allen: *From Fort Laramie to Wounded Knee,* 190; entrevista a Barba de Rocío, vol. 1, 217. < <

[15] *Vid.* Greene: *American Carnage,* 221. Ver también Taylor, C. W.: «Surrender of Red Cloud», 4. < <

[16] *Vid.* Foley: *At Standing Rock and Wounded Knee,* 300. Ver también McCormick: «Wounded Knee and Drexel Mission Fights», 566; Russell: «Major Whitside's Campaign Letters», Army at Wounded Knee, en [**http:// armyatwoundedknee.com/ 2014/08/01/ major-samuel-marmaduke-whitsides-campaign-letters**]; entrevista a John Shangrau, en Jensen: *Voices of the American West,* vol. 1, 261-262. < <

[17] *Vid.* Lindberg: «Foreigners in Action», 175. Ver también McCormick: «Wounded Knee and Drexel Mission Fights», 567; entrevista a Joseph Nube Cuerno y John Shangrau, vol. 1, 200-201, 261-262. < <

[18] *Vid.* McCormick: «Wounded Knee and Drexel Mission Fights», 567. Ver también Greene: *American Carnage,* 225. < <

[19] *Vid.* Varnum cit. en Utley: *Last Days of the Sioux Nation,* 209. Ver también Foley: *At Standing Rock and Wounded Knee,* 330; entrevista a Allen, vol. 2, 13; Greene: *American Carnage,* 225-226; entrevista a Barba de Rocío, vol. 1, 218. < <

[20] *Vid.* McCormick: «Wounded Knee and Drexel Mission Fights», 568. < <

[21] *Vid.* Jensen: *Eyewitnesses at wounded Knee*, 110, 201. Ver también entrevista a Toro Alto en el *Washington Evening Star*, January 28th, 1891; Lindberg: «Foreigners in Action», 175-176; Wells: «Ninety-Six Years Among the Indians», 285-286. < <

[22] *Vid.* Entrevista a Joseph Nube Cuerno, vol. 1, 201. Ver también McCormick: «Wounded Knee and Drexel Mission Fights», 568-569; Utley: *Last Days of the Sioux Nation*, 212; Lindberg: «Foreigners in Action», 176. < <

[23] *Vid.* Entrevista a Joseph Nube Cuerno, vol. 1, 201. Ver también Lindberg: «Foreigners in Action», 272, 281; *Omaha Weekly Herald*, January 6th, 1891; Foley: *At Standing Rock and Wounded Knee*, 310; Neihardt: *Black Elk Speaks*, 252; entrevista a Wells, vol. 2, 157; Greene: *American Carnage*, 232, 280. El padre Craft no solo sobrevivió a su herida sino que se recuperó con bastante rapidez. <<

[24] *Vid.* Entrevistas a Barba de Rocío y Joseph Nube Cuerno, vol. 1, 197, 220. Ver también Greene: *American Carnage,* 232, 243. < <

[25] *Vid.* Declaración de Mujer Medicina en McGregor: *Wounded Knee Massacre,* 105. Ver también Lindberg: «Foreigners in Action», 176; oficial cit. en Greene: *American Carnage,* 234. < <

[26] *Vid.* Utley: *Last Days of the Sioux Nation*, 216. Ver también entrevista a George A. Bartlett, en Jensen: *Voices of the American West,* vol. 2, 33. < <

[27] *Vid.* Foley: *At Standing Rock and Wounded Knee*, 302, 235. Ver también Whitside a su mujer, January 5th, 1891, en Sam Russell: «Army at Wounded Knee»; *Omaha Bee,* January 30th, 1890; Lindberg: «Foreigners in Action», 181. < <

[28] *Vid.* Entrevista a Barba de Rocío, vol. 1, 221-223. Ver también Lindberg: «Foreigners in Action», 176-177. < <

[29] *Vid.* Lindberg: «Foreigners in Action», 177. Ver también testimonio de Pluma Áspera en McGregor: *Wounded Knee Massacre,* 100; *Chadron Democrat,* January 1st, 1891; *Chicago Daily Inter Ocean,* January 7th, 1891. < <

[30] *Vid.* Wells: «Ninety-Six Years Among the Indians», 276. Ver también Flynn: «Looking Back», 6. < <

[31] *Vid.* Lindberg: «Foreigners in Action», 178. Ver también Greene: *American Carnage,* 243; Neihardt: *Black Elk Speaks,* 266. < <

[32] *Vid.* Nube Roja cit. en Utley: *Last Days of the Sioux Nation,* 233. Ver también Informe Anual de Miles de 1891 en Pohanka, *Miles,* 220. < <

[33] *Vid.* Tibbles: *Buckskin and Blanket Days,* 424-429. Ver también Eastman, E. G.: *Sister to the Sioux,* 161-162; Eastman, C.: *From Deep Woods to Civilization,* 233-234. < <

[34] *Vid.* Eastman, C.: *From Deep Woods to Civilization,* 237-239. Ver también Greene: *American Carnage,* 288. < <

[35] *Vid. Omaha World Herald,* January 4th, 1891. < <

[36] *Vid.* Greene: *American Carnage*, 288, 301-302. Ver también Utley: *Last Days of the Sioux Nation*, 227-228. < <

[37] *Vid.* Miles's 1891 Annual Report, 219. < <

[38] *Vid.* Utley: *Last Days of the Sioux Nation,* 255-256. Ver también Greene: *American Carnage,* 326, 512. < <

[39] Cit. en McGillycuddy: *McGillycuddy, Agent,* 272. Muchos Caballos fue juzgado en Deadwood ante un gran jurado federal, Dakota del Sur, en marzo de 1891. Valentine T. McGillycuddy hizo de presidente del jurado. La conmovedora confesión de Muchos Caballos no le dejó al gran jurado otra alternativa que acusarlo. A pesar de su confesión, en el juicio a Muchos Caballos en el tribunal federal del distrito en Sioux Falls, el jurado no llegó a dar ningún veredicto porque no fueron capaces de ponerse de acuerdo en si la ofensa era homicidio o asesinato. En un juicio posterior, el juez determinó que Muchos Caballos había actuado como un combatiente de guerra y, por lo tanto, no podía recibir una sanción penal. Muchos Caballos volvió a Rosebud libre de cargos. No regresó como un héroe tal como él había esperado. Vivió cuatro décadas en una cabaña de una sola habitación «sin ser demasiado apreciado» por sus vecinos y conocidos. Murió el 15 de junio de 1933, un año antes de que murieran su mujer y su hijo. Utley: «Ordeal of Plenty Horses», 1-13. < <

[40] *Vid.* Taylor, C. W.: «Surrender of Red Cloud» (texto mecanografiado sin fecha), Order of the Indian Wars Collection, Brooke cit. en Utley: *Last Days of the Sioux Nation*, 259. < <

[41] *Vid.* Miles's 1891 Annual Report, 219. Ver también *Omaha World Herald*, January 12th, 1891. < <

[42] *Vid.* Greene: *American Carnage*, 328-331. Ver también Northop: *Indian Horrors*, 599-600; *Aberdeen Weekly News*, January 12th and 16th, 1891; *Omaha Weekly Herald*, January 14th and 15th, 1891; *Washington Evening Star*, January 20th, 1891. <<

[43] *Vid. Washington Evening Star*, January 20th, 1891. Ver también Green: *After Wounded Knee*, 67. < <

[44] *Vid. Omaha World Herald*, January 16th, 1891. Ver también Greene: *American Carnage*, 331; *Washington Evening Star*, January 20th, 1891; Thiel: «Omaha Dance», 5. < <

[45] Jefe lakota cit. en Utley: *Last Days of the Sioux Nation*, 59. <<

[46] *Vid.* Green: *After Wounded Knee*, 67-68. Ver también *Washington Evening Star*, January 16th, 1891; *Omaha World Herald*, January 17th, 1891. < <

[47] *Vid.* Kelley: «Indian Troubles», 594. Ver también Boyd: Recent Indian Wars, 276; «As Narrated by Short Bull», 19; Buffalo Bill Museum and Grave Archives; *Omaha Weekly Herald*, January 16th, 1891. < <

[*] N del E.: En argot hace referencia al acto sexual. < <

[*] N. del. E.: Antigua expresión para hacer referencia a un prostíbulo. < <

[*] N. del E.: Cuerda de cuero sin curtir que empleaban los guerreros perro para, en combate, anclarse en una posición e indicar que no retrocederían. < <

[*] N. del E.: Entre 1866 y 1872, se celebraban unos comités de evaluación de oficiales que destituían a aquellos cuya aptitud era cuestionable, además de supervisar los ascensos. El término procede del uso de la bencina como desinfectante, de la misma manera que los comités «desinfectaban» el ejército de oficiales ineptos. < <